



Introducción al urbanismo

La evolución de las ciudades: la lección de la Antigüedad

MARCEL POËTE

Marcel Poëte nació en 1866 en Rougemont (Doubs, Francia) y murió en 1950. Se inició como archivero y bibliotecario, pero progresó como profundo estudioso de la historia de las ciudades y de París, en especial, donde llegaría muy pronto a director de la *Bibliothèque historique de la ville de Paris* y conservador jefe de la misma. Tomó la historia urbana como objeto de su compromiso cívico y profesional en un ejercicio de maduración con proyección creciente. Esa dedicación le llevaría a ejercer como profesor de extensa y celebrada influencia, en la Sorbona y en otras destacadas instituciones. Austero y estricto en su trabajo, este dio lugar a una rica producción (exposiciones, artículos, ensayos, conferencias... e incluso dos películas) en la que destacan sus obras publicadas. Entre ellas, esta *Introducción al urbanismo* (1929) y sus ensayos sobre París reunidos en *Une vie de cité. Paris de sa naissance à nos jours* (1924-1931), magna obra de cuatro volúmenes que tuvo un papel seminal en la definición de la historia urbana como disciplina. Persiguió y logró, con su reflexión, hacerse presente en la discusión de las cuestiones operativas de la ciudad de su tiempo.

Donatella Calabi es profesora de Historia de la ciudad y del territorio en el Istituto Universitario di Architettura de Venecia y ha sido profesora invitada en prestigiosas universidades de todo el mundo. La relevancia de sus investigaciones y de su prolongado magisterio la han hecho acreedora de importantes distinciones, que subrayan, además, su amplia y muy destacada obra sobre la historia de la ciudad.



Introducción al urbanismo

La evolución de las ciudades: la lección de la Antigüedad

MARCEL POËTE

Colección arquia/temas núm. 34

Introducción al urbanismo

La evolución de las ciudades: la lección de la Antigüedad

MARCEL POËTE

Prefacio de Donatella Calabi

Traducción de Maurici Pla y Albert Fuentes

Edición y revisión de Ángel Martín Ramos



fundación caja de arquitectos

Introducción al urbanismo

La evolución de las ciudades: la lección
de la Antigüedad

MARCEL POËTE

Título original: *Introduction à l'Urbanisme. L'évolution
des villes, la leçon de l'antiquité*, París: Boivin & Cie.,
1929. Edición revisada.

Colección arquia/temas, núm. 34

EDICIÓN

FUNDACIÓN CAJA DE ARQUITECTOS

Arcs, 1, 08002 Barcelona

www.arquia.es/fundacion

EDICIÓN

Ángel Martín Ramos

TRADUCCIÓN

Maurici Pla (texto M. Poëte)

Albert Fuentes (prefacio)

COORDINACIÓN

Marta Rojals del Álamo

DISEÑO GRÁFICO

Xeixa Rosa

IMPRESIÓN

IGOL

FOTOMECÁNICA

IGOL

D.L. B-42083-2011

I.S.B.N 978-84-939409-3-5

© de esta edición,
Fundación Caja de Arquitectos, 2011

Portada: © Planimetría general de la acrópolis de
Selinunte (restitución). Tomada de Jean Hulot y
Gustave Fougères: *Sélinonte la ville, l'acropole et les
temples*, París: Massin, 1910.

PATRONATO FUNDACIÓN CAJA DE ARQUITECTOS

PRESIDENTE

Javier Navarro Martínez

VICEPRESIDENTE 1º

Federico Orellana Ortega

VICEPRESIDENTE 2º

Alberto Alonso Saezmiera

SECRETARIO

Antonio Ortiz Leyba

PATRONOS

Carlos Gómez Agustí

Covadonga Alonso Landeta

Marta Cervelló Casanova

José Argudín González

Sol Candela Alcover

Montserrat Nogués Teixidor

Emilio Tuñón Álvarez

Francisco Javier Cabrera Cabrera

Fernando Díaz-Pinés Mateo

Jesús Hernández González

Antonio Ferrer Vega

DIRECTOR

Gerardo García-Ventosa López

La edición de este libro ha sido posible gracias a la
financiación obtenida del Fondo de Educación y
Promoción de la Caja de Arquitectos.

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra, solo puede ser realizada con la autorización de
sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos) www.cedro.org si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

7	Prefacio. Donatella Calabi
19	Introducción
21	Capítulo I La ciencia de las ciudades, sus principios. Orígenes y evolución de la ciudad
33	Capítulo II La imagen de la ciudad. Sobre los distintos tipos de trazas. El análisis de la planta
45	Capítulo III El marco geográfico: la ciudad en el camino
83	Capítulo IV El lugar. Los cambios que experimenta. Sus efectos sobre la ciudad. El análisis del emplazamiento urbano
97	Capítulo V La composición de la ciudad en la enseñanza del pasado. Funciones y órganos. El papel del edificio. Los emplazamientos
113	Capítulo VI Las ciudades egipcias. La ciudad divina
135	Capítulo VII Las ciudades caldeo-asirias. La ciudad del déspota
157	Capítulo VIII Atenas: evolución de una ciudad-estado. La ciudad democrática
195	Capítulo IX Orígenes de la ciudad griega. Etapas de su evolución
213	Capítulo X Las colonias griegas
225	Capítulo XI La ciudad griega: fondo y forma. Su última evolución
239	Capítulo XII La ciudad helenística. La ciudad del monarca. Alejandría
255	Capítulo XIII Fundación y evolución de las ciudades helenísticas
271	Capítulo XIV Pérgamo. Las ciudades de Panfilia y Pisidia
285	Capítulo XV Sistemas de rutas y destinos urbanos. Dura-Europos y Palmira
303	Capítulo XVI Ciudades helenístico-romanas. Los caracteres emergentes de la ciudad moderna
317	Créditos de las ilustraciones

1. El libro

De los muchos textos de Marcel Poëte, el libro *Introduction à l'urbanisme. L'évolution des villes* es sin lugar a dudas el más conocido y citado: la primera edición, de escasos ejemplares y discreto ropaje, fue publicada en 1929 por la editorial Boivin; es el único libro suyo reeditado en Francia, primero en 1967 (con prefacio de Hubert Tonka, en Anthropos) y luego en 2000; y el único que ha sido traducido al italiano, aunque muchos años después de su aparición en Francia. Esta última versión —*La città antica. Introduzione all'urbanistica*—, en la que título y subtítulo están invertidos con respecto al original, fue publicada en 1958 por Einaudi, en la colección dirigida por Bruno Zevi, merced a la autorización o, quizás, el aliento de Gaston Bardet,¹ con prefacio y traducción de Mario Zocca, y aumentada con un nuevo conjunto de ilustraciones.²

El subtítulo de la versión original, *La leçon de l'antiquité*, explica seguramente su éxito. Se trata, en efecto, de un texto que se propone plantear un método de análisis de la estructura urbana basado en la posibilidad de reconocer las trazas originarias de un asentamiento (las heredadas de la Edad Antigua, casi siempre presentes en las ciudades europeas) y de reconstruir las fases sucesivas de su desarrollo. A diferencia de otros escritos suyos, sus interlocutores son los arquitectos-urbanistas llamados a proyectar un plan de desarrollo: a ellos va destinada la recomendación de practicar una «ciencia de la observación». El libro no se refiere a París exclusivamente (como la mayoría de los textos precedentes de Poëte), sino a las ciudades en general. Con todo, París conserva su condición de paradigma, pero solo como término de comparación. En este caso, el objetivo consiste en practicar un análisis de modelos distintos, y compararlos, formulando una lista de formas provistas de un grado de permanencia. En definitiva, lo que el autor se propone en este caso es construir una plantilla de lectura general fundada en la relación tipología/morfología, que proporcione una clave para leer las transformaciones del espacio físico a largo plazo. El arte urbano que ya en 1910 Poëte había definido como «el conjunto de reglas aplicables a las condiciones de existencia y de desarrollo de un centro urbano», se convierte ahora en una categoría interpretativa propiamente dicha.

2. El autor

Marcel Poëte nace el 10 de octubre de 1866 en un pueblecito de la campiña francesa, Rougemont (departamento del Doubs), en el seno de una familia católica de modestos funcionarios. El padre era cobrador de impuestos; pero es el origen campesino del núcleo familiar, profun-

1. Discípulo y yerno de Marcel Poëte, bien acompañando los textos con esquemas interpretativos de gran eficacia gráfica, o sobre todo, tras la muerte de su maestro, asumiendo la responsabilidad de divulgar sus ideas; véase Gaston Bardet, «In memoriam Marcel Poëte», en *Naissance et méconnaissance de l'urbanisme*, París: Sabri, 1951.

2. Donatella Calabi: «Marcel Poëte, Introduction a l'urbanisme. L'évolution des villes, 1929. La Lezione del passato per la città del presente», en Paola Di Biaggi (ed.): *I classici dell'urbanistica moderna*, Roma: Donzelli, 2002, págs. 45-55.

damente arraigado en el Franco Condado, lo que deja una huella imborrable en el carácter y comportamiento del estudioso que nos ocupa. Tras cursar la enseñanza elemental en el pueblo de origen y diez años de enseñanza secundaria en el colegio de los Hermanos de María de Besançon, es admitido en 1886 en la École des chartes, una escuela de historia que centraba su programa en la filología, la archivística y la paleografía. Aquel alumno seguramente fue influido por las enseñanzas de los historiadores metódicos y por parte de quienes pretendían proporcionar un cuadro tendente a la objetividad absoluta; en un período en que otras escuelas de historiografía (como las que orbitaban alrededor de la *Revue de Synthèse Historique*) están fraguando sus métodos, a Poëte le atrae la tesis según la cual la historia puede ser considerada como una ciencia que aplique técnicas rigurosas tanto en lo que concierne al inventario como a la crítica de los documentos. Su perspectiva de trabajo consiste en la acumulación positiva de material de información, postulando una continuidad entre pasado y presente, entre generaciones, y por lo tanto, un compromiso cívico de transmisión de la memoria.

Una vez diplomado (1890), es nombrado archivero de la ciudad de Bourges. Sin embargo, después de solo veintisiete meses deja este primer trabajo al ser contratado por la Bibliothèque de Sainte-Geneviève de París, donde tampoco permanecerá mucho tiempo. En efecto, regresa a la provincia para asumir el cargo de bibliotecario adjunto y, más tarde, de conservador de la biblioteca municipal de Besançon, donde empezará sus investigaciones sobre iconografía de la ciudad. Durante esos mismos años, descubre su vocación por la enseñanza: a partir de 1900, imparte la asignatura de «Bibliografía general» y después la de «Ciencias auxiliares de la historia» en la Facultad de Letras de la misma ciudad. Pero la llamada de la capital es irrechazable: tras una primera tentativa fallida, en 1903 logra que la Bibliothèque historique de la ville de Paris lo contrate, pocos meses después de haber contraído matrimonio con una muchacha de la alta burguesía parisina. En las salas de la biblioteca comienza pronto a organizar pequeñas exposiciones anuales sobre aspectos y momentos cruciales de la historia de la ciudad. Estas se suceden entre 1903 y 1913, siempre acompañadas de guías ágiles y vistosas cuya finalidad divulgadora no oculta un sólido conocimiento del material tratado. Entre tanto, la historia urbana se convierte para Marcel Poëte en objeto de un compromiso cívico y profesional, y no tanto de investigación científica, compromiso sobre el que sienta las bases de toda su obra como director de la biblioteca: se diría casi una misión a la que se consagra tras ser nombrado conservador jefe de la institución. De hecho, Poëte alimenta la idea de que la biblioteca pueda convertirse algún día en la sucesora del servicio de los *Travaux historiques*, fundado en 1734 por los prebostes de los comerciantes de París y relanzado en 1860 por el barón Haussmann, que a la sazón desempeñaba el cargo de prefecto del Sena. En la misma sede, crea también unos cursos de historia de París (inaugurados en 1903), concebidos con una doble finalidad, puesto que están dirigidos tanto a jóvenes especialistas como a ciudadanos interesados. Consecuencia natural de esta actividad es la creación, a partir de 1914, de un seminario sobre la historia de París en la École pratique des hautes études en la Sorbona, del que Poëte ocupará la plaza de profesor titular hasta su jubilación en 1948. De 1919 en adelante, la École pratique d'études urbaines et d'administration municipale, fundada junto con Henri Sélrier con

la misión de formar cuadros técnicos para dirigir los trabajos de reconstrucción tras la primera guerra mundial, hereda el primero de sus objetivos con los cursos de “Evolución de las ciudades”, creados e impartidos por el mismo Poëte.

Su compromiso cívico también se mueve en una dirección completamente distinta: en 1907 es nombrado miembro de la *Commission du vieux Paris* y se dedica en cuerpo y alma a los objetivos de la asociación, en la que desempeña el cargo de secretario entre 1913 y 1920, cuando con el arquitecto Louis Bonnier prepara el informe sobre la estética parisina.³ El documento, publicado en 1913 por la *Commission d’extension de Paris*, viene precedido de un *Aperçu historique* dividido en dos partes (que podemos atribuir con casi total seguridad en toda su extensión al mismo Poëte): la primera revisa la historia de París desde sus orígenes hasta el Segundo Imperio; la segunda comprende los años precedentes a la expansión de principios del siglo XX, es decir, la anexión de 1860.

Al mismo tiempo, Poëte da conferencias sobre las transformaciones de la capital en instituciones culturales, organizaciones voluntarias, la asociación de arqueólogos, el círculo de librerías, etcétera. Visita los Estados Unidos y Canadá (1909), más tarde conocerá también Suecia (1927), pero en general se mueve poco: sus apuntes solo dan noticia de un viaje a Italia (1937) realizado con su yerno, Gaston Bardet, durante el que se ocuparán preferentemente de la arquitectura mussoliniana (que había sido el tema de la tesis del propio Bardet), no sin redescubrir el arte de la Antigüedad clásica a lo largo de toda la Península.⁴

Muy poco conocemos de su vida personal. Practicaba con asiduidad la religión laica del trabajo: su necrológica lo describe como un hombre reflexivo, de aspecto siempre austero, jefe estricto, exigente consigo mismo y con los demás, a menudo absorto en meditaciones interminables, que sus colaboradores apenas podían sospechar. Como revelan algunos testimonios, logró rodearse pese a todo de un círculo de fieles seguidores: discípulos que se dirigían a él en busca de consejo profesional, pero también por sus escritos. Entre estos, el que sería marido de su hija Françoise, el destacado urbanista Gaston Bardet, es sin duda el más conocido.⁵ Parece que no era muy dado a las relaciones sociales; originadas en su mayor parte en el lugar de trabajo, si bien conocemos que participaba en el salón de té dominical de Jean-Claude Nicolas Forestier, el arquitecto jefe de los jardines de París, quien también dependía de la prefectura del Sena. Además de Louis Bonnier (con quien escribió el libro citado más arriba), estrechó lazos con Jean-Marcel Auburtin, Donat-Alfred Agache, León Jaussely, Auguste Brügeman y William Oualid. Pero quizá por su formación histórico-filológica no debía resultarle fácil el intercambio de ideas con arquitectos. Sin embargo, en 1938 y arrastrado por Bardet, nos lo encontramos de nuevo como padre fundador del *Atelier supérieur d’urbanisme appliqué*, una asociación que le permitirá acercarse cada vez más a las cuestiones operativas.

Podemos agrupar sus escritos en tres apartados distintos: el de los inventarios e instrumentos propios de la biblioteconomía; el de los catálogos de las exposiciones que organizó; y el que conforman sus ensayos sobre París. A ello debemos añadir la inmensa cantidad de artículos breves aparecidos en revistas literarias y revistas culturales de información general y gran difusión. Cabe mencionar asimismo un libro de grandes ambiciones teóricas aunque de escasa circulación: *Paris, son évolution créatrice*, publicado en 1938 por Vincent

3. Commission du Vieux Paris: *Aperçu historique et considérations techniques préliminaires*, París: Chaix, 1913.

4. BHVP, *Papiers Poëte*, vol. 138, c. 38 -50.

5. Donatella Calabi, *Parigi anni venti. Marcel Poëte e le origini della storia urbana*, Venecia: Marsilio, 1997, págs. 24-25.

et Freal, tras haberlo intentado sin éxito con otras editoriales, que rechazaron el libro por su elevado grado de abstracción.⁶ Poco más de treinta años después de la publicación del texto «sagrado» de Bergson, que ejerció en él una poderosa influencia como se desprende del hecho de que lo parafrasee sin cesar en sus páginas, Poëte ingresa en el brillante debate metodológico de su tiempo, proponiendo de manera explícita la aplicación de aquellos principios a la historia de la ciudad. El texto está acompañado de algunos esquemas interpretativos del crecimiento de París, dibujados por el discípulo y yerno Gaston Bardet, y que con el correr de los años aparecerían en otros lugares.⁷

3. *La tesis del libro*

Siguiendo el mismo orden del índice, creo que conviene detenerse un instante en el primer capítulo del libro, «La ciencia de las ciudades. Sus principios. El origen y evolución de la ciudad», donde el autor esboza el tema y define sus tesis (que serán articuladas en los capítulos sucesivos, pero que en cierto sentido están ya enunciadas todas aquí).

Preside el texto un íncipit esquemático, casi escolar, que relaciona las cuestiones tratadas con la actualidad de las recientes leyes urbanísticas (las de 1919 y de 1924, que obligaban a las ciudades francesas a redactar un proyecto de sistematización y de ampliación), leyes que tuvieron un fuerte impacto sobre las prácticas profesionales de la Francia de aquellos años y en la construcción de un movimiento cultural relativo a ese campo de interés.

La elaboración de un plan exige el conocimiento del organismo urbano y no está lejos de la disciplina que responde al nombre de urbanística. Esta es ciencia y arte. En la medida en que ingenieros y arquitectos deben intervenir a partir de datos recabados de otras disciplinas (economía, geografía o historia, entre otras), limitar la urbanística al simple hecho de trazar planos significaría entregar el destino de la ciudad a conceptos exclusivamente gráficos.

Hablando después de la urbanística como *ciencia* y situándose, una vez más, en un debate muy actual, típico de la voluntad de perfeccionar una disciplina, Poëte explica que esta abarca datos estadísticos, así como conocimientos epigráficos y archivísticos de lo más variado (para la ciudad antigua), junto con múltiples documentos (para la ciudad moderna). El recurso a vistas, crónicas, memorias, historias locales y descripciones, plantas, relaciones, guías, tratados (como el de Vitrubio) y obras literarias (como *La Ilíada*) es necesario. Las comedias de Aristófanes pueden hablarnos de Atenas, como la poesía de Ovidio lo hace de Roma, o una *Chanson de geste* del París de 1200.

Todo ello se traduce en algunos caracteres específicos de la obra que estamos examinando:

a) El libro parte del hoy: su tema es la urbanística. La inversión del título por parte del editor italiano (tal vez por razones comerciales, que seguramente favorecieron su difusión) demuestra que le pasó desapercibida la originalidad de este planteamiento. Semejante enfoque implica, de hecho, un giro con respecto al estilo de sus libros anteriores, en los

que, pese a partir de la actualidad o de acontecimientos recientes, las preocupaciones de un historiador eran las que guiaban a Poëte. Aquí, el tono de las propuestas operativas es más audible que en sus otros textos.⁸

b) De conformidad con esta elección inicial, el texto identifica quiénes son sus interlocutores (sus lectores). En primera instancia, ingenieros y arquitectos; el texto ya no busca un público genérico de ciudadanos interesados por su ciudad (tal y como ocurría en otros libros, y en las exposiciones y conferencias celebradas en la *Bibliothèque des travaux historiques de la ville de Paris*),⁹ señalando así un momento de ruptura en la extraordinaria coherencia y continuidad de la obra de este autor.

c) El libro polemiza con una interpretación de la urbanística, también en boga en aquellos años en Francia, teorizada por algunos historiadores del arte (Pierre Lavedan, su más famoso representante, había publicado en 1926 su tesis *Qu'est ce que c'est l'urbanisme*,¹⁰ donde sostenía que la ciudad es una obra de arte y que, por lo tanto, podía ser estudiada con los instrumentos propios de la historia de las expresiones artísticas). Aquí, por el contrario, la tesis consiste en una reelaboración teórica y programática de lo que en otra parte estaban *practicando* algunos miembros de la SFAU (*Société française des architectes-urbanistes*). Exestudiantes en cualquier caso muy vinculados a la educación en *beaux arts*, algunos de estos profesionales (quizá también alumnos del propio Poëte en el Instituto de Urbanismo o asiduos de sus conferencias)¹¹ trataban de situarse con sus proyectos en el ámbito de una «composición urbana» fundamentada en un enfoque que podría definirse provisionalmente como científico, es decir, caracterizado por unas reglas precisas e instrumentos técnicos. Y fundada, precisamente, en el conocimiento del presente.

La cuestión es delicada y no está privada de implicaciones sobre la fortuna de la cultura francesa y del propio Poëte en la Italia de los años veinte. Los arquitectos Carlo Aymonino y Aldo Rossi, que durante los años sesenta se contaron entre sus principales divulgadores, relacionando el redescubrimiento de Poëte con las teorías sobre la relación morfología/tipología que estaban elaborando en aquellos años, no podían más que sentirse atraídos por su posición contraria a la historia del arte tradicional, a la que achacaban la culpa de la separación entre la ciudad contemporánea y la del pasado.¹² Decidirse por la ciudad antigua, partiendo del presente, en lugar de ceñirse a una reconstrucción propia de especialistas, sugiere un método de restitución hacia atrás de las diversas fases de transformación de una ciudad que, a siglos de distancia, les parece a los arquitectos italianos particularmente fértil.

4. La ciudad como organismo

La segunda afirmación clave del libro que estamos releendo reza como sigue: «La ciudad es un ser humano colectivo que evoluciona a lo largo del tiempo, modificándose, desarrollándose o decayendo hasta morir». Afirmación consecuente y relacionada con la anterior es: «Las exigencias del hombre mediante las cuales se manifiesta la civilización son en su totalidad de orden material. Por ejemplo, no podemos comprender la ciudad antigua, o la ciudad medieval, si hacemos abstracción de las ideas religiosas». De suerte que el estudio de

6. BHVP, *Papiers Poëte*, legajo 219, citado en Donatella Calabi, *Parigi anni venti...*, pág. 28.

7. Donatella Calabi, *Parigi anni venti...*, pág. 29.

8. Véase en particular su texto más conocido, *Une vie de cité. Paris de sa naissance à nos jours*, París: Picard, 1924-1931.

9. Poëte ocupó el cargo de director desde octubre de 1903 y organizó, entre 1903 y 1913, pequeñas exposiciones anuales sobre aspectos y momentos cruciales de la historia parisina; véase en especial la primera muestra dedicada precisamente a la biblioteca y a su historia: *La Bibliothèque historique de la ville de Paris. Une exposition à l'hôtel de Saint Fargeau*, Saint Denis: BHVP, 1903.

10. Pierre Lavedan, *Qu'est ce que c'est l'urbanisme*, París: Henri Laurens, 1926.

11. Donatella Calabi, *Parigi anni venti...*, pág. 128.

12. *Ibidem*, págs. 53-55.

la evolución urbana comprenderá dos elementos: uno general (que corresponde al estado de la civilización) y otro particular (que refleja el destino propio de cada ciudad).

Hay aquí más elementos propios de la cultura de la época, a los que Poëte no puede sustraerse, y de los que se convierte en portador:

a) La relación con la filosofía evolucionista y con las teorías bergsonianas, particularmente relevantes en la formación del pensamiento histórico de principios del siglo XX en Francia, aunque por personalidades muy distintas entre sí.

b) La referencia (por lo demás explícita bajo la forma de la citación) a Fustel de Coulanges y a los primeros estudios sobre la ciudad antigua realizados por el historiador, que se revelaron posteriormente como el rasgo más característico de la manera de concebir las fases cronológicas, y la propia existencia de la *ciudad antigua* como categoría conceptual e interpretativa.¹³

c) La necesidad de formular para cada estudio de una situación particular, geográficamente circunscrita, una hipótesis comparativa más general, situando jerárquicamente el caso específico en el marco de una *clasificación*.¹⁴

5. La gran ciudad como modelo y las huellas del pasado

Me parece oportuno recordar aquí otra afirmación de Poëte: «La gran ciudad, en el sentido actual de la expresión, es, en definitiva, fruto de los progresos de la ciencia, frase con la que manifiesta abiertamente su entusiasmo por la gran ciudad capital (en este caso, París especialmente) y por su complejidad. Se trata de una toma de posición que no es particularmente original, en la medida en que es fiel reflejo del clima de la época, pero que, sin embargo, Poëte expresa con gran convicción.

A partir de 1910 se sucede un gran número de iniciativas (congresos, exposiciones, artículos en revistas, publicaciones de manuales) que tienen como objeto el difundir la idea de que el ámbito de la urbanística es, ante todo, el de la gran ciudad, iniciativas que desarrollan nuevas técnicas e instrumentos. Con esto no afirmo que Poëte participase necesariamente en primera persona en alguna de aquellas iniciativas, sino que no podía no estar al corriente de ellas. Las relaciones entre su discípulo Carlos María Della Paolera y Werner Hegemann, que se mencionan en la correspondencia del primero con Poëte, constituyen una prueba indirecta de que ninguno de los dos desconocía ese enfoque que había encontrado en la Exposición de Urbanística de Berlín-Düsseldorf la ocasión perfecta para su divulgación internacional.¹⁵

El segundo capítulo del volumen versa sobre «La imagen de la ciudad. Distintos tipos de trazas. El análisis de la planta». Ello significa en primera instancia volver sobre la vieja cuestión de las «calles rectas» o las «calles curvas» y de su papel en la red viaria, o bien signo de la voluntad del hombre en la fisonomía urbana, o bien de una traza del lugar formada con el paso del tiempo como consecuencia de la circulación, modeladas en el propio suelo por quien sigue los accidentes. Encontramos varios ejemplos si nos remontamos en el tiempo hasta Egipto, el Asia Menor, la Magna Grecia, Rodas, las *bastides* medievales, la Roma del Renacimiento. No reviste originalidad alguna: el argumento se trata

extensamente en la literatura alemana del *Stadtbaukunst* desde los primeros años del siglo XX (en los escritos de Gurlitt y Brinckmann),¹⁶ si no ya en las postrimerías del XIX (en las elaboraciones de Sitte).¹⁷

Más original es el tercer capítulo, «El marco geográfico: la ciudad en el camino», en el que el autor describe en primer lugar la relación entre la ciudad y sus vías de acceso, en términos de condicionamiento formal de la estructura urbana, para ocuparse después de la trama interna principal. «Asociar el destino de la ciudad a las vías de comunicación es una regla metodológica esencial», que permite interpretar París como Londres, Sevilla como Ámsterdam, en función de las calles de los peregrinos o del camino de las especias, de las vías marítimas o de las líneas férreas, de las estructuras portuarias o de los puentes principales.

El capítulo siguiente, «El lugar. Los cambios que experimenta. Sus efectos sobre la ciudad. El análisis del emplazamiento urbano», se ocupa del área abrazada por la ciudad. Se trata de considerar no solo los elementos topográficos, sino también los geográficos, los geológicos y las condiciones originales del lugar, con los que poder reconstruir el aspecto que tenían cuando se convirtieron en sede de los primeros asentamientos urbanos. Los ejemplos son de nuevo París (la Rive Droite, la Gite, la Rive Gauche), Ámsterdam y su relación con el Dam, pero también Besançon y el Doubs como foso defensivo, Atenas entre la Acrópolis y la ciudad baja, o la ciudad de Lyon, en parte encaramada sobre la colina de Fourvière, en parte extendida sobre el curso del Ródano y del Saona.

Poëte recuerda que existen en Francia varios estudios que pretenden descubrir la cota del primer asentamiento (mapas provistos de curvas isométricas e informaciones acerca de las excavaciones que permiten identificar el suelo virgen por debajo del nivel actual). Pero sostiene que solo se podrán conseguir tales objetivos con el concurso de un servicio municipal que se encargue de identificar estos aspectos y llevarlos a los planos. Y si en París existe un servicio municipal de esta naturaleza, que lleva a cabo investigaciones y divulga información, se trata sin embargo de un caso absolutamente excepcional. Las palabras del autor traslucen su actitud personal de empleado municipal y la más inquebrantable fe y, en cierto modo, autoidentificación con el papel desempeñado por los funcionarios públicos.¹⁸

La primera parte del volumen concluye con una reflexión sobre *La composición en la ciudad y las enseñanzas del pasado*, en la que el territorio geográfico y las diversas implantaciones comparten protagonismo con la edificación, el edificio público y monumental medido respecto a la existencia o carencia de servicios técnicos (transportes públicos, calefacción urbana, abastecimiento hídrico), y la edificación de los núcleos periféricos de la metrópoli.

6. Las etapas de la Antigüedad

En la segunda parte del libro (la que se destaca en el título italiano), el autor emprende la descripción, ordenada lógica y cronológicamente, del desarrollo de la civilización urbana desde la Antigüedad, identificando sus etapas fundamentales. Aquí se subraya una correspondencia entre la forma construida y la forma institucional, presupuesto que se revela como el elemento que garantiza el orden de los argumentos tratados.

13. Donatella Calabi, *Parigi anni venti. Marcel Poëte e le origini della storia urbana*, Venecia: Marsilio, 1997, págs. 43-44.

14. *Ibidem*, págs. 37-40.

15. *Ibidem*, págs. 121, 127 n.

16. Donatella Calabi, parte antológica en G. Piccinato, *La costruzione dell'urbanistica. Germania 1871-1914*, Roma: Officina, 1974.

17. G. Zucconi (ed.), *Camillo Sitte e i suoi interpreti*, Milán: Franco Angeli, 1992.

18. Donatella Calabi, *Parigi anni venti...*, págs. 15-26.

En el sexto capítulo, por ejemplo, la ciudad egipcia es descrita como una ciudad divina, en la que se expresan la naturaleza, las creencias humanas (hijas del Nilo) y las dos divinidades, personificaciones de las dos fuerzas fundamentales (el agua fecundadora y el sol irradiador). Para comprender la ciudad egipcia, sostiene Poëte, es preciso estudiar al mismo tiempo la civilización material (las obras de encauzamiento del río, canalización, riego, las viviendas, la circulación) y la moral (el grado de perfección en las artes, la escritura jeroglífica, el calendario). Toda la población está al servicio del rey, el único ser que cuenta ante la divinidad, en particular, el faraón —un Dios en realidad—, intermediario entre el cielo y la tierra y el único que puede gozar de vida eterna. Solo conociendo estos presupuestos, nos dice el autor, se pueden estudiar Heliópolis, Menfis, y describir su estructura urbana.

El séptimo capítulo se ocupa de «La ciudad asirio-babilónica; la ciudad del Déspota». De nuevo la configuración geográfica del territorio y los cursos de agua desempeñan un papel fundamental en el estudio de la civilización urbana de Mesopotamia. La facilidad de movimientos, consecuencia de la red de canales, favoreció los vínculos entre los habitantes y contribuyó a un progreso excepcional. Babilonia (puerta de la divinidad) está a la izquierda del Éufrates: su gran desarrollo se da con Hammurabi cuando su divinidad protectora deja de ser una divinidad local y toma una amplia difusión; desde entonces Babilonia ya no es solo un gran centro religioso, sino también una capital política. Poëte toma en consideración la destrucción y reconstrucción del año 648 a.C. para comprender su esplendor en la época de los fundadores del imperio neobabilonio. Es preciso retomar la descripción que nos brinda Herodoto, reconociendo sin embargo que «junto a precisiones interesantes, esta descripción de Babilonia contiene indicaciones vagas e incluso inexactitudes, de ahí que sea oportuno cotejarla, sobre todo, con arreglo a los resultados de las excavaciones». Solo de esta manera se podrán comprender las posiciones del palacio real, de la ciudadela, del templo de Marduk (una construcción alta en la que se quiere reconocer la torre de Babel), las recias murallas, la división en compartimentos, etcétera. Y después Nínive, parecida a Babilonia en lo que respecta al recinto amurallado, caracterizada por un perímetro cuadrangular irregular: Senaquerib restauró la ciudad; construyó un espléndido palacio con un parque extensísimo, que obligó al traslado de los habitantes a otros barrios y realizó acueductos de abastecimiento general. Otras intervenciones por parte de otros soberanos, como en Dur Sharrukin (la actual Khorsabad), permiten considerar la ciudad asiria como la ciudad del déspota. Poëte no renuncia en este terreno a insistir sobre la necesidad de un uso articulado de las fuentes arqueológicas, literarias o documentales, un enfoque que había inspirado su método de trabajo como director de la *Bibliothèque historique de la ville de Paris*.¹⁹

La última parte del libro está dedicada a la ciudad griega, a su primitiva evolución, a Atenas en la edad de la democracia, a las colonias, al período helenístico, a Alejandría, Pérgamo, Dura Europos. Para reconstruir sus orígenes, Poëte retoma lo que ya había sostenido Fustel de Coulanges: es preciso remontarse al estado primitivo del régimen patriarcal, la institución familiar, las fratrías, la tribu, la tendencia al sinecismo, la ciudad estado; y al mismo tiempo estudiar la evolución de la religión, desde el culto de los antepasados a las divinidades familiares al culto más general a la divinidad «poliada» (del griego *poliouxhós*,

protectora de la ciudad). Para después plantearse la cuestión sobre qué ocurrió en aquel poblado primitivo del Ática, que había nacido al lado de un macizo rocoso, donde se construyó la Acrópolis: la altura (156 metros), escarpada en tres de sus flancos, estaba condicionada por la presencia del mar y por la distancia con respecto a la bahía Falero, en suma, a las características del lugar. Resulta oportuno cotejar estos apuntes con las afirmaciones de Tucídides a propósito de la evolución primitiva. Poëte pasa entonces a describir otra aglomeración urbana, situada al noroeste de la Acrópolis, el ágora; y aquí toma en consideración la acción del extranjero, vinculada al desarrollo comercial y a la actividad de los artesanos (ajenos a la estructura social y política de las familias, a las fratrías locales, a las tribus).

La última etapa de aquello que el autor define como su viaje al Oriente está conformada por la visita a las ciudades helenístico-romanas (Gerasa, Palmira, Éfeso, Antioquía, Filadelfia, Petra, con sus calles flanqueadas por columnas, la sistematización de los cruces, las perspectivas de los teatros griegos, las plazas grandiosas), para volver la vista, a guisa de conclusión del dilatado itinerario, sobre París y encontrar en esta ciudad «un objeto de mediación entre ciertos aspectos que, pese a la gran distancia que los separa en el tiempo y en el espacio, se remiten a algunos elementos urbanísticos» de aquellas lejanas ciudades: la Rue Rivoli, en el tramo que la conecta con la residencia del Soberano semejante a las grandes calles con columnatas de la Antigüedad; la columna de la Place Vendôme, que imita a la de Trajano; la fuente de los Inocentes que, con anterioridad a su traslado en el siglo XVIII, era en lo esencial como un ninfeo helenístico. Pero también una serie de telones de fondo arquitectónicos: la Gare de l'Est para los bulevares de Estrasburgo y Sebastopol; la Ópera para la avenida del mismo nombre; la Madeleine para la Rue Royale hasta llegar a otros puntos de la capital de Luis XIV, de la capital napoleónica o de la haussmanniana, en los que es posible distinguir el influjo y las enseñanzas de los antiguos.

Por una parte, el autor confirma con sus ejemplos la necesidad de utilizar y hacer converger las lecturas político-institucional, geográfica e histórica, que deben superponerse al estudio de las excavaciones arqueológicas y de las huellas materiales, para reconstruir las distintas fases de transformación de cualquier asentamiento urbano; por otra parte, regresa a la ciudad de hoy y a la complejidad de sus estratificaciones, en las que detecta los signos físicos o solo culturales de un pasado remoto. En el último pasaje del libro, Marcel Poëte se dirige al urbanista de su tiempo que deberá asumir estos signos como elementos irrenunciables de su proyecto de plan, porque el urbanista debe saber «aprovechar la experiencia acumulada por los hombres a lo largo del tiempo», sin renunciar, en todo caso, a algunas de las posibilidades que le brindan los descubrimientos técnicos y científicos, progresos que le permitirán liberarse de la tradición cuando esta se convierta en un corsé demasiado estrecho.

7. *La posteridad crítica*

En su introducción a la edición italiana, Mario Zocca hace referencia a los textos de Pierre Lavedan, en esos años mucho más conocido en Italia —aunque tampoco había sido traducido al italiano—, y a los escritos planteados con óptica de «arqueólogo» de Paul Zucker.

19. Donatella Calabi, *Parigi anni venti. Marcel Poëte e le origini della storia urbana*, Venecia: Marsilio, 1997, págs. 19-22.

Zocca recuerda que, por su formación preferentemente histórica antes que artística, Poëte se vio inclinado a evitar la subdivisión convencional en esquemas y la búsqueda de clasificaciones que en esos años abordaban otros estudiosos. Poëte no proponía una ampliación de los métodos de la historia del arte desde la escala del objeto a la de la ciudad, sino una visión general en el tiempo y en el espacio, solidaria con el carácter de *universalidad* de la urbanística. Así, al explicar la elección editorial, Zocca describe el texto de Poëte como una etapa en el proceso de perfeccionamiento de la «crítica operativa» propugnada por Zevi,²⁰ abogando al mismo tiempo por la gran capacidad de síntesis de este campo de estudios: «Pese a que este libro forma parte de la literatura urbanística del primer decenio posterior a la primera guerra mundial, se distancia claramente de sus contemporáneos que abordaban el tema de manera parcial o con arreglo a una visión unilateral». Y de ese modo rubrica definitivamente el lugar de Poëte entre los padres fundadores de la urbanística.

No resulta sencillo establecer un umbral en el pensamiento de este autor que hizo de la evolución y la continuidad las bases fundamentales de su pensamiento; pero hacia 1919 encontramos un giro operativo, que termina por alejarlo de la corporación de los historiadores aproximándolo a la de los arquitectos-urbanistas, cuando abre la nueva *École des hautes études urbaines*, funda el periódico *La vie urbaine*, redacta un conjunto de notas de trabajo y dicta una serie de conferencias que debían acompañar a la publicación del libro que aquí presentamos y que consolidan, en la carrera de Poëte, su nueva «pertenencia» disciplinar.

En verdad, advertimos ya en 1913 una primera manifestación de interés «urbanístico» por parte de Poëte, cuando vio luz aquella contribución de consideraciones históricas y técnicas preliminares al proyecto de ampliación de París, a la que ya me he referido en estas páginas. Louis Bonnier y el propio Poëte firman el libro, pero sus partes quedaron perfectamente delimitadas, según sus respectivas competencias. El primer volumen, dedicado al examen de los muchos proyectos redactados para la capital antes del siglo XX y atribuido a nuestro autor, fue acogido como un trabajo sistemático y de referencia para quien recibía encargos de actuación. Pero el ámbito y la finalidad del libro no se quedaban aquí. Lo subraya Maurice Halbwachs en un artículo que a su vez fue muy citado, aparecido en el segundo número de *La vie urbaine*: «El gran mérito de ese texto no residía tanto en la riqueza de la documentación cuanto en el hecho de haber subrayado que los trazados viarios o los cambios en la estructura topográfica no pueden explicarse recurriendo exclusivamente a los proyectos y diseños de personas concretas». Las inclinaciones y necesidades colectivas ante las que se han doblegado empresarios, prefectos y arquitectos (quizá sin ser conscientes de las fuerzas sociales que los impulsaban) desempeñan un papel aún más significativo.²¹ Y el comentario también encuentra difusión en la revista que los mismos Poëte y Bonnier habían fundado en 1919. La revista, primero como boletín del Institut d'histoire, de géographie et d'économie urbaines, dirigido por el propio Poëte, y después, desde 1925, del Institut d'Urbanisme, que tomó el relevo del primero, fue un foro de debate abierto a las cuestiones relativas a la ciudad, estrechamente vinculado a las instituciones que lo habían promovido, pero considerado muy innovador.

En realidad, son años en Francia en los que cualquier análisis de la ciudad contiene la dimensión de la larga duración. Especialmente frecuente en las publicaciones que abordan

operaciones de proyecto, la lectura histórica aparece como un frontón neoclásico pegado delante de la propuesta de actuación; y viceversa, los estudios históricos arrinconan, como si fuesen cromos, los mapas, los grabados y los diseños que no saben interpretar. En cierto sentido, Marcel Poëte representa un punto crucial de este giro y marca un cambio gradual de horizonte hacia las tesis cada vez más inmediatamente prácticas que se elaboraron en el Institut d'urbanisme durante el periodo de entreguerras. En este ámbito, el trabajo sobre la ciudad medieval de Pierre Lavedan, que hace gala de mayores pretensiones de síntesis que los examinados hasta ahora, merece ser destacado de manera particular: de Lavedan, Poëte afirma admirar su trabajo, por haberse movido con habilidad entre las disciplinas conocidas sin que su formación de historiador del arte le hiciese caer en el pecado habitual entre sus colegas, esto es, la incapacidad de aplicar las observaciones practicadas sobre la ciudad del pasado a la ciudad contemporánea. Con todo, Poëte formula algunas observaciones críticas a propósito del sentido que Lavedan da a la palabra *urbanisme*: se muestra en desacuerdo con cualquier abuso del término «ley» cuando se trata del organismo urbano; declara sus propias dudas acerca del análisis completo del modelo de red viaria en retícula o radiocéntrico al que sería posible reconducir la serie completa de centros medievales. En definitiva, rechaza aquella impronta «tipológica» de Lavedan que hizo fortuna entre los arquitectos italianos de la década de 1960.

Y, sin embargo, también estos arquitectos (Carlo Aymonino y Aldo Rossi en particular) consideraron a Marcel Poëte uno de los referentes significativos para «la construcción de una teoría racional de la arquitectura» que debería cimentarse en el estudio de las relaciones existentes entre el análisis urbano y el proyecto arquitectónico. En los cursos impartidos en el IUAV de Venecia, antes incluso que en alguno de sus libros de mediados de los sesenta, proponían la figura de Poëte como uno de los precursores de una aproximación morfológica a la historia de la ciudad. Situaron su contribución teórica en un ámbito más extenso que por entonces empezaban a perfilar genéricamente: el de los estudios de «geografía urbana». No sin forzar quizá en exceso las cosas, Aymonino y Rossi construyeron una genealogía de las fuentes entre las que incluyeron personalidades de muy distinto cariz (Vidal de la Blache, Henri Pirenne, Pierre Lavedan y Hans Bernoulli), además de los estudios de historia urbana de Marcel Poëte.

Desde la década de 1980, algunos investigadores franceses reexaminan las tesis de Marcel Poëte sobre la expansión física de la capital; unos con el objetivo de reordenar y clasificar movimientos y personalidades significativos para el pensamiento urbanístico (Françoise Choay, Marcel Roncayolo, Susanna Magri); otros con la intención de hacer balance de los inicios de la profesión de la urbanística en Francia comparándolos con los de otros países europeos (Jean-Pierre Gaudin, Jena-Louis Cohen); o los que cifran su interés en el aspecto de la institucionalización —la enseñanza, la escuela, los institutos profesionales— (Remi Beaudoui); y aquellos, aún, que se proponen aclarar algunos problemas de método histórico (Louis Bergeron).²²

Donatella Calabi

20. M. Tafuri, *Teorie e storia dell'architettura*, Bari: Laterza, 1968, pág. 165.

21. Maurice Halbwachs, «Les plans d'extension et d'aménagement de Paris avant le XIX^e siècle», *La vie urbaine*, núm. 2 (1920), págs. 5-28.

22. Françoise Choay: «Doctrines et theories d'urbanisme non progressistes», en *Histoire de la France urbaine*, vol. IV, París, 1983, págs. 252-253, 255; Jean-Louis Cohen: «Les architectes et l'art urbain (1910-1914), l'état de la question», en *Architectes, Ingénieurs, Urbanistes et Cie.*, París: IFA, 1986; Jean-Pierre Gaudin: *Desseins des villes*, París: L'Harmattan, 1991, págs. 12-13; Remy Beaudoui: *La naissance de l'Ecole des Hautes Etudes Urbaines et le premier enseignement de l'urbanisme en France, des années 1910 aux années 1920*, París, Rapport de Recherche du Secrétariat du Plan Urbain, 1988; «L'Institut d'Urbanisme de Paris et le problème parisien 1919-1939» en *Cahier de l'Institut d'Histoire du Temps Présent*, núm. 12 (1989), págs. 119-127; Susanna Magri: «Reconstituer la cité: dalla concezione organicistica della città alla riforma del quartiere popolare in Francia nel primo quarto de secolo», *Storia Urbana*, núm. 47-48 (1989), pág. 206; Marcel Roncayolo y Thierry Paquot: *Villes et civilisation urbaine, XVIII-XX siècle*, París: Larousse, 1992; Louis Bergeron: *Parigi: il mito di una capitale*, Turín: Einaudi, 1993, pág. 11.

INTRODUCCIÓN

El presente volumen mantiene relación con una parte de las enseñanzas que imparto en el Instituto de Urbanismo desde el año 1919 y que abarca la evolución de las ciudades desde la Antigüedad hasta nuestros días. En dichas enseñanzas, consagradas a una ciencia en fase de desarrollo, todos mis esfuerzos me han llevado a establecer un método y una doctrina. Las páginas que siguen contienen la indicación de dicho método y la exposición de dicha doctrina. Además, conducen al lector desde la lejanía del Egipto de los faraones hasta la época helenístico-romana, cuando pueden distinguirse los primeros trazos de la ciudad moderna. El lector encontrará aquí, aplicados de modo genérico a todas las ciudades, aquellos principios que en otra de mis obras¹ he utilizado como guía para el estudio de París en sus distintas épocas.

Marcel Poëte

1. *Une Vie de Cité. Paris de sa naissance à nos jours*, Aug. Picard, París, 1924-1927, tomos I y II y álbum, in-8°.

LA CIENCIA DE LAS CIUDADES, SUS PRINCIPIOS. ORÍGENES Y EVOLUCIÓN DE LA CIUDAD

Las leyes de 14 de marzo de 1919 y de 19 de julio de 1924 prescribieron a las ciudades francesas el levantamiento de un plano de ordenación y extensión o, dicho de otro modo, un plano destinado a la adaptación de cada ciudad a sus necesidades presentes y futuras. Resulta sorprendente que nuestra legislación haya tardado tanto tiempo en consagrar algo que, sin embargo, parece ser un principio metodológico esencial. De hecho, en el caso de París podrían citarse bastantes ejemplos de planos de este tipo, desde el reinado de Enrique II hasta el mandato de Napoleón III. Sea como sea, la elaboración de este tipo de planos requiere un conocimiento del organismo urbano y forma parte de eso que se suele llamar el *urbanismo*, que es a la vez una ciencia y un arte puesto que, si la técnica de los arquitectos o de los ingenieros debe intervenir, debe hacerlo tan solo sobre la base de unos datos estrictamente científicos, procedentes de diversas disciplinas: la economía, la geografía, la historia y otras. Limitar el urbanismo al arte del dibujante de planos sería como reducir el destino de las ciudades a unos conceptos lineales puros que exigen que aquí se dibuje un *civic centre*, que el *zoning* fije un orden en las localizaciones o que más allá se extiendan los espacios de vegetación del *park system*, etcétera. Este tipo de conceptos han hecho que los principales esfuerzos de los técnicos urbanistas se hayan dirigido demasiado a menudo a los barrios suntuosos, cuando deberían haberse dirigido a las zonas populares, en las que, según las lecciones que extraeremos del estudio del pasado, se encuentra el porvenir de la ciudad.

Voy a ocuparme de la ciencia de las ciudades. Dicha ciencia estudia las condiciones y las manifestaciones de la existencia y el desarrollo de las mismas. Es una ciencia basada en la observación. Descansa sobre hechos muy bien constatados, que son comparados entre ellos con el fin de clasificarlos, para luego obtener unas leyes —la palabra es excesiva si se aplica a los fenómenos urbanos— o, como mínimo, unas conclusiones generales. Los hechos que se observan son aquellos que yo denominaría «hechos urbanos», es decir, los hechos que revelan el estado del organismo urbano. Y la observación debe ser lo más directa posible. La estadística constituye una forma directa de observación, pero solo es posible utilizarla a partir del siglo XIX. Por lo que respecta al pasado, la regla que acabo de enunciar exige que, ante todo, nos remitamos a aquello que pueda subsistir de la ciudad antigua, y luego a los elementos que contribuyen a su conocimiento, es decir, los documentos epigráficos en el caso de la Antigüedad; los documentos de archivo en el caso de las épocas posteriores; las plantas, numerosas a partir del siglo XVI; las vistas, abundantes a partir del siglo XVII; las crónicas, las memorias o las historias locales; las descripciones de ciudades; los relatos de

los viajeros o las guías; los tratados didácticos, como el *De Architectura* de Vitruvio, o los tratados de los agrimensores; y, finalmente, las obras literarias propiamente dichas, como la *Iliada*, que nos evoca Troya, ciertas comedias de Aristófanes o ciertos poemas de Horacio que nos permiten revivir Atenas o Roma, y también ciertas canciones de gesta, que nos dan un expresivo perfil de París hacia el año 1200.

Diversas ciudades, distintas unas de otras, han podido existir en un mismo emplazamiento. Así, en el caso de Troya se han llegado a contar nueve aglomeraciones superpuestas, de las cuales la Troya homérica es la sexta. Pero, a excepción de estos casos particulares, existe una continuidad en la vida de las ciudades. La Roma antigua continúa con la Roma de los Papas, a la que sigue la capital de la Italia unificada. Constantinopla pasó por las fases sucesivas de colonia griega, ciudad romano-bizantina y, finalmente, ciudad turca. No sería posible separar el París actual del París del Bajo Imperio romano, del cual proviene. Por el contrario, lo que se suele llamar comúnmente «el viejo París» es un París reciente respecto al París de nuestros días. Dicho en pocas palabras, la ciudad es, por decirlo de algún modo, un ser humano colectivo que evoluciona a lo largo del tiempo, modificándose, desarrollándose o decayendo y, finalmente, muriendo. Una ciudad con un pasado magnífico, como por ejemplo Venecia, hoy no es más que una sombra de sí misma. Brujas «la Muerta» es otro ejemplo de este destino. ¡Y cuántas ciudades que antaño brillaron con un vivo resplandor duermen ahora su último sueño en la paz de los desiertos! Su agonía, que a veces podemos observar en la degeneración orgánica que se manifiesta en ellas, y también en los vacíos urbanos cuyas manchas se multiplican, evoca la bella imagen del viejo poeta, que nos habla de «las lágrimas de las cosas». Incluso algunas ciudades que han conservado sus grandes dimensiones han perdido, a pesar de todo, la preeminencia que tenían en otro tiempo. Ciertamente, Amberes es un poderoso centro de comercio y, sin embargo, ha dejado de ser, como era en el siglo XVI, la metrópoli del comercio mundial. Por el contrario Londres, en aquel mismo siglo, era muy poca cosa en comparación con lo que fue más tarde, sobre todo a partir del siglo XVIII. Si nos remontamos a la Antigüedad, ¡qué prodigioso desarrollo el de Roma si comparamos la ciudad-estado de las primeras épocas con la ciudad que, bajo el Imperio, se identifica con el mundo entero! Cada ciudad necesita trazar su particular curva de desarrollo que haga visible su evolución.

La ciudad es un ser siempre vivo cuyo pasado debemos estudiar con el fin de poder discernir su grado de evolución, un ser que vive sobre la tierra y de la tierra, lo cual significa que a los datos históricos hay que añadir los datos geográficos, geológicos y económicos. Y que nadie piense que el conocimiento del pasado no tiene ninguna utilidad práctica. El mero estudio de las condiciones de existencia y las manifestaciones actuales de la ciudad resulta insuficiente puesto que, sin elementos comparativos de referencia respecto al pasado, no es posible orientarse hacia el porvenir. Todo está relacionado con todo. La fisonomía de una ciudad expresa su carácter. Y, en dicho carácter, los rasgos económicos sirven para explicar los rasgos sociales, del mismo modo que los rasgos sociales están relacionados con los rasgos políticos o administrativos. ¡Qué diferencia de aspecto entre la ciudad antigua del déspota oriental, como es el caso de Khorsabad, en Asiria, o de Ecbatana,

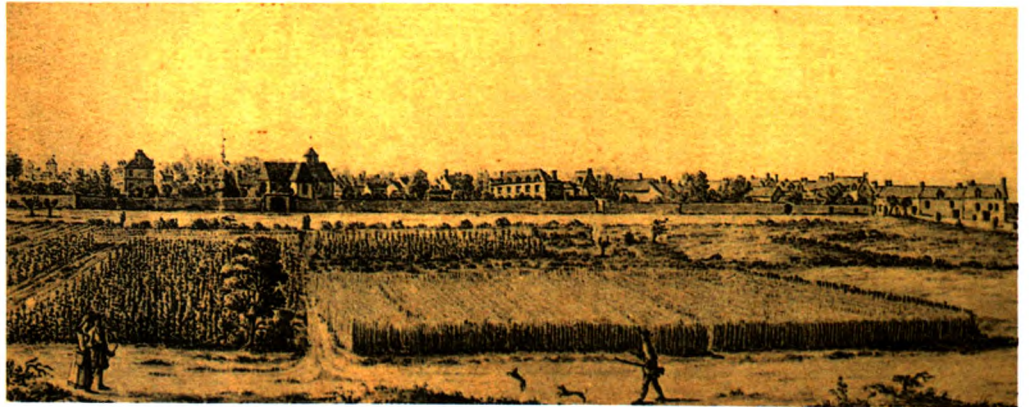
ciudad meda, y la ciudad democrática de la antigua cultura griega! Por otra parte, ¡qué diferencia entre esta última y el nido de águilas del rey feudal micénico! ¿Acaso no presenta un carácter fundamentalmente distinto la ciudad llamada monárquica, considerada en la época helenística, en la Roma imperial o en la ciudad clásica surgida en el Renacimiento? Una ciudad en la que predomina la pequeña industria en forma dispersa no tiene el mismo aspecto que otra ciudad en la que predomina la gran industria concentrada. Ciudades culturales, termal, turísticas, de peregrinación, como Oxford, Evian, Interlaken, Lourdes, presentan, cada una de ellas, características particulares.

Así pues, la ciudad es la expresión de un determinado estado de civilización, y de civilización ya avanzada. Existen civilizaciones que son propiamente urbanas, como son los casos de Grecia y del mundo romano, en la Antigüedad, o los Estados Unidos de nuestros días. Para asistir al nacimiento de la ciudad es preciso que nos remontemos hasta los orígenes de los asentamientos humanos. Para el hombre, todo parte de la necesidad: necesidad de alimentos, de abrigo, de socializarse, etcétera. Ahora bien, dichas necesidades son limitadas en el sentido de que al hombre solo le hace falta cierta cantidad de cada cosa, pero son ilimitadas en su número: su multiplicación indefinida constituye eso que llamamos progreso. La civilización, considerada desde un punto de vista material, es el resultado del uso progresivo y cada vez más perfeccionado de la naturaleza por parte del hombre, un uso que, a medida que la civilización va desarrollándose, crea en el hombre unas necesidades cada vez más numerosas. Y, cuanto más crecen en número, más se estrechan los vínculos entre los hombres puesto que, para poder satisfacerlas, se impone la ayuda mutua. Esta es la explicación económica de la ciudad y de su evolución. La ciudad es una forma de adaptación humana a unas necesidades determinadas, surgidas de la conquista progresiva de la naturaleza por parte del hombre. Los conocimientos se desarrollan, suscitando de ese modo los sucesivos descubrimientos de la ciencia que encuentran una aplicación en la vida cotidiana. La industria se transforma y a su vez transforma la existencia del hombre. Desde las remotas épocas de la Edad de Piedra, llegaremos, bajo el efecto del acercamiento cada vez más estrecho que habrá creado entre los hombres la exigencia de satisfacer unas necesidades siempre crecientes, hasta la gran ciudad contemporánea. Dicha ciudad ve como se acelera su crecimiento al mismo tiempo que se ponen de manifiesto los inconvenientes de la concentración urbana. Los progresos incesantes de la ciencia y de la técnica llevan a los hombres a acercarse entre ellos para disfrutar de unas ventajas comunes, con la esperanza de que estos mismos progresos, gracias a la reducción cada vez mayor de las distancias, les permitan vivir más alejados unos de otros, sin perder el beneficio de tales ventajas.

La necesidad hace que el hombre primitivo se desplace, a través de la naturaleza misteriosa, por unos espacios en los que los obstáculos a la circulación son reducidos al mínimo, como, por ejemplo, las mesetas, que extienden en la lejanía su suelo firme, sin el estorbo de las miles de ramas de los frondosos bosques. Tierras que expanden hasta perderse de vista el espigón de su vegetación, tan lejos de las montañas como de las depresiones y relativamente fáciles de cultivar; gargantas entre dos montes, cursos de agua cuyos bordes cenagosos y desbordantes de vida vegetal y animal parecen en primera instancia infran-



1



2

1 Vista de Lyon (1557): A) Catedral; B) Iglesia de San Pablo; C) Pierre-Encise; D) Fourvière; E) Puente del Saona; G) Abadía de Ainay; H) Jacobinos; I) Iglesia de San Niceto; K) Puente del Ródano; L) Cordeliers; M) La Platière; N) Cuesta de San Sebastián.

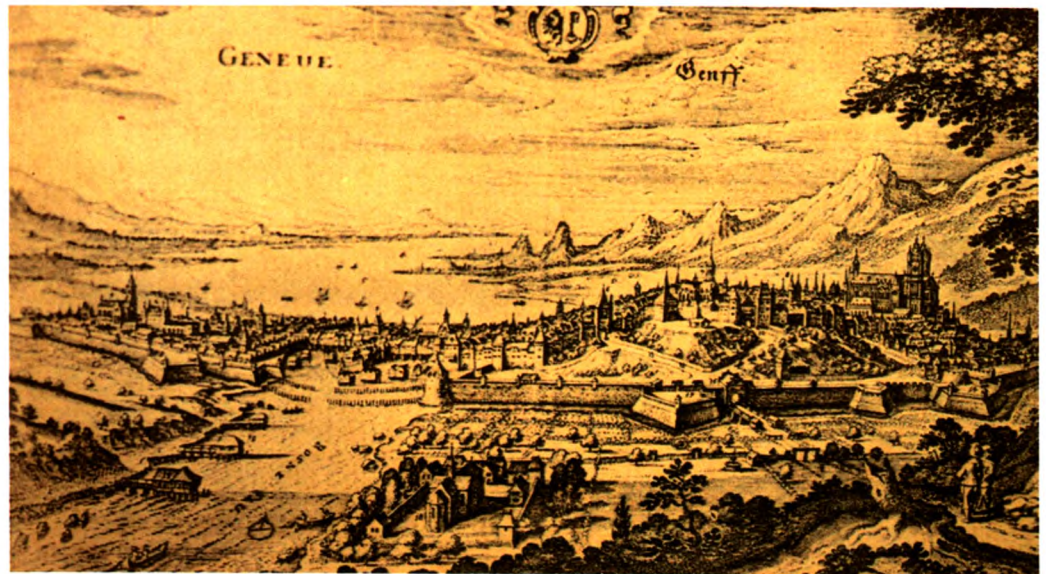
2 Núcleo de población nacido de un manantial: el pueblo de Belleville, hacia 1710; hoy día, barrio populoso de París. (Grabado de Gueroult, de la época.)

queables: estos son los lugares que primero atraen a los hombres. Algunos se desplazan en pequeños grupos, descubren un emplazamiento favorable y se instalan en él. Así, los primeros asentamientos —que en realidad son inestables ya que se trata todavía de una vida nómada en una naturaleza misteriosa— han sido determinados por un doble factor: el económico y el geográfico. A través de las vías naturales de tránsito, el nomadismo ha llevado al hombre a aquellas partes del suelo más idóneas para satisfacer sus necesidades, ya se trate de alimentos, bebida o cobijo, o incluso de utensilios y armas fabricadas con pedernal, especialmente abundante en las riberas de los cursos de agua, que el hombre talla burdamente para su uso.

Ríos grandes y pequeños ven como sus aguas quedan enmarcadas aquí y allí por un paisaje humano, por ejemplo, en ciertos lugares en los que una o varias islas facilitan la travesía, como es el caso de París. Algunas ciudades han surgido en un vado, o bien, como Londres o Ruan, cerca de la desembocadura de un río, en el lugar mismo en que dicho río, al no estar ya sometido a las influencias de las mareas, puede ser cruzado más fácilmente. Una ciudad puede asentarse, como es el caso de Douai, en el Scarpe, en aquel punto en que el curso de agua se vuelve navegable y, por consiguiente, se produce un cambio en los medios de transporte, o bien, como es el caso de Orleans, en el Loira, en el lugar donde cambia bruscamente de dirección, atrayendo de ese modo hacia él un movimiento de tráfico terrestre. Donde la fuente canta, el hombre se detiene y se instala, puesto que allí ha encontrado algo con que satisfacer su necesidad de agua. Son innumerables las aglomeraciones que no tienen más origen que este. El populoso barrio de Belleville, en París, formaba originariamente una aldea que la fuente, situada al nivel de las margas verdes, había hecho nacer en el bosque que coronaba la colina.

Existen tierras que, por su naturaleza, tienden a poblarse pronto, como las vertientes de las orillas del Sena, como Belleville, Chaillot y la Montagne Sainte-Geneviève, en el panorama parisino, y donde, como consecuencia de la diversidad del trabajo de erosión, afloran unos lechos geológicos distintos formando capas, de modo que permiten tener, en la parte baja, prados, y luego, más arriba y sucesivamente, campos y viñedos y, finalmente, en la parte más alta, el bosque. Esta variedad de producciones atrae el hábitat. La franja de tierra, adecuada a los cultivos y a la vez propicia para transitar, que se extiende al pie de las cordilleras del Asia occidental ha desempeñado un importante papel en la civilización urbana de esta región.

En definitiva, en las ciudades todo se reduce a una concentración de habitantes. Ahora bien, la agricultura ha sido, por excelencia, el elemento originario de concentración, puesto que permite, gracias a los recursos alimenticios obtenidos de la tierra, que algunos grupos, más compactos que los del nomadismo primitivo, vivan en un punto fijo. El cultivo de cereales, al que se añadió la domesticación de animales, contrarrestó en la Edad de la Piedra Pulimentada la tendencia a la vida nómada, que era el resultado de una existencia garantizada exclusivamente por la caza, la pesca y la recolección de productos naturales del suelo. Sin duda, la agricultura de los primeros tiempos, de tipo rudimentario, agotador, no saca provecho indefinidamente de una misma tierra como hace la nuestra. Más bien obliga, una



vez agotado el suelo, a irse a otra parte. Y no por ello deja de realizarse un progreso inmenso. Las cosechas y los animales domésticos otorgan más importancia, más fundamento, a la morada humana y, puesto que todo ello despierta la codicia, contribuyen a unir a los hombres por necesidades de defensa. Al mismo tiempo, la humanidad obtiene con estas nuevas condiciones de vida un mayor bienestar, que se traduce en un aumento de la población. En los puntos de contacto entre países de naturaleza o producción diferente, se establecen centros de intercambio, gérmenes de futuras ciudades.

El emplazamiento defensivo, donde tiene su origen una aglomeración, es un lugar elevado, como aquel en el que surgió Troya, como la Acrópolis de Atenas o las colinas de las orillas del Tíber, en el caso de Roma: es la zona que en un centro urbano compuesto se denomina «ciudad alta», como ocurre en Carcasona, o los escarpados de Fourvière en Lyon, o la Ginebra montuosa de la orilla izquierda del Ródano. Una isla alargada en el curso de un río, como la *Cité*, cuna de París, una península cerrada por un monte, como la que forma el Doubs en Besançon, o esas otras islas situadas a orillas del Mediterráneo, escogidas por los fenicios o los griegos para fundar en ellas una colonia, forman parte de la categoría de emplazamientos defensivos. Sin embargo, tales emplazamientos son, por lo general, anormales. La elección de un punto elevado de difícil acceso, de una cima exigua, de una isla estrecha y expuesta a las inundaciones, solo se explica porque el hombre es un lobo para el hombre. Pero precisamente porque la inseguridad imperante determina el nacimiento de agrupaciones en aquellos puntos en los que una muralla ayuda a reforzar su carácter defensivo natural, un emplazamiento favorable se presta a la eclosión de esa cualidad tan humana: la solidaridad. ¿Quién podría explicar todo lo que la vida colectiva le debe a la protección que ofrece una muralla? La vía de paso, a lo largo de la cual se perfila la masa protectora de la muralla, basta para explicar de forma esencial la ciudad.

A decir verdad, el camino atrae y al mismo tiempo rechaza al hombre. Tucídides señala que las ciudades más antiguas no se establecieron a orillas del mar debido a la amenaza de los piratas. La colina de la Acrópolis, sobre la cual surgió Atenas, se encuentra a unos cinco kilómetros del mar. Por el contrario, las orillas marítimas, en aquellos puntos en los que las embarcaciones encuentran fácilmente un abrigo o bien en las desembocaduras de los ríos, ofrecen a los asentamientos humanos unos lugares idóneos que los hombres no tardaron en adoptar. Así, el mar es la gran vía de comunicación por excelencia, el papel que desempeña nos sirve para entender el destino de Troya, que, desde lo alto del esperón de Hissarlik, dominaba el paso por los estrechos. Bizancio también debe su nacimiento a dichos estrechos. Las vías de comunicación intervienen en el origen de la mayoría de ciudades: en Babilonia, situada en el punto en el que el Éufrates acerca su curso al del Tigris; en las ciudades fenicias, que son esencialmente ciudades de escalas marítimas; en Roma; en París. Si ninguna parte de Francia es más rica en vestigios de asentamientos humanos de la Edad de la Piedra Pulimentada que el departamento de Saône-et-Loire, es porque este último se encuentra en el nudo de carreteras correspondiente al punto de confluencia entre las cuencas del Ródano, del Saona, del Sena y del Loira. En aquellos lugares en los que un obstáculo puede ser superado por el hombre que se desplaza a lo largo de vías naturales

(desfiladeros de montañas, pasos de cursos de agua), en los que hay que detenerse para cambiar de sistema de transporte (paso de la tierra al agua), o bien porque se encuentran en el límite entre dos regiones distintas (paso de la tierra fértil y habitada al desierto), surge una aglomeración.

Para poder entender el origen de una ciudad y, al mismo tiempo, su desarrollo, hay que observar, por un lado, el emplazamiento y, por otro, el horizonte geográfico, que debe remitirse esencialmente a la vía natural de paso. De estos dos factores la ciudad toma siempre, en mayor o menor medida, los rasgos de su carácter y de su fisonomía. La situación de Lyon, en un cruce excepcional de vías de agua y tierra, la convirtió en una gran ciudad comercial. Besançon debe a su admirable posición defensiva el hecho de haber estado siempre muy marcada por los rasgos militares. El valor urbano de ciertos emplazamientos es tan fuerte que en Troya, por ejemplo, se han sucedido nueve ciudades desde el 3000 a.C. hasta el inicio de nuestra era. El emplazamiento propiamente dicho necesita ser vivificado por la vía de paso. La pérdida de contacto con el mar, como consecuencia de la colmatación del Zwin, significa para Brujas, en el siglo XVI, una de las causas de su decadencia. Durante el Renacimiento, el desplazamiento de las grandes corrientes comerciales marítimas fue el germen del mal que después consumirá a Venecia.

Los elementos determinantes del emplazamiento son también la causa del crecimiento de las ciudades. El curso de agua por un lado y por el otro el camino por el que los hombres originariamente han alcanzado sus orillas —que representa el puente más antiguo que jamás haya unido las mismas— señala las dos fundamentales direcciones de desarrollo de la ciudad establecida en ese lugar.

Se trata del doble eje de la ciudad, su *croisée* (encrucijada), como se viene denominando en el caso de París a partir del siglo XIV. Sin embargo, a menudo el desarrollo no es el mismo en las dos orillas. Ello se debe a que el germen esencial del crecimiento está localizado sobre una de ellas y, a partir de ahí, no es capaz, debido al carácter de barrera que representa el río, de hacer sentir sus efectos sobre la orilla opuesta. Babilonia, Londres o París son ejemplos de este fenómeno. En el caso de la encrucijada formatriz, el crecimiento se efectúa según la dirección de los dos ejes, pero dicha orientación puede quedar contrarrestada por la forma anular que suele adoptar la muralla y de ese modo volverse radial. Esto es lo que ocurrió especialmente en París. Su trazado, que pertenece más o menos al tipo radioconcéntrico, también suele aparecer en las ciudades de formación natural, bien porque el hombre se siente más protegido por una muralla circular, bien porque intervienen ciertas consideraciones étnicas o religiosas que han llegado a contraponer, por ejemplo, el edificio rectangular, del tipo de la Regia del Foro romano, al edificio circular, como, por ejemplo, el templo de Vesta.

Sea como sea, se ejercen dos acciones opuestas sobre la ciudad: una acción expresada por la muralla, que tiende a encerrar la ciudad y a hacerla vivir sobre sí misma, y otra acción marcada por los caminos de acceso, que tiende, por el contrario, a penetrarla. Nada hay que produzca más impresión de núcleo urbano cerrado que las acrópolis primitivas de las ciudades griegas con sus muros ciclópeos, la rampa precedida por un corredor que

conduce hasta la estrecha puerta de acceso, como ocurre en la Puerta de los Leones en Micenas, y el sendero disimulado entre los pliegues de un peñasco que conduce a una poterna. Este paisaje urbano, que hace surgir ante nuestros ojos las prestigiosas imágenes llenas de belleza de los cantos homéricos, evoca una sociedad feudal, análoga a la que pobló de castillos las localidades montuosas de la Francia de la Edad Media y que seguramente las canciones de gesta rodearon con un halo de epopeya. El choque de armaduras y el ruido de armas que resuenan en los *castra* medievales, núcleos de tantas ciudades, dan un significado a eso que podemos llamar «la ciudad en permanente estado de guerra», una ciudad que en aquellos tiempos estaba ligada al suelo nutricio por unos lazos muy estrechos. Es cierto que se trata de una ciudad férreamente cerrada; pero los caminos que domina despliegan su larga cinta a lo lejos, donde se prepara el porvenir.

Por estos caminos el extranjero llega a la ciudad. Forma el arrabal, quita rigidez a la ciudad. Si es comerciante, el deseo de obtener ganancias le ha impulsado, le ha alentado a enfrentarse a los peligros del viaje. Así, al pie de la muralla se extiende la zona bulliciosa del mercado. Este núcleo externo se caracteriza por la práctica del comercio y por una mayor libertad que la que impera en la ciudad de la cual depende. Así pues, se desarrolla, atrae hacia sí lo que hay de vivo en la originaria ciudad amurallada, que acabará siendo una especie de cuerpo muerto cerca del viejo arrabal, convertido en cambio en la auténtica ciudad. Este es el desarrollo de la ciudad baja en detrimento de la ciudad alta, cuyo rol es, a partir de ahora, puramente militar o religioso. Si se trata de un núcleo originariamente confinado en una isla fluvial, entonces se asiste al desarrollo de la vida urbana de una de las dos orillas del río. Un campo natural de expansión suplanta al emplazamiento anormal primitivo. Este es el caso de Atenas y este es el caso de París.

Tucídides señala que, desde tiempos muy antiguos, iban a refugiarse a Atenas los exiliados de distintas partes de Grecia. «Nuestra ciudad está abierta a todo el mundo: ninguna ley aparta de ella a los extranjeros», hace decir a Pericles este historiador en su elogio a los atenienses caídos en la guerra del Peloponeso. Por su parte, Jenofonte elogia la benevolencia de sus compatriotas hacia los forasteros. La práctica del comercio y de las actividades industriales, combinada con la presencia de este elemento extranjero, señala el destino de la ciudad baja, caracterizada especialmente por el ágora, que opone su propia vitalidad a la de la acrópolis, que no es más que el santuario de la divinidad poliada (protectora de la *polis*). En cuanto a París, ¿no son los extranjeros quienes, recordando su isla natal, otorgan a la orilla derecha su primer aspecto urbano, bajo la forma del barrio de comerciantes que se constituye, en el siglo XI, entre Châtelet, Saint-Merri y Saint-Gervais? ¿No fueron sobre todo los extranjeros quienes convirtieron la orilla izquierda en la ciudad de los estudiantes? ¿No son los forasteros quienes, en su condición de huéspedes, encontramos en la base de la población de tantas partes del suelo de esta ciudad? ¿No es cierto que podemos ver instalados, ya durante la Edad Media, colonias de bretones, ingleses y de otros pueblos? La yuxtaposición del comercio, la universidad y las hospederías revela unos privilegios especiales, del mismo modo que podemos comprobar cómo los habitantes de los arrabales del siglo XVI, anexionados posteriormente a la ciudad, gozan de mayor libertad respecto a los

propios ciudadanos. Estos arrabales, al menos los de la orilla derecha del Sena, se convertirán en la parte más notable de París. El papel jugado por los extranjeros es tan importante y, por consiguiente, tan importante es la acción vivificadora del camino, que podemos enunciar un principio, a saber: que sin la aportación de los extranjeros una ciudad está condenada al declive.

Así pues, la ciudad, considerada en sus elementos orgánicos, se mueve. Su parte principal se desplaza hacia el exterior en relación al núcleo de formación. Y, por lo general, los factores comerciales e industriales determinan, ante todo, el sentido en el que se desarrollará la ciudad. Esto se explica fácilmente si consideramos que son precisamente la práctica de los negocios y la actividad artesanal los que incrementan el número de necesidades, que es el indicador de la civilización material. El simple factor intelectual no podría ejercer unos efectos tan intensos sobre la ciudad. Para darse cuenta de ello basta con comparar el París de la orilla izquierda, que antaño se identificaba con la universidad, con el París de la orilla derecha, centro de negocios, más desarrollado y con una vida más intensa que el primero. ¿Quién se atrevería a afirmar que una ciudad intelectual del mundo helenístico, como Alejandría, es más deudora a la vida del espíritu que a su función económica o a su condición de capital del reino de los Lágidas?

Los elementos morales también ocupan un lugar importante en los destinos urbanos. Las necesidades del hombre, a través de las cuales se manifiesta una civilización, no son todas de orden material. No podremos entender la ciudad antigua o la ciudad medieval si hacemos abstracción de las ideas religiosas. La función del templo ha sido determinante en la formación de ciertas ciudades antiguas, como las de Egipto o Mesopotamia. En las civilizaciones antiguas de los valles del Nilo, del Éufrates y del Tigris, el ordenamiento urbanístico surge a partir del reagrupamiento de viviendas en relación al templo o al palacio del soberano. Incluso el arte urbano propiamente dicho se inspira, en sus primeras manifestaciones, en la religión: quiero referirme a las avenidas monumentales, flanqueadas por esfinges o carneros sedentes desplegándose frente a los templos egipcios, como por ejemplo en Tebas. Asistiremos a la fundación religiosa de la ciudad en Grecia y, bajo una forma muy distinta, entre los etruscos. Durante la Edad Media los santos locales sustituyen a las divinidades poliadadas y las iglesias aportan a la ciudad su nota característica, como ya habían hecho los templos en las ciudades griegas y romanas. El culto del santo patrón promueve el peregrinaje que atrae un séquito de mercaderes, contribuyendo de ese modo a la formación de aquellos arrabales comerciales que ya hemos descrito en su acción fecunda sobre la evolución urbana. La religión introdujo la belleza en la ciudad bajo la forma de edificios de culto. El Partenón y el Erecteión son inseparables del carácter y la fisonomía de la antigua Atenas, del mismo modo que la catedral está esencialmente vinculada a la ciudad medieval. ¿Qué es Ginebra en el siglo XVI sino la ciudad de Calvino o bien la Roma de los protestantes?

Los imponderables actúan sobre la ciudad. Cuando alienta el espíritu de la Contrarreforma la ciudad queda cubierta, durante la primera mitad del siglo XVII, con el blanco manto de nuevos conventos cuyas iglesias son, a través de su arte, la expresión misma de

este movimiento. Por otra parte, la acción espiritual de Madame Acarie y de Pierre de Bérulle y el papel educador de Madame de Rambouillet no son indiferentes para la comprensión de París en el siglo XVII. La visión del Montblanc en el siglo XIX, en unos tiempos en que la belleza de la naturaleza seduce al hombre, contribuye a hacer surgir, sobre la orilla derecha del Ródano, la Ginebra turística.

También los hechos históricos dejan su impronta en la ciudad. París debe su grandeza a la función de capital que desempeña a partir del siglo VI, mientras que Constantinopla, privada de esa función, va declinando. ¿Quién podría negar los cambios profundos aportados a las ciudades por una guerra como la de los Cien Años, o como la de 1914? Existe un estrecho vínculo entre el descubrimiento de nuevos filones argentíferos en el Laurión, hacia el año 484 a.C. (un hecho económico), la construcción, gracias a estos nuevos recursos mineros, de la flota con la que Atenas entra en la fase marítima de su historia (hecho de evolución orgánica), la victoria naval de Salamina, en el año 480 a.C. (un hecho histórico), la expansión comercial y el espíritu de conquista de esta misma ciudad (hechos de orden económico y político), el impulso de la democracia en Atenas (un hecho político) y, finalmente, el maravilloso florecimiento artístico de la segunda mitad de este mismo siglo (un hecho de orden inmaterial). La Place des Victoires, la Place Vendôme o la gigantesca plaza radial de L'Étoile no tienen ningún sentido si las separamos de las prodigiosas conquistas de Luis el Grande y de Napoleón I. Vemos ahí uno de los mil reflejos del espíritu ardiente de París: puesto que la ciudad tiene un alma, conocer esta no es menos importante que conocer su cuerpo. ¿No la he definido ya como un ser humano colectivo?

La ciudad tiene su explicación en el estado mismo de la civilización de la que no es más que una de sus manifestaciones. La ciudad de la Edad Media es la ciudad del particularismo feudal. Por el contrario, la ciudad que le sucede se caracteriza por la unificación monárquica de la era de la economía nacional, que se inicia, en nuestro país, con el Renacimiento. Al mismo tiempo, ciertos datos que son, por decirlo de algún modo, personales, determinan su evolución específica. Así, en el caso de Ginebra, pasamos de la ciudad de las ferias del siglo XV a la capital protestante a partir del siglo XVI y, más tarde, a la ciudad turística del siglo XIX y, finalmente, al centro mundial de la Sociedad de Naciones. Así pues, el estudio de la evolución urbana incluye un doble elemento: uno general, referido al estado de civilización, y otro específico, que afecta al destino propio de cada ciudad. Estos dos elementos permiten trazar el gráfico de una determinada ciudad a lo largo de su historia. Existen épocas de declive urbano generalizado, como la que se corresponde aproximadamente con los carolingios. Existen otras épocas en las que se manifiesta especialmente el poder de radiación de una u otra ciudad: Brujas en el siglo XIV, Amberes y Lyon en el siglo XVI, Ámsterdam en el siglo XVII.

Si consideramos la ciudad desde el punto de vista de la concentración humana que la caracteriza, esta se presenta más o menos intensa según los tiempos y también, en una misma época, según las modalidades de agrupación. La ciudad egipcia, por ejemplo, presenta el contraste de ciudades obreras muy condensadas, como Kahun y Amarna, y aglomeraciones más extendidas en las que vastos espacios libres acompañan los templos de los dioses,

los palacios de los faraones y las moradas de los grandes señores. De modo similar, durante la Edad Media la ciudad contiene numerosos jardines y huertos, pero una *bastide* del siglo XIII, como Monpazier, en el departamento actual de la Dordoña, no encierra más que casas, aparte de las vías de circulación, materializando de ese modo lo que yo llamaría el «tipo de ciudad integral» hacia el que hemos ido avanzando en los tiempos modernos.

Puesto que la concentración urbana está vinculada a la posibilidad de que la gente pueda vivir reunida en un mismo punto, se va incrementando con el desarrollo de la explotación de los recursos terrestres y con el perfeccionamiento de los medios de transporte. Así pues, la gran ciudad, en el sentido actual de la expresión, es, en definitiva, fruto de los progresos de la ciencia. Para una determinada época y salvo excepciones, existe un límite obligado de población que se hace visible en la constatación de que en Brujas, en el momento de su apogeo, en el siglo XIV, no habitaban, al parecer, más de 50.000 almas, mientras que Amberes, en el momento de su mayor prosperidad, es decir, hacia el año 1550, no contaba, según parece, con más de 110.000. Debemos señalar también que entre una ciudad grande y una pequeña no existe tanto una diferencia de grado como una diferencia de tipo.

LA IMAGEN DE LA CIUDAD. SOBRE LOS DISTINTOS TIPOS DE TRAZAS. EL ANÁLISIS DE LA PLANTA

Observad la planta de una ciudad cualquiera. Podréis distinguir tres tipos de líneas: la línea recta, la línea ondulada y, finalmente, la línea curva. Podemos afirmar que la línea recta expresa, por medio de los trazos de la fisonomía urbana, la voluntad del hombre. La vía es recta porque, en términos generales, el hombre lo ha querido así, tanto si ha sido trazada por razones de orientación ritual como si lo ha sido con una finalidad puramente utilitaria o si responde a un simple criterio racional o estético. En el primer caso se explica por medio de la idea religiosa: es esta la que ha inspirado el trazado regular de la ciudad tal como ocurre entre los etruscos. La ciudad etrusca se presenta como una agrupación ordenada surgida de un acto determinado de la voluntad humana. Tiene un fundador que, acompañado de quienes deberán habitar la nueva ciudad, realiza los ritos de la fundación. Consulta el cielo y, tras haber obtenido auspicios favorables, cava un agujero, el *mundus*, donde deposita diversas ofrendas. Luego, desde ese lugar, marca con una varilla la posición de los cuatro puntos cardinales y divide la futura ciudad en cuatro regiones por medio del cruce de una doble línea norte-sur y este-oeste, gracias a la cual el orden urbano se confunde con el orden mismo del mundo. Con un arado de reja de bronce al que están uncidos los animales que el rito prescribe, traza el perímetro del recinto urbano, de carácter sagrado, puesto que no podrá ser franqueado por nadie: por eso levanta el arado allí donde deben ubicarse las puertas destinadas a establecer las comunicaciones con el exterior.

Las ciudades fueron fundadas en el Latium [...] siguiendo el rito etrusco, es decir, trazando un surco con un arado [...]. Se hacía de ese modo por motivos religiosos [...].

Esto es lo que nos enseña Varron, que añade:

Todas nuestras colonias fueron fundadas al igual que Roma.

Después de él, Frontino e Higinio confirman el origen religioso y etrusco del trazado regular de las colonias romanas.

De todos modos, en lo que concierne al origen del trazado regular podemos remontarnos mucho más atrás. En efecto, lo encontramos –por no hablar de Egipto, donde la regularidad de las vías resulta significativa especialmente en Kahun, hacia finales del tercer milenio a.C. y en El Amarna, hacia el año 1370 a.C.– en la civilización de los valles del

Éufrates y del Tigris, donde la observación de los astros y la orientación ritual estaban al orden del día. Desde el año 2000 a.C. aproximadamente, Babilonia se presenta en la orilla izquierda del Éufrates, con un barrio cuyas calles principales, paralelas a la vía sacra, quedan cruzadas en ángulo recto por otras vías. Herodoto señala en esta ciudad las calles rectas, cortadas por otras calles que van a parar al río. Los etruscos, llegados a Italia desde el Mediterráneo oriental, pudieron haber traído del Asia occidental estos elementos, una influencia que, por lo demás, encontramos de nuevo en el mundo griego.

Al parecer, los griegos conocían el trazado regular de las ciudades a través de los jonios de Asia Menor, cuya situación geográfica puso en relación con la civilización asirio-babilónica. Un trazado de este tipo ha sido observado en Paestum, colonia jonia de la Magna Grecia, fechada en el siglo VI a.C. En el siglo siguiente, un filósofo jonio, Hipodamo de Mileto, extendió por el mundo griego la noción del trazado regular. Por lo menos este es el mérito que le atribuye Aristóteles en el siglo IV a.C., en los libros II y IV de su *Política*. El mismo autor nos señala que Hipodamo aplicó su sistema de división de ciudades a algunas calles del Pireo y por su parte Estrabón, a principios de nuestra era, explica que la ciudad de Rodas, tal como existía entonces,

[...] fue construida, en tiempos de la guerra del Peloponeso, por el mismo arquitecto, según dicen, que con anterioridad había construido el Pireo.

Al parecer, Thurium, colonia fundada en el año 443 a.C. en la Magna Grecia, también debe su planta a Hipodamo, la cual conocemos a través de Diodoro de Sicilia, quien nos enseña que la ciudad comprendía cuatro calles principales longitudinales y otras tres transversales. Parece que el Pireo presentaba una regularidad parecida.

En cuanto a la ciudad de Rodas, cuyo origen data de finales del siglo V a.C., parece que, debido a la naturaleza del lugar, se inspiraron para su trazado en la forma de un teatro. Por lo menos esto es lo que se deduce de un pasaje de Diodoro de Sicilia, que escribía en el siglo I a.C. Este autor relata que unas lluvias torrenciales acaecidas en Rodas en el año 316 a.C. provocaron una inundación. Los canales de desagüe estaban obstruidos y pronto quedó inundada la ciudad, puesto que—precisa Diodoro— estaba construida en forma de anfiteatro, de modo que casi toda el agua de escorrentía iba a parar *a un solo punto*, la parte baja, donde se encontraba el mercado, separada del mar por un muro. Esta interpretación parece encontrar confirmación en lo que Estrabón escribe a propósito de Rodas:

[...] por sus puertos, sus calles, sus muros y su aspecto general, forma una ciudad tan particular que ninguna otra puede compararse con ella.

Para haber dado a Estrabón la impresión de una ciudad excepcional, era necesario, sin duda, que Rodas fuese muy distinta del conjunto de ciudades del mundo griego, las cuales presentaban o bien el trazado irregular de tiempos antiguos, o bien una red de vías rectilíneas respectivamente perpendiculares o paralelas entre ellas. Ahora bien, en la medida

en que esta última modalidad de trazado era de uso corriente cuando se aplicaba a una ciudad regular, la forma de teatro o de abanico tenía que ser excepcional.

Sea como sea, al antiguo trazado irregular, del que Atenas es un ejemplo, se contrapone, en tiempos de Aristóteles, la alineación de las viviendas a la manera moderna, según el sistema de Hipodamo. En efecto, ya no es el hecho religioso lo que está en la base de un trazado de este tipo, es el sistema, en conformidad con las especulaciones propias del espíritu griego; y si nos remitimos al texto de Aristóteles, se trata también de un factor de comodidad, que, por lo demás, aparece en el reparto de tierras que determina la colonización de Thurium, y una noción de estética. Trazado puro y simple de colonización, trazado de embellecimiento: esta es la doble forma bajo la que se presenta ante nosotros la regularidad urbana, inicialmente obra de la religión. Es esta última la que explica la vía recta, en algunas ocasiones muy decorativa, que en la época de los faraones discurre hasta la entrada de los templos egipcios. Los desfiles procesionales, inspirados por la idea religiosa, sirven para caracterizar las vías de este tipo.

En la época helenística, el factor de estética urbana, vinculado al trazado rectilíneo, se precisa todavía más: las grandes calles, flanqueadas por columnas, adornadas en los puntos de cruce por algunos monumentos ornamentales, del tipo *tetrapilon* o *tetrakionion*, despliegan su majestuosa ordenación, que es la huella de la majestad real. Este es el caso de Alejandría y de Antioquía. Surgen nuevas ciudades ofreciendo la comodidad y el atractivo del trazado regular: Esmirna, reconstruida por Antígono y Lisímaco hacia el año 300 a.C., la ciudad más bella de Jonia, en palabras de Estrabón, quien señala sus calles abiertas con notable regularidad y de forma que se cortan en ángulo recto; Nicea, en Bitinia, que es de la misma época y forma un cuadrado de unos setecientos metros de lado, en cuyo interior dos grandes vías se cruzan en ángulo recto y se corresponden con las cuatro puertas de la ciudad; y muchas otras ciudades. En esta época, al trazado regular de la ciudad se añaden factores de higiene, en función de su orientación.

Así pues, podemos distinguir sucesivamente los elementos de un arte urbano, de una técnica de construcción de ciudades que, tras haber recibido la influencia romana, llegará, a través del Renacimiento hasta nuestra civilización. Efectivamente, la Roma conquistadora aprende en la escuela del Oriente helenístico conquistado. En la ciudad, los pórticos a lo largo de las vías rectas ostentan la noble apariencia de la alineación solemne; en Roma, junto al viejo foro, los foros imperiales portan en su trazado geométrico el aura dorada de Oriente bajo la forma de plazas decorativas, que reflejan las lejanas ciudades del mundo asiático descubierto en las conquistas de Alejandro. Combinadas con los factores etruscos originarios, estas influencias han actuado sobre las tierras sometidas a Roma, en las que se han construido unas ciudades cuyas vías forman una red regular en relación con el doble eje del *cardo* (norte-sur) y del *decumanus* (este-oeste) y son la expresión de la maravillosa organización romana.

El trazado regular reaparece en la Edad Media, especialmente en las ciudades nuevas o *bastides* que surgen a partir del siglo XII, pero no lo hace bajo el efecto de una inspiración azarosa de la Antigüedad, sino simplemente a causa de la necesidad de parcelación del suelo

urbano. Durante la Edad Media, la calle recta no posee ningún significado desde un punto de vista estético; no hace más que expresar una tendencia catastral. No es más que un trazado natural de colonización, a no ser que en su origen exista una exigencia de circulación, como ocurre en París con la vieja Rue Neuve-Notre-Dame, abierta sobre el eje del *parvis*¹ de la catedral durante la construcción de la misma. En el trazado urbano de aquella época buscaríamos en vano otras señales de elementos antiguos excepto las que han sobrevivido de la permanencia de Roma en las ciudades medievales de origen romano. Pero con el Renacimiento y el retorno del clasicismo se difunde nuevamente la vía recta y *bella*, la vía profana triunfal que el Oriente helenístico ha convertido en sucesora de la vía religiosa procesional, la vía majestuosa que sigue el eje del edificio; he aquí que los pórticos se alinean con sus regulares jambas en torno a unas plazas del tipo de las que hay en los Vosgos de París, del mismo modo que antaño enmarcaban el ágora de tipo jónico o el foro de las ciudades romanas. Así, un reflejo de la grandeza romana que emana de los foros imperiales de Roma tiñe de dorado las líneas geométricas de la Place Vendôme, y la monótona solemnidad de los pórticos de la Rue de Rivoli proyecta, sobre el rostro de París, un elemento del neoclasicismo imperante bajo el mandato de Napoleón I.

Así va quedando expresada, a lo largo del tiempo, la premeditada voluntad de la línea recta sobre la fisonomía urbana. Sinuosa y flexible, he aquí, por otra parte, la calle que tiene como origen una huella humana, un camino que se ha formado longitudinalmente por el paso de los hombres. Este tipo de vía ha sido modelada en cierta manera por el propio suelo, rodeando sus asperezas y sus depresiones. Puede tratarse de una gran vía de comunicación, o bien de un simple camino de explotación agrícola (campos, viñedos, prados), o industrial (bosques, tierras para ladrillos, tejas o cerámica, canteras de diversos tipos) o, incluso, de una senda de paso creada por un propietario para ir a su casa o salir de ella. Ciertas calles que antaño eran denominadas «de las vacas», por ejemplo, señalan los caminos de pasto. Algunos viejos caminos que descendían de las canteras de yeso de Belleville o de Montmartre y que aparecen en las vistas o en las plantas del siglo XVII, se convirtieron en calles de París; y la Rue du Bac² surgió a partir del paso de los carros que transportaban piedras desde las canteras de Notre-Dame-des-Champs y de Vaugirard hasta las barcazas que les permitían cruzar el Sena.

Una tercera clase de línea es la curva, que constituye en esencia una vía de envolvimiento que se corresponde en numerosas ocasiones con una muralla, tanto si sigue su perímetro como si se extiende hasta el mismo emplazamiento de un viejo recinto fortificado. En relación con este último tipo de curvas, existe una vía que ha sustituido el terraplén de la muralla, aquella que se ha transformado en el camino de ronda interior, la que discurre por el lugar donde en el pasado se encontraba el foso o la contraescarpa. Las calles denominadas «de los fosos» tienen un origen de este tipo. La palabra *boulevard* aplicada a una vía urbana indica etimológicamente que esta (a menos que haya habido un abuso de la palabra) ha sustituido a la muralla. Si el recinto presenta un trazado rectilíneo, la vía, en el sentido del recinto fortificado, es recta por naturaleza.

En el sistema de vías de una ciudad algunas de ellas son paralelas a las murallas mientras que otras son perpendiculares. Las más importantes son las segundas, puesto que

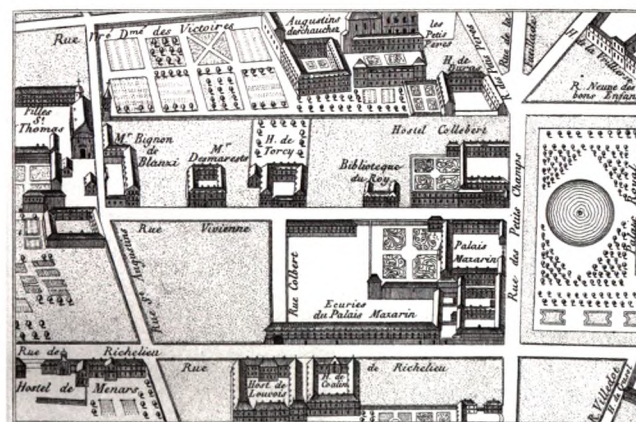
establecen las comunicaciones con el exterior a través de las puertas de la ciudad. Las primeras prolongan en el interior el trazado envolvente de la muralla y sirven también para unir las vías perpendiculares entre sí. De ese modo se proyecta sobre la planta de la ciudad el doble factor de la rotación impuesta por la muralla y la corriente vivificadora del exterior, determinada por las puertas del recinto.

La propia planta puede referirse a dos tipos: el tipo radio-concéntrico, formado por dos clases de vías, unas radiales, las otras uniendo los radios entre ellos, y el tipo en damero, compuesto por vías que son, respectivamente, perpendiculares o paralelas entre ellas. El primer tipo corresponde a aquellas ciudades que se han formado espontáneamente. El segundo tipo corresponde a aquellas ciudades que han surgido en su totalidad de un acto de la voluntad humana, en cuya base suele haber una parcelación del suelo. El tipo puro en damero se basa en el cruce de dos vías principales en ángulo recto, a las que los romanos daban una orientación, de modo que designaban la primera, de norte a sur, con el nombre de *cardo*, y la segunda, de este a oeste, con el nombre de *decumanus*. La curva posee un carácter envolvente que no tiene, en el mismo grado, el cuadrángulo. De ahí su presencia en numerosas aglomeraciones de la Edad Media, unos tiempos en los que la necesidad de protección se dejaba notar especialmente. El repliegue instintivo con vistas a la defensa otorgaba a dichas aglomeraciones la forma curva del tipo radio-concéntrico, que ciertamente no dibujaba líneas rígidas, sino que simplemente quedaba esbozado en la dirección de vías que tendían hacia el doble sentido radial y concéntrico de este tipo. El trazado radio-concéntrico en toda su pureza ha sido siempre una excepción, mientras que el damero rigurosamente dibujado ha sido de un uso constante.

Podemos observar que algunas ciudades tienen una parte del trazado irregular y otra regular, esta más reciente que la primera, a menos que dicha regularidad no se deba, por ejemplo, a los restos de la impronta de Roma en una ciudad de origen romano. En términos generales podemos discernir las grandes líneas de la evolución de una ciudad en los planos sucesivos de esta. En primer lugar conviene individualizar los ejes de la ciudad, con sus características propias. Las sucesivas murallas pueden reconocerse en el trazado envolvente de algunas vías que han seguido el perímetro o que han sustituido la muralla abandonada. En aquella ciudad de la Edad Media, que permanece intacta hasta el siglo XVI, es decir, la época en que aparecen los primeros planos, los trazados sinuosos revelan su origen. Las divisiones de la propiedad o las parcelaciones son visibles gracias al rígido paralelismo de las vías que se conectan con una gran arteria de circulación o que se disponen entorno a algún establecimiento religioso, algún castillo, algún mercado que ha favorecido o suscitado esta forma de ubicar la población. Las localizaciones de las iglesias, los monasterios, los castillos, las plazas o los mercados permiten reconstruir los avatares de la ciudad, entrever el núcleo originario de la formación urbana y la función ejercida por aquellos elementos a los que se debe, por causas diversas, el desarrollo de la aglomeración así formada. Las puertas de las murallas se abren a las principales corrientes de circulación, que desde entonces las determinan. La importancia de las vías de acceso a la ciudad puede ser deducida en muchas ocasiones según la importancia de los propios arrabales. Si queremos ir más allá

1. Plaza o patio situado delante de un edificio religioso. (N. del E.)

2. Lit., «barcaza». (N. del T.)



en la observación de los fenómenos urbanos, podemos añadir a la planta, como marco, un mapa del territorio circundante sobre el cual, dentro de las zonas cada vez más extensas y delimitadas situadas más allá de la ciudad y tomando la ciudad como centro, por medio de una sucesión de círculos concéntricos intentaremos observar el juego diversificado de acciones y reacciones entre la ciudad y el territorio en el que está situada.

En las plantas de los siglos XVII y XVIII, las vías rectas en el eje de los edificios civiles o religiosos, las plazas con diseños geométricos, los lugares destinados a pasear (paseos, avenidas, jardines públicos), las alamedas, punteadas con árboles y situadas en el emplazamiento de las antiguas murallas, las majestuosas avenidas, aparecen como añadidos de las épocas clásicas. Las plantas del siglo XIX enfatizan la impresión de desenvoltura o de aireación producida por todos estos elementos: allí donde se asentaban unos conventos antes de la Revolución, ahora se entrecruzan unas calles de trazado regular; las aperturas dejan que el aire y la luz penetren en los viejos puntos de congestión urbana. A lo largo del río o del afluente donde antaño se apiñaba la ciudad, los muelles introducen el borde de su espacio libre. Nuevos trazados de calles pautan el espacio, más allá de la ciudad. El dédalo, la fragmentación de la ciudad de la Edad Media, han dejado paso a cierta ordenación urbana que revela, además de la cultura clásica, un mayor bienestar y preocupación por la higiene, fruto de los progresos de la civilización. Estos diversos trazados, que aparecen a partir del siglo XVII, siembran en la ciudad un orden que la Edad Media no había conocido y que está relacionado con la acción del poder central, que se vuelve todopoderoso a partir del gran movimiento del Renacimiento. Las permanencias medievales no son menos importantes y la observación de un plano actual, al permitir que el examen alcance la evolución urbana hasta nuestro tiempo, lleva a constatar la dificultad que hay en conciliar las condiciones de la muy evolucionada vida de nuestros días con aquellas permanencias tan persistentes. ¿De qué modo unos viejos caminos rurales, transformados en calles, pueden prestarse a la circulación de automóviles, en una ciudad antigua que ha pasado, sin cambiar de piel, de la época agrícola de antaño a la poderosa era industrial de nuestros días?

El problema de la red viaria en función de la circulación, a lo largo del tiempo, —problema capital— se pone de manifiesto a través del examen de la serie cronológica de los planos de una ciudad. Un espíritu crítico debe dedicarse a este examen con un cuidado minucioso. Así, un plano no siempre expresa el modo como se ha formado una aglomeración, en su totalidad o parte de ella. Existen trazados que se presentan, por decirlo de algún modo, al margen del elemento de formación de la población que representan. En este caso, es preciso buscar el motivo de esta discordancia.

El análisis del plano de París puede ilustrar con un ejemplo este método crítico. Tomemos este plano en el siglo XVI. Se trata de una perspectiva caballera o a vista de pájaro, que solo se levantaba entonces, sea la denominada «de los Tres Personajes», como aquellas, a una escala mayor, o las llamadas «Du Cerceau» o «Saint-Victor», y «de Truschet et Hoyau». Tenemos ante nuestros ojos el París medieval, justo antes del inicio de las transformaciones que se produjeron durante el Renacimiento. Su forma es circular. El Sena la divide en tres partes: la isla, la orilla derecha y la orilla izquierda. Si observamos la isla, nos damos cuenta de que contiene,

en uno de los extremos, la iglesia de Notre-Dame, acompañada por el Obispado y el Hôtel-Dieu, también llamado «la catedral», y, en el otro extremo, el Palais. Sin conocer nada de la historia de París, tan solo con estos datos, junto al hecho de que se trata de una isla, es decir, de un lugar defensivo por naturaleza, podemos considerar dicha isla como la cuna de la ciudad. En efecto, la isla tiene una denominación significativa: Île de la Cité.

Se trata de una isla fluvial; así, el río constituye uno de los ejes de formación de la ciudad. La dirección de los puentes que unen la isla con las dos orillas del Sena corresponde al otro eje de formación. París surgió en el punto de cruce de una vía fluvial en dirección este-oeste y una vía terrestre en dirección norte-sur. Esta última puede distinguirse fácilmente a través de la simple inspección del plano. De la doble línea de puentes que ofrece a nuestros ojos (Pont Notre-Dame, Petit-Pont, Pont-au-Change y Pont Saint-Michel), solo una corresponde a una vía sensiblemente recta, la cual, tras haber atravesado la ciudad de extremo a extremo, se prolonga más allá. De modo que esta vía, formada por la Rue Saint-Martin, en la orilla derecha, y la Rue Saint-Jacques, en la orilla izquierda, es el eje terrestre de formación de París; y los puentes a los que van a desembocar, el Pont Notre-Dame o bien el Petit-Pont, representan el vínculo más antiguo de la Île de la Cité con las orillas opuestas del Sena.

Puesto que París es una ciudad de cruce de rutas, su desarrollo se producirá en la doble dirección de los brazos de la cruz, tanto en el sentido este-oeste de la vía fluvial como en el sentido norte-sur de la vía terrestre. El plano refleja precisamente que, a pesar de ello, no existe el damero de calles al que, en teoría, se tenía que haber llegado. Esto se debe, por una parte, a que la ciudad no se creó de un solo trazo sino que es el producto de un largo período de tiempo; y, por otra parte, a que la expansión natural, perpendicular al río, ha sufrido una desviación a causa de la forma anular de la muralla, una forma que ha determinado, en relación con esta, una radiación de vías semejantes a las varillas de un abanico. En cuanto a esta forma en sí misma, constituye el trazado espontáneo de envolvimiento, impuesto además, en este caso, por la configuración del territorio: la vasta llanura de la orilla derecha queda circunscrita por un semicírculo de colinas (Charonne, Ménilmontant, Belleville, Montmartre, Chaillot), mientras que la montaña de Sainte-Geneviève, en la orilla izquierda, completa la formación de la cubeta parisina.

Si de aquí pasamos al detalle de las calles introducidas a lo largo del tiempo en la composición de París, intentaremos reconocer, a partir de su trazado, su carácter originario. Algunas de estas calles son rectas, como la gran Rue Saint-Martin, la cual de ese modo revela —dado su papel esencial en el origen mismo de París— su naturaleza de antigua vía romana. Algunas vías cortas y rectilíneas se observan en la orilla derecha, al sur de la iglesia de Saint-Paul y de la Rue de la Mortellerie (actualmente Rue de l'Hôtel-de-Ville), y también en dirección perpendicular a la Rue du Temple, la Rue de Saint-Martin y la Rue Saint-Denis, junto a la puerta de Montmartre y entre la Rue Saint-Honoré y el Louvre. Encontramos calles parecidas en la orilla izquierda, al sur de la Rue Saint-Victor y junto a la Rue de la Harpe: podemos atribuir su origen a una parcelación del suelo a consecuencia del crecimiento de la ciudad. Siguiendo con nuestro análisis urbano, podemos observar que la

mayoría de estas vías delimitan unas manzanas rectangulares situadas en el margen de una gran arteria: *la grant rue du Temple, la grant rue Saint-Martin, la grant rue Saint-Denis, la grant rue Montmartre, la grant Rue Saint-Honoré, la grant rue Saint-Victor, la grant rue de la Harpe*, y que, además, algunas de ellas llegan hasta las proximidades de importantes instituciones religiosas, como el Temple y Saint-Martin-des-Champs o del mercado (Les Halles) e incluso de un edificio como el castillo del Louvre. De ello podemos deducir la existencia de un vínculo entre estos diversos elementos y los trazados rectilíneos de las parcelaciones: estas han sido de algún modo determinados por los primeros.

La vía sinuosa formada por la Rue Saint-André-des-Arts y la Rue de la Huchette, que, en el exterior de la ciudad, se prolonga hasta Saint-Germain-des-Prés, parece ser el viejo camino que comunicaba dicha abadía con París a través del Petit-Pont, en los tiempos en que la ciudad estaba limitada a l'Île de la Cité. El cruce de calles de la Place Maubert toma su carácter principal de los dos grandes caminos sinuosos que van a parar a la misma, uno a través de la *grant rue Saint-Victor* y el otro a través de la Rue de la Montagne-Sainte-Genève, que es una prolongación, más allá de la muralla, de la *grant rue Saint-Marceau*. Resulta fácil distinguir la estructura viaria de París, señalando las vías de acceso hasta las puertas de la muralla. Su particular importancia está indicada por lo general con la expresión *grant rue*.

Si oponemos las dos orillas, veremos que la orilla derecha es más extensa que la orilla izquierda. Esto se debe a que los principales elementos del crecimiento urbano están localizados en la primera de estas orillas. Existe un elemento que podemos reconocer inmediatamente sin tener el más mínimo conocimiento de la historia de París: es el representado por las siguientes localizaciones: *l'Hostel de la Ville*, precedido por su plaza y Les Halles, visibles entre la Rue Saint-Denis y Saint-Eustache, por la plaza porticada, donde se levanta la picota y también por algunos lugares próximos, llamados la Halle au Blé, la Friperie, la Halle aux Draps, la Lingerie, etcétera. Se trata del elemento comercial, del que deriva, en términos generales, el poder municipal, que tiene su sede en el ayuntamiento. Este elemento y, posteriormente, el constituido por la residencial real, que en primera instancia se sitúa al sur de la Rue Saint-Antoine y más tarde al norte de esta misma calle, es decir, en el lugar señalado en el plano como *Les Tournelles*, y finalmente en el Louvre, ya en el siglo XVI, son los que sirven para explicar la preeminencia de la orilla derecha. Los vestigios del trazado de una antigua muralla subrayan el progreso urbano en esta orilla. Del mismo modo, la importancia evidente de la Rue Saint-Antoine y de la Rue Saint-Honoré indica que es en este mismo lado del Sena donde se estableció la gran corriente de circulación terrestre que se correspondía con el eje fluvial este-oeste de París.

En el caso de la orilla izquierda, el examen del plano nos permitirá también discernir el carácter de la misma y, por consiguiente, su inferioridad en relación con la otra orilla desde el punto de vista del desarrollo urbano. Cabe señalar especialmente la presencia de los colegios y los conventos de las cuatro órdenes de mendicantes. A la ciudad, que es por esencia la orilla derecha, se opone, en la orilla izquierda, la Universidad, y el título del plano, que marca la división natural de París en tres partes, reviste ante nuestros ojos todo su significado: *La Ville, Cité, Université de Paris*.

No es hasta el particularismo propio de la ciudad de la Edad Media que aparece en estos recintos de Notre-Dame, con su claustro y obispado, del Palais, de la abadía de Sainte-Geneviève, del priorato de Saint-Martin-des-Champs, del Temple, lo que parece hacer de ellos pequeñas ciudades separadas. Volvemos a encontrar este particularismo en el exterior de la muralla, en esas unidades urbanas pequeñas que, como apéndices a la ciudad, forman las aglomeraciones de Saint-Germain-des-Prés y Saint-Marceau. La primera nos ofrece un ejemplo de formación urbana cuya planta no refleja en absoluto el papel del elemento formador. En efecto, basta con observar esta pequeña ciudad, constituida en los márgenes de París, para reconocer en ella el elemento de formación, que no puede ser otro que la abadía de Saint-Germain-des-Prés, cuya poderosa individualidad se nos revela gracias al imponente complejo de construcciones monásticas ceñidas por una muralla. Ahora bien, esta célula orgánica de formación, que se nos presenta de ese modo, está situada claramente al margen de la aglomeración generada por ella. Hay que buscar la causa de ello, que la simple visión del plano ya permite entrever: ¿No es cierto que el topónimo *pré aux clers* deja adivinar la existencia, en este lado, de un terreno bajo a orillas del Sena, que debió imposibilitar la instalación de viviendas hacia el sur, impidiendo de ese modo que se agruparan en torno a la abadía, su madre común? En cuanto a la aglomeración de Saint-Marceau, que se ordena a lo largo de la *grant rue Saint-Marceau*, en cuyos márgenes se levantan las iglesias de Saint-Marceau y Saint-Médard, se nos presenta como una pequeña ciudad de camino, en este caso particular en el camino de Lyon, representado por esta *grant rue*.

El examen del plano basta para revelar la modalidad de crecimiento o, mejor, las distintas modalidades de crecimiento de París, más allá de las murallas urbanas: son las pequeñas ciudades de Saint-Marceau y Saint-Germain-des-Prés, que solo la presencia de la muralla impide que queden anexionadas a París o bien pueden constituirse núcleos periféricos con la sencilla forma del arrabal, es decir, simples hileras de casas a cada lado de un camino, como es el caso del Faubourg Saint-Jacques y también, en la orilla derecha, de los *Faubourgs* du Temple, Saint-Laurent o Saint-Martin, Saint-Denis y Montmartre. Entre los dos últimos, una alineación regular de vías, paralela a la muralla, parece dibujar la silueta de una pequeña ciudad nueva que nace, mientras que en el Faubourg Saint-Honoré, una aglomeración de casas forma una cruz cuyo brazo meridional, en el lugar llamado las Tullerías, revela una localización industrial. En un círculo más externo, algunos villorrios o pueblos (Reuilly, la Croix-Faubin, Popincourt, Belleville, Clignancourt, Montmartre, les Porcherons, la Ville-l'Evêque, le Roule, Chaillot, Auteuil) elevan hacia el cielo sus techumbres humildemente agrupadas. Sencillas granjas o alquerías, como la Grange-Batelière, salpican el suelo rural: es como una segunda zona de futuro crecimiento urbano.

Gracias a un análisis de este tipo, el plano nos revela la ciudad en su evolución a lo largo del tiempo. El aspecto panorámico de la agrupación urbana debe también retener nuestra atención. Se traduce en unas líneas que asocian el relieve del suelo con el propio relieve de las construcciones. Si la ciudad se presenta siempre en altura, esta queda graduada por múltiples elementos. La impresión de conjunto se remite a una serie de efectos de relación. La ciudad holandesa, instalada en la infinita llanura, produce una impresión distinta de la que

causa la ciudad griega, que, desde lo alto de su acrópolis, abraza el amplio horizonte donde azulea el mar de la «sonrisa innumerable». La antigua ciudad egipcia, en la extensa llanura del valle del Nilo, descansa sobre una especie de basamento artificial que las periódicas inundaciones del río hacen emerger como una isla, tal como explica Herodoto. La ciudad egipcia forma una mancha de vida al pie de la masa gigantesca de la pirámide y eleva hacia el cielo la imponente majestad del templo, que es el elemento dominante propio, y el esbelto obelisco, símbolo de la divinidad. El templo y el palacio dominan con su altura la ciudad babilónica y asiria, de la que son los elementos esenciales de formación: el zigurat, emblema de la divinidad, despliega la sucesión de sus terrazas hacia el cielo sobre el que dibuja su perfil de torre de Babel. Por el contrario, la horizontal es la línea griega de construcción.

La línea vertical vuelve a aparecer en la Edad Media, en la ciudad gótica, que la proyecta hacia el cielo. Durante la segunda mitad del siglo XI el campanario encuentra su lugar en el panorama urbano. La ciudad medieval, con sus campanarios y las agujas de las iglesias, las torres y los torreones, los dientes de sierra de los tejados, presenta una línea de gran movilidad, en zigzag, y ofrece, tras la protección de la muralla, una silueta recogida. En una ciudad que descansa sobre una superficie llana, la catedral produce el prestigioso efecto de una mole llena de belleza, visible desde todas partes y al pie de la cual se amontonan las viviendas de los hombres, dando la sensación de ser un pastor erguido en medio de su rebaño. En la ciudad clásica,³ las cúpulas perfilan sobre la bóveda celeste la curvatura armónica de sus líneas. La horizontalidad grecolatina atenúa por todas partes el verticalismo medieval superviviente. La ciudad contemporánea hace destacar a lo lejos sus adherentes tentáculos y convierte la antigua periferia nutricia en una sementera de viviendas: hija de la gran industria, opone con osadía la alta chimenea de la fábrica al campanario o la aguja de la iglesia, que antaño parecían elevar hasta Dios la humilde plegaria de los hombres; despliega sus penachos de humo, que oscurecen el cielo, surca con raíles la tierra circundante, de la cual se eleva, al paso trepidante de los trenes, la vieja poesía de los campos; ella es todo movimiento y todo ruido.

La línea general de la ciudad tiene un significado. La horizontal produce una impresión de calma, de nobleza, de ordenación regular. Por el contrario, hay cierta dureza en el erizamiento de la ciudad medieval, donde parece que podemos sentir el violento contraste entre el cielo y el infierno. La cúpula suaviza el perfil aéreo de la ciudad. En la ciudad musulmana, la forma achatada de las cúpulas de las mezquitas, asociada a la altura de los minaretes, produce una sensación de serenidad religiosa. Así, el alma de la ciudad se manifiesta a los ojos de quien la sabe ver.

Las mismas necesidades tienden de forma natural a expresarse en construcciones que se parecen las unas a las otras. La arquitectura urbana establece un vínculo más o menos evidente entre las formas de las cosas a través de las épocas, por ejemplo entre el ágora griega y el foro romano, rodeados de pórticos; el claustro monástico; las casas llamadas «de pilares» que rodean una plaza medieval, como la antigua Place de Grève, en París, o la plaza llamada «de los cobertizos» en una *bastide* del siglo XIII o XIV; o, finalmente, una plaza moderna del tipo de nuestra Place des Vosges: en todos estos casos se trata de un espacio



7

3. Se refiere al clasicismo francés (siglo XVII). (N. del E.)

libre que es utilizado como lugar de reunión o de paseo y en el que los pórticos ofrecen protección contra la intemperie. Así pues, a través de la diversidad de civilizaciones puede observarse cierta unidad en la expresión urbana.

No debemos descuidar el aspecto que otorgan a la ciudad los materiales empleados en su construcción. La ciudad egipcia está hecha con tierra, a excepción de los templos. La ciudad caldeo-asiria está hecha enteramente con tierra. La ciudad griega y la ciudad romana son ciudades de piedra. En general, la vivienda privada ha sido durante mucho tiempo tratada con descuido. En la Edad Media francesa, la piedra es utilizada para la construcción de los edificios públicos, las iglesias y las instituciones religiosas, las residencias reales y principescas, las casas señoriales y las murallas, pero las viviendas sencillas son casi siempre de madera, yeso o adobe. Hasta el siglo XVI la ciudad no empieza realmente a cubrirse con aquel vestido de piedra que le otorga un aspecto monumental de conjunto y un carácter de perennidad que no presenta la ciudad medieval. El ladrillo sustituye a la piedra en aquellos países en los que esta escasea. La era del hierro es contemporánea y con el hormigón armado se descubren nuevos aspectos, surgen unas formas nuevas que rinden honor a los volúmenes cúbicos y la línea horizontal: un perfil de calle diferente del que siempre nos ha sido familiar, empieza a entrecruzar en el horizonte del porvenir.

EL MARCO GEOGRÁFICO: LA CIUDAD EN EL CAMINO

De los dos factores que están en la base de la formación y el desarrollo de cualquier ciudad, el emplazamiento y el marco geográfico, el segundo, por el hecho mismo que se resume en la vía de tránsito, constituye el elemento activo por excelencia. El emplazamiento acoge la ciudad, pero el camino la vivifica. El tránsito a lo largo de las vías naturales permitió que el hombre primitivo descubriera el emplazamiento favorable al cual el camino otorga posteriormente su plena expresión urbana. Así pues, relacionar el destino de la ciudad a las vías de comunicación constituye una regla metodológica esencial. Este destino puede quedar explicado mediante un mapa de aquellas vías que han sido determinadas por el marco geográfico, vías trazadas inicialmente por la naturaleza y que el hombre marcará a su vez con sus huellas.

Por toda la superficie de la Tierra ciertas conexiones naturales han dado lugar a grandes vías comerciales, por ejemplo, la que une la India con el Mediterráneo a través del Golfo Pérsico y del Éufrates, y a la que algunas ciudades antiguas, como Babilonia, han debido parte de su importancia. Por el contrario, si el comercio entre la India y el Mediterráneo se hiciera principalmente por el valle del Nilo, entonces las ciudades egipcias son las beneficiadas. ¿Cómo se explica, si no, el auge urbano de Creta durante la primera mitad del II milenio a.C. y, más tarde, la época micénica de la ciudad griega durante la segunda mitad del mismo milenio, si hacemos abstracción de los movimientos de intercambio surgidos en aquella época, en el Mediterráneo oriental, por la proximidad de las islas del Mar Egeo y de las costas de Egipto, de Asia occidental y del Peloponeso? Si las ciudades fenicias surgen a su vez hacia finales de ese segundo milenio, ello es debido a la explotación comercial por parte de este pueblo de la gran vía mediterránea. Si a partir de la segunda mitad del siglo VIII a.C. Mileto se alza por encima de las demás ciudades jonias de Asia Menor, ello es debido a su dominio sobre las vías marítimas. Sus puertos explican su desarrollo. Asimismo, la maravillosa expansión de Atenas en el siglo V a.C. está relacionada con la entrada de dicha ciudad en la era marítima de su historia, gracias a la construcción de la flota naval y a la creación del Pireo. Hacia mediados del siglo II a.C., Roma vincula el dominio de la vía mediterránea a su prodigioso destino.

Puesto que el mar constituye la gran vía de intercambio entre los hombres, ciertas actividades urbanas se coordinan en sus orillas o a su contacto, crecen y decrecen en función de las fluctuaciones de las corrientes comerciales. A esta vía habría que añadirle las formadas por los cursos de agua y los caminos terrestres, siendo estos naturales o bien debidos a la acción del hombre. En efecto, si los trazados de algunas carreteras son de carácter natu-

ral, otras son creaciones humanas puras y simples, como las indicadas por un canal o por la apertura de un túnel, como el de San Gotardo. Sin que haga falta mencionar estas construcciones de nueva planta, una vía de agua inadecuada para la navegación puede volverse navegable gracias a la acción del hombre. A partir de este momento, su papel en relación con la ciudad ribereña cambiará. Besançon nos ofrece un ejemplo de ello: el Doubs, en cuyas orillas está situada la ciudad, no fue navegable hasta el siglo XIX y, por tanto, solo pudo intervenir como tal en el destino de la ciudad en tiempos muy tardíos.

La acción de las vías varía también en función de su modo de uso o, dicho de otro modo, en función de los medios de transporte o de comunicación utilizados. La influencia de la vía marítima, por ejemplo, es bien distinta si se trata de navegación de cabotaje o de navegación por alta mar, con un velero o un barco a vapor. El empleo del sistema de remolque amplifica la función de los cursos de agua como sistema de comunicación. Los progresos realizados en el enganche y en el propio vehículo, el uso de las postas a partir del siglo XV, todo ello influye en el rendimiento de las carreteras. Las vías férreas marcan una revolución en el sistema viario. A su vez, el automóvil ha hecho renacer las carreteras a las que el ferrocarril parecía haber llevado a una crisis irremediable.

La acción de las vías es variable en el tiempo y en el grado de intensidad, sucesiva o simultánea, convergente o divergente. En una ciudad dada habría que realizar una especie de clasificación de sus vías y el mapa del marco geográfico debería reflejarla. Es importante caracterizar dichas vías en función de los tipos de intercambios que han generado, intercambios inmateriales tanto como materiales. La ruta a través de la cual el cristianismo, o una civilización extranjera se ha introducido en una ciudad, esa ruta en la que alienta el espíritu, un camino de peregrinación, asumen una función urbana, al igual que la ruta de la sal, que se observa en el origen de Roma y de Buenos Aires, o la ruta del trigo, que pasa por el Ponto Euxino (Mar Negro) y los estrechos, vital para Atenas a partir del siglo V a.C.; o la ruta que, pasando por la Rue des Poissonniers, el Faubourg y la Rue Poissonnière, la Rue des Petits-Carreaux y la Rue Montorgueil, permitía garantizar a Les Halles de París el aprovisionamiento de pescado; y también la ruta de las especias, la ruta de los metales preciosos, etcétera. Además, una vía que aporta elementos espirituales puede ser al mismo tiempo una vía de intercambio comercial. Este fue el caso, especialmente, de los caminos de peregrinación durante la Edad Media. La ciudad debe, en mayor o menor medida, su existencia a estas distintas rutas y, en todo caso, su impulso vital.

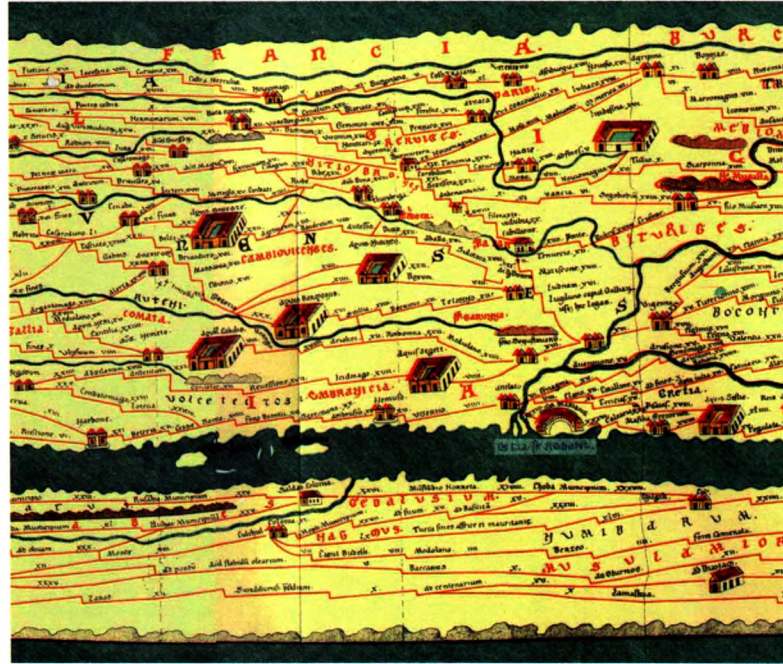
Vemos como la ciudad se desplaza para no ser ahogada por los aluviones de un río que, como el Caístro en el caso de Éfeso, tiende a privarla del contacto con el mar. Las arenas arrastradas por el Meandro, que obstruyen los puertos de Mileto, marcan el fin de esta poderosa ciudad marítima. El camino, la vía, tiene una función dominante en el inicio pero también durante todo el transcurso de la vida de una ciudad. La naturaleza influye en la organización de los sistemas de circulación general y estos, a su vez, en el destino de las ciudades. Francia nos ofrece un ejemplo sorprendente con la gran arteria fluvial formada por el Ródano y el Saona, a la cual se conectan, mediante unos umbrales de paso, los demás ríos de nuestro país, lo que hace decir a Estrabón que los ríos de las Galias

[...] están tan felizmente distribuidos entre ellos, que es posible transportar las mercancías desde un mar al otro.

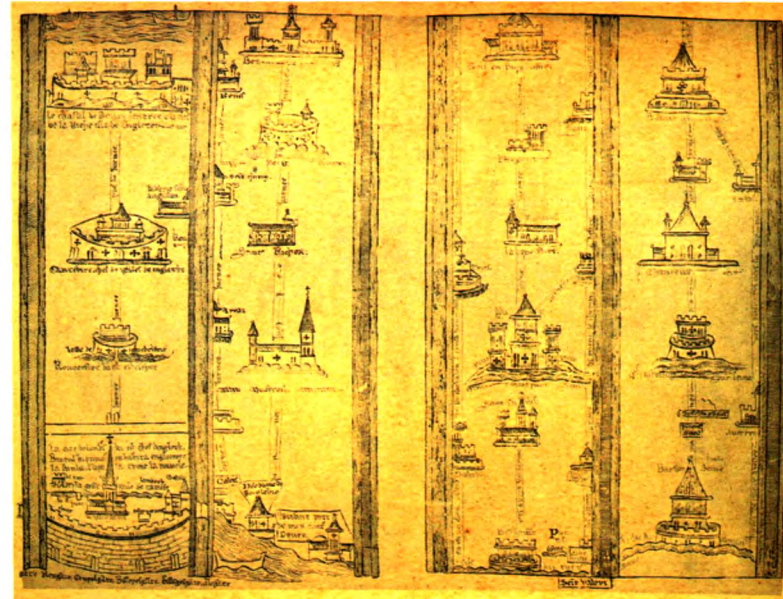
Así se explica, por ejemplo, la importancia de la ciudad romana de Autun, situada en una región en la que el Loira y el Sena, que desembocan en el océano, comunican con el sistema fluvial Ródano-Saona que desciende al Mediterráneo. El estudio de la evolución de esta ciudad nos muestra el motivo por el cual, permaneciendo inalterada su situación geográfica, no quedan más huellas de su brillante pasado que la sede de un obispado en el tranquilo ambiente de una soñolienta ciudad de provincias. Estrabón señala que Reims, plaza fuerte del pueblo galo de los Remos, es el centro más poblado de toda esta parte de las Galias. Y ello es así porque el país ocupado por este pueblo coincide con el lugar de paso más directo entre el Ródano y el canal de la Mancha. Así, César define esta tribu como *la más civilizada* entre los belgas.

A lo largo de las vías de las Galias, conquistadas ahora por Roma, van floreciendo las ciudades; su centro, en un admirable cruce de caminos, es Lyon, de la que Estrabón afirma que en todas las Galias, a excepción de Narbona, asentada en el punto originario de penetración de la influencia romana, no existe ciudad más poblada, puesto que los romanos —añade— la convirtieron en el centro de su comercio. Estrabón también nos dice que Agripa fijó en ella el punto de partida de las grandes rutas de las Galias. La estrella formada por las vías nos señala la importancia de esta ciudad. Las rigurosas normas de trazado de la colonia romana flaquean frente a una vía que despliega ante nuestros ojos su larga cinta: este trazado, en lugar de estar orientado según la regla, se adapta, por ejemplo, a la Vía Apia o a la Vía Emilia en el caso de las colonias de Parma, Módena y Bolonia y a la Vía Aurelia en el caso de Padua. A propósito de las ciudades de Umbría a lo largo de la Vía Flaminia, Estrabón explica que deben su desarrollo «más que a su importancia política, al crecimiento de la población». Así pues, dada una ciudad cuyo origen se deba a Roma, será importante vincularla a la red de vías romanas. A este propósito hay que referirse al *Itinerario* de Antonino y a la *Tabla* de Peutinger —esta última es un mapa de carreteras— que, al parecer, se remontan a la primera mitad del siglo III de nuestra era.

La caída del Imperio Romano no pone fin al rol de la gran vía mediterránea. Esta no deja de ejercer su acción sobre la ciudad, especialmente a través de los comerciantes sirios que podemos encontrar, a principios de la Edad Media, en numerosas ciudades de Occidente, donde distribuyen, además de los productos de su propia tierra, las mercancías procedentes de la India y de China. En el siglo VI la colonia siria de París es lo bastante importante como para que uno de sus miembros, un rico comerciante llamado Eusebio, se convierta, hacia finales de este siglo, en obispo de esta ciudad y sustituya por sirios compatriotas a todos los clérigos de la casa episcopal de su predecesor. El mantenimiento de las comunicaciones mediterráneas contribuye a garantizar la supervivencia de la ciudad romana. Posteriormente, en los siglos VII y VIII, la flota árabe convierte el Mediterráneo en un lago sarraceno. Al eclipse del gran camino le corresponde el eclipse de la ciudad, la cual, de algún modo, es absorbida por el campo.



8



8 Fragmento del mapa de Peutinger, en el que figuran las comunicaciones viarias de París («Luteci»).

9 Fragmento de un mapa del siglo XIII que representa un itinerario de peregrinaje de Londres a Jerusalén. De izquierda a derecha y, para cada columna, de arriba abajo: 1.ª columna: de Londres a Dover; 2.ª: de Wissant a Beauvais; 3.ª: de Beaumont-sur-Oise a Troyes; 4.ª: de Bar-sur-Seine a Beaune.

9

Sin embargo, una ciudad, Amalfi, situada al sur de Nápoles, empieza, en el siglo X, a entreabrir a los cristianos la vía mediterránea y es la primera en beneficiarse de ella. Hacia finales del siglo XI Venecia entra a su vez en escena y disputa a Amalfi la influencia en Oriente. Pisa y Génova, que en el transcurso de ese siglo seguían limitándose al comercio interno de la península, empezarán a ejercer su gran papel mediterráneo. Todas estas ciudades tiñen el horizonte con su aurora, mientras Amalfi entra en el ocaso. También en el siglo XI las peregrinaciones provocan el despertar de los grandes caminos, adormecidos en el sopor de la economía feudal. El fin de este siglo señala el inicio de las Cruzadas, que reabren definitivamente Oriente a Occidente. La gráfica de la ciudad señala una curva ascendente. De este modo, a lo largo de las vías revitalizadas los comerciantes circulan con más asiduidad y en número creciente. Posteriormente, en función de unas necesidades cada vez mayores, se afirman en los márgenes de aglomeraciones bien situadas antiguas ciudades romanas o fortalezas feudales, asegurando así el porvenir de estas aglomeraciones.

Las ciudades se desarrollan más intensamente en la llanura lombarda y en la de Flandes, predestinada geográficamente a beneficiarse de la influencia viaria marítima del mar del Norte y del canal oriental de la Mancha, tal como ocurre en la Italia septentrional con el Mediterráneo. En ambos casos las ciudades emergen al mismo tiempo: las de Flandes adquieren protagonismo desde principios del siglo XII. Estos dos polos de actividad mercantil están unidos por el lugar natural de paso que es Francia, situada entre el viejo mar interior de la civilización y el mar exterior. El gran eje comercial sudeste-noroeste, jalado por las ferias de Champagne y de Brie, que se celebraban en Bar-sur-Aube, en Troyes-sur-Seine, en Provins y en Lagny-sur-Marne, caracteriza los siglos XII y XIII. La importancia de estas ferias coincide con la que asume, desde un punto de vista comercial y urbano, el norte de Italia y Flandes. En estas ferias se llevan a cabo los intercambios entre los distintos países de Europa occidental: los italianos llevan, además de sus propias mercaderías, las que importan de Oriente; los flamencos, sus manufacturas textiles; son ellos los que abastecen a Inglaterra, de donde toman la materia prima para su industria: la lana. Así es como crecen Brujas, Gante o Ypres.

En la jerarquía de las vías, aquella por donde llegan los productos orientales representa la gran vía por excelencia, la vía a la que se vinculan los destinos urbanos de forma más o menos estrecha, dependiendo de cada ciudad. Particularmente, la vía de las ferias de Champagne y de Brie es utilizada por los italianos para llevar las especias traídas de la India a través de Siria o por Alejandría y el Mediterráneo. La explosión de entusiasmo religioso que da lugar al fenómeno de la peregrinación, tan activo en la Edad Media, puede llevar igualmente a la creación de grandes corrientes de circulación cuya acción hay que considerar desde el punto de vista de la evolución urbana. Han existido grandes peregrinaciones, las de Santiago de Compostela, Roma y Jerusalén, que han movilizad a la Cristiandad; otras han abarcado un horizonte más restringido, pero no por ello han dejado de otorgar al camino, punteándolo con la silueta huidiza de los fieles en marcha, una vitalidad que no habría existido sin estos y, por consiguiente, un medio peculiar de actuar sobre las ciudades por las que pasaban. Existe una ciudad que es el objetivo supremo de los peregrinos y

existen otras ciudades que son, para ellos, etapas a lo largo de su piadoso viaje. Estas últimas los retienen durante un tiempo más o menos prolongado, en función de las reliquias que pueden ofrecer a su veneración o de las curiosidades que presentan ante sus ojos. Así pues, por lo que respecta a la acción urbana del camino de peregrinación, podría hacerse una especie de clasificación entre las ciudades que se encuentran a lo largo del recorrido.

Esta acción, por otra parte, no posee la misma fuerza que la ejercida por el factor económico. Es transitoria, no logra separarse del nudo corredizo del camino para establecerse de forma estable. A pesar de la auténtica marea humana que ha acogido su suelo, Santiago de Compostela no ha sido nunca una gran aglomeración. De forma similar, Delfos y Olimpia, aunque en el mundo griego fueron centros religiosos, solo aparecen como simples santuarios. Por lo demás, el lugar de peregrinación no se incorpora necesariamente a una ciudad: este fue el caso de Dídima, donde existía un templo dedicado a Apolo—casi tan famoso como el de Delfos— que era venerado como divinidad poliada de Mileto, ciudad de la que distaba dieciséis kilómetros; análogamente, por lo que respecta a París, el lugar de peregrinación no hay que buscarlo en esta ciudad, sino a cierta distancia de la misma, en Saint-Denis.

Un análisis detallado permitirá medir, en una ciudad determinada, la parte debida a la acción del camino de peregrinación. El carácter general de una acción de este tipo reside en un hecho que la evolución urbana debe aprovechar: me refiero a las comunicaciones a larga distancia conservadas, e incluso desarrolladas, por este piadoso ir y venir. Por consiguiente, se trata de una garantía para el progreso de la civilización, un progreso al que está esencialmente vinculada la evolución de las ciudades. Lo que otorga un gran valor urbanístico a la gran vía de peregrinación es que representa una gran corriente humana. Las curiosidades de la naturaleza y del arte han sustituido en la actualidad, bajo la forma del turismo, la curiosidad por lo divino. El turismo debe ser estudiado desde el punto de vista de las ciudades actuales, como las peregrinaciones de las ciudades de antaño.

La red de rutas de las peregrinaciones medievales puede ser reconstruida con la ayuda de unos itinerarios que le son propios, o bien con la ayuda de ciertos textos, como las vidas de los santos, los relatos de milagros o las canciones de gesta. Expresiones como *strata publica*, *vía regalis* o *calceia*, que aparecen en los documentos de la Edad Media, también permiten discernir las vías importantes. Finalmente, el emplazamiento de los hospitales, hospicios o leproserías constituye, a este respecto, otro punto de referencia, puesto que en aquella época tales instituciones jalonaban los caminos especialmente frecuentados y ofrecían su hospitalidad a los viajeros fatigados o enfermos, a quienes tenían hambre o sed o, debido a su ubicación, atraían la atención de los caminantes caritativos, que iban repartiendo limosnas a lo largo del camino. Un mapa de los establecimientos hospitalarios de una región determinada se adapta, a grandes rasgos, al mapa de carreteras de dicha región. En una ciudad como París, las *Maisons-Dieu* u hospicios especialmente destinados a quienes iban de paso constituían la mayoría de los establecimientos caritativos, y casi todos estaban situados a lo largo de la Rue Saint-Denis y de la Rue Saint-Jacques, es decir, a lo largo de la gran vía que representaba el brazo norte-sur de la encrucijada de esta ciudad. Para la

diócesis de París, el camino que conducía de esta ciudad a Orleans y de aquí especialmente a Santiago de Compostela, estaba dotado del mayor número de *Maisons-Dieu*. Con este método se puede llegar a discernir las grandes directrices de los desplazamientos humanos, directrices a las cuales está vinculado el destino de la ciudad.

Sin embargo, a principios del siglo XIV la vía terrestre de las ferias de Champagne y de Brie tiende a ser sustituida por la vía marítima a través de Gibraltar para el comercio italiano con Flandes. Los progresos realizados en la navegación, junto a ciertos acontecimientos políticos como la guerra de los Cien Años, que durante mucho tiempo hizo difíciles las comunicaciones a través de Francia, dieron preferencia a la vía marítima y, a partir de entonces, provocaron la decadencia de las ferias y al mismo tiempo el declive de las ciudades favorecidas por las mismas. Por el contrario, Brujas, punto de llegada de esta nueva y gran ruta marítima, se convirtió en puerto principal y en el más importante centro de negocios de Occidente. Durante la segunda mitad del siglo XIV Brujas fue también el centro de operaciones comerciales de la Hansa alemana, que monopolizaba las transacciones de la zona del mar Báltico. En esta misma época la industria textil se estableció en Inglaterra, que a finales de siglo amenazaba con conquistar el monopolio del que se habían beneficiado hasta ese momento los flamencos. Son los inicios del despertar del Atlántico.

En el siglo XV destaca un nuevo trazado comercial que contribuye sobre todo al desarrollo de Ginebra, cuyas ferias poseían en aquella época un carácter mundial. A dicho trazado está vinculada también la emergencia de ciudades del sur de Alemania, como Augsburgo y Núremberg. Es la época de los grandes descubrimientos geográficos. A finales de ese siglo el portugués Vasco de Gama dobla el cabo de Buena Esperanza y abre la ruta marítima de las Indias. Es el principio del fin de la antigua vía mediterránea a Extremo Oriente a través de la cual llegaban sus productos a occidente. Al mismo tiempo Venecia, que alimentaba su vitalidad gracias a este gran camino de intercambios, se adormece en el púrpura de su ocaso. Su decadencia queda señalada claramente hacia mediados del siglo XVI y va acompañada del declive de ciudades como Augsburgo, vinculada comercialmente a la poderosa ciudad del Adriático.

En el siglo XVI, sin embargo, la acumulación aluvial del Zwin deja Brujas fuera de la vía marítima. Este hecho, junto a otras causas de orden económico, provoca la decadencia de esta ciudad, cuyo papel preeminente lo asume, curiosamente ampliado, Amberes, situada en la desembocadura del Escalda y que durante ese mismo siglo se ha convertido en la gran ciudad marítima de la naciente era moderna, la ciudad que, desde principios de siglo, y en palabras de un escritor de la época, «ha robado a casi todas las demás ciudades comerciales y ha atraído hacia ella el más grande tráfico y negocios de mercancías», la ciudad donde llegan de todas partes objetos y productos que, desde allí, son exportados de nuevo a los distintos países consumidores. Base del comercio inglés con el continente, Amberes, favorecida por un régimen de libertad comercial, asiste también a la llegada de los hombres de negocios italianos y, posteriormente, tras la extraordinaria expansión marítima de España y Portugal, de los comerciantes de estos dos países. A partir de ese momento es revitalizada por la nueva vía marítima, que le trae los productos de las Indias Orientales y de América,

recientemente descubierta. A este propósito, no hay nada más significativo que la petición dirigida a principios del siglo XVI al Emperador por parte de los comerciantes de Viena, quienes, dada la insuficiencia del mercado de Venecia por lo que respecta a las especias, ya que, en vez de llegar por el Mediterráneo, lo hacen por la ruta de Vasco de Gama, solicitan permiso para aprovisionarse en Amberes. Así pues, los hombres de negocios de Alemania se introducen en el abigarramiento de esta cosmopolita ciudad, donde Tomás Moro conoce al personaje que le relata las maravillas de la isla de Utopía. El extranjero, guiado por las grandes corrientes del tráfico, está en la base de este desarrollo urbano que podría parecer milagroso si, en definitiva, no estuviese relacionado con un doble fenómeno: geográfico o viario por un lado y económico por el otro, ambos estrechamente vinculados.

A partir de entonces empieza el dominio del Atlántico, donde se ha abierto una doble gran vía que debe ser asociada a la evolución urbana: la vía de las especias, controlada por los portugueses, y la vía del oro y la plata, cuyos dueños son los españoles. Las relaciones viarias y, por consiguiente, las relaciones directas o indirectas de las ciudades con los puntos de llegada europeos de estas vías mundiales, deben ser estudiadas, puesto que representan unas grandes corrientes llamadas a transformar las condiciones de la vida económica y social de las aglomeraciones. Por estas vías se extiende el uso de productos que, al incrementar el número de las necesidades, contribuyen al desarrollo de la civilización. Gracias a ello, algunas ciudades europeas alcanzaron una repentina grandeza. Otras surgen en el extremo opuesto de la vía, especialmente en América, gracias a la explotación del suelo colonizado que proporciona estos productos. Relaciones humanas sin precedentes ensanchan desmesuradamente el horizonte mundial por lo que respecta a la ciudad, que ve engrandecer en la misma medida su propio destino.

Por ejemplo, Lisboa, donde finaliza la vía de las especias llegadas de las Indias Orientales, por no hablar de las relaciones entre esta ciudad con la costa occidental de África, las islas del Atlántico y con Brasil. Gracias a sus colonias, Portugal ostentó a lo largo del siglo XVI el privilegio de abastecer a Europa con sus especias, garantizando de este modo el principal comercio europeo con Oriente, y Lisboa fue el puerto de amarre de la flota portuguesa con la que se realizaba dicho suministro. Ahora bien, se trata de un monopolio de Estado, por lo que solo podía influir de forma limitada sobre la ciudad. Por lo demás, el portugués no posee la sutileza del veneciano que le precedió en este papel comercial. Por ello no estableció intercambios propiamente dichos entre Lisboa y las Indias portuguesas. Finalmente, el mercado europeo de especias no se encuentra en esta ciudad, sino en Amberes. Este es el motivo por el que Lisboa, aunque se desarrolló en aquella época, no tuvo el magnífico destino de Venecia.

El camino del oro y la plata lo establecieron los castellanos entre ellos mismos y América y más específicamente con México, Perú, Colombia y Bolivia. Observad todas las ciudades que los conquistadores españoles del siglo XVI hicieron nacer en estas tierras lejanas que, en estos tiempos sembrados de maravillas, surgen como un país de hadas: Lima, Santa Fe de Bogotá, Santiago, Mendoza, San Juan, Tucumán, Salta, Córdoba, Buenos Aires, Santa Fe, Asunción, etcétera, creaciones urbanas que vuelven a presentar ante nuestros

ojos el trazado regular de la colonización. Parece que el camino abierto por la estela de las audaces naves no tiene fin. Bajo la doble acción de los portugueses en el archipiélago índico y de los españoles, a quienes Magallanes abrió, a principios de siglo, la vía del Pacífico por el sur de América, este nuevo océano se abre al tráfico de los europeos; es el preludio del gran papel que desempeñará más tarde el Pacífico, cuya era urbana comienza en nuestros tiempos. Desde el puerto de Acapulco, en la costa mexicana del Pacífico, una accidentada pista permitía llevar a lomos de mulo hasta México y, de allí, hasta Veracruz o Jalapa, no solo las mercancías provenientes de China, sino también productos de Filipinas, donde los españoles habían fundado, hacia el año 1570, la ciudad de Manila.

Las minas de oro de Perú y, sobre todo, las minas de plata de Potosí, en Bolivia, donde surge una ciudad muy populosa gracias a la explotación minera, hacen fluir hacia Europa sus tesoros, fuente de bienestar y causa de progreso, pero también —por los propios beneficios que obtendrá el capitalismo— generador de miserias sociales. De este modo se introduce un activo fermento de desarrollo en el organismo urbano. La vía de los metales preciosos es una de las grandes vías del mundo desde el punto de vista del estudio de las ciudades. En la base de su acción encontramos una explotación capitalista de Estado o bien un monopolio de Estado. Sevilla, que es el punto de llegada de esta vía en Europa, obtuvo de él, en el transcurso del siglo XVI, una prodigiosa fortuna. A comienzos de 1503, desde esta ciudad, puerto fluvial del Guadalquivir, parten cada año los galeones que establecen las comunicaciones entre Castilla por una parte y Centroamérica y Sudamérica por otra. A través del nuevo continente se forman rutas destinadas a drenar los productos del conjunto de las colonias castellanas hacia los puertos del Golfo de México y del Mar de las Antillas donde están atracadas las naves, unas rutas que, a su vez, influyen en el destino de las ciudades fundadas en América por los conquistadores españoles. Cargados con su preciosa mercancía, las naves regresan a Sevilla, donde una corriente de oro y plata se expande por toda España y más tarde, a través de las adquisiciones en el extranjero, se insinúa en mil riachuelos en los países vecinos, elevando los precios, incentivando el lujo, contribuyendo a elevar el nivel de vida y alcanzando poco a poco a la estructura misma de la sociedad.

Sevilla, donde se ha concentrado el comercio de España con las colonias de ultramar, crece. Su población, incrementada por el éxodo rural, encuentra en dichas colonias un aliviadero. Los comerciantes extienden su dominio por todo el suelo de Andalucía, donde las necesidades coloniales han desarrollado el cultivo de campos y viñedos. La industria se vuelve más activa. Esta ciudad rebosa de riquezas, se engalana con edificios como los del Ayuntamiento y la Bolsa, asiste a la eclosión, en el siglo XVII, como consecuencia lógica de este auge, del arte de Murillo, del mismo modo que la prosperidad comercial de Amberes constituye el fondo sobre el que se destaca el arte de Rubens, y también del mismo modo que el desarrollo industrial y bancario de Florencia y la potencia mercantil de Venecia nos sirven para explicar el florecimiento artístico de estas dos ciudades. Se trata de la ciudad en el gran camino, que se nos presenta con todas las consecuencias derivadas de su posición geográfica.

Todas estas riquezas acaban por entumecer la actividad de España y la sombra de la decadencia empieza a extenderse por todo el país. Por otra parte, Sevilla pierde su contacto

marítimo debido a los depósitos de aluviones en la desembocadura del Guadalquivir. A partir de 1720 el relevo pasa a Cádiz, que ya entre 1493 y 1503 había sido la base marítima de la España de las conquistas. Y para Sevilla cae la noche. En cualquier caso, no debemos olvidar que en el estudio de las ciudades francesas durante los siglos XVI y XVII hay que dedicar un apartado a la influencia española. En especial, esta se deja notar en París de distintas maneras. ¿Es posible entender el auge de la ciudad libre imperial de Besançon, en el siglo XVI, sin tener en cuenta sus vínculos con el imperio de Carlos V?

Durante este siglo hacen su aparición las guías de caminos impresas, que permiten trazar fácilmente el plano de las calles de una ciudad. En Alemania aparece un mapa de caminos en el año 1501. En Francia, una obra como la *Guide des chemins de France*, de Charles Estienne, cuyas ediciones se suceden entre los años 1552 y 1623, no solo es válida en el contexto del siglo XVI, sino incluso en épocas anteriores. En ella puede encontrarse la indicación de las localidades que jalonan un camino de un extremo a otro, con las distancias, las menciones de la «comida» o la «cama», las postas y otras informaciones útiles para uso del viajero:

«Camino malo y con peligro de salteadores. Pasad por los prados».

Si existen diversos caminos que pueden llevar de un lugar a otro, por ejemplo, de París a Lyon, están indicados y calificados sucesivamente: este es el «gran camino», aquel es «el más corto», aquel otro «es el más agradable y seguro». Con la ayuda de esta obra resulta fácil señalar los caminos más vitales para la ciudad del siglo XVI: aquellos a través de los cuales se ha ejercido la acción del Renacimiento, aquellos que establecen un vínculo con los centros urbanos dotados de una capacidad de irradiación especial, y aquellos que, como Lyon,

«es un paso general para los ítalos —así es como aparece escrito en la *Guide*—, ciudad célebre por sus ferias, comercial y suministradora de las diversas naciones que la frecuentan y célebre también por su actividad bancaria»,

y también como Amberes, o los demás caminos que discurren en la dirección de la gran vía «oceánica» o que despliegan su cinta hacia la Alemania protestante o hacia la Ginebra de Calvino. A las vías terrestres se añadirán luego las vías de navegación —ríos o canales— que la *Guide* no menciona. No se limitarán al trazado de este mapa, sino que se señalarán con exactitud los puntos en los cuales los caminos penetran en la ciudad, de modo que dichos caminos se prolongarán hacia el interior del recinto urbano por las calles que los representan. A la jerarquía de las vías de acceso a la ciudad le corresponderá una jerarquía de las calles internas, de manera que a partir de ahora la actividad viaria podrá ser localizada con precisión. Así, en la ciudad aparecerán unos centros vitales cargados con todo su significado. La geografía urbana debe, en efecto, ser impulsada hasta este punto.

A finales del siglo XVI y durante la primera mitad del siglo XVII tenemos la *Sommaire description de la France, Allemagne, Italie et Espagne, avec la guide des chemins*, obra de Théodore

de Mayerne-Turquet, cuyas ediciones se escalonan entre 1591 y 1653. En 1632 aparece el mapa de las rutas de postas de Francia, levantado por Sanson. Las publicaciones para otros países tampoco escasean: algunas de ellas son específicas para un país, como *La Guide des chemins d'Angleterre*, de Jean Bernard, publicada en París en 1579, mientras que otras abarcan un horizonte más extenso, como la guía *Poste per diverse parti del mondo*, impresa en Lyon en 1572.

Sin embargo, en torno al año 1600 se produce un cambio en la ruta de las especias, que los holandeses arrebatan a los portugueses para luego desviarla hacia su país, un hecho que está en la base del poder de Ámsterdam durante el siglo XVII. Exquisitas pinturas de interiores plácidos y ordenados, donde un rostro se inclina sobre su labor bajo una luz muy tenue que penetra por unos amplios ventanales; visiones de canales de agua que bordean silenciosos unas casas impregnadas de intimidad; el vigoroso retrato de unas expresivas figuras que destacan sobre un fondo etéreo los acentuados rasgos de una sólida vida cívica; el arte profundo de Rembrandt y, en todo ello, la impronta del racionalismo de Descartes; finalmente, un puerto donde gran cantidad de embarcaciones elevan al cielo los mástiles y velas oscilantes. Desde el año 1602 la ciudad es sede de la Compañía de las Indias Orientales, que ha recibido del Gobierno holandés el monopolio del comercio con esas tierras de especias a las cuales ha convertido en dominio colonial. Desde el año 1621 también es la ciudad de la Compañía de las Indias Occidentales, que en 1656 se extiende por las orillas del río Delaware. Ámsterdam es la ciudad capitalista en la que la actividad de ambas compañías dibuja los dientes de sierra de sus beneficios, donde surge la bolsa a partir de la necesidad de negociar los títulos emitidos por la primera de las dos compañías, donde la banca, fundada por el Ayuntamiento en 1609 —«donde cada cual guarda su dinero» y cuyos billetes gozan de gran crédito— otorgan su particular carácter a la fisonomía urbana. Es la ciudad enriquecida cuyos burgomaestres reflejan el poder burgués, la ciudad en la que sopla el viento procedente de alta mar, cuyo espíritu de libertad y tolerancia estimula a los habitantes, la ciudad en la que la riqueza, adaptada al gusto sencillo de la burguesía protestante genera el bienestar, la gran ciudad donde «no hay ningún hombre, a excepción de yo mismo —escribe Descartes en 1631—, que no ejerza el comercio», y en la que «entre la confusión de un gran pueblo» la gente goza de su libertad y contempla la llegada de los barcos que «traen en abundancia todo lo que producen las Indias y todas las cosas que les son raras a Europa»; el lugar que ofrece, más que cualquier otro, «todas las comodidades de la ciudad y todas las curiosidades que uno podría desear». «Un milagro del mundo», añade otro autor en 1660, una ciudad que, sobre un suelo conquistado al mar y cuyos canales han sido drenados, no cesa de extenderse, pasando de un trazado en herradura al más ensanchado de abanico, abierta a un horizonte de vastos espacios por donde desaparecen las naves viajeras, una ciudad del mar (como Venecia, ¡pero qué diferente!), una ciudad donde el Heerengracht, por ejemplo, despliega las cornisas de sus hermosas casas, y donde la plaza del Dam, dominada por el Ayuntamiento, se colorea con la nota pintoresca del Albergue de las Naciones y se abre a la difusión de las noticias de todo el mundo recogidas en la *Gazette de Hollande*.

Durante el siglo XVI la vía empieza a adoptar su aspecto moderno. La vemos entrar, en Francia, en la era monárquica, convirtiéndose en una de sus construcciones

características, al igual que las vías romanas en tiempos del poder de Roma. Bajo el reinado de Enrique II aparecen los pavimentos y los alcorques de los árboles. Además, ciertos perfeccionamientos hacen que los vehículos sean más prácticos y se difunda su uso. Las carrozas a la italiana o los carruajes desplazan aquí y allá su pesada estructura sobre la vía y esta debe adaptarse a su circulación. También aparecen servicios de transporte colectivo entre diversas localidades. La gente viaja. La ciudad, que en el fondo es un fenómeno del camino, no puede dejar de notar los efectos de esta animación viaria. De hecho el siglo XVI señala, en términos generales, un giro en su evolución. El extranjero deposita en ella el germen del porvenir.

Sully y Colbert dejan en las carreteras su vigorosa huella. Colbert cuenta con la ayuda de intendentes cuya obra será perfeccionada en el siglo XVIII por el Cuerpo de Ingenieros de Puentes y Caminos. En 1687 Mme. de Sévigné escribe:

Es extraordinario, la belleza de los caminos no se detiene ni un solo momento. Hay paseos y avenidas por todas partes, todas las montañas han sido allanadas, la calle infernal se ha convertido en un camino paradisíaco. Dicen que el camino al paraíso es estrecho y laborioso, pero no es cierto, porque este es ancho, agradable y delicioso. Los intendentes han hecho auténticas maravillas.

En unos tiempos en que se hace efectiva la centralización monárquica se crea el sistema de carreteras francés, con París como centro. Un sistema de este tipo manifiesta e incrementa la potencia de irradiación de la capital regia. Es la expresión de un nuevo orden urbano instaurado por el Estado centralizado. El mapa de Cassini, del siglo XVIII, es una maravillosa herramienta para situar la ciudad dentro de la red de carreteras. Hay que añadir la *Liste générale des postes de France*, publicada anualmente a partir de 1708 y hasta mediados del siglo XIX, así como el *Indicateur fidèle* de Michel y Desnos, cuyas ediciones se suceden desde 1764 hasta 1785, y que forma un atlas de mapas de carreteras muy útil para conocer las comunicaciones entre varias ciudades.

Ya se puede calcular el tiempo necesario para ir de un lado a otro, y ello contribuye a precisar la acción de la carretera sobre la ciudad. La reducción de dicho tiempo o, dicho de otro modo, la aceleración de los medios de transporte, deben ser observados desde un mismo punto de vista. Incluso puede levantarse un mapa con este propósito, tomando como modelo, por ejemplo, el mapa incluido en el *Album de statistique graphique* del Ministerio de Obras Públicas, del año 1900. La velocidad es variable, según se trate de grandes carreteras que llevan desde París hasta las fronteras y que están reservadas a las diligencias o de otro tipo de carreteras. Así, en el siglo XVIII la duración del viaje de París a Mézières en diligencia y de París a Montdidier en un vehículo distinto era la misma, es decir, dos días. Ello ofrece un medio para establecer, en un momento dado, una jerarquía de las vías de tránsito en relación con la ciudad a la que sirven.

Del mismo modo las ciudades, al acercarse entre ellas como consecuencia de los progresos realizados en los modos de transporte, ven sus acciones y reacciones recíprocas

modificarse. Para darse cuenta de las distintas relaciones que hay que establecer tanto entre los centros urbanos y los territorios intermediarios, basta con comparar el ferrocarril con la diligencia, la cual, hacia finales del siglo XVIII, en verano, tardaba un día en ir de París a Ruán; de París a Burdeos, seis días; y de París a Aix-en-Provence, once días. ¿Y qué decir de las comunicaciones telefónicas, que eliminan todas las distancias? ¿Cómo no iban a tener, para las ciudades, unos efectos distintos de los producidos por los viejos vínculos viarios? Si se trataba de mercancías, en el siglo XVIII los transportistas necesitaban unos quince días para llevarlas de Lyon a París.

En Francia, la red organizada de las vías de agua se remonta también al siglo XVII. El primer canal construido entre dos cuencas fluviales, el canal de Briare, que une el Loira con el Sena, data de 1642. Se conciben grandes sistemas y luego se llevan a cabo a lo largo del tiempo. Se realiza un gran esfuerzo de coordinación nacional, una interpenetración general, que trata la vía de agua como si fuese una vía terrestre y basándose en esto adquiere parte de su carácter la ciudad francesa de la era monárquica, inaugurada por el Renacimiento. En esas vías fluviales, sigamos la estela de las barcas cargadas de mercancías, de las embarcaciones arrastradas por caballos sobre cuyas cubiertas destaca la silueta de los viajeros y dirijámonos con ellos al puerto al que la ciudad fluvial tiene vinculada su vida incluso más que a las puertas de la muralla, puntos de penetración urbana de las vías terrestres. También en este caso el viaje es largo: las embarcaciones arrastradas por caballos, que en el siglo XVII cubrían el servicio entre Sens y París, parten de la primera el martes a las nueve de la mañana para llegar el jueves a las cinco de la tarde a París, de donde vuelven a partir el sábado a las nueve de la mañana, para no llegar a Sens hasta el martes a las nueve de la mañana. De ese modo la vida sigue un ritmo lento, y la ciudad, en términos generales, refleja ese estado de cosas.

En el inmenso mar, sigamos la estela de las naves viajeras que trazan el gran camino mundial, en el que Londres, después de Ámsterdam en el siglo XVII, alcanza en el siglo XVIII un particular auge. En la parte de Gran Bretaña más próxima al continente y, por consiguiente, más accesible a la circulación general, una vía romana que cruza el Támesis, a la altura del puente de Londres, hace surgir, en su orilla izquierda, en una zona apartada de los bajos niveles pantanosos y, además, productora de agua potable, la ciudad de Londres, al pie de la cual un grupo de barcos genera la animación de un puerto, en el punto por donde pasa la carretera, cuna de la aglomeración urbana. De inmediato, el elemento mercantil caracteriza a esta ciudad. Se trata de un mercado alimentado por el mar, el río y la tierra firme. En esta misma orilla, al oeste, cerca de una abadía, el castillo de Westminster es la residencia del Rey, de modo que se convierte en el núcleo de una población local y queda unido a la ciudad por la carretera del Strand, a lo largo de la cual la presencia de la morada regia impulsa la construcción allí de viviendas de personajes de la corte. En la orilla derecha, un arrabal, Southwark, va formándose en las proximidades del puente.

El puerto, que se beneficia de la subida de la marea remontada por el Támesis, explica el carácter del viejo núcleo, donde se alza, desde finales del siglo XII, el Guildhall. Sus relaciones con Flandes, adonde exporta la lana inglesa y de donde le llega el paño,

vincula el puerto a la extensa economía de intercambio de las ferias de Champagne y de Brie, además de abrirse al comercio alemán, normando y de la región de Burdeos. El siglo xv asiste a la actividad de los *Merchant Adventurers*¹ y al estrechamiento de los lazos con Amberes. A principios del siglo xvi las manufacturas textiles inglesas sustituyeron, en el gran comercio mundial, a las de Flandes. Durante este siglo las primeras compañías que comerciaban con lejanos países contribuyeron a desarrollar todavía más la actividad del puerto que era, esencialmente, Londres.

Un plano de Londres del siglo xvi nos muestra el único puente, la City con sus murallas, la zona al este de esta última y la situada al sur del Támesis, ambas apenas formadas; en la dirección de Westminster solo están habitados los márgenes del Strand y es visible la encrucijada de caminos de Charing Cross; huellas de parcelación del terreno aparecen sobre la orilla izquierda, junto al puente de donde parte un gran camino que se dirige al norte. En el siglo xvii el West End acentúa el carácter que le confirió en sus inicios la cercana presencia del palacio real: se presenta como la zona del lujo, de la elegancia y de la vida mundana. En 1666 un viajero francés elogia «la plaza del Jardín Común», situada en el barrio de Westminster, comparándola con la parisina Place des Vosges, que en aquella época era el marco de la sociedad elegante de la capital francesa. También describe «el paseo del Cours», que tiene lugar en Hyde Park, aunque le gusta más el Cours-la-Reine en París. Siguiendo con las comparaciones, añade:

A veces bajamos [de la carroza], de regreso, en St. James, que hace las veces de las Tullerías.

En esta zona occidental, donde los *parks* extienden su suntuoso manto de vegetación, las propiedades señoriales se transforman en agradables moradas, agrupadas, sobre todo, en torno a las *squares* y destinadas a satisfacer las necesidades de vivienda de la ciudad en crecimiento, mientras que, en el lado opuesto, en la misma orilla izquierda, el East End se extiende con su fisonomía humilde y mísera de suburbio en las proximidades del puerto, y donde habitan marineros y obreros. De ese modo se ponen de manifiesto los contrastes económicos producidos por la gran vía de intercambios en una ciudad que le debe su crecimiento. De todos modos, el acta de navegación de 1651 favorece el considerable desarrollo de la marina inglesa y el papel marítimo de Londres se amplifica todavía más. Al llegar a esta ciudad tras haber remontado el Támesis, «solo se ven, a ambos lados —esto está escrito en 1666— atarazanas y el hormigueo de los carpinteros que construyen los barcos».

En septiembre de ese mismo año, un terrible incendio se extiende por toda la ciudad, que había sido construida con madera, y destruye cuatro quintas partes de la misma. Christopher Wren diseña entonces un plan de reconstrucción según los principios del urbanismo clásico. Pero, como suele ocurrir en estos casos, las huellas del pasado hicieron que se restableciera en su casi totalidad la red viaria precedente. Llegada con retraso a la explotación colonial, Inglaterra se disponía a fundar, en el siglo xviii, inmediatamente después de sus guerras con Francia, su inmenso imperio de ultramar. De este modo Londres se convierte, durante ese siglo, en la metrópoli del mundo. La creación en 1694 del Banco de

1. *Merchant Adventurers*: nombre que recibieron varias compañías de comercio a larga distancia del siglo xv y xvi en Inglaterra. (N. del E.)

Inglaterra señala el inicio del predominio financiero de la ciudad en detrimento de Ámsterdam. La *City* se convierte en una potencia mundial: un comerciante de la *City* exhibe el mismo orgullo que un ciudadano romano. La anglomanía que tiñe la vida de París en tiempos de Luis XVI es un rayo de la gloria inglesa. Y esta se despliega por el puerto de Londres, bajo el viejo puente, un puerto inmenso, como escribe Grosley en 1770, y que

[...] debido a la prodigiosa afluencia de navíos de todas clases que atracan o que parten sin cesar hacia todos los rincones del universo y debido a la cantidad de hombres empleados al servicio de dichas embarcaciones, forma una ciudad de grandes dimensiones.

A finales de siglo se construyen los *docks* para almacenar las mercancías llegadas de distintos continentes y que de ahí son exportadas a todas partes. Una ciudad que es el depósito del mundo, un gran centro de distribución comercial: así se nos presenta Londres a través de las brumas del Támesis.

En 1750 se construye un nuevo puente, el de Westminster. Seguirán otros entre 1815 y 1820 para multiplicar los puntos de paso de una orilla a otra. La Revolución y el Imperio, que alzaron Inglaterra contra Francia, también engrandecieron el poder inglés. La anglomanía vuelve a aparecer en el París de la Restauración y de Luis Felipe. Por lo demás, la revolución industrial, que se inicia en Inglaterra hacia finales del siglo XVIII, sitúa especialmente a este país en una posición avanzada respecto a los demás. Londres mantiene su hegemonía comercial, que no empezará a ser igualada hasta finales del siglo XIX, momento en que otros puertos entran en escena. Así, la historia de esta ciudad se resume, desde el principio hasta al final, como una historia de rutas, aunque vinculada a la historia del poder inglés. Se ha dicho con razón —y esta cita podría aplicarse también a París—:

«Londres es algo más que un producto de la geografía: es un compendio de Inglaterra y el resumen de su civilización».

Podemos hacernos una idea de su prodigiosa fuerza de expansión si observamos que el núcleo originario, la *City*, ocupa apenas una milla cuadrada de superficie, mientras que, en 1907, el *Metropolitan London* (el área metropolitana) ocupa 700 millas cuadradas, con siete millones de habitantes.

En el siglo XIX volvemos a encontrar la carretera en su función más fecunda desde el punto de vista urbano. En Francia aparece con la jerarquía que le impone el primer Imperio, que conviene analizar para el conocimiento de las relaciones viarias entre las ciudades: carreteras imperiales y carreteras departamentales, a las que se añadirá, a partir de 1833, la red vecinal, que ramificará hasta lo más profundo del campo la acción de la vía de paso. Durante la primera mitad del siglo la red de canales ha crecido en más de tres mil kilómetros. Se viaja con mayor rapidez: mientras que en 1788, la diligencia tardaba dos días en ir de París a Troyes, en 1826 solo tarda diecinueve horas y en 1848, quince. También se viaja más: en los vehículos públicos, el impuesto del diezmo sobre el precio de los billetes, que

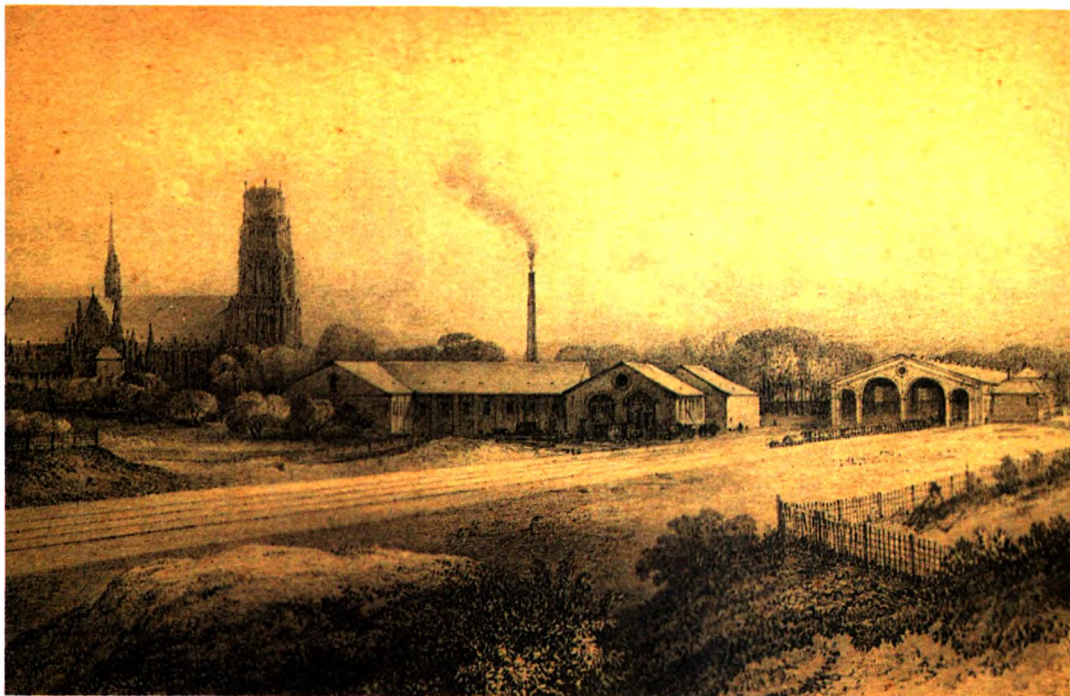
en los inicios de la Restauración representaba unos dos millones de francos, recauda 5.600.000 en 1829 y 9.500.000 en 1846. Así pues, hay un mayor movimiento de idas y venidas en relación a la ciudad.

Pero los ferrocarriles hacen su aparición y señalan una fecha fundamental en la evolución urbana. París, que ya era el centro del sistema viario se convierte en 1842 en el centro de la red ferroviaria y con ello crece todavía más. Mientras algunas ciudades alcanzan su mayor desarrollo gracias a esta nueva vía de tránsito, para otras ciudades, en cambio, será la causa de su declive. Así, Dijon, situada en el recorrido de una de las grandes líneas, se beneficiará sensiblemente, mientras que Besançon, asentada en una posición alejada, sufrirá las consecuencias. Resumido brevemente: el mapa de los ferrocarriles sirve para explicar el destino de las ciudades sobre las que dichas vías férreas actúan, debido a la intensidad misma de su corriente de circulación, de modo más potente aún que las vías ordinarias. Se abren nuevas salidas a la actividad económica. La gran industria acentúa sus huellas sobre el carácter y la fisonomía de la ciudad. Se produce más y se consume más. El comercio se desarrolla. El bienestar se expande. Se establecen unos vínculos humanos que no habían existido con anterioridad. Puede distinguirse una economía más vasta que aquella cuyo marco era la nación. El campo se acerca a la ciudad y tiende a reinar una cierta uniformidad de vida. Las proporciones de las cosas se amplifican: basta con considerar lo que representan en relación con el pasado, en orden de magnitud, las compañías de ferrocarriles. Existe una tendencia generalizada a la concentración. El siglo ha encontrado un dueño: la máquina, que alimenta los ferrocarriles e introduce en la fábrica el zumbido de las colmenas. El éxodo hacia la ciudad principal crece desmesuradamente y, mientras esta se engrandece, la ciudad pequeña, desprovista a causa de los ferrocarriles de la función económica que cumplía entre el campo y la ciudad importante, se va extinguiendo lentamente. Más tarde, cuando la gran ciudad ya ha crecido de forma considerable, el ferrocarril actúa para descongestionarla y favorece el éxodo de los ciudadanos hacia la periferia. Así pues, con relación a la ciudad, al movimiento centrípeto originario le sigue un movimiento centrífugo.

¿Significa esto que los raíles lo han hecho todo? Ciertamente no. Su acción se combina con la de otros factores que precisamente han suministrado su alimento al ferrocarril. Todo está relacionado con todo en la existencia de una ciudad. La sustancia económica, es decir, el producto de la tierra, de la mina o de la fábrica, el objeto que sale del taller del fabricante e incluso las materias primas llegadas desde lejos y tratadas en el lugar o bien exportadas de nuevo, en otras palabras, la actividad industrial y comercial propia de una ciudad, los movimientos de negocios de la misma, así como la actividad en general, sea del orden que sea, todo ello hace que los raíles sean eficaces. El hecho de que la gente del campo vaya a instalarse a la ciudad no se debe simplemente a su existencia. Se debe al mismo tiempo al hecho de que una doble fuerza actúa sobre ellos: una fuerza que los aparta del campo y otra fuerza que los empuja hacia la ciudad a causa de las condiciones de vida que imperan en uno u otro sitio. A propósito de los ferrocarriles, basta con decir que existe una acción y una reacción: si los recursos que ofrece un emplazamiento urbano o bien un marco geográfico son determinantes, la vía férrea los desarrolla de una forma especial. Por



11



12

11 Ferrocarril de París a Saint-Germain, 1837. (Grabado de la época.)
El tren partía de la estación construida cerca de la Place de l'Europe y recorría en media hora el trayecto de París a Pecq, sin detenerse en estaciones secundarias. El precio de los billetes era de 1 franco y medio y de un franco. Desde Pecq, un ómnibus llevaba el pasaje a Saint-Germain por veinticinco céntimos el billete.

12 Estación de ferrocarril, en Orleans, a mediados del siglo XIX.
(Litografía de la época.)

lo demás, debemos constatar que la vía férrea, con su sola presencia, ha hecho surgir ciudades en territorios nuevos, como ha ocurrido en Canadá.

Tampoco será inútil observar que, si en alguna ocasión una vía férrea ha violentado la naturaleza y le ha impuesto, por ejemplo, trazados como los del San Gotardo o del Simplón, en otros casos se ha adaptado a la dirección de los grandes caminos que antaño habían canalizado el paso de unos seres humanos muy distintos de los que viajan en vagones. Éste es el caso de la línea férrea que va de París a Nimes, que, al cruzarse con la que va de Lyon a Burdeos, ha contribuido eficazmente a la prosperidad de Clermont-Ferrand, asentada en el punto de cruce y coincidente con la dirección de una vía principal de peregrinación. Algunos antiguos caminos de Santiago se han transformado en vías férreas, como el que va de Nimes a Tolosa por Montpellier, Béziers, Narbona y Carcasona, o el que va de París a Burdeos por Orleans y Poitiers.

La implantación de los ferrocarriles ha llevado a un desplazamiento de la circulación, sin que podamos afirmar que los ferrocarriles hayan destruido las carreteras. A este respecto hay que distinguir aquellas carreteras que discurren paralelamente a la vía férrea y aquellas otras que siguen trazados radiales hacia las estaciones. Las primeras, por lo menos hasta el momento en que el automóvil empieza a expandirse, han sufrido la competencia del ferrocarril, mientras que las segundas, por el contrario, han conservado su vitalidad.

A partir de este momento la estación participa como punto vital en la ciudad. ¿No es cierto que la ciudad se vincula al resto del mundo a través de la estación? ¿No es cierto que a través de la estación se introduce en el organismo urbano el fermento extranjero, germen de evolución? La estación desempeña el papel de la antigua puerta de ciudad, aunque de una forma muy superior. Con el mismo estatuto que el río en la ciudad fluvial de antaño, la estación es la «madre nutricia». Aprovechona la ciudad con objetos de consumo de todas clases, le trae noticias, le aporta los elementos de su vida intelectual o moral, es el gran aliento exterior que la tonifica. Ese paisaje de hierro y humo en el que se enmarca el estrépito de los trenes es el fondo sobre el que se dibuja el progreso. Si la estación se encuentra a cierta distancia de la ciudad, pronto la ciudad irá a unirse a ella. La avenida de la estación constituye una de las características de la ciudad contemporánea. A menudo se presenta, como ocurre en Montluçon, como un lugar de paseo para la población. Bellas calles, como el Boulevard de Strasbourg en París, se prolongan en el eje de la estación, formando de este modo el fondo de un cuadro urbano según los cánones del arte barroco y al igual que la Intendencia, por ejemplo, en la ciudad de provincias del siglo XVIII, o de otro edificio semejante de la época clásica. Esta asimilación representa por sí sola una enseñanza. Del mismo modo que antaño la puerta de la ciudad dio lugar al suburbio, la estación forma un núcleo de población: hoteles, restaurantes, cafeterías, etcétera, encuentran ahí su territorio predilecto.

El ferrocarril ha desplazado las corrientes de circulación en la ciudad; ha adormecido las carreteras que vivificaban los barrios a los que accedían; ha dado a las antiguas puertas de las murallas el aspecto apagado del pasado; ha hecho desaparecer o ha transformado las industrias locales o ciertos comercios promovidos por la actividad viaria de otros tiempos. Nunca se dará suficiente importancia a la implantación del ferrocarril en aquellas

ciudades cuya evolución estudiamos. Hay que señalar las condiciones de dicho establecimiento, los motivos y los efectos del trazado de la primera línea y de las que la han seguido, la situación de la estación en relación con la ciudad, los motivos que han llevado a elegir dicha situación, la competencia entre barrios suscitada por este hecho, la aceleración de la velocidad de los trenes, el movimiento de viajeros y de mercancías.

El vapor ha influido también en las vías de agua. En los Estados Unidos, la navegación fluvial a vapor representa una etapa de la evolución urbana de aquel país. En cuanto a la vía marítima, solo podemos percibir los efectos que sobre ella ha ejercido los progresos de la técnica si observamos que, hacia finales del siglo XVIII, Franklin tardó cuarenta y dos días en ir de América a Europa mientras que, hacia 1830, bastaba con veinticuatro días de promedio para ir en velero de Nueva York a Inglaterra, y en la actualidad, gracias a los grandes transatlánticos a vapor, puede realizarse la travesía en menos de una semana. De todos modos, el empleo del vapor en los transportes marítimos y fluviales no ha tenido consecuencias tan enormes para las ciudades en general como las causadas por los ferrocarriles: la vía y su punto de contacto con la aglomeración urbana no han sufrido desplazamientos radicales como en el caso del ferrocarril.

Por el contrario, lo que nos ofrece esencialmente la vía que surcan las audaces embarcaciones por la inmensidad del mar, es eso que podemos llamar «la ciudad al final del camino», es decir, el florecimiento de las ciudades al final de ese camino cuya acción se deja notar directamente a través de todo un continente. Los Estados Unidos y Canadá nos muestran el papel urbano de la vía marítima. Debemos partir de la explotación colonial de este continente tras la apertura del Atlántico a las naves de los conquistadores. También debemos tener presente el continuo movimiento migratorio desde Europa hacia Norteamérica. Surgen unas ciudades-colonias que nos recuerdan las que los griegos fundaron a orillas del Ponto Euxino, en Sicilia y en la Italia meridional. Las vemos surgir en la costa americana del Atlántico, donde se forman, en el siglo XVII, colonias inglesas que, tras conquistar su independencia en 1783, se organizan en una federación de trece estados. En 1790 solo cuatro ciudades de dichos estados superan la cifra de 10.000 habitantes y, entre ellas, las más importantes son Boston y Filadelfia. Esta última, que entonces era la capital de los Estados Unidos y la más poblada, con 42.000 habitantes, fue fundada en 1682 siguiendo el tipo de trazado en damero, entre la desembocadura del Schuylkill y el Delaware, y a principios del siglo XVIII parece haber tenido ya cerca de 12.000 habitantes. En 1920 contaba con 1.823.000. En Massachusetts, la proporción de la población urbana en relación con la población rural era del tres por ciento a finales del siglo XVIII.

Este periodo marca el inicio de la expansión americana al oeste de los montes Alleghany, hacia el Misisipi. Las ciudades fluviales situadas en el interior del continente empiezan a perfilarse aquí y allá en aquella inmensa extensión y su destino está estrechamente vinculado a los cursos de agua que las han atraído hacia sus orillas. Este es el caso de Cincinnati, bañada por el Ohio, que fue fundada en 1787. También es el caso de Louisville, asentada en un lugar donde el río del mismo nombre forma unos rápidos, lo que de hecho significa bien un punto de llegada o bien un punto de partida para la navegación y predes-

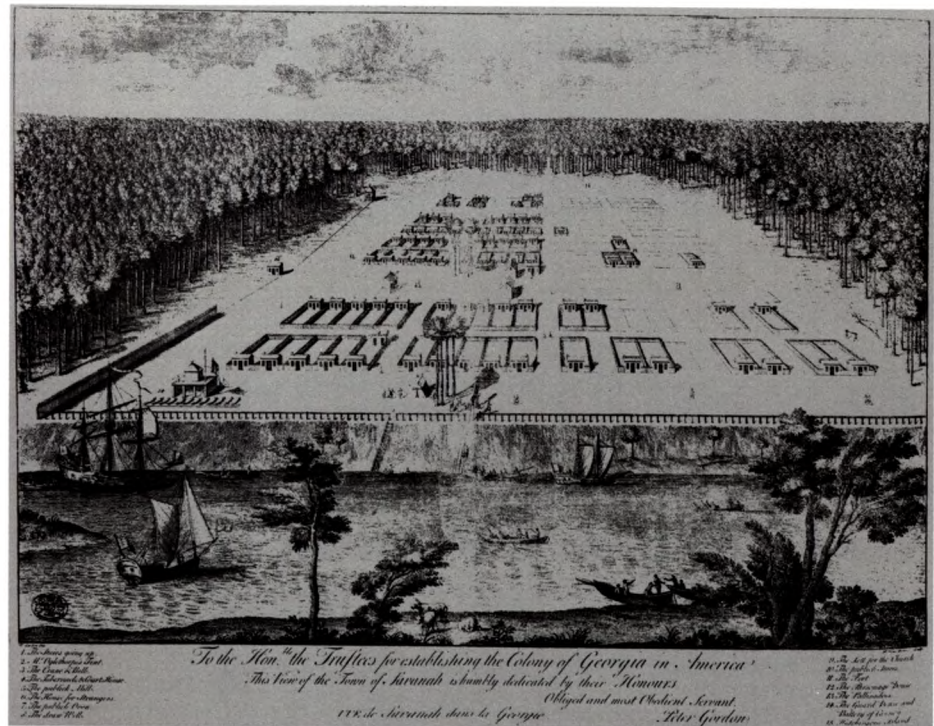
tina en consecuencia la localidad para un papel comercial. Louisville tuvo su origen en un fuerte asociado a una aldea. Más tarde, en 1778, se convirtió en *town*; a partir de 1811 se benefició de la navegación fluvial a vapor y finalmente, a partir de 1870, añadió a su carácter de centro de comercio el de gran ciudad industrial. En el punto donde se forma el río Ohio a partir de la confluencia de dos afluentes se encuentra Pittsburgh, la gigantesca ciudad metalúrgica que en sus inicios, a mediados del siglo XVIII, se nos muestra con el aspecto de un fuerte en cuyas proximidades se agrupan algunas viviendas. Podemos añadir otras ciudades surgidas de los afluentes del Ohio, como Nashville, en el Cumberland River, que desemboca en el Ohio un poco antes de la confluencia de este con el Misisipi. Nashville, centro natural de distribución comercial, nace durante el invierno de 1779 a 1780 formando en primer lugar un *borough* (municipio) para convertirse en 1789 en un *town*.

El Misisipi nos ofrece, en su desembocadura, la ciudad de Nueva Orleans y, hacia la mitad de su curso, San Luis, situada cerca de la confluencia con el gran afluente situado a la derecha, el Misuri, de modo que gracias a ello goza de una admirable posición central. En San Luis los orígenes de la colonización se remontan al año 1763. En 1780 contaba con un centenar de casas de piedra y unos 800 habitantes, casi todos franceses. La ciudad pasó por distintas etapas. La primera se caracteriza por el comercio de peletería, que predomina hasta mediados del siglo XIX. Hacia el año 1822 San Luis empieza a beneficiarse de sus relaciones comerciales con Santa Fe, asentada junto a las Montañas Rocosas y vinculada al gran comercio con México. Otra etapa de su evolución urbana viene marcada por la navegación a vapor, que a partir de 1817 llega a Nueva Orleans y que, entre 1830 y 1860, marca el destino de San Luis. Una tercera etapa se corresponde con la implantación de los ferrocarriles, cuya competencia provoca, a partir de 1865, un rápido declive de la navegación a vapor. Así, la explotación de la situación geográfica de la ciudad varía en función de los progresos de la ciencia aplicados a los medios de transporte. San Luis se adapta a las nuevas condiciones de existencia y entra en la era del desarrollo industrial, que precedió, aquí como en otras partes, al desarrollo comercial. En 1903, veintitrés grandes líneas de ferrocarriles vivificaron esta ciudad. En 1920 tenía 773.000 habitantes.

Dirijamos ahora nuestra atención hacia la parte norte de la cuenca del Misisipi: veremos entrar en escena las ciudades de esas otras vías de paso que son los lagos. En la orilla sudeste del lago Erie, junto al lago Ontario, se encuentra Búfalo, que, por un lado, constituye el punto de llegada, al este, de un sistema de vías navegables de una longitud de 1.610 kilómetros y, por el otro, señala el extremo occidental de una vasta depresión que se extiende en dirección al Atlántico. Esta ciudad, fundada a principios del siglo XIX, tenía, hacia el año 1865, 100.000 habitantes; en 1900 tenía 352.000, y en 1920, 506.000. A partir de 1912 llegaban a ella diecisiete líneas de ferrocarriles. Ciudad almacén, Búfalo drenaba hacia el este los inmensos recursos de la región de los Grandes Lagos, siendo el principal puerto para el trigo. En la orilla meridional del lago Erie se encuentra Cleveland, un gran mercado de hierro, un gran centro industrial, con 797.000 habitantes en 1920. Detroit se encuentra en las orillas del Detroit River, en el lugar en que este desemboca en el pequeño lago Saint Clair que el propio río une con el lago Erie, al sur, y con el lago Hurón, al norte. El origen



13



14

13 Nacimiento de Nueva York. (Grabado del siglo xvii.)

14 Creación de la ciudad de Savannah, en Georgia, Estados Unidos, 1733. (Grabado de la época.)

de la ciudad es el fuerte que construyó allí el francés Antoine de La Motte-Cadillac en 1701. En 1828, la apertura de una carretera desde Detroit hasta el lago Hurón determinó el desarrollo de esta ciudad, que tenía 2.227 habitantes en 1812 y 994.000 en 1920. La industria y su carácter de mercado agrícola incentivaron el crecimiento.

En el despertar de la región de los Grandes Lagos a la vida urbana existen varias etapas: una de ellas viene marcada por la navegación a vapor que en esta región se introduce en 1818; otra corresponde a la apertura, en 1825, del canal del Erie, que enlaza este lago, próximo a Búfalo, con Nueva York a través del río Hudson. Este canal hizo perder el predominio de Filadelfia y favoreció la grandeza de Nueva York, que se convirtió en la gigantesca puerta de acceso al continente americano, abierta a los Grandes Lagos y al Misisipi. La preponderancia de esta ciudad se afirma entre 1825 y 1850. Con la puesta en marcha de los ferrocarriles, las ciudades rivales tomaron, al parecer, cierta ventaja sobre ella: desde hacía algunos años, Boston y Filadelfia ya estaban unidas por el nuevo modelo de transporte, la primera con el Hudson y la segunda con el Ohio, cuando la vía férrea enlazó, en 1851, Nueva York con Albany. Pero pocos años después se realizó una unión parecida entre Nueva York y Búfalo. Más tarde, una convergencia de líneas ferroviarias empezó a servir los intereses de este gran puerto del Atlántico: de 33.000 habitantes que Nueva York tenía en 1790, pasó a tener 5.620.000 en 1920. Las barreras fluviales, es decir, el Hudson River y el East River, contribuyeron a la congestión urbana. Pero la ciudad se desbordó más allá. Al puente de Brooklyn, empezado en 1872 y terminado en 1883, le siguieron algunos otros sobre el East River. En 1915 existen cuatro túneles por debajo de este curso de agua y tres más bajo el Hudson. Hoboken, Jersey City y Newark (con 39.000 habitantes en 1850 y 414.000 en 1920) y Paterson forman, al oeste del Hudson, una prolongación de Nueva York.

Las consecuencias de la apertura del canal del Erie se hacen sentir, en la región de los Grandes Lagos, con el inicio del desarrollo de Búfalo y el nacimiento de otras ciudades. Es el caso de Chicago, en 1830, sobre la orilla sur del lago Michigan, en estrecha dependencia con la gran vía de los Grandes Lagos y en una admirable posición, en el centro de la inmensa llanura americana, tan rica en productos. Así, esta ciudad aparece en 1908 en contacto con veintisiete líneas ferroviarias y en 1920 cuenta con 2.702.000 habitantes. En 1833 nace Grand Rapids, entre los lagos Erie y Hurón al este y el lago Michigan al oeste, como consecuencia del movimiento de inmigración determinado por la apertura del canal del Erie. Su primera fase fue agrícola y más tarde, en 1848, entra en la época industrial a la espera de que en 1858 intervengan los ferrocarriles. En 1834 surge Milwaukee, en la orilla occidental del lago Michigan, en la desembocadura del río Milwaukee. Su auge comercial, debido al puerto, se produce en 1859. La población, que en 1850 era de 20.000 habitantes, en 1920 había alcanzado la cifra de 457.000. Su situación en una región agrícola favoreció especialmente la industria cervecera. Podemos identificar otras ciudades de la zona de los lagos: Racine, en la desembocadura del río Root, en el lago Michigan, fue fundada en 1843 e inicia su actividad industrial en 1853; Oskosh, en la desembocadura del río Wolf, en un pequeño lago situado al oeste del lago Michigan, fue fundada en 1850.

Duluth y Superior se alzan una frente a la otra, en el extremo occidental del lago Superior. Emergieron repentinamente como consecuencia del descubrimiento, en Minnesota, de unas importantes minas de hierro cuya apertura se produjo en 1884. De este modo estas dos ciudades se convirtieron en grandes emporios del mineral de hierro que llegaba hasta ellas en el ferrocarril y luego era transportado en barco hasta las fábricas del este por la vía de los Grandes Lagos: es esta gran vía, unida a la explotación minera del suelo, la causante de su fortuna. Duluth, una pequeña aglomeración surgida de una estación de tramperos que había atraído el comercio de pieles, ve como su población crece, pasando de algunos miles de habitantes a 33.000 en 1890, 53.000 en 1900, 78.000 en 1910 y 98.000 en 1920. En 1912 se contabilizan allí catorce líneas de ferrocarril. Su accidentado emplazamiento es menos favorable al desarrollo urbano que el de Superior, que se extiende por una llanura. Pero el puerto, que es excelente y tiene una enorme capacidad, se encuentra más cerca de las minas. Así, Duluth, en la rivalidad que se ha creado entre ella y Superior, lleva ventaja respecto a esta última, que en 1910 solo tenía 40.384 habitantes y 39.671 en 1920. Su prosperidad, así establecida, tiende a extenderse al campo comercial, en función del desarrollo del Oeste americano. Es más, el mineral que se trabaja in situ le abre el horizonte de un porvenir industrial. El destino de Duluth sigue dependiendo de su posición en esta arteria maestra de la comunicación humana que forma el conjunto de los Grandes Lagos. Superior, que también goza de un buen puerto, data de 1853; en 1913, la mitad de su industria estaba dedicada a la fabricación de harinas.

A este mismo conjunto pertenecen las ciudades gemelas de Minneapolis y San Pablo, en el curso alto del Misisipi. La primera debe su desarrollo a las cataratas de San Antonio, junto a las cuales se encuentran agrupados los molinos que transforman en harinas los cereales de las fértiles tierras de cultivo de esta región. El suelo y el camino explican las ciudades de la colonización americana. De forma semejante, podemos observar este hecho más al oeste, en la región comprendida entre el Misisipi y las Montañas Rocosas. Ahí, la progresiva urbanización se manifiesta especialmente en las ciudades situadas en el Misuri, como Omaha, San José y Kansas City. El destino de esta última está vinculado al pronunciado recodo, orientado de norte a este, que el Misuri hace en este lugar y que obliga a que el tráfico hacia el sudoeste, en especial del gran comercio con México a través de Santa Fe, abandone la vía fluvial y tome la vía terrestre: de ahí el desarrollo de Kansas City, asentada en el punto de unión de ambos modos de transporte y que, además, se vio beneficiada por su situación en la confluencia de los ríos Kansas y Misuri. Cuando los ferrocarriles causaron la decadencia de la navegación a vapor, la ciudad se convirtió en un nudo ferroviario: hoy es un centro del comercio agrícola. Su población, que era de 56.000 habitantes en 1880, ha alcanzado en 1920 la cifra de 324.000.

La ciudad, al final del camino, se extiende indefinidamente hacia el oeste. Si observamos la posición sucesiva de los centros de población, la industria y la producción de maíz y trigo en los Estados Unidos entre 1850 y 1900, veremos que todos estos centros se han desplazado desde el este hacia el oeste, aunque en grados distintos. El centro de población del país, que en 1790 se encontraba a unos 37 kilómetros al este de Baltimore, en 1900

se encontraba en Indiana. En 1790 todas las ciudades importantes se encontraban en la costa del Atlántico, mientras que en 1840, de los diez centros más grandes, ocho se encontraban sobre el Atlántico y dos en los ríos del interior, a la espera de que se afirmaran económicamente los Grandes Lagos y, finalmente, el Pacífico.

A través del estudio de la ciudad asentada al final de la gran vía del Atlántico hemos alcanzado el occidente americano. Ahora debemos prestar atención a la parte de México, así como al territorio comprendido entre las Montañas Rocosas y el Pacífico. Ahí, la acción urbana en estrecha conexión a los Estados Unidos se pone de manifiesto a mitad del siglo XIX.

El oro fue descubierto en 1848 en California, un poco más tarde en Colorado y, posteriormente, en Montana. También las minas de plata se pusieron al alcance de los hombres. De ahí las ciudades de los metales preciosos, las que surgieron a partir de una explotación minera y cuyo destino está vinculado al refinado del metal, como son los casos de Pueblo, en Colorado, o Tucson, en Arizona, ciudades que, desde Denver hasta el Pacífico, aparecen como centros de distribución. A esta última categoría pertenecen Stockton y Sacramento, al este de San Francisco, fundadas hacia 1850 y que, tras haber atravesado un período de excepcional crecimiento vinculado a la fiebre del oro, una vez superada esta se pudieron mantener gracias al elemento de sustitución que fueron para ellas la explotación de los recursos agrícolas de la región.

Denver, en Colorado, forma parte de la misma categoría de ciudades. Se remonta al año 1832, pero en realidad debe su vida al oro que convirtió una humilde agrupación de unas pocas casas en una auténtica ciudad. El año 1858 marca el inicio de su desarrollo. En esta época fue fundada Auraria, una localidad con la que Denver se fusiona en 1860. La aglomeración resultante cuenta entonces con 4.789 habitantes; cuarenta años más tarde, es decir, en 1900, alcanza los 133.000 para pasar en 1910 a 213.000, en 1920 a 256.000 y según el censo de 30 de junio de 1924, a 276.000. En 1902 se incorporan a ella algunas *towns* suburbanas y se constituye la *City and County of Denver*, que representa uno de los mayores territorios urbanos de los Estados Unidos. Basada en el desarrollo de las minas de Colorado, la prosperidad de Denver está también vinculada a los recursos de una región agrícola. Esta ciudad se convierte, para el oeste americano, en un nudo ferroviario.

El gran mercado del que forman parte estos centros de distribución es San Francisco, nacida en 1835, que a partir de 1841 albergó una sucursal de la *Hudson Bay Company*. Esta localidad debe su crecimiento al descubrimiento de oro en California. En 1848 tenía un millar de habitantes y en 1852 pasó a tener 34.000. Se benefició de una fuerte corriente migratoria al mismo tiempo que sacaba provecho de su emplazamiento, que la predestinó para la función de gran plaza comercial. Pero, proyectada hacia el mar, San Francisco sufrió los efectos de su alejamiento respecto al continente cuando este último fue vivificado por el ferrocarril el cual, por el contrario, favoreció a Oakland, situada en la orilla oriental de la bahía. Una parte del comercio con el oeste, del que San Francisco era la salida natural, sufrió, como consecuencia del establecimiento de las vías férreas transcontinentales, un desvío hacia la costa del Atlántico, donde la navegación a vapor intervino para asegurar la

continuación del gran recorrido de la distribución comercial. En 1920 San Francisco contaba con 506.000 almas, frente a las 416.000 que contabilizaba en 1910. Con fecha del 31 de diciembre de 1923, la población se estimaba en 543.000 habitantes.

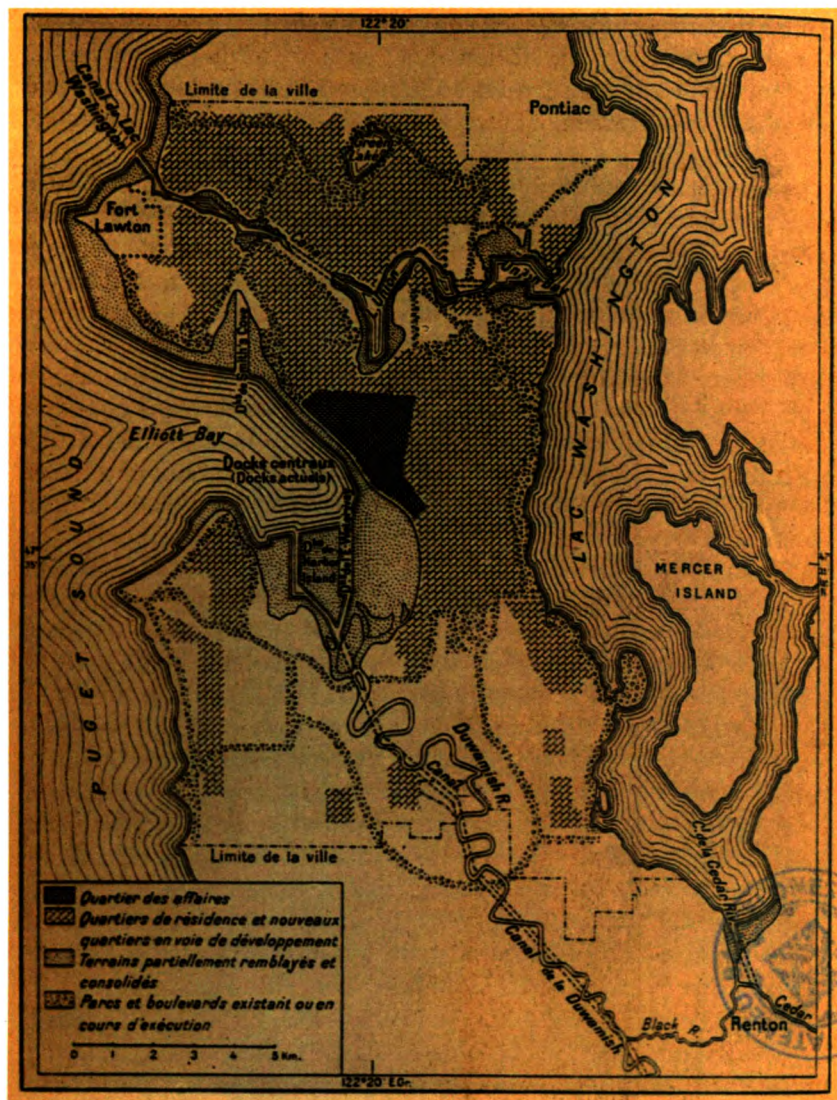
Algunas ciudades nacen porque son etapas del camino de los emigrantes que se dirigen hacia el país del oro, California, cuyo atractivo resplandor se expande por todas partes. ¿Acaso en mayo de 1849 no existían en París una quincena de compañías creadas para facilitar el viaje de los emigrantes? Ese espejismo del metal precioso que ya en el siglo XVI había dorado las olas del Atlántico pone de nuevo en movimiento una marea humana sobre la vía marítima. Ciudades enteras se extinguen o se transforman, únicamente a causa del oro. Astoria, Tacoma, Oakland, San Diego, Los Ángeles, Santa Fe, Colorado Springs fueron centros de negocios que dependían de las minas de oro, o bien eran favorecidas por ellas. Los Ángeles tiene por origen un poblado indio, elegido en 1777 por el gobernador español como centro de abastecimiento. El núcleo urbano, fundado en 1781, fue elevado al rango de *city* en 1851, en los tiempos del oro. Al principio el desarrollo se produjo sobre una base agrícola, pero estaba situada en un cruce de vías comerciales por lo que se convirtió en un centro de distribución que servía a una vasta región. En 1869 el ferrocarril la vinculó a su puerto, San Pedro, uno de los mejores del Pacífico, que fue así anexionado a la ciudad, la cual se benefició además, por no hablar de otros factores favorables, del ferrocarril transcontinental, que eligió Los Ángeles como punto de llegada. Su población ha pasado de 102.000 habitantes en 1900 a 576.000 en 1920, es decir, en veinte años ha aumentado casi el 600 por ciento.

Monterrey se encuentra en la costa del Pacífico. Fundada en 1770, fue la capital de California en la época de los españoles y también en los inicios de la anexión americana; pero el descubrimiento de las minas de oro en 1848 provocó el abandono casi total de la población que en 1890 solo era de 1.600 habitantes. He aquí también, hacia 1860, Colorado, la ciudad de oro que desaparece cuando dejan de encontrar el precioso metal aunque resurge en 1874 a consecuencia del descubrimiento de plomo argentífero con el nombre de Leadville, que en 1880 contaba con 15.000 habitantes. Y he aquí Virginia City, en la parte de Nevada más próxima a California: creada en 1858, en un territorio rico en minas de plata; en 1877 se contabilizan, teniendo también en cuenta dos aglomeraciones vecinas, 21.000 almas. Esta cifra se reduce a 15.000 en 1880, y a menos de 3.000 en 1900. Este declive fue causado por el cese de la producción minera y por la falta de nuevos factores que pudieran sustituirla en la economía de la ciudad. Placerville y Eldorado son otros ejemplos de ciudades que surgieron de la tierra con los productos de la mina para luego derrumbarse junto a las esperanzas de los hombres.

Es el transitar del hombre el que hace surgir, en 1829, el primer establecimiento de colonización en el estado de Montana: Fort Union, a orillas del Misuri, próximo a la confluencia con el Yellowstone River. Le siguieron otros fuertes construidos a lo largo de los ríos. Más tarde, el descubrimiento de oro y plata en el territorio de Virginia City y de Helena favorece de modo particular el desarrollo de esta última ciudad, como también le sucederá posteriormente a Butte, localidad situada entre las dos ciudades precedentes. Butte surge en

1863 o en 1864, en los inicios de la explotación minera, como un campamento provisional. En 1870 la población era de 241 habitantes; en 1880 ya tenía 3.360 mientras que Helena contaba con 3.600. Con la llegada del ferrocarril entre 1880 y 1890, ambas localidades ven triplicarse la población. Durante la década siguiente la población de Butte sigue aumentando en la misma proporción, y en 1900 alcanza la cifra de 30.000 habitantes. Este incremento se debe especialmente a la producción de cobre, que pasa al primer rango de la actividad minera de este lugar, mientras que el oro y la plata solo ocupan una posición secundaria. En esta misma década, Helena, que hasta entonces se mantenía en cabeza, sufre una pérdida de población del veintidós por ciento, consecuencia del declive de las minas de oro y plata, fuente primera de su prosperidad. El 15 de abril de 1910 en Butte se contabilizaban 39.165 habitantes, mientras que el 1 de enero de 1920 tenía 41.611. Es un ejemplo de ciudad que lo debe todo a las minas. Y este ejemplo es típico en la medida en que el lugar en sí mismo no es favorable al hábitat: no hay agua, no existe terreno agrícola, tampoco existen vías naturales de comunicación. Sin embargo, la importancia de la ciudad la ha convertido en un nudo ferroviario. Hacia el año 1910, entre la media docena de ciudades de más de 10.000 habitantes que había en el estado de Montana, dos de ellas, además de Helena y Butte, debían su origen a las minas o a las fundiciones de productos mineros, mientras que las otras dos eran centros agrícolas. Ahora bien, Butte superaba de largo a las demás puesto que, en 1910, la que viene inmediatamente después en número de habitantes, Helena, solo tiene 12.500. Su preeminencia también queda demostrada por el hecho de que, sobre la suma de 64.754.000 dólares en que está valorada la producción de metales del estado de Montana durante el año 1912, 60.540.000 dólares corresponden a la producción de Butte.

La explotación de Alaska, que es especialmente rica en oro y que los Estados Unidos compraron a Rusia en 1867, está vinculada a la valorización de un magnífico emplazamiento comercial en las orillas del Pacífico, cerca de la frontera con Canadá: el Puget Sound, con una bahía profunda y bien protegida. Algunas ciudades, como Seattle o Tacoma y también Vancouver —esta última en Canadá— han ejercido la función de centros de distribución del oro de Alaska. Así, San Francisco vio disputado el lugar que ocupaba en el Pacífico, el mar de la era contemporánea. Alaska no tuvo una importancia efectiva en la producción de oro hasta después de 1890 y al principio San Francisco fue para ella el puerto de enlace por el que llegaban hombres y provisiones. Seattle, mucho más próxima, entró en escena para sustituir a San Francisco en ese papel en 1896. Ahora bien, a partir de 1883, fecha en la que Puget Sound se había convertido en el punto de llegada de un ferrocarril transcontinental, Seattle y su vecina Tacoma, situadas en la orilla oriental de esta bahía, en la terminal de la nueva vía férrea, vieron abrirse ante sí un brillante destino: la gigantesca vía de comunicación les otorgaba una enorme ventaja puesto que su emplazamiento era, de todos los Estados Unidos, el menos alejado por mar del oriente asiático. Puget Sound se presenta desde entonces como un nudo de enlace entre estos dos extremos opuestos del Pacífico: en 1896 se crea la primera línea regular de transatlánticos entre Seattle y Japón. Seattle se ha apoderado de la importación de la seda en bruto, que hasta entonces había beneficiado a San Francisco, y se abre a la exportación, más allá del Pacífico, de objetos de hierro, maquina-



15

15 Plano de Seattle en 1912. Tomado de F. Herbette, «Ports américains du Nord-Ouest», en *Annales de Géographie*, Armand Colin, 1913.

ria, algodón en bruto, trigo y harinas. En 1912 surge la rivalidad entre Seattle y Tacoma, con unas características comerciales bien definidas: la primera domina en las importaciones extranjeras y el comercio marítimo nacional y la segunda ejerce un papel principal en la exportación al exterior. Seattle gana la partida en la explotación de las vastas posibilidades de Alaska, cuyos recursos mineros de todas clases, por no hablar de la pesca, constituyen, tanto para esta ciudad como para Tacoma, valiosos elementos de desarrollo comercial e industrial y, por consiguiente, urbano. Nada es más expresivo que el ascenso de la población en estas ciudades: Seattle pasa de 1.107 habitantes en 1870 a 42.837 en 1890, 80.671 en 1900, 237.194 en 1910 y 315.312 en 1920. En estos mismos intervalos de tiempo, Tacoma pasa de 73 habitantes a 26.006, 37.714, 83.743 y, finalmente, a 96.965 habitantes.

Portland, en el sur, está asentada cerca de la confluencia del Willamette con el Columbia River. En 1870 contabilizaba 8.293 habitantes, en 1890 tenía 46.385, en 1900, 90.426, en 1910, 207.214 y en 1920, 258.288. Es una ciudad de navegación fluvial que empezó a prosperar como tal. Más tarde sufrió la competencia de la vía férrea transcontinental, que provocó una inflexión en su desarrollo al atraer hacia el Puget Sound y hacia el este una parte del tráfico que la había favorecido. De todos modos, Portland quedó a su vez emplazada junto a una de estas grandes vías férreas, aunque su situación, a este respecto, era inferior a la del Puget Sound, que en 1913 era abastecido por tres líneas transcontinentales, por no hablar de una cuarta línea en proyecto, mientras que por Portland solo pasaban dos líneas tras seguir el curso del Columbia River. Aun así, los recursos naturales de la región en trigo, ganado y madera contrarrestaban esta situación viaria desfavorable, convirtiendo a Portland en un centro de comercio y también industrial gracias a los molinos de harina y de papel y los aserraderos que el Willamette jamás dejó de atraer a sus orillas. En 1912, el movimiento de negocios en esta ciudad está un poco por debajo del de Seattle.

Podemos hacernos una idea del empuje urbano de los Estados Unidos si comparamos los resultados de dos censos, por ejemplo, el de 1900 y el de 1910. En 1900 el país tiene diecisiete ciudades de más de 250.000 habitantes, repartidas —sin incluir Washington— en los siguientes grupos: cuatro ciudades en la zona del Atlántico, que son: Boston, Nueva York, Filadelfia y Baltimore; cuatro ciudades fluviales, que son: Pittsburgh y Cincinnati en el Ohio, y San Luis y Nueva Orleans en el Misisipi; siete ciudades en los lagos, que son: Búfalo y Cleveland en el lago Erie, Detroit entre el lago Erie y el lago Hurón, Chicago y Milwaukee en el lago Michigan, y Minneapolis y San Pablo vinculadas al lago Superior y una ciudad en el Pacífico: San Francisco. Entre todas estas ciudades solo tres se encuentran al oeste del Misisipi, y dos de ellas en las mismas orillas de este río: San Luis y Minneapolis: tan solo San Francisco se encuentra fuera de la cuenca del Atlántico.

En esta fecha, los Estados Unidos tenían veintiuna ciudades con poblaciones comprendidas entre 100.000 y 250.000 habitantes. Cuatro de ellas pueden considerarse dependientes de otras ciudades: Newark, Paterson y Jersey City, vinculadas, como consecuencia del fenómeno de la conurbación, a Nueva York, y Alleghany, incorporada a Pittsburgh. De las diecisiete ciudades restantes, tres se encuentran en la costa del Atlántico: Providence, Fall River y New Haven, y otras dos, Worcester y Scranton —esta última fundada sobre la

base de la explotación del carbón en Pensilvania— pertenecen a esta misma zona, mientras que siete son fluviales: Louisville en el Ohio, Omaha, San José y Kansas City en el Misuri, Memphis en el Misisipi, Indianápolis y Columbus en los afluentes del Ohio. Tres de ellas están vinculadas a los lagos: Rochester, a escasa distancia de la orilla meridional del lago Ontario, Toledo, en el extremo occidental del lago Erie, y Siracusa, al este de Rochester, en el canal del Erie. Finalmente, dos ciudades se encuentran en el radio de acción del Pacífico: Los Ángeles y Denver.

En 1910 existían en los Estados Unidos tres ciudades de más de un millón de habitantes, dos de las cuales, Nueva York y Filadelfia, están en la zona del Atlántico y una, Chicago, en la región de los lagos. Había siete ciudades de más de 500.000 habitantes, de las cuales dos, Boston y Baltimore, están en la zona del Atlántico, dos más, San Luis y Pittsburgh, en los ríos, y tres más, Cleveland, Minneápolis y San Pablo, vinculadas a los lagos. Entre las ciudades compuestas, es decir, formadas por el fenómeno de la conurbación, tres están en la zona del Atlántico: Nueva York, que, junto a Hoboken, Jersey City y Newark, comprende cinco millones y medio de habitantes; Boston, que, junto a Cambridge, Somerville, Chelsea y Brooklyn contabiliza 913.000 almas; y Filadelfia, con Camden. Seis de estas ciudades están emplazadas a ambas orillas del río: San Luis, con San Luis Este, que se añade a las tres precedentes para formar las cuatro ciudades compuestas más importantes de los Estados Unidos, Pittsburgh-Alleghany, Cincinnati, Louisville, Omaha y Kansas City; y dos están vinculadas a los lagos: Minneápolis-San Pablo y Duluth-Superior. Y finalmente una, Oakland, junto a Berkeley y Alameda, se encuentra en la costa del Pacífico.

Según este mismo censo de 1910, las ciudades que más se desarrollaron se encuentran en la zona del Pacífico: entre 1890 y 1910 Los Ángeles pasa de 50.000 a 319.000 habitantes; Oakland, incluidas sus dos ciudades satélite, pasa de 65.000 a 214.000; Portland, de 46.000 a 207.000; Spokane, de 20.000 a 104.000; Seattle, de 43.000 a 237.000. Por debajo de estas ciudades existen otras que se pueden considerar en crecimiento: en la zona del Atlántico, Bridgeport, Worcester, New Haven, Scranton, Richmond, Paterson, Fall River y Providence; a lo largo de los ríos, Columbus, Dayton, Indianápolis, Kansas City, Omaha y Nashville; en la región de los lagos, Cleveland, Minneápolis y San Pablo, Detroit, Rochester, Siracusa y Grand Rapids; y en la zona del Pacífico, Denver. A la misma categoría pertenecen Birmingham, en Alabama, que debe a los recursos mineros locales su desarrollo como centro metalúrgico; y Atlanta, capital de Georgia, nudo de vías ferroviarias, que confluyen en ella para rodear los Montes Apalaches, lo que le ha valido el calificativo de *gate city* (ciudad-puerta). Una categoría especial incluye las ciudades con un desarrollo irregular, es decir, que presentan un crecimiento inferior en una década que en la precedente: las que están sobre los ríos —Pittsburgh, Cincinnati, Louisville, Memphis y Nueva Orleans— y en los lagos —Chicago, Milwaukee, Toledo, Duluth y Superior—. De todos modos, estas cinco ciudades han crecido, entre 1900 y 1910, más que las precedentes.

En resumen: en el período comprendido entre 1900 y 1910 siete ciudades del Pacífico ganaron, de promedio, un 193 por ciento; cuatro ciudades del *New South* ganaron un 99 por ciento; quince ciudades de la parte interior del norte, entre los lagos y los ríos, un

45 por ciento; cinco ciudades llamadas «de los lagos», un 30 por ciento; once ciudades del Atlántico septentrional, un 23 por ciento; cinco ciudades de los ríos del interior, un 16 por ciento; San Francisco, Baltimore y Washington, un 19 por ciento, y Albany, capital del estado de Nueva York, solo ganó un 6 por ciento. Durante el mismo período, Londres crece un 10 por ciento, París y Berlín un 12 por ciento, Viena un 22 por ciento, Budapest un 37 por ciento y Sydney, en Australia, un 27 por ciento.

Volvemos a encontrar la ciudad a lo largo de la vía de paso en Canadá. Esta vía es el río San Lorenzo que, en su confluencia con el río Ottawa, nos presenta Montreal, cabeza de la navegación por este gran río y metrópoli comercial de Canadá. Son importantes, además, los Grandes Lagos, vía por excelencia del comercio de pieles, al final de la cual Toronto, situada en el extremo occidental del lago Ontario, inicia su destino urbano. Y también lo es el ferrocarril, que, de manera muy especial en este gran país, ha dado origen a muchas ciudades. Si buscamos en Canadá los trazados de agrimensura para la colonización —trazado que en los Estados Unidos hizo surgir por ejemplo el damero de Filadelfia en medio de la cuadrícula de Pensilvania— lo encontraremos a finales del siglo XVIII en las *townships* que surgen a lo largo de los ríos y de los lagos navegables. Éstos son los primeros grandes caminos que han atraído a los colonos hacia sus orillas. Formaban espacios abiertos en medio de la oscura masa de los bosques que cubrían extensiones inmensas. La ruta nacía con la división del terreno en parcelas cuyo límite frontal servía para dibujarlas; las familias, para estar más próximas entre ellas, se instalaban todas en el mismo lado de las parcelas, de forma que las casas resultaban al fin dispuestas a lo largo de la ruta, según una modalidad de agrupación que podemos percibir también en la Edad Media francesa.

El método de parcelación propiamente dicho recuerda al que se utilizaba en la época romana y ha quedado descrito en los tratados de los *agrimensores*. En el caso de Canadá, uno de estos tratados es el *Manuel d'instructions pour l'arpentage des terres fédérales*, cuya primera edición es de 1871. De ese modo se expresan unas necesidades comunes: a las mismas causas les corresponden los mismos efectos. Canadá se inspira en los Estados Unidos, donde, en 1785, el Congreso, siguiendo la propuesta de Thomas Jefferson, propuso la parcelación en forma de gigantesco damero del territorio situado al norte y al oeste del río Ohio. Tras el establecimiento del *Canadian Pacific Railway*, las tierras en la Columbia Británica fueron deslindadas a una distancia de veinte millas a cada lado de la vía férrea. Las compañías de los ferrocarriles son las que eligen con frecuencia el emplazamiento de las nuevas ciudades.

Por lo que respecta a la creación de nuevas ciudades, el *Manual of instructions for the survey of Dominion Lands* (novena edición, 1918) contiene las instrucciones siguientes:

El emplazamiento de una ciudad está formado por la subdivisión en solares urbanos, en parcelas ordinarias de tierra. En un territorio no sometido todavía a un deslinde, la tierra deberá ser fraccionada del modo habitual antes de emprender el trazado de la ciudad. En un terreno llano, las calles y avenidas se cruzarán, por lo general, en ángulo recto. Como regla general, no deben medir menos de 66 pies de anchura. Las calles y las avenidas principales pueden ser más anchas,

si el tráfico previsto así lo exige. Si se supone que el terreno adyacente será subdividido más tarde, se deberá trazar, como punto de referencia para una futura ampliación, la mitad de una calle o un callejón a lo largo de los límites urbanos. Cuando la parte de suelo que debe subdividirse en solares urbanos es contiguo a un lugar ya subdividido de este modo, se deberá prolongar en la nueva parte urbana un número suficiente de calles de la parcelación preexistente evitando en la medida de lo posible cualquier obstáculo. La dirección de las calles y las avenidas deberá adecuarse a la configuración natural del terreno, de modo que las avenidas se trazarán en la dirección que, supuestamente, corresponde al tráfico principal. Excepto en casos especiales, la distancia entre las calles adyacentes no deberá superar los 500 pies. Cuando se trata del emplazamiento de una ciudad asentada en la orilla de un curso de agua navegable, existe la posibilidad de trazar, a lo largo de la orilla, una avenida o una calle de una anchura excepcional, de donde partirán las demás avenidas o calles. Los solares urbanos medirán 66 x 99 pies o bien 50 x 120 pies o más. Las dimensiones deberán adaptarse al terreno o a las necesidades específicas. Es conveniente que las parcelas sean más estrechas en aquella parte de la ciudad destinada a los negocios que en el resto de la ciudad o en la parte reservada a las viviendas. Cuando las parcelas midan 65 pies de anchura o menos, habrá que disponer un acceso en la parte trasera de cada una de ellas por medio de un callejón cuya anchura no deberá ser inferior a 20 pies. Un *block* urbano o, dicho de otro modo, una manzana de casas es el espacio comprendido entre dos calles o dos avenidas adyacentes. Las manzanas estarán numeradas en sucesión regular, de modo que cada una de ellas tendrá un número especial o un signo distintivo. En una manzana, las parcelas también estarán numeradas en sucesión regular. El método para trazar una ciudad deberá adaptarse a las circunstancias. A este respecto, algunas provincias tienen una reglamentación especial a la que hay que prestar atención.

La ciudad se desarrolla por fragmentos sobre la base de la unidad de parcelación adoptada originariamente. Un mismo sistema de deslinde se aplica a la tierra destinada a los cultivos y a la ciudad que se va a construir, tal como lo entrevemos ya, según parece, en Thuria, en el mundo griego, en el año 443 a.C., o tal como se practicaba en una *bastide* de la Edad Media. Así se disponen y se agrupan, en una cantidad mayor o menor, las viviendas de los hombres, a lo largo de las vías naturales o artificiales de las rutas surgidas a partir de la parcelación del suelo cultivable o de las que generan dicha parcelación. Los distintos recursos que ofrece la tierra, explotada por el ingenio humano, constituyen el germen que hace nacer la ciudad. En los países nuevos, como los Estados Unidos o Canadá, la ciudad es la manifestación más evidente de la potencia del hombre, dominador de la tierra. Tomemos como ejemplo la *United States Steel Corporation*, que se propone construir nuevas fábricas; a este propósito elige un vasto emplazamiento en el campo, con unas condiciones favorables de acceso a un centro importante y, al mismo tiempo que construye sus fábricas, edifica una ciudad para uso de los obreros y de aquella población que no cesará de añadirse a ellos. De ese modo crea en Canadá, en la provincia de Ontario, cerca de Windsor y de Sandwich, la ciudad de Ojibway, concebida con todos los servicios necesarios para las funciones urbanas y que no escapa a la lepra de los despieces desordenados del terreno de su entorno que constituye la excrecencia malsana que sufren demasiadas ciudades.

Especialmente en Canadá, el ferrocarril actúa como creador o propulsor de ciudades. Ciudades como Winnipeg, Edmonton o Vancouver han recibido su influencia. Winnipeg, en el centro de Canadá, cerca de la frontera con los Estados Unidos, tiene su origen en un fuerte que a principios del siglo XIX era utilizado como base de operaciones de la *Hudson Bay Company*. En 1871 tenía 241 habitantes; en 1881 la población pasó a ser de 7.985; en 1891 era de 25.639; en 1901, de 42.340; y en 1911, de 136.035. Winnipeg debe su desarrollo a los ferrocarriles. Vancouver, situada en la orilla del Pacífico, fue fundada en 1885 y se estableció como estación término del *Canadian Pacific Railway*. El *Northern Pacific Railway* también finaliza en Vancouver. En 1891 contabilizaba 13.709 habitantes, en 1901, 27.010 y en 1911, 100.401. En cuanto a Edmonton, en la provincia de Alberta, aparece por primera vez en el censo de 1901, donde se presenta con 2.626 habitantes, frente a los 24.900 que contabiliza en 1911.

A más de ochocientos kilómetros al norte de Vancouver, siempre en la costa del Pacífico, frente a las islas de la Reina Carlota, se encuentra Prince Rupert, llamada así en memoria del primer presidente de la *Hudson Bay Company* bajo el reinado de Carlos I, y punto terminal occidental del *Great Trunk Pacific Railway*. En 1908 solo había bosques en estos lugares. Una compañía y el Gobierno de la Columbia Británica eran los propietarios del lugar. Lo pusieron en venta. Entonces empezó la especulación con los terrenos (1909). En 1910, la aglomeración que surge se convierte en municipio. En 1913, de 11.000 parcelas, cada una de las cuales medía alrededor de unos 240 m², se había vendido 6.300 a un precio que oscilaba entre los 75 y los 5.000 dólares. La ciudad contaba en aquella época con unos 6.000 habitantes y ya tenía un gran hotel de quince plantas. Había sido creada para desempeñar diversas funciones: ser la estación término del ferrocarril transcontinental y al mismo tiempo abrir un nuevo puerto en el Pacífico, el más próximo al Oriente asiático de todo el Canadá; formar un mercado de productos de la pesca, que al parecer era muy importante en estas aguas y constituir un centro de explotación forestal; en otras palabras, convertirse en una *saw-dust and salmon town* y, finalmente, constituir un centro de atracción turística. Para la ciudad en formación aparecen también otras fuentes de prosperidad en la extensión del cultivo de cereales y en las riquezas mineras del subsuelo. Se prevé que una aglomeración de este tipo se extenderá por los valles gracias a la explotación de los recursos hidráulicos existentes en ellos. En 1914 se formó otro núcleo habitado en Port Edward, a unos trece kilómetros al sur de Prince Rupert. El canal de Panamá, gracias a la nueva vía de comunicación que ha abierto, es susceptible de influir favorablemente sobre el destino de Prince Rupert, mientras que algunos nuevos trazados de vías ferroviarias pueden, sin embargo, perjudicarla. Sin duda, la ciudad de tránsito está a merced de los cambios en las direcciones de las vías de comunicación, unos cambios que son más frecuentes en nuestro tiempo que en la antigüedad, debido a la propia naturaleza de los medios de transporte actuales.

De este modo, hemos podido ver el papel que juega en el auge urbano del Nuevo Mundo esta nueva forma de gran vía de circulación que es el ferrocarril transcontinental, un gigantesco camino rodante que prolonga a través de los Estados Unidos o de Canadá, la inmensa ruta del Atlántico abierta a partir del siglo XVI a la expansión europea, genera-

triz de ciudades lejanas. Hemos partido de las épocas más remotas y tras seguir la larga ruta de las caravanas asiáticas que transportaban, a través del valle del Éufrates, los productos de la India hacia el Mediterráneo hemos observado la activa vida urbana en las orillas de este mar; hemos observado las ciudades minoicas y micénicas en la radiante aurora de la civilización griega; hemos entrevisto el nido desde el que esos atrevidos comerciantes que eran los fenicios iniciaban su audaz vuelo por encima de las atrayentes olas y hemos observado el enjambre de sus embarcaciones dispersándose sobre las azules aguas, animando los puertos de Mileto donde velaba el león amenazante; hemos contemplado las formas armoniosas de la ciudad griega recortándose sobre la luz violeta ante el sonriente mar; hemos estudiado las ciudades-colonias sembradas por Grecia como flores humanas en estas bendecidas orillas, las líneas monumentales y la áurea apariencia de las ciudades helenísticas; Cartago en el orgullo de su dominio marítimo y finalmente Roma la victoriosa, Roma y su majestuoso poder que irradia a lo lejos como el resplandor del sol. Tras haber considerado en estas mismas orillas otras aglomeraciones que la invasión sarracena tiñe con un reflejo oriental, hemos vuelto nuestra mirada de Venecia, que reviste de púrpura su poder naciente, a Pisa y Génova; tras haber examinado, en los dos extremos del eje comercial de las ferias de Champagne y de Brie, las ciudades de Italia septentrional y de Flandes, hemos asistido, en el siglo XIV, al despertar de la ruta del Atlántico, al que Amberes, Lisboa y Sevilla en el siglo XVI, Ámsterdam en el siglo XVII y Londres en el siglo XVIII deben su auge; y finalmente, captamos, en la época contemporánea, este camino en su plena acción urbana y comprendemos todavía mejor esta acción ligada por medio del Transcontinental a aquella que ejerce otro mar, el Pacífico, hacia el que se orientan los nuevos destinos de las ciudades.

En el otro extremo del Pacífico, Japón, que entró en la órbita del progreso europeo a raíz de la apertura, en 1854, de algunos de sus puertos a los barcos extranjeros, pone de manifiesto los efectos de su maravillosa transformación. En su suelo las ciudades han recibido un empuje con una peculiar fuerza de crecimiento, especialmente en las dos llanuras meridionales surcadas por cursos de agua, encerradas dentro del conjunto de este país montañoso. Ahí se encuentra Tokio, un pueblo sencillo llamado Yedo a finales del siglo XVI. En el siglo XIX esta localidad desempeñó un papel importante en las relaciones de Japón con el extranjero. En 1868 se convirtió en la capital del país. En 1913 su población era de más de dos millones de habitantes y su actividad comercial, intensa. Esta vasta aglomeración presenta las características, esencialmente iguales en todas partes, de la gran ciudad moderna. En efecto, la ciudad de nuestro tiempo tiende a adquirir, a causa de las aplicaciones generalizadas de la ciencia, una fisonomía uniforme. Los progresos científicos tienen como consecuencia una uniformidad general de la vida y una disminución de las distancias que están llevando a la humanidad hacia un internacionalismo que marca cronológicamente la última etapa de la evolución urbana.

Yokohama, Kobé, Osaka, son puertas que abren Japón, transformado por el fermento extranjero que le aportó la gran vía marítima, al mundo contemporáneo surgido del progreso científico. Se trata de grandes puertos: Yokohama, que se beneficia de la proximidad de Tokio, es además, junto a la capital, la salida marítima de la parte interior del país. En 1913

era una ciudad de casi 400.000 habitantes; era, sobre todo, un puerto exportador, especialmente de seda y además un importante centro de negocios y un nudo de ferrocarriles, de los cuales el más antiguo, fechado en 1872 y que unía Yokohama y Tokio, señala el inicio de esta modalidad de transporte en el país. Kobé es una ciudad nueva, con un magnífico puerto, centro del comercio de importación sobre todo de materias primas para las industrias de la parte interior del país. Kobé se desarrolló a partir de 1867, fecha en la que Hiogo, su vecina y hoy convertida en uno de sus barrios, se abrió al comercio extranjero. En 1913 Kobé contabilizaba 442.000 habitantes. En cuanto a Osaka, asentada a unos treinta kilómetros al este de Kobé, era en esta misma fecha una ciudad de 1.395.000 habitantes, un centro industrial a la europea, en contraste con el antiguo núcleo japonés. Situada en la desembocadura del río Yodo, ejerce de puerto de Kioto, ciudad que cumple, en la parte occidental de Japón, la función de una capital. Presenta un trazado viario en damero y, en 1913, tenía una población de más de 500.000 almas. Nagoya, una ciudad industrial situada entre Kioto y Yokohama, tenía en esta misma fecha 452.000 habitantes, mientras que Nagasaki, situada en el extremo occidental de Japón, se presenta, con 161.000, como una ciudad marítima pero superada por otros puertos gracias los recursos de sus *hinterlands*.

Bajo el efecto de los progresos acumulados por la ciencia, el marco geográfico urbano se ensancha hasta el fin del mundo. Gracias a las facilidades siempre crecientes de los medios de comunicación, lo lejano, perdido en una bruma irreal, parece acercarse, dibujando unos contornos cada vez más claros. En 1838 se realiza el primer servicio regular de navegación a vapor entre Europa y los Estados Unidos: se trata de la línea marítima de Liverpool a Nueva York, establecida por la compañía Cunard. El primer cable transatlántico que une los dos continentes, desde Irlanda hasta Terranova, fue colocado en 1865. En 1902 se terminó el primer cable transpacífico, que unía Vancouver con Australia, cuando ya existían trece líneas telegráficas transatlánticas. Al año siguiente se inauguraba el cable americano que unía San Francisco con Manila, conectado, por otra parte, con Hong Kong, uno de los puntos de escala que la vieja China, reserva inmensa de recursos materiales y humanos, instala sobre ese gigantesco mar. Además, es posible llamar por teléfono desde Londres a Nueva York o a la isla de Cuba, o desde París a Buenos Aires.

En la maravillosa época en que vivimos, la ciencia hace funcionar el mundo con un mismo movimiento, cada vez más acelerado, en el que la ciudad se muestra como el órgano motor, ofreciendo, tras la variedad de los emplazamientos urbanos y junto a la exterioridad diversificada de las razas y los pueblos, un mismo mecanismo con el que expresar, en el orden de la civilización material, el progreso ilimitado. El humo de las fábricas, de los trenes y de los barcos, con sus penachos negros, recubre el cielo que nos había servido para explicar la ciudad de antaño, con algo semejante a un velo de luto, desgarrado aquí y allá por la luz fantasmagórica de la electricidad. Se esbozan unas formas todavía inciertas de la vida del mañana. El hilo de la tradición se escapa de las manos del hombre que busca inquieto cualquier cosa con que sustituir el vacío de su alma. Y, tanto en el plano moral como en el plano físico, la ciudad que aparece ante nuestros ojos, al final de este largo viaje a través del tiempo, es muy distinta de las aglomeraciones de otros tiempos.

Si examinamos algunas regiones distintas de las que acabamos de recorrer, sería fácil mostrar, por ejemplo, los efectos urbanos de la apertura del canal de Suez, en 1869. Dicho canal ha hecho surgir de nuevo, en beneficio de algunas ciudades y en perjuicio de otras, la antigua ruta que seguían los productos de la India para llegar, a través de Egipto, hasta el Mediterráneo, que ha recuperado así su papel de gran vía marítima entre Oriente y Occidente. De forma similar, el ferrocarril de Bagdad es adecuado para revitalizar las ciudades de Mesopotamia, Siria, Asia Menor y también Constantinopla, la cual, debido a su conexión con la red ferroviaria de Anatolia, representa el punto terminal occidental de esta.

Las vías se abren y nuevos destinos están reservados para la ciudad. Es el caso de la apertura del canal de Panamá, a la espera de un canal a nivel y más ancho, o del desdoblamiento del canal actual por medio de otro canal que atravesase Nicaragua. ¿No es verdad que una vía como esta, a lo largo de la cual ya en 1909 se desplegaban tres ferrocarriles transcontinentales ístmicos, deja entrever todo un porvenir urbano en estado de germinación? Las ciudades del golfo de México y, en particular, Nueva Orleans, que domina este vasto golfo, ¿no están llamadas a beneficiarse de ello? ¿No es cierto que el resultado debería ser un desplazamiento de las corrientes comerciales, un mayor rendimiento de las grandes líneas ferroviarias que van de norte a sur, en relación a dicho golfo y una disminución del tráfico transcontinental que va de este a oeste, todo ello en beneficio, o en detrimento, de ciertas ciudades?

En el estudio de la evolución urbana debemos proseguir tanto como sea posible el análisis de los fenómenos viarios. Existe la vía en sí misma y la explotación económica de la posición sobre dicha vía o del suelo de la región atravesada por esta. Algunas ciudades nacen o crecen con el paso de las corrientes de productos tales como los minerales, la hulla o el trigo, unas corrientes creadas por las vías naturales o artificiales. Si es cierto que existe una acción de la vía sobre la ciudad, también existe una reacción de la ciudad sobre la vía. La ciudad, ¿constituye el extremo de la vía o, por el contrario, no es más que una etapa o una estación en su recorrido? En otras palabras, ¿atrae hacia ella el conjunto de los movimientos viarios, o bien su posición intermediaria solo le otorga la ventaja de ser una puerta abierta en una ruta fugaz y el beneficio de unas migajas caídas del rico botín de ideas y de cosas transportadas en el proceso? Por lo demás, puede convertirse en un punto intermedio tras haber sido un punto terminal: eso es lo que ocurre cuando la vía ha sido prolongada. De forma similar, habrá que tener en cuenta la naturaleza del cruce de calles urbano. Este puede estar formado únicamente por vías terrestres, o puede estar formado a la vez por caminos terrestres y vías fluviales, o también puede ser el punto de encuentro de las líneas férreas transcontinentales, u otras, y las líneas marítimas. A la amplitud de la encrucijada corresponde la importancia de la ciudad. Y no me he referido a las rutas aéreas, que en la actualidad empiezan a desempeñar un papel que en el futuro será sin duda revolucionario, como lo fue el de los ferrocarriles.

La circulación es un fenómeno más complejo de lo que afirma Ratzel, que la interpreta como una consecuencia de la distribución desigual de los recursos terrestres por parte de la Naturaleza y, por consiguiente, solo ve en ella un movimiento destinado a equilibrar,

por medio del intercambio, dicha distribución. Esta definición solo puede aplicarse al carácter económico de la circulación, pero deja de lado eso que podemos llamar «la acción espiritual o moral de la vía», que no es menos importante, en sus efectos generales, que la acción material. De forma similar, nos equivocáramos si creyéramos, con Hettner, que la circulación general solo es un compuesto de circulaciones locales conectadas entre sí. Por el contrario, se presenta separada de la circulación local y con unos caracteres propios. Desde el punto de vista de la evolución urbana, es esta, la circulación general, la que juega un papel esencial. Lo extranjero, conducido por las grandes rutas, fue determinante para el auge de Brujas en el siglo XIV, de Ginebra en el siglo XV, de Amberes y Lyon en el siglo XVI, de Ámsterdam en el siglo XVII, y también para el nacimiento de Filadelfia en 1682, y para el conjunto del florecimiento urbano de los Estados Unidos y de Canadá, por no hablar de lo que le deben las ciudades del Japón contemporáneo.

EL LUGAR. LOS CAMBIOS QUE EXPERIMENTA. SUS EFECTOS SOBRE LA CIUDAD. EL ANÁLISIS DEL EMPLAZAMIENTO URBANO

El lugar es la porción de suelo que ocupa la ciudad. Junto con el marco geográfico, al que está estrechamente asociado, sirve para explicar dicha ciudad. Por ejemplo, un lugar elevado desde donde se dominan los estrechos: Troya, explicada por medio de su emplazamiento y de su marco geográfico, ambos interconectados. En otros casos solo uno de los dos elementos ha jugado un papel esencial. Así, el marco geográfico permitió que el hombre construyera Lyon a pesar de los inconvenientes del emplazamiento, consistentes en, por una parte, un escarpado y, por otra, un terreno bajo anegado de agua. Por el contrario, un sitio maravillosamente defensivo ha puesto en el mundo —se podría decir así— a Besançon. Una ciudad determinada puede desarrollarse a pesar de las condiciones desfavorables de su emplazamiento. Debemos buscar el motivo de dicho desarrollo en los elementos viarios del marco geográfico, tanto si son naturales como si han sido creados por el hombre o también en los recursos que ofrece el suelo de la región o, finalmente, en la intervención humana pura y simple. En cambio, otra ciudad, favorecida por su emplazamiento, no ha logrado sobrepasar el tamaño de una ciudad modesta. Esto es así porque el marco geográfico no ha suscitado en absoluto la explotación de las ventajas del sitio, o bien porque las circunstancias no han hecho surgir en este punto una iniciativa humana.

Entre las ventajas que puede ofrecer un emplazamiento urbano, las hay que son, en cierto modo, inherentes a dicho lugar, mientras que otras hay que saber explotarlas. A partir del momento en que algunos hombres se establecieron en la península del Doubs, cerrada por un monte y que se convirtió en Besançon, fue necesario construir en este lugar un puente para poder cruzar el río. Así, dicho puente atrajo hacia él las vías dando lugar a un punto clave en un curso de agua no navegable, vivificado por las idas y venidas. La formación de la aglomeración impuso la construcción de un puente que, por decirlo de alguna manera, ya estaba en el emplazamiento en estado germinal y que, a su vez, actuó sobre esta agrupación humana favoreciendo su desarrollo. Como podemos ver, el sitio puede marcar decisivamente el destino de una ciudad.

El estudio del emplazamiento de una ciudad es complejo. No solo se trata de un estudio de orden topográfico sino también de orden geológico y debe ir dirigido a una reconstrucción del estado original de los lugares. Estos, en efecto, han dejado de tener el aspecto que tuvieron cuando los hombres se instalaron en ellos. Pero, ¿de qué modo podemos recuperar el aspecto originario, cuando demasiado a menudo nos falta base para conocer con precisión el estado topográfico actual? En pocas ciudades francesas existe un plano

donde aparezcan las curvas de nivel del suelo urbano actual. Los planos directores del Ministerio de Defensa suministran dichas curvas en los alrededores de las ciudades representadas, pero de ningún modo para las ciudades propiamente dichas. Por lo tanto, ¿de qué modo podemos conocer el relieve del sitio originario? Por medio de los resultados de las excavaciones que permiten registrar, bajo el actual, el suelo virgen. Ahora bien, para lograrlo hace falta un servicio municipal que se tome la molestia de descubrir, con ocasión de los trabajos subterráneos, el nivel del suelo originario y luego registrarlo en un plano. El Ayuntamiento de París dispone de un servicio de este tipo, que publicó dos ediciones de un mapa del suelo natural de la ciudad, la primera de 1903 y la segunda de 1910. Sin embargo, se trata de un caso absolutamente excepcional y el investigador solo dispone de sus propios recursos para poder discernir, a través de las transformaciones sufridas a lo largo del tiempo, la configuración primitiva del emplazamiento urbano.

La naturaleza y los hombres han realizado cambios en dicho lugar originario a partir del momento en que este acogió a los primeros habitantes. Incluso sin la intervención directa del hombre, el emplazamiento sufre modificaciones debido al simple hecho del hábitat. El suelo se va agotando poco a poco como consecuencia del establecimiento de la vivienda humana. Las construcciones, los derribos y las reconstrucciones, así como los desechos de todas clases, dejan en el suelo originario una capa cada vez más gruesa que forma un terraplén. Con mayor motivo, los rasgos originales del lugar se modifican cuando el hombre interviene directamente con este propósito, allanando aquí un punto elevado o rellenando allí una depresión. En cuanto a la naturaleza, su papel a este respecto es lento pero no por ello menos real. Los ríos y sus afluentes modifican su curso, las desembocaduras fluviales se colmatan, el mar retrocede, un suelo pantanoso se va secando poco a poco y se vuelve útil para las cosechas o para el hábitat.

Bajo el efecto de la doble acción del hombre y la naturaleza, el paisaje cambia. El suelo bajo de la península lionesa y de la orilla izquierda del Ródano, situada frente a ella, donde se extendían los brazos de agua, forma hoy la sólida base sobre la que se asienta una gran ciudad. De modo similar, la parte occidental de la península de Besançon ha dejado de estar expuesta al río invasor. Las orillas pantanosas del Tíber al pie de las colinas romanas, se convirtieron en un suelo firme sobre el que Roma dejó la huella de su grandeza. Algunas islas, esparcidas por tal o cual curso de agua, han desaparecido, bien porque eran cúmulos de tierra inestable que en un momento dado fueron arrastrados por la corriente, bien porque el hombre las haya unido a una de las dos orillas o bien a una isla cercana. Los terraplenes, la construcción de muelles y puentes han dado a una orilla fluvial que en otro tiempo estuvo a flor de agua un aspecto dominante en relación con el río.

A través de la historia y de la obra de los hombres podemos investigar el aspecto originario de la Île de la Cité, la cuna de París. ¿Puede alguien imaginar la superposición de escombros en este suelo histórico? El año 52 a.C. el jefe galo Camulogeno, atacado por Labieno, mandó quemar la pequeña fortaleza que era dicha isla, sobre la que pronto fueron construyéndose viviendas, para formar finalmente, en la baja época romana, una nueva ciudad que fue destruida en su mayor parte por un incendio en el 585 d.C. De ahí que se llevara

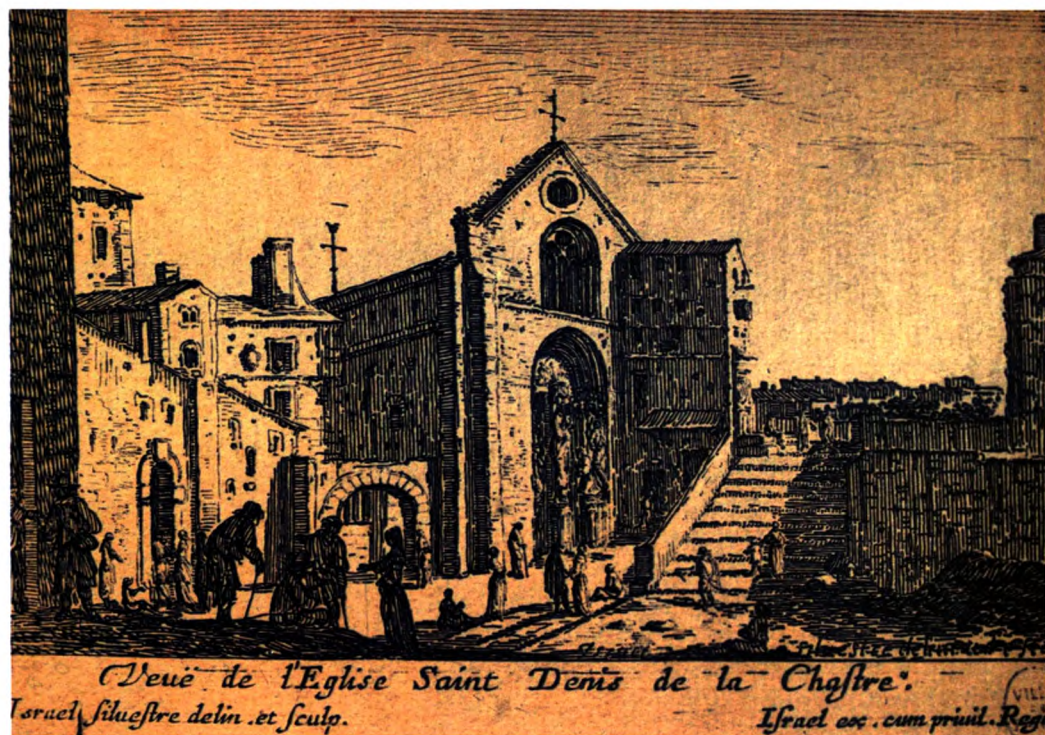
a cabo una nueva reconstrucción. Así, en esta última fecha aparecen ya una serie de niveles superpuestos de viviendas. Los depósitos situados por debajo del estrato del incendio del año 585 no tienen en ningún punto menos de 80 centímetros de grosor y en algunos puntos alcanza los dos metros. Antes de la construcción del Quai de l'Horloge, que es de principios del siglo XVII, el Palais tenía a sus pies un arenal pantanoso en el que un pequeño brazo del Sena recortaba una línea sinuosa y desde donde se alzaba al cielo, en la tranquilidad del atardecer, el croar de las ranas. La planta baja del Palais, en la esquina entre ese muelle y el Boulevard du Palais, está situada actualmente por debajo del nivel del suelo del entorno.

Pierre Nicolas Bonamy, un historiador muy avezado en el París del siglo XVIII, señala que las construcciones de la época de Carlos V o de Carlos VI todavía en pie cuando vivía, tenían las puertas «casi enterradas bajo el pavimento». Bonamy constata, además, que en algunas calles existían casas cuyas viejas tiendas servían ahora de sótano. Al investigar el suelo originario de la Île de la Cité, lo encuentra en la capilla subterránea de la iglesia de Saint-Denis-de-la-Chartre, a la que se accedía bajando por una escalera de veinticinco peldaños desde dicha iglesia, ella misma por debajo del nivel del suelo más próximo. El mismo autor observa que en el siglo XIII, cuando se construyó el Hôpital des Quinze-Vingts, que ocupaba casi enteramente el lugar del Palais-Royal actual, la Rue Saint-Honoré estaba en un nivel más bajo del que lo estaba en su época, puesto que, en el siglo XVIII, para entrar en la iglesia de dicho hospital de los ciegos había que bajar siete peldaños. La reconstrucción del puente de Notre-Dame, realizada a principios del siglo XVI, tuvo como efecto la elevación del suelo de la Île de la Cité.

Tras este realzamiento —señala el historiador Sauval en el siglo XVII— había que descender para acceder a todas las iglesias de la Cité: primero se dispusieron peldaños ante los portales y, con el tiempo, [dichas iglesias] fueron elevadas hasta el nivel de las calles. La prueba es que en la mayoría de las iglesias más antiguas las bóvedas son demasiado bajas para su anchura y los pilares son demasiado gruesos para su altura.

La pavimentación, practicada en París desde el reinado de Felipe Augusto, es una de las causas de la elevación del suelo. En el reinado de Luis XIV, Germain Brice observó que la mayoría de las antiguas casas de París estaban «enterradas algunos pies por debajo del nivel de las calles». El lecho del Sena también se elevó como consecuencia de las ruinas y los derribos a lo largo del tiempo, de las viviendas ribereñas y también debido a la caída de los puentes y las casas que lo bordeaban, por no hablar de los efectos de los depósitos naturales, como la arena de acarreo o de las inmundicias vertidas incesantemente al río. Por ejemplo, algunas cartas de Carlos VI, de enero de 1405, explican que se ha echado al río mucho barro, grava y basura y que el río está tan lleno de estas cosas, «que verlo produce un gran horror».

Debemos tener todas estas cosas presentes en el momento en que intentemos alcanzar, desde la fisonomía actual de un emplazamiento urbano, las lejanías del pasado. A este propósito podemos utilizar distintos medios. De lo que explican algunos textos del siglo XII, según los cuales las ciénagas que rodeaban París por la orilla derecha eran utilizadas habitualmente como pastos comunes, podemos deducir que uno de los rasgos del empla-

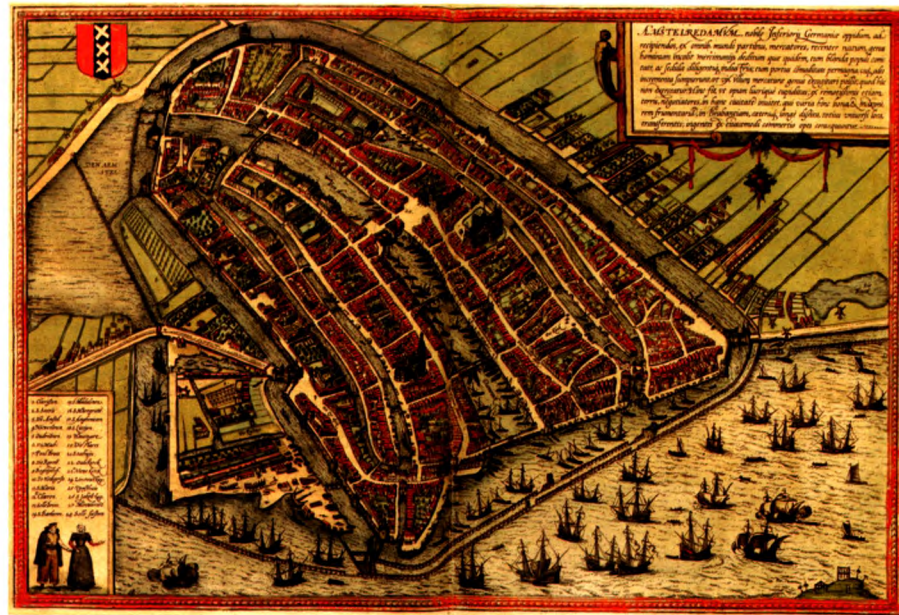


16 Vista de la iglesia Saint-Denis-de-la-Chartre, en la Isla de la Cité, en París, a mediados del siglo XVII, de Israël Silvestre, en la que se muestra la elevación de la cota del suelo en un territorio urbano como consecuencia de su población.

zamiento originario se encuentra ya, en cierta medida, mejorado: el agua, que en su origen cubría este lugar, retrocedió hasta el punto que era posible llevar allí a pacer a los animales. La transformación de estos pastos en tierras para la horticultura durante este mismo siglo, revela un estado todavía más evolucionado. De este modo la ciudad se encamina, a partir de entonces y gracias a esta modalidad de cultivo de carácter urbano, hacia la absorción de un suelo que en su origen era una mera extensión de agua que ocupaba una depresión dependiente del curso del Sena. Las líneas naturales del emplazamiento se hacen visibles gracias a las huellas de inundación, que pueden ser reconstruidas con la ayuda de algunas crónicas o bien por medio de las antiguas redes de desagüe que los documentos de archivo nos permiten conocer. Por ejemplo, si comparamos los mapas de las inundaciones de 1658, 1740 y 1802 en París con la planta donde está representado el relieve del suelo originario de esta ciudad, podemos darnos cuenta de que los niveles bajos señalados en dicha planta vuelven a aparecer en estas tres fechas bajo la forma de manchas de agua. Durante la inundación de 1910 y a pesar de los grandes cambios sufridos por el estado originario del lugar, el Sena reapareció aquí y allá, en puntos del suelo parisiense que ya había ocupado en otros tiempos. En cuanto a las alcantarillas, en la Edad Media seguían las pendientes naturales del suelo, reveladas desde entonces por su trazado. Al igual que la ciudad griega, la ciudad de aquellos tiempos se adaptó estrechamente al estado de los lugares, a diferencia de la ciudad romana, en la que no se temía violentar la naturaleza; esto permite descubrir con mayor facilidad la realidad originaria.

En el estudio de un emplazamiento urbano procuraremos distinguir entre las elevaciones naturales y las artificiales. Los vertederos públicos de la ciudad, por ejemplo, han provocado la formación de pequeñas colinas en el suelo. Por regla general se encontraban en el exterior de las ciudades, en las proximidades de las puertas de las murallas. A medida que la ciudad crecía iba incorporando estas elevaciones artificiales, que eran allanadas o bien se ofrecían pura y simplemente como terrenos para construir. En ciertos casos tenían unas dimensiones considerables y podremos darnos cuenta de ello si nos remitimos a algunos documentos de principios del siglo XVI que nos muestran, en los alrededores de París, unos depósitos de vertido «considerablemente elevados» que dominaban los muros de la ciudad, frente a la cual parecían alzarse como si fuesen «castillos y fortalezas». Cuando estaban en el trazado de una nueva muralla destinada a ampliar la ciudad, era muy indicado utilizarlo como terraplenes. Tanto las murallas como los vertidos han modificado el nivel original del suelo, lo han deformado sensiblemente cuando en su origen se encontraba a un nivel muy bajo y han caracterizado la región oriental de París en la orilla derecha. ¿Es posible explicar el desnivel de la Rue Saint-Gilles a partir del Boulevard Beaumarchais, si no tenemos en cuenta el trazado de la muralla que ha formado nuestros grandes bulevares?

La sobreelevación existente en el lado meridional del Boulevard Bonne-Nouvelle no es más que un antiguo vertedero «donde hay molinos de viento», tal como señala un documento de archivo del año 1536 que menciona los edificios que se han construido o que se están construyendo, «por debajo y a lo largo de dicho vertedero». Se trata del barrio de Ville-Neuve-sur-Gravois, que surge «en la montaña del molino», como se afirma en aquella



17



18

17 y 18 Plantas de Ámsterdam: arriba, en herradura (hacia 1570); abajo, en abanico (siglo xvii).

misma época. De modo similar, la colina de Saint-Roch, que desapareció definitivamente cuando se abrió la Avenue de l'Opéra, hacia 1870, era un depósito de vertidos desafectado. Un promontorio análogo, formado por escombros e inmundicias, al que llamaban «Terrain» o también la «Motte-aux-Papelards», elevó el suelo por detrás de Notre-Dame, modificando por completo el aspecto de la isla, que originariamente terminaba en una lengua de tierra a flor de agua y era el punto de apoyo de un vado que animaba las idas y venidas de los caballeros que atravesaban el río.

Así, es posible descubrir los rasgos originarios del emplazamiento de una ciudad. Las curvas de nivel a las que se ha adaptado el crecimiento urbano quedan reconstruidas y la armonía preestablecida entre el suelo y la ciudad se esclarece. Es cierto que el hombre produce en la naturaleza unos cambios profundos. Basta con observar el carácter a menudo artificial del lugar urbano en las antiguas civilizaciones de Egipto y Caldea o también la obra que se realiza ahora en Holanda, donde van a ser conquistadas grandes extensiones de tierra al Zuiderzee, que será transformado en un lago. Sobre estas nuevas tierras surgirán y crecerán nuevas aglomeraciones, como aquellas que el suelo de esta región, arrebatado al mar, ya ha visto nacer y prosperar. ¿No es cierto que el crecimiento de Ámsterdam se resume en la historia de la conquista de un suelo sometido en su origen al dominio de las aguas? Los canales de drenaje, cavados en el terreno pantanoso, se han convertido en las calles de esta poderosa ciudad. El sentido de estos canales ha determinado el de las vías urbanas. En este caso el dique, que retiene las aguas invasoras, está en el origen mismo de la ciudad.

Una pequeña aglomeración asentada en la orilla derecha del Amstel, junto a un castillo y con un dique (*dam* en holandés) que cierra este curso de agua un poco por encima de su desembocadura en el Zuiderzee: esto era, en el siglo XIII, Ámsterdam, es decir, «el dique del Amstel». En cuanto a sus humildes habitantes, situados frente al horizonte marítimo, ¿qué podían ser sino pescadores? Aquí podemos ver el matrimonio consumado entre la ciudad y el mar, un matrimonio impuesto por el lugar, que le da un carácter indisoluble. La situación del dique favorecerá la formación de una plaza, el corazón de la ciudad: el Dam. El puerto o Damrak está formado por aquella parte del Amstel comprendida entre el dique y el Zuiderzee. En el siglo XIV los pescadores se hicieron comerciantes marítimos a quienes la Guerra de Independencia, durante la segunda mitad del siglo XVI, abrirá de par en par las puertas del vasto mundo. Durante todo el siglo XVII Ámsterdam será una ciudad mundial. Con la ayuda de unas rutas marítimas ilimitadas, los hombres han vencido las dificultades para establecerse que presentaba el lugar. En 1660, un autor elogia esta ciudad «asentada sobre la punta de cien millones de árboles», es decir, construida sobre pilotes. Hacia 1680 otro autor señala las calles más bellas, que son, en particular, «el Canal Imperial y el Canal Real», sobre todo la primera, «donde las casas tienen una estructura admirable y de igual altura». Los canales que constituyen el sistema de drenaje de las primitivas turberas constituyen así el resplandeciente reflejo de la victoria del hombre. Hacia mediados del siglo XIV se formó un nuevo núcleo de población en la orilla izquierda del Amstel, frente a la aglomeración primitiva, que se había prolongado hacia el sur. Hacia finales del siglo XIV los canales de drenaje habían preparado, con vistas a la extensión de Ámsterdam, otros terrenos para construir más

allá y paralelamente a las dos orillas del Amstel. En el siglo xv un nuevo canal que rodeaba la ciudad, cuya forma alargada estaba determinada a la vez por la dirección del Amstel y por la de los canales, acabó de delimitar el perímetro urbano. El desarrollo de la ciudad se siguió produciendo de forma concéntrica, en función del estado del emplazamiento. A finales del siglo xvi y durante el siglo xvii, las alineaciones de los canales, formando arcos de círculo, se juntaban unas a las otras: Heerengracht, Keizersgracht, Prinsengracht y Singelgracht. Más allá del recinto fechado en ese último siglo, desafectado en el siglo xix y representado desde entonces por grandes vías —Nassaukade, Stadhouderskade y Mauritskade—, la ciudad contemporánea se extiende en sentido perpendicular o paralelo a las alineaciones precedentes del crecimiento urbano y esto se hizo así porque los propios canales de drenaje se trazaron en uno u otro sentido. Como vemos, Ámsterdam se ha modelado sobre su emplazamiento; es así como los hombres la han podido hacer habitable.

Puesto que un lugar urbano necesita un curso de agua, es preciso determinar si este último es navegable de forma natural y hasta qué punto lo es, puesto que esta característica del emplazamiento no podría alcanzar, sin este factor, su plena expresión. El emplazamiento de Douai adquiere su significado urbano más esencial por el hecho de que precisamente en este lugar el Scarpe empieza a ser navegable. Por el contrario, en el emplazamiento de Besançon, el Doubs, en su origen, no es más que una ancha fosa defensiva, a la que la construcción de un puente pronto otorgará el carácter de lugar de paso. De este modo, en los emplazamientos urbanos los mismos rasgos no siempre tienen el mismo significado. La línea que dibuja un curso de agua no es menos importante en la observación: una línea acodada produce unos efectos urbanos que pueden ser distintos de los efectos causados por una curva. Esta constituye un emplazamiento fácil de defender. El recodo, como el que hace el Loira a la altura de Orleans, suscita una corriente de circulación terrestre hacia él. Si lo consideramos desde el punto de vista de los efectos que obtiene el hombre, la curva es un elemento más pasivo que activo, a la inversa que el recodo. Las relaciones fluviales o marítimas de un curso de agua pueden influir en el emplazamiento urbano del que forman parte. Si se trata de un puerto, ¿cuáles son las ventajas o los inconvenientes naturales? Cabe señalar su carácter de lugar de cobijo para las embarcaciones, puesto que las liga estrechamente a su *hinterland*. Si se trata de un punto de confluencia, ¿cuál es el papel respectivo de los elementos de la confluencia? Así, en el caso de Lyon, es importante estudiar sucesivamente la ciudad del Saona y la ciudad del Ródano.

En efecto, conviene descomponer un emplazamiento urbano en sus distintos elementos. El sitio de Besançon, por ejemplo, está formado esencialmente por dos elementos: el meandro del Doubs y la colina rocosa denominada «*la citadelle*», que lo cierra. El conjunto sirve para definir la plaza fuerte que es, en esencia, esta ciudad, puesto que la ciudad obtiene su carácter de su emplazamiento. Si un río mayor o menor la divide en dos partes o bien, mediante una isla, en tres, cada una de dichas partes tendrá una naturaleza propia, por el hecho mismo de las características peculiares del lugar. Las divisiones que existen en el emplazamiento quedarán señaladas en el organismo urbano. Así se explica eso que podemos llamar «el fenómeno de las dos orillas», puesto que ambas tienen carac-

terres distintos. Esta diferencia entre las dos partes de una misma ciudad procede del papel aislante que la naturaleza asigna al curso de agua en relación con cada una de las dos orillas, entre las cuales parece existir una distancia mayor que la representada por la anchura del río que las separa. Y un aislamiento de este tipo persiste a pesar de la multiplicación de los puentes. París, donde las dos orillas del Sena son siempre muy distintas entre sí, ilustra este hecho con un ejemplo claro. El emplazamiento se inscribe con rasgos indelebiles en el destino de la ciudad.

Una gran diferencia de niveles en el lugar produce los mismos efectos. En este caso se trata del fenómeno de la ciudad alta y la ciudad baja, siendo la primera anterior a la segunda, puesto que corresponde al elemento defensivo del emplazamiento. Es el caso de Atenas, con la Acrópolis, una ciudadela primitiva donde se alza el templo de la divinidad poliada, y la ciudad baja, caracterizada por el ágora. Es el caso de la ciudad griega en general, en la que estas dos palabras, *acrópolis* y *ágora*, designan los dos elementos orgánicos esenciales que corresponden a los propios elementos del emplazamiento, un lugar común en la cuenca del Mediterráneo oriental. Es el caso de Montmédy-Haut y Montmédy-Bas, de la ciudad alta y la ciudad baja de Carcasona, de la ciudadela y la ciudad propiamente dicha de Besançon. Es el caso de Lyon, colgada de la colina de Fourvière, extendiéndose luego en terreno bajo a lo largo del Saona y el Ródano. Aquí, el lugar, más complejo, hace intervenir, además del promontorio escarpado, las orillas de los dos cursos de agua. A la acción aislante de la diferencia de niveles se añade la del río y su afluente, que unen sus aguas en el extremo de una península alargada: de ello resulta una fragmentación, una diversidad de la vida urbana que es característica de Lyon. Una diferencia de nivel excesiva entre dos partes de una ciudad tiene como consecuencia que cada una de ellas viva su propia vida, en razón de las dificultades en las comunicaciones. ¿Quién podría negar que Montmartre, a pesar de su anexión a París en 1860, ha mantenido durante largo tiempo un carácter individual gracias a su fuerte pendiente, un obstáculo que solo los progresos realizados en los medios de transporte han logrado vencer? Si el obstáculo es demasiado grande, si se trata, por ejemplo, de un río muy ancho, se forman dos aglomeraciones completamente distintas, una frente a la otra, y tienden a ser rivales en mayor o menor medida.

Se impone una crítica de los elementos del emplazamiento. Veamos el lugar de Éfeso, en Asia Menor: en la desembocadura del Caistro, que dibuja un golfo en el mar Egeo, se encuentra el islote de Syrié, frente al promontorio de Ayasoluk, que domina la llanura. Entre todos estos elementos, el primero que ocuparon los emigrantes del Ática, en el siglo XI a.C., fue el islote donde atracaron sus barcas, que podía constituir un enclave defensivo y al mismo tiempo les dejaba abierto el campo del mar por donde habían llegado. No fue hasta que hubieron adquirido más fuerza y seguridad que pusieron los pies en el continente asiático, ocupando el promontorio de Ayasoluk, que convirtieron en su acrópolis, bajo la cual el puerto imprimía su vital animación. Finalmente, la llanura formó la ciudad baja. Del mismo modo podríamos separar el papel respectivo y sucesivo de los elementos del lugar de Siracusa: el islote de Ortigia, núcleo de la aglomeración griega, y, frente a él, en el suelo de Sicilia, las colinas sucesivamente ocupadas y, tras ellas, la cima de las Epípolas,



19

incluida en último lugar en el perímetro urbano. De los elementos constitutivos del emplazamiento de París, la isla en el Sena fue ocupada en primer lugar, luego le tocó el turno a la Montagne-Sainte-Geneviève, situada frente a la isla en la orilla izquierda del río, y, solo en tercer lugar, la llanura más baja en la orilla derecha. Pero este último elemento es el que ha constituido la parte más importante de la ciudad. Es de los lugares que poseen un especial valor urbano; de todos modos, este no se podría apreciar completamente más que en relación con los antecedentes del marco geográfico.

En el estudio del lugar hay que añadir, a los conocimientos topográficos, el examen de los recursos que suministra el suelo, y dicho examen debe basarse en la geología. El mapa geológico debe ser contrastado con el mapa del relieve del suelo, y dicho contraste está repleto de enseñanzas. El segundo señala, por ejemplo, una depresión cuya naturaleza ha sido precisada por el primero, revelando de este modo ante nuestros ojos que antaño había ahí un brazo de agua que se secó en tiempos históricos. Una elevación destacada en el mapa altimétrico aparece en el geológico rica en piedra o en yeso. Gracias a este último mapa vemos animarse las curvas de nivel con las ondulaciones de las doradas cosechas, o tiñéndose del verde de las praderas, e incluso erizándose con las cepas de las viñas, a menos que no se mezcle con ellas la frondosidad de un bosque primitivo o que el agua no introduzca allí reflejos plateados. A partir de entonces nos es revelado el suelo en el que ha surgido la ciudad y en el que esta se ha desarrollado. A un lecho geológico determinado le corresponde, efectivamente, una producción determinada; y con la ayuda de los documentos históricos vemos cómo se despliega, al igual que una sucesión de cuadros, el suelo virgen, más tarde utilizado por el hombre por los recursos vitales que suministra, transformado después en un terreno donde se desgranaban las casas con sus jardines, finalmente trocado en esas calles ruidosas de la ciudad contemporánea, donde la bóveda del cielo es lo único que señala la naturaleza eterna. Es sobre todo con la ayuda de los títulos de propiedad de las instituciones religiosas que agruparon en cartularios o, simplemente, como documentos de archivo, que podemos seguir la evolución del suelo de un emplazamiento urbano durante la Edad Media. Se observa una cicatriz en las proximidades de una de estas instituciones; se deduce la existencia de un núcleo de población rural que da origen a una parroquia que tiene suficiente con la iglesia de la institución, esperando que se desarrolle lo bastante como para hacer necesaria la construcción de una iglesia distinta, propiamente parroquial: así es como se crea el barrio de una ciudad.

Algunas denominaciones de lugares, como Keramikos, en Atenas, o las Tullerías, en París, son muy valiosas, puesto que revelan la naturaleza de un suelo adecuado para la fabricación de cerámica o tejas y, por consiguiente, una industria humana cuyos efectos, especialmente sobre Atenas, fueron muy importantes, puesto que esta actividad industrial contribuyó en gran medida a formar la ciudad situada a los pies de la Acrópolis.

De los recursos naturales del lugar, la ciudad extrae los materiales de construcción que forman su atavío: tierra, madera, piedra, yeso. Las ciudades de tierra cruda o cocida del antiguo Egipto y de la antigua Mesopotamia son ciudades de su lugar. Atenas, que es de mármol y piedra, es hija de su suelo, al igual que lo es una ciudad de ladrillo

cuya silueta coloreada se destaca sobre el cielo lechoso del Norte. La madera, que abundaba con profusión en la Edad Media, servía, junto con el adobe, para conformar las casas. De ahí la frecuencia de los incendios y los estragos que provocaban. París, cuyo emplazamiento es abundante en piedra calcárea y yeso, debe su aspecto a estos dos materiales, un aspecto que subraya, por ejemplo, el viajero inglés Coryate, quien en 1608 escribe que esta ciudad está repleta de elegantes construcciones públicas y privadas, la mayoría de las cuales están hechas con hermosa piedra de talla blanca, puesto que la naturaleza —añade— la ha provisto más ricamente de piedras que a cualquier otra ciudad de la Cristiandad. Con mayor razón, los materiales procedentes del lugar urbano influyen en el destino de la ciudad. Una ciudad de piedra queda fijada durante siglos. Por este motivo las ciudades griegas y romanas, que eran de piedra, han sobrevivido bajo la forma de unos restos que se alzan aquí y allá y que han contribuido a que la Antigüedad haya sobrevivido en el Renacimiento. Por el contrario, las ciudades de arcilla de los valles del Nilo, del Éufrates y del Tigris se han disuelto.

En la consideración de un lugar, la tierra de trigo o la tierra de vino no son meros datos de carácter rural. Son hechos vinculados al destino mismo de la ciudad. ¿Es posible comprender Besançon si hacemos abstracción de su población de viticultores, dada la naturaleza de su emplazamiento urbano? De modo similar, es preciso tener en consideración las tierras de trigo y las tierras de vino para poder comprender la composición de la población de París y el carácter de esta ciudad en la Edad Media. Especialmente, una parte importante de la economía de París durante este período tiene su explicación en los cultivos vitícolas a los que se dedicaban entonces sus ciudadanos. Se trata, por lo tanto, de un centro urbano ya considerable, puesto que es la capital de una Francia en proceso de formación.

Hay que relacionar el lugar con el marco geográfico o con la vía, un elemento esencialmente representativo de dicho marco. La ciudad se relaciona con la vía, sobre todo, a través de la puerta de la muralla en las antiguas ciudades orientales, a través del ágora en las ciudades griegas, por el foro en las ciudades romanas, por la plaza pública o el mercado en las ciudades medievales, y en la actualidad a través de las estaciones de ferrocarril. En las distintas épocas, los puentes, los puertos y las puertas de la ciudad sirven para señalar el contacto entre el sitio y el marco geográfico. En su emplazamiento, la ciudad, a través de sus calles y barrios, se ordena en relación con estos distintos puntos de contacto, que pueden variar a lo largo del tiempo.

El asentamiento topográfico y geográfico de una ciudad debe quedar netamente establecido y permanecer presente en el espíritu. Jamás hay que dejar de moverse sobre el suelo y respirar el aire vital. De otro modo, se puede correr el riesgo de seguir el destino no de una ciudad, sino de una abstracción y cometer el error de quienes estudian la geografía del pasado tan solo a través de los textos y como si la tierra hubiera dejado de existir. También demasiado a menudo nos ocupamos de la historia de una ciudad como si esta, que siempre permanece viva, no fuese más que una momia encerrada en un museo.

Asentada en el lugar y en el marco geográfico, la ciudad está viva y evoluciona. Desde un punto de vista económico, es un organismo cada vez más desarrollado, cuyos

órganos cumplen sus propias funciones. Debemos prestar atención a la distinción de dichos órganos y estudiar su funcionamiento. Se encuentran localizados en el cuerpo urbano, de ahí el examen de los fenómenos de localización, que están relacionados con el uso del emplazamiento por parte del hombre. La ciudad tiene su vínculo vital y, de modo similar, mantiene sus ataduras con el emplazamiento. En las antiguas civilizaciones de los valles del Nilo, del Éufrates y del Tigris, dicho vínculo lo forman el templo y el palacio. En el mundo griego y según las épocas, son la fortaleza minoica y micénica, el templo elevado sobre la acrópolis, los órganos de la vida cívica en la parte baja de la ciudad democrática, a la espera de que, en la ciudad helenística, la creciente complejidad del organismo deje entrever múltiples dominantes; en Roma, son el foro y el capitolio; en la Edad Media, la iglesia, la fortaleza feudal y, a partir del siglo XI aproximadamente, el mercado; a partir del Renacimiento, es la residencia del príncipe o la sede de su autoridad; en la época contemporánea, son la fábrica de producción y el almacén de ventas, el edificio de correos y la estación, a la espera de que vayan emergiendo los órganos sociales de la ciudad, hija de la ciencia y de la gran industria.

La ciudad del pueblo fue maravillosamente materializada en Atenas, en el siglo V a.C. La ciudad de la Edad Media es la ciudad de Dios. La ciudad surgida del Renacimiento es la ciudad del monarca, deificado al modo antiguo. Durante la Edad Media la ambición común consistía en pertenecer a la Iglesia y en la época siguiente era servir al Estado como funcionario. En la ciudad de la Edad Media son las imágenes piadosas las que decoran las calles y la cruz es el único monumento que se alza en la vía pública; la protección divina es evocada por las esculturas situadas en las puertas de la ciudad. En la ciudad derivada del Renacimiento el monarca tiene su imagen en las calles y también en las puertas de las murallas. Comprimida al abrigo de su recinto defensivo, la ciudad de la Edad Media se presenta sin fisuras, sin planos sucesivos, sin búsqueda de efectos decorativos. Sus edificios más significativos se mezclan familiarmente con la multitud de casas, del mismo modo que la amplia nave de la iglesia está abierta a todo el mundo. Se trata de una obra completa con una lógica perfecta. En la ciudad del monarca, el núcleo urbano, bajo protección principesca, se serena, los edificios más significativos se mantienen a distancia de la multitud de viviendas, el escenario urbano propiamente dicho es objeto de interés, y demasiado a menudo la lógica está ausente. La ciudad ha evolucionado, su aspecto revela su evolución orgánica. Ha evolucionado sobre la base que para ella representa el emplazamiento, y bajo la acción de las vías de tránsito, que constituyen ante todo la acción urbana del marco geográfico. Ha evolucionado porque es un ser humano colectivo, sometido a las leyes de la vida y a las pulsiones del alma.

Al igual que la vida del hombre, la vida de la ciudad es un combate constante. Si el motivo propio de la actividad que anima a una ciudad tiende a desaparecer, dicha ciudad debe encontrar otro que lo reemplace si no quiere caer en la decadencia. Besançon se habría dormido en el recodo de su río si, al dejar de ser el Pont Battant —producto del emplazamiento— un lugar de paso vivificador, no hubiese encontrado en la industria relojera, que su marco geográfico le ayudó a desarrollar, una actividad sustitutoria. Ginebra, en el punto

de encuentro entre Italia, Francia y Alemania, al dejar de ser la ciudad de las ferias como consecuencia de la competencia de Lyon, se habría adormecido al borde de su lago azul si su posición central o, dicho de otro modo, su marco geográfico, no hubiese ayudado a Calvino a convertirla en la Roma protestante. No por ser inmaterial o moral el elemento de sustitución ha actuado en menor medida. El marco geográfico de la actividad humana, en lugar de servir a movimientos de comerciantes y mercancías, ha servido al movimiento de creyentes y de ideas. Los efectos sobre la ciudad han sido distintos, pero la ciudad ha seguido siendo un gran centro.

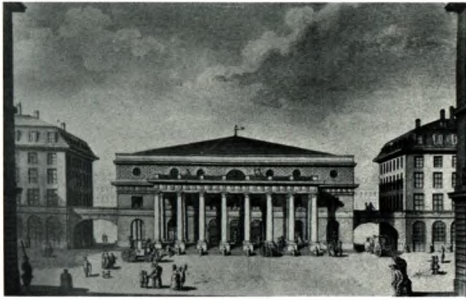
LA COMPOSICIÓN DE LA CIUDAD EN LA ENSEÑANZA DEL PASADO. FUNCIONES Y ÓRGANOS. EL PAPEL DEL EDIFICIO. LOS EMPLAZAMIENTOS

La composición de la ciudad depende del lugar y del marco geográfico. En función de si la ciudad se asienta en un lugar elevado, en una llanura, en la orilla de un curso de agua o junto al mar, su composición varía. Pero en todos los casos, dicha composición debe quedar subordinada a las direcciones viarias implícitas en el marco geográfico. Efectivamente, las vías terrestres o fluviales vivifican la ciudad.

La Acrópolis de Atenas se organiza en relación con el único camino que permite acceder a ella y que la une al resto de la tierra. El trazado en damero de Alejandría, fundada por Alejandro, se corresponde con la doble dirección este-oeste y norte-sur marcada por el mar al norte y, al mediodía, por el lago Mareotis, a través del cual se comunica con el Nilo. De todos modos, se ha de advertir que Ámsterdam, que no tiene la regularidad de Alejandría y que en el siglo XVII presenta un trazado en abanico convergente hacia el puerto, recibe mejor la acción vivificadora de la vía marítima. De modo similar, el plan de Wren para la reconstrucción de Londres tras el incendio de 1666 presenta, en la orilla izquierda del Támesis, en la embocadura del puente de Londres —que corresponde a una de las dos grandes direcciones viarias que rigen la ciudad—, una convergencia de calles lógicamente concebida. Es la vía de agua del Orontes la que sirvió de base para el trazado en damero de Antioquía, en la orilla izquierda de ese río.

La determinación de los ejes de la ciudad, esto es, de las corrientes naturales de circulación general tal como resultan del marco geográfico, está en la base del plano de la ciudad. Dichos ejes guían la formación de la red de calles y su disposición orienta la de los órganos a través de los cuales se ejercen las funciones urbanas. He ahí los elementos esenciales de orden en la ciudad. Los efectos artísticos han de ser producto de la lógica. No hay que hablar de planes de embellecimiento. No hay embellecimiento en sí mismo, si no es en el seno de la expresión lógica de una ordenación o de una extensión de la ciudad. Embellecer por embellecer es una noción artística helenístico-romana, vinculada a la concepción de la ciudad monárquica o imperial que, habiéndonos llegado durante el Renacimiento, ha hecho estragos en la época clásica francesa. El efecto de conjunto de una ciudad será el que exprese lógicamente su naturaleza.

El panorama urbano dibuja en el cielo una nota profundamente expresiva. En mi espíritu asocio la elevación de las torres, de las agujas de las iglesias, los dientes de sierra que recortan los aguilones de las casas, los trazos entrecortados, el aspecto combativo de la ciudad de la Edad Media, con las disputas de los lógicos acerca del Petit Pont de París, en el siglo XII,



20

o con las batallas dialécticas en la Sorbona, a la que llamaban, en la antigua Facultad de Teología, «La Sorbonnique», con todos esos enfrentamientos, ese «combate de clases contra clases, o sea, de colegas contra colegas», como se decía en la vieja universidad parisina. Lo relaciono con los duelos, con los lances de honor. Se trata de un combate interminable que adopta formas diversas y que queda expresado en esta ciudad de líneas verticales que está comprimida tras sus murallas, un combate para repeler al enemigo, para ganar el cielo o para alcanzar la verdad, un combate por simple pasatiempo. Al igual que la ciudad, el hombre parece hecho para la lucha. A este ascenso gótico hacia el cielo se oponen las líneas apacibles de la ciudad asentada en el orden clásico, la superficie redondeada de las cúpulas, el trazo horizontal del Louvre, la altura siempre comedida de las iglesias, donde nos sentimos más cerca de la tierra que de la bóveda celeste, el *cours* que despliegan en París sus majestuosas avenidas en el lugar de las erizadas murallas de antaño, en fin, la «reflexión sobre la obra» que sustituyó en la enseñanza, a las vanas discusiones y a la noble organización de un jardín de Le Nôtre, de una tragedia de Racine o de una oración fúnebre de Bossuet.

Se establece una armonía, que los antiguos sabían materializar magníficamente cuando reproducían el orden mismo de los espacios celestes en el trazado de sus ciudades. El pasado es la escuela por excelencia del urbanista. Ninguna enseñanza es preferible a la de los cuadros urbanos que las distintas épocas han hecho pasar ante nuestros ojos. Pérgamo es un modelo de composición de ciudad en altura que se corresponde con un determinado estado de la civilización. Gerasa o Antinoe son ejemplos del provecho que se puede sacar de la orilla de un curso fluvial, ya sea en la montaña o en el llano, para el establecimiento de una ciudad: sus dos ejes, al quedar determinados por las direcciones viarias, aparecen necesariamente en sentido paralelo y perpendicular al curso de agua. Puesto que este guía el trazado, el ordenamiento de la ciudad sigue la misma dirección, de modo que el eje que dobla la línea de agua es más importante que el eje que la cruza. En estas dos ciudades, los procedimientos empleados para lograr unos efectos artísticos han consistido en cerrar con un monumento el campo de visión que recorataba la calle rectilínea; en subrayar, con un motivo decorativo, el punto de cruce de los dos ejes; en mostrar un edificio por medio de la vía de acceso; o bien en desplegar la perspectiva de una columnata destinada a satisfacer ciertas necesidades de higiene o de confort.

La lección del pasado es la mejor lección en materia de composición de ciudades. Un ejemplo perfecto de la relación que se establece entre un edificio y las calles nos lo proporciona, en París, el Odeón, con la plaza en forma de hemiciclo y las vías radiales que concurren en ella. Esta composición es de los últimos años del Antiguo Régimen y fue concebida para el Teatro Francés, cuyo emplazamiento ocupa actualmente el Odeón. En la misma época se construyeron la Comédie Italienne, en el lugar donde actualmente se alza la Ópera Cómica, y las calles de los alrededores. Aquí, por el contrario, no observamos ninguna preocupación por la composición general. Las distintas vías que rodean el teatro no mantienen ningún vínculo con el mismo. Se ha realizado una parcelación pura y simple del suelo destinado a la construcción, reservando un espacio para la Comédie, mientras que, en el ejemplo precedente, se trata de una parcelación ordenada en relación con el teatro, que ha revestido la forma de un diseño adecuado a la naturaleza misma de este edificio.

El edificio de uso público o el monumento desempeña un papel esencial en la composición urbana. En función de su propia naturaleza pueden caracterizar al barrio donde se alzan: le infunden su alma, lo modelan con su propio ser, guían en mayor o menor medida la red de sus vías. La intensidad de su acción o los efectos que produce pueden variar según la utilización del edificio y según la época. Les Halles o el mercado principal, una estación, unos grandes almacenes, un gran centro de enseñanza, dominan la circulación de los alrededores. Antaño la iglesia ejercía este papel. En la actualidad solo aparece accidentalmente, con motivo de ciertas fiestas o ceremonias religiosas, como un punto hacia el que converge la animación de las calles vecinas.

El Ayuntamiento, en París, ha perdido el marco comercial y popular que impulsó su ubicación en este lugar a mediados del siglo XIV. La plaza, a la que acudían las masas por las calles que desembocaban en ella los días de festejos públicos o de notorias ejecuciones, se ha convertido en un desierto. Ha perdido vitalidad. Es un dato arqueológico puro y simple. Su soledad se extiende hasta la amplia Avenue Victoria, trazada demasiado tarde, durante el mandato de Napoleón III, en el eje del edificio. El pueblo se mantiene lejos de esta plaza donde había desencadenado sus huelgas durante las jornadas revolucionarias, desde los tiempos de Étienne Marcel hasta 1871. Los motines del barrio de Saint-Antoine y del de Saint-Merri se han acabado. Es más lejos, en la periferia roja, donde el cielo está cargado con las pesadas nubes de las revueltas. Fijaos en el mercado frente al Ayuntamiento: es él quien atrae la animación a la zona del mismo modo que los Almacenes del Louvre ponen una chispa de vida al lado del inmenso patio de la antigua residencia de los reyes, donde resuenan los pasos de los escasos transeúntes, o también de los paseantes solitarios que vienen a escuchar las voces del pasado. A esto lo podríamos llamar «la ley de los contrastes de la ciudad», si la palabra «ley» no resultase desproporcionada en el contexto de semejantes observaciones.

Análogamente, no podemos afirmar que el Elíseo, donde vive el actual jefe de Estado, produce unos efectos urbanos comparables a los del Louvre en los tiempos en que dicho palacio era la residencia de los últimos Valois y de los primeros Borbones. De igual modo, la Prefectura, que podemos encontrar en cualquiera de nuestras ciudades de provincias, es bastante deslucida si la comparamos con la Intendencia de los tiempos de Luis XV. Aunque el Palais Royal sigue caracterizando un barrio de París, ya no genera hacia sí el movimiento de circulación que provocaba en los tiempos en que se presentaba, en el marco de sus galerías, como el teatro de la vida parisina. Hoy aparece como una isla desierta en un mar agitado.

El edificio evoluciona junto con la ciudad: cambiando su utilización modifica sus efectos sobre esta última. El Luxemburgo ya no ejerce tanta influencia como en los tiempos en que era el palacio de la reina madre María de Médicis o de su hijo Gastón de Orleans.

Un edificio puede caracterizar de forma eminente un barrio, servir como centro para la circulación, sin que por ello sea el elemento determinante de la misma. Este es el caso de la Ópera de París: la animación de las calles que la enmarcan y de la avenida que conduce hasta ella no se debe específicamente al teatro. Más bien se trata de un motivo central de

decoración para un sistema de vías, del mismo modo que el Arco de Triunfo de L'Étoile solo es un punto de perspectiva urbana y el centro de unas avenidas radiales.

Así pues, el papel del edificio público o del monumento en la ciudad es variable. Un barrio concreto puede deber a un monumento no solo su formación original sino también su carácter actual. Este es el caso de la parte de París próxima a Saint-Germain-des-Prés y de lo que se denomina Faubourg Saint-Germain. Estos lugares derivan, por una parte, de la antigua abadía que lleva este nombre y, por otra, de la residencia real del Louvre. Actualmente su población es clerical y reaccionaria, como se suele decir. La personalidad que un edificio confiere a un barrio, no por ser variable y diversa deja de tener un fondo estable. Aunque el Louvre se ha convertido en un museo, un reflejo de regia majestad permanece en esta parte del suelo de París. El Luxemburgo no ha dejado de ser un palacio, y aunque el Panteón ya no es la iglesia de la abadía de Sainte-Geneviève, sigue siendo, a su manera, lugar de culto en el monte que la piedad de Clovis y Clotilde dedicaron a la vida religiosa y que, más tarde, la Universidad ha marcado, a su modo, con la huella intelectual. Los conventos que poblaban los márgenes del antiguo Faubourg Saint-Jacques han desaparecido, pero el hospital militar de Val-de-Grâce también introduce una nota conventual a lo largo de este viejo camino. La ciudad queda revestida con la pátina indeleble de las épocas pasadas.

Así pues, el edificio público o el monumento, por su personalidad y por su ubicación, debe participar como primer factor en la composición de la ciudad. No ha de colocarse en un sitio cualquiera. Su lugar está ya señalado. Sirve para componer la fisonomía urbana. El pasado está repleto de enseñanzas en este campo, ya se trate de lo que yo llamaría el *zoning*, en el caso de una ciudad que es producto de la evolución, o del modo en que se ha resuelto el problema de las localizaciones en una ciudad totalmente creada. La ciudad egipcia, y también la de Caldea y de Asiria, están formadas por agrupaciones constituidas en torno a los edificios religiosos o a los palacios reales. En la ordenación de la ciudad minoica y de la ciudad micénica, la vivienda del jefe desempeña también un importante papel. El *zoning* de la Atenas del período clásico nos muestra la ciudad al pie de la Acrópolis, mientras esta se reserva a los principales templos. Las primeras ciudades griegas realizaron su ordenación urbana en relación con el mercado y los órganos de la vida cívica. Si pasamos de la Antigüedad a la Edad Media, asistimos a la reagrupación de los habitantes en torno a los establecimientos religiosos. Por el contrario, en la época contemporánea vemos que se agrupan en las proximidades de las fábricas.

Tomemos como ejemplo el teatro y observemos su ubicación en París. El primero que se construyó, el llamado Hôtel de Bourgogne, se encontraba en el populoso barrio de Les Halles, en armonía con el carácter popular que en el siglo XVI reminiscencias medievales otorgaban a las representaciones teatrales. En el siglo XVIII, al mismo tiempo que se construía un imponente edificio para la Comédie Française, en la orilla izquierda, es decir, en la parte de París llamada «la Universidad», la Ópera y la Comédie Italienne, que iban dirigidas a un público más frívolo o a un ambiente lujoso, marcan con su sello particular la orilla derecha, donde se extiende la ciudad propiamente dicha y donde viven petimetres y financieros. Si la Comédie Française se instala posteriormente en el edificio construido por el

arquitecto Louis en el Palais Royal, es porque este lugar constituye a finales del siglo XVIII el centro de la vida parisina. De modo similar, la ubicación de eso que se ha denominado «los pequeños teatros» en los grandes bulevares se explica por la animación propia de estas vías.

El *zoning* natural, es decir, la zonificación producida por las necesidades orgánicas de una aglomeración en constante evolución, se impone con la fuerza de la lógica de la que no podría presumir la zonificación dictada por el urbanista. Estamos tratando un tema especialmente importante en el urbanismo, en el que se suele esgrimir por principio la aplicación de teorías, sin tener en cuenta las condiciones de existencia de una ciudad. Habitualmente oímos hablar del desplazamiento de los centros cívicos o de los centros de negocios, como si un cirujano pudiese desplazar el corazón o el hígado de un enfermo con el propósito de curarlo. En urbanismo no existe mayor peligro que el de querer poner en práctica el «manual del perfecto urbanista». Cuando se trata de redactar un plan de ordenación o de extensión de una ciudad, creer que para ello basta con trazar unas líneas siguiendo las pautas de un tratado de urbanismo representa un grave error. El urbanismo es más complejo que esto. No solo es un arte que puede ser aprendido en las escuelas de arquitectos, de geómetras o de ingenieros; es, ante todo, una ciencia que, por desgracia, todavía se encuentra en sus inicios.

¿Es posible intervenir en una ciudad como París sin tomar nota, a través de un minucioso análisis, de su estado actual? El conocimiento de dicho estado es inseparable del conocimiento de los estados anteriores. Es preciso observar los barrios uno por uno y captar, con la ayuda de unos puntos de referencia tomados del pasado, el sentido de la evolución actual. Dichos barrios se caracterizan por unos procesos de localización que sufren, como todas las cosas, los efectos del tiempo. A través de la ciudad se instituyen unas corrientes naturales, lógicas, que el urbanista debe respetar. El urbanista no actuará más que en busca de los factores saludables de la vida del cuerpo urbano. No debemos olvidar que *el zoning* natural es el más lógico porque se corresponde con la vida misma. Las pequeñas industrias que caracterizan el Distrito III de París son el resultado de la franquicia de oficios que gozaba el vasto recinto del Temple antes de la Revolución ¿Es lícito querer desfigurar dicho Distrito, transformar sus intereses, solo para dar respuesta a las exigencias de una zonificación teórica? ¿No es mejor seguir la corriente que arrastra el comercio de lujo hacia el oeste? ¿Y cómo podremos comprender este movimiento si no lo relacionamos con su doble origen, la extensión hacia el oeste de la residencia real del Louvre bajo la forma de las Tullerías, prolongadas por los Campos Elíseos que bordean el noble Faubourg Saint-Honoré, y la transformación, en 1670, de la muralla de la orilla derecha en una avenida arbolada, llamada a convertirse en los Grandes Bulevares que la vida mundana anima desde el principio, en el siglo XVIII, al este, y luego, tras la Revolución, al oeste, por el lado del Boulevard des Italiens, a la espera de que, tras la transformación de París bajo el Segundo Imperio, se expanda todavía más hacia poniente con un dorado resplandor? Hacia finales del siglo XVIII las calles que enlazan con la línea occidental de los Grandes Bulevares aparecen teñidas con los reflejos de la suntuosa riqueza a la cual Napoleón III y Haussmann abrirán, por medio de grandiosos trazados, un campo ilimitado hacia el oeste. ¿Es lícito olvidar la personalidad de un edificio como el de la Bolsa, que no data, ahí donde se alza,

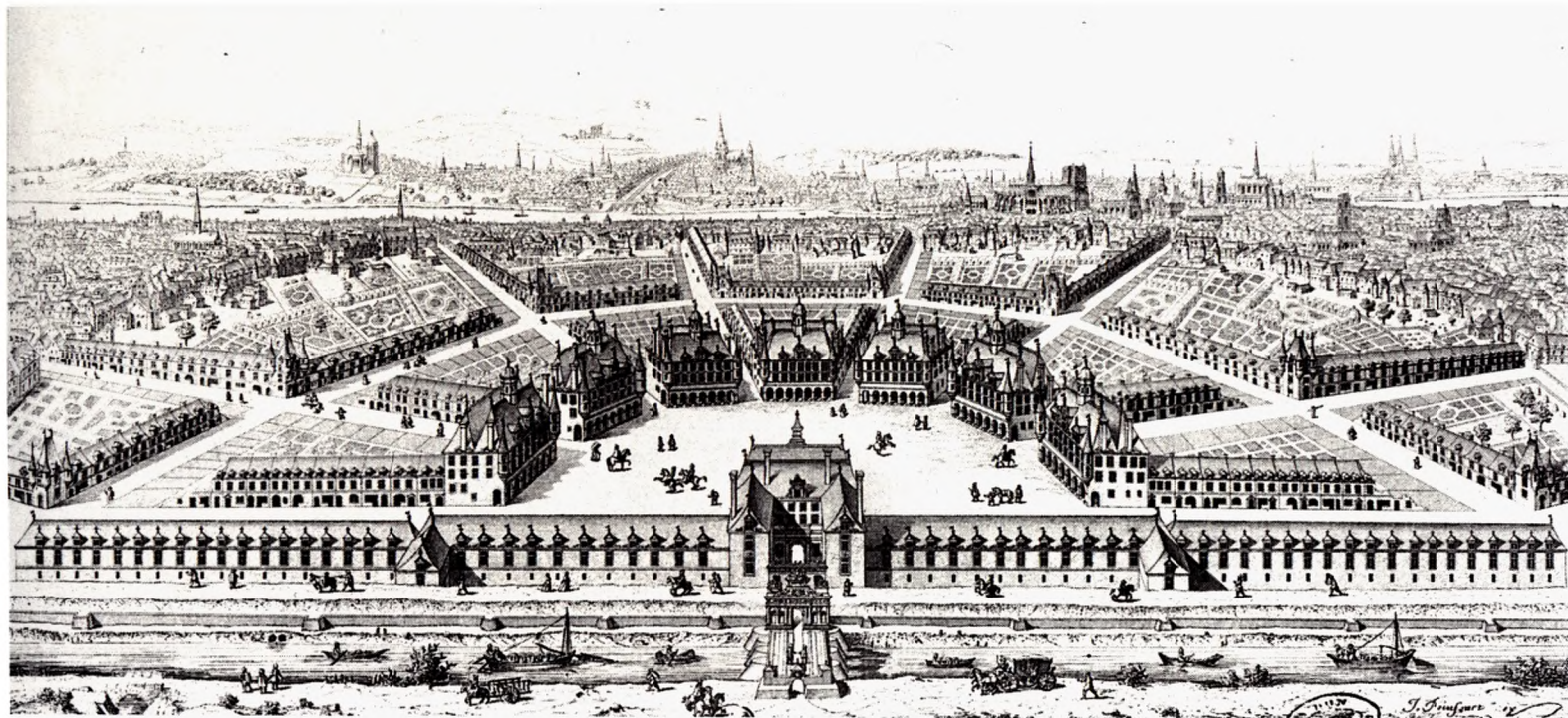
más que del reinado de Napoleón I, pero cuyos efectos, en una parte de París con la que ya se había vinculado anteriormente, se remontan a la época de las especulaciones de Law?¹ Naturalmente, el Banco de Francia se encuentra justo al lado.

Aunque fue atravesado por vías como el Boulevard Saint-Germain, la Rue de Rennes y el Boulevard Raspail, el Faubourg Saint-Germain ha mantenido el carácter que debe a sus dos elementos de formación: la abadía que lleva su nombre y, al otro lado del Sena, el Louvre y las Tullerías, cuya acción fue lo bastante potente como para ejercer su influencia a pesar del obstáculo del río. Dicho carácter asimila los recientes edificios de viviendas del Champ-de-Mars a los construidos en la zona oeste de la lujosa orilla derecha. También aquí vemos un aspecto de la fisonomía de París que el urbanista debe tener en cuenta, al mismo tiempo que la diversidad expresiva que conlleva. En la zona del Bon Marché, dicha diversidad no es la misma que en la zona de la Cámara de diputados, los ministerios y las embajadas, todos ellos huéspedes de las viejas residencias características de este barrio, ni es la misma en los alrededores de Saint-Sulpice, donde no existía la circulación trepidante de hoy, tal como podemos imaginar con nostalgia, en una atmósfera mórbida impregnada de perfumes de incienso, con el perfil borroso de algún devoto o la silueta negra de un cura destacándose en el escaparate de una tienda de objetos y libros piadosos, de imágenes religiosas o de hábitos sacerdotales. Es la iglesia imponente, la iglesia erguida que, con el Seminario en las proximidades, proyecta a su alrededor esa mancha de sombra quieta que caracteriza el barrio de Saint-Sulpice, originariamente parroquia rural en los confines de los campos y la ciudad. Estos rasgos de una evolución natural, que contribuyen a la expresión general de París, lejos de ser suprimidos por el urbanista, le deben servir de guía. Por el contrario, el urbanista no debe tener ningún escrúpulo en hacer desaparecer esa verruga que es, en todos los aspectos, la Gare d'Orsay.

El edificio público atrae hacia él la circulación. En el París antiguo, fijos en la convergencia natural de las vías hacia el Palais, Notre-Dame, el Hôtel de Ville y, además, la presencia de una plaza dispuesta frente a estos dos últimos edificios, o del patio que se abre en el interior del primero, a causa del muro que lo rodea. Todo esto es de una lógica aplastante. La plaza o el patio forman un mismo cuerpo con el edificio, que quedaría incompleto si no los tuviera. No es lo mismo que la Place de la Sorbonne, por ejemplo, que solo sirve para presentar la iglesia que le hace de fondo.

La coordinación de las vías en relación con un edificio es una de las reglas de la composición urbanística. Wren siguió esta regla al concebir, en el plano que levantó para la reconstrucción de Londres tras el incendio de 1666, un haz de vías radiales relacionadas con la Bolsa. Pero, como consecuencia de la aplicación sistemática de este principio que le llevó a concentrar en torno a dicho edificio la Casa de la Moneda, los orfebres, Correos, Hacienda y las compañías de seguros, la estrella de calles habría provocado sin duda alguna, en el centro de los radios, un atasco en la circulación. Un sistema radial que no ha sido suficientemente estudiado hace correr siempre este peligro. Por el contrario, casi todo merece nuestro elogio en el proyecto de la Place de France, concebida en el reinado de Enrique IV para transformar en un barrio de París los grandes huertos que se extendían al oeste del

1. John Law. Economista escocés (1672–1729), inventor del papel moneda en Europa. Ofreció sus servicios al regente Felipe de Orleans quien, bajo su consejo y para paliar la enorme deuda del Estado francés, fundó en 1716 el Banco General, transformado luego en Banco Real (1718), con la potestad de emitir papel moneda, respaldado por el oro y las presuntas riquezas de las colonias de Ultramar. Una emisión desmesurada de billetes por parte del Regente llevó a la bancarrota a Francia por no tener suficiente oro para respaldarla. (N. del E.)



22 Proyecto de la Place de France, iniciado en 1610, en el Marais du Temple, en París. En primer plano, el foso canalizado de la muralla. (Dibujo de Claude Castillon, grabado en 1640.)

actual Boulevard des Filles-du-Calvaire, que en aquella época señalaba el límite exterior de la muralla de la ciudad. Se trata de una plaza semicircular bordeada por siete pabellones destinados al Gran Consejo, que describe su curva del lado de la muralla atravesada en este punto por una puerta. Ocho calles que se extendían a lo lejos debían converger en dicha plaza. Un trazado de este tipo unificaba el nuevo barrio alrededor de la plaza, al mismo tiempo que lo dotaba de un acceso fácil a la puerta de la ciudad, que, además, la plaza se encargaba de despejar. Aquí, es la puerta de la ciudad lo que determina la convergencia de las calles, del mismo modo que, más arriba, hemos visto como un teatro, la Comédie Française, en el emplazamiento actual del Odeón, ejercía el mismo papel, o más aún como el puerto, en Rodas, en la Antigüedad, o en Ámsterdam, determinó el trazado en abanico de las calles de ambas ciudades; todos ellos puntos donde confluyen unas corrientes más o menos importantes de circulación. Unidad hecha realidad, facilidad de las comunicaciones, ausencia de atascos en este lugar animado que es la puerta de una muralla: estas son las ventajas del trazado lógico de la Place de France. Hasta la denominación de la plaza y la de las calles radiales, que debían llevar los nombres de las provincias francesas, se hicieron de un modo excelente, ya que están en armonía con el trazado. La única objeción que se podría hacer se refiere a la ubicación del Gran Consejo en esta zona periférica de París. Ciertamente, era necesario caracterizar la plaza con la localización de un edificio singular, pero de ningún modo con el de un órgano gubernamental tan importante. Es cierto que en aquella época se realizaban con facilidad traslados de este tipo, puesto que se había intentado, en el mismo reinado, trasladar la embrionaria Bolsa de entonces desde el Palais, donde seguía estando por lógica, a la Place Royale o la Place des Vosges, donde ciertamente no habría podido sobrevivir. Por la misma razón no se trasladó a la Place Dauphine, también de la época de Enrique IV, quien había pensado instalarla allí por el hecho de estar tan vinculada a la vida del Palais. Ello demuestra al urbanista hasta qué punto debe fijar su atención en eso que yo llamo *zoning* natural, y hasta qué punto debe desconfiar del *zoning* dogmático.

En páginas precedentes he definido, en la planta de la ciudad, la línea curva como un trazado envolvente. Esto significa que no es un trazado de calle propiamente dicho. Así, en una composición urbana no hay nada más adecuado que transformar una muralla desmantelada, de forma circular, en un paseo en el que las hileras de árboles recortan sombreadas avenidas. De hecho, así es como han sido tratadas habitualmente este tipo de murallas a partir del siglo XVII. Los grandes bulevares de París no tienen otro origen que un camino de ronda, solución aportada en 1670 que mitiga las connotaciones defensivas de la muralla en la orilla derecha del Sena. La planta de París levantada por Blondel y Bullet en 1675 contiene un proyecto que se relaciona con dicho camino y que para el urbanista representa un auténtico modelo de *park system*, muy anterior a los que nos ofrecen las ciudades de los Estados Unidos: unas rotondas regularmente distanciadas y además una plaza octogonal que va a parar a la Rue Richelieu y al bulevar rompen la alineación de las avenidas arboladas, obligando a las mismas a seguir sus contornos. Hay ahí una ordenación general muy lograda, que proporciona unos centros de las vías radiales y que, gracias a la disposición de las plazas en aquellos puntos en que el bulevar cambia de dirección, suaviza este cambio, que la continui-

dad pura y simple del trazado, al comportar obligatoriamente un ángulo más o menos agudo, convertiría en algo demasiado rígido. Este *park system* tiene su expansión en la encrucijada de los Campos Elíseos, formada por una avenida de tamaño mediano: la actual avenida de los Campos Elíseos, flanqueada por dos avenidas divergentes: una, el Cours-la-Reine, y la otra, proyectada por el lado del Faubourg Saint-Honoré. Una vasta explanada, que se despliega en forma de herradura hacia los Campos Elíseos, se abre, por otra parte, hacia la herradura en que termina el jardín de las Tullerías. Allí, relacionada con la Grande-Allée de dicho jardín y con el pabellón central del castillo de las Tullerías, hay algo así como una larga perspectiva directa sobre la colina de L'Étoile, el punto más elevado de los Campos Elíseos. Se trata de un incomparable trazado urbano de espacios libres.

En la composición de la ciudad, los emplazamientos deben ser estudiados de cerca. Un trazado majestuoso como el de los Campos Elíseos solo podía surgir de la prolongación de la residencia real. Pero la ciudad, que es un ser vivo, no cesa de evolucionar. Una determinada localización presente hoy, estaba ayer en otra parte, o lo estará mañana. Componer una ciudad según rígidas normas teóricas equivale a abandonarse a un puro y simple ejercicio de escuela. La vida urbana no se adapta a un rigor semejante. Exige una composición lo bastante flexible como para prestarse a los cambios que comporta el continuo transcurrir de seres y cosas. En la ciudad de formación natural, que por ese motivo debe dar una lección constante al urbanista, el órgano se forma al mismo tiempo que la función: una pista que se convertirá en una calle, se traza bajo los pasos de los hombres; una encrucijada que se transformará en una plaza urbana, se esboza en el punto de encuentro de varios caminos; servirá como lugar de intercambios, de mercado, a la espera de que una galería cubierta o un gran espacio alojen a los comerciantes, a los compradores y las mercancías. En París, los efectos comerciales se gestionan en ese centro de negocios y de información que es el Palais, antes de que un edificio específico, la Bolsa, se construya para la transacción de los valores públicos. En la Edad Media, el teatro nace en la iglesia; y a finales del siglo XVI y en el siglo XVII acoge los *jeux de paume*, antes de instalarse en unos edificios construidos para este uso. Los colegios, cuyos edificios alteraron la ladera de la Montagne-Sainte-Genève a partir de mediados del siglo XIII aproximadamente, habían surgido en el siglo precedente, en una sala del Hôtel-Dieu. Un recinto sagrado, un sencillo altar o el santuario del palacio: estos son, en las ciudades minoicas y micénicas, los lugares de culto, que en la ciudad griega revestirán el majestuoso aspecto de un templo. En Atenas el teatro crecerá, como una flor, al pie de la Acrópolis, antes de ser objeto de una construcción propia.

En el cuerpo urbano los órganos se localizan de forma totalmente natural, según las necesidades que han de satisfacer. Su forma evolucionada se corresponde con la fijación que les otorga un edificio específico. No obstante, su evolución no acaba nunca. En las grandes ciudades actuales la plaza, por ejemplo, ha dejado de ser el lugar de reposo que había sido orgánicamente. Se ha convertido, por el contrario, en un punto de confluencia de la circulación, peligroso de atravesar a causa del incremento del tráfico. Y, puesto que la apariencia de las cosas no deja de ejercer influencia sobre su fondo, este cambio significa la desaparición de todo un modo de vida social; han acabado los paseos, los encuentros

de personas que intercambiaban noticias, las reuniones en las fuentes o en torno a algún cantante o cómico, o ante los mostradores de los comerciantes. Ha acabado el tiempo del ágora, del foro y de la plaza pública, donde latía el corazón de la ciudad de antaño. ¿Sería posible reconocer, en la Place Maubert actual, la plaza representada en un cuadro de Jeaurat en pleno siglo XVIII, con su alta fuente junto a la cual el cantor de salmos alza su imagen piadosa, mientras a su alrededor desborda de animación un mercadillo al aire libre?

La forma influye en el fondo. Basta con observar las consecuencias sociales del establecimiento de una vía columnata, como la que describe Libanio, en el caso de Antioquía, en el siglo IV d.C., o también el impacto social que produjo la construcción, hacia finales del siglo XVIII, de las galerías del Palais-Royal, convertido a partir de entonces y durante medio siglo en el centro de la vida parisina. A principios del siglo XVII el Pont Neuf se presentó sin la hilera de casas que jalonaban los demás puentes de París, y en su lugar tenía aceras y barandillas. Por este motivo atrajo a la población parisina y se convirtió en un lugar de paseo, de distracción y de animación popular; y gracias a la admirable vista que desde allí se gozaba, reveló a los contemporáneos de Luis XIII y de Luis XIV la belleza de la ciudad. Y si en el transcurso de ese mismo siglo el extremo oriental de la Île-Saint-Louis es un paseo muy frecuentado, ello es debido al muelle que la rodea y desde donde se domina el animado paisaje del Sena. En la composición de la ciudad hay que saber sacar provecho de las bellezas de la naturaleza o de las obras grandiosas del hombre. Una parte de Ginebra está ordenada en relación con la vista al Montblanc. Y, en el caso de El Cairo, ¿que decir del extraordinario efecto estético que se puede obtener de las pirámides y la esfinge que se alzan sobre la orilla izquierda del Nilo, frente a la ciudad?

La iluminación nocturna de las columnatas de Antioquía influyó, en palabras de Libanio, en la población de esta ciudad, y podemos señalar las consecuencias análogas del alumbrado de gas, y luego del alumbrado eléctrico, en las ciudades contemporáneas. En la composición de la ciudad deben intervenir este tipo de consideraciones, al igual que las consideraciones inspiradas por la solidaridad social, incrementadas sin cesar, y también los progresos de la ciencia y de la técnica, que se ponen especialmente de manifiesto en la instalación de la calefacción urbana, añadiéndose a los servicios públicos del transporte colectivo y al suministro de agua, gas y electricidad.

Por lo que respecta al suministro de agua, por ejemplo, pueden señalarse distintas etapas que se corresponden con la evolución urbana: al principio se iba a buscar el agua al río o a una fuente, o bien se sacaba de algún pozo. Más tarde, la fuente materializa un primer progreso: en su inicio es muy sencilla, después adopta un aspecto monumental y forma parte del escenario urbano. Finalmente, como consecuencia del suministro del agua a domicilio, no es más que un motivo ornamental de la ciudad. Tras representar una función esencial en relación con unas necesidades concretas, la fuente deja de tener una finalidad en la ciudad. Lógicamente, debería por lo tanto desaparecer de tal lugar. Se trata de un órgano que ha subsistido tras la desaparición de la función que le había hecho nacer. Así pues, su evolución ha afectado a su misma naturaleza. También ha afectado a su forma, que ha variado con independencia de su propia naturaleza. Esta forma, en efecto, es muy

distinta si consideramos, por una parte, la fuente Kallirhoe en Atenas, y, por otra parte, el ninfeo de una ciudad helenístico-romana, o si, en París, observamos la fuente de Maubuée, la de los Inocentes, obra de Jean Goujon, o la de la Rue de Grenelle, obra de Bouchardon. En todos estos casos la fuente cumple su función propia, pero en el caso del ninfeo, de la fuente de los Inocentes y la de la Rue de Grenelle, hay que añadir un factor de embellecimiento urbano y es ese factor el que ha causado un cambio de forma. Esta evolución general de un monumento urbano constituye toda una enseñanza para el urbanista preocupado por la composición de una ciudad.

En la composición de una ciudad, los elementos de origen y de crecimiento tienen un papel importante. Los segundos deben distinguirse de los primeros. El elemento de origen de Nîmes es una fuente; el elemento de origen de Saint-Denis es un lugar de culto; el de París es la isla situada en el centro del Sena, en el punto en que un importante camino terrestre cruza el río. Los elementos esenciales del crecimiento de París son: la concesión por parte de Clovis I del rango de capital; el mercado establecido en el siglo XI en la Place de Grève (la actual plaza del Ayuntamiento), que convirtió la orilla derecha en la ciudad propiamente dicha, esto es, en la sede de los negocios; es la residencia real, cuya influencia se puso de manifiesto sobre todo en esta orilla; y finalmente la Universidad, a la cual la orilla izquierda debe su carácter. París se modeló con relación a estos distintos elementos: a su elemento de origen le debe el establecimiento de Notre-Dame y del Palais, en los dos extremos de la Île de la Cité; la residencia real orientó el desarrollo hacia el oeste, en ambas orillas del Sena; la zona comercial se extendió desde el río hasta la parte central de la orilla derecha, mientras que por su carácter cultural la orilla izquierda se limitó a un desarrollo más modesto que la orilla opuesta.

Esta es la composición natural de la ciudad, resultado de unas necesidades específicas que encuentran su expresión en un orden lógico. Las principales calles son, por naturaleza, aquellas que, desde el centro, conducen a cada una de las puertas de la muralla, desde donde un camino ordena fuera, en sus bordes, los elementos más o menos importantes de un arrabal y se pierde en el horizonte. Este camino, por sí solo, ha creado algunas veces un barrio, pero otras veces su acción a este respecto ha sido sensiblemente menor, por ejemplo, que la de un establecimiento religioso concreto, como es el caso de Saint-Germain-des-Prés en París, al que principalmente se debe la creación del barrio que lleva su nombre. Entre las calles principales, las que se corresponden con los ejes de formación de la ciudad tienen una importancia especial. Así, en el caso de París, la Rue Saint-Denis, la Rue Saint-Martin y la Rue Saint-Jacques, en el sentido de la vía terrestre norte-sur de la encrucijada de formación, y la Rue Saint-Antoine y la Rue Saint-Honoré, en el sentido de la vía fluvial este-oeste de esta misma encrucijada.

Se establece la circulación general por las calles principales, cuya importancia puede deducirse del carácter de los caminos que prolongan esas calles más allá de la muralla. Y ese carácter a su vez nos es revelado por la existencia de lugares más o menos lejanos a los cuales conducen esos caminos y los intercambios materiales o inmateriales a los que sirven. A partir de esto la calle adquiere su carácter propio, que puede cambiar a lo largo del tiempo. Así, en París, la Rue Saint-Denis, cuando aparece en el siglo XII, es la vía por la que pene-

tran en la capital las influencias morales de la abadía del mismo nombre, lugar de peregrinación y centro intelectual y artístico. Más tarde, en ese mismo siglo, el desplazamiento del mercado de la Place de Grève al lugar ocupado actualmente por Les Halles Centrales, es decir, a lo largo de la Rue Saint-Denis, ha conferido a esta última el carácter de vía comercial por excelencia de París. Desde entonces el vaivén que se produce en su recorrido es sobre todo de orden material. La Rue Saint-Jacques fue bautizada con este nombre porque se correspondía con el gran camino que conducía a la célebre peregrinación de Santiago de Compostela. Debido a la localización de los colegios en sus bordes se convirtió en una vía cultural, la gran arteria de la Universidad, un lugar cuya típica fisonomía impresores y libreros han acentuado todavía más. Se trata de la docta Rue Saint-Jacques, que el establecimiento de algunos conventos en el siglo XVII a lo largo del arrabal que la prolonga teñirá de un aspecto místico. Cuando las aportaciones de un camino cambian, también cambia el carácter de una calle y los rasgos de la fisonomía urbana.

Las corrientes de las peregrinaciones y las cruzadas vivificaron algunas calles, como la Rue Saint-Martin, la Rue Saint-Denis, la Rue Saint-Antoine y la Rue Saint-Jacques. Las influencias flamencas penetraron a través de la Rue Saint-Denis; las de España, en los siglos XVI y XVII, notables desde el punto de vista de la religión, la literatura y las costumbres, por la Rue Saint-Jacques; el conjunto de influencias mediterráneas y orientales sobre París va unido esencialmente a estas cuatro vías: la Rue Saint-Jacques, la Rue de la Montagne-Sainte-Geneviève, la Rue Saint-Antoine y río arriba del Sena. Por estas cuatro vías se llegaba a París desde Italia. La Rue de la Montagne-Sainte-Geneviève, que desempeñó un gran papel en la introducción del cristianismo en la ciudad, tuvo para París, al igual que el antiguo camino que llevaba desde la Île de la Cité a Saint-Denis, el carácter de una vía sacra. A través de la Rue Saint-Denis el nuevo rey realizaba, tras su coronación, la entrada solemne en la capital del reino.

Las principales corrientes de circulación en la ciudad se realizan de norte a sur, pero también en el sentido del curso del Sena, es decir, de este a oeste, lo que puede servir para explicar por qué en tiempos de Luis XIV las puertas de entrada de aspecto triunfal se construían tan solo en el norte: puertas de Saint-Denis y Saint-Martin, todavía en pie; y en el este: puertas de Saint-Antoine, en la orilla derecha, y de Saint-Bernard, en la orilla izquierda, hoy desaparecidas. Además, de las dos puertas del norte, la más decorativa es la puerta de Saint-Denis, que se correspondía con una vía más importante que la que desembocaba en la puerta de Saint-Martin.

Junto a la circulación general, la circulación urbana comprende la circulación local o de barrio, formada por aquellas calles que relacionan entre ellas, aisladamente, dos o tres vías principales, lo que hace que la escasez de movimiento sea visible, si los oponemos a los movimientos experimentados por el trazado de las arterias en la dirección de las puertas de la muralla. Las calles, las avenidas, los jardines privados, las encrucijadas, los *parvis* de las iglesias, las plazas para uso de los mercados: todo ello reduce los vacíos existentes entre las partes llenas de la ciudad. A ellos hay que añadir en la época clásica francesa las formas regulares de las plazas construidas: la Place des Vosges y la Place Dauphine, en el París de Enrique IV; la Place des Victoires y la Place Vendôme, en el París de Luis XIV; la Place de la Concorde, en el París

de Luis XV. Y también las formas regulares de los jardines públicos: los jardines de las Tullerías, a partir de finales del siglo XVI; de Luxemburgo, del Palais-Royal y el Jardin des Plantes, en el siglo XVII; los jardines del paseo del Cours-la-Reine, bajo la regencia de María de Médicis, y el Cours des Boulevards, datado en 1670. Estas distintas creaciones tienen su explicación en situaciones concretas de este gran cuerpo vivo que es la ciudad. La plaza más antigua creada en París, la Place des Vosges, lo fue en la parte de la orilla derecha donde el rey había residido de forma estable desde hacía menos de medio siglo y donde todavía permanecían las huellas del pasado esplendor; la Place Dauphine no es más que la unión entre el Pont Neuf, que acababa de ser construido, y el Palais. Por el contrario, las plazas posteriores se construyeron en la orilla derecha, en la parte donde se alzaba la nueva residencia del monarca: el Louvre y las Tullerías. El paseo público de carácter mundano surgió en este último lugar, en el propio jardín del soberano. Y si el paseo del Cours, donde se alardeaba en tiempos de Luis XIII del naciente lujo de las carrozas, proyectó cierto esplendor entre las avenidas del Cours-la Reine, fue también debido a la proximidad de la residencia real.

Así es como se expresa la ciudad en su composición, natural o artificial. Solo podemos intervenir con gran precaución en su organismo, sin olvidar que nos encontramos ante un ser vivo. Solo seremos auténticos urbanistas si poseemos el sentido de esta vitalidad. Podremos así plantear los problemas tal como se debe. Por ejemplo, podemos observar que, en lo que concierne a París, se trata menos de un problema de ordenación que de un problema de extensión. La distancia es un fenómeno esencialmente variable. A mediados del siglo XIV todo se decidía en la parte de París situada entre la Place Baudoyer y la Bastilla, alejada del Châtelet. A principios del mismo siglo los carmelitas, instalados cerca del Sena, junto al actual Boulevard Henri IV, se lamentaban de estar situados a gran distancia de las universidades o, dicho de otro modo, de la porción de la orilla izquierda situada junto a la salida del Petit Pont, que solo podían frecuentar a costa de las mayores penalidades. Por ello el rey los instaló junto a la Place Maubert. Hechos como este otorgan todo su significado a la expresión «estacionario y residente» que sirve para designar al burgués de París en tiempos de Felipe Augusto. De ese modo podemos apreciar los estrechos vínculos que ataban al ciudadano al suelo urbano. Pero dichos vínculos se han ido distendiendo con el paso de los años. Las comunicaciones, que se han vuelto más fáciles, han acercado a los hombres. Unos lugares que hace un siglo, es decir, en el momento en que en París se crearon los primeros medios de transporte colectivo, aparecían con rasgos campestres, en la periferia exterior de la ciudad se han convertido en puros y simples barrios y el campo ha retrocedido hasta mucho más lejos. Lo que entonces se consideraba alejado, ahora se considera algo muy cercano. Incluso la gran ciudad ha ido más allá de los límites del departamento del Sena. En los departamentos vecinos la gente vive en unas localidades que son algo así como prolongaciones de París y desde las que se llega cada día a la ciudad para ocupar un lugar de trabajo en alguna oficina, almacén o taller. De todos modos, si París ha roto no solo su marco urbano sino también el marco departamental, no por ello el uno y el otro han dejado de existir desde un punto de vista administrativo, como si esta ciudad no hubiese cambiado desde los tiempos en que nació, con la Revolución, el régimen actual. Superadas

de hecho las viejas circunscripciones, deberían serlo también de derecho. La supresión de las fortificaciones —un acontecimiento de inmensa importancia si pensamos que París, desde el Bajo Imperio Romano, ha estado siempre rodeada por una muralla— debe producir todos sus efectos: junto al desmantelamiento de las fortalezas de segunda línea, deja el campo libre para constituir en un solo organismo la ciudad y su periferia.

Luego habrá que llegar hasta la causa misma de la situación actual, debida a la afluencia de los seres y de las cosas en un centro como este. Esta convergencia hacia París es el destino intrínseco de esta ciudad, capital de la nación más centralizada del mundo. De ahí el punto de irradiación que constituye esta ciudad para las carreteras y las vías férreas de Francia. También de ahí el hecho de que París es, debido al Sena y a los canales, el puerto francés más importante. Y, finalmente, de ahí la preeminencia intelectual, comercial e industrial que ejerce esta ciudad sobre el conjunto del país. Querer oponerse a esta corriente poniendo trabas, mediante meras medidas administrativas, al éxodo rural, por ejemplo, significaría realizar un esfuerzo en vano. Para obtener algún resultado a este respecto habría que industrializar el campo. Del estado de cosas ineluctable que acabo de señalar se desprenden los atascos de París, la lepra de los tugurios y la monstruosa excrecencia de la periferia roja. Cortar por lo sano equivaldría a destruir una parte significativa de París y de su periferia. Todo se opone a una operación de este tipo.

Los progresos de la ciencia han contribuido a agrandar desmesuradamente París. Estos mismos progresos, aplicados a los medios de transporte, deben servir para descongestionar esta ciudad. Basta con concebir lejos de París, y no junto a sus puertas —tal como se ha hecho en el proyecto de formación de una aglomeración en la Courneuve—, varias ciudades satélite en un suelo rural en el que el trazado de las vías y las distintas ordenaciones urbanas precederían a la cesión de parcelas aptas para la construcción. Habría que imponer unas servidumbres a los compradores de dichas parcelas, mientras otras servidumbres protegerían el campo circundante del peligro de las construcciones parásitas. Entre estas ciudades satélite y París se producirían acciones y reacciones que tenderían a equilibrar, por el juego de las fuerzas naturales, las necesidades a las que satisfacen las funciones urbanas.

Forma parte de la lógica de las cosas vincular la ordenación de la parte de la periferia sur donde se encuentra Sceaux, a la pauta de la Ciudad Universitaria que, en el límite de París, se corresponde en sí misma con el eje de la ciudad universitaria de la orilla izquierda del Sena. De forma similar, la lógica impondrá nuevas fórmulas que sustituirán las fórmulas del pasado, que son ya caducas. La puerta de una ciudad solo tiene sentido si la ciudad está provista de una muralla o de un límite administrativo. En la composición urbana todo debe expresar al máximo la vida misma de este ser colectivo que es la ciudad.

LAS CIUDADES EGIPCAS. LA CIUDAD DIVINA

Los geógrafos explican la formación y el desarrollo de las ciudades por razones debidas al suelo. Replica Fustel de Coulanges:

Sin duda alguna, la naturaleza física ejerce cierta acción sobre la historia de los pueblos, pero las creencias del hombre ejercen una acción mucho más poderosa.

Luego prosigue:

Solo una creencia ha podido fundar la sociedad. A medida que los hombres iban sintiendo que existían unas divinidades comunes a todos ellos, se fueron juntando en grupos cada vez más extensos,

Y de este modo crearon la ciudad. Ninguno de estos dos puntos de vista podría ser exclusivo. A falta de otros ejemplos, Egipto lo demuestra. La naturaleza, tal como se presenta en este país, y las creencias del hombre, estrechamente asociadas, han contribuido a la formación de las ciudades. ¿Acaso estas no son hijas del valle del Nilo, al igual que la sociedad y la civilización egipcias, tanto que las dos grandes divinidades que gobiernan la vida de los seres sobre este suelo y, por consiguiente, marcan con su huella la ciudad, son, bajo la forma de Osiris y Ra, la personificación de los dos elementos esenciales de la naturaleza: el río fecundante y el sol radiante? Así pues, la naturaleza interviene por partida doble en la base del hecho urbano: por sí misma y mediante sus fuerzas divinizadas.

Si, como escribe Herodoto, Egipto es «un regalo del río», ello es así a condición de saber utilizar dicho regalo. La disciplina social, impuesta por la necesidad del esfuerzo común en aras de conseguir que la crecida anual del Nilo fuese benefactora, llevó al pueblo egipcio a la poderosa organización política que se expresa en la monarquía absoluta de los faraones. Este largo y fértil valle, bordeado por los acantilados de los desiertos líbico y arábigo, y que se expande hasta el Delta, forma, además, una unidad territorial muy bien definida, a la cual debía corresponder una unidad de civilización que queda reflejada en la ciudad egipcia —ya esté situada en el Alto Egipto o en el Delta— que puede denominarse la ciudad de tipo faraónico, es decir, una aglomeración caracterizada por el poder absoluto de un soberano que es al mismo tiempo un dios. Es por excelencia la ciudad dominada por las ideas religiosas: de ahí su carácter y su fisonomía. Ha desarrollado hasta el máximo

esa naturaleza y esa forma de ciudad donde todo debe ser considerado en función de lo divino. Dos elementos esenciales, el templo y la tumba, están en la base de la vida urbana. La concentración y la actividad de los hombres están unidas a las exigencias de lo divino. Las viviendas se ordenan en función de dichas exigencias. Existe un orden urbano grandioso que toma su significado de lo divino, un arte urbano magnífico, inspirado en las necesidades del culto.

La línea recta en el trazado urbano aparece en Egipto con un doble origen: uno, cultural, y otro, utilitario, es decir, derivado de las necesidades propias de la aglomeración. Cabe recordar lo que escribe Herodoto, a quien los sacerdotes, en Egipto, le contaron que Sesostris realizó el reparto de las tierras asignando a cada egipcio una porción igual de terreno, de forma cuadrada, con la obligación de pagar anualmente un canon al soberano. Si el río, en el período de crecida, arrebatava a alguien una parte de su parcela, el egipcio perjudicado se dirigía al rey, quien delegaba en los agrimensores encargados de tomar nota de la parte afectada, con el fin de que el canon fuese reducido proporcionalmente a la pérdida. Herodoto llega a la conclusión de que este es el origen de la geometría, que pasó de Egipto a Grecia. Además, el dispositivo de ordenación del suelo en Egipto, concebido por los hombres para recibir las aguas del Nilo en el momento de la crecida anual, dibuja, bajo la forma de canales y terraplenes, un damero que recuerda el signo jeroglífico que designaba el *nomos*, es decir, una división territorial y administrativa. Si observamos el propio suelo de Egipto, nos daremos cuenta de que este país está consagrado, por decirlo así, a la línea recta y al diseño geométrico basado en el rectángulo, que representa el signo jeroglífico del *nomos* y que volvemos a encontrar en la forma alargada del templo tebano.

Este país, formado por el Nilo, que discurre por una llanura asentada entre dos acantilados de relieve uniforme, parece invitar al trazado rectilíneo, a la bella horizontalidad de los largos muros de los edificios religiosos. La vertical, bajo la forma de pilonos, obeliscos y pirámides, se relaciona con el sol, cuyo culto señalan todos estos monumentos. Así, en un orden perfecto, que es el mismo de la naturaleza, las líneas horizontales y verticales, con las que se expresan las creencias religiosas de este pueblo y que sirven para definir la silueta urbana, se armonizan con la tierra y el cielo. El factor de la estética urbana se corresponde con el elemento orgánico de la vida de este pueblo, es decir, con el factor religioso. No parece necesario asignar a la línea recta el sentido de una orientación ritual, puesto que en el trazado de los templos era más teórica que efectiva. La lección de Egipto no debe ser olvidada por los urbanistas, y especialmente la lección del paisaje, que es uno de los fundamentos de la estética urbana.

Si nos remitimos al signo jeroglífico que designa la ciudad, esta tiene su origen en un cruce de caminos rectilíneos, y se encuentra en el interior de un recinto circular. Como capital del *nomos*, es originalmente un lugar de culto, de refugio y de mercado para la población de este territorio. El «castillo del dios» o templo de la divinidad del *nomos*, acompañado de sus dependencias y provisto de su propia muralla —que, según el jeroglífico que lo designa, adopta una forma cuadrada—, domina la aglomeración, donde destaca la residencia del soberano o del nomarca que lo representa, también cerrada y formando un rectán-

gulo, según el signo jeroglífico, por no hablar de los edificios necesarios para la administración de los habitantes. Los dioses son los auténticos «señores de las ciudades» y estas se los reparten. Tienen nombres que expresan que son «la casa» de una u otra divinidad, aludiendo naturalmente al templo dedicado al culto de esta.

Para comprender la ciudad egipcia es preciso tener en cuenta la civilización material y moral de este pueblo. Las obras de construcción de diques, de canalización y de irrigación que tuvo que realizar desde sus orígenes, el grado de perfección que alcanzó en las artes, y que podemos apreciar desde finales del IV milenio a.C., la escritura jeroglífica que inventaron y que aparece en esta misma época, el calendario, ya en uso a finales del V milenio, es decir, todo lo que sabemos de este pueblo se ajusta realmente a la idea de ciudad, en el sentido más elevado de la palabra. Pero esta idea, para que quede bien definida, necesita ser vinculada a las condiciones generales de vida, a los tipos de vivienda y a los sistemas de circulación. Egipto es un país esencialmente agrícola. ¿Cómo podría la ciudad no resentirse de este hecho? A excepción de las de la gente importante, las viviendas son de lo más sencillo. Están hechas con madera y entramados de caña, con adobe o con ladrillo. Todo esfuerzo en el arte y en la vida ordenada converge hacia lo que tiene relación con la divinidad. Incluso el palacio del rey es de ladrillo, mientras que su monumento funerario, que lo liga a lo divino, es de piedra, al igual que los templos. Para el faraón, la residencia esencial no es el palacio donde transcurren sus días, sino la tumba relacionada con la vida eterna. La piedra significa precisamente la eternidad. Solo se utiliza en los «monumentos eternos», es decir, en los templos y las construcciones funerarias, donde encuentra su uso de forma completamente natural para enmarcar los «cuerpos eternos» que son las momias. A partir de la dinastía IV, hacia el año 2800 a.C., la piedra pasa a ser de uso corriente en estos dos tipos de edificios, y, a partir del año 2900 a.C. aproximadamente, aparece la columna con capitel, con un aspecto a la vez dórico y corintio, a la espera de que se descubra durante la V dinastía, hacia el año 2600 a.C., la columna palmiforme.

Para conocer la ciudad egipcia también es preciso hacerse una idea de toda la población al servicio del rey, que es un dios, y de la divinidad en general. Es preciso comprender hasta el final la lección del paisaje, de este paisaje *divino*, muy distinto del de Palestina o de Asís, por ejemplo, donde Dios también dejó su huella, porque en Egipto lo divino es como el fruto de la unión de todo un pueblo con su tierra. En esta, templos y tumbas, a los que están vinculadas las ciudades y que ayudan a explicarlas, poseen una fuerza expresiva que debe retener nuestra atención. La evolución de sus formas se corresponde a la de la noción de lo divino, y puede servir para señalar los diferentes estadios de la evolución urbana.

Primitivamente, solo un ser es tenido en cuenta en lo que se refiere a la divinidad: el faraón, «el dios», tal como lo denominaban en los tiempos del Reino Antiguo. Él es el intermediario entre el cielo y la tierra. Solo él puede gozar de la vida eterna. La existencia de su pueblo depende de él, tanto si está vivo como si está muerto. Al morir se trasmutaba en Osiris. De ahí la importancia que se otorgaba a la conservación de su cadáver y a su sepultura, y de ahí la masa colosal de la pirámide –la tumba del faraón– destacándose bajo un cielo resplandeciente. Esta tumba gigante aparece bajo la dinastía III, que se remonta apro-



24

24 Sala principal del templo de la Esfinge, cerca de Menfis.

25 Kahun, según Flinders Petrie.

ximadamente al 2900 a.C. Durante la dinastía IV (2840 a 2680 a.C.) alcanza su forma definitiva y sus mayores dimensiones. Confiere al suelo egipcio su característica más sorprendente. La pirámide va unida a un templo en el que, según la concepción del culto de Osiris, el difunto vive bajo la forma de las estatuas que lo representan. A este complejo arquitectónico se accede a través de una avenida rectilínea y cubierta en la que un monumento constituye un pórtico de entrada por el lado del valle, como es el caso del templo de la Esfinge, situado en el inicio de la avenida que conduce hasta la pirámide de Kefrén. La pirámide ha sido definida como una fortaleza destinada a proteger un cuerpo que ha encontrado su paraíso junto a Osiris, «en el mundo inferior». Este prodigioso amontonamiento de bloques de piedra tallada y aparejada es la expresión más poderosa de lo divino que el hombre haya realizado jamás. El misterio del ser y el de la naturaleza envuelven al hombre en unas tinieblas que solo los progresos del saber humano a lo largo de los siglos poco a poco acabarán por atravesar.

En su evolución, la ciudad está vinculada a estos lentos progresos. El edificio de culto, que en otro tiempo fue la expresión del alma colectiva, se convertirá posteriormente en un mero objeto de curiosidad. Las iglesias de nuestras ciudades ¿son actualmente, en el organismo urbano, lo mismo que fueron en la Edad Media? Sin embargo, vemos como bajo la dinastía V (2680-2540 a.C.) el dios del Sol, señor de Heliópolis, una ciudad no muy lejana de aquella donde se levantan las pirámides, manifiesta su acción. Los faraones de esta época construyen, en la orilla izquierda del Nilo, junto a Menfis, los primeros templos que poseen un carácter general y ya no local y los consagran a Ra, el dios solar. Imaginemos sobre un cubo de mampostería un obelisco, símbolo de ese dios el cual representa el haz de rayos que iluminan y calientan. Ante él, se sitúa el altar destinado a recibir las ofrendas y donde se colocan los vasos para las libaciones. El conjunto está situado en un patio al aire libre, delimitado por una muralla rectangular a la cual se accede por una avenida cubierta que desemboca por el lado del valle, bajo un pórtico monumental. Así son los templos solares que los soberanos de la dinastía V construyeron en las proximidades de Menfis, su capital, cerca de las pirámides, las cuales, a su vez quedaban teñidas por los reflejos del sol ¿Acaso sus caras triangulares no se asemejan a los rasgos difundidos del astro divino? Estos monumentos se convirtieron en solares durante la dinastía VI, hacia el año 2500 a.C., al mismo tiempo que el rey difunto, aunque siguió siendo Osiris, se convirtió en Ra, y desde entonces abandonó «el mundo inferior» para subir al cielo y unirse a su padre Ra.

Entreabierta la bóveda celeste de esta forma, todos los hombres desearon seguir al faraón al más allá: la vía del cielo quedará abierta para todos, como consecuencia de una evolución política y religiosa que se produjo entre los siglos XXIV y XXII a.C., y sustituyó la autocracia divina del Reino Antiguo por un régimen de instituciones legales a la vez que por una concepción religiosa gracias a la cual todos podían obtener, a través de ritos funerarios, la vida eterna ¿No es lógico que las ciudades, al igual que la sociedad, recibiesen los efectos de esta doble evolución? La ciudad egipcia de época posterior debe diferenciarse de la precedente. ¿Podría ser de otro modo, cuando vemos, por ejemplo, como los artesanos, elemento urbano por excelencia, que antes estaban en manos del rey, de los señores o

de los sacerdotes, gozan a partir de entonces de cierta libertad? Del mismo modo, el aspecto que presenta el templo ha cambiado, como veremos más adelante.

Existen ciertos elementos que, desde un punto de vista urbano, debemos relacionar estrechamente. La tumba del faraón, su «palacio», el templo de la divinidad y la ciudad son partes de un mismo conjunto. Senusret I, que reinó en el siglo XX a.C., señala los estrechos vínculos materiales que existen entre el faraón y la divinidad, cuando afirma:

He terminado las obras del palacio de mi padre Atum (el Sol); he colocado su altar en la tierra; *he fundado mi palacio en las proximidades del suyo* para que el recuerdo de mis bondades perdure en su residencia; puesto que este palacio es mi nombre; el lago es mi monumento; es mi eternidad, todo lo que he hecho de ilustre y útil para el dios.

Así, el «palacio» del dios y el del rey son vecinos. Por lo demás, los textos de las pirámides, contemporáneos del Reino Antiguo, asimilan la vida del faraón en el más allá a la vida de Ra y, por ejemplo, dan a su residencia un aspecto divino: mástiles, y a veces obeliscos, se levantan frente a su palacio, al que se llega a través de una avenida flanqueada por esfinges, guardianes vigilantes que «apartan a los hombres». Durante su reinado le corresponde a él, en calidad de descendiente de los dioses, construir templos a la divinidad y garantizar el culto divino. Así pues, nada más natural que ver al faraón residir, en la tierra, próximo al dios.

Por otra parte, durante la dinastía IV se hace mención de la ciudad situada junto a la pirámide de Keops. En los inicios de dicha dinastía, es decir, hacia el año 2800 a.C., el faraón Snefru decide que «las dos ciudades de sus dos pirámides quedarán eternamente exentas de realizar todo tipo de prestaciones al rey y de pagar cualquier clase de impuestos a la corte», a cambio de que los sacerdotes que vivían en ellas celebrasen el culto divino para él. A la pirámide queda así anexionada una ciudad en la que tiene particular importancia el elemento sacerdotal.

Basta considerar, por una parte, la larga duración de los trabajos de construcción de dicha pirámide y, por otra, la abundante mano de obra de todo tipo que allí se empleaba para confirmar que una aglomeración se haya formado naturalmente al pie de una pirámide. Además, un arqueólogo, Flinders Petrie, ha exhumado los restos de una aglomeración de este tipo: la de Kahun, vinculada a la construcción de una pirámide fechada alrededor de 1900 a.C. Junto a esta había un templo rodeado de una muralla de ladrillo sobre la que se apoyaba el muro de una pequeña ciudad, llamada «palacio del reposo» del faraón. Dicha ciudad había sido trazada con una planta regular: estaba formada por calles rectilíneas que se cortaban en ángulos rectos y estaban flanqueadas por casas de cuatro habitaciones, por no hablar de algunas otras viviendas de forma rectangular y más grandes. Apenas mide 8 hectáreas. En las calles se han descubierto los restos de los conductos de agua. Al parecer, la habitaban los artesanos que trabajaban en la pirámide y sus familias, y fue abandonada tras la muerte del faraón.

Como ya se ha señalado, la aglomeración religiosa constituida al pie de la pirámide gozó de ciertos privilegios. Ahora bien, existen otras agrupaciones que pueden ser tratadas de forma análoga. Me refiero a las «ciudades de inmunidad del Alto Egipto», construidas



25

bajo el reinado de Pepi II (2485- 2390 a.C.). De todos modos, la palabra «ciudad» debe ser tomada en un sentido muy general, como en el caso de la fundación de un templo realizada durante este mismo reinado, que constituye una «ciudad nueva» donde se erigió un mástil de madera de Siria y se hizo pública lo que podríamos llamar la «carta de franquicia» del lugar, grabándola en piedra: se trata en realidad de pueblos. Sea como sea, este hecho da testimonio de un movimiento de orden económico y social que tiene que afectar necesariamente a la ciudad. Durante la Edad Media francesa volveremos a encontrar una ciudad nueva con las mismas características que acabamos de encontrar en Egipto durante el III milenio a.C. Bajo el reinado de Amenemhet I (2000 a 1770 a.C.), con el que se inicia la dinastía XII, se hace mención de un «regente de las ciudades nuevas», favorito del rey, que dirigía la ciudad de la necrópolis real o era gobernador de la ciudad real, en fin, era señor, regente o gobernador de un centro urbano. El territorio urbano estaba delimitado por unas estelas, «duraderas como el cielo» (así se afirmaba en tiempos del mismo faraón). Al mismo tiempo, los *tells* de antiguas ciudades pandean el suelo: algunas aglomeraciones se han recubierto con un sudario de arena, mientras que otras, nacen. Es el juego de la vida y la muerte.

La tumba real es, durante la vida del monarca que la hace construir, un centro de gran actividad debido a la enorme cantidad de materiales que se requieren para su construcción, dando así origen a aglomeraciones del tipo de Kahun. Después, una vez ocupada la tumba por el faraón, «la ciudad de la pirámide» crece en torno a ella con su impronta particular de vida. Junto a esta tumba se encuentra el cementerio que acoge a los miembros de la familia real o de la corte. Un texto menciona una tumba que se encontraba «en la necrópolis que depende de la pirámide de Kefrén». Se trata de una auténtica ciudad de los muertos, de trazado regular, con la perfecta alineación de las mastabas que, efectivamente, se extiende a la sombra de la pirámide. Bajo esta forma aparece el trazado regular, antes incluso de manifestarse en la ciudad de los vivos; en ambos casos, el trazado regular está vinculado a la pirámide o, dicho de otro modo, a un edificio religioso.

Dos ciudades deben ser estudiadas con particular atención en el Egipto de la época más antigua: Heliópolis y Menfis. Heliópolis es la ciudad del Sol, «la casa de Ra». En el lugar donde el Nilo separa de su tronco las ramificaciones que forman el delta, es decir, en el punto de contacto entre las «Dos Tierras» —el Delta y el Valle— que componen Egipto, Heliópolis señala tal vez, en la noche de los tiempos, el primer destello urbano que iluminó el suelo egipcio. La observación del sol, vinculada al culto del que este astro era objeto, parece haber ocupado desde la antigüedad más remota a los sacerdotes de este lugar, denominados con el término característico «los que ven». Sin duda, de estas observaciones surgió el calendario, utilizado desde finales del V milenio a.C. En la orilla oriental del Nilo, allí donde el río se expande ampliamente por la abrasada llanura, un lugar donde se honra al dios Atum y desde donde se alzan hasta el cielo las jaculatorias de los sacerdotes oficiantes, un lugar de culto y de especulación intelectual: así se nos presenta Heliópolis. Nada más inmaterial que este centro. Sin embargo, el dios local, Atum, creador del mundo, llegará a identificarse con el sol y se convertirá en Atum-Ra, o Ra a secas. De ahí la prodigiosa difusión de su culto y la influencia espiritual —y, por consiguiente, política y social— de su ciudad. Todo Heliópolis depende de este factor.

Desde un punto de vista material es una ciudad dispuesta en torno al templo de Ra, que ocupa aproximadamente el centro de la población y está rodeada por un muro de adobe.

Menfis, situada en la orilla izquierda del Nilo, un poco al sur de Heliópolis, parece remontarse al primer rey del Egipto unificado, Menes, que reinó hacia el año 3300 a.C. Su ubicación en los confines de las Dos Tierras parece tener relación con la unificación egipcia. Sin duda, se trataba en su origen de una pequeña plaza fuerte ubicada en el radio de acción de Heliópolis y en las proximidades de un dique que había conseguido arrebatar al río el suelo sobre el que se asentaba. Es el llamado Muro Blanco, de forma rectangular muy alargada, según parece, y que desempeñaba un papel esencial en la coronación de los faraones. En efecto, la ceremonia comprendía, además de los ritos que se desarrollaban en el interior de los edificios reales de Menfis, una procesión alrededor de ese muro. Tal como afirmábamos a propósito de Reims, se trata de la ciudad de la consagración, y por lo tanto, vinculada a recuerdos muy remotos, tanto religiosos como políticos. Sea como sea, el Muro Blanco es mencionado desde finales de la dinastía II, es decir, hacia el año 2900 a.C. Su dios es Ptah, que parece haber sido originariamente ajeno a la pequeña fortaleza que acabó, no obstante, incorporando a su dominio; se decía en efecto «Ptah al sur de su Muro», indicando de este modo que su templo estaba situado fuera del Muro Blanco. Si tuvo más tarde su propio santuario en la ciudad, no le dio a esta su nombre. Ptah se identifica con el toro Apis, para el que se dispondrá, en Menfis, la magnífica necrópolis del Serapeo, y a quien Alejandro ofrecerá sacrificios en el Apieion. Ptah es el dios alfarero, patrón de aquellos artesanos que han poblado Egipto de grandiosos monumentos y obras de arte.

El Muro Blanco no podía dejar de atraer la atención de los faraones que trasladaron allí la sede de su poder: se produce así el desplazamiento de Tinis —ciudad del Alto Egipto de donde procede la dinastía de Menes— hacia Menfis y Heliópolis. Prueba de ello es que las sepulturas de la mayoría de los faraones de la dinastía II ya no se encuentran en Abidos, es decir, cerca de Tinis, sino mucho más al norte, entre El Fayum y Menfis. Con la dinastía III, que inaugura hacia el año 2900 a.C. el Reino Antiguo, comienza la gran época de Menfis. En los alrededores del Muro Blanco, el paisaje se puebla de pirámides, monumentos funerarios de los faraones que expresan, por medio de nuevas formas arquitectónicas, ideas nuevas sobre la vida en el más allá. La innovación se inicia durante la dinastía III con la pirámide escalonada de Saqqara, y prosigue en la dinastía IV (2840 a 2680 a.C.) con las grandes pirámides de Guiza, vinculadas a los nombres de los faraones Keops, Kefrén y Micerinos. Tal como afirma un texto egipcio, es

[...] el lugar sublime de los tiempos antiguos, cerca de los dioses, señores de Babylon (localidad situada entre Heliópolis y Menfis, frente a las pirámides de Guiza) y de la ruta de los dioses, al oeste de Heliópolis. Allí descansa la enorme estatua (Esfinge de Guiza) de Kepri (el sol naciente), en este lugar abundante en almas, y muy temido, sobre el que planea la sombra de Ra.

Un paisaje lleno de espiritualidad, un paisaje sublime, hace de Menfis uno de los lugares más emblemáticos de la humanidad. En él la muerte está al lado de la vida puesto que, no lejos



26

26 Corredor y vestíbulo de acceso a la pirámide de Saqqara.

27 Templo de Amón en Deir el-Bahari (restitución).

de su futura residencia funeraria, el faraón-dios tiene su palacio terrenal, incomparable conjunto de espiritualidad y poder material, bajo la luz divina del Sol.

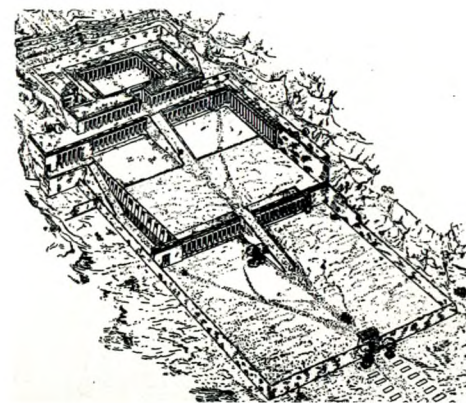
A partir de la dinastía V, que se inicia en el año 2680 a.C., Ra de Heliópolis se convierte en el dios soberano. Los reyes de esta dinastía dirigen principalmente su atención hacia los templos consagrados al Sol. Sus pirámides no tienen las proporciones gigantescas de las precedentes. Durante la dinastía VI, que empieza hacia el año 2500 a.C., Pepi I da por fin cuerpo a Menfis, reducida hasta entonces al Muro Blanco original, y la convierte en una ciudad, Mennefer «el buen puerto» (sin duda en un sentido religioso), que en griego es *Memphis*. Las dimensiones de las pirámides de los faraones de aquella época se reducen todavía más, como en el caso de Saqqara. Pero, al mismo tiempo, el monumento funerario real se espiritualiza: si ya no sorprende por su imponente masa, en cambio presenta a las miradas las enseñanzas de los textos que cubren las paredes del interior. El paisaje de Menfis evoluciona al igual que el paisaje divino, en un momento en que, por su parte, el Muro Blanco de la coronación se convierte en una ciudad, de la que puede seguirse su destino. Se trata de una ciudad longitudinal, como consecuencia de las adiciones realizadas en épocas posteriores, una ciudad en la que, como era costumbre, las viviendas unen entre sí los edificios reales o de culto. Hasta el fin de los tiempos faraónicos no ha dejado de ser la ciudad de la coronación y brilla con gran esplendor en tiempos de Seti I y de Ramsés II, es decir, a finales del siglo XIV y durante el siglo XIII a.C. Ptah se asocia al Sol en el gobierno del mundo. Su ciudad se beneficiará más tarde del papel político asumido por el Delta. En los tiempos en que Herodoto realizó su viaje a Egipto, es decir, hacia el año 450 a.C., algunos fenicios de Tiro vivían en Menfis, en un barrio llamado el Campo de los Tirios. Amasis, que reinó desde el año 569 hasta el año 525 a.C., trasladó a esta misma ciudad a colonos jonios y carios que, de modo similar, ocuparon barrios diferenciados. Era, además, una ciudad fortificada.

Si la expresión «ciudad de dios» es la primera que se nos ocurre para caracterizar la ciudad egipcia, debe aplicarse sobre todo a la ciudad del Reino Antiguo. La ciudad del Reino Medio y del Reino Nuevo o, si se prefiere así, la ciudad posterior a la doble evolución señalada más arriba, es decir, la ciudad que se nos presenta a partir del año 2000 a.C. aproximadamente, representa un tipo más evolucionado. De todos modos, continúa reflejando la evolución misma de lo divino. A partir de ahora hay un paraíso para todos, con la única condición de merecerlo. La antigua pirámide no protege ya con su sombra gigantesca la vida y la muerte. El plebeyo egipcio ya no yace bajo la arena del desierto sin ataúd. Existe una igualdad ante la muerte. En la necrópolis los rangos sociales se confunden. Ciertamente, el faraón sigue siendo dios y, como tal, es omnipotente. Pero sus súbditos, tras la muerte, se convertirán en Ra como él. Por ello la ciudad adquiere otro carácter.

El templo, en la base misma de la ciudad, expresa la asociación divina entre Ra y Osiris, que se ha convertido, como consecuencia de esta evolución religiosa, en huésped del cielo. Por tanto, las formas difieren de las del templo solar anteriormente descrito. Se inspiran en las de la vivienda —palacio del rey o residencias de los nobles— puesto que si Ra es el sol, Osiris es un ser divino de origen terrestre. Del mismo modo que la casa tiene un

ámbito para la vida social y otro para la vida privada (diferenciadas en la Edad Media y hasta el siglo XVI, oponiendo la sala al dormitorio), el templo alinea sus estancias en función de su uso público, semipúblico y secreto. El muro que lo rodea tiene una entrada que conduce primero a un patio rectangular en el que un pórtico, destinado a proteger a los visitantes del sol, bordea todos sus lados: este es el espacio público. Luego, en la prolongación del patio, se extiende la sala hipóstila o, dicho de otro modo, una sala cuyo techo está soportado por columnas. Dicha sala se corresponde aproximadamente con el megarón de la casa griega, donde se recibe y se celebran los banquetes; en el templo, es el lugar donde la divinidad queda revelada a los «puros» que van a adorarla: es la parte semipública. Por lo general se suceden varias salas hipóstilas. Finalmente, al fondo de todo, hay una sala de dimensiones más pequeñas, que equivale al dormitorio de la casa. Es el lugar secreto donde se encuentra «la imagen viva del dios» y al que nadie tiene acceso salvo los sacerdotes responsables del culto. Distintas dependencias relacionadas con los ritos religiosos completan este lugar. Concebido de este modo, el templo se alza como la imagen del mundo, sintetizado por Egipto. Las columnas con sus capiteles recuerdan la vegetación del país; en la sala hipóstila se elevan como si sostuvieran el cielo, evocado en la decoración del techo. Para designar esta sala encontramos la expresión «sala verde de los papiros». La disposición de las tres partes del templo responde al recorrido solar de Ra, que, desde la aurora, extiende sus primeros rayos sobre la sala hipóstila, abraza luego la llanura celeste recortada por el patio y, finalmente, regresa, siguiendo las sucesivas degradaciones de la luz a lo largo del día, a la noche de su santuario. Percibimos la armonía que convierte el suelo, por donde transcurre majestuoso el Nilo, y el cielo radiante, en un conjunto terrestre y celestial, humano y divino, que hechiza la razón y la mirada. El edificio queda completado por una entrada imponente, adecuada a la majestad divina. La puerta que conduce al patio desde el exterior se erige con pilonos cuyas dos elevaciones, a derecha e izquierda de la entrada, representan «las dos grandes diosas situadas en el lado oriental del cielo» y está precedida en el exterior por dos obeliscos «que iluminan las Dos Tierras al igual que el sol», por unos mástiles con banderolas, y a veces también por unas imponentes estatuas o por una avenida flanqueada por esfinges. Ya hemos observado anteriormente, en el Reino Antiguo, la avenida cubierta que conduce hasta la pirámide o el templo solar y la avenida de esfinges que conduce a la residencia divina. Este tipo de vías que hemos visto vinculadas al templo durante el Reino Medio y el Reino Nuevo, constituyen en el arte urbano una modalidad de trazado decorativo que ha gozado de gran favor en tiempos posteriores: como hemos visto, su remoto origen es religioso.

Esfinges con cabeza humana, como las del templo construido hacia el año 1500 a.C. en Deir el-Bahari, o con cabeza de carnero, como en Tebas, introducen una nota artística muy expresiva a lo largo de la vía rectilínea que conduce hasta el edificio sagrado. Debemos relacionar los carneros sedentes de las avenidas de Tebas con el carnero Amón, una divinidad vinculada a esta ciudad. La vía recta, combinada con esta escenografía escultórica, confiere al templo, elemento de formación o esencial de la ciudad, su plena expresión. Por dicha vía los fieles se encaminaban hacia el lugar sagrado con un estado espiritual recogido



27

y las procesiones podían desplegar su larga cinta en un marco adecuado. Se trata de la unión majestuosa de la ciudad con el templo. La avenida moderna tiene este origen, asociado a otro que no se remonta más allá del Renacimiento: en cuanto orla escultural, tiene su prototipo en Egipto, pero en cuanto borde arbolado deriva de las largas vías rectilíneas y sombreadas que daban acceso a los castillos según el tono del arte clásico. La avenida toma su significado del lugar al que conduce. En el Egipto de los faraones tiene un carácter eminentemente religioso. En su origen, bajo el reinado de Luis XIV, la avenida de los Campos Elíseos era un simple trazado natural ordenado según el arte de los parques o de los bosques de caza de la época, que adquirió un sentido especial bajo Napoleón I como consecuencia de la construcción del Arco de Triunfo: es un ascenso a la gloria. Desde entonces también es, a su manera, una vía mística.

La avenida monumental contribuye a evidenciar el carácter propio del templo, centro vital del pueblo egipcio. El patio al que conduce la avenida ofrece a los ojos de quienes entran en él decretos reales grabados en piedra o también, reproducidas en las murallas, las proezas del faraón. Para los egipcios es un lugar que presenta ciertas analogías con lo que será la Acrópolis para los atenienses. Imaginad templos, palacios y, en sus proximidades, las viviendas de los simples mortales: ahí tenéis la ciudad egipcia, una aglomeración en las proximidades de un templo, cuyos habitantes se refugian, si ello es necesario, tras los muros de la residencia del dios: esta es su forma primitiva. Luego, esta agrupación crece y se rodea a su vez de una muralla de ladrillo. Pueden existir en las proximidades otros núcleos constituidos de modo semejante. Un crecimiento común unirá a todos por medio de barrios. Existe, pues, un orden urbano en el que el templo es el elemento generador. Del mismo modo que el arte de la arquitectura aparece primero bajo la forma de edificios religiosos, también el arte urbano se nos presenta en su origen dependiente del culto.

Ahora bien, además del templo hay que tener en cuenta la necrópolis, cuyo aspecto se nos presenta, a partir de la dinastía XVIII (1580 a.C.), distinto de lo que había sido. Este cambio se producirá en Tebas. Ya los reyes de la dinastía XI (2160 a 2000 a.C.)¹ se habían sentido atraídos por este lugar, donde habían construido edificios funerarios al pie del acantilado líbico, en Deir el-Bahari. Los soberanos de la siguiente dinastía se sintieron, sin embargo, atraídos por la región de Menfis: es aquí, cerca de El Fayum, donde residen y edifican sus pirámides. Se han descubierto en esta zona restos de ciudades de trazado regular, cuyas vías estrechas y largas estaban flanqueadas por pequeñas casas de ladrillo, juntas unas a las otras y habitadas sin duda por los obreros y empleados que los faraones utilizaban para las distintas obras que emprendieron en esta región. Sin embargo, la atracción hacia el norte no impidió que Amenemhet I (2000 a 1970 a.C.), con quien se inicia la dinastía XII, mostrará una devoción especial hacia una divinidad con forma de carnero o ganso extraña al Bajo Egipto, Amón, bajo cuyo patronato se puso (*Amenemhet* significa «Amón está delante») y al que erigió numerosos monumentos en Tebas. Es más, vemos entonces como esta divinidad se engrandece hasta quedar vinculada al Sol de Heliópolis bajo el nombre de Amón-Ra. De ahí la fortuna de su ciudad, Tebas. Un dios, una ciudad: una vez más, esta fórmula encuentra su aplicación.

El ancho curso del Nilo, cuyo brazo principal en este lugar mide, de una orilla a otra, un kilómetro, con una extensión de doce a quince kilómetros, la misma superficie de agua que de valle, entre el acantilado arábigo, al este, y el libico, al oeste: tal es el emplazamiento de Tebas. Y Tebas se adaptó a su emplazamiento: en el valle, a lo largo de este gran camino que es el Nilo, se extiende, en la orilla derecha, la ciudad. En la orilla izquierda, que el curso de agua aísla de la tierra opuesta, se escalona —al pie y en la vertiente del acantilado, cuya silueta enrojece en el horizonte inflamado—, la ciudad mortuoria, favorecida por el suelo gracias a su elevación, idónea para excavar las cavidades sepulcrales. El punto originario de la ciudad está en Karnak. Allí había en tiempos de Amenemhet I un templo consagrado a Ptah, pero el auténtico dios de Uaset, «la ciudad del cetro» o, dicho de otro modo, Tebas, era, bajo la dinastía XI, Mentu, una divinidad que reinaba en Hermontis, situada un poco al sur de Tebas, en la orilla izquierda del Nilo. En una estela conservada en el museo del Louvre, Senusret I, sucesor de Amenemhet I, conmemora las victorias de Mentu, «señor de Uaset». Pero he aquí que se inicia el reinado de Amón y de su ciudad. Esta alcanzó su mayor desarrollo durante la dinastía XVIII (1580 a 1321 a.C.), que inauguró el Reino Nuevo, y siguió durante las dos dinastías siguientes (1321 a 1224 a.C., y 1200 a 1100 a.C.). Sin embargo, resulta difícil reconstruir su aspecto puesto que, al igual que en el resto de Egipto, solo han sobrevivido los edificios religiosos que la piedra convertía en «eternos», mientras que los palacios y las demás viviendas, contruidos con materiales perecederos, han desaparecido.

La ciudad de Amón es en realidad la ciudad de una tríada divina: Amón, en Karnak; Mut, su esposa, cuyo templo se encuentra a poca distancia de Karnak; y, finalmente, Jonsu, su hijo, también en esta última localidad. Esta y Luxor, situada más al sur, en el lugar donde el canal más importante de esta región desemboca en el Nilo, forman, en la orilla derecha del río, las dos partes principales de Tebas, si las consideramos según la importancia de los edificios religiosos que albergan. Se trata de templos agrupados, de proporciones colosales, cuyos elementos constitutivos, tal como los hemos observado en páginas precedentes, se encuentran multiplicados y son obra de sucesivos faraones. En Karnak, un muro atravesado por puertas monumentales delimita un rectángulo que mide 1.600 metros de longitud, en sentido paralelo al río, y 600 metros de anchura: allí se ubicaron los templos, allí Amón-Ra posee su lugar de culto. Las dimensiones del complejo continuaron creciendo durante las dinastías XVIII y XIX, hasta el punto de quedar precedido por cinco pilonos que se sucedían intercambiando patios o salas hipóstilas. Entre los pilonos de Amenofis III (de 1415 a 1380 a.C.) y de Ramsés I (del 1321 al 1300 a.C.) se destaca sobre el cielo luminoso la masa gigantesca de la sala hipóstila de Seti I y de Ramsés II (1300 a 1234 a.C.) Junto a esta colosal construcción, que se corresponde con lo que en un templo forma la parte anterior, se alza detrás del santuario propiamente dicho, es decir, en la parte posterior, una sala con columnas de proporciones considerables denominada «paseo de Tutmosis III» (hacia el 1450 a.C.).

En cuanto a Luxor, se trata de otro complejo de edificios donde queda patente toda la magnificencia real respecto a la divinidad: obeliscos, pilonos, patios porticados, salas de columnas; todo ello fue construido por Amenofis III, Tutankamón (hacia 1350 a.C.), Horemheb (1345 a 1321 a.C.) y Ramsés II en honor a la tríada tebana. Al mismo tiempo que cons-

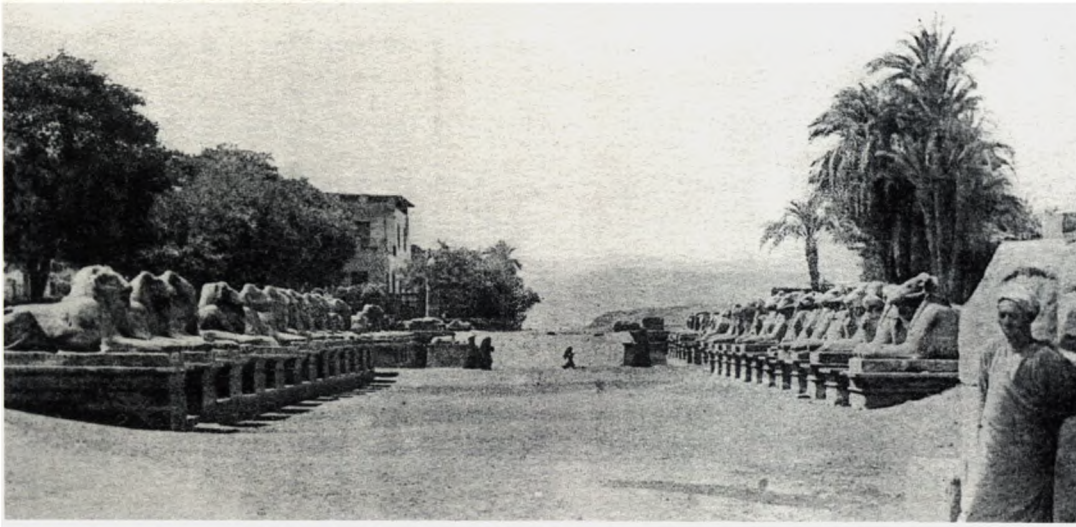
1. En esta y otras ocasiones se mantiene la literalidad del original aunque contenga algunas imprecisiones en la datación de las dinastías del Antiguo Egipto a la luz de la historiografía posterior a la fecha de publicación de la obra de Poëte. (N. del E.)

truye para su padre divino un templo en Luxor, Amenofis III reconstruye el templo de Mut. Avenidas rectilíneas, flanqueadas por esfinges o carneros sedentes, unen Karnak con el templo de Mut, por una parte, y con Luxor, por otra. La primera avenida conduce, por el lado de Karnak, a una sucesión de cuatro pilonos que se escalonan, cronológicamente, desde Tutmosis III hasta Horemheb, y se perfilan contra el cielo de forma parecida a unos arcos de triunfo. La segunda avenida parte del templo construido en Karnak, en honor de Jonsu, por Ramsés III (1200 a 1169 a.C.) y se prolonga hacia Luxor a lo largo de dos kilómetros. A propósito de Tebas, Hamelin, que se encontraba en Egipto con Bonaparte, escribe en sus *Mémoires*:

Los principales edificios se comunican entre ellos por medio de unas avenidas flanqueadas por unas figuras colosales que representan o bien esfinges o bien carneros sedentes. Me di cuenta de que dos de estas avenidas se cortaban en ángulo recto, y se me ocurrió la idea de que tal vez esta rotonda había sido decorada con algún monumento. Investigué y no tardé en encontrar un estanque circular alrededor del cual había ocho estatuas a tamaño natural, sentadas, que representaban, según la costumbre, las distintas metamorfosis de Isis. Dichas estatuas se conservan en el Museo Británico.

Así, el cruce de dos avenidas en ángulo recto determina un motivo decorativo en el lugar de la encrucijada. Volvemos a encontrar este hecho ornamental, bajo la forma del tetrapilo o del tetrakionion, en el cruce de dos grandes vías columnatas, en la ciudad helénica, que tal vez lo copió del Egipto de los faraones. En cuanto a las avenidas que aparecen en Tebas, dan respuesta a las exigencias del culto religioso, que requería unos espacios adecuados para las procesiones. Así pues, se trata de vías procesionales, pero al mismo tiempo presentan ya el carácter escenográfico de las vías triunfales.

En torno a los tres complejos de templos que acabamos de describir, Karnak, Luxor y el templo de Mut, podemos imaginar fácilmente las viviendas privadas y los barrios extendiéndose en la zona intermedia. Debemos representarnos las residencias importantes, las vinculadas a la corte real, las de los funcionarios de todas las clases con sus dependencias (jardines, etcétera), así como los edificios administrativos, puesto que Tebas es la ciudad del monarca y de la administración real, en un país marcado por un estado muy centralizado y, por tanto, muy impregnado de burocracia. Esta se desarrolló especialmente durante las dos épocas tebanas, que se corresponden con el Reino Medio y el Reino Nuevo. En el Antiguo Egipto los funcionarios siempre fueron un elemento importante de la población urbana. Habría que añadirles los artesanos de todos los oficios, la animación de los bazares característicos de Oriente, la vida rural que penetra en la ciudad. Tebas es también una gran ciudad sacerdotal. Este carácter lo comparte con las ciudades egipcias en general. Una gran parte de la población depende de las distintas necesidades del culto: obreros y artistas ocupados en la construcción de edificios religiosos, embalsamadores y otras gentes empleadas en los funerales añaden un carácter peculiar, especialmente en Tebas, donde toda una ciudad de los muertos se extiende en la orilla opuesta del Nilo, junto al acantilado líbico.



30



31



32

30 Avenida de los carneros sentados en Karnak. (Fotografía del abad Gabriel Bretocq.)

31 Patio del templo de Jonsu, erigido por Ramsés III.

32 Pórtico de Amenhotep III en Luxor.

33 Templo funerario de la reina Hatshepsut en Deir el-Bahari.

34 Templo de Ramsés III en Medinet Habu (restitución).

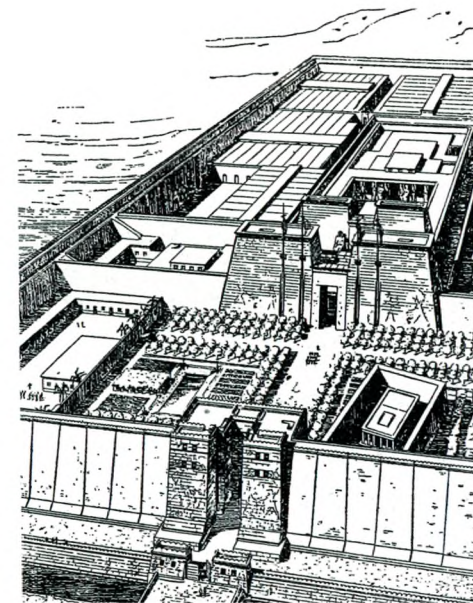
Los ritos religiosos relacionados con la muerte se han modificado. A Menfis, que destaca sobre un fondo de pirámides, se le opone Tebas, que tiene como fondo los hipogeos reales, excavados en la meseta de la orilla izquierda, puesto que lo que sustituye a la pirámide, que se eleva hacia el cielo, es la tumba subterránea que acoge a la momia y que está unida a un templo funerario situado al pie del acantilado y destinado al culto de la estatua real, como el de la reina Hatshepsut (hacia el 1500 a.C.), en Deir el-Bahari, con el santuario excavado en la roca, el de Seti I en Gurna; el de Ramsés II, el colosal Rameseum; o el de Ramsés III en Medinet-Habu. Los faraones de las dinastías XVIII, XIX y XX unieron su destino a estos lugares: gargantas abiertas en la meseta líbica por antiguos torrentes, que forman el «valle de los reyes» y el «valle de las reinas», fueron excavadas para albergar los cuerpos reales. Si tenemos en cuenta que el palacio del faraón está próximo a su futura residencia mortuoria, y si añadimos a estos elementos la gran cantidad de tumbas privadas, formadas, además de la sepultura subterránea, por una capilla funeraria elevándose del suelo, obtendremos la imagen de lo que podríamos llamar «la ciudad de los muertos o del acantilado», la ciudad faraónica donde se prolonga la sombra gigantesca de la muerte y que forma un sorprendente contraste con la ciudad de los vivos, situada en el valle, frente a ella, al otro lado del río. Es el campo de reposo, aunque muy animado por el trabajo de los artesanos que preparan las sepulturas, por la ceremonia de los funerales, por las idas y venidas en torno a las tumbas; dicho brevemente, por toda esta vida tan peculiar relacionada con la muerte.

Una ciudad dividida en dos partes y sede de una familia divina: esta es Tebas. Amón-Ra reina y los faraones son sus hijos, puesto que las reinas, sus madres, son sucesivamente «las esposas del dios». El cielo sobre la tierra: esto es lo que significan los colosales templos y los subterráneos funerarios que caracterizan principalmente esta ciudad. Jamás se estableció un vínculo tan estrecho, en un marco urbano, entre el hombre y Dios. La casta sacerdotal es muy poderosa; para darse cuenta basta con fijarse en Nebunnef, bajo el reinado de Ramsés II, calificado «primer profeta de Amón, director del doble tesoro y del doble granero del dios, director de los soldados y de todos los artesanos de Tebas». Todas las victorias y todas las conquistas de los faraones de este período de expansionismo egipcio se hacen en nombre de Amón. La ciudad es necesariamente un reflejo de este imperialismo, del mismo modo que París reflejará la gloria del ejército francés bajo Luis XIV o bajo Napoleón I. Desde este punto de vista es interesante observar la representación de las campañas victoriosas de Seti I que este faraón mandó esculpir en los muros exteriores de la gran sala hipóstila de Karnak, y que son un prelude lejano de las manifestaciones triunfales que constituyen, en el París de Luis XIV, la Place des Victoires o la puerta de Saint-Denis y, en el París de Napoleón I, el arco de triunfo del Carrousel o la columna Vendôme. Si pensamos en las riquezas acumuladas en Tebas como consecuencia de las expediciones victoriosas de los faraones, especialmente a Asia, podremos hacernos una idea del aspecto de esta ciudad, la ciudad del monarca que es al mismo tiempo un dios.

Así, un papiro de los tiempos de Ramsés II se jacta con razón de la gloria de esta ciudad:



33



34

Tebas es más santa que ninguna otra ciudad [...]. Todas las ciudades fueron fundadas a partir de su nombre auténtico [la palabra *nīwt*, que significa «ciudad», es también uno de los nombres de Tebas] [...], y están bajo la vigilancia de Tebas, el ojo de Ra [...]. Todo pertenece a Tebas: el Alto y el Bajo Egipto, el cielo y la tierra [...], todo lo que el océano y el Nilo aportan. Todo lo que existe en *geb* (la tierra) crece para Tebas y todo le pertenece en paz, todos los lugares que ilumina el sol. Todos los países le pagan tributos en cuanto vasallos, puesto que Tebas es el ojo de Ra, al que nadie se resiste [...]. Toda la ciudad reposa bajo la sombra de Amón [...]. El Nilo discurre bajo sus pies. En el cielo es Harakti. Su ojo derecho es el día, su ojo izquierdo es la noche. Es aquel que conduce a los hombres por todos los caminos [...]. La tierra es su esposa, que él fecunda. Su simiente es el árbol frutal, su emanación es el grano. Felices los que vienen a morir a Tebas, la residencia de la justicia, el lugar del silencio [...]. Serán almas divinas.

Y más adelante:

Tres son los dioses: Amón, Ra y Ptah, que no tienen igual. De este triunvirato Amón es el alma, Ra, la cabeza, y Ptah, el cuerpo. Sus ciudades en la tierra son Tebas, Heliópolis y Menfis, establecidas para toda la eternidad. Cuando llega un mensaje del cielo, es escuchado en Heliópolis, es repetido en Menfis para Ptah, el dios del bello rostro, y se convierte en una carta [...] para la ciudad de Amón. La respuesta proviene de Tebas mediante una orden [...]. Tebas es la que debe matar o dejar vivir. Vida y muerte dependen de ella [...]. Solo existen Amón, Ra y Ptah, los tres conjuntamente;

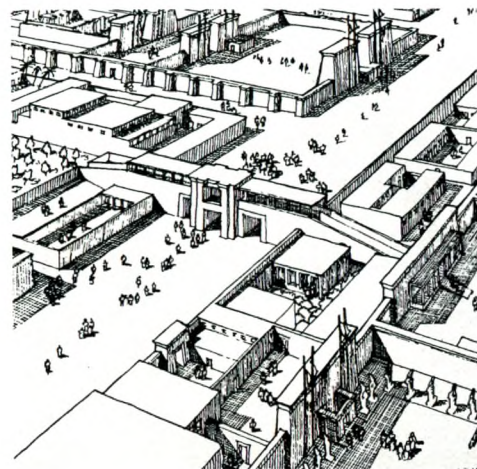
es decir, que forman un solo dios en tres personas o, dicho de otro modo, forman «la trinidad». Así, a través de su dios identificado con el sol, Tebas reina sobre Egipto y sobre el mundo, iluminado por este astro. Ningún sistema podría ser más imperialista que este. Podemos imaginar sus consecuencias para la ciudad, una ciudad que en el recuerdo de los griegos aparecerá bajo el fastuoso aspecto de «Tebas la de las cien puertas».

De todos modos, no podremos comprender toda la evolución de Tebas, ni de las ciudades egipcias en general, si no se tiene presente la intervención de elementos extranjeros en el destino urbano, intervención que se hace patente posteriormente a la doble evolución política y religiosa señalada más arriba. Cronológicamente, tenemos la ciudad previa a dicha evolución; luego, la ciudad posterior a ella y, finalmente, la ciudad en la que la influencia extranjera dejó su huella. Ciertamente, dicha influencia se ejerció en todas las épocas en la región del Delta, a través de Libia al oeste y a través de Asia al este: el doble altiplano desértico, que enmarca y aísla Egipto, lo deja abierto por la zona del Delta, como ocurre igualmente en la región del Alto Nilo, otro punto natural de penetración; en fin, este país tiene su fachada al Mediterráneo, hacia el cual el Nilo se despliega como un gigantesco abanico. Y si la costa, en su conjunto, es poco propicia al establecimiento de puertos, por lo menos el mar, un mar humano por excelencia, se extiende más allá del horizonte y propicia los intercambios y las relaciones entre los hombres. Así pues, Egipto experimentó con fuerza la acción exterior. Se ha documentado la presencia de cerámica del Egeo en el

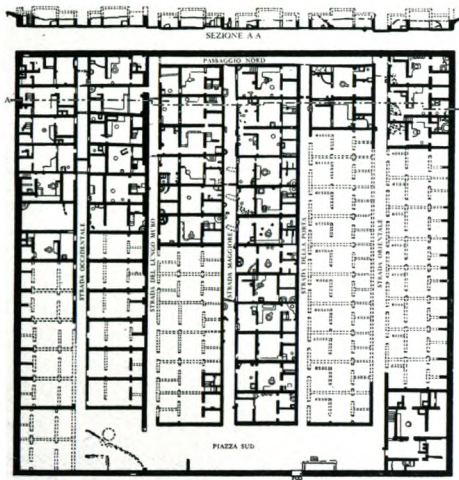
Alto Egipto, en Abidos, en algunas tumbas de reyes tinitas, lo que induce a fechar hacia el año 3000 a.C. la penetración mediterránea bajo esta forma. Durante el Reino Medio la acción exterior se incrementa. Del suelo de Kahun se han sacado a la luz restos de cerámica cretense, fechada por tanto en torno al año 1900 a.C. Por otra parte, los faraones de la dinastía XII (2000 a 1785 a.C.) iniciaron las expediciones dirigidas contra países extranjeros, tanto del sur como de la parte de Libia y Palestina, con lo que se intensificó el contacto con el exterior. Otras influencias que hay que tener en cuenta se produjeron a finales del Reino Medio, con la invasión de los hicsos procedentes de Asia, que dominaron Egipto desde 1660 a 1580 a.C., aproximadamente. Más tarde, con el Reino Nuevo, las prestigiosas conquistas de la dinastía XVIII extienden el poder de los faraones hasta Asia Menor y Mesopotamia. De ahí que, en Egipto, la influencia extranjera se extienda y lo haga bajo mil formas: a través de los esclavos, del botín de guerra, de las relaciones que se establecen o se estrechan entre los pueblos. Cuando contemplamos la estatua de la portadora de ofrendas de madera estucada y pintada que se conserva en el museo del Louvre, datada en la dinastía XII, ¿no tenemos la sensación de que es un arte que ha bebido en la fuente mediterránea? De modo similar, el Ka del rey Hor, otra estatua de madera conservada en El Cairo y que se remonta a la dinastía XIII (1785 a 1660 a.C.), ¿no parece anunciar, precediéndolo en más de mil años, el maravilloso Apolo de Dídima?

La penetración extranjera en Egipto fue como una nube venida a empañar el resplandor de Tebas hacia finales de la dinastía XVIII. Los faraones de esta dinastía, a causa de las necesidades de su política asiática, tuvieron que permanecer a menudo en la región del Bajo Nilo, sufriendo así de modo persistente influencias que, por la gran extensión de su imperio hacia el nordeste, resultaban fatales. Además, una extensión como esta hacía perder al viejo Egipto su equilibrio tradicional y eran necesarias unas medidas adecuadas para acercarlo a los nuevos países sometidos. Algunos de estos faraones, como Tutmosis IV, Amenofis III y Amenofis IV, se casaron con princesas de Asia Menor. El culto del Sol, que también dominaba en esta región, se vio ampliado y revitalizado en suelo egipcio, como consecuencia de las distintas influencias exteriores. A ello habría que añadir que el tradicionalismo de los sacerdotes de Amón representaba a los ojos de los faraones un exceso de poder sacerdotal, fruto de varios siglos de devoción regia a este dios. Por tanto, no sorprende volver a encontrar, durante el reinado de Amenofis III (1415 a 1380 a.C.) un culto al Sol que no es el culto a Amón-Ra, sino a Atón diurno, dicho de otro modo, «el disco solar», que recuerda a Adonai o el Adonis sirio. El sucesor de este rey, Amenofis IV (1380 a 1362 a.C.), provocó con este cambio de culto una auténtica revolución: rompió con su padre divino, Amón; expulsó a los sacerdotes del dios; abandonó Tebas y fundó entre esta ciudad y Menfis una nueva capital sobre la orilla derecha del Nilo, es decir en dirección al norte, donde se podía sentir mucho más la influencia asiática. Dicha capital es Ajetatón, que significa «el horizonte de Atón», la actual El-Amarna. Él mismo deja de ser Amenofis, que significa «Amón está satisfecho», y pasa a llamarse Ajenatón, que significa «la gloria (o el placer) de Atón».

Una ciudad, un dios —recordémoslo una vez más—, una ciudad que, a través del *Himno al Sol*, se nos presenta con un destello de luz divina:



35



36

36 Planimetría y sección de la colonia de trabajadores en Ajetatón (Tell el-Amarna).

Tú te alzas hermoso en el horizonte del cielo, ioh Atón!, iniciador de la vida.

Cuando te muestras redondo en el Horizonte, tú llenas la tierra con tus bellezas [...]. Estás lejos, pero tus rayos están en la tierra. Cuando descansas en el horizonte de occidente, la tierra está en las tinieblas, como si estuviese muerta [...]. Pero llega la aurora, surges en el horizonte, irradias al igual que Atón diurno...]. Las Dos Tierras están de fiesta. Los hombres se despiertan [...]. Se lavan los miembros, se ponen sus vestidos. Sus manos adoran tu despertar. Toda la tierra se pone a trabajar [...]. Los árboles y las plantas crecen. Los pájaros salen volando de sus nidos, extienden sus alas y así alaban tu Ka. Todos los animales salvajes brincan [...]. Las embarcaciones suben y bajan por el río, puesto que todos los caminos se abren cuando tú te levantas. Los peces del río saltan hacia ti [...]. Tú provocas la vida del hijo en el cuerpo de la madre y creas la simiente en los hombres. Tú alimentas al niño [...], tú lo calmas para que no lllore [...]. Cuando el polluelo está en el huevo, Tú le das aliento para que viva. Tú le das fuerza, dentro del huevo, para que lo rompa. Él sale del huevo [...] y anda sobre sus piernas, ya desde que sale [...]. Tú has creado la tierra [...] con los hombres, los animales y todas las bestias salvajes [...], los países extranjeros, Siria, Nubia [...]. Tú creas el Nilo en el mundo inferior y lo llevas adonde tú quieres para que alimente a los hombres. Tú eres el señor de todos ellos, Tú cuidas de ellos [...]. Tus rayos nutren todos los territorios [...]. Tú creas las estaciones del año [...]. Tú has creado el cielo lejano para levantarte en él, y ver desde allá arriba todo lo que Tú has creado, Tú solo. Tú llegas bajo la forma de Atón vivo, tú te levantas radiante, tú te alejas y tú regresas. Tú creas millones de formas de ti mismo: los *nomos*, las ciudades, los campos junto con caminos y aguas. Todos los ojos te ven por encima de ellos [...]. Nadie más te comprende, excepto yo, tu hijo [...] salido de Tu carne, Ajenaton.

Este himno sirve para comprender la ciudad de este rey, hijo desnaturalizado de Amón, que ha elegido a Atón como padre. La ciudad del dios ha creado y hace vivir el universo, la ciudad de un dios del que el faraón es a la vez el hijo y el único sacerdote. Se han estrechado los vínculos entre el rey y la divinidad en el marco de la ciudad, y la divinidad pasa por encima de la ciudad como un soplo de aire fresco, a través de los rayos del sol. El sentimiento profundo de la naturaleza, del que el admirable *Himno al Sol* nos ofrece un testimonio, influyó sobre el arte, ornamento de la ciudad. Esta es, verdaderamente, en cuerpo y alma, la ciudad del faraón Ajenatón, que inspiró formas artísticas y también ideas religiosas que son su raíz profunda. El arte de El-Amarna es notable por un sentido de la naturaleza y un cuidado en la observación que flexibilizan las rígidas formas egipcias y dan a las obras así creadas un encanto parecido al de los primitivos griegos. La pintura de un palacio encontrada en este lugar recuerda por completo el arte cretense. Además, existían relaciones permanentes entre Creta y Egipto. Un cambio en la religión ha provocado un cambio en el arte, puesto que ambos hechos están íntimamente asociados y porque es cierto que el arte mantiene una estrecha dependencia con el poder. En cuanto a la ciudad de Ajetatón, los archivos han permitido reconstruirla. En un lado están los templos de piedra y los palacios de ladrillo en cuya vecindad se agrupan las viviendas, mientras que el acantilado del desierto árabe, que cierra el horizonte hacia el este, se destina a los hipogeos. Un territo-

rio delimitado con estelas, a ambas orillas del Nilo, enmarca la ciudad. Esta presenta un trazado regular, del tipo damero. Su destino, el mismo que el del nuevo culto. Después de que uno de los sucesores del faraón Ajenatón restableciera la supremacía de Amón y de Tebas, la ciudad del «horizonte de Atón» murió.

De este modo finalizó el eclipse de Tebas aunque, a decir verdad, los soberanos de la dinastía XIX, que se inicia en el 1321 a.C., prefirieron instalarse en el Delta. Las influencias extranjeras no cesan de manifestarse en Egipto y, por consiguiente, en las ciudades de este país. Cuanto más transcurre el tiempo, más el viejo Egipto se deja penetrar por dichas influencias, y más se acelera la evolución urbana en el valle del Nilo, a la espera de que la conquista extranjera arrebate a esta tierra, fecundada a la vez por la naturaleza y por una antigua civilización, su independencia. Pero aún entonces y hasta el Imperio Romano, el pasado lejano no cesará de iluminar este suelo, familiar a los dioses y a sus habitantes moldeados por el régimen faraónico. Ello indica hasta qué punto Egipto influyó en el exterior y, especialmente, en el mundo griego. Las ciudades del Delta —punto de contacto de Egipto con el Mediterráneo y Asia occidental—, adquieren importancia por ser las residencias de los faraones a partir de la dinastía XIX: Pi-Ramsés, en la frontera oriental, donde residen Ramsés II y sus sucesores; Bubastis, donde la dinastía XXII (a partir del 945 a.C.) dejó su huella, y de la que Herodoto elogia el templo dedicado a la diosa Bastet. Nos describe este templo en el centro de la ciudad —que, sin duda, debió formarse alrededor de este lugar de culto— y rodeado de un muro en el que están esculpidas numerosas figuras. En este recinto, unos árboles forman un espeso marco de vegetación que circunda el templo, otros sombrean la línea de agua que encierra el complejo en una península, y otros bordean un camino de piedra, de tres estadios de largo y cuatro pletros² de ancho, que de este templo conduce a otro templo atravesando una plaza.

Entre las ciudades del Delta hay que mencionar también Sais, en tiempos de la dinastía XXIV (siglo VIII a.C.) y de la XXVI (del 663 al 525 a.C.). Entre estas dos dinastías hay que situar, en el año 671 a.C., la invasión asiria que supuso el saqueo de Tebas. Esta ciudad, aunque había entrado en su período de declive, conservaba la impresionante grandeza que debía a Amón-Ra. El templo de este último en Karnak, ya tan imponente, había sido ampliado por los faraones bubastitas. En tiempos de la dinastía XXI, que se inicia en el 1110 a.C., los primeros profetas del dios también ejercieron el poder faraónico. El sur también interviene en la vida urbana de Egipto: algunas ciudades de Nubia y de Etiopía, entre la primera y la sexta catarata, expanden por todas partes el resplandor de sus monumentos situados a orillas del río, como es el caso de Napata. La gloriosa corriente del Nilo penetra hasta el continente africano: Egipto sufre incluso el dominio de Etiopía.

La influencia extranjera se hace sentir en todas partes. Los faraones tienen que recurrir a mercenarios, puesto que tienen necesidad de ellos. Herodoto y Diodoro de Sicilia señalan el importante lugar que ocupan en el país los sacerdotes y los soldados. Unos y otros deben ser considerados en el marco urbano. Los últimos faraones abrieron paso a los griegos en el viejo Egipto ya agonizante: Psamético I (663 a 609 a.C.) fue ayudado, según Herodoto, en la reconstrucción del reino egipcio, por los jonios y los carios, es decir, por

2. Pletro: 29,60 metros; estadio: 177,60 metros. (N. del E.)

griegos y asiáticos, a los cuales agradeció sus servicios donándoles tierras y alojamientos llamados «campamentos», junto a la boca pelusíaca del Nilo. El río atravesaba estas tierras y separaba las dos colonias. Posteriormente –continúa Herodoto– Amasis (569 a 525 a.C.) trasladó a estos extranjeros a Menfis con el fin de emplearlos en la defensa de la ciudad.

En el siglo VII a.C., algunos milesios se establecieron en Naucratis, en la orilla izquierda de la ramificación canópica del Nilo, aunque este asentamiento fue destruido durante la segunda mitad de ese siglo. Amasis reconstruyó este punto clave dentro de la ruta comercial con Grecia, favoreciendo su rápido desarrollo puesto que le permitió obtener el monopolio del comercio exterior con Egipto. Según cuenta Herodoto, Naucratis había sido en otros tiempos la única ciudad comercial que hubo en Egipto. Si un comerciante desembarcaba en otra boca del Nilo que no fuese la canópica, tenía que jurar que no había llegado allí más que por accidente, y que inmediatamente se dirigiría a la boca canópica reglamentaria, donde, si los vientos eran contrarios, transportaría sus mercancías en barcas bordeando el Delta hasta Naucratis. Una ciudad que gozaba de un privilegio como este estaba destinada a convertirse en un poderoso centro. Habría que añadir que se amalgamaban allí griegos de distintos orígenes. El mismo historiador nos informa de ello cuando, al relatar la formación de ese centro, nos muestra a Amasis ofreciendo a los mercantes marítimos extranjeros unos emplazamientos en los que podían erigir altares y santuarios. El mayor y más célebre de estos recintos sagrados, el más útil, prosigue Herodoto, denominado *Hellenion*, fue construido conjuntamente por jonios de Kíos, de Teos, de Focea y de Clazomene, por dorios de Rodas, de Knidi, de Halicarnaso y de Faselis, y por eolios de Mitilene. Por otra parte, las colonias de Egina, Samos y Mileto construyeron respectivamente los *temenos* de Zeus, Hera y Apolo. Algunos dudan del papel que pudo representar un centro como este en la penetración del mundo griego en Egipto. Volveremos a ello a propósito de Naucratis. Es importante, no obstante, señalar aquí el fenómeno de la localización que nos ofrece la forma de esta ciudad, como en la de las colonias de jonios, carios y tirios que ya habíamos encontrado en Menfis, cada una ellas apartada del resto de la población. Es la localización oriental de base racial por donde se experimenta la penetración extranjera en un país o en una ciudad. Menfis, con sus barrios de extranjeros, ¿no se muestra diferente de cómo era en el Reino Antiguo? A partir de aquí, podemos comprender mejor la evolución de la ciudad.

Aunque presentan rasgos comunes, las ciudades egipcias tienen diferencias entre ellas; Menfis se destaca sobre el fondo de las pirámides, Tebas, en cambio, sobre el fondo de los hipogeos y los templos funerarios que se alinean a lo largo del acantilado líbico. Heliópolis es diferente de Tebas y también de Abidos. Tebas es la expresión magnífica del poder temporal de un dios; Heliópolis y Abidos son, cada una a su manera, hogares de la espiritualidad. De ahí que, con una modalidad de formación similar, que consiste en la agrupación de las viviendas en torno al templo, se produzca un crecimiento material, en el caso de Tebas, y una irradiación espiritual, en el caso de las otras dos ciudades.

En el Alto Egipto, en la orilla izquierda del Nilo, en una llanura arenosa asentada en los confines del desierto líbico y en las proximidades meridionales de Tinis, se encuen-

tran las tumbas de algunos reyes tinitas excavadas en el suelo: es la ciudad de Abidos, que entra en la Historia, a la sombra de la muerte, hacia el año 3000 a.C. Tinis es la capital del *nomos* cuyo dios es el lobo Jentamentiu, una divinidad que se vincula a los muertos y que tiene su propio templo en esta ciudad. Este dios pronto fue asimilado a Osiris, dios de los muertos, que se convirtió en la divinidad local de Abidos, dedicada a partir de ese momento a funciones funerarias en la vida religiosa de Egipto. Es así como se perfila la fisonomía de una ciudad santa cuya constante moral es la preocupación por el más allá. En tiempos de la dinastía XII empieza a manifestarse el gran papel religioso de Abidos. Fuera de la ciudad, donde las casas se agrupan junto al templo de Osiris, el de mayores dimensiones de este asentamiento, una vasta necrópolis despliega las tumbas e innumerables estelas. Las sepulturas ya no se alinean al pie de la pirámide como en los tiempos de las mastabas, que acogían los cuerpos de personajes de la corte o de la administración real, sino en las proximidades del templo de Osiris, donde una capilla representa la tumba del dios y donde descansan, con una fe común en una vida divina tras la muerte, tanto los grandes como los humildes. El supremo consuelo consiste en tener un lugar cerca de «la escalera del gran dios, en Abidos, en este túmulo tan venerado, al que se acercan los vivos y los muertos, y donde descansa el gran dios». La tumba del dios, que se eleva sobre una terraza y a la que se accede a través de una escalera, se convierte así en un lugar de peregrinación muy frecuentado que enriquece la ciudad. Debemos imaginar un imán, como lo fue Jerusalén durante la Edad Media, y su acción concentrada en el país al cual pertenece la ciudad y donde las vías de agua, Nilo y canales, facilitan enormemente la peregrinación. En Abidos los misterios osíriacos eran celebrados con particular esplendor ante una apretada multitud. Fue necesario reconstruir el templo, porque se había hecho pequeño. Los faraones engalanaron con la magnificencia de sus construcciones la ciudad dedicada a Osiris difunto. Seti I y Ramsés II construyeron para sí mismos imponentes monumentos funerarios.

Si también examinamos la ciudad de Elefantina, situada en una isla del Nilo, junto a la primera catarata, veremos que sus restos aparecen agrupados alrededor de un templo consagrado a Cnum que, al parecer, se remonta al siglo XVI a.C. Ocupan una superficie que mide 800 metros de perímetro. Una muralla servía de defensa de la ciudad.

LAS CIUDADES CALDEO-ASIRIAS. LA CIUDAD DEL DÉSPOTA

En primera instancia, son los vínculos geográficos de las ciudades con los grandes cursos de agua los que caracterizan la civilización urbana en Egipto y Mesopotamia. A este respecto, después del Nilo debemos considerar el Éufrates y el Tigris, unos ríos a los que la tierra debe su fecundidad: este es el punto de partida de la concentración humana de donde surge la ciudad. Dicha fecundidad ha atraído a los hombres y los ha fijado sobre el terreno, donde su natural ingenio se ha agudizado ante las dificultades que debían superar para preparar la tierra para los cultivos y para lograr que las crecidas fluviales periódicas fueran totalmente beneficiosas. De este modo, se vieron impulsados a excavar canales y embalses. Poco a poco se fue estableciendo todo un sistema de irrigación, que produjo los efectos habituales de organización social. En un suelo adaptado mediante esfuerzos constantes, la población fue aumentando. Su inteligencia se desarrolló al mismo tiempo que se aplicaba a satisfacer unas necesidades crecientes y la vida en sociedad acabó finalmente por dar sus frutos en el marco de la organización urbana. Una civilización avanzada se expandió ya en tiempos muy antiguos como hija, en definitiva, al igual que la ciudad de estas regiones, de la tierra fecundada por el río y por el hombre. Podemos afirmar que la ciudad surge gracias a los campos. De ahí una de sus primeras características. La línea natural del curso de agua y el canal forman parte del paisaje urbano. La vía de agua y el muelle situado en su borde entran a formar parte de la composición de la ciudad. Las facilidades de circulación resultantes de la red de canales, al estrechar los lazos entre los habitantes, contribuyeron al progreso excepcional de la civilización en este suelo, y desde entonces no han sido ajenas al auge urbano que nos proponemos estudiar.

En primer lugar debemos dirigir nuestra atención al este del Tigris, es decir, a Elam, un país agrícola, al igual que Caldea. Allí surge, hacia el año 3000 a.C., un asentamiento que constituye la Susa más antigua. Unos montículos arcillosos que dominan la llanura le sirvieron de emplazamiento. Esta provista de una muralla y acompañada de una necrópolis en el exterior. En esta época aparece ya como una ciudad importante, debido al grado de civilización que ha alcanzado. Tiene su dios, que es el señor de la ciudad. Sin duda, la más elevada de las alturas representa el lugar de culto por excelencia. Este lugar destacará por la doble presencia del zigurat, una especie de torre que simboliza la presencia de la divinidad, y del templo adyacente a él, que representa la morada de esta. En la forma de estas construcciones volvemos a encontrar, por una parte, la piedra dispuesta verticalmente o el árbol que materializaba el dios en tiempos de la vida nómada del hombre, y, por otra, el abrigo que

la naturaleza suministra al ser errante. El hecho mismo de estas construcciones, posteriores al estado natural, testimonia un asentamiento humano, el punto de origen de la ciudad, al mismo tiempo que, en la silueta urbana, confiere a la verticalidad un significado divino. En este suelo, las líneas ascendentes acompañan hacia el cielo, a la inquietud humana.

Situémonos ahora en Caldea, en una fértil llanura donde el Éufrates y el Tigris, que seguían un curso distinto del actual, desembocaban por separado en el Golfo Pérsico, han formando aluviones limosos. En este suelo llano aparecen aglomeraciones en torno a edificios que dominan el horizonte: se trata de templos o palacios construidos en unos promontorios artificiales sostenidos por muros de ladrillo. Esta sencilla vista panorámica basta para explicar el carácter de estos complejos. El dios y el príncipe son los dueños de la ciudad. Esta posee su propio dios sin perjuicio de otras divinidades, que también pueden tener una morada en la ciudad. La autoridad del dios aumenta paralelamente a la importancia de la ciudad cuyo destino tutela. En sus orígenes, el príncipe tan solo es el representante del dios en la tierra. Su poder es el poder del dios, cuyo culto vela. De este modo se señala la estrecha unión entre la tierra y el cielo, característica de la ciudad. El templo es el centro de la vida religiosa e intelectual, el punto desde donde irradia la civilización, y también es el centro de la vida material. Junto a los templos están situados unos vastos depósitos donde se almacenan las ofrendas y las contribuciones en especie. La economía rural incide mucho en la ciudad. El régimen de propiedad de las tierras y las personas recuerda el de la Edad Media. Estas ciudades surgen al principio como unidades independientes, después esta o aquella otra empiezan a dominar a las vecinas y, finalmente, se llega a la constitución de un auténtico reino, con una capital. Desde mediados del IV milenio a.C. se observa la costumbre de fijar mediante un mojón el límite territorial entre dos ciudades.

Fijémonos especialmente en Lagash. Se trata de una sucesión muy apretada de grupos de viviendas desplegados a lo largo de siete kilómetros, que echaron sus raíces al pie del templo de un dios o del palacio de un soberano. Una de estas agrupaciones es Girsu, formada al pie del templo del dios específico de Lagash, denominado por este motivo «señor de Girsu». En Lagash se levanta un palacio sobre una colina artificial de una altura de doce metros. El espacio que ocupa dicho palacio dibuja un rectángulo de 53 x 21 metros, y en una de sus esquinas hay un zigurat que señala el lugar de culto para uso del soberano. De ese modo podemos darnos cuenta de la doble sobreelevación que requiere un edificio de este tipo en relación con el terreno llano sobre el que se levanta. En este país no existe la piedra, por lo que todo está construido con el limo del suelo. Los templos tampoco son una excepción. El material realmente útil para la construcción es el ladrillo. Existe un mes del año «en el que se fabrican los ladrillos». Las tareas impuestas a la población incluyen dicha fabricación así como el mantenimiento de los canales y los muelles. Unos cubos de ladrillo, crudo o cocido, que descansan sobre una plataforma para protegerse de las inundaciones: así son las viviendas. De ese modo se explica de forma precisa el aspecto de las ciudades, con su escala de distintos niveles, según se consideren las viviendas sencillas, por una parte, y los templos y palacios, por otra, y también el carácter propio de las construcciones. Como ya hemos visto, dicha escala señala las distintas etapas de la vida: en la parte

inferior, la simple existencia humana; en la parte superior, la morada divina bajo la forma de la residencia del dios o la residencia del soberano, que es su representante terrestre.

Tenemos noticia de Lagash en el III milenio a.C. Hacia principios de este milenio Lagash esta en guerra contra su vecina Umma, que aparece rodeada de una muralla. Los habitantes de Lagash, vencedores, construyen capillas en homenaje a los dioses a quienes deben la victoria y erigen la *Estela de los Buitres*, conservada actualmente en el Museo del Louvre, que constituye un monumento conmemorativo de la victoria. Las hazañas guerreras del rey de Lagash están esculpidas en esta piedra, en cuyo extremo superior una bandada de buitres, con pedazos de los cadáveres enemigos, cubre el cielo. Así, desde el fondo de la noche de los tiempos, encontramos en Lagash la pompa del triunfo militar que encontraremos en la Antigua Roma o en el París resultante del Renacimiento: es la característica común en el marco de la ciudad, del estado conquistador.

La ubicación de Lagash, como la de otras ciudades de Caldea, era favorable al comercio. En el destino de estas aglomeraciones intervienen, además de los acontecimientos de la historia, las transformaciones aportadas lentamente al emplazamiento por los aluviones de los cursos de agua, que en un momento dado debieron privar a una u otra localidad del contacto vivificador con la vía por la que iban y venían las embarcaciones. En cuanto a los acontecimientos históricos puros y simples, su papel fue muy importante: desplazamientos de pueblos, invasiones suscitadas por la fertilidad y la riqueza del país, guerras interminables entre los estados que se habían repartido el dominio de las tierras; todo ello provocó la ruina de numerosas ciudades. Ya desde el principio, el factor militar determina la fisonomía urbana.

El conflicto racial enfrenta a los sumerios, dueños del sur de Caldea, en la parte más próxima al Golfo Pérsico, y a los semitas, que ocupan el norte, donde se encuentra Babilonia. Esta parte de Caldea forma el país de Akkad, que se convirtió en el centro de un vasto imperio. Una estela que se alzaba en Sippar, y que ahora se conserva en el Museo del Louvre, recuerda una de esas victorias: este pequeño monumento de piedra arenisca, de una altura de dos metros y una anchura de un metro, representa una campaña victoriosa de Naram-Sin, cuyo reino esta fechado en el siglo XXVIII a.C. Con un auténtico sentido de la composición, el artista destaca, en la parte superior de la piedra, la imagen del soberano en pleno combate, de forma exactamente igual a como, más tarde, las hazañas de Luis XIV, esculpidas en la puerta de Saint-Denis, serán presentadas para admiración de los transeúntes, en la ciudad triunfal. Naram-Sin fue divinizado en vida, como lo será Luis XIV, quien podrá contemplar, en la Place des Victoires, su estatua con esta inscripción: *Viro immortalis*. Los cuatro esclavos encadenados que enmarcaban el pedestal de esta estatua representaban, con un intervalo de cuatro mil quinientos años, la misma idea que muestran, en la estela de Sippar, los enemigos caídos bajo los golpes de Naram-Sin o, en la estela de Lagash, el fúnebre vuelo de los buitres. Rasgos como estos revelan una ciudad frecuentemente envuelta en guerra. Es la ciudad donde reina el soberano guerrero.

Al mismo tiempo que se pasa del régimen de la ciudad-estado al régimen del estado centralizado, el funcionariado se desarrolla y tiende a formar uno de los elementos distin-

tivos de la población urbana. Del mismo modo que, desde un punto de vista urbano, no será indiferente señalar la creación del servicio de correos en Francia por parte de Luis XI, también lo es mencionar, desde este mismo punto de vista, la existencia, hacia mediados del III milenio, de una institución análoga en Caldea. Se trata de una manifestación de la autoridad real que va extendiéndose, y de una centralización que se produce en beneficio de la ciudad capital.

Si, en su origen, la ciudad no era más que un mero lugar de culto, de administración, de refugio y de mercado, no tardó en constituir un motivo de aglomeración por sí mismo. Nos han llegado plantas acotadas de ciudades en unos documentos fechados durante el III milenio. El trazado regular es natural en este país, donde el catastro aparece desde la antigüedad más remota y donde las matemáticas eran muy cultivadas. Habría que añadir una preocupación por la orientación, que las especulaciones astronómicas o astrológicas, habituales en Caldea, explican fácilmente. Podemos hacernos una idea de la importancia de la vida urbana si señalamos que el valor del terreno construido en la ciudad es aproximadamente 225 veces mayor que el valor del terreno de cultivo, y que el valor de un edificio destinado a guardar las cosechas en el campo equivale a dos veces y media el valor de dicho terreno.

Los productos que no existen en el país (metales, madera, piedra), y que hay que ir a buscar al este o bien al oeste, provocaron, además de una política imperialista, un movimiento comercial a larga distancia que debemos tener en cuenta desde un punto de vista urbanístico. Dicho movimiento, junto a los desplazamientos de los pueblos, creará una interpenetración general que garantizará la continuidad de la civilización y que nos permitirá reconocer en la ciudad griega el lejano desarrollo del pensamiento y del arte caldeo-asirio.

De las profundidades de aquellas edades lejanas surge Babilonia. Se remonta al año 2225 o al 2106 a.C., a una dinastía semita vinculada a esta ciudad, promovida al rango de capital de la Caldea definitivamente unificada. Babilonia es, según significa su nombre, «la puerta de dios» —en este caso Marduk— y su templo, el Esagila, está situado en la orilla izquierda del Éufrates, donde se extiende la parte principal de la ciudad. Este edificio constituye el elemento de origen y es fortificado por los primeros soberanos de la nueva dinastía semita. Con Hammurabi, cuyo reinado abarca desde el 2123 al 2081 a.C. (si datamos en 2225 a.C. el inicio de esta dinastía), la ciudad empieza realmente a tomar impulso: su dios deja de ser una divinidad local y es elevado al primer rango. Desde entonces Babilonia es un gran centro religioso y al mismo tiempo una capital política. El *Código de Hammurabi*, una de las riquezas asiáticas del Museo del Louvre, exhumado en Susa, nos sirve para conocer la vida social de Babilonia y es un notable testimonio de la importancia de las relaciones comerciales de aquella época. Dichas relaciones tenían que favorecer especialmente a una ciudad como esta, asentada en el punto donde el Éufrates y el Tigris aproximan sus cursos, y de donde parten las caravanas. Las excavaciones realizadas han revelado la existencia, junto al templo de Ishtar, en la orilla izquierda del río, de un barrio que se remonta a esta época, formado por casas de adobe con cimientos de ladrillo cocido, que ofrece una resistencia que no tiene el primero. Dicho barrio está formado por calles que se cortan en

ángulo recto, de modo que unas calles son paralelas a una vía importante, que se identifica como la vía sacra de la ciudad, mientras que las otras están trazadas en un sentido perpendicular a las primeras. El barrio nos da testimonio de una auténtica densidad de población en este punto. Su trazado regular se opone a la irregularidad que presentan las ciudades sumerias, que no pertenecen en absoluto a la raza semita.

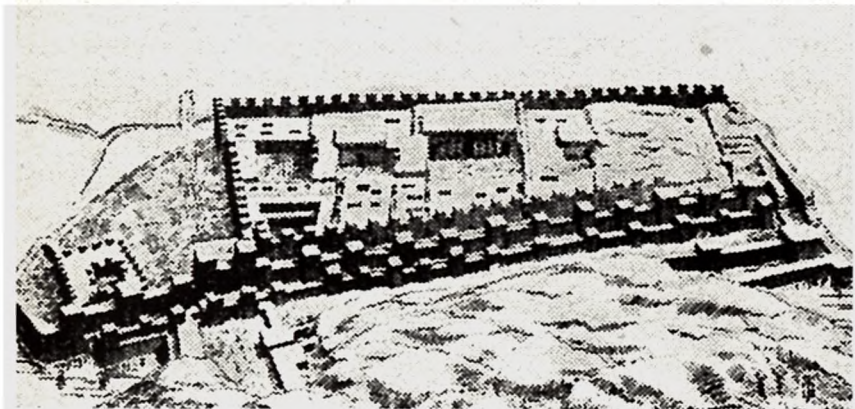
A finales del siglo XX a.C., según algunos autores, o a mediados del siglo XVIII a.C., según otros, los hititas, llegados desde Asia Menor, invaden Caldea y saquean Babilonia. Posteriormente, tras haber abandonado la región que ocupaban al este del Tigris, los kasitas invadieron la llanura de Caldea, de la que fueron dueños desde el 1760 al 1185 a.C. aproximadamente. Al parecer, durante este período Babilonia desempeñó un papel menos importante que antes, aunque sus comerciantes no dejaron de mantener relaciones con Asia Menor y Siria. Tras los kasitas vinieron distintas dinastías, hasta la llegada de los asirios, uno de cuyos soberanos, Sennacherib, se apodera en el 689 a.C. de Babilonia y la destruye por completo, si hacemos caso de un texto en el que este rey escribe:

Con el fin de que, en el futuro, no pueda encontrarse nunca más el suelo de esta ciudad ni los templos de sus dioses, la destruí por medio de agua y la convertí en algo parecido a una ciénaga.

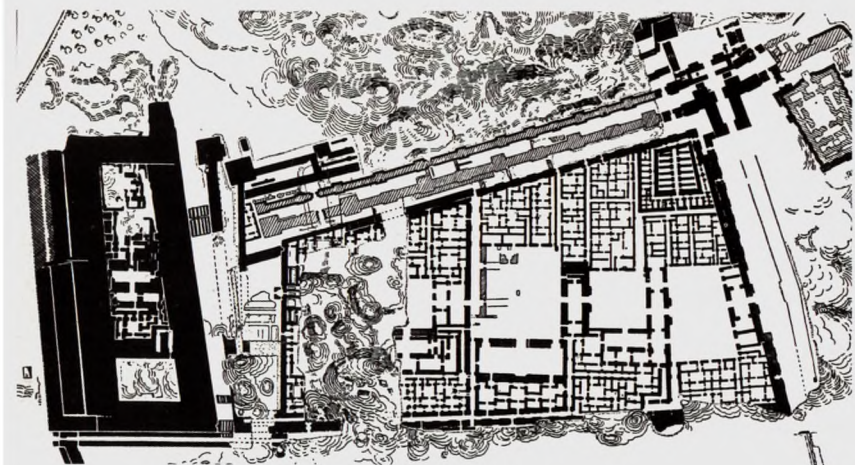
En cualquier caso, este texto nos permite darnos cuenta de la enorme dependencia de la tierra en relación al agua de una región como esta. Esta dependencia constituye una característica típica del emplazamiento de Babilonia y se refleja en su fisonomía urbana.

Si bien la ciudad fue destruida, se recuperó rápidamente. Una posición tan favorable para las relaciones humanas no podía permanecer deshabitada por mucho tiempo. De nuevo, en el 648 a.C., Babilonia, sitiada por los asirios, es tomada y devastada. Finalmente brillarán días mejores para la gran ciudad con Nabopolasar (625 a 604 a.C.) y su hijo Nabucodonosor II (604 a 561 a.C.), quienes fundan el imperio neobabilonio. Conquistada en el 539 a.C. por Ciro, en el 331 a.C. caerá en manos de Alejandro, quien querrá convertirla en la capital de su imperio asiático. Ciertamente, los acontecimientos históricos nos muestran destinos urbanos accidentados, que demuestran hasta qué punto la acción del hombre puede influir en la suerte de una ciudad, sin que las ventajas del marco geográfico, que en Babilonia son preponderantes, dejen de producir sus efectos urbanos. En el emplazamiento, de natural desfavorable, la superposición de ruinas debió producir, con el curso de los tiempos, una recuperación del suelo notable teniendo en cuenta, sobre todo, que las construcciones se hacían de adobe.

La ciudad tal como existía tras la obra restauradora de Nabopolasar y, sobre todo, de Nabucodonosor II, es la que podemos representarnos más fácilmente. Ahora bien, en muchos aspectos una ciudad como esta siguió siendo la misma que en tiempos anteriores: por regla general, los edificios destruidos fueron reconstruidos en su antiguo emplazamiento, y los procedimientos constructivos no cambiaron en lo esencial. En su origen, Babilonia debió formarse en torno al templo de su dios Marduk, el Esagila, y a la residencia del príncipe. A este templo se añadieron otros lugares de culto de menor importancia, como el templo de



37

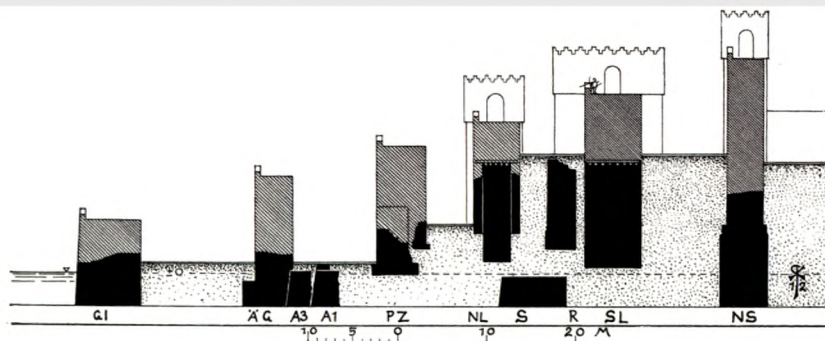


38

37 Babilonia: vista del palacio imperial de Nabucodonosor (restitución).

38 Plano general del palacio imperial de Babilonia.

39 Sección de las murallas de defensa del palacio imperial de Babilonia.



39

Ishtar de Agade, que probablemente han constituido, en algunos casos, nuevos puntos de concentración humana. Podemos imaginar así algunos grupos de alojamientos dominados, desde lo alto de sus montículos artificiales, por templos y palacios. Algunas de estas aglomeraciones están dispuestas según un trazado regular; otras, en cambio, con calles estrechas y tortuosas. Si la residencia del príncipe podía variar según las épocas, sin duda los templos no cambiaron de lugar. La ciudad surgió en la orilla izquierda del Éufrates y es allí donde más se desarrolló. La orilla opuesta fue ocupada por un simple arrabal, que pronto creció hasta formar otra parte de la ciudad, aunque menos importante que la parte situada enfrente. La comunicación entre ambas partes se realizaba por medio de embarcaciones.

La muralla esta ligada a la existencia de una ciudad como esta. Con su masa de ladrillos crudos, la entrevemos desde el inicio de la dinastía semita a la que pertenecía Hammurabi. Varias veces destruida por los desastres ocurridos en el transcurso de los tiempos, su reconstrucción señala el resurgimiento de la ciudad; bajo el dominio de los asirios, en el VII a.C., aparece como un doble muro de adobe, de un grosor de 6,50 metros, reforzado con diversas torres. Su perímetro se extiende hasta una distancia de 1.400 metros del Esagila, por la orilla izquierda, donde existía la ciudadela —que en el siglo siguiente estará ocupada en gran parte por el palacio de Nabucodonosor II— provista también de un doble muro.

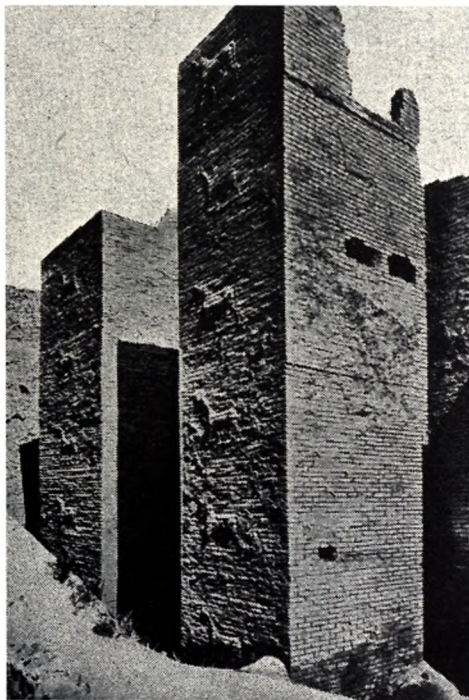
Durante el imperio neobabilonio la ciudad creció considerablemente: el sistema defensivo, formado por entonces por su muralla, estaba a 2.400 metros del Esagila. Este sistema comprendía, del exterior al interior, en primer lugar, un foso profundo lleno de agua, según cuenta Herodoto, que visitó Babilonia hacia el año 450 a.C., el cual nos explica que a medida que excavaban esta fosa iban convirtiendo la tierra en ladrillos. Estos, unidos con betún, sirvieron para revestir el foso y también para construir, al borde de este, un muro de cerca de ocho metros de grosor. A una distancia de unos once metros por detrás de este muro, se levantaba otro de adobe, flanqueado por torres y de unos siete metros de grosor; su altura era de una treintena de metros. En palabras de Herodoto, la muralla estaba atravesada por cien puertas de bronce macizo. En una muralla tal podemos darnos cuenta de la profundidad considerable de una puerta o entrada a la ciudad. Así, no puede sorprendernos el hecho de que una reina de Babilonia, Nitocris —según, al menos, lo que explica Herodoto— erigiese su tumba en la terraza de una de las puertas más frecuentadas.

Explica Herodoto:

Esta ciudad, situada en una gran llanura, forma un cuadrado cuyo lado mide 120 estadios de longitud [...]. Es tan magnífica que no conocemos otra ciudad que pueda compararse con ella.

Y prosigue:

El Éufrates la atraviesa por el medio, y la muralla dibuja en una y otra orilla un codo a partir del cual se eleva un muro de ladrillos que bordea los dos márgenes del río. Las casas tienen tres o cuatro plantas, y las calles son rectas y están cortadas por otras calles que desembocan en el río. Frente a estas se han practicado, en el muro construido a lo largo del Éufrates, unas pequeñas

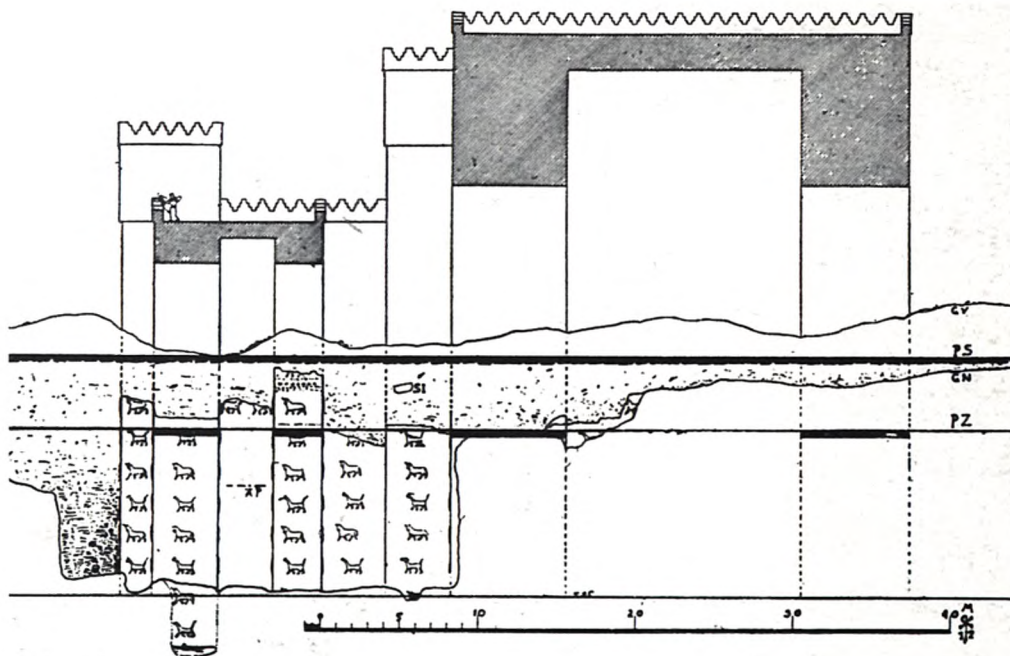


40

40 Vista exterior de la Puerta de Ishtar en Babilonia.

41 Sección de la Puerta de Ishtar. (Sombreado: Partes superiores añadidas.)

42 Panorámica reconstruida de la Torre de Babel dentro de su recinto y con el templo de Esagila en primer plano, desde el sudoeste.



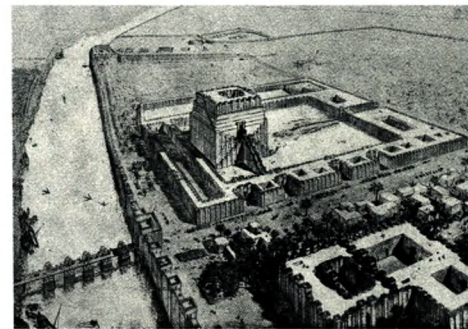
41

puertas que también son de bronce, por las que se baja hasta el borde del agua. Hay tantas puertas como calles transversales.

Herodoto señala más adelante que lo más significativo de la ciudad es, por una parte, el palacio del rey, cuyo recinto es grande y esta bien fortificado; y por otra, el lugar consagrado a *Júpiter Belus* (dicho de otro modo, a Marduk, que también se confundía con el dios Bel), cuyas puertas son de bronce:

Es un cuadrado —precisa Herodoto— cuyo lado mide dos estadios. En el centro podemos ver una torre maciza que mide un estadio tanto de profundidad como de anchura. Sobre esta torre se levanta otra torre y, sobre la segunda torre, otra más, y así sucesivamente, de modo que podemos contar hasta ocho torres. Por el exterior la gradación va dando la vuelta, y por ahí se va subiendo a cada torre. En el centro de esta escalera vemos un rellano y asientos donde reposan aquellos que suben. En la última torre hay una gran capilla y en su interior un gran lecho, muy ornamentado, y cerca de este lecho, una mesa de oro. No hay estatuas. Nadie pasa aquí la noche, a menos que sea una mujer del país que el dios ha elegido, como dicen los caldeos, que son los sacerdotes de este dios.

Junto a precisiones interesantes, esta descripción de Babilonia contiene indicaciones vagas e incluso inexactas. Conviene verificarla, sobre todo en base a los resultados de las excavaciones. En la orilla izquierda se encuentran el palacio real, en el interior de la ciudadela, y el templo de Marduk, dos elementos que indudablemente han contribuido a asegurar la preeminencia de esta orilla del río. Debemos representarnos el templo neobabilonio bajo el aspecto de una estructura cuadrangular de adobe —el Esagila era un cuadrado de cerca de 60 metros de lado— que encerraba un patio, al fondo del cual se abría el santuario de la divinidad cuya estatua podía entreverse desde el exterior. Cabe señalar algunas dependencias. Delante del templo se alzaba el altar en el que, como escribe Herodoto, se inmolaba el ganado. El Esagila estaba acompañado de su zigurat, denominado Etemenanki, y separado de él por la vía sacra. Esta elevada construcción, cuya descripción según Herodoto acabo de citar, es la famosa Torre de Babel, con siete niveles, construida con adobe un revestimiento de ladrillos cocidos, y formada por la superposición de ocho masas cuadrangulares, cada una retrasada respecto a la inferior. La torre descansaba a su vez sobre un aterrazamiento y con su perfil vertical ponía en el cielo la nota de lo divino, como más tarde, en la ciudad de la Edad Media, lo harían las elevadas torres de las iglesias góticas. Es así como se manifiesta en el panorama urbano el alma de los hombres. En cuanto al palacio de Nabucodonosor II, ocupa un vasto espacio, puesto que esta formado por diversos edificios reunidos en torno a cuatro grandes patios. Al fondo de uno de estos patios, la sala del trono, con muros de seis metros de espesor, deja percibir, desde el exterior, al soberano en su hornacina, como si fuese una divinidad. En la ciudadela y anexionados al palacio, se encontraban los célebres jardines colgantes, una de las siete maravillas del mundo. Es la ciudad del déspota oriental, que aparece como un ídolo en su residencia segura, protegida por el doble recinto de la ciudadela. Y se trata también de la ciudad de dios, con su templo,



42

al cual esta ligado el destino de todos, además de la vía sacra y su escenografía, única en la ciudad. Ambos factores van unidos. ¿No es acaso cierto que Nabucodonosor II afirmó que fue llamado por Marduk para «fundar las ciudades y renovar los santuarios»?

El Esagila, la puerta de Ishtar —llamada así por su proximidad al templo consagrado a esta divinidad—, la vía sacra, el trazado regular de las calles tal como lo hemos descrito: todo esta relacionado. La puerta de Ishtar, reconstruida por Nabucodonosor II no lejos de la ciudadela, sobre la vía sacra, en el límite del núcleo más antiguo, se corresponde con la doble muralla de este último y, por lo tanto, resulta formada por una doble entrada unida por un corredor a cielo abierto, entre los dos muros de la muralla; a ambos lados de la puerta se abren unos pasajes menores flanqueados por torres. Esta decorada, por el lado que da a la vieja ciudad, con trece hileras horizontales de animales representados en relieve y esmaltados, o en relieve y sin esmalte e incluso sobre ladrillos esmaltados sin relieve, según la hilera que ocupen, en cada una de las cuales, además, se representa un solo tipo de animal: dragones de Marduk o toros de Adad parecen dirigirse hacia quienes entran en la antigua ciudad. Entre esta puerta y la nueva fortificación se extiende, a cada lado de la vía sacra, una muralla de siete metros de grosor, flanqueada a distancias constantes por unas torres que enmarcan unos leones en ladrillo esmaltado sobresaliendo en relieve sobre la muralla. Orientados hacia la ciudad antigua y repartidos por igual a ambos lados de la vía, estos animales (alrededor de ciento veinte), parecen escoltar a aquellos que se dirigen a la puerta de Ishtar. Este corredor a cielo abierto, escenográfico a la vez que defensivo, completa el acceso a la ciudad con el aspecto imponente que corresponde a la ciudad del soberano y del dios. Las figuras de animales poseen un significado religioso y protector que se ajusta al carácter propio de la puerta y que volveremos a encontrar en otras civilizaciones. Se observa, además, que la puerta se trata aquí según el principio que hace que juegue, en la concepción urbana, el papel de vía de entrada y no de salida, y que denota la particular preocupación de los asirio-babilonios por la defensa militar.

El espesor de los muros que flanquean la vía sacra junto a las torres que se levantan a los lados, procuraban a esta el acompañamiento de una verdadera muralla en esta parte de su recorrido, y al mismo tiempo mostraban que la vía cumplía una función urbanística de especial importancia y, sobre todo, de orden religioso. Este camino sirve para las procesiones vinculadas al culto de Marduk. Por ello en el siglo VI a.C. se nos presenta pavimentado, un hecho completamente excepcional en este país. No se han descubierto huellas de carros. Así, el pavimento de piedra parece reservado aquí a un uso religioso. De modo similar, la religión hace que la entrada a la ciudad adopte una forma escenográfica, tal como lo acabamos de ver en la puerta de Ishtar. Penetra la ciudad antigua en el fondo y en la forma. Esta en los orígenes mismos del urbanismo. Su lección es la primera que el urbanista debe aprender. En el mundo griego volveremos a encontrar la vía fortificada en el caso de los «Largos Muros», pero ya habrá perdido del todo el carácter religioso.

Podemos apreciar Babilonia como una clase de ciudad dividida en compartimientos debido a las particiones que hacen de su suelo las diferentes murallas: la muralla de la ciudad propiamente dicha, la de la ciudadela y la de la vía sacra. Se trata de un tipo de ciudad que responde a las necesidades defensivas de un país cuya trama histórica esta repleta

de guerras. A las particiones señaladas hay que añadir las derivadas de los canales. La extensa superficie delimitada por la muralla externa alberga zonas intensamente pobladas, que contrastan con otras dedicadas a jardinería o cultivos que, además, podían ser útiles a los habitantes en caso de asedio. El modo como se han formado las ciudades caldeas puede explicar la densidad de viviendas en las zonas construidas: la gente se apiña en las proximidades del elemento generador y protector, templo o palacio. El culto a Marduk nos hace penetrar en el corazón mismo de la vieja ciudad, en la Babilonia más antigua, que se identifica probablemente con la zona más poblada, sacada a la luz por las excavaciones, y que, además Herodoto deja entrever cuando señala que en Babilonia hay casas de tres o cuatro plantas. Estas construcciones tienen su explicación en el fenómeno de la concentración humana en los puntos vitales del organismo urbano, o también en el de la contracción territorial causada a la ciudad por las necesidades defensivas.

Por lo común, las casas no sobrepasaban la planta baja. Podemos imaginarlas fácilmente, en sus líneas generales, como unos cubos de ladrillo crudo o cocido, con escasas aberturas. En Mesopotamia se solía utilizar la bóveda. En una visión panorámica, a la cubierta en forma de terraza hay que asociar la bóveda baja con el aspecto de una cúpula. También se ha de mencionar la superposición de niveles: el suelo, los sótanos de las viviendas, los grandes terraplenes de los templos y los palacios, por no hablar de la elevada silueta del zigurat. De ese modo se destaca la ciudad en la llanura ilimitada, bajo el cielo de Oriente, al borde de un vasto manto fluvial y del estriado de los canales. El conjunto de la construcción presenta movimiento, efectos de masa, y la vía que se agarra a los flancos del zigurat parece ser la vía divina del cielo, de este cielo en el que los magos intentan leer los secretos del destino. El cuidado con que se atendía el peligro de inundación, habilitando viviendas de todas clases con una base elevada, hace suponer la existencia de alcantarillas para garantizar la evacuación de las aguas pluviales. De hecho, se han encontrado en Babilonia alcantarillas del siglo VI a. C y algunas de ellas, por sus dimensiones y su bóveda por aproximación de hiladas, parecen anunciar las obras de edificación romanas, mientras que otras están formadas simplemente por dos ladrillos contiguos, de modo que formen entre ellos un ángulo agudo, y recubiertas, en la parte superior, por un tercero.

En Babilonia, un puente cruza el Éufrates. Herodoto nos relata su construcción. Señala que, cuando alguien deseaba ir de un lado a otro de la ciudad, debía atravesar el río en una embarcación. Una reina de Babilonia, Nitocris, dio la orden de desviar las aguas del Éufrates hacia un lago que ella misma había mandado excavar. Se revistieron de ladrillos cocidos los márgenes del lecho fluvial, que estaba seco, de modo que las bajadas desde las puertas de la muralla al borde del Éufrates conducían a este último.

[...] se edificó así, en medio de la ciudad, un puente con piedras ensambladas con hierro y plomo.

Una vez esta construcción acabada, se hizo volver el río a su lecho. Se han encontrado las pilastras de este puente, en número de siete, pero están hechas con ladrillos cocidos. Así pues, la piedra solo se pudo utilizar en otras partes de la construcción. En cualquier caso,

por su envergadura, aventaja a las obras romanas. Del mismo modo, es hasta la vía sacra, que esta pavimentada con piedras rejuntadas con mortero asfáltico que descansan sobre un lecho de ladrillos y betún, hasta donde parece se ha de hacer retroceder en el pasado asirio-babilónico la sólida estructura de la vía romana. Por su parte, los jardines colgantes, desde donde sin duda se gozaba de una amplia vista y de la caricia de los frescos vientos, señalan un refinamiento de la civilización al mismo tiempo que constituyen una obra imponente que ha sorprendido a todas las imaginaciones. Una ciudad como Babilonia debía probablemente anunciarse ya a una cierta distancia por la ordenada disposición de su suburbio.

Con Asiria, pasamos del valle del Éufrates al del Tigris. Se trata, en este caso, del juego entre ambos ríos en el destino de las ciudades, es decir, una división territorial opuesta a la unidad egipcia creada por el Nilo. En vez de la baja llanura caldea, que dependía del Éufrates y el mar, encontramos en Asiria un altiplano que asciende hacia el centro de la región, acompañado al este y al norte por cadenas montañosas. El país es más tosco, su población más guerrera: Asiria entra en la historia más tarde que Caldea. La guerra, la guerra salvaje: desde el punto de vista urbanístico, esta es la primera característica que hay que destacar. Escuchemos a Sargón II de Asiria (722 a 705 a.C.):

Siete ciudades fuertes, con treinta pueblos a sus alrededores [...], yo las derribé, yo las abaté. Las vigas de sus techumbres, por el fuego yo las consumí [...], sus almacenes, donde se amontonaba el grano, yo los abrí: su inmensa cantidad de grano, yo se la hice comer a mis tropas. La cosecha, subsistencia de la población, y el forraje, que asegura la existencia del ganado, con ellos yo hice una hoguera. Yo devasté la región, yo arrasé las plantaciones, yo talé los bosques: yo hice una pila con la totalidad de sus troncos; por el fuego yo los consumí.

Es el paisaje integral de la guerra, la devastación implacable.

Yo he conquistado Susa, la capital y residencia de sus dioses —proclama otro soberano de Asiria, Asurbanipal (669 a 626 a.C.)— [...]. Por orden de Ashur e Ishtar, he entrado en el interior de los palacios, y en ellos he vivido con alborozo. He abierto sus tesoros [...]; me he quedado con ellos como botín. Plata, oro [...], piedras preciosas [...], valiosas vestimentas, ornamentos regios, armas [...], todos los muebles en los que los reyes de Elam se habían sentado, en los que habían dormido; la vajilla con la que se habían servido para comer, para beber, para lavarse, para perfumarse; las carrozas, los carros [...], los caballos, los grandes mulos con arneses de oro y plata, todo me lo llevé como botín a Asiria. El zigurat de Susa, que estaba revestido de lapislázuli, yo lo destruí. Su cima, ornamentada con resplandeciente bronce, yo la hice añicos [...]. Dioses y diosas, con sus [...] riquezas, su mobiliario e incluso sus sacerdotes [...], yo me los llevé como botín a Asiria. Treinta y dos estatuas de reyes, de oro, plata, bronce, piedra calcárea de las ciudades de Susa, Madaktú y Huradi [...], yo me las llevé a Asiria. Yo destruí los *shedú* y los *lamassú* (toros y leones alados con cabeza de hombre), guardianes de los templos [...], yo derribé los feroces toros, ornamentos de las puertas. Los templos de Elam, yo los hice desaparecer por completo. Dioses y diosas, yo dejé que el viento se los llevara. En sus bosques sagrados, donde ningún extranjero

había penetrado [...], mis tropas [...] penetraron. Ellas desvelaron su misterio, y los entregaron a las llamas. Los sepulcros de sus reyes [...], que no habrían soñado Ashur e Ishtar [...], yo los hice añicos. Sus osamentas, yo me las llevé a Asiria. A sus almas les impuse la falta de descanso [...]. Hasta una distancia de un mes y veinticinco días de camino, yo devasté los distritos de Elam. Yo expandí por ellos la sal y los espinos. Hijos de reyes [...], prefectos, supervisores de estas ciudades, tantas como conquisté, jefes de los arqueros, gobernadores, conductores de carros, caballeros, arqueros, armeros, artesanos [...], habitantes, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, caballos, mulos, asnos, ganado mayor y menor, más numeroso que una bandada de saltamontes, yo me los llevé como botín a Asiria. El polvo de Susa [...] y de las demás ciudades, yo lo exigí, y me lo llevé a Asiria. En un mes yo ya dominaba el Elam en toda su extensión; la voz de los hombres, el paso del ganado, los gritos de alegría, yo los hice callar en sus campos, donde dejé que se establecieran los onagros, las gacelas y todas las especies de animales salvajes.

En el arte asirio, algunos bajorrelieves nos muestran ciudades sitiadas y conquistadas, el suplicio de los vencidos, el recuento de las cabezas cortadas, los rebaños de cautivos, hombres y bestias. Estas escenas se despliegan sobre los muros del palacio real, que parece elevarse por encima de las moradas de los súbditos del monarca como un monumento de gloria. Tras sus conquistas, el soberano celebra en la ciudad su triunfo. De regreso de una expedición victoriosa, los carros desfilan majestuosamente por la ciudad en fiestas, los músicos desgranar sonidos melodiosos, mientras los prisioneros son mostrados como un espectáculo: en el año 655 a.C., en el cortejo de Asurbanipal, uno de ellos lleva colgada del cuello la cabeza del rey de Elam, que luego será colocada en una de las puertas de Nínive, donde su palidez se destacará sobre un fondo de curiosidad popular; en otras ocasiones, prisioneros de alto rango arrastran hasta el templo un carro en el que se encuentra el propio soberano. Estos espectáculos confieren a la ciudad un aspecto triunfal que volveremos a encontrar en Roma en las ceremonias típicas del triunfo.

La ciudad ofrece un aspecto guerrero. Representada esquemáticamente en un bajorrelieve, queda reducida a un recinto fortificado que puede ser simple, doble o triple, según su importancia, muralla que en general asume un valor incalculable para la civilización, asegurando el progreso, protegiendo al hombre y favoreciendo su agrupamiento, por lo que las volvemos a encontrar en diversas épocas de la humanidad. En cuanto que jefe guerrero, el soberano es un déspota que actúa en nombre del dios. Es la ciudad del déspota al mismo tiempo que la ciudad del dios, que volveremos a encontrar más tarde, aunque en Asiria la primera parece haber prevalecido sobre la segunda. La divinidad principal es Ashur, primero dios de la ciudad de Assur y después divinidad común en toda Asiria, que tomó su nombre de él. Esta extensión del culto corresponde a la constitución de un estado unitario en la región. La diosa Nina sirvió para denominar Nínive. Así, al igual que en Caldea, la ciudad tiene un dios que la influye desde muy cerca —de ahí que haya un templo preeminente—, y unas divinidades menos vinculadas a su destino, que también tienen sus lugares de culto. Los templos y los palacios tienen el mismo aspecto que los templos y palacios caldeos, y se elevan sobre sus terraplenes, los cuales, de todos modos, no tienen la misma

función de defensa de las inundaciones que tenían en el valle del Éufrates. La procesión religiosa es una manifestación del culto que debe reflejarse en la disposición de los espacios libres. En las guerras, los dioses se oponen a los dioses de los enemigos. Como podemos ver, Asiria toma de Caldea la civilización expresada en sus ciudades, añadiendo influencias hititas, muy visibles en el arte. Más tarde, Asiria ejerció a su vez influencia sobre Babilonia, como podemos observar durante la dinastía neobabilonia. De este modo, podemos discernir la acción del elemento extranjero sobre la ciudad, explicada fácilmente por el estado de agitación de la población de estas regiones a lo largo del tiempo.

En Asiria, Nínive, situada en la orilla izquierda del Tigris, brilló con un particular resplandor. Es una ciudad-fortaleza, en la que el río forma, al oeste, el foso defensivo, reforzado además con una muralla que se apoya en las fortificaciones de los palacios reales. En el lado opuesto, es decir, al este, se extiende otro muro defensivo de cinco kilómetros de longitud y más de quince metros de altura, provisto de fortalezas en las puertas principales. Esta precedido por un foso de cuarenta y cinco metros de anchura y seis metros de profundidad, delante del cual se despliegan bastiones en forma de media luna, y todavía más hacía el exterior, dos muros de cuatro kilómetros de longitud. Este auténtico sistema defensivo se debe a Sennacherib (705 a 681 a.C.). Al sur, la muralla tenía una longitud de tan solo ochocientos metros y al norte dos kilómetros. Como podemos ver, la ciudad dibujaba un cuadrilátero irregular, en cuyo interior algunos muros defensivos o fortificaciones locales añadían, al igual que en Babilonia, su propia defensa a las que enmarcaban el conjunto de la aglomeración. En Nínive, las viviendas se agrupan, sobre todo, en las proximidades de los templos. Sennacherib restauró esta ciudad, en la que, en sustitución del palacio de Assurnazirpal II (884 a 859 a.C.), edificó para su propio uso una espléndida residencia, junto con un gran parque, para cuyo emplazamiento expropió toda una parte de la ciudad, provocando con ello un éxodo de habitantes hacia otros puntos del territorio urbano. Es la ciudad del déspota, cuyas obras, que hace ejecutar en virtud de su autoridad soberana, modifican a menudo una fisonomía que sus sucesores podrán transformar a su vez a su antojo. Se atribuyen al mismo rey los acueductos que llevan el agua a la ciudad. En tiempos de Asurbanipal, Nínive da sus últimos coletazos, puesto que, en el 606 a.C., la ciudad será el principal objetivo de medas y babilonios, quienes destruirán la ciudad y acabarán con la dominación asiria.

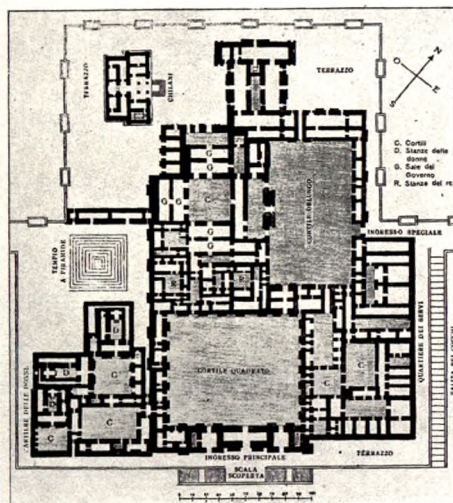
Es la ciudad del déspota. Es el caso de Sargón II, predecesor de Sennacherib: él crea su propia ciudad, a poca distancia de Nínive, del mismo modo que más tarde Luis XIV creará Versalles, en las proximidades de París. A este efecto eligió un pueblo asentado a unos catorce kilómetros al nordeste de Nínive. Adquirió los terrenos por vía de la expropiación total y construyó en ellos una ciudad que llamó con su propio nombre, Dur-Sharrukin (la actual Khorsabad). La dotó de una muralla que dibujaba un rectángulo y medía 1.760 x 1.685 metros, construida con adobe sobre un cimiento de piedra; la muralla, de veinticuatro metros de espesor, estaba reforzada con torres rectangulares de una treintena de metros de altura que desplegaban con un voladizo de cuatro metros una fachada de 13,50 metros. En el lado nordeste del rectángulo, cuyos ángulos estaban orientados, según la costumbre de Caldea y Asiria, hacia los cuatro puntos cardinales, se situaba el palacio

real, extendiéndose en parte hacia el interior de la ciudad y en parte hacia el exterior, y se apoyaba en un alto terraplén que lo colocaba a nivel de la parte superior de la muralla. Así pues, en esta zona la muralla se confundía con el muro de contención del terraplén, que hacía sobresalir hacia el exterior de la ciudad los tres lados de un rectángulo, interrumpidos por torres. Así, el palacio estaba formado por dos rectángulos, unidos por su lado mayor, que recortaban sus líneas, uno hacia la ciudad y el otro hacia la campiña.

El lado nordeste de la muralla de Dur-Sharrukin tenía una única puerta. Los otros tres lados tenían dos puertas cada uno, de las cuales una, de aspecto escenográfico y con una escalera, estaba reservada a los transeúntes, mientras que la otra, sin decoración y al mismo nivel, estaba destinada a los carros. Para poder penetrar en la ciudad a través de estas entradas, era necesario atravesar primero un saledizo, luego un gran patio e, inmediatamente, a partir de las dos torres entre las que se recortaba la abertura practicada en la muralla, un largo corredor abovedado, cortado transversalmente por dos galerías. En la entrada de dicho corredor, por la puerta decorada, grandes toros alados con rostro humano velaban, en compañía de genios también alados; incluso las archivoltas están decoradas. Es la entrada majestuosa a la ciudad, asociada a un reforzamiento de la defensa militar sobre esos puntos de la muralla y es, al mismo tiempo, la idea de la proyección divina en la puerta del recinto, que volveremos a encontrar en la Edad Media con la presencia de la estatua de la Virgen en las puertas de la muralla de Felipe Augusto, en París, por poner un ejemplo.

Es la puerta de ciudad, con el papel más complejo que le otorga el mundo oriental. Debido al considerable espacio vinculado a ella, no solo es un lugar de paso sino también un lugar de reunión que, en cierta medida, cumple las funciones del ágora en la ciudad griega y del foro en la ciudad romana. En efecto, aquí se goza en verano del frescor del corredor abovedado y, en invierno, del calor del sol que templó el patio anterior. En estos países de Oriente, el punto de contacto formado por la puerta de la muralla, entre la ciudad y el mundo exterior, adquiere todo su significado. Ahí se realizan los juicios, ahí se exhiben los prisioneros de rango; las cabezas cortadas, enseñan del castigo, añaden, a la vida pintoresca, la nota pálida de la muerte. Además, ¿no es cierto que por ahí llegan las noticias, por ahí pasa el soberano en busca de los enemigos o los animales salvajes, por ahí regresa, por ahí entran las mercancías y los comerciantes, cuyos largos viajes despiertan la curiosidad pública, por ahí entra y sale el extranjero, en cuerpo o en alma, por ahí se realizan los intercambios con el exterior y se desarrolla la civilización?

En cuanto al toro alado con cabeza humana, cuya enorme figura destaca en la entrada de la ciudad, se trata de un genio favorable, un guardián vigilante que volvemos a encontrar en Asiria, por ejemplo, en una de las puertas de Nínive construida por Sennacherib, la cual estos animales androcéfalos decoran por el lado de la ciudad y por el lado del campo. En la puerta se concentran los medios de defensa, tanto materiales como inmateriales. Anteriormente, en dos ciudades hititas —Karkemish, asentada al nordeste de Alepo, en la orilla derecha del Éufrates, y de donde partían las caravanas hacia Asia Menor, y Sindjirli, situada al noroeste de la primera—, podemos ver un león en las puertas como motivo escultórico. Lo vemos sedente, recubierto de caracteres hititas, a ambos lados de la puerta



43



44

43 Planimetría general del palacio de Sargón II en Khorsabad (restitución).

44 Vista del palacio de Sargón II en Khorsabad (restitución).

de entrada a Tell-Ahmar, a orillas del Éufrates, a unos veinte kilómetros al sur de Karkemish. Volveremos a verlo más al oeste como resultado de una serie de influencias, a la entrada del puerto de la ciudad griega de Mileto e incluso en el Peloponeso, en la Puerta de los Leones de Micenas.

También encontramos, en la puerta de acceso al palacio, el elemento sobrenatural que protege al edificio y a los que lo habitan. Sobre el terraplén que lo eleva unos catorce metros por encima del suelo de la ciudad, el palacio de Sargón II presenta, hacia la ciudad, una fachada llena de movimiento en la que se abren tres puertas: la del medio recorta una curvatura sobre la cual una decoración de ladrillos esmaltados representa al soberano triunfante. Esta abertura está enmarcada por dos torres cuadradas cuyas bases sirven de apoyo a seis toros alados con cabeza humana, con una larga barba bien recortada y una mitra, así como al hércules asirio Gilgamesh, que aplasta un león contra su cuerpo. Las otras dos puertas, laterales, están vigiladas por dos toros cada una. Por lo demás, resulta fácil, visitando el Museo del Louvre, juzgar estas esculturas y su aspecto imponente. Se trata de arte decorativo muy bien entendido. El palacio ocupa un vasto espacio donde se entremezclan los patios y los edificios de todas clases. Los toros alados, que montan guardia en las puertas, vuelven a aparecer en el interior, donde los relieves despliegan sus registros historiados, un homenaje permanente al soberano, en el que el ladrillo esmaltado, que los babilonios de las últimas épocas copiaron sin duda de los asirios, introduce sus cálidos reflejos, y donde la pintura combina a la perfección sus colores. En cuanto arte, un conjunto como este nos ofrece el marco apropiado para la vida del monarca, muchos siglos antes de Versalles o de las Tullerías de Luis XIV. Sobre uno de los lados del terraplén se eleva el zigurat de 43 metros con sus siete pisos, cada uno consagrado a una de las siete divinidades de los planetas y pintados con el color de ese dios. Todo un sistema de desagües, con colectores abovedados, estaba incorporado al palacio. A pesar de que se han realizado excavaciones en el palacio de Sargón y en las entradas de la ciudad, tenemos menos información de esta. La ciudad, que fue construida toda de una vez, presentaba un trazado regular, del tipo damero. Las calles tenían una anchura de doce metros y estaban pavimentadas con piedra. Al parecer las casas, construidas con ladrillos, no tenían por lo general más de una planta. Terrazas o pequeñas cúpulas debían de formar las líneas divisorias.

Es la ciudad del déspota, que la puebla con una mezcla de prisioneros capturados en las guerras y de asirios, y que, con la disposición de su palacio montado sobre la muralla, adopta a la vez medidas defensivas contra el interior y contra el exterior. En el 707 a.C., la nueva ciudad, que acababa de terminarse, recibió la consagración religiosa, y Sargón II se instaló en ella al año siguiente. Pero apenas pudo disfrutarla puesto que murió en el 705 a.C. Su hijo Sennacherib prefirió vivir en Nínive, y Dur-Sharrukin, recién nacida, se vio desprovista de su rango de capital. Además del rey, otros podían crear ciudades en Asiria: bajo el reinado de Teglathalassar III (745 a 727 a.C.), un gran señor fundó la ciudad de Dur-Belharranbeluzur, a poca distancia al norte de Assur. En ella levantó un zigurat, y atrajo a la población mediante la concesión de privilegios. En este pueblo de guerreros, incluso un campamento militar podía dar origen a una aglomeración urbana. Una escultura asiria que

data de un millar de años antes de nuestra era, parece representar un campamento cuyo perímetro presenta una forma perfectamente circular, mientras que en su parte interna esta dividido en cuatro partes por dos líneas que se entrecruzan ortogonalmente. En Egipto, por el contrario, a juzgar por las representaciones que se conservan, prevalece la forma rectangular del campamento. En época romana volvemos a encontrar la aportación militar del campamento, con su trazado regular, relacionado con la ciudad tanto para su formación como para su ordenación general.

La ciudad fortaleza por excelencia, característica de la región caldeo-asiria, es significativa también entre los hititas, al oeste del Éufrates. Estos dieron a sus ciudades la forma circular. Es el caso de Sindjirli, con su doble muro circular y, en el centro del espacio así delimitado, a la altura habitual, el palacio real, cuyo recinto tiene forma oval y esta formado por compartimientos fortificados que, en caso de ataque, hay que conquistar uno tras otro. Con actitud amenazante, el león hitita, pequeño y rechoncho, abre la boca, dispuesto a devorar al intrépido que quiere forzar la entrada. En esta ciudad hay una especie de refinamiento en la defensa militar que es muy significativo. La forma de la ciudad viene determinada esencialmente por la idea defensiva.

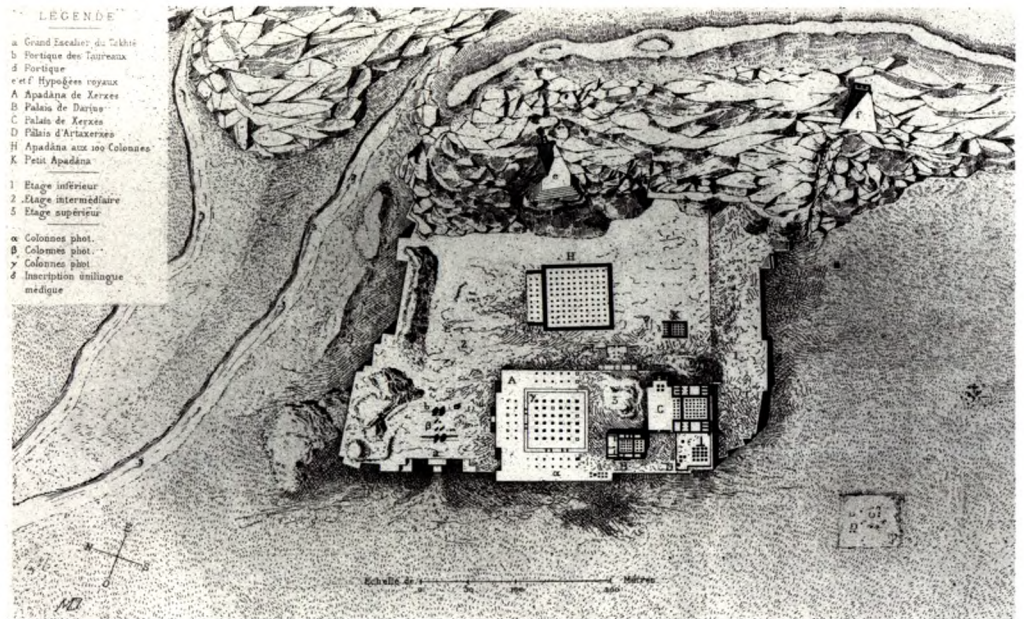
Es la ciudad del déspota, tanto al este del Tigris como en Mesopotamia. Hacia el 700 a.C., los medas se separan de los pueblos que ocupaban las regiones situadas al este de Asiria, para entrar de ese modo en la historia. Herodoto lo explica de la siguiente manera: Los medas vivían dispersos en aldeas. En una de estas aldeas, un tal Deiokés había sido elegido juez, y juzgaba bien, de forma equitativa. Los habitantes de las demás aldeas, oprimidos hasta entonces por sentencias injustas, al darse cuenta de ello, no quisieron tener más juez que Deiokés. Pero este no quiso seguir ejerciendo este oficio, con el pretexto de que no le quedaba tiempo para ocuparse de sus propios asuntos. Así pues, el bandidaje y la anarquía reinaron en las aldeas con más violencia que nunca. Con el fin de acabar con esta situación, los medas nombraron rey a Deiokés. Este se hizo construir un gran palacio, bien fortificado, y le procuró custodia. Obligó a sus súbditos a construir una ciudad para ellos, a ornamentarla y a fortificarla. Los dóciles medas

[...] construyeron esta ciudad fuerte e inmensa, conocida hoy con el nombre de Ecbatana, cuyos muros concéntricos están encerrados uno dentro del otro, y están contruidos de modo que cada recinto solo sobrepasa el recinto contiguo por la altura de las almenas. El lugar donde se asienta la ciudad, que forma una colina, facilitó esta disposición. En total tenía siete recintos. El último incluía el palacio y el tesoro del rey. El circuito del recinto mayor iguala, aproximadamente, el de la ciudad de Atenas. Las almenas del primer recinto están pintadas de blanco, las del segundo recinto de negro, las del tercer recinto de púrpura, las del cuarto recinto de azul, las del quinto recinto de color naranja, las del sexto recinto son del color de la plata y las del séptimo recinto son del color del oro.

Lo que no dice Herodoto es que, sin duda, estos siete recintos, al igual que los siete pisos del zigurat de Dur-Sharrukin, se corresponden con los dioses de los siete planetas y están pintados en los colores de estos dioses. Sea como sea, nada podría caracterizar con más



45



46

45 Vista de las ruinas del palacio de los aqueménidas en Persépolis.

46 Planimetría general del palacio de los aqueménidas en Persépolis (restitución).

47 Entrada del palacio de los aqueménidas en Persépolis (restitución).

claridad la ciudad del déspota oriental que esta acumulación de defensas en torno al palacio del monarca. La propia forma de la ciudad viene dictada por la preocupación por la protección de este último.

Volvemos a encontrar la ciudad del déspota en Susa, en tiempos del «gran rey», como decían los griegos cuando se referían al rey de los persas, cuyo poder fue fundado por Ciro a mediados del siglo VI a.C. Susa, bajo Darío y bajo Jerjes, a finales de este siglo y durante el primer tercio del siglo siguiente, refleja, al mismo tiempo que este poder, la majestad real. Al pie del promontorio donde se eleva el palacio, la ciudad extiende la mancha de sus casas. En esta plaza fuerte, en la imponente residencia que el rey ha construido, el hijo de Jerjes, Artajerjes I, aparece en las horas de audiencia inmóvil en su deslumbrante trono, rodeado de toda la pompa real y ofreciéndose como si fuese una divinidad al homenaje de los hombres. A través de él se explica la ciudad. Por su parte, Persépolis, situada al sudeste de Susa, debe su origen, podríamos decir, a Darío: este construyó en ella un palacio sobre una gran plataforma. Las influencias asirias llegaron a este país. El arte lleva su reflejo. La decoración a base de ladrillos esmaltados nos ha conservado, bajo la forma del Friso de los Arqueros del Museo del Louvre, un recuerdo del majestuoso marco que rodeaba al soberano, en su palacio de Susa, hacia el 500 a.C. Si pensamos en el contacto que se estableció, a través de Asia Menor, entre los distintos imperios que se sucedieron en Mesopotamia así como al oeste del Éufrates y al este del Tigris, y el mundo griego, no nos sorprenderá que este último haya recibido unas influencias que provienen, en su origen, de Elam y Caldea. Es indispensable observar este proceso desde un punto de vista urbano. Los medas y los persas quedaron fuertemente marcados por la civilización caldeo-asiria. La prestigiosa imagen del «gran rey» llevará finalmente a Alejandro hasta Asia. La irradiación del helenismo sustituirá, tanto en este país como en Egipto, a los antiguos dominios, y aparecerá un nuevo tipo de ciudad, producto de la fusión de los elementos griegos y orientales: lo que podemos llamar la ciudad greco-oriental, que volveremos a encontrar en la Roma de finales de la República y del Imperio, una ciudad que esta en la base de nuestras ciudades por partida doble: por ser una creación romana y por ser una creación del Renacimiento en el siglo XVI.

En Asia Menor, Sardes, en las proximidades del mundo griego, parece anunciar, en la época a la que hemos llegado, la ciudad griega. Herodoto evoca ante nuestra mirada esta ciudad de los lidios, con su ciudadela elevándose sobre un promontorio escarpado, y donde sin duda Creso, rey de Lidia, tenía su palacio y sus tesoros. El valor defensivo de esta plaza fuerte era tal que Ciro, que la sitió en el 546 a.C., pudo penetrar en ella tan solo por azar. La ciudadela presentaba un lado casi inexpugnable, por ello los sitiados ni siquiera pensaron en apostar en ese lugar la guardia. Sin embargo, un persa vio a un lidio que había bajado por allí para recoger su casco y luego volvía a subir por el mismo punto. El persa lo siguió. Otros, detrás de él, escalaron la pendiente, y de este modo Sardes cayó en manos de los asaltantes. Cuando más tarde los jonios atacaron a su vez esta ciudad, se apoderaron de ella, pero no pudieron adueñarse de la ciudadela, que Artafernes, hermano de Darío, defendía con una nutrida guarnición. En efecto, Sardes esta formada por la ciudadela y por una aglomeración que se extiende en la parte baja, a orillas del Pactole, y donde Herodoto señala la



47

existencia de una plaza. La mayoría de las casas, añade Herodoto, eran de caña, e incluso las que eran de ladrillo tenían la techumbre de caña. Herodoto nos muestra a Darío, en Sardes, sentado en el barrio de los lidios, viendo pasar a una joven que se dirige al río con un cántaro en la cabeza en busca de agua, y la brida de un caballo, que lleva a beber, pasada por su brazo, mientras ella da vueltas a un huso con el que teje lino. A través de estos pasajes de Herodoto se nos muestra el emplazamiento de la ciudad griega. Un promontorio igual que la ciudadela de Sardes hace surgir ante nuestra mirada el escarpado defensivo de la acrópolis griega, y la aglomeración asentada a orillas del Pactole, con el espacio libre de la plaza, muestra su pendiente en la ciudad baja, con el ágora pletórica de animación. Por lo demás, las influencias griegas llegaron a Sardes: a través de esta ciudad, que era un auténtico cruce de caminos humano, se estableció un contacto entre el mundo griego y las civilizaciones de Asia occidental. Ahora bien, los vínculos que podemos instituir no dejan de presentar contrastes: el rey, que protege la ciudadela de Sardes, aparece teñido con los reflejos del Oriente asiático, y la casa de caña o de ladrillo evoca el paisaje de los valles fluviales que acabamos de recorrer. Nos encontramos en los confines de dos mundos: Asia y Grecia.

La lección de urbanismo que nos ofrece la ciudad asirio-babilónica no es menos instructiva que la que hemos aprendido de Egipto. En los valles del Éufrates y del Tigris hemos visto la ciudad entendida como una estrecha dependencia entre la divinidad y el monarca. De ahí su fisonomía propia, que se corresponde con este doble vínculo. Se trata de un ejemplo muy valioso de adaptación de la forma al fondo. La ciudad del déspota es expresiva en la misma medida en que lo era, en Egipto, la ciudad divina, sobre la que se alargaban las sombras del más allá, y también en la misma medida en que lo será, en Grecia, la ciudad democrática. En esta última, el centro de la vida cívica tiene la misma importancia que tenía, por ejemplo, en Babilonia el palacio de Nabucodonosor II. Lección de orden urbano en relación con un elemento predominante: esta es la que recibimos de estos países. Con la misma lógica debe entenderse, en nuestros días, la ciudad social. No llegamos al extremo de preocuparnos, como queda señalado en Egipto, de distribuir las distintas partes de la vivienda del dios siguiendo el modelo de la vivienda humana, aunque con unas proporciones inmensamente ampliadas, lo que, a su manera, no deja de ser una enseñanza para nosotros. Del mismo modo que, en la casa, las estancias donde se recibe están claramente separadas de aquellas donde se desarrolla la vida privada; en otras palabras, del mismo modo que la sala queda bien diferenciada del dormitorio todavía hoy, y dicha distinción se refleja en el lenguaje, que opone el salón y el comedor al dormitorio, en la ciudad, el *zoning* tiene que distribuir las construcciones según el uso público o privado. Dicho brevemente: extendamos al conjunto de la ciudad lo que los egipcios, que dieron el primer paso, aplicaron a la vasta extensión del templo. De modo similar, desde el punto de vista del arte urbano, la vía procesional, que se prolonga hasta el lugar de culto, no ha perdido interés ni utilidad si tiene como fondo un edificio que se someta a las interminables teorías populares sobre la ciudad contemporánea.

En la ciudad asirio-babilónica se observa un auténtico sentido de la escenografía urbana. También tenemos aquí un valioso ejemplo para reflexionar. La entrada a la ciudad

con aspecto escenográfico aparece en Babilonia por primera vez con la puerta de Ishtar. Esta se encuentra en la vía sacra y, por lo tanto, esta vinculada a la idea religiosa, al igual que la avenida escenográfica de Egipto. En esta misma ciudad podemos observar que se ha sabido otorgar un carácter escenográfico a una obra puramente utilitaria, como es la muralla que protege la vía sagrada. Y en este caso, al igual que en la puerta de Ishtar, el ornamento es realmente un rasgo del rostro de la construcción.

Finalmente, la región asirio-babilónica, al igual que Egipto, es, desde un punto de vista urbano, la escuela de lo grandioso y lo colosal, aplicados a la idea de la divinidad o del soberano omnipotente. El rasgo grandioso que adoptarán las ciudades helenísticas tiene este origen lejano. Dicho rasgo marcará, a su vez, las ciudades romanas. Además, los asirios tenían una capacidad de organización que se acerca a la de Roma, y se adelantaron a ella en algunos de sus efectos urbanos.

ATENAS: EVOLUCIÓN DE UNA CIUDAD-ESTADO. LA CIUDAD DEMOCRÁTICA

El Ática forma una península separada por unas montañas del resto de la Grecia continental, tanto de Beocia, al noroeste, como de la Megárida, al sudoeste. De ahí que sufra cierto aislamiento en relación con el continente. Además, debido a la escasa fertilidad del suelo, esta apartada de las corrientes de migración humana. Pero precisamente esta situación convirtió el Ática en un lugar de refugio. Precisa Tucídides:

Desde el resto de Grecia se podía ver cómo concurrían a Atenas, como si fuese un asilo seguro, los más poderosos de aquellos que la guerra o las sediciones habían condenado al exilio. De ese modo contribuyeron, desde la más remota Antigüedad, a incrementar la población.

La forma alargada de esta península, que se prolonga hacia la multitud de islas que forman prácticamente un puente entre Europa y Asia Menor sobre el mar Egeo, así como su proximidad con el istmo de Corinto, por donde se establecen las comunicaciones terrestres con el Peloponeso, hacen del Ática un instrumento natural de relaciones humanas. Además, este país se civilizó en épocas muy tempranas, lo que Tucídides no deja de observar cuando escribe:

Los atenienses fueron los primeros en dejar de ir armados para adoptar unas costumbres más moderadas y una forma de vida menos severa.

Y también describe el carácter

[...] en la costumbre, que se ha conservado hasta nuestros días, de los ancianos atenienses de clase acomodada, de llevar túnicas de lino y sujetar los rizos de su cabellera con pasadores dorados en forma de cigarra.

Naturalmente era también necesario, para un progreso civil real, que los hombres estuvieran en condiciones de sacar provecho de ese marco geográfico. Por sí mismo, el suelo solo puede ser un elemento determinante de la formación humana en la medida en que los seres que lo ocupan son capaces de explotar completamente las condiciones de vida que dicho suelo ofrece. Y este fue el caso de los antiguos pobladores del Ática. En tiempos muy remotos encontramos en este país unos hombres que recibieron el influjo de la civi-



48

48 Puerta de los Leones, en Micenas, vista desde el exterior. (Tomada de Perrot y Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'antiquité*, t. VI, Hachette.)

lización mediterránea de la Creta antigua. La leyenda de Teseo y el Minotauro establece unos estrechos vínculos con esta isla, desde donde irradió, a través del mar Egeo, especialmente desde el 2100 al 1400 a.C., un resplandor de civilización. La invasión de los dorios, iniciada hacia el 1200 a.C., dejó el Ática indemne; es más, le procuró la llegada de nuevos emigrados –los aqueos, representantes de la civilización micénica, heredera de la cretense– después de que los invasores hubiesen huido, y acabó por reforzar en este país los elementos de la cultura mediterránea surgidos originariamente en Creta. Otros fugitivos como aquellos encontraron asilo en las islas del Egeo y en la costa de Asia Menor, unas tierras hacia donde se prolongaba la península del Ática. De este modo se explican los destinos de Atenas, en lo que también influye en un principio la posición apartada de la península. En el momento en que Calcis, y Eretria, en el lugar donde la isla de Eubea se acerca al continente griego, Egina, situada en una isla del golfo Sarónico, Corinto, en el istmo, y Megara, en el camino que conduce a este último, alcanzan su auge marítimo, el Ática todavía permanece vinculada a la economía rural.

Para reconstruir el origen de Atenas hay que remontarse hasta su estado primitivo, representado por el régimen patriarcal, en el cual la institución familiar tiene un valor absoluto y las familias viven diseminadas por la campiña. Es también el régimen absoluto de la tierra nutricia. Sin embargo, como consecuencia del desarrollo respectivo de cada familia, las relaciones sociales se extienden. Asociaciones de familias, denominadas «fratrías», siembran aquí y allá el suelo rural de pequeñas concentraciones humanas. La agrupación en pueblos o aldeas, gracias al dispositivo social de la tribu formada por varias fratrías, señala la primera etapa hacia lo que se suele denominar el «sinecismo», es decir, la unión, voluntaria o impuesta por los acontecimientos, de los habitantes, en un núcleo de carácter urbano. Para explicar esta forma última de desarrollo humano debemos hacer intervenir la noción económica de necesidad, junto a todo lo relacionado con la misma. Al mismo tiempo que la sociedad se centraliza de ese modo, el culto evoluciona, pasando del culto a los ancestros al, notablemente ampliado, de la divinidad de la *polis* o poliada

Sin duda, una de las aldeas primitivas del Ática encontró un emplazamiento defensivo deseable en el lugar donde la roca de la Acrópolis de Atenas perfila en el cielo su silueta protectora. Es, en efecto, una ubicación predestinada, en el centro de la llanura más extensa y favorable del Ática, bañada por el Cefiso, que se une, al sur de Atenas, al Ilisos. El mar se encuentra lo bastante cerca para poder sacar provecho de él, y lo bastante lejos para que no haya necesidad de repeler los ataques repentinos de los piratas. A cinco kilómetros al sur de la Acrópolis, la bahía de Falero ofrece un lugar propicio para varar las barcas sobre la arena, tras la pesca o el pequeño cabotaje a lo largo de las costas vecinas. En cuanto a la Acrópolis, es un promontorio que se encuentra a 156 metros sobre el nivel del mar, y mide 270 metros de este a oeste, por 156 metros, al menos, de norte a sur. Es muy abrupto en tres de sus lados, y solo es accesible desde el oeste, a través de una pendiente que, de todos modos, es bastante inclinada. Esta disposición natural no debió ser ajena a la orientación definitiva de la ciudad hacia el oeste. Sea como sea, debemos imaginar en la Acrópolis, en los tiempos de las epopeyas, «la poderosa morada del Erecteo» y, sin duda, al pie del promon-

torio o sobre alguna colina cercana, el suelo punteado por las sencillas formas de las primitivas aldeas. Hay ahí una especie de pequeño principado en la que Erecteo debió de ser un antiguo jefe, posteriormente divinizado. En el Ática, algunas asociaciones o uniones de aldeas precedieron a la formación de la ciudad. Esta se construyó sacando provecho del emplazamiento, caracterizado por la Acrópolis de Atenas. Podemos suponer que las necesidades de intercambio entre las distintas aldeas contribuyeron a desencadenar el sinecismo en este punto del Ática, favorecido por la naturaleza en todos sus aspectos.

Tucídides destaca esta primitiva evolución, y también señala que todavía en el siglo V a.C. la mayoría de los atenienses estaban acostumbrados a vivir en el campo. Y añade:

Desde los tiempos más remotos esta costumbre había prevalecido entre los atenienses. Desde Cécrope y los primeros reyes hasta Teseo, los habitantes del Ática estaban diseminados en aldeas, y cada una de estas aldeas tenía su pritaneo¹ y sus arcontes². Cuando no había ningún peligro que repeler, no se reunían [...] para deliberar en común: cada aldea se gobernaba y deliberaba aparte [...]. Todo esto cambió bajo el reinado de Teseo: este príncipe dio al país una organización más sólida y, en concreto, abolió los consejos y las magistraturas de las aldeas. Estableció un único consejo, un único pritaneo en la ciudad actual [...]. En esta época fue creada en Atenas [...] la fiesta pública denominada *synoikia* (es decir, «la fiesta de la morada en común»), que se celebra todavía hoy. Hasta entonces, Atenas solo consistía en la Acrópolis y la parte situada debajo de ella, completamente a mediodía [...]. Puesto que la Acrópolis fue habitada desde los tiempos más remotos, todavía hoy los atenienses la llaman «la ciudad». De modo que los atenienses vivieron durante mucho tiempo en el campo, diseminados e independientes. Incluso cuando se reunieron, la mayoría de ellos, por costumbre, siguieron habitando en el campo y también lo hicieron sus sucesores viviendo allí en familia, siguiendo su ejemplo hasta la guerra actual [del Peloponeso].

Así pues, Atenas se nos presenta no como un conjunto de individuos reunidos en un espacio constreñido, sino como un conjunto de grupos diseminados, formados ellos mismos por subgrupos y vinculados a la tierra nutricia, de modo que la ciudad no era más que el lugar de culto común, el centro político, el refugio en caso de ataque y, finalmente, el mercado donde se intercambian los distintos productos. Este estado social determina la forma que presenta Atenas.

En la penumbra de los tiempos primitivos, Atenas reviste una silueta que recuerda las agrupaciones urbanas micénicas. La Acrópolis está coronada por un muro ciclópeo, cuyos bloques de piedra calcárea han sido sacados del mismo suelo del promontorio, y que sigue fielmente el contorno de la peña. En su cima presenta una superficie plana hacia el norte e inclinada, por el contrario, hacia mediodía. De este modo, los primeros establecimientos se produjeron preferentemente en el lado septentrional: allí se encontraba la morada del jefe heredero o del *erecteida*, y el lugar de culto que reunía a los atenienses. El mismo nombre de Atenas indica la divinidad, Atenea, bajo cuya égida se agruparon estos hombres. La divinidad se identifica en primera instancia con la lechuza que, al parecer, fue el objeto de culto más antiguo de la Acrópolis. Más tarde se identifica con el olivo, cuando la ciudad

se extiende hasta la llanura cultivada de olivos, y finalmente se asocia a Poseidón, tras una ampliación urbana que llega hasta el mar. La diosa parece seguir, paso a paso, el progreso del agrupamiento humano que hizo nacer el promontorio de la Acrópolis que se yergue sobre el valle bajo del Cefis. La diosa y Poseidón compitieron por el dominio del país: vencería quien mejor lo favoreciera. Atenea hizo aparecer, con un golpe de lanza, un olivo sobre la roca desnuda de la Acrópolis mientras que Poseidón golpeó con su tridente ese mismo suelo e hizo aparecer un estanque de agua salada; en efecto, la tierra y el mar se repartieron los destinos de Atenas. El templo más antiguo, el Erecteión, atesoraba estos símbolos de la potencia divina además de una gran serpiente que los atenienses consideraban guardiana y protectora de la Acrópolis y que, en palabras de Herodoto, representaba una divinidad local anterior al culto de Atenea. Se ha constatado que el Erecteión del siglo V a.C. fue edificado sobre otro edificio erigido a su vez encima de una construcción micénica, y que existía una analogía formal entre estas tres construcciones. Morada del Erecteida y morada divina: esto es lo que contiene esencialmente la Acrópolis en la parte septentrional, del mismo modo que la Île de la Cité, núcleo de formación de París, contiene el palacio del rey y la catedral de Notre-Dame, consagrada a la Virgen, protectora de esta ciudad.

La entrada propiamente dicha a la Acrópolis esta situada al oeste, al final de un camino escarpado trazado de modo que los atacantes presentaran siempre el flanco derecho que no queda protegido por el escudo. Además, en el lado septentrional existen, análogamente que en las ciudadelas micénicas, pasajes secretos en forma de abruptos senderos disimulados en las hendiduras de una roca, o peldaños tallados en la montaña en lugares poco visibles. Atravesando un pasaje de este tipo se podía llegar al noroeste, hasta un lugar subterráneo donde se encontraba la fuente Clepsidra, valioso recurso en caso de asedio. En épocas posteriores fueron reforzadas las obras de defensa del acceso principal mediante el Pelargikon (muro de las cigüeñas) y el Enneapylon (la muralla de nueve puertas), que significó la reafirmación de una ampliación de la ciudadela precisamente en la dirección en la que Atenas mantenía un contacto más directo con el continente griego.

El sinecismo del Ática, conmemorado en la fiesta de la *synoikia*, solo pudo desarrollar Atenas. Escribe Tucídides:

Desde entonces todo fue a desembocar a Atenas, de modo que esta ciudad pronto sufrió un rápido crecimiento, cuando Teseo la entregó a sus sucesores.

Se muestra así claramente los primeros efectos de las vías de comunicación sobre la ciudad. Es hacia el sur de la Acrópolis, es decir, hacia el lado del mar, donde deberíamos dirigir la mirada para entrever el inicio de la ciudad baja propiamente dicha, surgida del promontorio defensivo, punto originario de arraigo de la agrupación humana en el terreno. Sin duda esta ciudad baja, asentada a orillas del Ilisos, se caracterizaba especialmente por el ágora o plaza de reunión y de mercado. Según Tucídides, esto explica que, en cualquier caso, hay que ubicar allí el primer desarrollo urbano, puesto que en ese lugar se encuentran los templos más antiguos, aparte de los de la Acrópolis: los templos de Júpiter Olímpico

1. Pritaneo: edificio donde se reunían y eran mantenidos a costa del Estado los cincuenta senadores de Atenas investidos con el título de pritanos que ejercían, junto a la Boulé (el Consejo) y la Ecclesia (asamblea de ciudadanos) un conjunto de papeles administrativos y religiosos. (N. del E.)

2. Arcontes: magistrados que ocupaban los puestos más importantes del gobierno de la ciudad. Su importancia varió a lo largo de los casi cinco siglos que perduró la institución, desde el 753 a.C. hasta el siglo III a.C. pero constituyeron la base de los gobiernos democráticos de la mayoría de las ciudades griegas. (N. del E.)



49 Acrópolis de Atenas, vista desde el noroeste.
A la izquierda, la ciudad moderna. Al fondo, de
derecha a izquierda: el Anchesmos, el Pentélico, el
Monte Licabeto y el Himeto. (Fotografía publicada por
Lhéritier, en *Vie Urbaine*, 1921.)

pico, de Apolo Pizio, de Gea y de Dionisos Linneo (o de los pantanos), en cuyo honor se celebraban las bacanales. También allí se encuentra la fuente que antaño se llamaba Kallirhoe («fuente de la bella corriente»). Prosigue el mismo autor:

[...] y desde tiempos antiguos se conserva todavía hoy la costumbre de utilizar el agua para los baños que preceden a las bodas y también para otros ritos religiosos.

Sin embargo, al noroeste de la Acrópolis se formó otra aglomeración, gracias, sobre todo, a la utilización, desde épocas remotas, de la arcilla para fabricar vasijas, abundante en esta parte del valle del Cefis. A los ceramistas hay que añadir otros artesanos que empleaban el fuego, todos ellos agrupados bajo la égida divina de Hefaios. Así se formó el barrio llamado Keramikos, con su propia ágora. Ciertamente, los recursos del suelo sirven para explicar el desarrollo de una aglomeración, y aquí dichos recursos son diversos: si el Ática es pobre en cereales, por lo menos logró producir en abundancia vino y aceite y, además de la arcilla adecuada para la fabricación de vasijas, el Ática ofreció al hombre el mármol del Pentélico y los minerales argentíferos del Laurión —Esquilo dice que los atenienses tienen «una fuente de plata, un tesoro que les guarda la tierra»—. Escribe Jenofonte, refiriéndose al Ática:

El seno de la tierra esta repleto de mármoles con los que se construyen magníficos templos, espléndidos altares, estatuas dignas de la majestad de los dioses. Así, muchísimos griegos y bárbaros vienen a buscarlos [...]. Por otra parte, nadie podrá negar que su mineral de plata no sea una bendición del cielo puesto que, entre tantas otras ciudades, no existe ni una sola donde se pueda encontrar la más pequeña vena de este metal.

Pero en el desarrollo urbano, se ha de tener también en cuenta la acción de los extranjeros, vinculada por lo demás, de forma natural, al movimiento comercial provocado por los recursos del suelo. Si la ciudad baja nace y se desarrolla, con su animada actividad, a los pies de la Acrópolis, esto se debe a la atracción que esta ejercía como centro de la vida religiosa y política y a la protección que la ciudadela podía ofrecer a los artesanos y a las actividades de intercambio comercial. Pero estos artesanos y estos comerciantes son originariamente extraños a la estructura constitutiva de la ciudad, es decir, a las familias, las fratrías y las tribus. Ellos componen una plebe en la que el elemento forastero ocupa un lugar importante.

También el rey había descendido de la Acrópolis para establecerse en la parte baja, en el pritaneo. A su vez, los eupátridas³ se instalaron en la ciudad baja asentada al mediodía de la Acrópolis, de modo que adquirió un carácter aristocrático que la diferenciaba de la reciente Keramikos. Atenas creció en esta zona donde estaba localizado el elemento democrático, mientras el núcleo situado a mediodía fue perdiendo vitalidad y acabó contando en la aglomeración ateniense sobre todo por sus lugares de culto particulares.

Sin duda, hay que atribuir a la tierra útil para la cerámica, empleada en Keramikos, un importante papel en este desplazamiento urbano, aunque también los caminos ejercie-

3. Eupátridas: familias nobles de la antigua Atenas que gozaban de derechos políticos y religiosos exclusivos. (N. del E.)

ron, a este respecto, una influencia efectiva. Como veremos más adelante, Keramikos se corresponde con un nudo de rutas.

De todos modos, es importante seguir, en primer lugar, la evolución orgánica de Atenas. Si hemos partido de la dispersión originaria en familias sólidamente constituidas, ahora tenemos que llegar no solo a la ciudad o a la ciudad-estado, fruto del sinecismo, sino también a aquella forma de Estado, completamente nueva en el mundo, que se caracteriza por la igualdad de los ciudadanos y por su participación colectiva en el gobierno. La ciudad de este Estado o, más bien, esta ciudad-estado, de gran importancia para la urbanística en general, es la que, en definitiva, tendremos que contemplar. Es a esta ciudad democrática absoluta hacia la que nos dirigimos, pasando sucesivamente por la ciudad monárquica, la ciudad oligárquica y la ciudad del tirano. Cada una de estas ciudades ha dejado su impronta en la fisonomía de Atenas. La Acrópolis, que al principio podíamos decir que lo había sido todo, acabó por no ser más que un lugar de culto y de defensa, mientras que la ciudad baja adoptó sucesivas formas, recibió nuevos órganos destinados a nuevas funciones y alcanzó por ello la plena hegemonía urbana.

En el relato homérico, el rey deja de existir en Atenas en el siglo VIII a.C. Los eupátridas, con toda seguridad, usurparon poco a poco su poder. A la realeza solo le quedó la función religiosa tradicional. Desde ese momento la residencia regia dejó de ser una localización fundamental, mientras la residencia divina ganó la importancia que la anterior había perdido. El poder que se instaura descansa sobre una base rural, ya que los eupátridas pueden ser considerados grandes terratenientes. La economía rural, sobre la base de la organización familiar, es la misma que la de la ciudad-estado, y el arconte propiamente dicho aparece en el siglo VII a.C. como su auténtico jefe, tras haber reemplazado al pritano, el pálido sucesor de los Erecteidas⁴ de la Acrópolis. Elegido por nombramiento, el arconte entra en el consejo que forman los ancianos magistrados, una emanación de la nobleza de los eupátridas, que se reúne en la colina de Ares o del Areópago (junto a la Acrópolis, al oeste), para juzgar en materia de homicidios, o bien en el ágora. De esta manera aparece otra ubicación que se corresponde con la posición del Areópago, es decir, del órgano judicial.

Mientras tanto, el progreso de la agricultura ha expandido el cultivo de viñedos y olivos por el Ática; se incrementa el empleo de la tierra arcillosa, utilizada desde el año 800 a.C. aproximadamente, para la fabricación de vasijas y de la cual tomó su nombre Keramikos; el aceite en particular alimenta, en el siglo VII a.C., el comercio de exportación. Todo ello da como resultado un movimiento económico que tendrá efectos sociales y urbanos, además de que numerosas ciudades griegas, impulsadas por exigencias internas, rotularon el mar con la estela de los barcos que llevaban a los colonos hacia nuevas tierras. Si Atenas, que conservaba su naturaleza rural, todavía no se había orientado hacia el ancho horizonte del mar, sufrió igualmente el impacto de los acontecimientos que estaban ocurriendo en torno a ella en el inquieto mundo griego en fase de renovación, con Megara, Corinto y Calcis expandiéndose hasta Sicilia para instalar sus colonias. Megara, por ejemplo, se encuentra tan próxima al Ática, que Eleusis y Salamina gravitaron al principio en torno a ella. Megara, en el siglo V a.C., en tiempos de Aristófanes, aprovisionará el mercado ateniense

con ajos, pepinos, membrillos, granadas e incluso mantos para esclavos. Atenas ve como el mundo se abre a sus puertas. ¿Cómo habría podido quedarse estancada en sus arcaicas estructuras?

De hecho, la moneda, germen de transformación económica y social, se introdujo en Atenas en el siglo VII a.C., y pasó a ser, a principios del siglo siguiente, de uso lo bastante corriente como para que las multas se pagaran con ella. Keramikos se desarrolla y su ágora, sin duda en el siglo VII a.C. inicia su andadura: estos lugares acogen a los artesanos bajo el culto de Hefaios y de Atenea Ergane, mientras que los eupátridas, instalados al sur de la Acrópolis, junto al Pantano, mantienen el culto rural de Dionisos. La riqueza mobiliaria empieza a desempeñar su papel haciendo emerger de la plebe unas individualidades emprendedoras, a las que la fortuna ha sonreído en los negocios o en los trabajos industriales. Si en el campo los eupátridas son los dueños de la tierra, en la ciudad no son los únicos que sacan provecho del movimiento comercial de la época. De ahí nacerá un fermento de disociación que actuará a la larga. Se pone de manifiesto una necesidad general de reformas, que tendrá un primer resultado en la reglamentación judicial con la que Dracón, en los años 621-620 a.C., limita los derechos de la familia y consagra la autoridad del Estado sobre todos los ciudadanos. Posteriormente, en los años 594-593 a.C., o bien en los años 592-591 a.C., la legislación de Solón conduce a Atenas hacia la democracia.

En Atenas, el inicio del siglo VI a.C. señala una auténtica crisis social puesto que, en palabras de Solón, las clases desheredadas llegaron al extremo de practicar el «pillaje» a los poderosos, y reclamaban «una parte igual de la fértil tierra de la patria». La cuestión agraria se planteaba con una urgencia especial. Solón la resolvió: «Esclava en otros tiempos, ahora es libre», dijo a propósito de la tierra, que efectivamente liberó con una medida general que prohibía, con efecto retroactivo, hacer un préstamo a alguien tomando a la persona como prenda. Solón añade, refiriéndose a esta medida:

He llevado a Atenas, la patria fundada por los dioses, a mucha gente vendida conforme a la justicia entonces vigente u obligados al exilio por la necesidad terrible, que ya no hablaban la lengua ática de tanto que habían errado por todas partes; a otros, sufriendo aquí mismo una servidumbre indigna, los he liberado.

¿Cómo iban a dejar de actuar poderosamente sobre el organismo de la ciudad unos hechos como estos? Atenas, a consecuencia de la legislación de Solón, adquiere una nueva fisonomía. Las clases sociales, establecidas en épocas anteriores gracias a los réditos en grano, vino y aceite y que comprendían los pentacosiomedimnos o grandes propietarios, los caballeros a quienes sus trescientas medidas de ingresos permitían tener un caballo y servir en la caballería, los zeugitas, con un rédito limitado de doscientas medidas y, finalmente, los tetes, se habían conservado. Si a los tres primeros les estaban reservadas las magistraturas del Estado, los últimos fueron admitidos a formar parte de la Asamblea (*Ecclesia*) y de los tribunales, de los cuales el principal tenía su sede al aire libre, en el ágora, y por este motivo era denominado *Heliea*. Se creó un Consejo (Boulé) formado por cuatrocientos miembros, cien

4. Erecteidas o Cecrópidas: sucesores de Cécrope (1556-1506 a.C.), que es considerado como el primer rey auténtico de Atenas. (N. del E.)

de cada tribu, junto a la Asamblea representando al pueblo de Atenas. El Areópago se mantuvo. En cuanto a los arcontes, situados a la cabeza de la ciudad-estado, Solón decidió —en palabras de Aristóteles— que se sortearían sobre una lista de propuestas realizadas por cada una de las cuatro tribus, que se remontaban a la división primitiva del Ática.

La ciudad democrática dibuja ante nuestros ojos sus primeros rasgos, visibles en la fisonomía de Atenas. El lugar donde tienen su sede las corporaciones políticas constituye una parte esencial de la ciudad. El ágora de Keramikos, donde se instalaron la asamblea y el tribunal popular, presenta un nuevo aspecto, crece la animación y aumenta de manera notable en importancia contribuyendo a desarrollar por allí la ciudad baja, a la que imprime su carácter. Esta parte de la ciudad se convierte en centro de los negocios, es creadora, gracias al comercio y a la industria, de riqueza mobiliaria y, por consiguiente, de poder sobre los hombres, es el punto de convergencia de intereses y de aspiraciones, desarrolla un ambiente propicio a la eclosión de una vida cívica en la cual el pueblo propiamente dicho participa lo bastante como para contraponer a la aristocracia, siempre poderosa, la autoridad de un tirano elegido por él. La instauración de la tiranía en Atenas, en 561-560 a.C., es un indicador del desarrollo popular de la ciudad y, por tanto, es un hecho orgánico de evolución urbana: señala una etapa en el camino de la ciudad hacia una plena maduración democrática que se corresponde con una particular naturaleza y forma de ciudad.

Pisístratos, desde lo alto de la Acrópolis, domina Atenas y exhibe su fina sonrisa de griego astuto a una ciudad «coronada de violetas». Favorece al pueblo, especialmente a los pequeños campesinos, la auténtica base rural de la ciudad democrática. Somete a los ciudadanos a la observancia de la ley, mejora las condiciones materiales de la ciudad, a la cual confiere la típica fisonomía de la ciudad del tirano. Cuando se refiere a Pisístratos y a sus hijos Hipias e Hiparco, que lo sucedieron en los años 528-527 a.C., ¿no afirma Tucídides que dieron a la ciudad un aspecto más bello? En honor de Atenea se había erigido, seguramente en la época de Solón, un nuevo templo, junto al antiguo, donde se custodiaban las reliquias religiosas más veneradas de Atenas; y cerca del emplazamiento del megaron de la residencia real micénica, el Hecatompedon, o «templo de cien pies de longitud». Los Pisistrátidas transformaron este templo, lo rodearon con columnas y lo decoraron con esculturas: la primera flor artística de la Acrópolis. Hicieron que fuera accesible a los carros el escarpado camino occidental y construyeron propileos para dar carácter monumental a la entrada. Así, el cerro sagrado, sublime pedestal para una ciudad tan bella, iniciaba su maravilloso destino. Era la meta suprema de la procesión de las Grandes Panateneas, instituidas en los años 566-565 a.C., en las que Atenas recortaba en el cielo las líneas ondulantes de un cortejo cívico cuya admirable expresión jamás ha sido igualada. Una manifestación como esta permite comprender el alma misma de la ciudad revelada en el culto de la divinidad poliada en conexión con la Acrópolis. Fiestas de este género son indicio, en efecto, de una particular estructura del organismo urbano, puesto que el aspecto externo de las cosas nos deja adivinar su fondo, al igual que —en otro orden de ideas— el desfile de Longchamp en París, en el siglo XVIII. Partiendo de Keramikos, la procesión alcanzaba la Acrópolis a través de los Propileos de Pisístrates, uniendo de este modo, con su larga cinta, la aglomeración

de la parte baja con el punto de origen de la ciudad-estado situado en lo alto. El esplendor de las Grandes Panateneas se inicia en la época de la tiranía, en las que el cuerpo y el alma logran una armoniosa satisfacción por medio de luchas y carreras, recitales de poesía y audiciones musicales.

En esa misma época, las Grandes Dionisiacas dan a la fisonomía de Atenas la animación de otra fiesta, ajena esta vez a la Acrópolis. Se desarrolla en la ciudad baja, donde ya existía, en el Pantano, un santuario consagrado a Dionisos, el dios del vino. De esta nueva manifestación del culto dionisiaco nace, en la *orchestra* donde se eleva el altar del dios, el teatro, verdadera escuela pública al aire libre y uno de los órganos de la ciudad democrática que encontrará su plena expresión en épocas siguientes. Así, al sudeste de la Acrópolis, cuyo pie servirá para sostener las gradas de madera en hemicírculo, con el suelo de tierra batida de forma circular y el fondo de un escenario elemental —pero sobre todo el marco de la naturaleza— es donde se ofrecerá al público ateniense las evoluciones del coro y de los actores, y desde donde ascenderán al cielo luminoso, en el que se recorta la altiva belleza de Atenea sobre su sacro promontorio, las aladas palabras de Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes. Admirables imágenes, sufrimientos sublimes, la comedia alegre y satírica al lado de la tragedia, todo es recitado para el conjunto de ciudadanos, que de este modo experimentan en común la vida del espíritu; es un rincón del mundo, único, un fenómeno nuevo de localización de la ciudad, una forma nueva de vida colectiva a la cual corresponde un tipo de edificio público que la Creta minoica ya conocía y que vuelve a surgir en Atenas en tiempos de Pisístrates. Con ello la ciudad parece asimilar antiguas aportaciones que tienen un origen remoto, y recibe la influencia de la civilización más avanzada de Jonia: del oriente, pasando por las islas del Egeo, un amplio soplo la alcanza y hace germinar la simiente latente de la raza.

El importante lugar que ocupan las luchas, las carreras y los concursos, que reúnen a los ciudadanos y atraen a los griegos de otras ciudades, el gusto tan vivo por el arte asociado a la vida, el aire libre en el que se sumerge la existencia cotidiana, los cuerpos desnudos que moldean sus líneas armoniosas en los gimnasios y en los juegos del estadio, son todos ellos elementos que sirven para explicar la ciudad. Se remontan a los tiempos de Solón las primeras pistas trazadas en el gimnasio llamado «de la Academia» que estaba situado fuera de la ciudad, al oeste, en la orilla izquierda del Cefis. Se presentaba como una especie de bosque sagrado que los hijos de Pisístrates habían hecho rodear con un muro. El gimnasio estaba situado a poca distancia de Colone, immortalizada por Sófocles como «Colone la del suelo blanco», donde suspira el ruiseñor en el fondo de los verdes valles, donde crece el narciso en bellos ramilletes, antigua corona de Deméter y de Coré, y el azafrán dorado, donde jamás duermen las abundantes fuentes del Cefis, donde los coros de las musas y Afrodita, con sus riendas de oro, añaden la suavidad de su presencia. A la Academia se opondrá, también fuera de la ciudad, si bien al este, el gimnasio o *dromos* (palestra) del Liceo. La ubicación de los gimnasios se sitúa de hecho fuera de las zonas habitadas, por lo que ofrecen el atractivo de una campiña ordenada. Como el teatro, el gimnasio proviene de ciertas condiciones de la vida social que encuentran su expresión material en la ciudad

mediante ordenaciones locales y fenómenos de localización, que es preciso observar desde el punto de vista del organismo urbano.

En Keramikos, el ágora empezó a adquirir, en el siglo VI a.C., su plena expresión, tan característica de la ciudad griega en general. Se trata de un lugar comercial y el centro generador de la vida urbana. Por tanto, debemos representarla en estos primeros tiempos como una plaza irregular en la que desembocan algunas vías. Esta situada en un terreno bajo, como conviene a tal lugar, entre la llamada «colina del ágora», al oeste, y el cerro del Areópago, al sur, mientras la Acrópolis la domina por el sudeste. El Teseión, donde Aristóteles nos hace asistir a una reunión del pueblo en tiempos de Pisístrates, se encuentra próximo a ella. Uno de los Pisistrátidas –nos informa Tucídides– construyó en el ágora el Altar de los Doce Dioses que, según Herodoto, servía especialmente como punto de referencia para medir las distancias: he aquí un elemento que pone claramente en evidencia el carácter central que el ágora asume en el ámbito de la ciudad y en relación con los caminos de acceso a esta. Volveremos a encontrar este mismo papel aplicado al foro romano y, más posteriormente, a una plaza como la *parvis* de Notre-Dame, en París. En las esquinas de las calles o en las encrucijadas, Hiparco, hijo de Pisístrates, hizo colocar las *hermés*: unas bases cuadrangulares que soportaban las figuras esculpidas de las divinidades protectoras, y ofrecían al transeúnte, para su enseñanza o placer, sentencias morales o versos grabados en la piedra.

Al sur de la Acrópolis, el templo de Apolo Pitio da testimonio de la devoción de los tiranos por Apolo, y vemos también aquí el Olimpeion, cuya construcción emprendió Pisístrates en honor de Zeus, de dimensiones colosales con la intención de impactar la imaginación de sus contemporáneos si bien no llegó a buen puerto hasta mucho más tarde, gracias al emperador romano Adriano y, además, con una forma diferente.

Formaba parte del tipo de templos suburbanos que accidentaban el panorama de numerosas ciudades griegas. La altura del Olimpeion evoca la ciudad del tirano, que volvemos a encontrar en las acometidas de agua, atribuidas a los Pisistrátidas. Tucídides señala, a mediodía de la Acrópolis,

la fuente llamada Eneacrunos («de los nueve caños»), a partir de la forma que le dieron los tiranos, pero que antaño se llamaba Kallirhoe, porque sus fuentes estaban en aquel tiempo al descubierto.

Finalmente, de esta época data tal vez una muralla que encerraba la aglomeración de la parte baja, aunque en cualquier caso parece que tenía un mediocre valor defensivo, de modo que la Acrópolis era la fortaleza.

La circulación monetaria se desarrolla para satisfacer las necesidades crecientes de numerario. La pieza de moneda que representaba la cabeza de Atenea en una de sus caras y la lechuza en la otra inicia su brillante destino bajo los Pisistrátidas. Las minas del Laurión empiezan entonces a jugar un gran papel económico. Según Jenofonte, la explotación esta fechada en la remota antigüedad, pero en tiempos de los tiranos entra en una época de actividad estrechamente ligada al desarrollo de Atenas. La plata así obtenida del suelo sirve para la fabricación de la moneda ateniense, de modo que garantizará, gracias a su abun-

dancia, una prolongada difusión. En Atenas, la plata otorgará al movimiento comercial una fuerza incomparable. Gracias en gran medida a las minas de Laurión, en Atenas no faltará nada, podrá conseguir trigo del extranjero, necesario para su subsistencia, se beneficiará de una expansión comercial excepcional y alimentará con materias primas su industria. Esas minas de plata y de plomo contribuyeron a expandir la riqueza mobiliaria en Atenas, cuyos efectos son tan importantes para el organismo urbano.

¿Acaso no hay una evocación sorprendente del capitalismo industrial en el marco de la ciudad ateniense en los textos de Jenofonte? Nos explica cómo, a mediados del siglo IV a.C., una multitud de propietarios privados se enriquecían con la explotación de las minas de Laurión y menciona, entre esos explotadores, a un hombre que empleaba a mil obreros alquilados a un tracio. Prosigue Jenofonte:

A su vez Hipónicos tenía seiscientos esclavos contratados en las mismas condiciones y que le procuraban, una vez deducidos los gastos, una mina de plata⁵ al día. Trescientos esclavos procuraban a Filemónides media mina. E igualmente muchos otros [...]. Pero ¿para qué recordar el pasado? En este mismo momento tenemos en efecto, numerosos mineros alquilados del mismo modo.

Y señala que ningún explotador reduce el número de esclavos que emplea sino que, por el contrario, cada uno de ellos toma constantemente el máximo posible.

Es la única empresa en la que nadie tiene miedo de prodigar el número de trabajadores [...]. No ocurre en este caso como con los obreros del cobre, que no encuentran empleo cuando los productos de este material se venden a un precio miserable. Puedo decir lo mismo de los obreros del hierro. Del mismo modo, cuando hay mucho trigo o vino, estos productos se venden a un precio muy bajo y, puesto que los cultivos son insuficientes para vivir, muchísima gente deja las tierras y se convierten en traficantes [...]. Ahora bien, cuanto más plata se produce, más mineros la explotan [...]. Nadie posee plata suficiente, y todos quieren más [...]. Cuando las ciudades florecen, entonces hay más necesidad de plata que nunca: los hombres quieren gastar para tener bellas armas, buenos caballos, casas, un mobiliario espléndido. Las mujeres dirigen su voluntad hacia los ricos paños, las joyas [...].

Así, un ateniense de la Antigüedad destaca el papel del Laurión, que entra en escena, podríamos decir, bajo los Pisistrátidas.

De esta misma época data el auge de la cerámica ateniense que, durante dos siglos, es decir, hasta mediados del siglo IV a.C., gozará de una preeminencia comercial, superando a la de Corinto. Finalmente, el mar empieza a intervenir en el destino de la ciudad. Desde finales del siglo VII a.C., Atenas se había orientado hacia los estrechos, que marcaban la ruta del trigo. Hacia mediados del siglo siguiente, Milciades el Viejo fundó una colonia en Quersoneso de Tracia, tras haber llevado consigo a todos los atenienses que quisieron participar en esta expedición, según cuenta Herodoto. Ciertamente, se trata de un conjunto de hechos que explican con precisión la evolución de Atenas en el momento en que cae la tiranía (en el 510 a.C.).

5. Mina de plata: unidad de medida monetaria. (N. del E.)

Después de este acontecimiento la democracia empieza a precisar sus características propias y aparece ante nosotros la ciudad democrática, es decir, la ciudad gobernada directamente por el conjunto de sus ciudadanos. Atenas, entre la ciudad baja marcada por un laberinto de calles estrechas, el espacio animado del ágora y, aquí y allá, la arquitectura de algún templo, levanta la Acrópolis, que es su fortaleza. Durante la segunda mitad del siglo VII a.C., Cílón ya se había apoderado de este lugar con el fin de adueñarse de la ciudad. Ahora bien, según cuenta Tucídides, cuando los atenienses fueron informados de ello, acudieron en masa desde el campo y la sitiaron. La resistencia de la ciudadela fue tal que el asedio se prolongó mucho tiempo, hasta el punto de que la mayoría de los sitiadores, cansados de permanecer acampados allí, se retiraron: sin duda, la falta de víveres y de agua obligó a los sitiados a llegar a un acuerdo. De modo similar, Hipias, en el momento de su caída, buscó protección en el muro Pelárgico. El ejército espartano lo bloqueó en ese lugar pero, al parecer, habría sido inútil si la captura de los hijos del tirano no hubiese decidido a Hipias a rendirse y a entregar al mismo tiempo la Acrópolis. Precisa Herodoto:

Habría sido imposible para los lacedemonios capturar a los pisistrátidas. Tampoco pensaron permanecer mucho tiempo frente al lugar, ya que estaba provisto de víveres en abundancia.

Para la ciudad, la ciudadela ejerce plenamente su función. En la Acrópolis se buscaba refugio, como en el caso de Cleómenes, rey de Esparta, y de Iságoras, favorable en el año 508 a.C., junto con sus partidarios, a una política de reacción cuando vieron que se alzaba contra ellos la cólera popular.

Allí encuentran acomodo los monumentos de reconocimiento a la divinidad poliada, como la cuádriga de bronce erigida «a mano izquierda, en la entrada de los Propileos», con el diezmo del rescate de los prisioneros beocios y calcios, capturados en el 506 a.C. por los atenienses en el transcurso de una campaña victoriosa contra estos vecinos de su ciudad. Por el contrario, las estatuas de los tiranicidas Harmodio y Aristogitón, quienes en el 514 a.C. acabaron con los días de Hiparco, se alzan en el extremo meridional del ágora, junto al camino que lleva desde esta plaza hasta la Acrópolis. La estatuaria engalana no solo la ciudad alta, morada de la divinidad poliada, sino también la ciudad baja, donde se agrupan los hombres.

El Estado ateniense se expande, ocupa con colonos las islas de Eubea y Salamina y también las islas de Lesbos e Imbros, proporcionando tierras a aquellos ciudadanos que no las tenían y que conservaban sus vínculos cívicos con Atenas, contribuyendo así a desarrollar su potencia. En efecto, se trata de colonias de un tipo distinto de la fundada anteriormente por Milcíades en Quersoneso, que en cierto modo era una fundación privada y libre, mientras que estas últimas, que reciben el nombre de *klerukías*, son una creación del Estado ateniense, del que siguen dependiendo.

En la fisonomía de la ciudad empiezan a delinearse las características propias del Estado conquistador. Cabe señalar que el monumento victorioso difiere del que hemos observado en los antiguos valles del Éufrates y del Tigris: en Atenas son unos caballos de

bronce ofrecidos a Atenea; de los prisioneros, que han sido liberados tras el pago de un rescate, solo queda, como huella, esta pura obra de arte y los grilletes de hierro que les habían puesto y que han sido colgados, a modo de exvotos, en la muralla de la Acrópolis. Baste esta comparación para comprender la diferencia con aquella civilización asiática, diferencia que se aprecia todavía mejor viendo sobre el ágora, centro de la vida popular, la imagen del tiranocida, que se alza como un héroe ante la mirada del pueblo. Son para nosotros, hombres modernos, los primeros rayos de la aurora, que anuncian el sol que iluminará la ciudad de nuestros tiempos. El patriotismo y la libertad magnificados, la soberanía popular: este es el significado de estas nobles imágenes, que expresan el nuevo sentido de la ciudad que se expande ante nosotros.

Explica Aristóteles que Clístenes, jefe del partido popular que estaba entonces en el poder:

[...] distribuyó en primer lugar a todos los atenienses en diez tribus, en vez de cuatro, para obtener una mayor fusión con el fin de hacer participar a más gente de los derechos cívicos [...]. Luego colocó quinientos miembros en el Consejo (Boulé), en vez de cuatrocientos, cincuenta de cada tribu [...]. También dividió el país en treinta grupos de *demos*,⁶ diez de la ciudad y sus alrededores, diez de la costa y diez de las tierras del interior. Otorgó por sorteo tres *demos* a cada tribu con el fin de que cada una participase en todas las regiones.

En el Ática, el *demo* constituía la base de la vida municipal. Como jefe de los *demos*, Clístenes estableció su demarcación.

Asignó a los *demos* un nombre, bien a partir de los nombres de los lugares, bien a partir de los nombres de los personajes a los que se vinculaba el origen de las localidades.

A partir de entonces, los habitantes del Ática o los atenienses dejaron de llamarse por el nombre de su padre y pasaron a llamarse por el nombre del *demo*, con el fin de que no hubiese distinciones entre los ciudadanos antiguos y los nuevos. Dicho brevemente: tal como lo cuenta Aristóteles, Clístenes

[...] hizo ciudadanos de los *demos* a todos los que habitaban en cada *demo* (o municipio).

[...] En cuanto a las familias, las fratrías y el cuerpo sacerdotal, dejó que cada cual los conservara según las tradiciones de sus ancestros.

Pero tales instituciones habían perdido todo significado político. El ostracismo, dirigido contra la tiranía, establecido «por la desconfianza hacia los poderosos», dio al pueblo los medios para alejar del Ática a cualquier ciudadano susceptible de atentar contra el orden de cosas instituido de este modo. Según explica Aristóteles, en los años 487-486 a.C., por vez primera,

6. Demo: circunscripción territorial con organización administrativa suficiente como para poder resolver asuntos locales no demasiado complejos; similar a un municipio. (N. del E.)

[...] se sortean en cada tribu los nueve arcontes entre los quinientos candidatos designados por los electores de los *demos*.

Se trata de una nueva afirmación de los principios democráticos de la ciudad ateniense. Y, en palabras de Aristóteles, «la ciudad (o, dicho de otro modo, la ciudad-estado) progresó y creció al mismo tiempo que la democracia», cuyo inicio sitúa el mismo autor en tiempos de las reformas de Solón, y añade que, hasta finales del siglo V a.C., todavía se atribuyeron grandes poderes a las masas. Concluye Aristóteles:

El pueblo se convirtió en el dueño de todo, y todo estaba regulado por los decretos y los tribunales en los que el pueblo era soberano.

Debemos examinar ahora la ciudad de este nuevo soberano. Las guerras médicas contribuyeron maravillosamente a definir su espíritu, en el alba de la nueva era del régimen democrático instaurado tras la caída de la tiranía. Sirven al mismo tiempo para explicar la ciudad del siglo V a.C. Tras Maratón (en el 490 a.C.) se produce la formidable invasión de Jerjes (en el 480 a.C.), en la que Atenas es abandonada por sus habitantes, que huyen con sus naves y encuentran refugio en Salamina. Posteriormente, los persas entran sin dificultad en la ciudad abandonada, pero se detienen ante la Acrópolis y se enfrentan a un pequeño grupo de atenienses, los tesoreros del templo, gente pobre que no han podido huir a Salamina y a otros más, que se han atrincherado allí. Para reducir a este puñado de hombres en un lugar tan pequeño fue necesario un auténtico asedio. Los bárbaros solo lograron su objetivo cuando descubrieron un pasaje que, por ser muy escarpado, hizo pensar a los sitiados que era superfluo custodiar. Una vez convertidos en dueños de la Acrópolis, los persas la libraron a las llamas. Pero en las aguas de Salamina, la flota persa fue «aplastada por los golpes de los trirremes» griegos. Aquellos que no son esclavos ni súbditos de nadie, como escribe Esquilo, han vencido a los pueblos sometidos al déspota oriental. Fue una victoria de enormes consecuencias para el mundo y para Atenas, la ciudad democrática, que desempeñó el papel principal. En Platea culmina, en el 479 a.C., la obra de salvación. Sin embargo, Atenas fue destruida por los bárbaros: este mismo año, Mardonio, lugarteniente de Jerjes, incendió la ciudad y, como escribe Herodoto,

[...] derribó todo lo que todavía subsistía: muros y edificios, tanto sagrados como profanos.

Atenas venció en el mar. Así pues, fue necesario que se convirtiera en una potencia marítima o, en otras palabras, que su horizonte fuese lo bastante amplio, abierto a los vientos más lejanos, para que pasara del primitivo estado rural a otro estado que se correspondía con una economía distinta de la propiamente agrícola. Si Sófocles se enorgullece del «olivo de hojas pálidas», que crece sobre todo en el suelo del Ática, no se olvida de celebrar «otra gloria» de su patria: el poder que esta ha adquirido sobre el mar.

Resulta maravilloso ver de qué modo los ágiles remos, adaptados a las manos de los marineros, se deslizan veloces por el mar, rival de innumerables Nereidas.

Esta bella imagen, que evoca la plenitud de la vida marítima, hace visible al mismo tiempo un paso más en la evolución urbana. Herodoto y Tucídides precisan este hecho, y el primero explica:

En el tesoro público había grandes riquezas que procedían de las minas del Laurión.

Temístocles persuadió a los atenienses para que construyeran, con este dinero, doscientas naves para la guerra contra los eginitas.

El mismo autor, aludiendo a la victoria de Salamina, añade:

Esta guerra fue la salvación de Grecia, porque obligó a los atenienses a convertirse en marineros.

A su vez, explica Tucídides:

[...] Fue mucho más tarde que, tras los consejos de Temístocles, los atenienses, en guerra contra los eginitas y a la espera de la invasión bárbara, construyeron las naves con las que combatieron [...].

La preocupación por garantizar el porvenir marítimo de Atenas fue también la causa de los trabajos que Temístocles mandó emprender en el Pireo, poco antes de las guerras médicas. Escribe Tucídides:

El Pireo, con sus tres puertos naturale, le parecía de gran importancia puesto que pensaba que los atenienses encontrarían en la marina, si se dedicaban a ella, grandes recursos para aumentar su poder. Fue el primero que se atrevió a decir que tenían que dedicarse a la navegación [...]. A partir de sus consejos se dio a los muros que rodeaban el Pireo el grosor que podemos ver ahora [...]. Solo se levantaron hasta la mitad de la altura que él había proyectado, puesto que quería que el alzado y el espesor fuesen capaces de disuadir toda tentativa a de los enemigos [...]. El Pireo le parecía más importante que la ciudad alta y, en numerosas ocasiones, aconsejó a los atenienses que, si alguna vez se veían presionados por tierra, bajaran al Pireo y lucharan desde sus naves.

Tal como la describe Tucídides, la base naval del Pireo se construyó tras las guerras médicas: era la consagración de la nueva vida marítima de Atenas, cuyo punto de apoyo original, la Acrópolis, fue sustituido por los puertos del Pireo en una nueva manifestación del fenómeno del desplazamiento en la ciudad.

Hemos visto que la causa primera de la creación de una flota de guerra y, por consiguiente, del auge marítimo de Atenas, habían sido los recursos pecuniarios proporciona-

dos al tesoro público por la plata de las minas del Laurión. Aristóteles nos confirma este hecho y señala que, en el 483 a.C., cuando se descubrieron unos nuevos filones argentíferos, muy ricos, los de Maronea en el Laurión, y el Estado retiró de la explotación minera cien talentos, Temístocles mandó construir, con la ayuda de este dinero, cien trirremes:

Con estos trirremes los atenienses combatieron en Salamina contra los bárbaros.

Así, existe una relación entre la puesta en valor de una mina, la creación de la primera flota militar ateniense —gracias a la cual la civilización de la que somos herederos fue salvada en Salamina— la entrada de Atenas en la era marítima de su existencia, el pleno auge de la democracia ateniense resultante de ello, el gran destino de esta ciudad-estado y su incomparable irradiación artística e intelectual. Hay ahí un encadenamiento que no debemos olvidar en el estudio de la evolución de Atenas. Explica Tucídides:

Quando los bárbaros abandonaron el Ática, los atenienses trajeron a sus hijos, sus mujeres y sus bienes desde los lugares donde los habían mantenido seguros, y se dispusieron a reconstruir su ciudad y sus muros. La muralla había quedado destruida casi por completo. En cuanto a las casas, solo habían permanecido en pie unas pocas, las que habían sido ocupadas por personalidades del ejército persa.

Se nos plantea aquí un interesante problema de urbanismo, como diríamos hoy. ¿Se reconstruirá la ciudad de forma distinta a como había sido? De ningún modo. La forma antigua vuelve a surgir, porque se corresponde con la naturaleza de una agrupación de este tipo.

¿Qué es Atenas? ¿Una ciudad propiamente dicha? No. ¿Una capital, en el sentido que nosotros damos a esta palabra? Tampoco. Es una ciudad-estado. La palabra *polis* que designa la ciudad significa también «estado». Inicialmente se aplicaba a la Acrópolis, el lugar primitivo de refugio fortificado, de culto y de gobierno y, en cuanto tal, es el punto de origen de la aglomeración ateniense. La palabra *asty* es la que sirve para designar la ciudad baja o la ciudad propiamente dicha. La Acrópolis y la ciudad en el sentido de Estado: este es el doble significado asociado al término *polis* que conservará la segunda, mientras que para designar la ciudad alta se utilizará el término *acrópolis*. Atenas es una ciudad formada por los ciudadanos, una ciudad-estado que tiene su origen en el sinecismo, base primera del estado urbano al cual la constitución ateniense, después de la caída de la tiranía y a través de un proceso de compenetración social, dio su plena expresión en el marco del Ática. Es una ciudad-estado cuyos habitantes, sin embargo, viven dispersos por un amplio territorio, una ciudad que orgánicamente se funde con el campo y que se encuentra vinculada a la llanura que la circunda mucho más estrechamente que si se tratase de una aglomeración urbana ordinaria. Los reflejos urbanos se dejan notar en el exterior, en el campo, con mayor viveza. En suma, lo que tenemos ante nuestros ojos es una ciudad extendida en cuyo centro urbano se alza el promontorio donde la divinidad poliada reina sobre sus fieles, y en cuya parte baja se emplaza el ágora, donde se realizan los intercambios de mercancías y de ideas y donde los ciudadanos legislan, administran justicia y gobiernan.

Es una ciudad desparramada. De ahí la dispersión en el campo que indirectamente señala Tucídides al afirmar, por ejemplo, que, cuando los enemigos se disponían a invadir el Ática durante la guerra del Peloponeso,

[...] los atenienses trasladaron a la ciudad a sus hijos, sus mujeres y sus enseres domésticos.

Y añade:

Para ellos, este desplazamiento era una dura exigencia, puesto que la mayoría de ellos estaban acostumbrados a vivir en el campo [...]. Una vez en Atenas, pocos de ellos tenían vivienda. Algunos encontraban refugio en casa de amigos o familiares. La mayoría se establecían en los lugares deshabitados, en los templos, en los lugares consagrados a los héroes, en fin, por todas partes, excepto en la Acrópolis y en algunos edificios rigurosamente vedados [...]. Muchos de ellos se instalaron también en la muralla, cada cual como mejor pudo, puesto que la ciudad no podía albergar a todos los que acudían a ella.

Del mismo modo, «el lugar llamado Pelargikon, en las faldas de la Acrópolis» fue ocupado, «y, sin embargo, este lugar era maldito, estaba prohibido vivir en él», probablemente como consecuencia del refugio que encontró allí el tirano Hipias durante la caída de la tiranía.

Por su parte Aristófanes, en la comedia *La paz*, representada en el 421 a.C., señala que una multitud de trabajadores acudió desde el campo a Atenas y siguió con atención los discursos de los oradores. Y son los paisajes rurales los que le hacen evocar la paz: la presenta favorable a los fabricantes de picos y hoces y la opone a la guerra que sirve a los intereses del que fabrica penachos, picas, corazas, cascos y trompetas o al pulidor de lanzas. La paz significa para Aristófanes el regreso al campo; la paz son los viñedos y las higueras que volvemos a ver:

Recordad [...] la antigua vida que la diosa nos dispensaba antaño, los puñados de higos secos y de higos frescos, y los mirtos y el vino dulce y las matas de violetas cerca de los pozos y las aceitunas, que tanto echamos de menos.

Dice el coro:

Lo que me gusta no son los combates sino, sentado alrededor de una hoguera, beber a cual más con los camaradas, tras haber colocado en el fuego mi leña más seca, las cepas arrancadas en verano, y tostar los garbanzos, asar las bellotas y abrazar al esclavo tracio mientras mi mujer se asea.

La base rural de Atenas, con el elemento de los pequeños propietarios rurales, se nos revela de ese modo a través de unos cuadros exquisitos. Es la agrupación urbana que se expande en la distancia y que se dispersa por el campo nutricional. La ciudad, entendida como un conjunto de ciudadanos, opone los habitantes del conglomerado urbano a los del rural, pero los habitantes urbanos se mueven entre la ciudad propiamente dicha y la campiña.

La tradición religiosa, de la que no nos podemos apartar, fija el lugar esencial de culto en la Acrópolis; es más, señala en este lugar el emplazamiento preciso de los templos. En cuanto al ágora, su emplazamiento natural se encuentra en la parte baja, y es igualmente natural que esté situada al oeste, por donde se accede a la Acrópolis. Así, después de la guerra con Persia resurge junto a la Acrópolis el *asty* o barrio bajo. Lo primero que se hizo, sin embargo, desde el 479 a.C. fue construir la muralla destinada a proteger a este último. Tucídides explica que, cuando Esparta temió que Atenas, al fortificarse, fuera irreductible, quiso convencerla para que no realizase obras de defensa y que considerase el Peloponeso como último refugio en caso de invasión. Pero los atenienses aplazaron su respuesta y, durante este período,

[...] todos los habitantes de la ciudad, hombres, mujeres y niños [se pusieron manos a la obra para construir la muralla], «sin ahorrar ni edificios públicos ni casas particulares. Todo lo que podía ofrecer alguna utilidad para la construcción del muro debía ser demolido [...]. Así, todavía hoy podemos darnos cuenta de que este fue construido a toda prisa: los cimientos están contruidos con piedras no aparejadas, a menudo en bruto y lanzadas allí al azar, tal como las traían; encontramos también estelas funerarias y esculturas mezcladas en la mampostería. Todo estaba encaminado a incrementar el perímetro de la muralla en todas las direcciones y, por lo tanto, se utilizaba cualquier material al abasto.

Esta concordia en el esfuerzo otorga a la ciudad que resurge una particular expresión. Además, la muralla, tal como la vemos, amplía el *asty* y se liga a la construcción del muro meridional —en tiempos de Cimón (470 a 462 a.C.)— la formación de una explanada destinada a recibir un nuevo templo: el Partenón. Se abandonaron los trabajos iniciados hacia el 483 a.C. para la erección de un santuario a Atenea, y los restos del edificio comenzado, como los tambores de las columnas, encuentran su uso en el muro septentrional, al que esta unido el nombre de Temístocles. Por el contrario, se restaura el Hecatompedon, que desaparecerá a consecuencia de un incendio en el 406 a.C., y también, en tiempos de Cimón, los Propileos.

El papel de este acaudalado ateniense —«jefe de los ricos»— en la reconstrucción de Atenas fue muy importante. Como escribe Aristóteles, son los tiempos en que el Areópago, de espíritu reaccionario, vuelve a adquirir poder y gobierna la ciudad, los tiempos en que los atenienses se adueñan del mar y el Pireo adquiere forma. Esta localidad ya había llamado la atención del tirano Hípias, quien, en el 511 a.C., al darse cuenta de que su situación en el *asty* se veía amenazada, inició —explica Aristóteles— la fortificación de Muniquia para establecerse allí. Se denomina así a una de las tres penínsulas que se forman en el Pireo y que acompañan, de este a oeste, los tres puertos de Muniquia, Zea y Kántaros. Situado al oeste de Falero, principal puerto de Atenas antes de las guerras médicas y a ocho kilómetros de Atenas, el Pireo era muy adecuado para ofrecer un asilo cómodo y seguro a las naves atenienses que Falero no podía proporcionar y se prestaba, por otra parte, al desarrollo marítimo deseado. Por este motivo, Temístocles lo fortificó. Una población de tetes y de metecos se instaló de

forma espontánea en ese lugar, vivificado por el movimiento de la navegación. Los así llamados Muros Largos, unieron el nuevo puerto de Atenas con el *asty*, formando una muralla destinada a garantizar la seguridad de las comunicaciones entre estos dos puntos: se trataba del muro del Pireo y el de Falero, iniciados por Cimón poco antes de mediados del siglo V a.C., entre los que se intercaló un tercer muro, construido por Pericles hacia el 445 a.C. Pero, solo este último y el primero permanecieron a partir del siglo IV a.C.

El sistema defensivo de los Muros Largos no fue en absoluto exclusivo de Atenas. Se aplicó, por ejemplo, de forma similar en Megara para unir la ciudad con el puerto. Hacia el 420 a.C., los habitantes de Argos —explica Tucídides—, por temor a los lacedemonios y para obtener la ayuda de Atenas,

[...] construyeron unos largos muros hasta el mar, para poder, en caso de bloqueo terrestre, recibir suministros por mar con la ayuda de los atenienses.

Sestos, por el lado de la Troada, esta provista, según Estrabón, de una sólida muralla y queda unida a su puerto por unos «largos muros». Como podemos ver, estos forman parte de las fortificaciones de una ciudad cuyo puerto, vital para esta, se encuentra a cierta distancia y, por consiguiente, necesita disponer de su unión con la ciudad protegida en caso de guerra. Ahora bien, muchas ciudades situadas a orillas del mar se habían establecido no directamente en la costa, sino tierra adentro. Son los casos de Atenas y de Megara, según observa Tucídides, quien señala que las ciudades más antiguas, tanto de las islas como del continente, se asentaban lejos del mar por temor a la piratería, muy extendida en tiempos remotos, a diferencia de las ciudades más recientes, creadas en una época en que el mar era más seguro y la riqueza más considerable, y, por lo tanto, construidas en la costa. El acceso de esas ciudades más antiguas a la vía marítima, que señala una etapa esencial de su evolución, se experimenta precisamente con la fundación de un puerto que se convierte para ella en un órgano vital.

De ese modo se explica, al mismo tiempo que la creación del Pireo, la construcción de los Muros Largos y la propia existencia de Atenas unida a su puerto, de donde le llegaba especialmente el trigo, base de la alimentación. Podemos añadir que, con la evolución política, el Pireo se convirtió en el centro popular en el que se apoyaba la ciudad democrática: tanto moral como económicamente era esencial para Atenas. De ahí el sistema defensivo de los Muros Largos como anexo al recinto fortificado del Pireo, componiendo una unidad con la muralla que rodea el *asty*, en cuyo interior se eleva la Acrópolis, también fortificada, morada de la divinidad protectora.

En cuanto aglomeración de nueva fundación, el Pireo se presenta con un trazado debido a Hipodamo de Mileto, según afirma Aristóteles, quien, en el libro II de su *Política*, nos presenta a este personaje como «el inventor de la división de las ciudades en calles» o, en otras palabras, como el introductor en el mundo griego del trazado regular de ciudades, «una nueva distribución que aplicó en el Pireo» hacia mediados del siglo V a.C. Aristóteles añade que Hipodamo era un hombre que se propuso no ignorar nada de la naturaleza. Prosi-

que afirmando que fue el primero que, sin haber participado jamás en los asuntos públicos, expuso sus ideas sobre la mejor forma de gobierno. Su república estaba compuesta por diez mil ciudadanos, divididos en tres clases: artesanos, agricultores y defensores de la ciudad. Hipodamo dividía el territorio en tres partes: una parte sagrada, es decir, reservada a los dioses, otra parte pública y una tercera de propiedad privada. Creía que las leyes solo podían ser de tres tipos, puesto que las acciones judiciales solo podían surgir a partir de tres causas. Como podemos ver, el número (en el caso del impar «tres») desempeña un papel importante en la teoría de Hipodamo; como, por ejemplo, en la división también en tres tribus entre los dorios, o en cuatro tribus entre los jonios, del mismo modo que el sistema decimal esta en la base de la constitución ateniense establecida tras la caída de los tiranos; y finalmente, del mismo modo ha habido la ciudad fortificada de tres puertas o de cuatro. Todos estos datos deben dirigir nuestra atención hacia el papel del número, principio de orden, en el urbanismo antiguo. Sea como sea, a través de Aristóteles conocemos los inicios del trazado regular en Grecia, de este trazado al que el mismo autor vuelve en otra parte, cuando se refiere a las viviendas «bien alineadas, a la moderna y según el sistema de Hipodamo». Según Aristóteles, dicho sistema presenta un aspecto agradable y confortable. En cualquier caso, cabe señalar que proviene del espíritu filosófico que quedará expresado, por ejemplo, en *La República* de Platón y que constituye una nueva manifestación de las influencias jónicas sobre Grecia y Atenas. Especialmente nos ofrece un testimonio de la acción ejercida por Mileto, la ciudad más influenciada por Oriente y donde el trazado regular aparece en épocas muy remotas. En el mundo griego, sin embargo, la completa aplicación de este trazado se producirá en tiempos helenísticos, que representan una fusión greco-asiática y greco-egipcia.

En el Pireo, cuyo trazado regular contrasta con la irregularidad orgánica de Atenas, existe un ágora llamada «de Hipodamo» desde la cual una calle —recordada por Jenofonte— conduce al templo de Artemisa en Muniquia; allí se encuentra también el teatro donde se celebra la asamblea del pueblo. Y debemos imaginarnos también el mercado de trigo construido por Pericles: de su aprovisionamiento, por las llegadas al puerto de grano procedente del Ponto Euxino, depende la vida cotidiana del pueblo ateniense. Este mercado forma parte de los pórticos o almacenes del emporio o puerto comercial, distinto del puerto militar, con su *hoploteca* o arsenal construido durante la segunda mitad del siglo IV a.C., sus calas abrigadas, su muelle privado. El imperio marítimo de Atenas en el siglo V a.C. confirió al Pireo todo su valor, que se mantendrá durante el siglo siguiente. Afirma Isócrates hacia el 380 a.C.:

En el centro del país, Atenas ha establecido un puerto común: para los griegos, el Pireo se ha convertido en un almacén universal, donde los frutos de los distintos países, incluso los más raros de cualquier parte, se encuentran reunidos en abundancia.

Se trata de la hegemonía de un puerto.

A partir de ahí es fácil adivinar la importancia del Pireo, que ha adquirido en su época las proporciones de una gran ciudad. El comercio, que reina en el Pireo, ha sido la

causa del gran incremento de población y ha convertido este puerto en un centro de negocios: podemos imaginar en el ágora de Hipodamo a los comerciantes cerrando tratos, mientras que más allá encontramos a la bulliciosa gente del mar ocupada en sus faenas y a las cortesanas ofreciendo en su barrio fáciles satisfacciones a los navegantes. El extranjero aporta su nota exótica. El Pireo es una parte de la ciudad coronada por la Acrópolis; es el corazón popular de Atenas, el equivalente de lo que en París es, desde un punto de vista político, la periferia industrial actual. Aristóteles es muy preciso a este propósito, cuando escribe en su *Política*:

Las gentes del mar tienen un carácter democrático [...]. Las gentes del Pireo son más avanzadas que los habitantes de Atenas.

La política radical encuentra en el Pireo su punto de apoyo y es muy importante, desde un punto de vista urbano, tenerla en cuenta en la ciudad ateniense. Existe todo un movimiento que hay que observar con atención. La *Constitución de Atenas*, de Aristóteles, nos sirve de guía:

Puesto que el Estado era cada vez más audaz y había reunido mucho dinero, Aristides aconsejó a los atenienses que asumieran la hegemonía, que abandonaran el campo y fueran a vivir a la ciudad. Todos encontrarían el modo de sobrevivir, unos realizando expediciones, otros haciendo servicios de defensa, otros más ocupándose de los asuntos del Estado, y de ese modo mantendrían su hegemonía. Los atenienses se dejaron convencer.

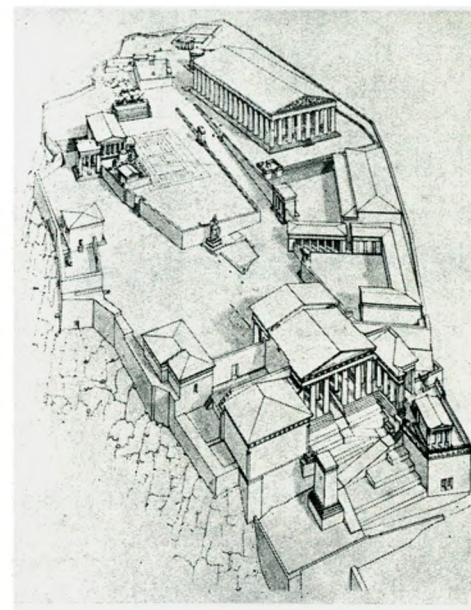
Pero la liga de las ciudades jonias o Liga de Delos, que ellos presidían, les permitió pasar de la simple hegemonía que dicha presidencia les confería a un verdadero imperio que crearon en detrimento del principio federativo de la Liga. «Han mantenido —dice Lisias— el imperio del mar durante setenta años», es decir, desde el año 476 a.C., cuando se situaron a la cabeza de la Liga de Delos, hasta finales de siglo aproximadamente. «Impusieron por todas partes un régimen de igualdad», afirma Lisias, que de ese modo señala que Atenas obligaba a las ciudades que entraban a formar parte de su imperio a adoptar el régimen democrático.

En Atenas, dicho régimen acababa de alcanzar un nuevo desarrollo. Explica Aristóteles:

Diecisiete años después de las guerras médicas el Gobierno se mantuvo bajo la dirección del Areópago, aunque declinando lentamente. Puesto que la fuerza de la masa popular aumentaba, Efialtes [...] se convirtió en el jefe del partido democrático y luchó contra el Consejo del Areópago:

hacia los años 462-461 a.C. le arrebató sus prerrogativas políticas y

atribuyó algunas a los Quinientos, y otras al pueblo y a los tribunales.



50

Hacia el período 457-456 a.C., el arcontado se abre a los zeugitas. La ciudad mientras tanto va desarrollándose; en el 451-450 a.C.:

[...] debido al número creciente de ciudadanos y tras una propuesta de Pericles, se decidió privar de los derechos políticos a quienes no fuesen hijos de padre y madre ateniense. Posteriormente, cuando Pericles tomó la dirección del partido popular, la Constitución fue reformada en un sentido todavía más favorable al pueblo. En efecto, Pericles arrebató algunos derechos al Areópago y obligó enérgicamente al Estado a incrementar su poder marítimo. Ello hizo que la plebe tuviera cada vez más influencia en la vida política [...]. Fue también Pericles quien instituyó la inmunidad para los ciudadanos que eran jueces en los tribunales.

Así, el desarrollo de la democracia y la formación del imperio ateniense son fenómenos estrechamente conectados entre sí. El imperio enriquece Atenas; atrae hacia el interior de sus muros a los ciudadanos del Estado; ayuda al pueblo a sobrevivir al mismo tiempo que provoca la creación de riquezas privadas; hace emerger banqueros y ciudadanos adinerados y mejora las condiciones de la plebe del Pireo. Este imperialismo, obligado además por la política del comercio del trigo, genera conquistas, siembra cleruquías⁷ y otorga a los asuntos públicos y privados una dimensión considerable.

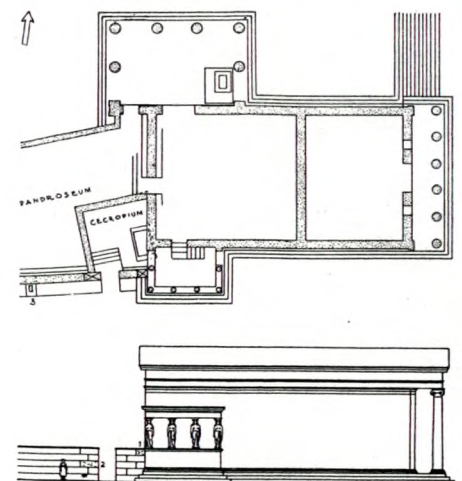
A la luz de estos hechos debemos observar la evolución de Atenas, como ciudad del pueblo soberano que en ella encuentra fácilmente unos medios de subsistencia, ciudad que, al igual que la Francia revolucionaria, difunde fuera de sus fronteras la democracia y que, como reflejo del dominio que ejerce y del prestigio que ha adquirido a partir de las guerras médicas, se reviste de un aspecto monumental incomparable. Además, por regla general el poder adquirido mediante las victorias da origen en la ciudad a edificios y monumentos que enriquecen su fisonomía. Bajo el mando de Pericles, el pueblo encuentra en las cleruquías o en las grandes obras públicas los recursos económicos que necesitan, los medios de subsistencia que una democracia debe asegurar. La belleza convierte la Acrópolis en su sede y otorga a la ciudad democrática una coronación artística innegable. Es un hecho único en los anales del mundo, que no es más que un eslabón de la larga cadena que habíamos seguido desde los tiempos del Minotauro: el arte aparece como la suprema expresión del genio de un pueblo que ha alcanzado la cima de la libertad y la igualdad, que es soberano. La resplandeciente Acrópolis que surgirá explica la ciudad, del mismo modo que la Acrópolis encuentra su explicación en esta última. Además, no debemos olvidar que los períodos de desarrollo artístico mantienen una relación con los períodos de desarrollo comercial, y este hecho es fácil de constatar en el caso de otros centros urbanos, como Florencia, Venecia, Sevilla, Amberes o Ámsterdam.

Hacia el año 450 a.C., la Acrópolis es ornamentada con la Atenea Lemnia, de Fidias, ofrecida por la cleruquía de Lemnos, uno de los puntos clave sobre la ruta por la que llegaba el trigo a Atenas, y en el 448 a.C., la colosal Atenea Promakos, de bronce, obra del mismo escultor, dominaba la entrada. En la parte meridional de la Acrópolis vemos el Partenón, iniciado en el 447 a.C., según los planos de Calícrates e Ictino, y terminado diez años más tarde,

morada de Atenea, que tiene en él su estatua, de una altura de diez metros y acabada en el 438 a.C. Los Propileos, a los que se asocia el nombre del arquitecto Mnesiclés, fueron iniciados en el 437 a.C. y terminados cinco años más tarde. El pequeño templo de Atenea Niké, cuyas formas exquisitas destacan en el extremo occidental de la Acrópolis, debe sus planos a Calícrates. Si bien desde mediados del siglo su construcción ya estaba prevista, se iniciará después de los Propileos, y se acelerará en tiempos de la paz que Aristófanes exaltará en el 421 a.C. Este templo es de una estética muy particular y la sociedad ateniense de la época halla su expresión en él: sus esculturas, como las del Erecteión, se alejan de la serenidad olímpica de Fidias y tienen una gracia exquisita que anuncia una evolución general que señala el eterno transcurrir de las cosas. A partir del 420 a.C. se construye el Erecteión, que estaba ya completado en el 406 a.C., cuando ardió el Hecatompedon; la tribuna de las cariátides, que hace surgir ante nuestros ojos, como de milagro, las gracias de las muchachas atenienses, es ya visible para la admiración del pueblo en el 413 a.C. Basta con comparar estas esculturas con las de Fidias en la procesión de las Panateneas para ver hasta qué punto ha evolucionado el arte. Ahora bien, como todo está relacionado con todo, la evolución del arte puede servirnos para comprender la evolución urbana. El Erecteión es también el templo de Atenea Polias, a la que está asociado Poseidón: alberga las reliquias religiosas más antiguas y la estatua más venerada de Atenea. Como tal, es la meta de las procesiones de las Grandes Panateneas que cada cuatro años hace discurrir, a lo largo del cerro sagrado, el espectacular cortejo cívico mediante el cual la ciudad ofrece a la diosa el peplo preparado para ella por las arreforas.⁸ Muchachas que llevan cestos con ofrendas, efebos que caracolean sobre unos hermosos caballos, cuyo vigor y nobleza de raza canta Sófocles, encargados de los sacrificios, magistrados, la multitud de ciudadanos y metecos, constituían una visión indescriptible en medio del paisaje en el que los templos y los monumentos votivos, la tierra y el cielo, componían una armonía divina.

Sobre la roca luminosa, la vía sacra traza su curva entre el Erecteión y el Partenón. Todo ha sido dispuesto como lo ordenaban a la vez la memoria religiosa y la conformación del suelo. Nada se ha alterado en esta última y los edificios se elevan como si fueran elementos naturales. Se produce una adaptación al lugar, que es una de las señales distintivas del genio griego. El desorden que a primera vista parece existir en la disposición de los edificios o de los monumentos, es solo aparente y esconde un arte refinado. La Acrópolis compone un cuadro urbano en el que todo ha sido combinado para proporcionar a quien llega una sucesión ordenada de sensaciones visuales. Es una composición que, si la analizamos, revela un valor único. El lugar sagrado de la divinidad poliada, que, en un vuelo ideal, planea protectora sobre las moradas de los hombres agrupadas al pie del promontorio, y la idealización, por esta vía, de la ciudad que se confunde con Atenea: este es el significado de la Acrópolis en una ciudad que ha alcanzado su pleno desarrollo. La ciudad primitiva ha desaparecido tras el lugar de culto.

Atenas es la ciudad del pueblo soberano y este reina en el ágora y en la Pnyx⁹. Bajo Cimón, el ágora había sido ornamentada con plataneros: al sur limitaba con el Bouleuterion o sede de la Boulé, es decir, el Consejo de los Quinientos, y por el *Tholos*, donde los

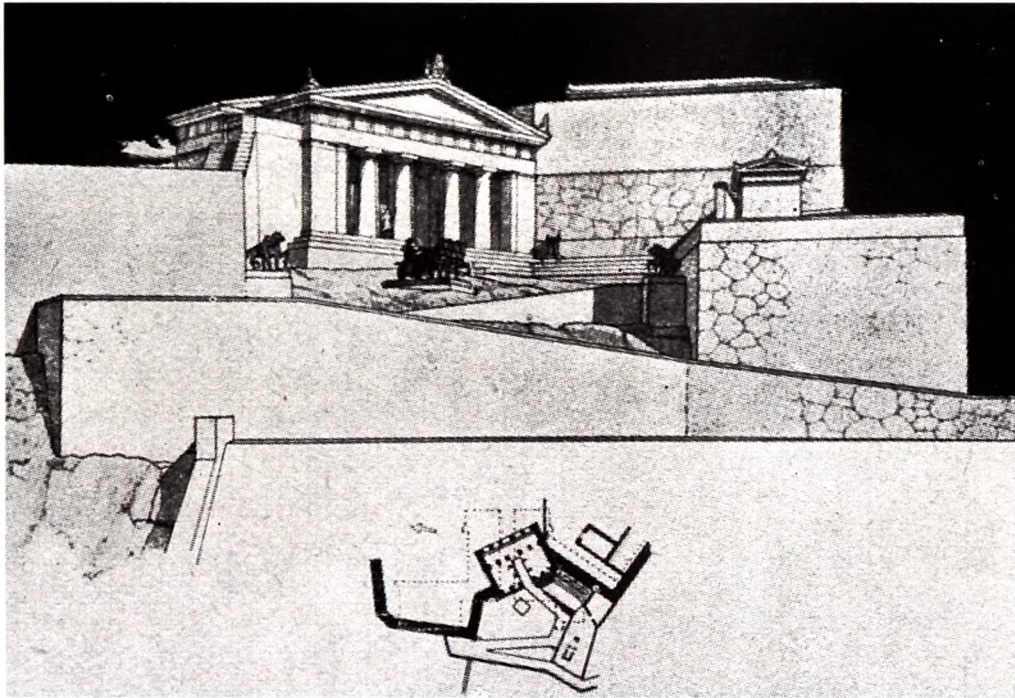


51

7. Cleruquias: confederación de ciudades-estados lideradas por Atenas. Sistema implantado por Pericles. (N. del E.)

8. Arrefora: novicia religiosa. (N. del E.)

9. Pnyx: colina donde se ubicaba el gobierno de Atenas.



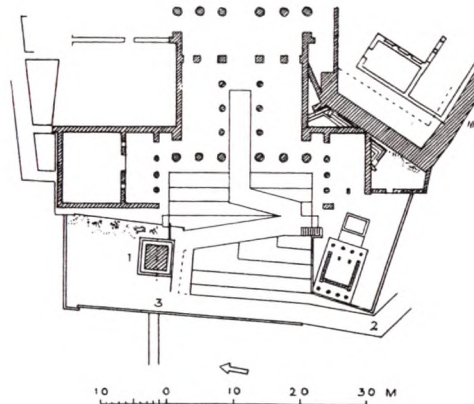
52

52 Representación de la entrada principal de la Acrópolis en el siglo V a.C.



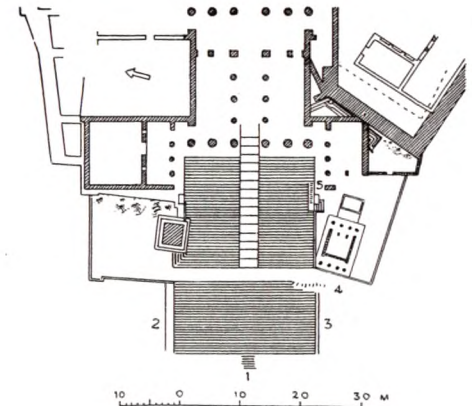
53

53 Pórtico de acceso a la Acrópolis con la estatua de Atenea Promacos (restitución).



54

54 Planimetría de los Propileos en el 174 a.C.



55

55 Planimetría de los Propileos en el 59 a.C.

56 El pórtico meridional del santuario de Artemisa Brauronia en la Acrópolis (restitución).



56

pritanos, que constituían una especie de junta de gobierno emanada de la Boulé, se sentaban a la mesa para comer juntos y donde el epístata, es decir, el pritano encargado de la presidencia, que cambiaba cada día, tenía la obligación de quedarse para dirigir los asuntos del gobierno y con él la tríada de pritanos por él designada. Cerca del Bouleuterion se alzaban las estatuas de diez héroes epónimos de las tribus, cuyos pedestales servían para anunciar los actos oficiales. En tiempos de Aristóteles, la lista de los efebos estaba grabada en una estela de bronce que se colocaba ante el Bouleuterion, cerca de los diez epónimos. El pórtico, llamado el Pecile, donde la gente se detenía a charlar, era el marco más adecuado para el ágora, donde se concentraba la vida de Atenas. Para el ateniense, que amaba la vida al aire libre, hablar y discutir, el ágora poseía un encanto análogo al que tenía pasear por las Tullerías para el parisino del siglo XVII. Pero no solo era un lugar de encuentro. Como se ha visto, era un centro de la vida política y comercial. Todavía más: el elemento comercial esta en el origen de este lugar y fue, sin duda, la primera característica.

Para hacernos una idea, imaginemos al respecto la actividad comercial bajo mil formas y el vaivén resultante. En una invocación a la paz, Aristófanes, en la comedia que lleva este nombre, dice:

Haced que el ágora rebose de cosas buenas, que de Megara lleguen ajos, pepinos, membrillos, granadas, mantos para esclavos; que de Beocia afluyan gentes que traigan ocas, patos, palomas torcaces, chorlitos reales; que las anguilas del lago Copais lleguen por canastos y que, apiñados en torno a ellas para aprovisionarnos, hagamos caer a Morychos, Teleas, Glaucetes y muchos otros golosos.

Al ágora tampoco deja de ir el vanidoso de Teofrasto:

Junto al ágora no hay más que mostradores de banqueros.

Ni tampoco el incongruente,

[...] en el ágora, a la hora de mayor afluencia, se acerca a las tiendas donde se venden nueces o bayas de mirto y allí, de pie, rebusca en el puesto, charlando con el vendedor [...]. Se detiene frente al puesto del barbero o del perfumista,

donde goza del deambular ateniense atraído por las tiendas. Los atenienses, nos enseña Lisias en uno de sus alegatos de defensa,

[...] tienen la costumbre de ir a dar una vuelta por la tienda del perfumista, del barbero, del zapatero, en fin, donde les apetece. Lo más frecuente es ir a las tiendas de los comerciantes que se han establecido cerca del ágora, pocas veces van a las tiendas más alejadas.

En los alrededores del ágora se apiñan las tiendas. ¿Y qué es lo que no se vende en este lugar? Un personaje de *Los Caballeros*, de Aristófanes, representada en el 424 a.C., pregunta:

¿Es en el ágora donde vendías salchichas, o en sus puertas? En las puertas de la ciudad, donde se venden las salazones.

Las puertas de la muralla tenían la fisonomía mercantil que encontraremos nuevamente en nuestras ciudades durante la Edad Media. Por donde se transita, por donde se va o por donde se viene, allí arraiga el comercio, y el ágora, corazón de la ciudad, es un lugar especialmente favorable a este propósito.

¿No es el lugar por excelencia de los contactos y los intercambios? Se instala la práctica deliciosa del callejeo y de los paseantes, que provoca el murmullo de miles de conversaciones. Escuchemos el final de una de ellas en *Los Caballeros*:

Un imberbe no vagará por el ágora. [Así pues, ¿por dónde lo harán Clístenes o Estratón?] Me refiero a esos mequetrefes del mercado de perfumes que, sentados allí, sueltan tonterías como esta: «¡Qué talento el de Faiax!»

Las «habladurías del ágora» están hechas de todo y de nada. Los portadores de noticias —asegura Teofrasto— relatan bajo el pórtico numerosas victorias por tierra y por mar.

¿En qué pórtico, en qué tienda, en qué barrio del ágora no encontramos gentes que se pasan allí todo el día?

El ágora se ofrece a los atenienses como un espectáculo al aire libre y con mil escenas. En el año 345 a.C., Esquino nos muestra a Pitalacos furioso por un ultraje que ha recibido, y «se dirige, sin su manto, al ágora y se sienta suplicando junto al altar de la Madre de los dioses» —o, dicho de otro modo, el Metroon, que se encontraba en las proximidades del Bouleuterion—, y pronto se forma una aglomeración de gente, «como de costumbre en parecidas ocasiones».

La vida del ágora queda completada por la vida de la Pnyx, asentada al sur de la colina del Areópago, donde se encuentra, en el siglo v a.C. y durante la primera mitad del siglo siguiente, la *ecclesia*, o asamblea del pueblo, que ha sido transferida del ágora. Podemos imaginarnos un hemiciclo más o menos natural sobre la pendiente de una colina situada frente a la vertiente occidental de la Acrópolis y desde donde se puede ver el Areópago, al norte, y los Propileos, al este; una parte de la masa rocosa ha sido transformada en una tribuna que domina el hemiciclo: aparecen así delineadas las características de un teatro al uso. Aquí toma asiento el pueblo soberano. Aristófanes, en *Los Acarnianos*, representada en el 425 a.C., nos hace asistir a una asamblea del pueblo. Vemos a los ciudadanos, que parlotean en el ágora, agolpándose tras la cuerda pintada de bermellón que han dispuesto para obligarlos a ir a la Pnyx. Los pritanos se apresuran a ocupar un lugar en el primer banco. A lo lejos se puede contemplar la ciudad extendida y la campiña que huye hacia el horizonte. «¿Quién pide la palabra?», pregunta el heraldo. Los arqueros escitas están preparados para intervenir para que reine el orden. «¡Siéntate, silencio!», grita el heraldo dirigiéndose a alguien que ha

interrumpido. Luego anuncia a los embajadores de la corte del Gran Rey; el más poderoso de ellos avanza hacia los pritanos y expone la razón de su embajada. Cuando todo ha terminado, «los pritanos declaran disuelta la asamblea», proclama el heraldo. En la tribuna de la Pnyx los oradores ejercen su función de manera eficaz. Tucídides pone en boca de Pericles, refiriéndose a los atenienses:

No creemos que los discursos anulen la acción. En nuestra opinión, el peligro reside más bien en el hecho de no estar iluminado por la palabra, antes de pasar a los actos.

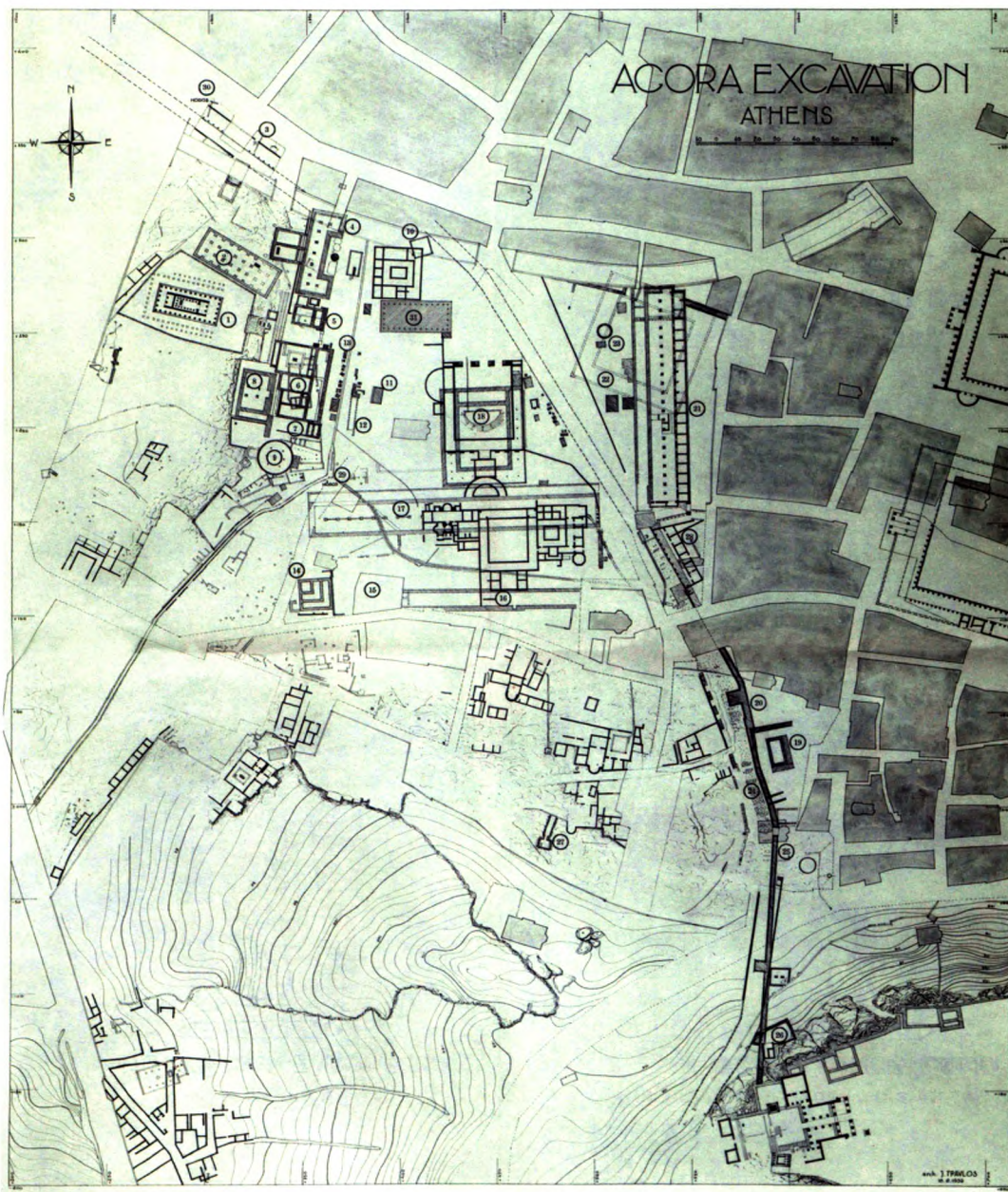
Así, en la Pnyx, los ciudadanos hablan, escuchan y deciden, recibiendo la influencia de la palabra alada que sirve para explicar la ciudad y sus destinos. «¿Quién domina actualmente la tribuna de la Pnyx?», se pregunta Aristófanes en *La Paz*.

Si en los alrededores del ágora, al sur, ha encontrado su lugar, como es de rigor, el santuario del héroe ateniense Teseo, al oeste del mismo lugar, en la colina del ágora, hay otro edificio religioso cuyas esculturas celebran las hazañas de este héroe, pero que al parecer estuvo consagrado a Efestos y a Atenea Ergané, divinidades protectoras de los artesanos, alfareros o herreros, que dieron fama a Keramikos. La construcción de este templo, al que sus esculturas le han dado, en épocas posteriores, el nombre de Teseión, se realizó durante la segunda mitad del siglo V a.C. A sus pies se extiende, hacia el noroeste, Keramikos, cortado por la muralla que deja fuera de la ciudad una parte, una especie de arrabal industrial famoso, por otra parte, por la existencia de prostíbulos. Este arrabal es la prolongación de la localización industrial y comercial propia del Keramikos interior y del ágora.

En Keramikos, Iseo, en el siglo IV a.C., señala la existencia de edificios de renta, estas casas que Esquino, en su discurso contra Timarco del 345 a.C., define de esta manera:

Llamamos casas de renta a las viviendas que comparten diversos inquilinos distintos, y casas a secas a aquellas en las que vive una sola familia.

Estos alojamientos son indicadores de un desarrollo de la población, que además podemos imaginar sin dificultad en este lugar vivificado por el trabajo de los artesanos. Iseo, en uno de sus alegatos, se refiere a una persona que tenía «un liberto que administraba por su cuenta una casa de renta en el Pireo, y en ella alojaba a muchachas». Entre estas, había comprado a una, llamada Alké, que «vivió durante muchos años como pensionista del establecimiento y, más tarde, al envejecer, se retiró del oficio». Euctemón «la instaló entonces como encargada de su edificio de Keramikos, situado cerca del portillo de la muralla, donde se encuentra el mercado de vinos». Este pequeño cuadro costumbrista nos permite vislumbrar Keramikos, donde observamos la vitalidad comercial vinculada a los accesos a Atenas. En esta zona, la antigua puerta llamada «de Thria» —en la muralla de Temístocles, y que en el siglo IV a.C. se convirtió en la puerta de Dipilon— constituye un lugar de paso especialmente animado. Ahí desembocan algunas vías importantes: la vía de Eleusis, que conduce a Megara y a Corinto y de la cual se ramifica el camino a Platea, que a su vez conduce a Tebas, y



57 Planimetría general del ágora de Atenas con las excavaciones realizadas en 1939 por la American School of Classical Studies at Athens, según J. Travlos.

también la vía del Pireo, esencial para Atenas. Esta última puede decirse que era una vía apta para la circulación de carros; la precedente, que aseguraba la comunicación con la ciudad sagrada de Eleusis, era denominada la Vía Sacra. Si a estas vías, mediante las cuales Atenas se comunicaba con el continente griego, el Peloponeso y el mar, se añade la Vía de la Academia, que se convirtió en el lugar de paseo preferido por los atenienses, se comprende fácilmente la importancia del nudo de caminos del Dipilon. Más allá de la muralla, se extiende por este lado el gran cementerio de la ciudad: «¿Cuántos convoyes han pasado por la Puerta de las Tumbas?», se pregunta un personaje en un texto de Teofrasto. Una vida vibrante y multiforme se desliza por este lugar tan próximo del lugar donde reina la muerte: los proveedores del ágora traen, desde Megara y Beocia, los productos que suelen vender a los atenienses, pasan ante los hornos en los que cuece la arcilla y ante las tiendas donde agudas voces se mezclan con los sonidos de las labores cotidianas. O bien es el vivaz movimiento que anima esta arteria vital para Atenas que es la vía del Pireo; o, también, son los grupos de gente que se encaminan hacia los parajes sombreados de la Academia o regresan de ella, con el paso lento propicio al intercambio de ideas y sentimientos. Líneas armoniosas, bajo una luz pura, dejan adivinar los bellos cuerpos en movimiento, flexibles por los ejercicios físicos. En *Las nubes*, representada en el 423 a.C., Aristófanes recomienda a un adolescente:

Bajarás a la Academia, y bajo los olivos sagrados, emprenderás tu carrera, coronado con juncos, con un amigo de tu edad, deleitándote con el olor de la smilax (planta), la despreocupación y el álamo blanco del que caen los amentos, gozando de la estación primaveral, cuando el plátano cuchichea con el olmo.

¿Qué podemos decir de la Academia, cuando Platón, en la primera mitad del siglo IV a.C., reuniendo en ella a sus discípulos, sembrará en este vergel sus propuestas sublimes y, continuando la obra de Sócrates, convertirá Atenas en la ciudad del pensamiento?

Desde el Dipilon, atravesando el *dromos*, flanqueado de pórticos, se llegaba al ágora: era el camino de las Panateneas. El tirano Hiparco dirigía, cerca del Leocoreion, en el Keramikos interior, la procesión que su hermano Hippias se disponía a recibir en la Acrópolis, cuando fue asesinado a golpes por Harmodios y Aristogitón. La entrada a Atenas señalada por la Puerta Dipilon también se utilizaba para las procesiones de las fiestas Dionisiacas y las Eleusinas: estos hechos subrayan su importancia y, al mismo tiempo, ofrecen un testimonio de la preeminencia urbana de esta parte del *asty*. En efecto, los itinerarios de las grandes procesiones ayudan a distinguir las principales vías de una ciudad. La Rue Saint-Denis, que durante la Edad Media canalizaba el cortejo real con ocasión de la entrada solemne del monarca en la capital, era la gran arteria norte-sur de París, en la orilla derecha del Sena. Análogamente, una calle recorrida por un nuevo obispo al tomar posesión solemne de su diócesis, se confunde con una vía importante de su ciudad.

Al este, en las proximidades del Ilisos, confluyen las rutas del Laurión y de Maratón, mientras que al norte se extiende la ruta de Decelia y de Oropo, hacia Eubea, y que prolonga el camino de Acarnes y de Tebas. Así, Atenas aparece como la encrucijada de los

caminos del Ática, por los que los ciudadanos de los demos de este país pueden llegar a la ciudad donde la Acrópolis, lugar de nacimiento de la ciudad ateniense, emerge entre el monte Licabeto, al norte, y los alrededores del monte Himeto, al este. Las rutas sirven para explicar el desarrollo de una ciudad, puesto que van asociadas a la afluencia de forasteros que al parecer siempre fueron bienvenidos a Atenas. ¿Acaso no señala Tucídides que «ningún otro Estado creció en el mismo grado gracias al aumento del número de extranjeros»? Por otra parte, ¿no pone en boca de Pericles las siguientes palabras?:

Nuestra ciudad esta abierta a todos: ninguna ley aparta a los extranjeros, ni les prohíbe el estudio o los espectáculos.

A mediados del siglo IV a.C., Jenofonte añade a las ventajas que Atenas obtiene de su suelo la buena disposición de esta ciudad hacia los metecos. Señala que estos son de gran provecho para las ciudades, y menciona, entre ellos, a los lidios, los frigios, los sirios y otros bárbaros, y los presenta especialmente como grandes artesanos.

Podríamos decir que Jenofonte expone un programa de explotación del extranjero: sugiere que, puesto que en el interior de la muralla hay mucho suelo sin edificar, se conceda a cualquiera que construya el derecho de propiedad, si es digno de ello. Así, muchos más extranjeros, y de los mejores, desearán vivir en Atenas. Ciertamente, esta ciudad tiene motivos para atraer a los comerciantes, prosigue Jenofonte:

En primer lugar, Atenas ofrece escalas bellas y seguras para sus naves. Además, los mercaderes, en la mayoría de las demás ciudades, están obligados a intercambiar sus cargamentos dada la escasez de productos en plazas exteriores: en Atenas, por el contrario, pueden realizarse libremente todo tipo de intercambios, y si alguien no quiere carga, puede embarcar plata, que es una mercancía excelente puesto que, en cualquier parte donde se venda, los ingresos superan las inversiones.

A decir verdad, no es posible prescindir de Atenas.

¿Debo hablar de los países ricos en trigo o vino? ¿Qué podría decir de los países en los que abunda el aceite o el ganado, que hacen valer su industria o su dinero? Añadámosle los artistas, los sofistas, los filósofos, los poetas [...], y también quienes se interesan por las cosas sagradas, todos aquellos en fin que aman la prontitud en las compras y las ventas: ¿dónde se pueden encontrar mejor que en Atenas?

Si, por medio de una prima que se le asignara, el tribunal de comercio expidiese con más rapidez sus asuntos, de modo que nadie sufriese demoras en desplegar las velas, acudirían un mayor número de mercaderes. Jenofonte también recomienda

[...] asignar lugares de honor a los comerciantes y a los navegantes, y conceder también el derecho a la hospitalidad a quienes parecen útiles al Estado, por la importancia de sus naves y de sus cargamentos.

Así mismo, propone una especie de préstamo público que permitiría construir algunas hosterías para los navegantes, además de las que ya existen, levantar, para los comerciantes, unos edificios donde realizar las compras y las ventas, y, por último, construir hosterías públicas para los visitantes. Jenofonte también desearía que se creasen «alojamientos y almacenes para los comerciantes foráneos en el Pireo y en la ciudad». Propone también el autor que el Estado, con el objetivo de desarrollar la explotación de las minas del Laurión, conceda inmediatamente privilegio de ciudadano a todo extranjero que quiera dedicarse a la explotación de esas minas.

El extranjero en general, y sobre todo el mercader, atraído por los beneficios comerciales, constituyen los elementos esenciales del desarrollo de Atenas y del Pireo. Las rutas marítimas se añaden a las rutas terrestres para contribuir, gracias a aportaciones externas, a formar la ciudad. Cabe señalar la atracción general que, según Jenofonte, ejerce Atenas, que se deriva del hecho de que es a la vez un gran centro intelectual, artístico, religioso además de comercial, lo que diversifica lo extranjero en la ciudad. Ya Tucídides ponía en boca de Pericles:

La importancia de nuestra ciudad hace que afluyan hacia ella los productos de toda la tierra.

Hay que dirigir la mirada hacia el Pireo y hacia los caminos del mundo para abrazar el horizonte de Atenas, cuya evolución se acelera.

Para darse cuenta de los cambios acaecidos basta con remitirse a un pasaje de *Las nubes* en el que Aristófanes pone en escena al eterno *laudator temporis acti*, que, por lo menos, tiene para nosotros el mérito de señalar los efectos de la evolución urbana. La antigua educación ateniense se opone a la nueva. Antaño

[...] se veía andar por la calle, en orden, para ir a casa del profesor de música, a todos los niños de un mismo barrio, sin manto y en apretadas filas, tanto si llovía como si nevaba [...]. En casa del *pedotribo* (el instructor o profesor de gimnasia) era obligatorio que los niños se sentaran recatadamente de modo que no mostraran nada escandaloso a la gente de fuera. Luego, cuando se incorporaban tenían que alisar la arena y velar para que no dejar... una huella de su virilidad. [...] Nadie se acercaba a su amante con suaves inflexiones de voz [...]. Jamás estuvo permitido, durante la cena, servirse las cabezas de los rábanos ni robar a las personas mayores el eneldo o el apio silvestre, ni comer demasiado, ni reír cloqueando, ni cruzar las piernas. Sí, son cosas de otros tiempos [...]. Sin embargo, con estas cosas de otros tiempos fueron educados los guerreros de Maratón [...]. Pero tú, tú enseñas a las gentes de hoy a irse pronto a dormir bien arrebujados en sus mantas.

Y este mismo personaje aconseja al adolescente:

Aprenderás a detestar el ágora, a abstenerte de ir a los baños públicos [...], a levantarte de tu asiento en señal de respeto ante los ancianos, a no ser grosero con tus padres [...], a no irrum-

pir en casa de una bailarina (a menudo también cortesana) para que, cuando mires todas estas cosas boquiabierto, no vayas a recibir un membrillo (emblemático del amor) lanzado por una ramera, y perder así tu buena reputación [...]. Reluciente y fresco como una flor, pasarás tus horas en los gimnasios, en vez de pulular por el ágora atento a las habladurías [...] como hace la gente hoy día [...]. Si haces lo que te digo [...] tendrás siempre el pecho robusto, el rostro claro y las espaldas anchas [...].

También recomienda no bañarse con agua caliente:

Si nuestros jóvenes se pasasen todo el día charlando, la casa de baños estaría llena, mientras que las palestras quedarían vacías.

La severidad y la decencia de otros tiempos contrastan con la vida afeminada de la época. En vez de los juegos de la palestra que vuelven viriles los cuerpos, ahora se prefieren las vanas habladurías del ágora o de los baños públicos. Estos, que ofrecen agua caliente, y donde la gente se reúne, constituyen una novedad. Teofrasto, un siglo más tarde, los presenta ante nuestros ojos en sus *Caracteres*: «Una persona, en los baños, se acerca a las calderas, sumerge la jarra en el agua caliente y, a pesar de las protestas del bañero, se rocía a sí mismo». Otro, «en el establecimiento de baños, mueve las caderas como si luchara, para que los demás crean que ha recibido una educación correcta». Aquel «se lleva al esclavo, que le frota el cuerpo con aceite». Los romanos extendieron esta costumbre hasta el extremo de convertir sus termas, concebidas con todos los refinamientos deseables, en uno de los edificios públicos característicos de sus ciudades. Pero, en tiempos de Aristófanes, resulta, para la gente anclada en las viejas costumbres, una innovación perniciosa.

Se lamenta asimismo de la pérdida de respeto: también en esta comedia de Aristófanes se muestra a un hijo muy poco deferente con su padre o bien incluye burlas dirigidas a los dioses. Las creencias religiosas, que en otros tiempos estaban enraizadas en el alma, ahora son solo superficiales, bonitas flores que se mantienen por tradición cívica o por costumbre. Ya no es Zeus el Olímpico quien produce la lluvia y el trueno, son las nubes: así lo dice Sócrates en la comedia homónima de Aristófanes. La razón empieza a socavar la mitología, en la misma época en que la Acrópolis completa su maravilloso complejo de monumentos religiosos. Se trata de estados de ánimo que no debemos olvidar en el estudio de la evolución urbana, si consideramos, como hay que hacerlo, que dicha evolución se produce lenta y gradualmente antes de manifestarse como un cambio orgánico.

El factor económico actúa en conexión con los acontecimientos históricos que llevaron a Atenas a la «hegemonía», al «imperio del mar» (según las propias expresiones griegas) en el siglo V a.C. Esta ciudad, con el apéndice del Pireo, cuyo origen y desarrollo va unido precisamente al auge marítimo ateniense, se convirtió en un centro de intercambios y de riquezas. Atrae hacia ella a las gentes del Ática, a los griegos en general y a los bárbaros. Su población crece, y una mano de obra diversificada contrasta con los ciudadanos acaudalados y con los metecos. Cada vez se emplean más esclavos. El lujo se expande y es un indi-

cador habitual de la evolución que se esta produciendo. La vida parece fácil si se la compara con la de antaño. Como escribe Jenofonte, son los tiempos en que los hombres quieren tener casas agradables para vivir, con un bello mobiliario, mientras las mujeres buscan ricos paños y ornamentos preciosos. Se puede decir que en la misma fecha, exactamente en el 349 a.C., Demóstenes, cuando se dirige, en la tercera *Olintiaca*, a los atenienses, les dice:

Hoy día, si alguno de vosotros conoce la casa de Aristides o de Milcíades, o las de otros ciudadanos ilustres de esta época, y sabe cómo son, podrá comprobar que no tienen más apariencia que la casa de su vecino [...]. Actualmente [...], algunos se han hecho casas más imponentes que los edificios públicos.

Al parecer, en el siglo IV a.C. empieza a manifestarse la preocupación por la vivienda privada. Sobre las laderas de las colinas situadas al oeste de la Acrópolis, se han conservado restos de viviendas del siglo V a.C. que formaban parte de los barrios de Koile y Melite. Dan la impresión de un confuso amasijo de construcciones de aspecto bastante primitivo. En el mismo lugar se ha exhumado una calle de cuatro metros de anchura, parcialmente pavimentada y con una canalización en el centro.

Si nos remitimos a los autores antiguos, Esquino, en el 345 a.C., señala los tenderetes que bordean las calles. Basta con que un médico —añade— se establezca en una tienda, para que se la llame gabinete médico y,

[...] si, en este mismo lugar, cuando se ha ido el médico, se establece un herrero, el local se llama entonces herrería [...].

Las comedias de Aristófanes nos descubren callejones inmundos; las necesidades se hacían en las calles, que además estaban llenas de barro. En el Pireo, a veces se dejaban las basuras cerca de los lupanares. Otras veces, por la noche, vaciaban las palanganas de aguas sucias en la calle gritando al transeúnte: «¡Apártate!» En *Las avispas*, se describen las casas atenienses: tienen conductos de agua, una bañera, el techo esta cubierto con tejas. En uno de sus discursos, Lisias nos muestra una casa de pequeños burgueses en Atenas: tiene una planta baja reservada para el hombre y un piso superior donde habita la esposa. Probablemente se trata de la casa de uno de tantos atenienses que explotaban ellos mismos una pequeña parcela agrícola, de la cual eran los propietarios, por lo que debían acudir con frecuencia al campo. Observemos, en *Las avispas*, el uso de los *graffiti*. Así, escrito en una puerta, se lee: «¡Viva Demos!», que es el nombre de un joven ateniense famoso por su belleza. Y aún Esquino nos describe en el 345 a.C. tabernas donde se juega a los dados, se celebran peleas de gallos y se reúne la clientela ociosa que vaga por allí durante todo el día.

Tampoco faltan funcionarios para mantener el orden en la calle. Por sorteo, se designan diez *astynomos*, cinco para la ciudad y cinco para el Pireo. En la *Constitución de Atenas*, Aristóteles precisa su función. Estos funcionarios velan para que los basureros no descarguen la basura a menos de diez estadios del recinto. Impiden que las construcciones

invadan la vía pública, que se coloquen balcones en voladizo sobre la misma, que se instalen en la parte superior de las casas canalones con desagües sobre la calle, que haya ventanas que se abran a ella. Debemos añadirles diez *agoranomos* (inspectores de los mercados), también designados por sorteo y destinados, por mitades, a la ciudad y al Pireo.

Tal como nos enseña Jenofonte, existen en el interior de la muralla numerosos terrenos sin edificar. En el 345 a.C., Esquino señala la existencia, en la Pnyx, de un lugar solitario que en otro tiempo estuvo poblado, puesto que menciona restos de casas y cisternas. Jenofonte, en un curioso pasaje en el que preconiza el desarrollo de la explotación minera del Laurión y en el que traza las líneas generales de la gran ciudad industrial que, de ese modo, podría surgir allí, observa que los terrenos adquirirían así un valor no inferior para sus propietarios al de los de las proximidades de Atenas. Así pues, la plusvalía inmobiliaria, resultado de la expansión urbana, se manifiesta ya, a mediados del siglo IV a.C. en el campo de entorno.

Las ubicaciones estables ponen orden en la ciudad. Al sur de la Acrópolis se ha reconstruido el teatro en piedra: es un nuevo edificio que toma su forma definitiva en la ciudad a partir de la segunda mitad del siglo IV a.C. Su misma estructura, fijada definitivamente, atrae hacia él la asamblea del pueblo, que abandona la Pnyx. Se define así un tipo de construcción que tendrá una gran difusión en la época helenística y que Roma convertirá, a su vez, en uno de los edificios urbanos esenciales. Tenemos que llegar al Renacimiento para volver a encontrar, en la fisonomía de la ciudad, la arquitectura del teatro. También en la parte meridional de Atenas se encuentra el Odeón, un teatro cubierto destinado a audiciones musicales y que esta fechado en la época de Pericles: el charlatán de Teofrasto conoce incluso el número de sus columnas. Del lado de Ilisos, encontramos el estadio cuyo contorno de pista trazado en piedra durante la segunda mitad del siglo IV a.C. se ofrece a los corredores. Y en la orilla de ese río, donde, como dice Platón, «el aire que se respira es suave y agradable», donde «hay un perfume como de verano, como un murmullo lleno de armonía que se funde con los coros de las cigarras», donde todo produce sensación de paz en el alma y en el cuerpo e invita al dulce vagar perdido en mil pensamientos, todo, los bellos árboles umbríos, una espesa hierba y el susurrar del agua, ahí encontramos el gimnasio del Liceo. En los tiempos de la guerra del Peloponeso —dice Aristófanes— los atenienses se extenuaban «por ir y venir del Liceo con la lanza y el escudo» con objeto de entrenarse. Pero en el siglo siguiente su uso es pacífico: Aristóteles reúne allí a sus discípulos, a quienes instruye paseando con ellos, y basta con su nombre, con todo lo que lleva asociado en el campo de la ciencia, para indicar el alto nivel de evolución que se ha alcanzado, nivel que necesariamente repercute en la ciudad.

Es curioso observar los distintos destinos de ciertos lugares en una ciudad. Vemos un gimnasio que encuentra una utilización especial en tiempos de guerra, y luego se transforma en un centro de elevadas especulaciones intelectuales, en una escuela-paseo, por decirlo de algún modo, gracias a esa misma pista o a la avenida originalmente destinada a los ejercicios militares: cuerpos desnudos haciendo ejercicio y cuerpos que piensan; ambos utilizan el mismo marco. Las palestras, que, según Aristófanes, ciertos atenienses frecuentan «para corromper a los muchachos», pueden servir para reuniones intelectuales. Veamos al vanidoso de los *Caracteres* de Teofrasto, quien precisamente sucedió a Aristóteles en el Liceo:

Posee una pequeña palestra de arena con un juego de pelota y va por toda la ciudad ofreciéndola a los sofistas, a los maestros de armas, a los músicos, para sus sesiones públicas, y él mismo cuida de llegar tarde durante las sesiones para que los espectadores digan: es el dueño de la palestra.

En el siglo XVII volveremos a encontrar salas de juego de pelota para representaciones teatrales dado que su forma se presta a este tipo de espectáculo. Estamos hablando de un elemento esencial de Atenas, que se ha convertido en la ciudad del pensamiento, centro intelectual de gran resonancia. El «pensante» de Sócrates, aunque no es tal como lo describe irónicamente Aristófanes, no es, ni mucho menos, una palabra vana: evoca una imagen que hay que retener. La ciudad razonante es también una ciudad razonable, que busca explicar las cosas a través de la razón. ¿No es este un rasgo moral de Atenas? La Academia y el Liceo adquieren de este modo su pleno significado en la ciudad.

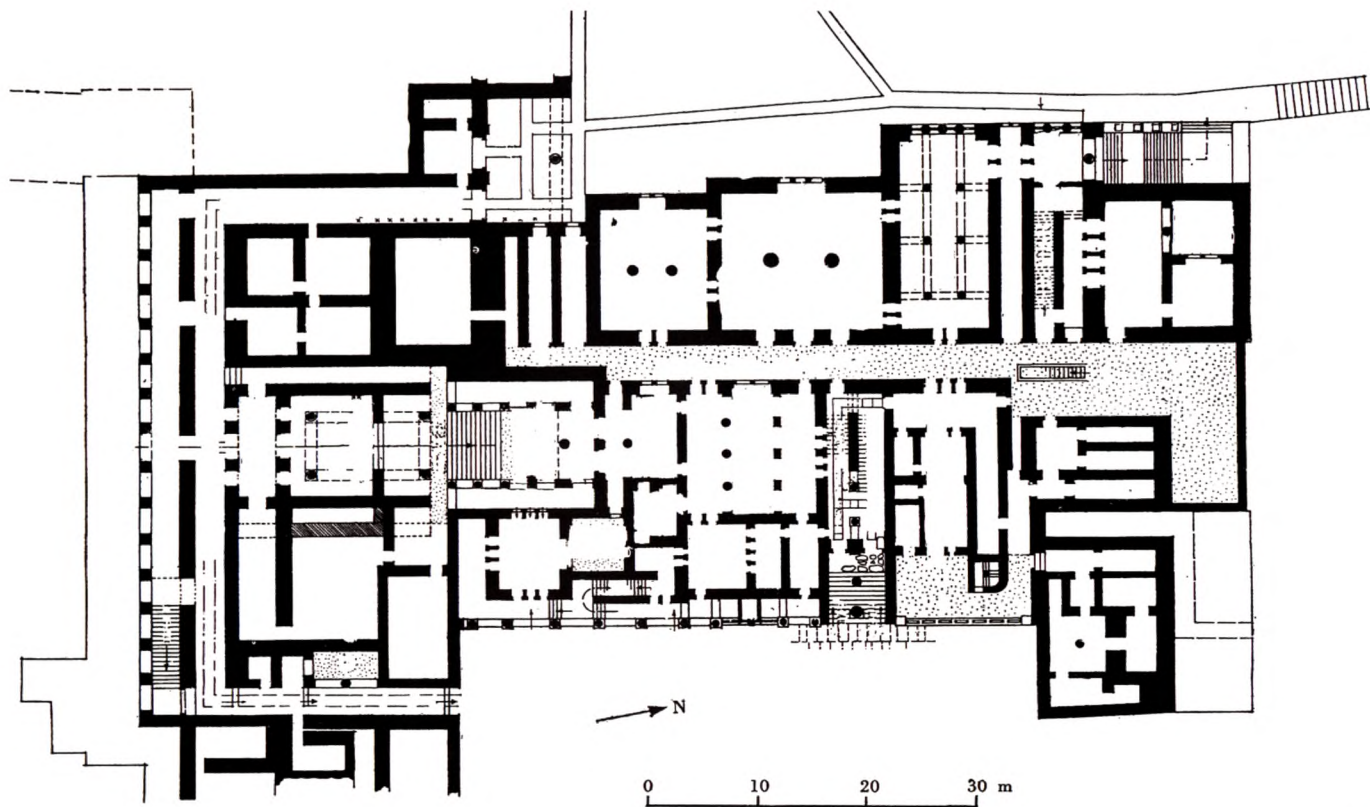
En urbanismo, la lección griega tiene gran importancia. En primer lugar, es una lección de estrecha adaptación de la ciudad a su emplazamiento. ¡Qué armonía, la que materializa Atenas a este respecto! Cada colina tiene su destino apropiado: así, la Acrópolis se convierte en morada de los dioses, el Areópago se identifica con el tribunal más venerado y la Pnyx es la sede de las deliberaciones populares. La muralla de la Acrópolis se encaja en los contornos de la masa rocosa: los edificios de su cima se adaptan a las líneas del suelo. La configuración misma del terreno dibuja la sede de la asamblea del pueblo en la Pnyx, mientras que la inclinación de la vertiente meridional de la Acrópolis se presta de forma excelente a la disposición de las gradas del teatro. La flexibilidad del genio griego se pone de manifiesto en este perfecto acuerdo entre la ciudad y el terreno. Otra enseñanza que procede del mundo griego es el orden urbano establecido no por un trazado regular, sino simplemente por los emplazamientos. Cada elemento está en el lugar natural, cada órgano del cuerpo urbano está situado en el lugar donde debe cumplir su función de forma natural. Se asciende al templo de la divinidad poliada, que parece planear sobre la ciudad. Su masa blanca, situada en el punto más elevado, se presenta bajo la luz, como una aparición divina visible desde lejos que la ciudad idealiza. En la parte baja, en el cruce de rutas, se encuentra la bulliciosa ágora con los edificios religiosos y civiles y los monumentos que le convienen. Análogamente, los ceramistas tienen su barrio en el lugar donde el suelo suministra la materia prima de su industria. El teatro se encuentra en un emplazamiento donde está localizado el culto religioso al cual está asociado. Finalmente, Atenas brinda la lección de una ciudad muy distinta de la que hemos visto en Egipto o junto al Éufrates y el Tigris, donde, como elementos orgánicos, jamás se apartan del edificio divino o del palacio del soberano. Por el contrario, lo que acabamos de ver, con independencia de los templos, que ciertamente son distintos de los precedentes, son los órganos de una vida política libre, o unos lugares, como los gimnasios, el teatro, el odeón y el estadio, pensados para la satisfacción de unas necesidades específicamente sociales. Una ciudad como Atenas se corresponde con un grado superior de la existencia humana colectiva.

ORÍGENES DE LA CIUDAD GRIEGA. ETAPAS DE SU EVOLUCIÓN

La comparación de cualquier escultura de Caldea y de Asiria con el Apolo de Dídima o con el estremecimiento vital que ofrecen a los ojos los vasos griegos, basta para imaginar dos tipos distintos de ciudad, puesto que la representación de las cosas lleva implícita una enseñanza más general. Nos encontramos con dos formas opuestas de civilización que deben expresarse a través de dos naturalezas y dos formas de ciudad distintas. Las líneas frías y severas, el aspecto majestuoso e hierático, la sensación de uniformidad, la constante evocación del soberano o, dicho de otro modo, de un amo cuya cabeza toca el cielo y dirige un rebaño, la fijeza de los rasgos, la ausencia de individualidad, el gusto por lo colosal, todo lo que podemos observar en las manifestaciones del arte caldeo-asirio ofrece un sorprendente contraste con las vibraciones vitales del arte griego la flexibilidad de los cuerpos, los armoniosos desnudos, la expresión humana de los rostros: todo esto revela una existencia rica y variada, un desarrollo completo del ser bajo la luz divina, el énfasis de la personalidad, la razón ordenadora. Para entrever en todo ello las reuniones del ágora, la animación de los gimnasios, las pistas donde se entrenan los luchadores, los juegos del cuerpo y del espíritu o, dicho brevemente, los distintos órganos de una vida cívica plena, basta con realizar un mínimo esfuerzo. De este modo lograremos captar la ciudad griega, expresión única de la existencia colectiva. Sus características aparecerán con más precisión si abarcamos con la mirada el paisaje griego: un suelo accidentado, el contraste de alturas y de zonas bajas, un semillero de islas, un continente que es en realidad una península, unas costas accidentadas, la estrecha conexión de la tierra y el mar. Este suelo produce vino y aceite, tiene arcilla con la que se fabrican las vasijas, piedra con la que se construye y mármol. ¡Qué contraste con aquellas vastas llanuras en las que el Nilo, el Éufrates y el Tigris despliegan sus largos cursos! Por último, la situación geográfica del mundo griego lo pone en contacto con aquellos antiguos focos de civilización formados por Egipto y Asia occidental. Todo esto sirve para explicar la ciudad griega.

El origen más remoto de la civilización griega lo encontramos en Creta: debemos partir de ella, hacia el año 2000 a.C. y luego desplazamos, hacia el año 1400 a.C., hasta el Peloponeso y llegar posteriormente, durante los siglos VIII y VII a.C., hasta las costas de Asia Menor para proseguir, en la misma época, hasta Sicilia e Italia meridional, para regresar finalmente a la Grecia continental, en el siglo VI a.C.

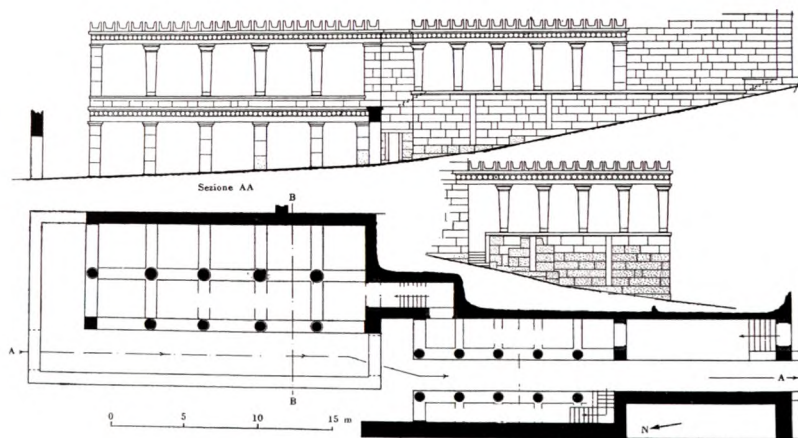
La ciudad no se entiende plenamente si no es en el marco de la civilización a la que pertenece. El carácter de esta civilización explica en gran parte su forma. Creta, «bella,



58

58 Planimetría general del palacio de Cnosos.

59 Planta y sección del acceso septentrional al palacio de Cnosos (restitución).



59

60 Plano de las excavaciones del primer y del segundo palacio de Agia Triada.

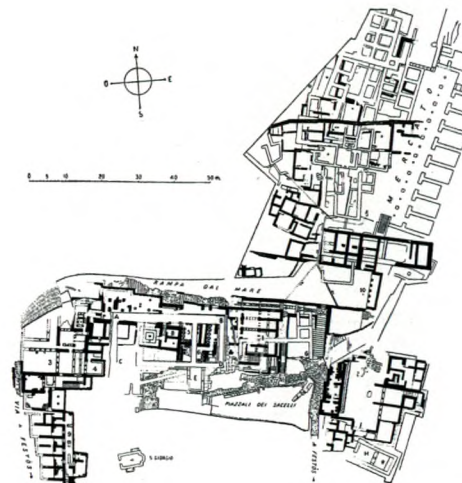
fértil, bien irrigada, poblada con un infinito número de hombres» como dice Homero, la Creta «de las cien ciudades», se nos presenta con una densidad de población que da testimonio de su desarrollo económico. Mantiene relaciones con Egipto desde el año 3400 a.C. El gran comercio marítimo la vivifica. Se ha localizado la ruta terrestre que unía el interior de la isla con el puerto de donde partían los barcos hacia Egipto, la cual, a través de la llanura de Messara al sur, y tras haber rodeado el monte Ida, llegaba hasta Cnosos, al norte de la isla. En este punto de llegada una hostería, que se remonta como mínimo al siglo XVI a.C., recibía a los viajeros.

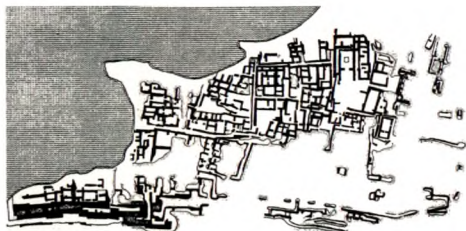
Al parecer, Creta evolucionó desde un régimen de clanes a un régimen feudal para concluir hacia el 1500 a.C. con el dominio sobre toda la isla de un jefe que residía en Cnosos: Minos, a quien se vincula el Minotauro, mítica forma del culto al toro, animal divino. El lugar de culto de este último, a quien se consagra el *labrys* o hacha de doble filo, se confunde con la morada del jefe o Minos, el Laberinto, exhumado a principios del siglo XX por el inglés Evans. Dicha morada está formada por un conjunto de edificios con corredores, pequeños patios y un gran patio central. Al oeste, por donde asciende el sol, está flanqueada por unas dependencias que al parecer constituyen la parte más fortificada del complejo, rodeado además por un sólido muro. Algunos almacenes, bodegas, alfarerías y una fábrica de aceite acompañan la vivienda propiamente dicha, a la que dan el aspecto de un centro de explotación agrícola e industrial de productos de distintas clases. Existía una canalización de agua potable y un sistema de evacuación de las aguas residuales. En las proximidades de este palacio estaban agrupadas las residencias de la gente importante y, más lejos, se extendía la ciudad y, más allá, los cementerios. Sobre unas placas de fayenza halladas en el palacio están representadas algunas fachadas de las casas, rectangulares o cuadradas, de varias plantas y con cubierta plana, coronada a veces de un mirador o una linterna. Un pasaje de Tucídides deja entender la importancia de Cnosos:

La tradición nos enseña que Minos es el rey más antiguo que se procuró una flota y que ejerció su dominio sobre la mayor parte del mar que ahora se llama Helénico. Reinó sobre las Cícladas y fue el primero en colonizar la mayoría de las islas.

A través de la ruta que llega hasta el sur de la isla, afluyen a Cnosos influencias líbicas y se cruzan con las influencias egeas y asiáticas que llegan a través del puerto, además de beneficiarse de las rutas del ámbar y del estaño. De todo ello extrae un particular desarrollo.

Si el palacio de Cnosos se extiende sobre una suave colina, el de Faestos, al sur de la isla, ocupa un emplazamiento claramente defensivo que domina la llanura más amplia y fértil de Creta, la de Messara, favorecida además por su posición cercana a Egipto y que, debido a ello, fue la cuna de la civilización cretense. El palacio de Faestos se parece al de Cnosos. Al igual que este, aunque de forma más esmerada, presenta una disposición en terrazas que aporta una nota de originalidad pintoresca, nueva para nosotros. También está unido a una ciudad que prospera y declina según mantenga o no las relaciones comerciales con Egipto. No lejos de Faestos se encuentra Agia Triada, con un palacio menos impor-





61

tante, desde el que se puede disfrutar de las vistas al mar y en cuyo entorno se han hallado los restos de algunas viviendas, vestigios de un núcleo rural. Sobre la costa septentrional, al fondo de una bahía, nos encontramos con Mallia, también con su palacio, igualmente centro de la ciudad.

La morada del jefe aparece así como el elemento esencial de la ciudad. Debemos imaginarnos, en ciudades de este tipo, los edificios contiguos unos a otros —bordeando las calles— en los cuales subsisten todavía restos del pavimento y de las canalizaciones. En la costa oriental, al pie de unas colinas que se elevan sobre una fértil llanura, se encuentra Palaicastro, una ciudad de carácter agrícola y marinero, con una gran vía y unos callejones flanqueados de casas que dan testimonio de la riqueza de sus habitantes. Al norte, en un islote, se encuentra Pseira, construida en un promontorio sobre el mar, del cual vive, y hacia el que desciende la calle principal. En la costa septentrional se encuentra Gurnia, industrial y comerciante, con sus callejones en pendiente que desembocan en dos vías pavimentadas, una que discurre a un lado del promontorio y, otra, en la parte baja. Ambas confluyen hacia el palacio en cuyo patio se celebra el mercado. Al palacio se adosan casas. Un escarpado sendero conduce a un recinto sagrado situado en el centro de la ciudad, donde se alza un trípode destinado a recibir las ofrendas vinculadas al culto de la diosa de las serpientes. Las casas, de piedra suelta, adaptadas a la pendiente y, por consiguiente, con niveles desiguales si se compara la fachada principal a la fachada trasera, escalonan sus líneas irregulares ante el mar azul, donde el puerto introduce una nota de vida.

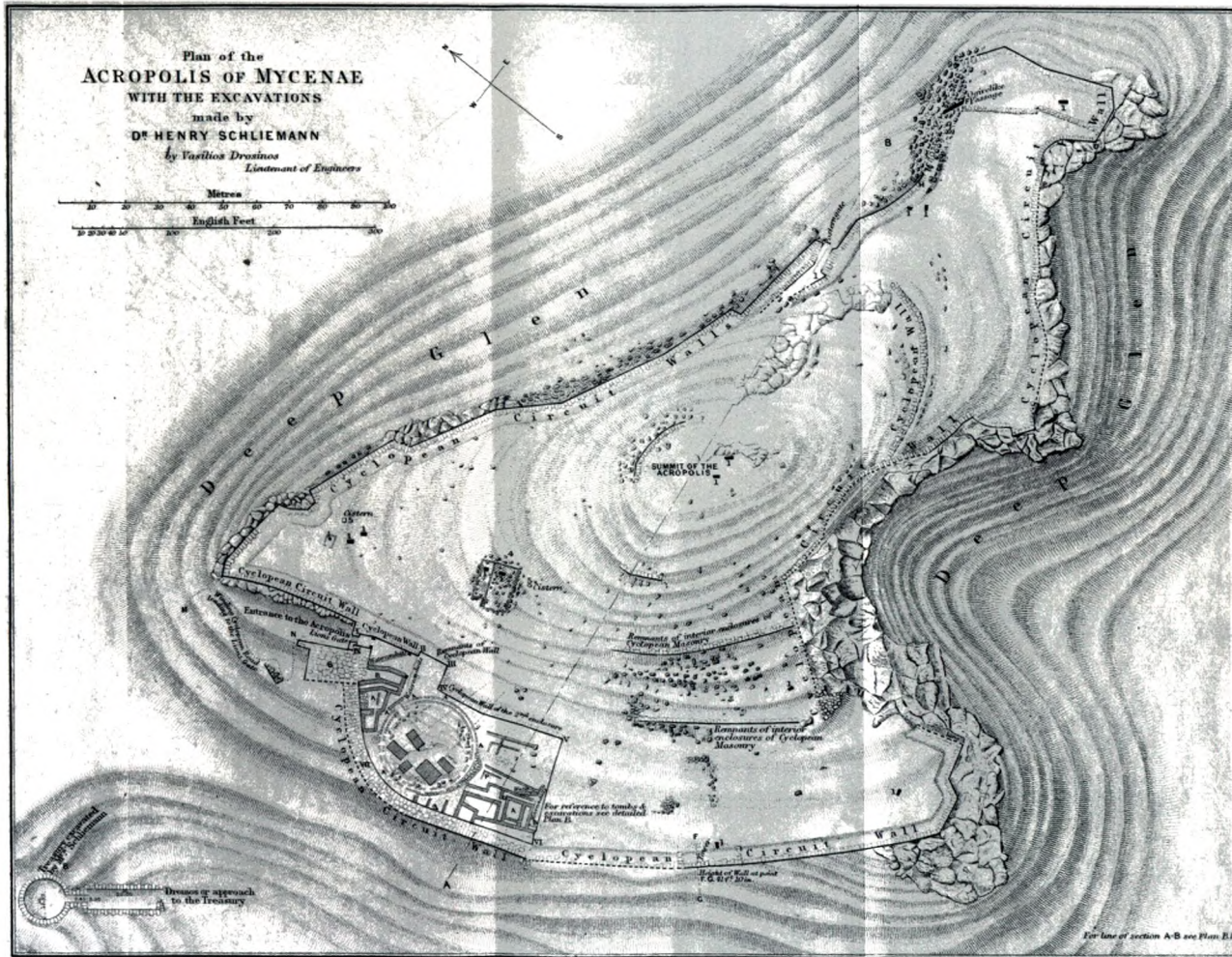
Nos encontramos aproximadamente en la primera mitad del II milenio a.C. Una admirable civilización, revelada por un arte sorprendente inspirado en la naturaleza, nos acerca de forma extraña a estas ciudades lejanas, donde pasean unas mujeres con amplias faldas acampanadas y apretados corpiños que dejan sobresalir el pecho desnudo, y unos hombres con cintura de avispa y ropas ceñidas, que evocan la silueta de algún petimetre o paje romántico, y donde la sociedad, como la de Cnosos o la de Faestos, se apresura al teatro, donde los concursos de gimnasia, las corridas de toros, las audiciones musicales y la danza son los placeres de los habitantes. Y, por encima de todas estas cosas, el toro, ídolo magnífico, expande, a los pies del monte Ida, bajo un cielo rojizo, una nota salvaje. El lugar de culto, en la parte más elevada de la ciudad, se presenta todavía de manera embrionaria: el templo no ha introducido aún en la fisonomía urbana sus divinas formas.

La vía marítima explica el destino de la isla de Milo, situada entre Creta y la península helénica, donde la explotación industrial del suelo hizo surgir un núcleo urbano, Filacopí, que creció y luego desapareció siguiendo la suerte de su actividad económica. Esta isla era el único lugar donde se podía encontrar una roca, la obsidiana, muy utilizada para la fabricación de utensilios y que por ello alimentaba un importante comercio de exportación en el Mediterráneo oriental. A una primera ciudad, fechada en la segunda mitad del tercer milenio a.C., y conocida insuficientemente, le siguió, en el suelo montañoso de Filacopí, una segunda (1900 a 1500 a.C.), que podemos representarnos bajo la forma de unas manzanas de casas agrupadas al abrigo de una muralla y separadas por callejones. Por lo general, las viviendas tienen dos estancias, una detrás de otra, precedidas por un patio. La

ciudad, abierta al mar, por donde se efectúa el tráfico, tiene, por el lado de tierra, un aspecto defensivo muy marcado: una muralla de piedra con un grosor de seis metros, y unas puertas muy estrechas (0,47, 0,65 y 0,85 metros) con aproximación de hiladas de piedra en su parte alta, y un muro exterior que forma, en relación con la muralla, un corredor lateral que obliga al enemigo que se dirige hacia la entrada a avanzar bajo los ataques de los defensores. Posteriormente hubo una tercera y última ciudad (1500 a 1100 a.C.). Esta presenta unas calles cortadas en ángulo recto, y algunas de ellas tienen, en el centro, una canalización de desagüe. Se ha localizado un palacio del que cabe destacar la sala, llamada *megaron*, con un hogar en el centro, precedida de un patio porticado; a cada lado se forman sendos corredores, uno de los cuales está flanqueado por una sucesión de estancias.

La vía marítima explica también el destino de la colina pétrea de Hissarlik. Situada en el extremo noroeste de Asia Menor, entre el Escamandro y su afluente, el Simois, domina el paso de los Dardanelos, y se la vincula al prodigioso recuerdo de Troya. Las excavaciones, dirigidas por Schliemann y Dörpfeld desde 1870 hasta 1894, nos han revelado el lejano pasado de este rincón de tierra. Hacia el 3000 a.C., una modesta aglomeración de pastores y pescadores, rodeada por una gruesa muralla de dos metros, surgió en este lugar predestinado. Entre los años 2500 y 2400 a.C. fue sustituido por un núcleo fortificado que albergaba importantes viviendas y riquezas y cuyo desarrollo se debió sin duda a la explotación del cercano paso marítimo. La muralla, de piedra en su parte inferior y de adobe con vigas en su parte superior, está reforzada con torres y perforada por puertas que forman, por el exterior, el fondo de un corredor limitado por dos muros perpendiculares a la muralla. Una de las puertas conduce a un antepatio detrás del cual se encuentra el gran patio rodeado de construcciones, cada una independiente de la otra, y con un vestíbulo que da acceso al *megaron*, prolongado en algunos casos por otra estancia. Esta disposición en torno a un único patio contiene, en germen, la idea de la plaza urbana, así como las puertas de la muralla, concebidas como ya se ha dicho, son el embrión de los propileos. Un incendio destruyó esta ciudad hacia los años 2000 o 1900 a.C. Tres pueblos se superpondrán sucesivamente, antes de que demos con la sexta aglomeración formada en este punto: la ciudad inmortalizada por Homero hacia el año 1500 a.C.

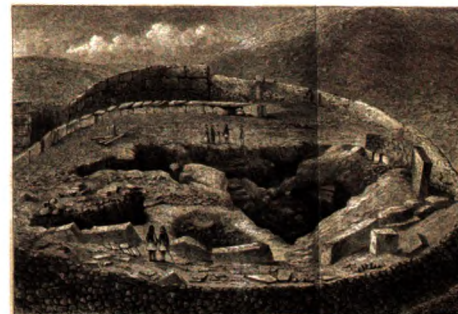
Mientras tanto, en el transcurso del III milenio a.C., algunos emplazamientos urbanos de la península helénica empiezan a ser ocupados por el hombre, especialmente en el istmo formado por la Argólida, cuyas relaciones con Creta pueden distinguirse desde esta época remota. Una de las colinas de Argos, llamada Aspis, se puebla de viviendas. La colina de Micenas ya está habitada entorno al 2500 a.C.; aquí la fuente Perseia jugó el papel otorgado al agua en la formación de agrupaciones humanas; el espolón rocoso de Tirinto también se puebla. Pero a partir del 2000 a.C. y hasta el 1100 a.C. aproximadamente, se producen grandes migraciones de pueblos provenientes de las regiones septentrionales hasta la cuenca oriental del Mediterráneo y asistimos entonces a la aparición de nuevas características urbanas. La estructura étnica de estos invasores, basada en la familia, la fratría y la tribu, explica en buena parte la formación de la ciudad griega. Los aqueos, que se expanden por Tesalia y el Peloponeso, se encuentran entre estos inmigrantes. Estos pueblos sucumben ante la



62

62 Planimetría de las excavaciones de la acrópolis de Micenas.

63 Representación panorámica de los sepulcros de los Átridas en Micenas.

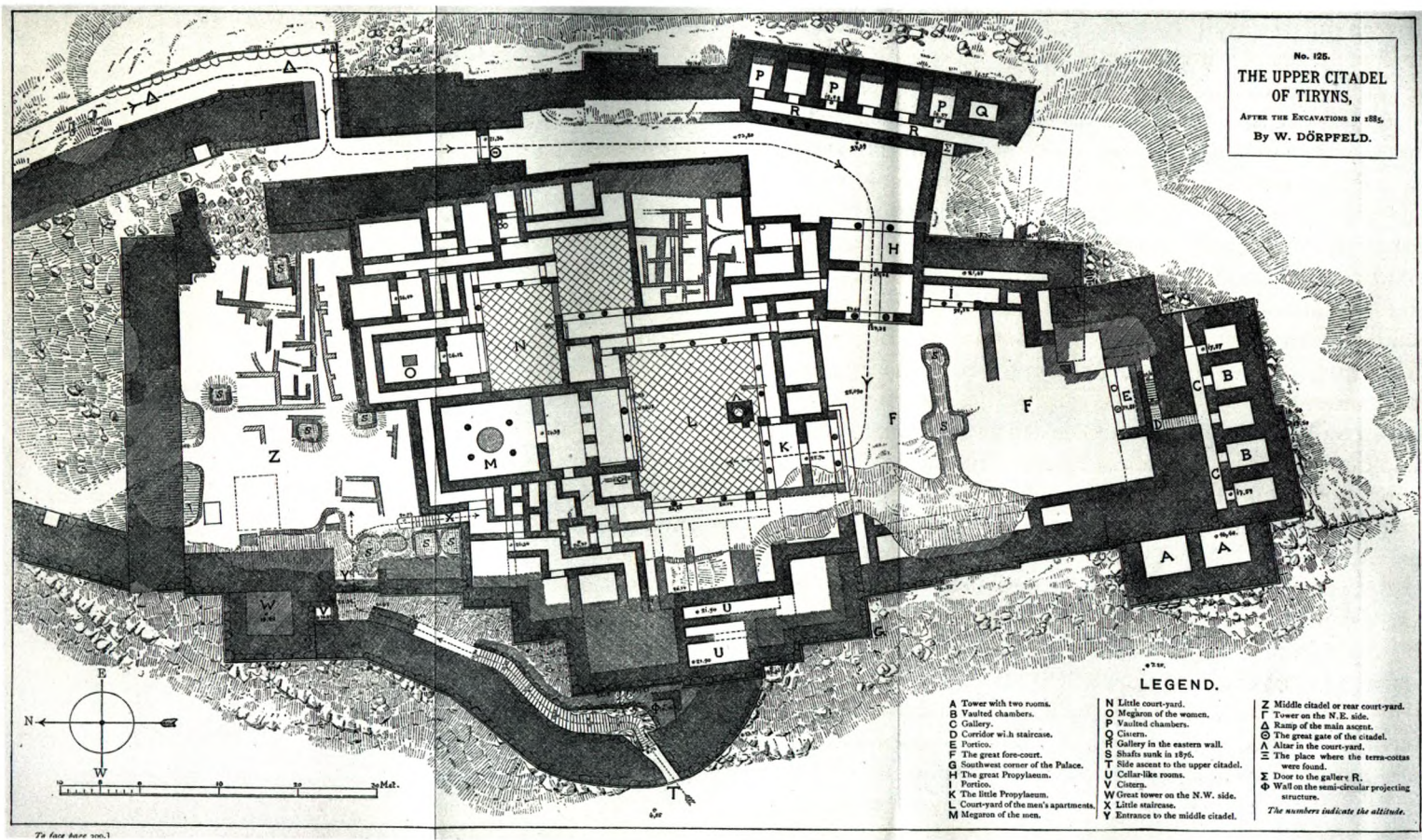


63

resplandeciente civilización cretense y garantizarán su continuación y difusión. Bajo esta luz es como se debe observar sus ciudades. Por otra parte, introducen el tipo nórdico de casa, adecuado a los climas fríos, opuesto al tipo meridional utilizado en la civilización cretense. En lugar de la vivienda con cubierta plana y abierta ampliamente al exterior, tal como la hemos observado en Creta, encontramos la casa con megaron con el hogar en el centro, que un vestíbulo aísla del exterior, la casa con acceso estrecho protegida del aire libre y con el techo de doble pendiente, origen del elegante coronamiento que es el frontón. De este modo el panorama urbano sufre una transformación.

Minos reina, y los aqueos se adaptan al genio cretense. Hacia el 1400 a.C. ponen fin al dominio minoico y lo sustituyen por el suyo, que tiene su base en el Peloponeso. A la era creto-micénica (1700 a 1400 a.C.) le sucede la era micénica propiamente dicha (1400 a 1200 a.C.). Son los tiempos en que en Micenas reinan los Átridas y especialmente Agamenón, el rey de reyes. Hacia el 1600 a.C., en la Argólida, donde florecen las viñas y los olivares sobre el suelo trabajado por el hombre, un palacio confería un nuevo aspecto al elevado emplazamiento de Micenas, transformándolo en acrópolis real, elemento fundamental y característico de la ciudad micénica. Podemos hacernos una idea de la prosperidad alcanzada por este centro urbano a través de las riquezas artísticas que Schlieman encontró en las tumbas reales excavadas en la ladera de su acrópolis, que se remontan al siglo XVI a.C. Esta prosperidad queda también atestiguada por la magnificencia de las tumbas con cúpula, construidas a partir del 1500 a.C., por los sucesores de los reyes difuntos en la ciudad baja asentada al pie de la acrópolis. Sin embargo, es de épocas posteriores a la caída del imperio minoico, es decir, de principios del siglo XIV a.C., de cuando datan las tumbas más imponentes. Micenas en aquel momento, siempre floreciente gracias a la acción vivificadora de la ruta marítima que unía la Argólida con Creta y de la ruta terrestre que llevaba desde el golfo de Argos hasta el de Corinto, alcanza el punto de máximo esplendor.

En este período, el palacio fue reconstruido y, a este efecto, se amplió y allanó el espacio que corona la acrópolis. Algunas grandes obras dan testimonio del poder del rey. Su morada, a la que se accede a través de un propileo y de una gran escalinata, se ordena en torno a un patio rectangular desde el cual, atravesando un pórtico y un vestíbulo, se llega al megaron: presenta la disposición general de los palacios de Creta y está embellecida con el arte llegado de este país. Nos ofrece el testimonio de un régimen guerrero, en el que todo converge hacia el jefe. Da un particular carácter a toda la acrópolis, que está rodeada por una muralla hecha de gigantescas piedras amontonadas (la llamada muralla ciclópea) en la que se ha practicado —con independencia de un sencillo portillo— una gran puerta en cuya parte superior velan dos leonas enfrentadas a ambos lados de una columna. Una representación como esta, de la que el arte minoico ofrece algunos ejemplos, expresa la idea de la protección religiosa en la entrada de la ciudad, según una pauta ya observada en los asirios y los hititas. Esta puerta, cuya decoración mira al exterior, está unida por ese lado a un muro dispuesto de modo que forma, junto a la muralla, un corredor descubierto: quien pretenda entrar debe seguir este pasaje, presentándose como un blanco fácil a los golpes de los defensores de la plaza. Así, el contacto con el exterior se produce a través de



64 Planimetría de la fortaleza de Tirinto.

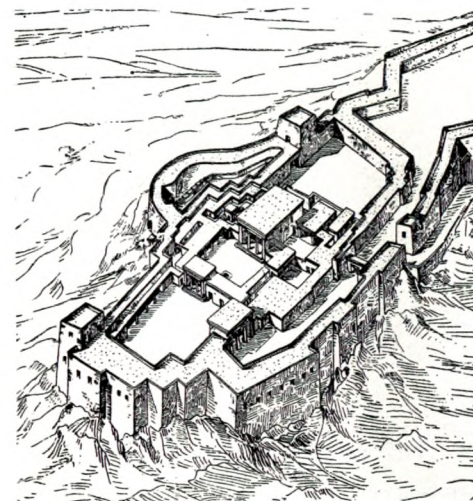
65 Vista panorámica de la fortaleza de Tirinto (restitución).

una estrecha puerta cuya protección está bien asegurada tanto material como religiosamente. La parte alta de Micenas, en el aspecto que presentaba hacia el 1400 a.C., aparece así como un espacio amurallado, la plaza fuerte por excelencia.

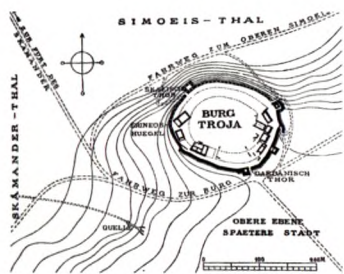
Próximo a ella, se alza otra ciudadela, Tirinto, cerca del mar, de construcción un poco más antigua, sobre un altiplano alargado de norte a sur que se degrada en tres terrazas. La inferior, que se encuentra al norte, fue utilizada para formar una especie de campamento militar estable; la intermedia se destinó a lo común; y la más elevada, al sur, fue ocupada por el palacio. Una sólida muralla ciclópea rodea todo el conjunto. El primer palacio, por debajo del cual tres etapas sucesivas de la ocupación del suelo dan testimonio de la antigüedad del hábitat, fue sustituido hacia el 1350 a.C. por una nueva morada real, provista parcialmente de una muralla distinta de la que rodea el promontorio. El espacio intermedio entre ambas murallas, al este, forma una especie de largo corredor que, en el extremo meridional, acaba en unos grandes propileos desde los que se llega, girando hacia el sudoeste, a otros más pequeños, a través de los cuales se accede al palacio. Primero nos encontramos en un patio porticado que mide 20 x 15 metros, en cuyo lado derecho se erige un altar. Al fondo de este patio, un vestíbulo, en el que dos columnas recortan tres puertas, se abre a la antecámara desde donde se entra, a través de una puerta central, en el megaron, comunicado lateralmente con una sala de baño. El megaron es una gran sala decorada con frescos que mide 12 x 10 metros, presenta un hogar central rodeado por cuatro columnas, muros decorados con frescos y un lugar propio para recibir el trono real. Se acompaña de diversas estancias menores del palacio. El lujo, remarcado por los propileos de la entrada del palacio, no oculta las acentuadas connotaciones defensivas: la fortificación parece haber sido reforzada en el sudeste y en el sur, donde se incrementó el espesor del muro y se añadieron casamatas precedidas de una galería abovedada por aproximación de hiladas. A los pies de esta acrópolis se reagrupan las viviendas, constituyendo una especie de ciudad baja.

Al igual que en Micenas, la influencia del arte cretense vuelve a encontrarse en la decoración de este palacio. Vemos caracteres comunes en la disposición de los propileos y en las dos estancias que preceden al megaron. El complejo presenta una concepción unitaria que confiere una coherencia lógica al trazado empleado en la acrópolis de Tirinto; además, la utilización diferenciada de los tres niveles de la meseta para las necesidades de este establecimiento humano indica un espíritu metódico del que volveremos a encontrar algunos ejemplos en el urbanismo griego. El santuario del palacio micénico hace las veces de templo, pero todavía no introduce la connotación de lo divino en el emplazamiento urbano. Atenea será huésped de Erecteo en la acrópolis micénica de Atenas.

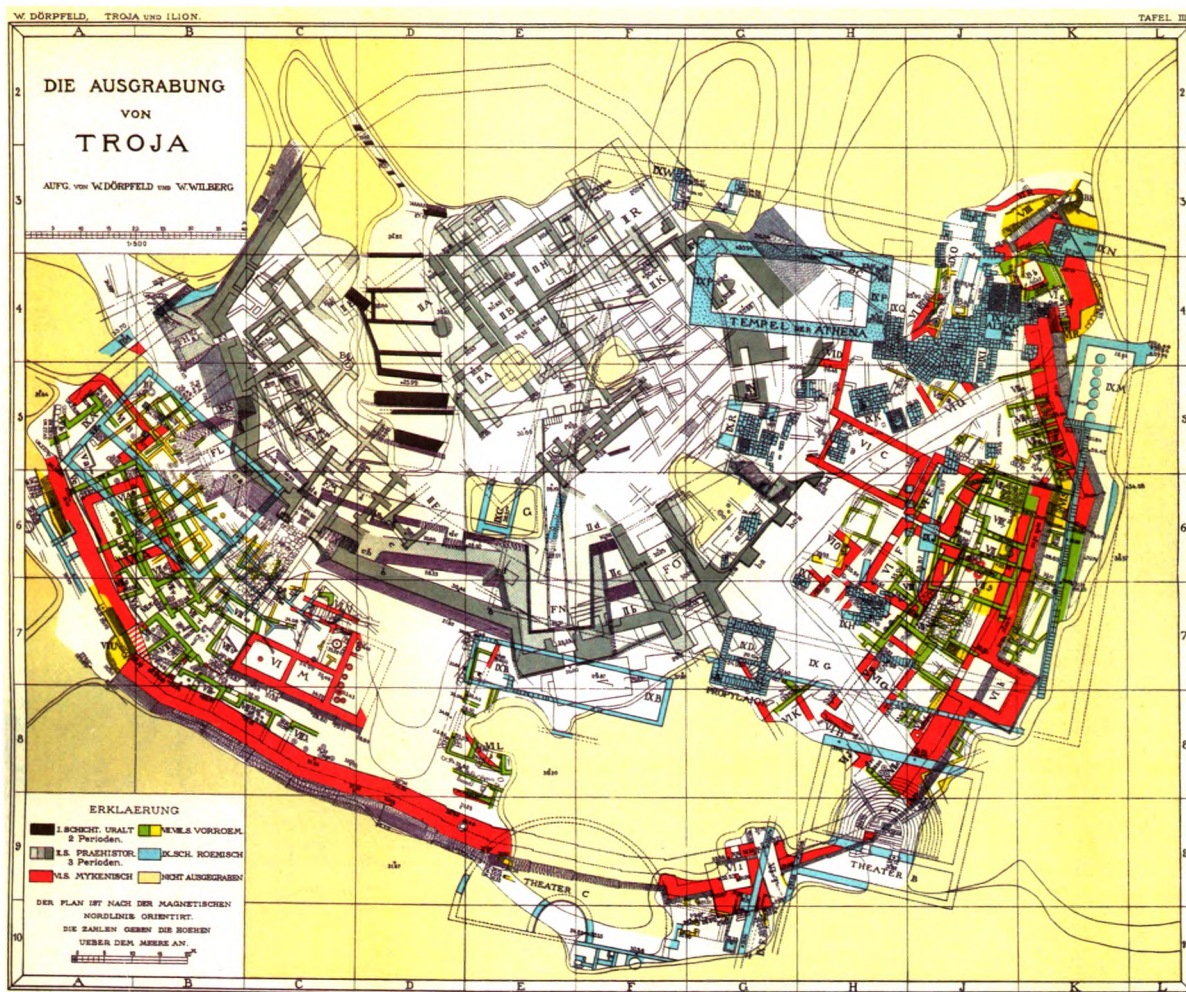
Las relaciones comerciales incrementan las necesidades. Las tumbas de la acrópolis de Micenas nos revelan la ciudad «rica en oro» mencionada en la *Iliada*. Gracias a la acción vivificadora del camino, la civilización micénica se expandió por Grecia. La encontramos en Beocia, en Tebas, cuyo nacimiento se debe a la fuente de Cadmo. En su acrópolis o Cadmeion, el palacio de Cadmo tenía un patio central, un taller de cerámica, una canalización subterránea y unos frescos inspirados en el arte cretense. En las proximidades de la ciudad, unas tumbas con cúpulas constituyen otro reflejo de la misma civilización.



65



66



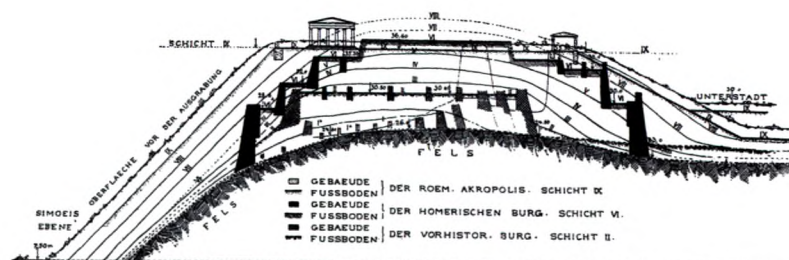
67

66 Plano de la fortaleza de Troya y alrededores.

67 Planimetría general de las excavaciones realizadas en Troya según W. Dörpfeld y W. Wilberg.

68 Troya, sección de la colina de Hissarlik, con indicación de los nueve estratos diferentes.

69 Vista de los restos de las murallas urbanas de Troya y alrededores.



68

Volvemos a encontrar dicha civilización en Orcomenos, donde se han localizado algunas ciudades superpuestas, de las que la tercera y la cuarta dan testimonio de unas influencias civilizadoras parecidas. Surge Atenas y también Lacedemonia, cuyo rey fue Menelao. La Grecia aquea del «catálogo de naves» de Homero aparece ante nuestros ojos sembrada de centros urbanos feudales, cuyas fuerzas se coaligan, bajo la soberanía del rey de Micenas, contra Troya, que cae en poder de los griegos hacia el 1180 a.C.

Las excavaciones realizadas en esta última ciudad solo permitieron exhumar la parte periférica, la cima del promontorio, donde se encontraba el palacio de Príamo, que fue arrasado en la época romana para poder construir la novena ciudad ubicada en este emplazamiento marcado por el destino. Las descripciones de la *Ilíada*, comparadas con los resultados de las excavaciones, contienen exactitudes e inexactitudes. Por lo demás, cabe destacar que, al parecer, la epopeya es posterior al acontecimiento al menos en cuatro siglos. La ciudad, «escarpada», «expuesta a los vientos», quedaba encerrada por una poderosa muralla de «piedras bien talladas», como dice Homero, quien, por lo demás, la representa como era en realidad: «bien rodeada de muros y torres» y con «altas puertas». Para llegar hasta estas puertas era preciso andar a lo largo del lienzo de la muralla, tal como hemos observado en Micenas y en Tirinto. Al parecer, las viviendas fueron dispuestas concéntricamente respecto a la muralla, con una ancha vía bordeándola en su lado interno y callejones radiales en dirección a la cima de la colina ocupada sin duda por el palacio. En cuanto a las casas, presentan sobre todo el megaron precedido de su vestíbulo. Se han exhumado algunas cuya distribución interna se corresponde con la mencionada en la *Ilíada*.

La situación de la ciudadela troyana, dominando el Helesponto —«el de las fuertes corrientes» (estrecho de los Dardanelos)—, es decir, un punto de paso obligado de excepcional importancia, explica la expedición de los griegos y su tesón por la victoria. Las «rutas líquidas» en esta zona ya habían empezado a desempeñar su gran papel. ¿No es cierto que se han encontrado recientemente en Volos los restos, según se cree, del palacio micénico de Pelias, rey de Yolco, de donde partió hacia la Cólquide la legendaria expedición de los argonautas? El emplazamiento, unido al marco geográfico, generó la potencia de Troya, «rica en oro y bronce», y provocó su destrucción, aunque le garantizó en el espíritu de la posteridad, y gracias a una obra literaria incomparable, una prestigiosa inmortalidad.

La caída de Troya señala el último destello de gloria de la civilización creto-aquea. En el siglo XII a.C., la última invasión griega, la de los dorios, llegados del norte al igual que sus predecesores los aqueos, destruyó dicha civilización e hizo entrar a Grecia en una era de regresión. Hasta mediados del siglo XI a.C. los invasores siguieron causando estragos, a los que hay que oponer, sin embargo, algunas aportaciones. Introdujeron el uso del hierro en Grecia, donde la edad de este metal sucede desde entonces a la Edad del Bronce. Este hecho, así como el espíritu de los recién llegados, ha quedado expresado en la ciudad: las costumbres, las ideas, los sentimientos, el arte, todas estas cosas quedan reflejadas en el carácter y en la fisonomía de la aglomeración urbana. Por otra parte, si la parte oriental y meridional del Peloponeso se convierte en el territorio dórico por excelencia, los vencidos llevarán hasta las islas del mar Egeo, hasta el Ática y, sobre todo, hasta las costas de Asia Menor, el tesoro



sagrado de sus tradiciones. Más tarde, dicho tesoro volverá a abrirse en beneficio de la emergente Grecia clásica. Micenas, cuyo palacio fue destruido, lleva a partir de entonces una vida oscura, mientras que Esparta, a orillas del Eurotas, la Esparta dórica que sigue a la Esparta micénica y que se opone profundamente a Atenas, empieza a perfilarse en la historia.

Durante el período comprendido entre los siglos XII y VIII a.C., las ciudades griegas completan su formación. Del sistema de familias diseminadas por el campo, basado en una economía puramente agrícola y pastoril, se pasa al sistema urbano después de haber pasado por el estadio intermedio de la aldea rural compuesta por la unión de varias familias. La ciudad es una organización de familias, fratrías y tribus. A esta forma de asociación le corresponde un nuevo elemento, el altar común para los sacrificios, a la espera de que un mayor desarrollo de la función religiosa genere un edificio adecuado: el templo. El templo, además, es un lugar fortificado, bien sea por la naturaleza o por el hombre; dicho de otro modo, es una acrópolis. Finalmente, se necesita una plaza para el intercambio de ideas y mercancías, es decir, un ágora, cuya posición natural está al pie de la colina fortificada. Un lugar de culto para la divinidad poliada, relacionado con la residencia del jefe, una acrópolis que encierra ambas, el ágora en su estado primitivo: esta es, en esencia, en su fondo y en su forma, la ciudad griega, donde reina el rey vinculado a un pasado lejano de dioses y de héroes. Por lo tanto, tiende a producirse ya una cierta fusión de los elementos sociales originarios en una ciudad animada por una economía de intercambio ampliada, que empieza a encaminarse hacia el régimen de estado soberano, en el que ya existe igualdad ante la ley. La ciudad evoluciona en el fondo y en la forma. La oligarquía y después la democracia le darán sus rasgos propios cuando la monarquía haya cesado de ejercer su antigua autoridad. A su vez, la tiranía dejará su impronta, aunque sea transitoria. La vida política se añade así a la vida espiritual y a los factores geográficos y económicos para caracterizar esta forma única de colectividad humana que es la ciudad griega.

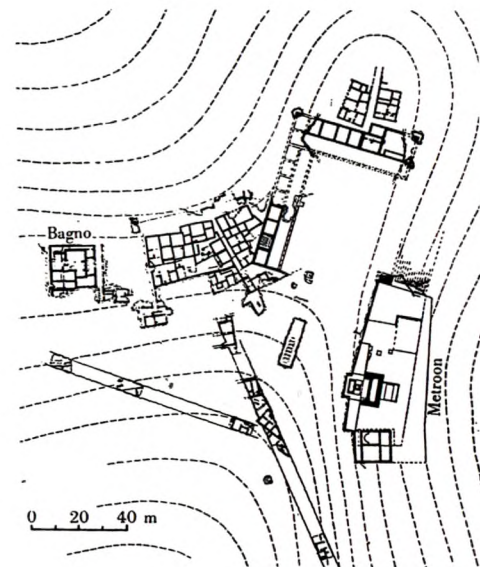
Hospitalaria con los emigrantes de Grecia, obligados a abandonar su país como consecuencia de la invasión dórica, la costa fragmentada de Asia Menor —esa costa a la que desembocan diversos ríos y cuya unión con el mar es tan íntima que perfila profundas bahías, proyecta hacia fuera sus cabos y parece diseminarse en una constelación de islas— recibe de estos recién llegados un fermento de vida que hace germinar las ciudades. Si, con anterioridad a esta invasión, algunos elementos greco-cretenses ya se habían establecido en la región, a partir de entonces se incrementaron especialmente. Al fondo del estuario del Caístro, la colina de Ayasoluk, que dominaba unas tierras fértiles, estaba cerca de la ruta que llevaba a Sardes, al norte, y hacia los ríos Meandro y Éufrates al sur. Era un emplazamiento urbano predestinado y ya ocupado por algunos pueblos de Asia Menor cuando, en el XI a.C., acoge a una nueva tribu de griegos capitaneada por Androclos, que la revitaliza. Al pie de la colina, el mercado y el puerto constituyen animados centros, mientras sobre su cima el santuario dedicado a la divinidad local se transformará en el Artemision. Así surge la Éfeso griega, destinada a convertirse, gracias a su posición, en una poderosa ciudad en la que los comerciantes, armadores y traficantes de plata formarán una oligarquía que dejará a la dinastía de los Andróclidas un poder solo aparente. Sin embargo, la acción nefasta de los

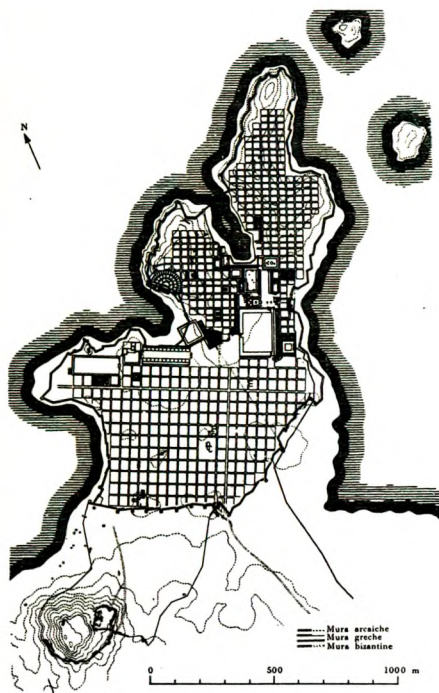
factores físicos del lugar acabarán neutralizando en parte las ventajas de la posición geográfica: la ciudad, alcanzada por los depósitos aluviales del Caistro, deberá desplazarse para poder mantener el contacto con el mar.

El puerto primitivo, invadido lentamente por los sedimentos de los aluviones, hacía ya dos siglos que no era adecuado para la navegación, cuando a principios del siglo III a.C., la ciudad abandona la marisma donde iba languideciendo y emigra hacia las colinas vecinas —las de Pion y Coresos— pudiendo así disponer, a los pies de esta última, del puerto de Coresos. Su población se vio incrementada, además, por colonos procedentes de Colofon y de Lebedos. A la Éfeso griega siguió, bajo esta nueva forma, la Éfeso helenística, con un aspecto imponente y a la que se asocia el nombre de Lisímaco, uno de los sucesores de Alejandro en ese principio del siglo III a.C. La muralla discurría por las crestas de Pion y de Coresos dejando a un lado el Artemision y sus dependencias, entre la colina de Ayasoluk y el puerto Viejo o puerto Sagrado, adonde en otro tiempo llegaban los peregrinos que desembarcaban sobre el mismo suelo del santuario. Este último, que ya anteriormente había quedado fuera de la muralla de Ayasoluk, formaba una especie de barrio aparte: la ciudad religiosa, diferenciada del núcleo urbano propiamente dicho, sede de los negocios y de la autoridad administrativa, en la que el teatro, junto con el ágora, el estadio y otros edificios aportaban sus características propias, por no hablar de monumentos como la puerta que se alzaba cerca del puerto y la puerta llamada de «Magnesia». Desde la ciudad, dos vías sacras, destinadas a las procesiones, conducían al Artemision uniéndolo de esta manera a la antigua acrópolis de Ayasoluk y a la nueva Éfeso.

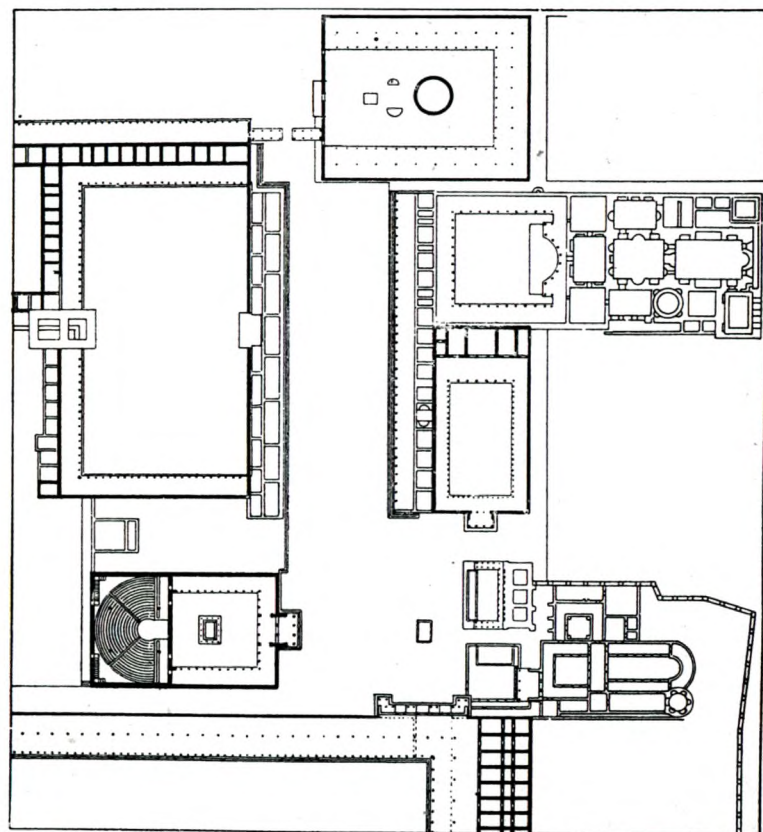
A partir del año 190 a.C. el acceso al puerto de Coresos se tornó difícil. En el siglo II de nuestra era quedó enteramente cegado por los aluviones, por lo que su actividad pasó a realizarse en el puerto de Panormos. Son los tiempos de la Éfeso romana, que señalan, desde la época lejana del establecimiento de los griegos, la tercera etapa de la evolución de esta ciudad. En la época en que vivió Estrabón, era el enclave comercial más importante de toda el Asia a occidente de los montes Tauro. Con sus calles paralelas flanqueadas de columnas que, desde el puerto de Coresos, al oeste, llevaban al ágora y al teatro, al este; con las puertas formando un fondo decorativo en los dos extremos de la vía del teatro, la ciudad se presentaba bajo el Imperio Romano con el aspecto majestuoso de un arte urbano que Roma había heredado del Oriente helenístico. La primitiva acrópolis, desde donde los griegos inmigrados dominaban la ciudad comercial, la ruta marítima y, más allá de la llanura aluvial, las grandes vías terrestres, acabó eclosionando en un centro urbano romano y cristiano. El carácter de ciudad religiosa adquirido por el culto a Artemisa primero, y por el cristianismo después, constituye un aspecto esencial de Éfeso. El templo de Artemisa o Diana fue reconstruido en el siglo VI a.C. y después en el siglo IV a.C. —alrededor de 345 a.C. — por los arquitectos efesios Demetrio y Peonio, con proporciones colosales después del incendio causado por Erostrato hacia el año 356 a.C. El culto de la diosa tiene lazos con Asia, que lo introdujo en Éfeso a través de Lidia. Al igual que otras ciudades marítimas de Asia Menor, Éfeso gravitó en la órbita de esta última región.

Nos encontramos en una zona en la que las influencias caldeo-asirias e hititas se ponen de manifiesto e intervienen en la explicación de la ciudad. Además, estamos en un

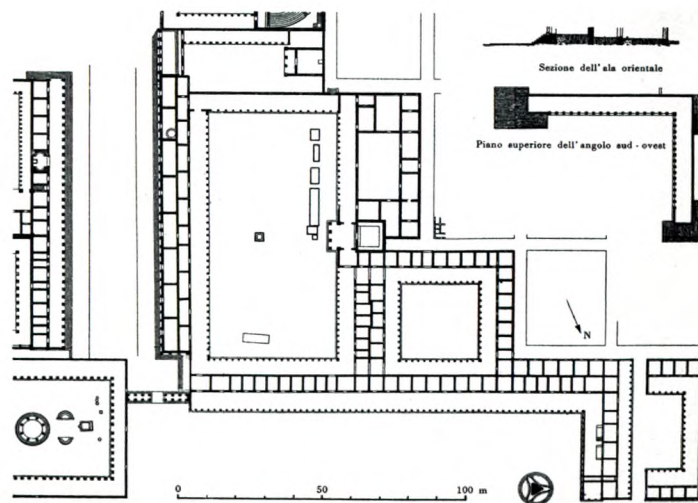




71



72



73

71 Planimetria general de Mileto en el periodo helenístico.

72 Planimetria del templo de Apolo Delfinio y del ágora meridional de Mileto.

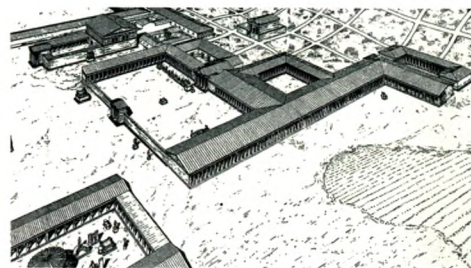
73 Planimetria del ágora septentrional de Mileto en el siglo II a.C.

74 Vista del ágora septentrional de Mileto en el siglo II a.C.

medio cario-cretense, visible a la vez en Éfeso y en la vecina Colofon, que, asentada al noroeste, en la bahía donde desemboca el Caistro y no demasiado lejos del santuario de Apolo en Claros, tuvo vínculos con Creta antes de metamorfosearse en ciudad griega. Un terreno fértil formado por los aluviones del río Hales, el mar cercano y un célebre oráculo fueron los elementos que, por diversos motivos, contribuyeron al desarrollo urbano de Colofon, y esta ciudad, donde el reinado de los Códridas dejó paso a la oligarquía de los mil caballeros, se nos aparece como una ciudad opulenta que goza del placer de vivir.

Volvemos a encontrar este ambiente primitivo cario-cretense en el sur, en uno de los extremos del golfo Látmico donde, frente a la desembocadura del Meandro, el río más grande de Asia Menor, y a dieciséis kilómetros del santuario cario de Dídima, nace Mileto en tiempos micénicos pero con vínculos cretenses. Ese Mileto cario, en el que es visible la influencia de Creta, se beneficia a su vez de la inmigración griega, que acaba mezclándose con el elemento indígena. El emplazamiento era maravilloso: una franja de tierra se adentra en el Egeo; un promontorio está flanqueado por dos bahías frente a las cuales se desgrana una serie de islotes; cuatro puertos a sus pies ofrecen refugio a las naves; al norte y al oeste se abre el mar griego, mientras que al este y al sur se extiende el inmenso continente asiático. Añadir a estas ventajas marítimas los recursos de la tierra fecunda: una llanura que se ofrece a la marea ondulante del trigo maduro, laderas recubiertas de viñedos y de árboles frutales, extensos pastos para los rebaños. Todo el porvenir de Mileto está en germen en una localización como esta. Junto a otras ciudades del mismo litoral, Mileto está predestinada al papel de nexo de unión entre dos mundos: el mundo asirio-babilónico por un lado y el mundo griego por el otro. De estos elementos, la ciudad extraerá los rasgos de su carácter y su fisonomía.

Una poderosa ciudad comerciante y colonizadora, a la sombra de un célebre lugar de culto que ha pasado de ser cario a ser griego, y del que la ciudad es, a pesar de la distancia, inseparable: esta es Mileto, la ciudad de Apolo, que envuelve con su gracia exquisita de efebo el emplazamiento accidentado de Dídima. El templo de Apolo Delfinio dominaba uno de los dos puertos principales de Mileto, en cuya entrada velaban, con connotaciones asirias e hititas, dos gigantescos leones de piedra. Unos pórticos se alineaban a lo largo de los muelles, y el ágora hervía de animación. En la populosa ciudad, el artesanado se añadía a la actividad comercial concentrada en los puertos, puesto que la ciudad, proyectada hacia el mar, era esencialmente marítima. No se beneficiaba, como lo hacía Éfeso, de las grandes rutas terrestres. A partir del siglo VIII a.C., en los tiempos en que Mileto iniciaba su expansión colonial, la caída de la dinastía de los Neleidas provocó el advenimiento de una oligarquía formada primero por nobles y después por gente adinerada. Le siguió la tiranía, índice del desarrollo popular, y finalmente, tras una lucha entre la clase alta y las clases más desposeídas, se produjo el acceso al poder de las clases medias. Estas vicisitudes políticas atestiguan la evolución orgánica de la ciudad de Mileto, del mismo modo que las de Francia, después de la Revolución, pueden servir para jalonar la evolución contemporánea de una ciudad como París, en la que el régimen de la monarquía de Julio se corresponde con la acción emergente de un nuevo sistema de producción, mientras que la revolución de 1848, seguida por el reinado de Napoleón III, que es el equivalente de las antiguas tiranías grie-



gas, señala el acrecentado poder del pueblo en relación con la fuerza incontenible de los fenómenos económicos.

En la parte meridional de la península en la que Mileto ocupaba el lado opuesto, estaba Dídimas. Era accesible por mar desembarcando en el puerto principal de la región, el de Panormos, situado a cuatro kilómetros al noroeste, que conectaba directamente con Mileto por una vía sagrada, mencionada ya en el siglo VI a.C., a la que se unía el camino que llevaba de Panormos al santuario. Reconstruida en el año 100 d.C., esta vía partía de la muralla de Mileto por la puerta de Dídimas, situada al sur, y frente a la cual había una estatua o un templo a Hécate que marcaba el punto de partida de las procesiones; después de extenderse con una anchura que oscilaba entre los cuatro y los cinco metros, llegaba hasta la puerta del recinto sagrado de Dídimas, bordeaba el templo por la parte norte y girando bruscamente hacia el este, alcanzaba la fachada principal, que se encontraba precisamente de ese lado. Un trazado como este se ajusta al gusto griego, que prefería la visión en escorzo o gradual a la visión obtenida abordando frontalmente un edificio.

Solo una parte de las estatuas exvotos situadas en los márgenes de la vía, en las proximidades del templo, han llegado hasta nosotros. Se remontan al siglo VI a.C., unos tiempos en que la familia sacerdotal de los Bránquidas oficiaba en el santuario de Apolo, y aparecen como una extraña derivación del arte caldeo de épocas más remotas: son figuras sedentes, con las piernas juntas y las manos apoyadas sobre los muslos, en una postura hierática que recuerda el tratamiento dado a Gudea por los escultores caldeos.

Uno de estos personajes representa a Chares, jefe de Techiusa, un puerto situado al sur de Dídimas y desde donde se podía llegar, al igual que desde el puerto de Panormos, al santuario. La inscripción a la que debemos esta identificación, que se encuentra junto a la estatua, indica además que está dedicada a Apolo. También había a lo largo de la vía sacra unos leones de mármol, leones que encontramos reproducidos en las monedas más antiguas de Mileto: esto muestra una vez más la influencia asiática y confirma la función esencial que esta ciudad, en el punto de contacto de Asia y el mundo griego, tuvo en la transmisión a Grecia de elementos de las civilizaciones anteriores.

Desde un punto de vista urbano, no debemos olvidar que fue el filósofo Hipodamo de Mileto quien, en el siglo V a.C., introdujo en el mundo griego el trazado regular, que Babilonia y Asiria ya habían puesto en práctica. Conviene señalar el carácter decorativo, con reminiscencias egipcias o caldeo-asirias, que la vía sacra toma de los monumentos que la flanquean, que recuerdan a las avenidas de los templos egipcios o mesopotámicos ya mencionados. En Delos volvemos a encontrar unos leones de mármol del siglo VI a.C. a lo largo de una vía de carácter religioso que unía el templo de Apolo con el lago sagrado. En el urbanismo de los tiempos antiguos, el lugar de culto es generalmente el edificio expresivo por excelencia, del modo como la residencia del déspota o del soberano lo es en las ciudades caracterizadas por estas formas de gobierno. Más tarde, la iglesia cristiana se presentará en nuestras ciudades con el mismo grado de expresión.

El templo de Apolo o de los Bránquidas fue incendiado por Darío en el 494 a.C. El lugar permaneció en ruinas, y el oráculo guardó silencio hasta que, en el 332 a.C., los mile-

sios iniciaron la construcción de un nuevo santuario, concebido según un plan colosal de los arquitectos Paonio de Éfeso y Dafnis de Mileto, que no se realizó enteramente. La Mileto helenística sucede a la gloriosa Mileto griega que a su vez había sustituido a la Mileto caria marcada por la huella cretense. Pronto vendrá la Mileto romana y, finalmente, la definitiva sepultura con la mortaja de los depósitos aluviales del Meandro. Este río no cesaba de depositar frente a la ciudad aluviones que en el siglo I d.C., después de haber cegado el golfo Látmico, se aproximaron hasta las puertas de Mileto. Ya se habían extinguido, en la orilla septentrional de este golfo, donde desembocaba el río, las ciudades de Myonte y Priene mientras Mileto vivía el progresivo encenagamiento del estrecho canal al que seguía ligada su propia existencia, y como se colmaban sus puertos, desde los cuales tantos atrevidos navegantes habían partido en otro tiempo para difundir la civilización griega sobre las orillas del Ponto Euxino, y también hasta Egipto y la península itálica. Sin duda, Mileto murió poco después del siglo IV a.C. y en nuestros días sus ruinas se encuentran a siete kilómetros del mar.

Jonia, a la que pertenecen algunas ciudades como Éfeso y Mileto, y que comprende el litoral de Asia Menor desde esta última ciudad, al sur, hasta Focea, al norte, con las islas situadas enfrente, ejerció un papel urbano esencial que está en la base del magnífico desarrollo de la civilización griega. Fecundada por las aportaciones aqueo-cretenses y, por otra parte, en contacto, a través de Lidia y especialmente de Sardes, con las antiguas civilizaciones de Asia occidental, produjo, en el marco de la ciudad-estado, espléndidos frutos cuyas semillas se expandieron más allá del mar Egeo. El *Panionion* (agrupación de doce ciudades jonias) en la época en que Mileto inicia su elevado destino, marca este auge urbanístico. El desarrollo económico del que pronto se beneficiaron estas ciudades promovió en su seno, al mismo tiempo que la eclosión de las artes propias para el embellecimiento de la vida y de las ciudades, una precoz evolución social, que se manifiesta en la sucesión de cambios acontecidos en sus formas de gobierno o, dicho de otro modo, en el tránsito de la realeza primitiva a una oligarquía, luego a la tiranía debida al favor popular y, finalmente, a la democracia. El Estado urbano popular, esta gran novedad del mundo griego, encuentra ahí un terreno propicio para su formación. La riqueza, fruto de la actividad mercantil, incrementa las necesidades y expande el lujo. Se desarrolla una vida fácil bajo el aliento debilitador de Oriente. El centro urbano completo se ofrece a nosotros, en unas ciudades donde el espíritu, no menos que el cuerpo, encuentra satisfacción. En este cruce de pueblos, Mileto, por ejemplo, se presenta como un admirable centro intelectual. Los nombres de Cadmos de Mileto, Hecateo de Mileto, Tales de Mileto, Anaximandro y Anaxémenes de Mileto nos dan testimonio de lo que el saber humano debe a esta ciudad.

Observemos Samos, una ciudad insular de Jonia de la que Hera es la divinidad poliada. Fundada por refugiados de Epidauro que huían de la invasión dórica, fue gobernada como reino por los descendientes del fundador, es decir, el jefe de los refugiados, hasta que la monarquía fue sustituida por la aristocracia terrateniente «de los geomoros». Además del suelo, el comercio –tan natural dada la posición del lugar– enriqueció a los hombres, por lo que se formó una población de negociantes, gente del mar y artesanos. Era un medio

propicio para la manifestación de un poder popular que es representado, durante la segunda mitad del siglo VI a.C., por el tirano Polícrates, bajo cuyo mandato Samos brilla con un vivo resplandor. Es la ciudad del tirano, al mismo tiempo que la Atenas de los Pisistrátidas, y bajo una forma análoga, desvela ante nuestros ojos su fisonomía. Herodoto señala que los habitantes de Samos realizaron tres de las obras más grandes de toda Grecia: bajo la dirección de Eupalinos de Megara, se perforó una montaña de lado a lado para llevar agua a la ciudad procedente de una importante fuente; se hizo un túnel de 350 metros de largo, y una altura y una anchura de 2,30 metros con el fin de formar un canal de ocho metros de profundidad y un metro de anchura. Además, se construyó un dique en el puerto de 360 metros de longitud y 35 metros de altura. Finalmente, se acabó el mayor templo conocido por este historiador, el Heraion, iniciado en el siglo VII a.C. El arte y la literatura florecen en la ciudad donde reina el tirano griego, rodeado de una corte brillante que gratifica y agasaja con fiestas al pueblo, ese pueblo griego, el más inteligente que jamás ha existido, y que la evolución económica urbana ha situado en primer plano. Por último, para una ciudad, ¿no significa nada el hecho de haber sido, según la leyenda, el lugar de origen de Pitágoras, hombre-dios para los antiguos, visto por algunos como predecesor de Jesús?

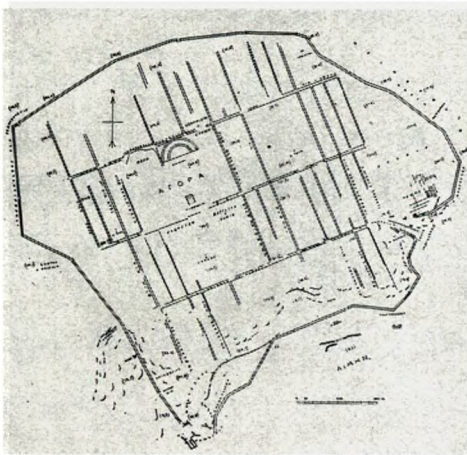
LAS COLONIAS GRIEGAS

Los navegantes junto a las ideas atravesaron el mar Egeo y viajaron todavía más lejos, hasta el oeste mediterráneo, hacia el Ponto Euxino. Surgen ciudades que, gracias a este germen venido de fuera que fermenta en un suelo propicio, nacen, crecen, se expanden, aumentan de población y se enriquecen, se ennoblecen con el arte y el pensamiento, y parecen prolongar su vitalidad siguiendo la estela de las naves vagabundas que surcaban los mares. La colonización griega —la de los milesios a partir del 750 a.C., la de los focios en el siglo VII a.C., quienes, en palabras de Herodoto, fueron los primeros griegos en dar a conocer el Adriático e Iberia, la de los jonios, la de los dorios, la de los eolios— nos permite asistir a un gran número de formaciones urbanas.

En el siglo VII a.C. los milesios se establecieron en Egipto, a orillas del brazo canópico del Nilo, en Naucratis. Allí se agruparon cerca del santuario que habían construido a Apolo, su divinidad protectora, al lado del cual surgía otro lugar de culto, consagrado a Afrodita, vinculado sin duda a una colonia chipriota. El asentamiento así formado fue, sin embargo, destruido durante la segunda mitad del mismo siglo, para resurgir más tarde en el siglo VI a.C. gracias a las disposiciones del faraón Ahmose, que se proponía reunir en este lugar todas las actividades comerciales entre Egipto y el mundo griego: Naucratis, gracias a esto, se convirtió en un centro de intercambio de excepcional importancia. La ciudad medía ochocientos metros de norte a sur y cuatrocientos de este a oeste.

Destacaban en ella un conjunto de templos: el de Apolo de Mileto, el de Hera de Samos, el de Afrodita, el de Zeus de Egina, el de Atenea, el de los Dioscuros. En torno a los templos se agrupaban las viviendas. Cerca del templo de Afrodita, situado en el centro de la ciudad y en su parte más poblada, existía una fábrica de objetos de culto de barro esmaltado. El templo estuvo precedido, en el emplazamiento que ocupaba, por otros dos templos, el más antiguo de los cuales está datado en el año 600 a.C., aproximadamente. En el extremo meridional de la ciudad, una extensa y potente muralla, que podía albergar a unas cincuenta mil personas, parece corresponderse con el mayor de los recintos sagrados que se habían levantado en este lugar, denominado Hellenion, según Herodoto, que lo presenta como una obra conjunta de los jonios procedentes de cuatro ciudades, de los dorios, también de otras cuatro ciudades, y de los eolios de Mitilene. Las calles, muy estrechas, están trazadas en sentido de la longitud o de la anchura de la ciudad; las casas son muy exiguas y el adobe caracteriza la construcción.

Se observa una localización de los oficios: ceramistas, orfebres, forjadores de hierro y cobre. En el siglo II de nuestra era, el gramático griego Ateneo, originario de Naucratis, señala la existencia de gran cantidad de ceramistas, y añade que a la puerta de la muralla corres-



75

pendiente a su barrio se le llama Puerta de Keramikos. La fisonomía especial de este centro, que difiere de las colonias griegas habituales, proviene de su carácter de puerto autorizado para el comercio, en un país donde solamente se ejerce la autoridad faraónica soberana y donde no podía existir ninguna otra colonia griega.

La evolución económica y social de las ciudades griegas nos sirve para explicar la colonización. Más allá de algunas circunstancias particulares, como las consecuencias de una guerra o alguna que otra disensión interior, existe una fuerza que impulsa a aquellos ciudadanos cuyas condiciones de vida no son satisfactorias a emigrar a otros lugares en busca de otras tierras u otros medios de subsistencia. Los emplazamientos que atraen al emigrante, a quien la ruta marítima conduce hasta su destino, son de varios tipos: puede ser un islote que resplandece con reflejos leonados en el mar azul ante el acantilado de la orilla opuesta; o un promontorio, a cuyo pie pequeñas ensenadas ofrecen un refugio seguro. Es el caso de Sinope o Selinunte. Puede tratarse también de una península de costas sinuosas o un territorio bañado por un río cuya línea huidiza se pierde en el horizonte. Y es que después de la llamada de las olas viene la llamada de la tierra hospitalaria. Ya hemos visto la vitalidad alcanzada por las ciudades griegas de Asia Menor, especialmente Mileto. La Grecia europea por su parte, ha participado a este respecto desde el siglo VIII a.C.

Según Tucídides, los calcidenses fueron los primeros griegos que se establecieron en Sicilia, donde fundaron, hacia el año 735 a.C., bajo el mando de Tucles, la ciudad de Naxos. Según el mismo autor, de Corinto partió Arquias, quien, hacia el 734 a.C., fundó Siracusa expulsando primero a la población nativa de la isla de Ortigia:

[...] donde se encuentra actualmente el núcleo de la ciudad, unido ahora a la tierra firme; con el paso del tiempo, la ciudad externa, es decir, la que se formó más tarde enfrente, sobre el suelo de Sicilia, fue comprendida dentro de la muralla y pronto tuvo una población muy numerosa.

Entretanto, Tucles y los calcidenses, prosiguiendo sus incursiones, fundaron, hacia el 729 a.C., Leontinos, y luego, Catania. Siempre en Sicilia, los megarenses fundaron hacia el 728 a.C. otra Megara y, hacia el 626 a.C., Selinonte, a orillas del río Selino. Un rodio y un cretense, a la cabeza de un grupo de emigrantes, fundan, hacia el año 690 a.C., Gela, que toma su nombre de un río, y que en su origen se agrupa dentro de su acrópolis a la espera de poder extenderse a los pies de la fortaleza. A su vez, los habitantes de Gela fundan, en los años 580-579 a.C., Akragas (la actual Agrigento), llamada así por el río cercano. Eligen para fundarla a Aristonoo y Pistilo, que implantaron las mismas instituciones y ordenamientos de la ciudad de donde procedían.

Si, desde Sicilia, pasamos a la Italia meridional, llamada «Magna Grecia» por la proliferación de ciudades griegas, vemos como aparece, hacia el 750 a.C., Cuma, cuya fundación se debe a los eubeos. A su vez Cuma, que marca el límite extremo de la colonización griega en el norte de Italia, será el origen, en el siglo V a.C., de Nápoles. Hacia el 520 a.C. los cumeos dejarán que algunos exiliados de Samos se establezcan en un lugar que más tarde se convertirá en Puzzoles. Otras colonias griegas en Italia son: Síbaris y Croton, que

se remontan a finales del siglo VIII a.C.; Paestum, que es una de las colonias de Síbaris; Tarente, Metaponte y Locres, fundada hacia el 673 a.C. por gentes de la Lócrida, etcétera. Marsella tiene su origen en los focios, quienes se establecieron, hacia el 600 a.C., en el fondo de la bahía del Lacydon, donde un promontorio que se adentra en el mar, unido al continente por una lengua de tierra, fue utilizado para la acrópolis.

La nueva ciudad tiene un fundador, el *oikista*, un hombre especialmente designado para esta misión; también puede tener simultáneamente dos fundadores. A su vez, la ciudad fundada puede generar otras ciudades. Así, la nueva Megara dio origen a Selinunte, de la que es fundador Pámilo, llegado de la ciudad-madre originaria, Megara de Grecia. De todos modos, en el caso de Catania, que es análogo al de Selinunte, fueron los propios catanios los que eligieron a su fundador. Si Gela funda Agrigento, la primera de estas dos ciudades se preocupa de asignar a la segunda sus propias instituciones. La toma de posesión urbana del suelo se inicia con la fundación de la acrópolis o, excepcionalmente, con la fundación de un sencillo núcleo de viviendas en terreno llano. En un mismo lugar pueden sucederse diversas colonias: Camarina, en Sicilia, fue primero una colonia de Siracusa fechada hacia el 600 a.C., según nos enseña Tucídides; cuando sus habitantes se sublevaron en los años 552–551 a.C. contra los siracusenses, estos los expulsaron y cedieron el territorio despojado a Hipócrates, tirano de Gela, como rescate por algunos prisioneros que había capturado. Hacia el 490 a.C. Hipócrates estableció una nueva colonia en Camarina, convirtiéndose así en su fundador. De todos modos, poco después estos colonos fueron expulsados a su vez por el tirano de Siracusa, Gelón, quien colonizó por tercera vez el lugar.

El ataque de los persas contra la Grecia asiática en el siglo VI a.C. y a principios del siglo siguiente provocó un éxodo griego que ha sido descrito por Herodoto. Algunas ciudades de Jonia son abandonadas por sus habitantes, que embarcan en sus naves y buscan un nuevo hogar en otros lugares. ¿No es cierto que en Atenas se había previsto una eventualidad similar con motivo del avance de Jerjes? Si es posible denominarlo con ese término, se nos presenta aquí la *ciudad itinerante*. El mismo historiador nos enseña que, cuando se quería fundar una colonia, era necesario, antes de partir, consultar el oráculo acerca de la elección del lugar donde irían a establecerse y cumplir ciertas ceremonias habituales en esta circunstancia. Antes de ir a fundar una colonia en Quersoneso de Tracia, el ateniense Milcíades el Viejo, hacia el 550 a.C., consulta a la pitonisa de Delfos y luego parte con aquellos de sus compatriotas que quieren seguirle. Es habitual que los habitantes de la colonia ofrezcan sacrificios al fundador difunto. Este deja el poder, por ejemplo, a un miembro de su familia. La ciudad que ha fundado le está dedicada. Se alzan en ella monumentos conmemorativos de la fundación, que siempre tiene de base un acto religioso, una ceremonia sagrada conforme a un ritual preestablecido. Tucídides nos informa que los atenienses tenían un ritual que no dejaban de cumplir cada vez que establecían una colonia. Del relato que hace Pausanias de la fundación de Mesene se deduce que los ritos de la fundación variaban de un pueblo a otro: los tebanos, por ejemplo, no se parecían a los mesenios. Un lugar de culto, consagrado a la divinidad poliada de donde son originarios los griegos emigrados, y una fortificación: con estos dos elementos se forma la nueva ciudad. Como podemos ver, el trazado regular de la parcelación no está propiamente ligado a esta.

En algunas ocasiones, el establecimiento en tierras extranjeras chocaba con la hostilidad declarada de la población indígena. Según afirma Tucídides, este fue el caso de Anfípolis, no lejos de la desembocadura del río Estrimón (el Estruma) en el mar Egeo. Hacia el 494 a.C. Aristágoras de Mileto, mientras huía con un grupo de jonios de la persecución de Darío, quiso establecerse en este lugar, pero fue perseguido por los indígenas. Treinta y dos años más tarde los atenienses enviaron allí a numerosos colonos que fueron exterminados por los tracios. Finalmente, veintinueve años después, unos nuevos colonos atenienses, bajo el mando de Hagnon, partiendo de un enclave que Atenas poseía en la desembocadura del Estrimón, lograron establecerse en un lugar llamado «de las nueve vías», al que Hagnon, fundador de la nueva colonia, dio el nombre de Anfípolis, tomado del aspecto que tenía la ciudad debido al recodo que hacía el río en este lugar. De todos modos, dicha colonia cayó poco después en manos de los peloponesios, y Tucídides explica que un general de estos últimos, victorioso y caído en combate, fue sepultado en la ciudad, ante el ágora, y los habitantes le inmolaron víctimas como si fuese un héroe y establecieron en su honor combates y sacrificios anuales; le dedicaron Anfípolis como si él hubiese sido su fundador y derribaron los edificios construidos por Hagnon, así como los monumentos conmemorativos de la fundación debida a este.

Un islote griego en tierras bárbaras, que vive una vida griega sin fundirse con el elemento bárbaro: así se nos presentan las colonias griegas, unas ciudades donde se revive la metrópoli, con su acrópolis y su ágora, con los juegos del cuerpo y del espíritu, con las discusiones políticas, con sus propias formas de gobierno siguiendo la evolución de la ciudades griegas –del poder personal del fundador, convertido en héroe, y de sus descendientes, hasta la democracia, pasando por la oligarquía y la tiranía–.

El caso, relatado por Estrabón, de una colonia de Marsella en España es típico. En las proximidades inmediatas a esta colonia vivían unos indígenas que, aunque siguieron administrándose por sí mismos, por motivos de seguridad quisieron compartir un recinto común con los griegos; una muralla transversal separó claramente ambas agrupaciones étnicas. Sin embargo, con el paso del tiempo –añade Estrabón– ambas ciudades se fundieron en una sola cuya constitución fue una mezcla de las leyes griegas y las costumbres bárbaras. Este caso de evolución urbana se explica por la estrecha yuxtaposición producida en su origen, pero es un hecho contrario al modo de hacer griego. Hasta los tiempos helenísticos, inaugurados por las conquistas de Alejandro, no se producirá una fusión entre ambos mundos, –el griego y el bárbaro–, ampliando de ese modo el campo de acción de la civilización griega.

Herodoto evoca la isla de civilización griega en tierras bárbaras que es la colonia, cuando nos habla de un rey escita que era ferviente admirador de los griegos y que cada vez que conducía a su ejército cerca de la ciudad de los boristenios, llamada Olbia, una colonia de Mileto próxima a la desembocadura del Borístenes (el Dniéper), dejaba sus tropas frente a la ciudad y penetraba en ella: una vez dentro, se quitaba sus vestidos escitas para vestirse a la manera griega y, vestido de ese modo, se paseaba por el ágora.

En tiempos de Jenofonte encontramos la ciudad griega de Bizancio, una colonia de Megara que, en el umbral de su grandioso destino señalado por la naturaleza, aparece rodeada de una muralla, con su acrópolis, con el ágora a la que acude la población, con la plaza

llamada «de Tracia», donde puede formar un ejército entero, con la puerta del mismo nombre, el puerto y el malecón. También encontramos Tasos, donde dominan las influencias asiáticas hasta los tiempos en que el *oikista* Telesicle funda en esta brumosa isla, junto con los parios, una ciudad visible desde lo lejos, según la palabra del oráculo; pero las influencias asiáticas permanecerán y lo testimonian los imponentes bajorrelieves, fechados en el 500 a.C. aproximadamente, y que, en las puertas de la ciudad —algo excepcional en Grecia—, ofrecen a las miradas las diferentes divinidades protectoras de los hombres allí reunidos. La acrópolis, que se eleva por encima del mar, al lado del templo de Apolo Pitio de principios del siglo V a.C., aparece como una blanca mancha sobre la extensión del cielo y del mar. Otros relieves de las mismas características, típicos de Asia occidental, destacan a lo largo de los pasajes de acceso a la acrópolis y al prytaneo, construido a principios del siglo V a.C.

Las ciudades griegas de la Italia meridional y de Sicilia, establecidas entre unas poblaciones con un grado de civilización inferior, en unos países extensos y fértiles que abrían amplias perspectivas a la libre actividad humana, y favorecidas además por un comercio de larga distancia, se convirtieron en centros de riqueza, y en su rápido desarrollo y auge se adelantaron, por lo general a aquellas mismas ciudades de Grecia que las habían engendrado. Frente a una de estas ciudades experimentamos una sensación comparable a la que provoca Buenos Aires, por poner un ejemplo, considerada en relación con cualquier ciudad de España, o también cualquier centro urbano de los Estados Unidos comparado con una vieja ciudad de Inglaterra. Parece que se pasa siempre de lo pequeño a lo grande. Las ciudades se imponen por su extensión, por el número de sus habitantes, por la sensación de poder que ofrecen y los edificios por su altura. Las fortunas son mayores y mayores las comodidades de la vida; pero no por ello el espíritu deja de alentar en ellas. La sombra de Pitágoras se alarga sobre Crotona y sobre Metaponto. En esta última ciudad, Cicerón no dejará de visitar la morada del filósofo y el lugar donde murió.

Las ciudades de la Italia meridional resplandecieron con anterioridad a las de Sicilia. Sibaris, fundada en los años 710-709 a.C. en el golfo de Tarento, en la confluencia del Cratis y el Síbaris, había alcanzado un elevado grado de opulencia cuando fue destruida por el gigante Croton dos siglos más tarde. Gracias a la fertilidad de su suelo —según explica Diodoro de Sicilia— esta ciudad creció con gran rapidez. Sus habitantes —añade— se habían hecho con grandes riquezas y habían concedido el derecho de ciudadanía a numerosos extranjeros. En efecto, el diagrama de su desarrollo urbano puede representarse con una línea ascendente que se explica, además de por la fecundidad de la tierra, por el carácter de emporio comercial, de ciudad de tránsito que le otorgaba su posición sobre una gran vía de comunicación entre la Grecia asiática y el Tirreno, o la parte del Mediterráneo más próxima a la Italia occidental. El camino que unía Síbaris con Crotona a través del mar, y que había sido hollado por Pitágoras, levantando bajo sus pisadas el polvo dorado de lo divino, las convertía en rivales en cuanto a la explotación de las ventajas económicas. En palabras de Diodoro de Sicilia, en Síbaris un demagogo había condenado al exilio a quinientos ciudadanos entre los más ricos.

Los desterrados se rindieron a Crotona, donde besaron, en el ágora, los altares, a la manera de los suplicantes.



76 Plano de restitución de Selinunte, en Sicilia. (Según J. Hulot y G. Fougères, Massin Éditeur.)

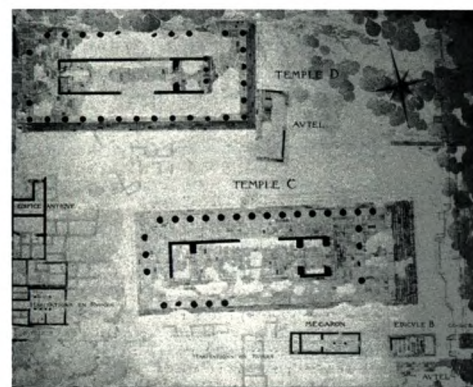
77 Planimetría general de la acrópolis de Selinunte (restitución).

78 Planimetría parcial de los templos de la acrópolis de Selinunte.

79 Vista parcial de los templos de la acrópolis de Selinunte en su estado actual.



77



78



79

Según cuenta la leyenda, Pitágoras intervino en favor de los exiliados. Sea como sea, entre ambas ciudades estalló una guerra que resultó mortal para Síbaris (511-510 a.C.).

Cincuenta y ocho años más tarde —según precisa Diodoro—, algunos tesalios reconstruyeron esa ciudad, cuyos habitantes, cinco años más tarde, fueron perseguidos por los crotonienses. Por iniciativa de los atenienses y bajo el mando de Lampón y de Jenócrates, nuevos colonos tentaron la suerte (hacia el 446 a.C.). El oráculo de Apolo, una vez consultado, respondió que era preciso fundar una ciudad en un lugar donde se pudiese beber agua con medida, pero donde se pudiese comer desmesuradamente. Ahora bien, no lejos de Síbaris había una fuente llamada Turia cuya agua discurría por un caño de bronce. Los recién llegados creyeron que este era el lugar indicado por el oráculo: agua en cantidad medida en medio de fértiles tierras, Así pues, la rodearon con un muro y construyeron allí una ciudad a la que llamaron Turios, a partir del nombre de la fuente. Turios estaba formada por cuatro calles, llamadas de Hércules, de Venus, de Olimpia y de Baco, en el sentido de la longitud, y por tres calles, llamadas de Heroa, de Turia y de Turina, en el sentido de la anchura. Sigue explicando Diodoro:

En los barrios delimitados por estas calles se construyeron las casas, y la ciudad adquirió un bello aspecto.

No obstante, se produjeron disensiones según este mismo autor. Los sibaritas, supervivientes de la población originaria, se atribuyeron las principales magistraturas y pretendieron además que, en los sacrificios, sus mujeres ocupasen las primeras filas. Finalmente, en el reparto de las tierras se habían apoderado de las más próximas a la ciudad y habían dejado para los demás las más alejadas. Los nuevos colonos mataron a los antiguos sibaritas y, una vez convertidos en dueños de toda la ciudad, llamaron, con el fin de poblar un territorio que era muy extenso, a colonos de Grecia a quienes distribuyeron los barrios de Turios y las tierras colindantes. La ciudad se enriqueció pronto. Su gobierno era democrático. Carondas, un hombre virtuoso y sabio, fue elegido como legislador. La ciudad estaba dividida en diez tribus cuyos nombres recordaban los diversos orígenes de la población. Esto fue motivo, en el 434 a.C., de nuevas disensiones: se trataba de establecer a qué ciudad griega y a qué personaje le correspondía el mérito de la fundación de la colonia. Apolo, interrogado en Delfos, puso a todos de acuerdo al responder que el honor le correspondía a él mismo, por lo que el dios fue proclamado fundador de Turios.

Un trazado regular, del tipo damero; el reparto del suelo según un criterio que se aplicaba, según parece, tanto a la ciudad como al territorio circundante; la distinción en este último entre los terrenos próximos a la ciudad y los más alejados: estos son los elementos que nos revela el texto de Diodoro de Sicilia y que representan los elementos base del trazado de colonización que volveremos a encontrar en las colonias romanas, en las *bastides* de la Edad Media y, finalmente, en los núcleos urbanos que la expansión europea hará surgir en los países de ultramar a partir del siglo XVI. Las mismas causas han producido los mismos efectos.

Siracusa en Sicilia, favorecida por una magnífica bahía, es calificada por Píndaro como «una gran ciudad». A partir del siglo VII a.C., su desarrollo fue notable. A la inicial

importancia de la riqueza que daba la tierra, que corresponde al poder de la oligarquía de los geomoros o agricultores, le sucede bien pronto la preponderancia de la riqueza inmobiliaria; la importancia del comercio hace aumentar el poder a aquellos que lo practican. A su vez, las gentes de mar y los artesanos empiezan a tener una influencia que aumenta cada vez más. Con Gelón (485 a.C.) se inicia la era de los tiranos durante la cual Siracusa alcanza su apogeo. La isla de Ortigia, que fue la cuna de esta ciudad, está rodeada por una muralla, y unida a tierra firme mediante un istmo artificial fortificado, flanqueado al norte por el Puerto Pequeño y al sur por el Puerto Grande, ambos provistos de grandes almacenes. Las colinas que se elevan en la costa vieron surgir los barrios de Achradina, Tique, Neapolis, rodeados de murallas y dominados por el barrio de Epípolas al cual, en el 402 a.C., el tirano Dionisio el Viejo dotó de una muralla de seis kilómetros de longitud.

Siracusa es la ciudad del tirano, la plaza fuerte e imponente, la ciudad que se apoya en las armas y lucha contra Cartago por la preeminencia en Sicilia, la ciudad cuyas victorias sobre los cartagineses y los etruscos, en el siglo V a.C., la convirtieron en la dueña del Mediterráneo occidental y única intermediaria en el comercio entre Grecia y Hesperia o España, el país de los metales preciosos, la ciudad cuyo territorio circundante es un granero de trigo que le permite nutrir una numerosa población; favorecida por el mar y por las riquezas del suelo, puede embellecerse con obras de arte y hacer florecer una inteligencia aguda que asocia la luz del genio griego al resplandor del cielo, al mar y a la tierra fértil. Una ciudad no puede ser populosa si no posee los medios de aprovisionamiento suficientes, tanto si provienen de la propia región circundante —es el caso de Siracusa y Síbaris— como si llegan de tierras más distantes pero pudiendo garantizar su importación periódica, tal y como hizo Atenas con su política de los estrechos o como veremos más adelante en el caso de Roma.

Selinunte, situada en la costa meridional de Sicilia, surgió entre los años 628 y 624 a.C. Los rasgos de esta ciudad están marcados por su emplazamiento: un promontorio piri-forme —destinado a ser el núcleo originario de la ciudad, o de la acrópolis, morada fortificada de los dioses y de los primeros colonos— está flanqueado por dos bahías idóneas para resguardar los barcos, y se prolonga hacia mediodía por la meseta, más elevada, de Manuzza, territorio natural de la expansión urbana, donde al principio solo aparecerá un simple arrabal con la habitual fisonomía, al que seguirá lo que podemos llamar la ciudad baja. En el siglo VI a.C. este núcleo externo adquirió mayor importancia y fue provisto de una muralla propia. Durante ese siglo y a principios del siguiente, Selinunte tomó el imponente aspecto artístico de las ciudades sicilianas. Más tarde tuvo un fin brutal, una consecuencia habitual de la guerra en aquellos tiempos: Selinunte fue destruida por los cartagineses en el 409 a.C.

Más tarde, tras la marcha de los enemigos, Selinunte fue restaurada, aunque solo dentro del perímetro de la acrópolis, donde se aplicó un trazado regular, obra de una gran lógica. El espacio estaba libre; solo subsistieron los templos, a cuyo emplazamiento debía subordinarse necesariamente el nuevo trazado. Dos grandes vías de nueve metros de anchura, en las direcciones norte-sur y este-oeste, constituían ejes a los que se adaptaron las vías menores perpendiculares una a otra de las precedentes, y respectivamente en número de seis en cada dirección. Las que siguen la primera dirección tienen una anchura variable

entre 1,60 y 2,87 metros, mientras que entre las que siguen la segunda, una de ellas mide 5,83 metros de anchura y las otras oscilan entre 3,50 y 3,95 metros. La simple consideración de la anchura parece revelar una circulación mayor en la dirección este-oeste, esto es, hacia el puerto y la muralla, que en la dirección norte-sur, es decir, en la dirección del arrabal de Manuzza, por donde se establecen las comunicaciones terrestres con Sicilia, pero donde la ciudad, reducida a partir de ahora a la antigua acrópolis, no se extiende. Al parecer, debido a una preocupación por una armoniosa regularidad arquitectónica, los frentes de las islas de casas, en los dos sentidos del trazado urbano, fueron casi constantemente calculados de forma que tuvieran aproximadamente la misma anchura que el basamento de dos templos especialmente escogidos a este efecto. En el interior de la ciudad los templos se encuentran agrupados, junto al ágora, al sudeste. Selinunte sobrevivió hasta el 250 a.C., fecha en que los cartagineses pusieron fin, esta vez definitivamente, a su existencia.

Volvemos a encontrar el trazado regular en Solunte, cerca de Palermo, sin que podamos fijar la fecha de su fundación. No podemos afirmar que esté relacionada con un hecho mencionado por Diodoro de Sicilia, quien nos explica que, en el 307 a.C., en tiempos del tirano Agatocles, se eligió Solunte como residencia de un destacamento de soldados. Sea como sea, cabe destacar en este lugar una gran vía rectilínea a partir de la cual se ramifican perpendicularmente otras vías menores en pendiente.

En otro punto situado a orillas del Mediterráneo, el islote de Platea, situado frente a Libia, y cuya posición cercana a tierras egipcias lo convirtió muy pronto en emporio griego, recibió un nuevo impulso de los dorios de Tera que fueron a instalarse allí, en el 639 a.C., guiados por Aristóteles.¹ Desde allí, este rey y sus compañeros llegaron, en el 631 a.C., al continente africano, donde ocuparon una meseta sobre la cual se elevaban dos colinas; la más occidental, muy escarpada, tenía la ventaja de contar con una fuente de agua. Por ello fue elegida para fijar la acrópolis y para albergar la morada de Apolo. Es en la «fecunda Libia», llamada el «blanco pezón», donde fue fundada «una ciudad célebre por sus carros»: Cirene, madre de la Cirenaica, que toma su nombre de la fuente Kyre, que nace allí. Junto a Apolo, la diosa Kyrene envuelve con un halo divino el emplazamiento en el que agua benéfica ha reunido a los hombres. El fundador de la colonia es el rey, *Battos* en el idioma del país. La ciudad, hacia donde se orientan las rutas de las caravanas, ejerce de intermediaria entre el interior del continente y el mar sobre el cual se trenzaban las rutas mercantiles de los navíos griegos. Así pues, Cirene se va desarrollando y da testimonio de ello la inmortal poética de Píndaro:

Aristóteles engrandeció los santuarios de los dioses; para las pompas en honor de Apolo [...] trazó, en línea recta a través de la llanura, un camino empedrado sobre el que resuena el paso de los caballos, y es ahí, en su tumba, donde él descansa, solo, en un extremo del ágora. Vivió feliz, tan feliz como lo fue entre los hombres; luego se convirtió en un héroe venerado. Los demás reyes que descendieron al Hades tienen en otra parte, frente al palacio, la sepultura donde se les honra. (Pítica quinta).

De todos modos, el rey siguió allí la misma trayectoria que en otras partes y, frente al empuje económico y, por consiguiente, el ascenso social, acabó por no ser más que un jefe reli-

gioso, un personaje cada vez más empalidecido difuminándose en el fondo lejano del pasado. El trazado urbano localizado en este lugar presenta dos vías principales que se cruzan en ángulo recto y reciben vías menores con recorridos irregulares. La colina oriental, que se inclina sobre la llanura suavemente, se convirtió en la ciudad propiamente dicha (siglos VI a IV a.C.) y, ya en tiempos de los Ptolomeos, había en ella algunos edificios, entre ellos un templo de Artemisa, mientras que la colina occidental, más escarpada, fue devuelta a su papel de ciudadela. Calímaco celebra Cirene, «ilustrada por las victorias de sus corceles», y Estrabón elogia su fecundo suelo, que la convirtió en un centro para la cría de caballos y en un abundante granero.

Las ciudades de colonización, tal como las consideramos en el mundo griego, en el mundo romano, en la Edad Media —cuando tomaron la forma de nuevas ciudades o *bastides*—, en los tiempos modernos y contemporáneos, representan un tipo especial en el género urbano. A través de Tucídides vemos como, tras las guerras médicas, Atenas establece su imperio y funda sus colonias. En los relatos de Diodoro de Sicilia se explica como esta ciudad sustituye a los habitantes de una ciudad rival por colonos que ella envía, en número de mil, por ejemplo, que se reparten el suelo urbano y el territorio circundante. La división de la tierra está generalmente en la base de la ciudad de colonización y motiva el trazado regular que observamos tan a menudo. A las colonias de Atenas que acabo de señalar se les aplica el nombre de cleruquías. Las colonias a las que me he referido al principio se relacionan con la ciudad-madre por un vínculo moral, pero en ningún caso mediante un lazo de dependencia; escapan a su autoridad material. Por el contrario, las cleruquías atenienses son el resultado de una política del Estado que tiende a extender su poder más allá de sus fronteras, bajo la forma de ciudades dependientes, procurándose de este modo un exutorio para una parte de su población, a la que garantiza unos medios de subsistencia. Las cleruquías más antiguas se remontan a finales del siglo VI a.C.

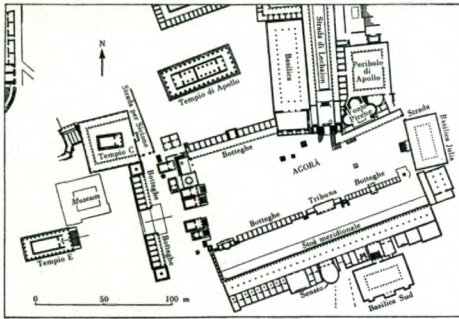
Este tipo de ciudades-colonias adquieren su carácter a partir de este modo de formación. Como podemos ver, no se trata de emporios diseminados por un pueblo de comerciantes, sino fundaciones del Estado ateniense, representado por el Consejo de los Quinientos y por la asamblea del pueblo. Todo se decide con antelación: el número de colonos, la división del terreno —que deberán medir los geómetras—, la distribución de las parcelas —que incumbe a los geónomos, elegidos, por ejemplo para la cleruquía de Brea, hacia el 450 a.C., en número de diez, a razón de uno por tribu—. En este reparto de las tierras, una porción corresponde a los dioses, invocados por el Estado en el inicio mismo de la fundación. El *oikista* cumple una misión oficial; los colonos no dejaban de ser ciudadanos de Atenas, pero ello no impedía que la colonia se administrara por sí misma, según el modelo de la ciudad ateniense. En su aspecto exterior, la cleruquía se presenta con la fisonomía de la ciudad griega, aunque su carácter la emparenta estrechamente a la colonia romana.

1. Aristóteles de Tera (siglo VII a.C.), posteriormente llamado Batos e iniciador de la dinastía de los Batiadas. (N. del E.)

LA CIUDAD GRIEGA: FONDO Y FORMA. SU ÚLTIMA EVOLUCIÓN

La evolución económica y social del mundo griego se precipitó: la amplitud del fenómeno de la colonización nos da testimonio de ello. Durante el siglo VII a.C., al mismo tiempo que dicha colonización se expande, la moneda inicia su andadura, fermento, en el seno de las ciudades, de desarrollo económico y de disociación social. Surge la ciudad como centro de riqueza mobiliaria. El comercio, favorecido por este instrumento de intercambio, acrecienta su influencia. Nos encontramos ya muy lejos del nido de águilas de Micenas, donde el rey feudal Agamenón amasaba sus cosechas y gozaba del esplendor de ornamentaciones suntuosas, desde donde protegía a sus súbditos vigilando los caminos hasta el horizonte. Los caracteres urbanos propiamente dichos empiezan a marcar el rostro de las ciudades. La práctica del comercio tiende a producir en la ciudad unos efectos que volveremos a encontrar en la Edad Media: las riquezas obtenidas del comercio sirven para adquirir tierras, influencias, cargos públicos, el acceso a la aristocracia. Según las apariencias de las cosas, el alma de la ciudad ha abandonado la acrópolis y un espíritu distinto se extiende por el ágora. La ciudad tiene la huella de una evolución interna y el lujo le confiere un tono tornasolado. El régimen de la tierra nutricia, que incidía antaño por todas partes las agrupaciones humanas, ha perdido su poder sobre estas. Anochecer o aurora, se trata de un cambio fatal suscitado por el eterno discurrir de las cosas. Convertida en un centro de gran actividad, la ciudad asume una mayor complejidad por el ascenso del pueblo. Remeros, marineros, artesanos de todas clases crecen en número y en importancia al mismo tiempo que se desarrolla el movimiento de la producción y el intercambio. El papel del hombre que se elige para legislar o el papel del tirano responden a las necesidades orgánicas en las ciudades. ¿No es cierto que Tucídides relaciona el establecimiento de la tiranía con desarrollo de las ciudades, con su enriquecimiento?

La explotación de los recursos industriales locales, como las minas de cobre y arcilla para cerámica, junto a su ventajosa posición geográfica, hizo que Calcis y Eretria, asentadas en el estrecho que separa la isla de Eubea de Beocia y el Ática, abandonaran el régimen de economía agrícola. Egina, sobre una isla admirablemente situada en el golfo que recortan la península del Ática, la de la Argólida y el istmo de Corinto —de modo que tiene al este la constelación de las Cícladas—, gozó, durante los siglos VII y VI a.C., de un auge marítimo y comercial que fue truncado más tarde por Atenas, cuando esta se abrió a los amplios horizontes del mar. En todos estos casos, la gran vía de navegación, «el gran camino», desempeñó un papel de elemento vitalizador.



80

Es también «el gran camino» el que marca el destino de Corinto. El istmo: he aquí el factor geográfico esencial para esta ciudad; en cuanto al emplazamiento, ofrece al hombre la fuente Pirene, un promontorio que domina el mar por ambos lados del istmo, de un valor incomparable para la defensa de la gran vía terrestre y marítima; asimismo, cuenta con la arcilla para fabricar vasijas que alimentará el comercio de exportación. Tucídides señala la acción urbana sucesiva de las dos vías de las que se beneficiaba Corinto. Dice de esta ciudad que, gracias a su situación en el istmo, era un enclave comercial desde muy antiguo, ya que en otros tiempos —señala Tucídides con exactitud— los griegos se comunicaban entre ellos mucho más por tierra que por mar, y por ello tenían que atravesar el territorio de Corinto, que por esta razón se volvió rico y poderoso. Cuando los griegos —prosigue Tucídides— se dedicaron plenamente a la navegación, los corintios tuvieron una flota y destruyeron a los piratas: de este modo vieron como su poder aumentaba, puesto que eran dueños de los mercados terrestre y marítimo. La ruta por mar que desde Corinto y a través de Córcira (Corfú) llegaba hasta la Italia meridional y Sicilia tuvo un papel muy importante en el mundo griego. Una riqueza excepcional favoreció la ciudad adalid, la ciudad cruce de caminos, lugar natural de tránsito entre el norte y el sur, entre oriente y occidente de aquel mundo; y las consecuencias diversas de esta riqueza se hicieron sentir en ella. Corinto es un centro de construcción naval. La tradición incluso le rinde honores por los progresos alcanzados a este respecto. En el siglo VII a.C., y hasta mediados del siglo VI a.C., su cerámica se expandió notablemente. Es la ciudad opulenta, benevolente con el extranjero, que la enriquece, la ciudad que marca con su sello la tiranía, efecto del empuje urbano, la ciudad de las costumbres fáciles y donde florece el arte. Colgada de lo alto de la acrópolis, donde el templo de Afrodita pone, por su origen, una nota oriental, Corinto extiende, hacia el norte, una ciudad baja cuya muralla mide ocho kilómetros y que un sistema de «largos muros» une al puerto situado en la bahía homónima. El otro puerto, más alejado, corresponde al golfo de Egina. A la ciudad griega, desbordante de lujo, saqueada por el cónsul Mummio en el 146 a.C., le sucedió la ciudad romana.

Más que cualquier otra ciudad, Esparta ofrece la imagen de una ciudad teórica hecha realidad, de una ciudad que responde a una de aquellas construcciones del espíritu que eran familiares al genio griego, y que no parecen haber sido ajenas a la introducción del trazado urbano regular en Grecia. Ante Esparta nos ponemos a pensar en la reforma moral de Ginebra realizada por Calvino, una reforma que transformó su alma y, por consiguiente, modificó rasgos de la fisonomía de la ciudad. O también pensamos en aquellos teóricos cuyos sistemas jalonan la historia social desde el siglo XVIII hasta nuestros días. La república de Hipodamo de Mileto —el «inventor de la división de las ciudades en calles», como afirma Aristóteles refiriéndose a la regularidad del trazado— o la república de Platón son conceptos precursores, si consideramos el pensamiento de Saint-Simon o de Fourier, o incluso la realización de la ciudad-jardín por parte de Ebenezer Howard. La conciliación entre el espíritu teórico y las realidades de la vida sigue siendo la dificultad capital en materia de urbanismo.

Sea como sea, la ciudad donde el espíritu cívico se identifica con el militar, la ciudad-campamento, le parece a Tucídides una forma urbanística poco ventajosa. Esparta, lejos de formar un todo coherente, no es más que un conjunto de aldeas desprovista de

edificios suntuosos. Tucídides la opone a Atenas, cuyo aspecto da la impresión de una ciudad dos veces más poderosa de lo que es en realidad. Por el contrario, Esparta parece ser inferior con mucho a su situación real. De todos modos, a través de Pausanias, quien describió esta última ciudad en el siglo II d.C., vemos en ella numerosos edificios sagrados, una gran cantidad de estatuas y el ágora con el Pórtico de los Persas. Tucídides señala el barrio donde se encuentran las tumbas de los reyes Agiadas, el *dromos* con sus dos gimnasios y donde los jóvenes se entrenan para las carreras, un lugar rodeado de agua y sombreado por plataneros para los combates de los adolescentes, colinas con templos, una de las cuales es la acrópolis, tumbas de diversos personajes; y toda la ciudad ceñida por una muralla. Si consideramos esta, ¿acaso no es un rasgo de su espíritu lo que revela la defensa de las Termópilas por Leónidas, un rasgo expresivo como el que señala, para Atenas, la acción de los tiranidas magnificada por la estatuaria? Acciones como estas señalan el nacimiento de los grandes sentimientos modernos cuyas huellas podemos ver frecuentemente en la fisonomía urbana: el patriotismo llevado hasta el sacrificio de la vida y el amor a la libertad.

Tebas tiene su origen en un promontorio que se convirtió en su acrópolis: la Cadmea, que toma su nombre del fenicio Cadmos, fundador de la ciudad, según cuenta la tradición. Un promontorio defensivo y agua para beber: es así como se forma la aglomeración, una aglomeración que parece presentarse ante nosotros con un alma sombría, llevando la marca de un destino trágico immortalizado por Sófocles. A través de las *Helénicas* de Jenofonte, Tebas aparece con una acrópolis encerrada en su fortificación y separada —según la costumbre de las ciudades griegas— del núcleo urbano propiamente dicho situado a sus pies. Este núcleo estaba dotado de una muralla que contenía el ágora con su pórtico. Jenofonte nos muestra el Consejo reunido bajo este pórtico, mientras las mujeres celebran las Tesmoforias en la Cadmea:¹ estamos en verano, al mediodía. Las calles están desiertas. En las afueras de la ciudad hay un gimnasio.

Tebas la de las siete puertas fue destruida en 336 a.C. por Alejandro, y luego fue reconstruida, en 316 a.C., por Casandro, hijo de Antípatro y su sucesor al mando de Macedonia. Diodoro de Sicilia nos enseña que diversas ciudades griegas participaron en esta reconstrucción: así, los atenienses rehicieron gran parte de la muralla. Otras ciudades, no únicamente de Grecia, sino también de Sicilia y de Italia, también intervinieron, ya fuese prestando obreros o aportando dinero. En tiempos de Pausanias, es decir, en el siglo II d.C., toda Tebas vivía en la Cadmea, y solo subsistían algunos templos en la desierta ciudad baja. En aquellos tiempos, los tebanos pretendían que la casa de Cadmos se encontraba en un lugar de la Cadmea donde habían establecido su ágora. En el siglo siguiente, un autor decía de Tebas que su forma era redonda y que su diámetro medía 70 estadios (cerca de 14 kilómetros). Añade que es una ciudad vieja, pero que ha sufrido recientemente un trazado regular. Dicho trazado, que se ajusta al urbanismo helenístico, se remonta verosímelmente a los tiempos en que Casandro devolvió la vida a la antigua ciudad de Edipo.

En términos generales, la ciudad surge en un emplazamiento elevado y luego se extiende en la parte baja. La acrópolis alberga un templo, y la ciudad baja enmarca el ágora, donde destacan, además de los edificios destinados a la vida política, los pórticos, los edificios sagrados, las estatuas, algún monumento conmemorativo dedicado al fundador de la aglomeración, puesto

1. Cadmea o Cadmeia era la ciudadela de la antigua ciudad de Tebas, nombrada así por el legendario fundador fenicio de Tebas, Cadmo. (N. del E.)

que esta es el producto de un acto de la voluntad humana al que la tradición o la leyenda permiten remontarse. Pausanias señala en el ágora de Elatea una estela en la que está representado Elatos y, en el ágora de Patrás, la tumba de Patreo. A propósito del ágora de Elis, Pausanias establece una distinción entre las ágoras de los jonios, o de las ciudades próximas a Jonia, y las ágoras de un tipo mucho más antiguo, precisamente como las de Elis, en las que los pórticos perimetrales están separados entre ellos por unas calles. En otra parte afirma, refiriéndose al recinto del ágora de una determinada ciudad, que es grande, a la manera antigua. Por oposición a esta última, el tipo jónico consistiría en una plaza no atravesada por calles, una plaza construida, por así decirlo, y de dimensiones más pequeñas que las del tipo arcaico, que representaban la plaza formada de modo natural en un cruce de calles. El ágora es el corazón de la ciudad. «Era aproximadamente la hora en que el ágora se llenaba [...]»; «a la hora en que el ágora está llena [...]»: así se expresa Jenofonte en algunos pasajes de la *Anábasis*.

A menudo el panorama urbano se caracteriza, en los límites de la ciudad, por la presencia de algunos templos, que a veces están consagrados a las divinidades poliadas. Así, en el caso de Éfeso, el Artemision, y en el caso de Samos, el Heraion. Se da una composición natural de la ciudad estrechamente ligada a los caracteres del emplazamiento, del mismo modo que puede existir una ordenación urbana debida a un acto voluntario, del que Selinunte nos ofrece un ejemplo sorprendente. En esta última ciudad, se pone de manifiesto una especie de *zoning* por la atribución de una parte especial de la ciudad nueva a los templos. Si hacemos caso de Pausanias, también los templos estaban separados de las viviendas en Tanagra, donde se encontraban en un lugar despejado y apartado del comercio de los hombres. Desde el punto de vista del arte urbano, es importante señalar que el trazado regular, difundido por Hipodamo de Mileto, los bordes decorativos a lo largo de las vías, tal como los hemos observado en Dídima, el sentido del gran escenario urbano del que dan testimonio los leones colosales que protegían la entrada a uno de los puertos de Mileto y, finalmente, la forma especial de ágora, todas estas particularidades representan en el mundo griego, a distintos niveles, aportaciones de Jonia, una tierra privilegiada en materia de urbanismo y también en otros aspectos, y que, gracias a su situación geográfica, tomó sin duda de la cultura asirio-babilónica estos elementos, a excepción del ágora jonia.

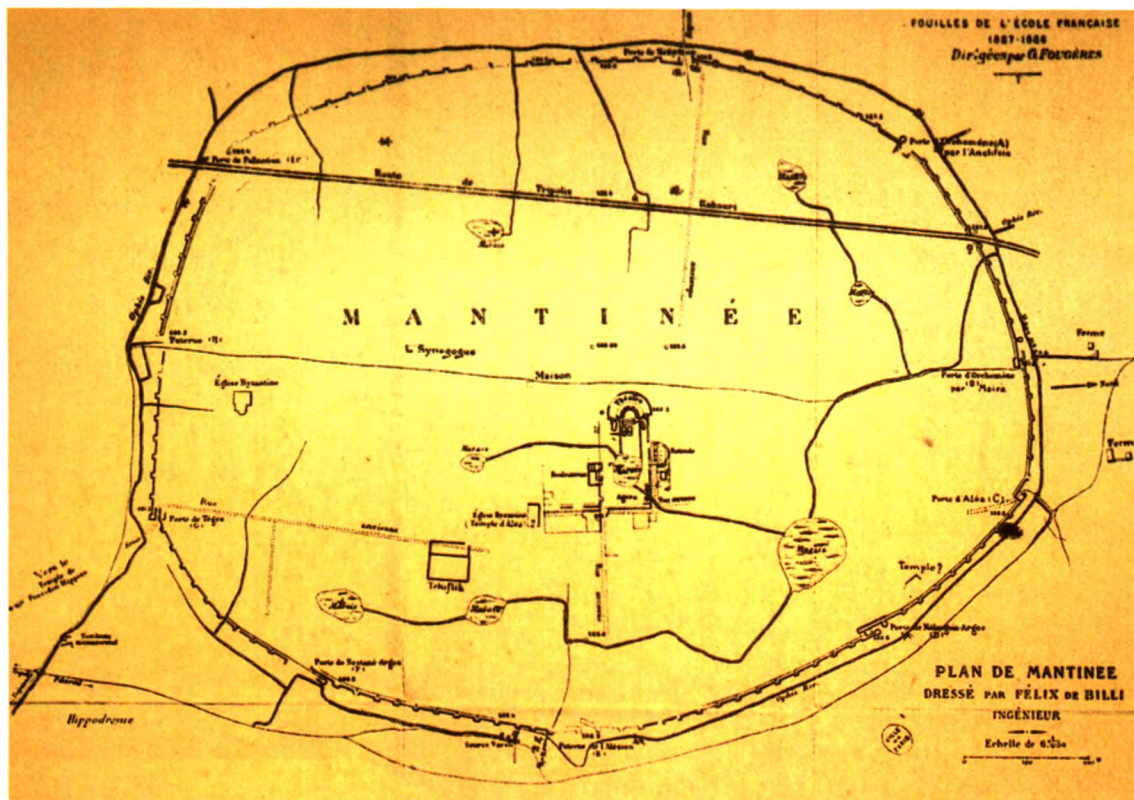
Algunos modelos de adaptación de los trazados urbanos al lugar fueron realizados por la mano del hombre en Rodas y en Halicarnaso. Son dos ejemplos de los que el urbanista debe sacar provecho. Rodas, situada en el extremo septentrional de la isla que lleva el mismo nombre, frente a la costa sudoeste de Asia Menor, nació en 408 a.C. a partir de la reunión en este punto de los habitantes de tres localidades de la isla: Ialiso, Camiros y Lindos, cuya fundación es anterior a la llegada de los dorios puesto que se han exhumado allí algunos vestigios micénicos. La nueva ciudad, cuyo trazado se atribuye a Hipodamo de Mileto, presenta, en palabras de Diodoro de Sicilia, la forma de un teatro, conformación que, según Estrabón, se encontraba ya en la fortificada Muniquia, situada sobre una colina adentrada en el mar. Entreveremos Rodas a través de los relatos de Diodoro relativos a algunos acontecimientos de finales del siglo IV a.C., escalonada hacia el mar y dibujando un abanico abierto, con las varillas convergiendo en el puerto. En la parte baja de la ciudad destacan el ágora, al parecer con altares y

estatuas, y también el *Dionysion*, el templo de Esculapio y el teatro. Las casas son de piedra. Una muralla, con torres cuadrangulares, constituye el recinto fortificado de la ciudad y protege también el puerto. Este es doble: el Puerto Grande, dominado por un muelle, y el Puerto Pequeño. Diodoro de Sicilia señala que, cuando Demetrio Poliorcetes sitió Rodas, en el 305 a.C., la ciudad contaba con unos 6.000 ciudadanos y 2.000 extranjeros en condiciones de entrar en combate, lo que nos permite apreciar su importancia. También había numerosos esclavos. En aquel tiempo, las estatuas de Demetrios y de su padre, Antígono, que antaño había sido uno de los lugartenientes de Alejandro, se alzaban en la ciudad puesto que habían sido sus benefactores. Tras el levantamiento del sitio, los rodios erigieron estatuas a Casandro, a Lisímaco y a otros aliados que les habían ayudado a rechazar a su adversario, e incluso edificaron un templo, el Ptolemeum, en homenaje a Ptolomeo Sóter, rey de Egipto y su principal protector. A su vez, los aliados que Rodas supo ganarse a lo largo de su historia contribuyeron, según Estrabón, a ornamentar la ciudad, donde se podía admirar la colosal estatua del Sol que la posteridad ha incluido entre las siete maravillas del mundo: de este modo se ponen de manifiesto la gran variedad de motivos para embellecer una ciudad. Imponente, repleta de arte, teatral en su forma y, finalmente, orientada a un mar ligado a su destino, así es la ciudad de Rodas, donde destaca un sentido muy cuidadoso de la composición urbana. ¿Qué podría ser más racional que esta convergencia de calles hacia el puerto, elemento vital por excelencia de la ciudad? ¿Qué dibujo podría ser más adecuado para el emplazamiento terrestre y marítimo que el que ofrece ante los ojos este trazado en forma de teatro dominando las olas?

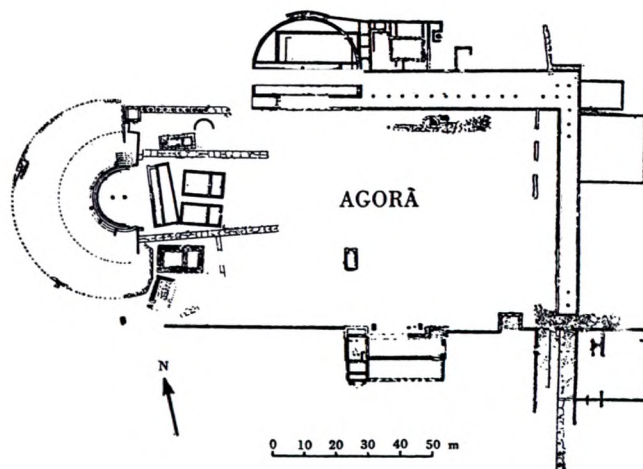
Halicarnaso está situada en la costa de Asia Menor, no lejos de Rodas. En la parte alta —escribe Estrabón— hay una acrópolis y, justo enfrente, una isla. Vitruvio nos describe las particularidades de esta ciudad. Al pie de una colina que por su forma curvada se parece a un teatro, se extiende el puerto a lo largo del cual se sitúa el ágora. En medio de esa elevación, una gran plaza se dedica al monumento funerario del rey Mausolo, el célebre Mausoleo, sobre una terraza elevada. Tumba y templo a la vez, este monumento, de mediados del siglo IV a.C., obra de Sátiros y Piteos, pronto sorprendió a todas las imaginaciones debido a su disposición constructiva, su aspecto imponente, su lujosa decoración y la grandiosidad del coronamiento formado por una quadriga colosal.

En la cima de la terraza elevada donde se asienta el Mausoleo, y casi en el eje de este, se encuentra el santuario de Marte, con una estatua gigantesca. En dicha cima, a la derecha, se sitúa el santuario de Venus y de Mercurio, cerca de la fuente de Salmacis y, en el lado opuesto, la residencia real que Mausolo construyó a su gusto. Desde dicha residencia se puede ver, además del puerto, el ágora y la línea de la muralla y además un puerto secreto disimulado entre la escollera, de modo que nadie podía ver o saber lo que allí ocurría y así el rey podía impartir, desde su palacio, al abrigo de miradas, ordenes a marineros y soldados estacionados en el puerto.

Así es como se presenta ante nuestros ojos, a través del texto de Vitruvio, la ciudad de Mausolo, que reinó durante la primera mitad del siglo IV a.C.: ciudad del déspota oriental con vestimenta griega. Encontramos en ella una regularidad de ordenación, una búsqueda de equilibrio que la convierten en una obra de arte urbano característica de su tiempo. Esta



81



81 Plano de Mantinea, en el Peloponeso. (Extraído de: G. Fougères, *Mantinée*, E. de Boccard, édit.)

82 Planimetría del ágora de Mantinea.

82

composición de ciudad adquiere parte de su valor de la armonía conseguida con su emplazamiento y constituye por ello un modelo de adaptación de un tipo particular de aglomeración a la topografía. El análisis del carácter de la ciudad que se va a crear y de los elementos determinantes del lugar es un principio esencial del urbanismo. El arte urbano no debe existir por sí mismo; su razón de ser reside en la expresión de unas necesidades claramente definidas, con un estrecho acuerdo entre la forma y el fondo. Así se explica la posición central del Mausoleo en la ciudad de Mausolo y el esfuerzo artístico que ese monumento demuestra.

Durante la primera mitad del siglo IV a.C., el Peloponeso nos ofrece nuevas ciudades, creadas por instigación del tebano Epaminondas, quien en aquella época combatía contra Esparta. Mantinea es una de estas ciudades. Fundada en tiempos antiguos, los espartanos se adueñaron de ella en el 385 a.C. y obligaron a sus habitantes a derribar los muros y las casas, y a dispersarse por el campo en cuatro aldeas, de modo que volvieron a vivir en las mismas condiciones anteriores al sinecismo: del régimen democrático que la ciudad les había proporcionado volvieron a caer en el régimen aristocrático. Ahora bien, tras la victoria de Epaminondas sobre los espartanos en Leuctres, en el 371 a.C., la población —explica Jenofonte— decidió agruparse de nuevo y levantar la ciudad; reconstruyeron inmediatamente la muralla, con la ayuda de otras ciudades de la Arcadia. Esta muralla, que tiene un perímetro de casi cuatro kilómetros, presenta una forma circular y está flanqueada de torres y atravesada por diez puertas, a las cuales desembocan los diversos caminos de la región que se prolongan en el interior del recinto urbano convertidos en calles, creando así una especie de sistema radial con relación al ágora situada en el centro de la ciudad. La red viaria de Mantinea se completa con calles menores que unen entre sí las precedentes pero sin la rigidez de un trazado geométrico. El ágora, rodeada de pórticos entre los cuales desembocan las calles principales, dibuja una superficie irregular de 150 metros de longitud por 85 metros de anchura y está ornamentada con edificios sagrados y estatuas. Está flanqueada por el teatro, sede de la asamblea popular y sede del senado o Bouleuterion. Esta disposición general caracteriza la ciudad, centro de comunicaciones, de intercambios, de vida política y de defensa militar del territorio circundante al que está vinculada. Es la ciudad que sirve de campamento de retaguardia frente a una Esparta amenazante. La forma de las cosas revela su naturaleza.

En definitiva, el trazado adoptado en Mantinea es el que en la comedia *Los pájaros* de Aristófanes viene preconizando para la futura ciudad construida en el aire el agrimensor Metón, considerado un impostor: este hace el gesto de trazar una circunferencia que inscribe en un cuadrado:

[...] en el centro estará el ágora, donde convergerán calles rectas, a la manera de los rayos de un astro redondo.

Mesene fue reconstruida en la misma época sobre la ladera sudoeste del monte Itome, cuya cima, marcada, gracias al altar de Zeus, con una expresiva connotación sagrada, había constituido la acrópolis de la ciudad precedente. La muralla, que describe un perímetro de nueve kilómetros, descendía hacia la cuenca que un emplazamiento montañoso forma en esta parte

del Peloponeso. En la parte baja del área así delimitada y ocupada por la ciudad nueva, se encontraba el ágora, donde destacaban especialmente la fuente Arsínoe y el *Synedrion* utilizado para las reuniones de la asamblea mesenia. La ciudad tenía algunos templos y un estadio. Sin duda, su vasta extensión se explica por la necesidad de ofrecer, en caso de peligro, un refugio a la población vecina. En cualquier caso, se trata de una plaza militar rodeada de una poderosa muralla, con unos refuerzos defensivos en las puertas según las normas ya observadas en las ciudades orientales. Pausanias subraya el carácter particularmente defensivo de esta nueva Mesene.

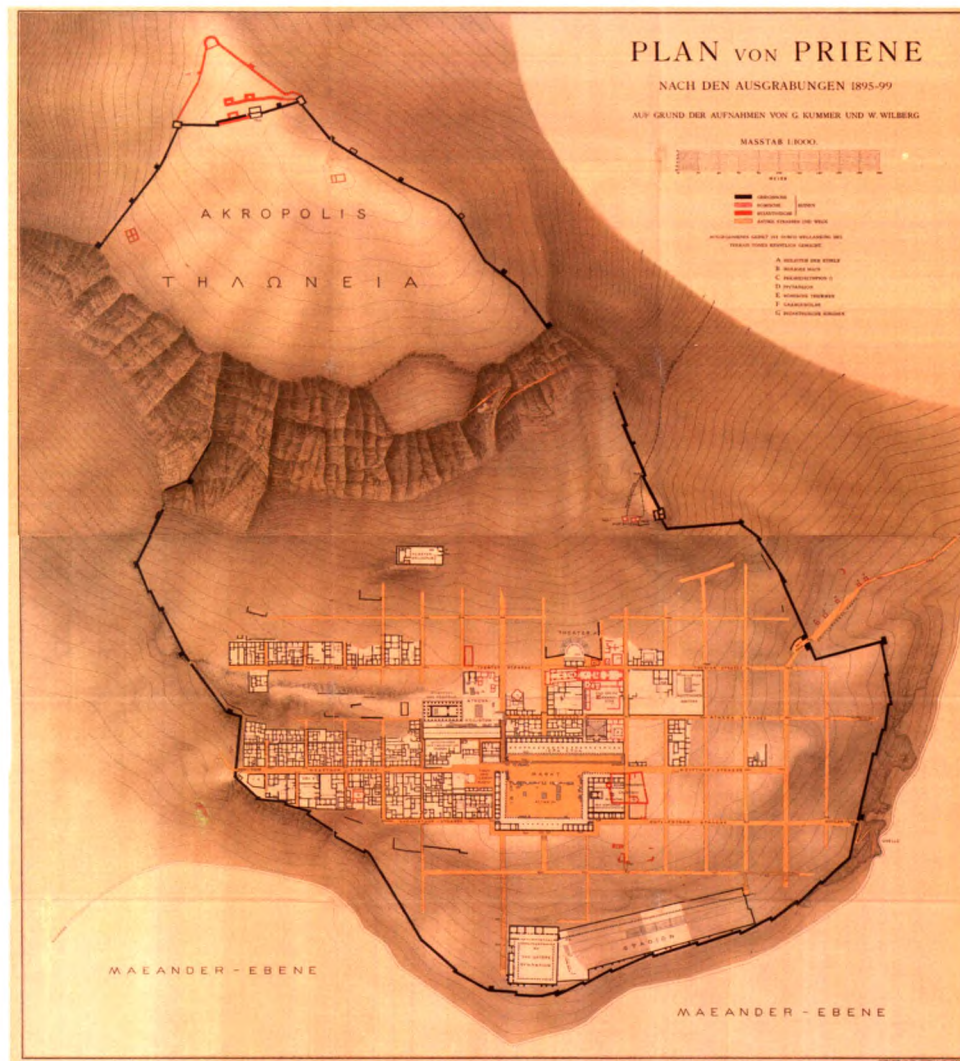
Megalópolis, otra manifestación de la política antiespartana de Epaminondas, fue levantada entre el 371 y el 368 a.C. De acuerdo con su denominación, es «la gran ciudad», una expresión de la concentración de un pueblo entero para su defensa. Según cuenta Pausanias, los arcadios abandonaron treinta y cinco de sus localidades para establecerse en este lugar. Para presidir la fundación de la nueva ciudad eligieron a dos magistrados de cada uno de los siguientes lugares: Mantinea, Tegea, Clítor, Menalia y Parrhasie. La muralla de Megalópolis es tan larga como la de Mesene y está reforzada con torres. El río Helisón, a lo largo del cual el terreno se va elevando poco a poco, dividía la ciudad en dos partes, cada una con sus propias características, siendo la orilla izquierda el centro de la federación, y la derecha, el centro municipal. Sobre esta última, al borde mismo del agua, se alzaba el templo de Zeus Sóter precedido de unos propileos y de un patio. A su lado está el ágora, rodeada de pórticos: el llamado Myropolis, al este, y el de Filipo, al norte, que toma su nombre del rey de Macedonia, padre de Alejandro. Varios santuarios estaban unidos al ágora, flanqueada al oeste por el Bouleteiron, sede del consejo ciudadano y por el gimnasio. Tras ella, sobre dos colinas que dominan esta orilla del río, se encontraban los templos de Atenea Polías y Hera Teleia. Sobre la orilla izquierda se encontraba el teatro, el mayor de toda Grecia, cuyas gradas estaban adosadas a una colina; entre esta y el río Helisón, se encontraba el Tersilión donde se reunían los diez mil representantes de toda la Arcadia. Al oeste del teatro se extendía el estadio, próximo a la fuente y al santuario de Dionisos, mientras que al este, en el lugar donde el suelo estaba más elevado, se encuentra el templo de Artemisa Agrotera, unido, por el lado del Helisón, a un templo de Asclepio.

Pausanias menciona la destrucción de Megalópolis por los espartanos en el siglo III a.C., y señala que, en su época, es decir, en el siglo II d.C., no es más que un amasijo de ruinas. Y, entregándose a filosóficas reflexiones sobre el destino y la muerte de las ciudades, destaca que Micenas y Nínive están totalmente desiertas; que Tebas, en Beocia, que en otro tiempo dirigió Grecia entera, ha quedado reducida a su ciudadela, Cadmea, y a unos pocos habitantes; que Tebas, en Egipto, y Orcómeno de los minias, tan prósperas en otros tiempos, no poseen ni la riqueza de un simple ciudadano; y, finalmente, que Delos, que fue el mercado común de Grecia, permanecería deshabitada si los atenienses no enviaran allí, cada año, a algunas gentes para la custodia del templo. De Babilonia —añade Pausanias— no quedan más que los muros y el templo de Bel, e igualmente, de Tirinto solo quedan las murallas. El destino ha reducido todas estas ciudades a la nada —concluye Pausanias—, mientras que las ciudades fundadas por Alejandro en Egipto, y por Seleucos en las orillas del Orontes, aunque han sido construidas, por decirlo así, hace cuatro días, han alcanzado el más alto nivel de prosperidad.

La sombra se alarga sobre la Grecia antigua y otro mundo, con unos elementos urbanos propios, se abrirá ante nosotros tras las portentosas conquistas de Alejandro. La era helenística en la que vamos a entrar se caracterizará por unos principios de ordenación urbana de los que una ciudad de la costa de Asia Menor, Priene, aunque vinculada todavía a la era precedente, nos ofrece una aplicación parcial. Esta ciudad, situada en la orilla septentrional del golfo Látmico, cerca de la desembocadura del Meandro y frente a Mileto, pasó por muchas vicisitudes. Surgida en tiempos muy remotos de la expansión prehelénica, recibió pronto la influencia griega convirtiéndose en una de las ciudades del Panionion; sucumbió debido a los constantes aluviones del río Meandro, para retornar de nuevo a la vida durante el siglo IV a.C., bajo la forma de una ciudad nueva, según un trazado sistemático.

En este caso el lugar, contrariamente a lo que hemos observado en el mundo griego, parece, a primera vista, haber sido tratado sin tener en cuenta la configuración del terreno, ya que el trazado en damero de la aglomeración urbana se contradice con la naturaleza escarpada del lugar. El lugar, en efecto, está formado por un alto promontorio que domina el golfo y por otro menos elevado, al oeste; al este, el valle del Meandro llena la vista y, al sur, el mar extiende su tapiz azul. De todos modos, y es ahí donde se pone de manifiesto el sistema, la obra de la naturaleza ha servido a la obra del hombre permitiendo la realización integral de una idea matriz: la orientación higiénica de las viviendas. Es este factor el que establece la armonía entre la configuración del suelo y la ciudad, que aparece como una construcción de una gran lógica. Abrir a los rayos del sol todas las moradas, protegerlas de la intemperie, resguardar del sol todo lo que debe ser resguardado: este es el programa que, tras el examen de la ciudad a partir de las excavaciones estudiadas por Monsieur. P. Bonnet, parece se quiso realizar. Precisamente, al adosar la ciudad al abrigo del promontorio más alto, en el lado del golfo, se formaba, con la orientación a mediodía, la pantalla contra los vientos fríos del norte que formaba la parte superior de este monte, y, además, el espolón montañoso que se extendía al oeste la protegía de los vientos húmedos que llegaban desde esta dirección; finalmente, además de los beneficios del sol, se proporcionaba a los habitantes las ventajas de una vista magnífica sobre la reverberante bahía, sobre la animada costa y sobre el continente asiático, que se perdía a lo lejos siguiendo el curso del Meandro. Los ojos y el cuerpo inundados de luz: esto es Priene.

El trazado rígido conlleva dos ejes, este-oeste y norte-sur, que son los elementos generadores del damero. Aunque es muy elemental, el damero no podría concebirse, en urbanismo, como una cuadrícula pura y simple. Al igual que las formas de trazado más complicadas, exige una composición, y lo que constituye dicha composición es la determinación del doble eje o, dicho de otro modo, de las dos vías principales que se cortan en ángulo recto. Estas son las vías directrices por excelencia: cuando observamos su dirección y anchura podemos darnos cuenta del sentido en que la ciudad desarrolla su actividad, y es natural que se encuentren en estrecha conexión con las vías que aseguran las relaciones de la aglomeración urbana con el exterior. Ahora bien, en Priene, dichas relaciones se establecen, sobre todo, de este a oeste, de modo que la configuración accidentada de la parte norte es un obstáculo para las comunicaciones externas en este sentido. De ahí la preeminencia



83

83 Planimetría general de Priene, según Wiegard et al.



84

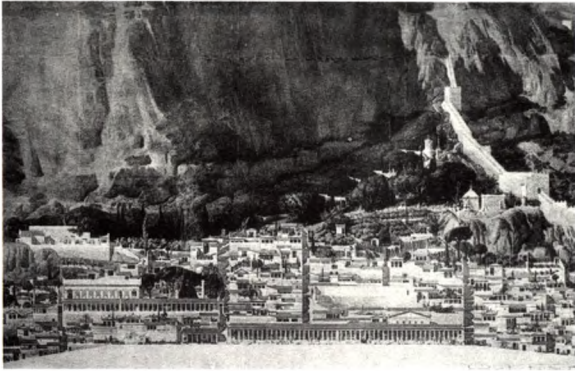
84 Vista general de las excavaciones de Priene.

del eje este-oeste —que, además, se beneficia de un nivel del suelo uniforme— con respecto al eje norte-sur que, por el contrario, es una rampa con rellanos.

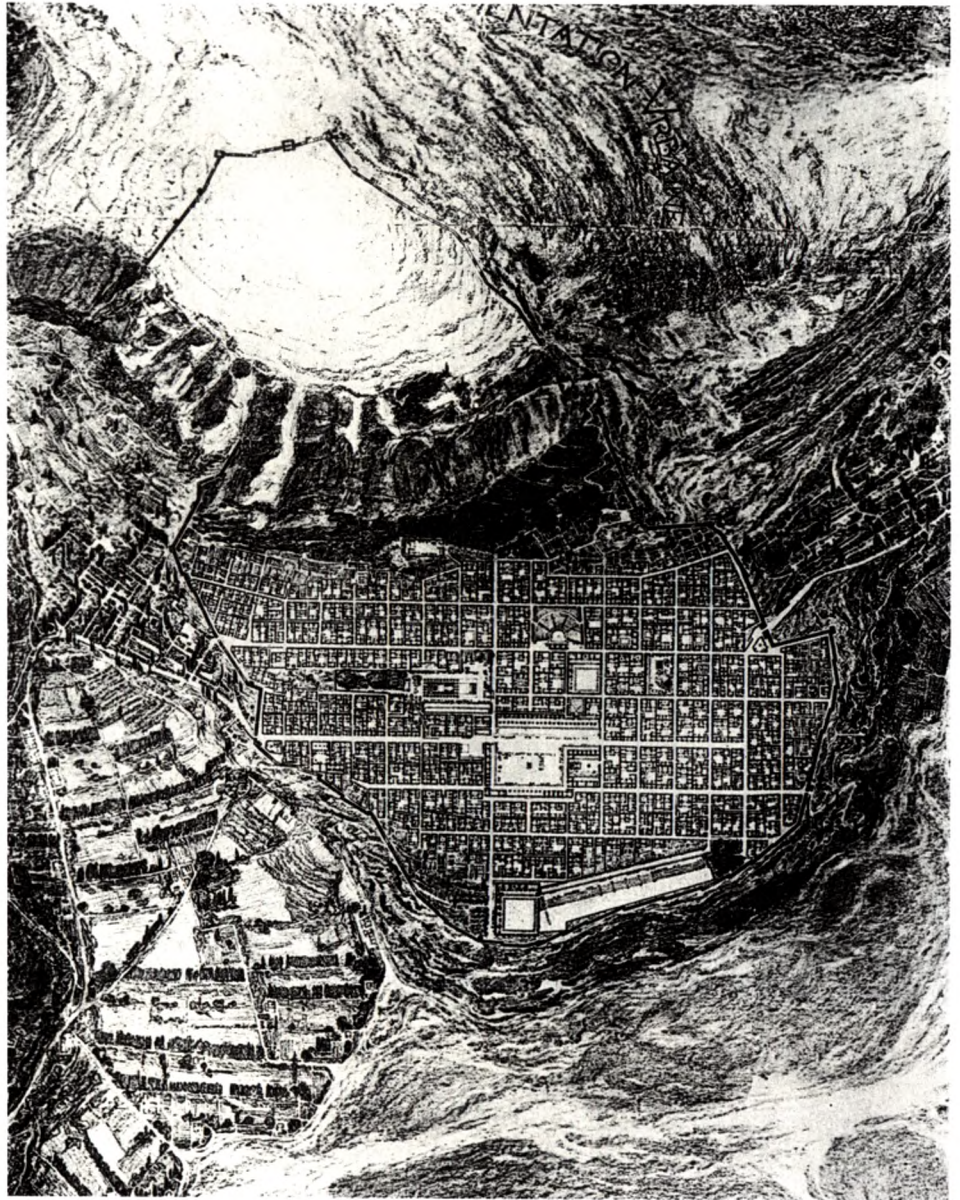
El damero divide el núcleo urbano en ochenta manzanas que miden, de forma más o menos constante, 47 metros de norte a sur y 36 metros de este a oeste; cada una de ellas incluye cuatro o cinco casas según los barrios, lo que indica una población poco numerosa. La vivienda se abre a mediodía, de modo que el desnivel permite que esta orientación sea general y, al mismo tiempo, está dispuesta para quedar protegida de los vientos del oeste. Así, las ventajas que ofrece desde este punto de vista el lugar se encuentran repetidas en la construcción, al menos tal como parece haber sido concebida en su origen. A la hilera de casas que forman el lado septentrional de las calles este-oeste se opone, en el flanco meridional de dichas calles, una alineación de muros muy bajos, que no interceptan ni el aire ni la luz. Así pues, en la sucesión de pisos que constituye la superposición de estas calles, los mismos lados presentan los mismos cuadros, y la vida en Priene se manifiesta especialmente en el lado septentrional. Unas fuentes subterráneas alimentaban abundantemente un depósito situado a unos 800 metros de altitud, desde donde una canalización enterrada en el suelo llevaba el agua a unos estanques de decantación situados a unos 150 metros de altitud. Desde ahí, una red de conductos de distribución repartía el agua por toda la ciudad, donde también había un sistema de evacuación de las aguas residuales, aunque, a decir verdad, era menos satisfactorio en su conjunto.

Sobre el fondo de las viviendas destaca, tal como era habitual, la personalidad de los edificios públicos. El ágora ocupa un lugar señalado a lo largo de la vía principal este-oeste, que la divide en dos partes: el ágora política al norte y el ágora comercial al sur, de modo que esta última está flanqueada, al este, por el gran santuario de Asclepio, y, al oeste, por un pequeño mercado especial, destinado, por ejemplo, al pescado. Era lógico asignar al ágora reservada para las reuniones políticas el lugar preferencial del lado norte, que, como hemos visto, era el privilegiado en cada calle de Priene. Abierta a mediodía, el ágora política se perfila en el alineamiento de la vía como una escotadura larga y poco profunda, coronada por un pórtico por el cual se accede a edificios destinados a la administración de la ciudad, tal como lo exige el carácter mismo del lugar: el Bouleterion y el Pritaneo. En cuanto al ágora comercial, situada frente a la precedente, excava un amplio espacio rectangular al sur de la calle principal y está formada por un patio pavimentado de mármol en cuyo centro se encuentra el altar de la ciudad, y cuyos lados este, sur y oeste están enmarcados con pórticos, destinados, como el propio espacio central, a los mercaderes. Evidentemente esta ágora es el complemento de la precedente, con la cual constituye lo que puede denominarse el centro cívico de Priene. El pequeño mercado rectangular adyacente, al oeste, la libera de ciertos comercios poco limpios, como por ejemplo los del pescado; tal como exige la naturaleza de las mercancías que llegan a él, vuelve la espalda al sol y está provisto de bodegas; sus pórticos tienen una animación especial. Los pequeños monumentos honoríficos al uso completan, en el lado de la calle, el marco del ágora política y el ágora comercial.

Al norte del ágora política se encuentra la palestra, al oeste de la cual el templo de Atenea Polias introduce un rasgo de belleza. Obra de Piteos, de mediados del siglo IV a.C.,



85



86

85 Parte alta de Priene. (Restitución de Patrice Bonnet, Massin, édit.)

86 Plano de restitución de Priene, en Asia Menor. (Por Patrice Bonnet, Massin, édit.)

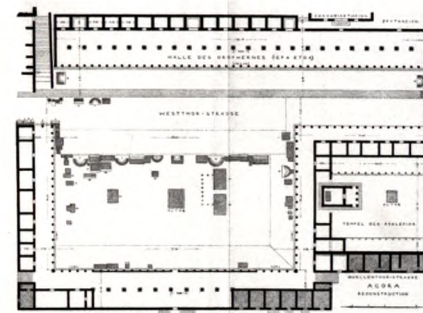
87 Planimetría general del ágora de Priene.

88 Calle de Priene.

este templo, que ejerció gran influencia en toda la arquitectura de Jonia, presenta su eje principal en dirección este-oeste y se alza sobre un alto basamento que, al elevarlo hacia el cielo radiante, hace resaltar sus líneas, y, además, desde la terraza así formada y bordeada de un pórtico, una amplia vista se despliega a lo lejos. Al norte de la palestra, el teatro excava en la roca el semicírculo de sus gradas al aire libre, desde donde las miradas de los espectadores abrazan una admirable panorámica: el pintoresco escalonado de la ciudad en pendiente, las aguas azules del golfo y el horizonte de la tierra asiática, donde brillan aquí y allá los puntos blancos de las ciudades griegas, sumergidas en una luz divina. Todavía más arriba, el santuario de Demeter y Coré introduce, en el extremo de la ciudad, el elemento sacro en la roca desnuda, que se prolonga más allá en una cima elevada desde donde se domina toda Priene. La muralla, protectora de los hombres, trepa hasta esta cima zigzagueando, a la manera griega, por las sinuosidades de su contorno.

Al parecer, hacia finales del siglo III a.C. se levantó un gimnasio así como un estadio en el extremo meridional de la ciudad, pero sin alterar la composición general. El hecho de que el estadio, que se extiende de este a oeste, solo tuviese gradas en el lado norte, es decir, frente al paisaje formado por el golfo Látmico y las lejanías de la costa de Asia, se añade a lo dicho antes para dar testimonio de la sensibilidad por la naturaleza que, junto con la preocupación por la higiene, caracterizan precisamente la ciudad helenística que surge en el siglo IV a.C.

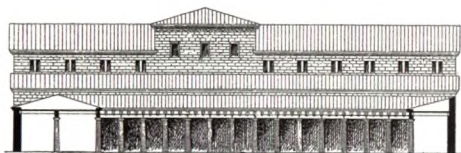
La forma sistemática en que fue concebida Priene nos lleva a estudiar la teoría de la ciudad, tal como se desprende, en la misma época, de una explicación de Aristóteles que constituye, sin duda, el tratado de urbanismo más antiguo que ha llegado hasta nuestros días. En su *Política*, Aristóteles señala cuál es el emplazamiento urbano ideal: es aquel que permite estar en comunicación con el mar y con el continente a la vez, y, en este último, con todos los puntos del territorio. Así pues, en su opinión, es un nudo de rutas terrestres y marítimas. Aristóteles añade que de este modo se puede recibir, en caso de ataque, ayuda por tierra y por mar a la vez. Además, el mar es la gran vía de aprovisionamiento y de intercambio. La posición que hay que buscar es aquella que, al separar la ciudad de un puerto excavado por la naturaleza, no quede alejada de este último, que puede ser así dominado por las fortificaciones urbanas. La condición más importante de un buen emplazamiento de la ciudad es la salubridad: la exposición a levante y a los vientos que soplan de ese lado es la más sana. La exposición a mediodía viene en segundo lugar y ofrece la ventaja de que el frío es más soportable durante el invierno. El asentamiento de la ciudad debe ser también elegido teniendo en cuenta las ocupaciones de sus ciudadanos y los posibles ataques. En caso de guerra, es preciso que los habitantes puedan salir fácilmente de la ciudad y que los enemigos tengan tantas dificultades para entrar en ella como para asediarla. En el interior del recinto amurallado no debe faltar el agua, bien porque exista de forma natural, bien porque se procure con ayuda de grandes y numerosas cisternas destinadas a almacenar el agua de lluvia. La primera condición exigida es la salud de los habitantes, y esta es el resultado, en primera instancia, de la exposición y la situación de la ciudad, y luego del uso de aguas salubres. En efecto, el aire y el agua son los elementos que más directamente influyen sobre la salud. Por ese motivo, en los luga-



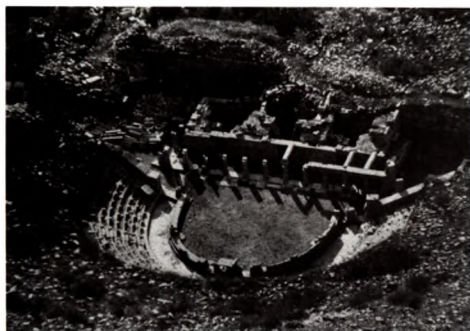
87



88



89



90

res donde el aprovisionamiento de agua es insuficiente en cantidad o en calidad, lo más inteligente será separar el agua potable de aquella que pueda servir para otros usos.

Una ciudad elevada —prosigue Aristóteles— es conveniente para la oligarquía y la monarquía; la democracia prefiere la llanura. En cuanto a la disposición de las viviendas particulares, parece más agradable y, por lo general, más cómodo, que estén bien alineadas a la manera moderna y según el sistema de Hipodamo. Por el contrario, la irregularidad de otros tiempos presentaba la ventaja de que ofrecía más seguridad en caso de guerra, puesto que los enemigos, una vez dentro de la ciudad, difícilmente podían salir de ella, y la entrada no les había costado menos esfuerzo. Es necesario combinar ambos sistemas, disponiendo de modo regular solamente algunos barrios. De este modo, es posible unir la elegancia a la seguridad. Por lo que respecta a la muralla, aquellos que no desean más defensa para la ciudad que el coraje de los habitantes caen en un grave perjuicio. Los mejores medios de defensa son las fortificaciones, sobre todo en la actualidad —precisa Aristóteles—, cuando el arte del asedio, con las terribles máquinas que se utilizan, ha realizado tantos progresos. El edificio religioso deberá ser espléndido y servirá a la vez para las ceremonias religiosas y para las comidas solemnes de los principales magistrados. Se ubicará en un lugar dominante, debajo del cual será conveniente disponer la plaza pública, similar a la que en Tesalia se denomina «Plaza de la Libertad». Dicha plaza no debería nunca ser profanada por las mercancías, y se prohibirá el acceso a ella a gentes como los artesanos o los campesinos, a menos que el magistrado los convoque formalmente. También es necesario que el aspecto de este lugar sea agradable, puesto que aquí los hombres de edad madura se dedicarán a los ejercicios de gimnasia, ya que se debe también a este respecto, separar las diversas edades. Algunos magistrados asistirán a los juegos de los jóvenes, del mismo modo que los hombres de edad madura asistirán algunas veces a los juegos de los magistrados. La plaza destinada a servir de mercado será distinta de la precedente; el lugar será elegido de tal manera que tenga un acceso fácil a todos los transportes, tanto por mar como por tierra. Conviene que los banquetes comunes de los sacerdotes se realicen en las proximidades de los edificios religiosos, y los de los magistrados encargados de la justicia o propuestos para la vigilancia de los mercados y para mantener el orden en la ciudad, preferentemente cerca de la plaza del mercado, donde se realizan todas las transacciones. Esta plaza, a diferencia de la otra, que debe gozar de una tranquilidad absoluta, estará abierta a todas las relaciones y a todas las actividades de orden material.

Esta obra metódica que supone el establecimiento de una ciudad es presentada por primera vez con las consideraciones preliminares tomadas del emplazamiento y del marco geográfico, la exposición en relación con el sol y los vientos, el aprovisionamiento de agua, el trazado, los edificios públicos. Debemos destacar especialmente, como un hecho nuevo de gran importancia, que la higiene es colocada en primer lugar entre todos los criterios que hay que tener presentes. También podemos observar el significado de la estética y, al mismo tiempo, la idea de comodidad, vinculados al trazado regular, cuya aplicación es recomendada por este doble motivo. La distinción entre las plazas en función de su uso es otro carácter que hay que tener en cuenta. La doctrina moderna de la ciudad nace y hace sus primeras pruebas en las ciudades helenísticas.

89 Alzado septentrional del gimnasio inferior de Priene (restitución).

90 Teatro de Priene.

LA CIUDAD HELENÍSTICA. LA CIUDAD DEL MONARCA. ALEJANDRÍA

Para entender el importante papel que la historia desempeña en la evolución urbana basta con considerar los efectos de las conquistas de Alejandro en Asia y Egipto (334 a 323 a.C.). Este soberano, en el transcurso de una prodigiosa expedición contra los persas que le llevó desde Macedonia, a través de Asia, hasta las orillas del Nilo y luego hasta Babilonia y más lejos aún, hasta la India, sembró a su paso, en puntos estratégicos o bien situados, muchas ciudades nuevas: numerosas Alejandrías, o bien, en la India, Nicea y Bucéfala. Como escribe Diodoro de Sicilia, ¿acaso no es cierto que quería generar más fusión entre las poblaciones, reunir varias ciudades en una sola, trasladar a los habitantes de Asia a Europa y a la inversa, o hacer realidad, por medio de alianzas entre familias, una comunidad de intereses entre ambos continentes? Así, este mismo autor nos cuenta que en la Alejandría del Cáucaso y en las demás ciudades que Alejandro fundó a un día de camino de la primera, instaló a 7.000 bárbaros, 3.000 soldados griegos irregulares, además de mercenarios griegos de buena voluntad. Estas ciudades, hogares de la civilización griega, junto a las que construyeron los sucesores de Alejandro, debían garantizar la expansión del helenismo en Oriente y constituir, al mismo tiempo, un crisol de razas y civilizaciones que debería dar origen a un mundo nuevo: el mundo greco-oriental, cuya influencia sobre Roma y, a través de Roma, sobre la ciudad moderna, ha sido muy importante.

Puesto que la civilización griega era inseparable de la ciudad, en todo momento se propagó a través de la fundación de nuevas ciudades. Así es como se apoderó de la cuenca mediterránea. Pero las ciudades que surgen tras los pasos de Alejandro y de su ejército, o bien por iniciativa de sus sucesores, presentan un carácter distinto del que habíamos visto en la colonización griega del período precedente. No son entidades per se sino partes de un vasto imperio que ya en siglos anteriores había visto el resplandor de antiguas civilizaciones. Lejos de ser islotes griegos, aislados en un mar bárbaro, sirven de instrumentos de fusión entre razas distintas. Sobre ellas se alarga la sombra del Gran Rey¹ o del Faraón, de los que Alejandro y sus sucesores se convirtieron en los herederos gracias al derecho de conquista. De ahí su naturaleza y su aspecto. A través de estas ciudades, la ciudad griega deja de ser la ciudad-estado y pasa a ser lo que podríamos llamar «la ciudad en el estado», y yendo más lejos, en el estado oriental donde el soberano omnipotente aparece teñido de reflejos de divinidad.

Es esta la ciudad en el seno de una monarquía por derecho divino cuyos rasgos volveremos a encontrar —más allá de aquella otra monarquía absoluta, de inspiración orien-

1. Denominación que utilizaban los griegos para designar al rey de Persia. (N. del E.)

tal que será el Imperio Romano—, en el París de Luis XIV. Es la ciudad del monarca, que se presenta ante nuestros ojos, la ciudad del monarca divinizado, como lo fueron tras su muerte Alejandro y Ptolomeo I Sóter y, en vida, Ptolomeo II Filadelfio y sus sucesores, y como lo será, también en vida, Luis XIV en la estatua «Al hombre inmortal», escoltada por farolas y erigida en la Place des Victories. La estatua del monarca divinizado, el altar consagrado a él, del mismo modo que se consagraron altares a Antígono el Cíclope y a Lisímaco, sirven para caracterizar la ciudad. El culto a Alejandro, fundador de la Alejandría de Egipto, está vinculado a esta ciudad, del mismo modo que el culto de Demetrio Poliorcetes lo está a Demetrias (Sicione) y el culto a Casandro a Casandreia, en Macedonia. Aunque se puede relacionar este culto con los honores que el *oikista* difunto, elevado al rango de héroe, recibía en la ciudad que había fundado, no es posible identificar ambas formas: la devoción monárquica que se manifiesta en el primero queda lejos del espíritu cívico que testimonia el segundo. A través de este simple hecho pueden entrecruzarse dos tipos de ciudad.

Es la ciudad del monarca, protector de las letras y las artes, frutos de la cultura griega, la cual en Alejandría tiene su propio centro en la Biblioteca y el Museo, que son establecimientos reales próximos a la residencia del soberano. El pensamiento se disciplina bajo los auspicios de este. Las obras de los escritores se refieren a la Corte y a aquella parte de la ciudad que gravita en torno a ella, es decir, al elemento griego. Estas consideraciones, que apuntan a la Alejandría de los Ptolomeos, ¿no se aplicarán a aquella otra ciudad del monarca que será el París resultante del Renacimiento, el París de las academias reales del siglo XVII, el París de los grandes clásicos? Así, después de muchos siglos de intervalo aparecen las mismas formas como expresiones de una misma naturaleza de ciudad.

Es la ciudad del monarca, que la crea para satisfacer las necesidades de su política. Nace en la península griega, en Egipto, en Asia occidental, y se beneficia de un crecimiento rápido. Es por excelencia la manifestación de un acto de la voluntad de un hombre. Por la amplitud de la obra realizada, puede muy bien igualarse en el pasado a la ciudad del déspota oriental y a la del tirano griego y, en el devenir, a las creaciones urbanas de un emperador romano o a la mágica transformación de París realizada por Napoleón III. Es la expresión más completa, en el campo del urbanismo, de la actividad de un soberano absoluto.

¿Puede alguien imaginar la ampliación de horizonte consiguiente al vuelo de águila que representó la expedición de Alejandro? Y es a causa de esta ampliación que el elemento extranjero, siempre ligado de forma estrecha a la evolución urbana, marca su influencia. Todo un continente, el continente asiático, ampliamente abierto a la penetración griega, parece extender hasta el infinito el campo de las relaciones humanas y comerciales vigentes en el Egeo. La circulación monetaria, ya incrementada tras el pillaje del tesoro de Delfos en el 355 a.C. y la explotación de las minas de oro de Tracia por parte de Filipo, rey de Macedonia y padre de Alejandro, aumenta todavía más por las inmensas riquezas del gran rey persa, que, al mismo tiempo que su imperio, cae en manos del conquistador macedonio. Los negocios enriquecen considerablemente a quienes se dedican a ellos; se forman grandes patrimonios, aumenta el bienestar. Todo se engrandece al extenderse el teatro del mundo. Paralelamente al comercio, se desarrolla la industria favorecida por los progresos

del saber humano; las fortunas se concentran en las ciudades de reciente creación, donde la existencia de las clases desheredadas ensombrece el resplandor del oro y del lujo. Sobre el fondo de estos tiempos antiguos, se perfilan algunos de los rasgos de la gran ciudad moderna. En el siglo III a.C., Teócrito, en sus *Idilios*, parece expresar la nostalgia del ciudadano por la serenidad del campo; a medida que la ciudad acentúa su carácter urbano, contrasta más vivamente con el mundo campesino.

Por lo demás, podemos establecer de forma general, desde el punto de vista de las formas urbanas, un paralelismo entre el mundo moderno, surgido en el siglo XVI a partir del Renacimiento y de los descubrimientos geográficos, y el mundo surgido de las conquistas de Alejandro. En ambas épocas la influencia extranjera se deja notar ostensiblemente, determinando un giro en la evolución urbana; el horizonte terrestre se ensancha impulsando el comercio que hace de las ciudades su centro. La población se incrementa, la producción industrial aumenta al crecer el consumo y la circulación monetaria se desarrolla en el siglo XVI, debido a la explotación de las minas de plata y oro del Nuevo Mundo por parte de los españoles, y en tiempos de Alejandro por la aportación de los tesoros del rey de los persas; el dinero inicia así su reino, brillante y arduo en una ciudad donde el individualismo hace sentir sus efectos. Los regímenes individualistas son sustituidos por formas monárquicas, la ciudad del monarca imprime sus características propias y, a su vez, el horizonte intelectual y moral se transforma.

En ciertos aspectos, tras la expedición de Alejandro se produce algo comparable a lo que pasará en Francia tras las guerras de Italia en el Renacimiento: al encontrarse de repente en contacto directo y permanente con una civilización extranjera, el sustrato originario griego se desequilibra, tal como ocurrirá con el sustrato originario francés. Esta observación nos sirve para explicar los cambios experimentados en la naturaleza de la ciudad. En ambas épocas, en la ciudad, el espíritu de investigación, al que la ciencia debe sus progresos, aguijonea las inteligencias, y la literatura y el arte, que son reflejos de la vida, pierden su espontaneidad primitiva y adoptan un carácter erudito y doctrinario, dirigidos a la élite; a partir de ahí, se establecen unas nuevas diferencias sociales basadas en la cultura, de manera que se va pasando del régimen de unidad armoniosa de la vida cívica a una cierta disociación que acelera el espíritu individualista, otra características de esos tiempos. El monarca helenístico y su corte propagan el helenismo, del mismo modo que el rey de Francia y su corte propagarán la cultura del Renacimiento.

Cosmópolis, así podemos llamar a la ciudad helenística, a las capitales de los Lápidas, de los Seléucidas, de los Atálidas, surgidas del suelo como por arte de magia, sin pasado, todas ellas presentes, centros económicos, crisoles intelectuales, ciudades imponentes donde el arte, que se ha vuelto humano, les da la apariencia conveniente, o donde, bajo el cielo de Oriente, la vida florece con la mezcla de razas y costumbres diversas. Las grandes rutas de las relaciones humanas y comerciales que desaparecen en el horizonte, en la azul extensión del mar griego, salpicado de oro, otorga a estas ciudades todo su significado. Estas perfilan sobre el horizonte su masa imponente, mientras en Grecia la antigua ciudad, generatriz del espíritu público, se desmiembra. Ciudades de Oriente, exclusivo dominio del

monarca, ofrecen todo lo que hace falta para satisfacer las necesidades tanto materiales como espirituales, aunque la vida mundana o social, que hemos observado a partir del Renacimiento, reemplaza allí la vida política. Estos grandes cuerpos urbanos están poblados por espíritus diversos. Merece que prestemos atención a la ciudad greco-oriental de los tres últimos siglos antes de Jesucristo, ya que de ella, con la intermediación de Roma, procede la ciudad moderna que surge en el Renacimiento. Con algunos matices, es la ciudad de una misma civilización, como en el mundo romano que le seguirá, o incluso en la época actual. Caracterizado por el progreso y por las aplicaciones científicas, se observará un tipo urbano sensiblemente uniforme.

Alejandro es la gran ciudad por excelencia de la época helenística. Alejandro puso sus cimientos, con ocasión de la expedición a Egipto, hacia finales del año 332 a.C. Cuando vemos que este soberano realiza, en Menfis, sacrificios a los dioses egipcios y se erige en sucesor de los faraones, aunque también instituye los juegos griegos, se nos revela el carácter que tendrá Alejandro, donde el templo de Isis está en las proximidades de los lugares de culto propios de Grecia, y podemos entrever el papel excepcional reservado a esta ciudad, crisol de la fusión de dos grandes civilizaciones. Será la ciudad greco-egipcia, unida por unos estrechos vínculos, según la tradición oriental, al monarca absoluto, rodeado de una aureola de divinidad pero donde ese culto hacía el soberano, en la persona de Alejandro, será solo la continuación del que se dispensaba en Grecia al fundador de la ciudad. La situación geográfica de Alejandro, que la convierte en un centro de comercio de importancia única, favorecerá en gran medida su papel de punto de enlace y elemento de fusión entre dos mundos diferentes.

Diodoro de Sicilia y Estrabón –Estrabón, tal como nos cuenta, pasó mucho tiempo en Alejandro– nos ofrecen muchísima información acerca de la nueva ciudad. Situada a veintiocho kilómetros al oeste de la desembocadura del brazo canópico del Nilo, surge la isla de Faros, que serpentea paralelamente a la costa egipcia, que en este punto se recorta formando un golfo. La isla está tan próxima a la costa que forma con ella un puerto natural accesible tanto por el este como por el oeste. Por el este, el golfo está limitado por el cabo Lokias, el cual, avanzando hacia el extremo oriental de la isla, restringe la entrada al puerto, por lo demás erizado de rocas. Por eso, «en esta punta de la isla se alzará una torre de mármol blanco, muy bella, llamada el Faro, al igual que la isla», construida por Sóstrato de Cnido con el fin de guiar a los marineros. En efecto, la costa «está desprovista por todas partes de abrigo, y bordeada de arrecifes y bajos». El acceso al puerto por el lado oeste, «sin que sea muy fácil, no exige las mismas precauciones». Un dique de una longitud de siete estadios (1.300 metros), el *Heptastadion*, que une la isla de Faros con tierra firme, divide el puerto en dos partes: al este, el Puerto Grande; al oeste, el Puerto del *Eunostos* o «del buen regreso», en el fondo del cual será excavado por el hombre un estanque cerrado, llamado *kibotos* (el cofre). El *Heptastadion*, escribe Estrabón, no es más que un puente destinado a unir el continente con la isla, pero en él se han practicado dos aberturas para el paso de los barcos, que pueden ser franqueadas por los transeúntes por medio de pasarelas. En su origen, este dique, añade Estrabón, también servía de acueducto, cuando la isla estaba habitada. De todos modos,

desde la guerra de César la isla no es más que un desierto, y apenas la habitan algunas familias de marineros, al pie del Faro. El Puerto Grande, señala el mismo autor,

[...] ofrece la ventaja de ser tan profundo, hasta en sus bordes, que los barcos más grandes pueden atracar junto a las propias escaleras del muelle.

La ciudad fue construida en la lengua de tierra arenosa situada entre el mar, al norte, y el lago Mareotis, a mediodía. Estrabón señala las ventajas de esta posición, que sitúa Alejandría entre dos mares y en comunicación con el Nilo mediante canales que desembocan en el lago.

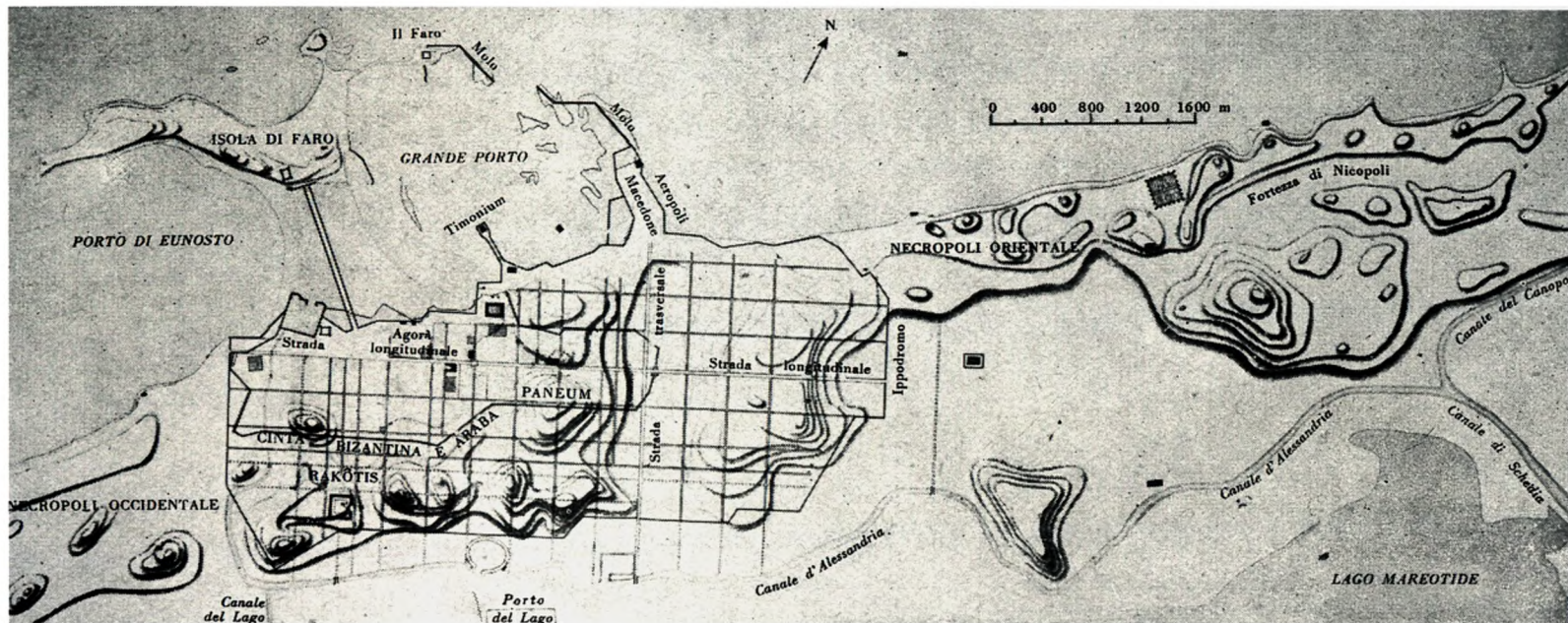
Puesto que llegan más mercancías por estos canales que por mar, el puerto de Alejandría situado en el lago se ha convertido rápidamente en más rico que el puerto marítimo.

Este último, observa también nuestro autor, exporta más que importa. He aquí una ciudad con un puerto tierra adentro y otro en el mar: en el primero se concentran, para ser exportados a través del segundo, los productos de Egipto y los procedentes del desierto arábigo y del Mar Rojo, todos transportados por el Nilo. Así se nos presenta Alejandría, puerta gigantesca de Egipto abierta al Mediterráneo. Añadid que goza de «una incomparable salubridad, que no solo se debe al hecho de estar situada entre el mar y un lago, sino también a cómo se producen las crecidas del Nilo», pues invaden el lago en la época en que este sería malsano, debido a la desecación causada por los calores del verano. También en esa época, «los vientos veraniegos soplan del norte y, puesto que acaban de atravesar el mar, proporcionan a los habitantes de la ciudad un clima delicioso». Así pues, todo converge para convertir Alejandría en la maravillosa ciudad que vamos a observar, inigualable hogar humano desde el punto de vista material, intelectual y moral.

Si nos remitimos a Diodoro de Sicilia, Alejandro habría trazado la planta de la ciudad. Por su parte, Estrabón nos muestra a este monarca presidiendo la delimitación de la nueva ciudad y el trazado de sus calles. Como autor de la planta, señala al arquitecto Dinócrates,

[...] el mismo que le prometió a Alejandro que le esculpiría el monte Athos con su imagen: se habría podido ver al soberano con una jarra en la mano y vertiendo en una copa un río auténtico, a modo de libación; previamente, el arquitecto habría construido dos ciudades, una a la derecha de la montaña y la otra a la izquierda de forma que el río discurriera de una a la otra.

Sea como sea, Alejandría ha sido creada ex novo y, al parecer, sin intervenciones rituales. En su conjunto presenta un trazado regular, y tanto la forma de clámide, indicada por Diodoro y por Estrabón, como la del terreno en el que descansa, determinaron las líneas del damero, correspondiendo las vías más largas a la dirección este-oeste. En esta dirección, la distancia más larga es de 30 estadios (cinco kilómetros y medio) según Estrabón, o de 40



estadios (cerca de siete kilómetros y medio) según Diodoro. El primero de estos autores indica que habría que contar, por el contrario, entre siete y ocho estadios, es decir, de 1.300 a 1.500 metros, la distancia entre el mar y el lago. Prosigue Estrabón:

La ciudad está surcada por todas partes de calles en las que carros y caballos pueden circular con comodidad. Dos de estas calles, más anchas que las demás, puesto que tienen una anchura de más de un pleuro (unos treinta metros), se entrecruzan perpendicularmente.

Se puede decir que constituye la Encrucijada de Alejandría. De estas dos vías, la que se extiende de este a oeste atraviesa la ciudad casi por su centro, según relata Diodoro, quien añade que se trata de

[...] una calle admirable por su longitud y por su anchura puesto que, desde una puerta de la muralla a la otra, tiene una longitud de 40 estadios y una anchura de un pleuro: está flanqueada por casas y por templos magníficos.

Es la denominada «vía canópica», a lo largo de la cual abundan los pórticos; transcurre desde la puerta oriental o de Canopo, llamada posteriormente «puerta del Sol», hasta la puerta occidental, llamada más tarde «puerta de la Luna». Sin duda, la otra gran arteria, ancha también e igualmente porticada, cortaba la precedente cerca del centro, formando el punto de cruce una majestuosa plaza. El damero dividía la ciudad en barrios que las cinco primeras letras del alfabeto griego servían para designar; estos estaban subdivididos en manzanas de casas o *plinthia*. El perímetro urbano media entre 14 y 16 kilómetros, a menos que debamos admitir la cifra de 20 kilómetros dada por Esteban de Bizancio. En palabras de Diodoro, la muralla era digna de mención por su extensión y solidez.

Al sudoeste, Alejandría comprendía la aldea egipcia de Rakhotis, dispuesta sobre la ladera de un promontorio en cuya cima se encontraba el Serapeo y, al pie del mismo, el estadio. Al este, en lo que se daba en llamar la «ciudad nueva» o Neápolis, Alejandría desplegaba todo su esplendor. Los magníficos jardines públicos y los palacios reales, escribe Estrabón, cubren una cuarta parte, si no una tercera, de la superficie total, puesto que cada rey se había preocupado de añadir, al mismo tiempo que un nuevo ornamento, a la ciudad, algún otro edificio a la residencia real. Y Diodoro observa de forma análoga que casi todos los reyes de Egipto ampliaron y embellecieron el palacio construido, tal como él precisa, por Alejandro. Según Plinio el Viejo, contemporáneo de Vespasiano, la quinta parte de la ciudad estaba destinada, desde los inicios, a la residencia real. De ese modo la ciudad monárquica se perfila ante nuestros ojos tal como la volveremos a encontrar en la Roma de los césares, con la localización imperial en el Palatino, y también tal como se presentará posteriormente en París con el Louvre y las Tullerías de los últimos Valois y de los Borbones.

«Alejandría puede ser definida con una palabra: una aglomeración de monumentos y templos», dice Estrabón. A lo largo de la vía canópica se amontonan los edificios o los

lugares que adornaban la ciudad: el gimnasio, el monumento más bello en palabras del mismo autor, que menciona sus pórticos, de una longitud de más de un estadio (184,83 m), el tribunal y sus jardines, que «ocupan el centro mismo de la ciudad», el parque del Paneion, «un montículo artificial en forma de peonza o de piña de pino, a cuya cima se asciende por una escalera de caracol, para descubrir desde allí el panorama de la ciudad» —algo parecido al laberinto del Jardin des Plantes, desde donde también se gozaba de la vista sobre París—, el *Sêma*, «un gran recinto que encerraba las sepulturas de los reyes y la tumba de Alejandro». A estos lugares hay que añadir el Museo y la Biblioteca, dependencias, al igual que el *Sêma*, de los palacios reales, que extendían su grandiosa masa hasta el mar. Estrabón describe el Museo:

[...] con los pórticos, la exedra y el amplio cenáculo, destinado a las comidas que los doctos miembros de la corporación deben celebrar en común: este colegio de eruditos vive de un tesoro común, administrado por un sacerdote que lo preside, elegido en otros tiempos por los reyes y hoy en día por el emperador.

Al barrio de los palacios se le asignaba el nombre de Bruquion, y tenía vistas sobre el Puerto Grande.

Cuando entramos en dicho puerto por el paso oriental, sigue explicando Estrabón, tenemos a la derecha:

[...] la isla y la torre del Faro y, a la izquierda, el grupo de rocas y la punta Lokias, con el palacio que la corona. Una vez dentro del puerto, vemos cómo se despliegan a la izquierda, a medida que avanzamos, los palacios denominados «interiores del puerto», que prolongan el palacio de Lokias y que nos sorprenden por la gran cantidad de alojamientos que albergan, por la variedad de las construcciones y por la extensión de sus jardines.

Estos palacios se acompañaban, al borde del mar, de una dársena «que los reyes hicieron excavar para su uso exclusivo» y que constituye su puerto particular. A poca distancia se encuentra el islote de Antirodos, con su palacio y su pequeño puerto, frente al cual, en tierra firme, surge el teatro junto a otros palacios detrás de los cuales se apercibe, en un recodo que forma la costa, el templo de Poseidón.

Después de que Antonio añadiese un muelle a este recodo, este avanza ahora hasta el centro del puerto. El muelle acaba en una hermosa villa real construida también por Antonio a la que llamó Timoneion.

Luego viene el *Caesareum*, que precede al depósito, los almacenes y los talleres de la marina. De este modo se llega al Heptastadio, un dique más allá del cual se extiende el puerto del Eunostos, que sirve de rada al puerto cerrado o *kibotos*. Este tiene sus astilleros y su arsenal; un canal navegable lo comunica con el lago Mareotis.

La ciudad se extiende un poco más allá de este canal, y luego empieza la Necrópolis, un barrio repleto de jardines, tumbas y establecimientos para el embalsamamiento de los muertos. Más acá del canal se encuentra el Serapeo, así como muchos otros recintos sagrados cuyo origen es muy antiguo, pero que actualmente están más o menos abandonados, como consecuencia de las nuevas construcciones realizadas en Nicópolis.

Hacia el oeste, la vía canópica, eje longitudinal de Alejandría, llega hasta la Necrópolis. En el extremo opuesto, más allá de la puerta de Canopo, «se encuentra el Hipódromo, que da nombre a todo un barrio que se extiende en calles paralelas hasta el canal llamado de Canopo». Tras haber atravesado el Hipódromo se llega a Nicópolis, situada a cinco kilómetros y medio de Alejandría, que constituye, según Estrabón, un nuevo centro de población formado al borde mismo del mar y que se ha hecho casi tan importante como una ciudad.

Nicópolis tiene su anfiteatro y su estadio y es el lugar donde se celebran los juegos quinquenales.

Augusto —añade nuestro autor— hizo mucho por el embellecimiento de esta localidad, en memoria de su victoria sobre Marco Antonio. El canal de Canopo, que podemos ver a la derecha cuando salimos de Alejandría por la puerta canópica, pasa por Eleusis,

[...] un pueblo situado en las proximidades de Alejandría y de Nicópolis, lleno de villas de recreo y bellos belvederes, donde se reúnen los voluptuosos cuando quieren entregarse a la vida disoluta.

Tras pasar por Eleusis, el canal se divide en dos brazos: uno de ellos lleva a Schedia, la «ciudad en nacimiento», en el Nilo, mientras que la otra lleva a Canopo, célebre por el templo de Serapis. Estrabón evoca a la multitud que, durante los Panegíricos, iba desde Alejandría hasta Canopo por el canal, entonces cubierto, repleto día y noche de embarcaciones cargadas con hombres y mujeres que se abandonaban a las danzas más lascivas, mientras en Canopo, las posadas situadas a lo largo del canal, se ofrecían para semejantes placeres además del de la buena mesa. Al sur de Alejandría, el lago Mareotis, de unos cincuenta kilómetros de largo y una anchura de cerca de la mitad, tiene, según el mismo autor, ocho islas y está bordeado de bellas viviendas.

Gracias a Estrabón podemos entrever la evolución de Alejandría, desde sus orígenes —marcados por el hecho de que se trata, en palabras de este geógrafo, del «único puerto natural de la costa de Egipto»— hasta los tiempos en que las sombras de Cleopatra y de Marco Antonio se alargan sobre Egipto, y la ciudad de Alejandro, convertida en rival de Roma, vino a ser un suntuoso escenario histórico donde una nueva era se inicia.

En este mismo primer siglo antes de nuestra era, Diodoro de Sicilia, captando a simple vista la evolución de la ciudad, afirma que Alejandría supera con mucho a las demás ciudades, tanto por la belleza y grandeza de sus edificios como por la riqueza y abundancia de medios. También la sitúa por encima de las demás por las cifras de población, puesto

que, en la época en que visitó Egipto, los administradores de los registros del censo le aseguraron que Alejandría contabilizaba más de 300.000 hombres de condición libre. No sabemos si esta cifra incluye a las mujeres y los niños. En cualquier caso, habría que añadir, además de la población servil, aquella que solo constituía, en un centro comercial y cosmopolita como este, una aportación de gentes de paso. Se alcanza así un total muy elevado para una ciudad de la Antigüedad, que se explica por las excepcionales facilidades de aprovisionamiento ofrecidas por esta ciudad, que disponía, sobre todo, de aquel granero de trigo que era Egipto.

A través de Estrabón hemos visto Alejandría bajo el aspecto de una gran ciudad, muy expandida hacia el exterior de su muralla, donde bellas casas la prolongan al este y sur, donde la ciudad siembra, con gesto fácil, las flores de la voluptuosidad. Estrabón señala su plebe numerosa y la gran animación de sus calles. «No hay ni un solo cruce de calles que no esté repleto de ibis», utilizados porque cazaban todo tipo de animales y reptiles inmundos, y además se alimentan de los detritus de las carnicerías y los mercados de pescado. Estrabón evoca «el muelle o el mercado del puerto», donde se puede ver a los patronos de las embarcaciones, instruidos, gracias a su profesión, en todo lo que respecta a las tierras lejanas; es allí donde es necesario acudir para recoger los ecos del vasto mundo y respirar el aliento de los mares lejanos mezclándose con la multitud de los que van y vienen, mientras los barcos despiertan la curiosidad con sus llegadas y partidas. Nadie puede salir sin permiso del puerto, que, como todos los demás accesos a la ciudad, está fuertemente vigilado. Esta gran ciudad también tiene sus zonas de vegetación. Estrabón nos señala los huertos donde crecen los olivos.

Este contemporáneo de Augusto y de Tiberio se cuida de señalar la obra restauradora de los romanos en Alejandría. De todos modos, añade, lo que todavía hoy contribuye en mayor medida a la prosperidad de la ciudad es el hecho de que se trata del único lugar de Egipto que está bien situado con vistas al comercio marítimo, gracias a la excelente disposición de su puerto, y también para el comercio interior, gracias a la facilidad con que le llegan las mercancías que descienden por el Nilo. Así, Alejandría es el emporio más grande de toda la tierra. Gracias a la mediación de Alejandría las mercancías más valiosas que llegan a Egipto desde la India y desde el desierto arábigo se distribuyen por todo el mundo. Una ciudad que es un almacén de mercancías y también de ideas: esto es Alejandría, que debe este carácter a una situación geográfica única, puesto que las marismas del delta, al este, no permiten que Egipto tenga otra puerta sobre el mar. Alejandría se encuentra en el camino por el que los productos más raros de Oriente son distribuidos por la cuenca del Mediterráneo: este factor garantizará su supervivencia durante la Edad Media. Mientras se mantiene a la espera, Alejandría será, durante los tres primeros siglos de nuestra era, la ciudad más importante del Imperio Romano, después de Roma.

Si Alejandro la fundó, fue el primero de los Lágidas, Ptolomeo Sóter, cuyo reinado terminó en el 285 a.C., quien, podríamos decir, consagró su existencia. Llevó a Egipto el cuerpo de Alejandro, fallecido en Babilonia el 13 de junio del 323 a.C. y, según explica Diodoro:

[...] consideró más conveniente trasladarlo, no al templo de Júpiter Amón, sino a la ciudad que este conquistador había fundado, y que ya casi se había convertido en la más célebre del mundo. Mandó construir en ella un templo que, por su esplendor y belleza, fuera digno de la gloria de Alejandro. Allí celebró una ceremonia fúnebre con magníficos sacrificios y grandes representaciones de batallas. Ptolomeo fue recompensado por los hombres y por los dioses por el hecho de haber honrado de ese modo la memoria del conquistador. Su generosidad y su grandeza de espíritu atrajeron a Alejandría a numerosos extranjeros, presurosos de servir en su ejército.

Como hemos visto, vinculó al *Sêma* la sede del culto real.

Bajo el reinado de Ptolomeo II Filadelfio (285-246 a.C.), la ciudad alcanza su pleno desarrollo. El Museo, manifestación de la acción del soberano en el orden intelectual, inicia su actividad fecunda: los sabios, agrupados bajo la égida del rey, que provee todas sus necesidades, empiezan a dar a la ciudad el prestigio de un incomparable centro de investigación, del que la ciencia y la técnica sacarán gran provecho. El Faro, una de las siete maravillas del mundo, alza, en la entrada del Puerto Grande, su torre luminosa, visible a 60 kilómetros, y cuya dedicatoria a los dioses salvadores no es más que un tenue velo religioso que cubre una obra que únicamente es el fruto del ingenio humano y el anuncio lejano de un tiempo nuevo. Alejandría ha llegado a ser lo bastante populosa como para encontrar en ella a 1.600 adolescentes, portadores de vasijas, con ocasión de la fiesta con que Filadelfio inaugura los juegos destinados a honrar la memoria de su padre, Ptolomeo I Sóter. Si queremos trazar la curva de esta ciudad, deberemos representarla por medio de una línea ascendente que, después de devenir horizontal, se inflexiona durante la segunda mitad del siglo II a.C. para remontar en el transcurso del siglo siguiente. Durante los desórdenes que agitaron el reinado de Evergetes II (145-116 a.C.), numerosos griegos, habitantes de Alejandría, encontraron la muerte. Bajo este mismo reinado, la dispersión de los sabios que componían el Museo señala otro duro golpe sufrido por la ciudad.

La organización interna de Alejandría determina su carácter aparente. Si analizamos la población, podremos observar que está formada por greco-macedonios, extranjeros de otros lugares, sobre todo judíos y, finalmente, indígenas, por no hablar de la corte de los Lágidas y de todos aquellos al servicio del soberano, como funcionarios y ejército, además de numerosos viajeros de paso que engrosan el cosmopolitismo de Alejandría. Ahora bien, el elemento griego constituye una comunidad diferenciada que, por lo menos durante los primeros tiempos, se administra como una ciudad griega cuya plena autonomía, de todos modos, no se produciría debido a su incorporación a la capital del Estado lágida. Entre otras instituciones, el gimnasio, de forma especial, estaba vinculado a esta comunidad, localizada en la parte conocida como Neápolis. Fuera de esta comunidad podían encontrarse griegos, pero no gozaban del estatus de ciudadano. De modo similar, existía una comunidad judía, dado que los judíos fueron atraídos en gran número a la ciudad, especialmente por los Ptolomeos, quienes supieron sacar provecho, para el gobierno del Estado, de su habilidad financiera. Ocupaban el barrio designado con la letra *delta*, en la parte oriental de la ciudad, al este de los palacios reales situados a lo largo de la costa. En dicho barrio prac-

ticaban su religión y tenían sus propios magistrados; pero durante la dominación romana se desplazaron a otras zonas. En cuanto a la masa indígena, a quienes, por lo demás, la ciudad no estaba destinada, estaba localizada sobre todo en Rakhotis y dependía directamente del poder central.

El historiador griego Polibio, llegado a Alejandría bajo el reinado de Evergetes II, divide la población de la ciudad en tres partes: los egipcios, activos y educados; los soldados mercenarios, muy numerosos, reclutados en el extranjero a partir de una antigua costumbre, y más propensos a mandar que a obedecer, debido a la escasa autoridad de los reyes; y, finalmente, los alejandrinos, compuestos por una turba de extranjeros y, en cuanto tales, no muy refinados, aunque superiores a los mercenarios puesto que, al ser de origen griego, no habían olvidado en absoluto la civilización de aquel país.

Sea cierta o no esta apreciación, podemos imaginar una planta de Alejandría con colores o tintes distintos según las diversas localizaciones en las que la etnia, tal como hemos visto, desempeña el papel habitual en aquellos tiempos. De todos modos, conviene observar también que, por una parte, no existían, hablando con propiedad, compartimentos estancos entre estas divisiones urbanas, por lo menos una vez pasado cierto tiempo y que, por otra parte, el conjunto estaba unificado bajo la autoridad superior del monarca absoluto, que representaba, en la vieja tierra de Egipto, la civilización importada como consecuencia de la conquista. Si, además, consideramos Alejandría como una creación urbana para uso de los extranjeros —puesto que el elemento indígena estaba solo representado en la antigua aldea de Rakhotis, simplemente anexionada a la ciudad— se comprenderá mejor el complicado proceso de fusión humana que se produjo allí y, por consiguiente, el papel civilizador de una ciudad como esta.

En otras palabras: es el gran camino, por donde pasan los hombres, las ideas, los sentimientos y las mercancías, el que está en la base de este prodigioso destino. Proyectada en cierto modo sobre la vía marítima, no solo puerto marítimo exterior sino también puerto lacustre interior, unida a una gran arteria fluvial y, finalmente, situada en los confines de diversos mundos, podemos afirmar que Alejandría está en todos los caminos, que es una encrucijada mundial, característica que en última instancia es determinante para la ciudad. Sin embargo, la acción del extranjero sobre una ciudad no ha sido la misma en todas las épocas. Ha variado en primer lugar en relación con el grado de intensidad de las relaciones entre los hombres, y en segundo lugar según las condiciones materiales de estas. En la actualidad, por ejemplo, cuando las aplicaciones de la ciencia han hecho tan fáciles las comunicaciones, y cuando tiende a establecerse una interpenetración general, la ciudad no sabría ser lo que fue en otro tiempo. Sin embargo, hubo momentos de conmoción humana, como los que representaron las Cruzadas o los movimientos de peregrinación, o incluso el movimiento que se corresponde con el ensanchamiento del mundo, en el plano físico y en el moral, durante el Renacimiento. Precisamente, un fenómeno análogo se produjo como consecuencia de la extraordinaria expedición de Alejandro a Asia y Egipto de la cual se derivó el ir y venir de seres humanos, de ideas y de cosas: fenómenos que sirven para explicar el carácter y función de Alejandría y también otras ciudades de la misma época, cuya visión panorámica se desplegará bajo nuestra mirada de viajeros a través del tiempo.

La base de los intercambios materiales o comerciales es inseparable de esta ciudad, aunque la de los intercambios inmateriales no lo es menos. No solo es un inmenso emporio comercial, sino también un gran centro intelectual. Ambos factores, tanto aquí como en otras partes, así como más tarde en Florencia, por ejemplo, están relacionados. ¿Puede haber algo más significativo que la mención, por parte del historiador y senador Dionisio Casio, de los almacenes de papiro o pergamino junto a los almacenes de cereales, en el extremo sudoeste del Puerto Grande? Es la ciudad de los libros. La Biblioteca y el Museo son órganos que se corresponden con una función esencial de Alejandría, auténtico crisol en el que se funden las aportaciones de distintas civilizaciones. Y dicha función se ejerce bajo los auspicios del soberano, a quien la ciudad sirve de capital. Ciudad monárquica: esta es otra peculiaridad de Alejandría que se refleja en su fisonomía y contribuye a su aspecto greco-oriental. Lo mismo sucede con la producción del pensamiento alejandrino que presenta la misma impronta greco-oriental.

Si consideramos el aspecto general de la ciudad, podremos observar que esta misma mezcla dio lugar a fórmulas nuevas. Aquí no hay ningún ágora con su habitual animación, sino un simple damero cuyo dibujo queda realzado por las dos vías con pórticos, largas y anchas, que forman la encrucijada urbana. Bajo los pórticos de estas vías reinaba el ir y venir que animaba el ágora en las ciudades griegas y a lo largo de ellas se alineaban los edificios, lugares públicos y residencias. El mundo griego ya presentaba el pórtico, que servía especialmente como marco del ágora y donde a la gente le gustaba pasear al abrigo del sol o de la intemperie. Pero aquí, por primera vez, tenemos ante nuestros ojos una verdadera calle porticada que volveremos a encontrar, por ejemplo, en las arcadas de la Rue de Rivoli, coetánea de Napoleón I, del mismo modo que volveremos a encontrar el ágora de tipo jónico en la Place Royale o en la Place des Vosges, bajo el reinado de Enrique IV, inspirada por lo demás en el foro; o aún mejor en aquella especie de feria parisina en que se convirtió el jardín del Palais-Royal cuando fue rodeado de galerías, hacia finales del siglo XVIII. De este modo, el lugar cubierto para la circulación en la ciudad, con relativos efectos sobre esta, puede ser seguido en sus variadas formas desde los tiempos de los griegos hasta la época de la moda de los pasajes en galería, en el París de la primera mitad del siglo XIX, pasando por los «Piliers» medievales de la Place de Grève o del Hôtel de Ville, en la Edad Media.

Otro elemento nuevo del arte urbano que observamos en Alejandría es el representado por el *Pancon*, el cual nos revela el sentido del punto de vista en la ciudad. En el mundo griego anterior al siglo IV a.C. no había aparecido nada semejante, y menos todavía, por lo demás, en el mundo oriental, a no ser que otorguemos un valor semejante a los jardines colgantes de Babilonia. La preocupación que se manifiesta por dar una forma al panorama urbano que contemplamos y admiramos la volveremos a encontrar en la ciudad renacentista, tras haberse manifestado en las ciudades helenística y romana. La grandiosidad que se asocia a Alejandría es de origen oriental, al parecer asirio-babilónico más que egipcio, y se nos muestra vinculada al factor monárquico. Una connotación artística de este tipo era ajena a Grecia. Los romanos la heredarán de las ciudades helenísticas y la trans-

mitirán, durante el Renacimiento, a nuestras ciudades. «Grandeza y magnificencia», escribirá Colbert al trazar un plan urbanístico para el París de Luis XIV. Los jardines públicos o reales situados en el interior de la aglomeración urbana representan para nosotros otra novedad en el estudio de la ciudad griega. Este último elemento, asociado a la importancia que se concedía a la residencia del soberano, también desprende el reflejo de Oriente. Del mismo modo, podemos observar por primera vez estos órganos de la vida intelectual que son la Biblioteca y el Museo. Ningún otro ejemplo de instituciones semejantes había aparecido anteriormente.

En Alejandría, el organismo urbano, más complejo, deja entrever el nacimiento de la gran ciudad moderna. Sobre el suelo arenoso del Antiguo Egipto, donde la tierra y el agua están estrechamente unidas, vemos como la ciudad se prolonga en el campo, más allá de la muralla, bajo la forma de unos arrabales de caracteres diversos y, al parecer, de dimensiones considerables, o bien bajo la forma de una periferia extensa, sembrada de casas de recreo. La podemos ver con su masa de edificios, su numerosa población, sus enormes riquezas; la podemos ver con sus magistrales aplicaciones de la técnica a la vida colectiva, como el Heptastadio o el Faro, prototipo de aquellos que alumbran con sus luces giratorias la entradas de nuestros puertos; la podemos ver abundante de recursos, brillante y lujosa, albergue de placeres; así es como entrevemos Alejandría, la capital de los Lágidas, en este pasaje de uno de los *Mimos* de Herondas, fechado en el segundo cuarto del siglo III antes de nuestra era:

Todo lo que puede existir o producirse en la tierra, lo encontramos en Egipto: fortuna, palestra, poder, un cielo sereno, gloria, espectáculos, filósofos, oro fino, bellos jóvenes, el santuario de los Dioses Hermanos (Sóter y Filadelfio, con sus esposas, que eran sus hermanas: Berenice y Arsinoe), un buen rey, museo, vino, todas las cosas buenas que podamos desear, y mujeres, tantas mujeres, ¡por la Virgen de los Infiernos!, [*sic*] que el cielo no podría enorgullecerse de tener más estrellas, y, cuando las vemos, se parecen a las diosas que antaño eligieron a París como juez de su belleza.

La creación de Alejandría despojó a Naucratis de su preponderancia comercial; no inmediatamente, porque fue embellecida bajo el reinado de Ptolomeo II Filadelfio. Pero, teniendo en cuenta lo que se ha dicho anteriormente, podemos ver hasta qué punto su carácter difiere del de Alejandría: mientras esta, a pesar de la individualidad de su elemento griego, es un centro de fusión greco-oriental, Naucratis, en su origen, no es más que una especie de agencia o de escala que vive completamente al margen del elemento egipcio. Aunque muy poco conocida, la tercera ciudad griega en Egipto es Ptolemaida, fundada por Ptolomeo I Sóter en la Tebaida. Estrabón nos la presenta como la ciudad más grande de la Tebaida, no menor que Menfis en extensión, y sostiene que gozaba de unas instituciones municipales copiadas de las griegas. Durante el siglo III a.C. tenía una asamblea popular, un senado y su administración corría a cargo de seis pritanes, aunque participaba en ella un estratega real. Sin duda, presentaba un trazado y unas características urbanas análogas a las de Alejandría.

En el Egipto de los Lágidas, la inmigración extranjera se extendió a otras ciudades distintas de las propiamente griegas, especialmente a las metrópolis de los *nomos*, donde la existencia de los gimnasios revela la presencia de una población griega. Los nombres que se daban a las distintas partes de algunas ciudades muestran la presencia de colonias extranjeras: por ejemplo, en Arsinoe, en el Fayum, donde podemos identificar a cilicios, bitinios, tracios, macedonios y árabes. Esta ciudad aparece como una reunión de pequeñas aglomeraciones que se fueron creando poco a poco en torno a la agrupación primitiva. Con un trazado sinuoso, las vías casi siempre irregulares y estrechas, las plazas más o menos informes, las casas de adobe, las viejas ciudades egipcias, parecidas a grandes pueblos o a yuxtaposiciones de pueblos, presentan un sorprendente contraste con la ciudad monumental de Alejandría. Sin embargo, es preciso penetrar en ellas, y hacerlo también en el largo y fértil valle del Nilo, si queremos seguir hasta el final el fenómeno de la helenización de Egipto, o bien, si se prefiere decirlo así, el de la formación en este suelo de una sociedad greco-oriental, cuyo conocimiento es indispensable para la comprensión de una fase del urbanismo.

FUNDACIÓN Y EVOLUCIÓN DE LAS CIUDADES HELENÍSTICAS

Tras la muerte de Alejandro, al mismo tiempo que Ptolomeo, hijo de Lagos, transformaba en reino la satrapía de Egipto cuya jefatura había asumido, otro lugarteniente de Alejandro, Seleuco, sátrapa de Babilonia, establecía a su vez una soberanía en los valles del Éufrates y del Tigris y en las regiones circundantes. Así se formó el imperio seléucida, cuyo centro lo estableció en primera instancia Seleuco I Nicátor en el Tigris, en el punto donde este río se aproxima más al Éufrates y, por lo tanto, no lejos de Babilonia. Este lugar constituye, en efecto, un nudo importante en las comunicaciones terrestres y fluviales entre la India, Asia central, Asia Menor y Siria. Ahí, hacia el año 305 a.C., nace Seleucia, llamada también Babilonia del Tigris, según explica Plinio el Viejo quien, en su *Historia Natural*, nos la presenta fundada por Nicátor, en oposición a Babilonia y situada en la confluencia del Tigris con un canal que unía este río con el Éufrates. Su muralla, añade Plinio, presenta la forma de un águila que despliega las alas, y su territorio es el más fértil de todo Oriente. En tiempos de este autor era una ciudad libre, que se administraba por sí misma y que practicaba las costumbres macedonias. Su población sería de 600.000 habitantes, pero cabe pensar que esta cifra es exagerada.

Seleucia fue también una gran ciudad, la más importante del Asia helenizada. ¿Acaso no era el punto de convergencia de los barcos que remontaban el Tigris hasta allí con un cargamento de productos de la India, y de las caravanas que, a su vez, traían mercancías de Persia o de la misteriosa China, y se encontraban, en la ciudad de Seleuco, con otros comerciantes que habían hollado la arena del desierto sirio antes de alcanzar la fértil Mesopotamia? Caminos que se perdían en la lejanía, cintas de agua que reflejaban la bóveda del cielo en la inmensidad de las tierras; es el vaivén de los intercambios de larga distancia y al mismo tiempo la grandeza urbana en el lugar donde confluyen importantes intereses y se anudan las relaciones.

Construida en parte con materiales procedentes de Babilonia, y provocando, además, un éxodo de babilonios hacia ella, Seleucia precipitó el fin de aquella vieja ciudad, cuya irradiación había sido tan deslumbrante. Ciudad griega en los confines del mundo bárbaro, se ofrecía como centro de comercio y como hogar de civilización, con el alto cinturón de muros de piedra sobre cimientos de ladrillo y con el complemento protector de canales y fosos. Lógicamente, la población estaba muy mezclada. Además del elemento macedonio-griego, que representaba la cultura dominante, se ha de señalar a persas, partos, armenios, hindúes, sirios. Tampoco faltaban los judíos. Seleucia se administraba a la manera de una ciudad griega, bajo la autoridad superior del rey: en aquel extremo del mundo greco-bárbaro,

ejercía, desde el punto de vista de la fusión humana, la misma función, aunque en menor grado de importancia que Alejandría, junto a la cual ocupa un lugar señalado en el estudio de la evolución de las ciudades. Al mismo tiempo que Seleucia entablaba competencia con Babilonia, encontró a su vez en la ciudad de Ctesifonte, fundada por los partos en el Tigris, a poca distancia río arriba, una rival; y nada más curioso que esta lucha entre ciudades en un punto geográfico determinado, en un nudo de rutas. Tras caer en manos de los partos durante el siglo II a.C., mantuvo, sin embargo, su propia constitución y continuó siendo centro de la cultura griega. Ya hemos visto lo que era todavía en tiempos de Plinio, es decir, en el siglo I d.C. Hacia mediados del siglo II d.C. Seleucia fue incendiada por los romanos, quienes de este modo tal vez querían eliminar la competencia comercial que representaba para sus ciudades sirias, y al mismo tiempo saquearon Ctesifonte.

Ahora bien, el imperio seléucida gravitaba de forma natural hacia el mar griego, es decir, en el Egeo; de ahí que se viera obligado a contar con otro apoyo urbano cerca del mar. Por ello el mismo Seleuco I Nicátor se decidió a fundar Antioquía y la que se ha dado en llamar Tetrápolis siria que comprendía, además de esta ciudad, Seleucia Pieria, Apamea y Laodicea.

Aproximadamente en el mismo lugar que ocupará más tarde Antioquía, a orillas del Orontes, Antígono, uno de los lugartenientes de Alejandro, que se convirtió en dueño de Siria, había fundado, para que fuese la capital del imperio que él representaba, una ciudad a la que denominó Antigonia. Explica Diodoro de Sicilia:

Esta, construida con gran magnificencia, medía setenta estadios (trece kilómetros) de perímetro. Estaba muy bien situada para ser utilizada como plaza fuerte contra Babilonia y las satrapías altas y al mismo tiempo contra las satrapías inferiores y Egipto. De todos modos, Antigonia no sobrevivió mucho tiempo: fue destruida por Seleuco, quien trasladó a sus habitantes a otra ciudad, creada por él mismo y a la que llamó Seleucia.

Según Estrabón, fue a Antioquía donde fue trasladada la población de Antigonia.

Sea como sea, Seleuco I Nicátor, después de incorporar Siria a su imperio tras la victoria sobre Antígono en Ipsos, en el año 301 a.C., fundó, más abajo del recodo que hace el Orontes antes de llegar al mar, en el margen oriental, la ciudad de Antioquía, bautizada así por el nombre de su padre, y convertida en capital del imperio seléucida y en nudo de relaciones entre la India y Mesopotamia, por una parte, y el Mediterráneo, por otra. Un lugar tal rivalizaba con Alejandría, la otra salida mediterránea de la ruta de la India. La ciudad se desplegaba en la orilla izquierda del Orontes, en una llanura situada entre este río, al norte, y el monte Silpio, al sur. Explica Estrabón:

Está formada por cuatro barrios y cada uno de ellos dispone de su propia muralla, aunque todos quedan encerrados dentro de un recinto común. El primero de estos barrios fue creado por Seleuco I Nicátor a expensas de Antigonia [...], de la que Seleuco trasladó a todos sus habitantes. Puesto que eran demasiado numerosos, se dividieron y formaron un segundo barrio. Posteriormente, Seleuco II Calinico (246-226 a.C.) fundó un tercero y Antíoco IV Epifanio (175-164 a.C.) fundó un cuarto.

Según un antiguo autor, Pausanias Damasceno, Seleuco I Nicátor, cuyo reinado terminó en el 280 a.C., habría establecido en ellos a los griegos y a los macedonios de Antioquia, en número de 5.300, y también a los cretenses, los chipriotas y los argianos, que ya habían hollado esta parte de Asia. De este modo quedaron habitados los dos primeros barrios.

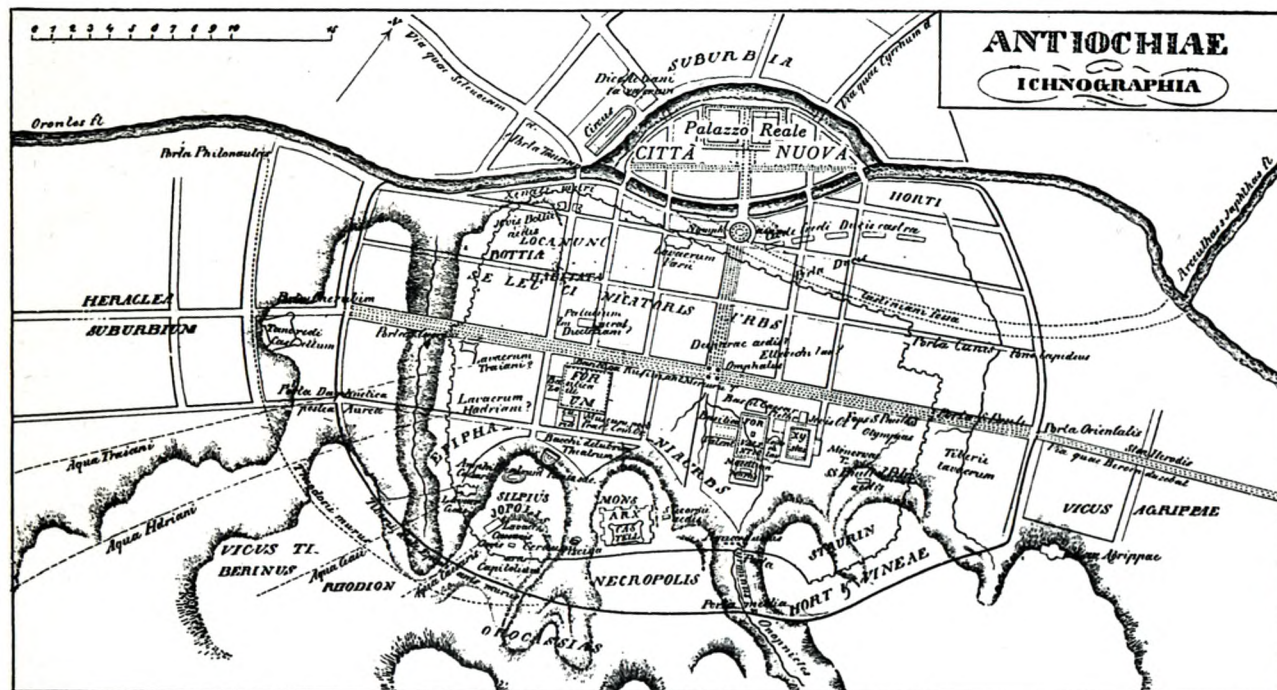
Nos cuenta Estrabón:

A cuarenta estadios (siete kilómetros y medio) por encima de Antioquía se encuentra Dafne, una localidad poco importante como centro de población, pero que posee un bosque sagrado de gran extensión (ochenta estadios o quince kilómetros de perímetro), repleto de los más bellos árboles y surcado por corrientes de agua, con un sagrario como asilo en medio y el templo de Apolo y Artemisa. Los habitantes de Antioquía y sus vecinos celebran allí sus panegíricos.

Esta última ciudad tomó de este lugar la denominación de Antioquía Epidafne, es decir, «Antioquía próxima a Dafne».

No es posible precisar el aspecto que tenía Antioquía en tiempos de los Seléucidas. Hasta el Imperio Romano esta ciudad no se desprenderá de la niebla de su historia más remota. En aquella época —tal como nos la presenta Monsieur R.C. Bosanquet en un artículo publicado en 1915 en la *Town Planning Review*— aparece con una gran vía columnata, trazada de este a oeste, es decir, paralelamente al curso del río, y de una longitud de seis kilómetros y medio. Dicha vía, toda continua, enteramente pavimentada y flanqueada de edificios públicos y casas, se acompaña hacia el sur de varias calles que se extienden hasta el pie de la montaña, donde existían unos agradables arrabales y, hacia el norte, de vías secundarias que desembocan en otra gran vía no porticada, flanqueada de viviendas; estas vías secundarias se prolongan hasta unos jardines que forman una franja de vegetación junto al Orontes. En cuanto a la gran vía este-oeste porticada, recibe en la parte central otra gran vía, también con pórticos, que se extiende hasta el río. El punto de unión de estas dos vías, que marcan el doble eje de la ciudad desplegada en la llanura, está formado por un tetrapilo de mármol, una especie de monumento decorativo que enmarca con sus cuatro arcos las cuatro vías así dibujadas. Combinado con este monumento, en el punto de partida de los pórticos de la gran vía sur-norte, se encuentra un ninfeo o fuente ornamental. Otras calles completan las vías mencionadas, formando el damero urbano.

Cinco puentes unen esta ciudad antigua con una nueva, edificada en una isla circular del río, a la que alude sin duda Plinio el Viejo cuando escribe que Antioquía «está dividida por el río Orontes». Esta ciudad insular tiene su propia muralla y es una especie de ciudad imperial: la cuarta parte de su superficie está ocupada por el palacio del emperador. Cuatro calles con columnas, que se cruzan bajo un tetrapilo central, marcan las divisiones; tres de estas calles llegan hasta las puertas de la muralla, pero la cuarta, que es la más monumental, se detiene justo delante del palacio, al que sirve de vía de acceso, y cuya masa se extiende hasta el borde septentrional de la isla. Precisamente en el norte del palacio hay una galería construida sobre la muralla desde donde se goza de una magnífica vista, en palabras de Libanio, retórico de Antioquía del siglo IV a.C. Se ha establecido una relación entre esta ciudad insular y su palacio, por una parte, y la ciudad romana de Spalato y el palacio de Diocleciano,



por otra. Esta nueva ciudad de Antioquía podría estar fechada, tal como la acabamos de describir, en el siglo III d.C., aunque sin duda se remonta a una época anterior. Al parecer, la construcción de las dos grandes vías con columnas de la ciudad antigua, con su tetrapilo, se inició en tiempos de Tiberio. El ninfeo puede ser contemporáneo de Calígula.

El punto de cruce de estas dos vías es como el ombligo de la ciudad. Libanio nos indica la existencia, a lo largo de estas vías, de algunos edificios públicos tales como templos y termas, intercalados entre casas; tanto los edificios públicos como las casas se abrían sobre los pórticos que bordeaban la vía. Libonio señala la importancia social de estos: en las ciudades que no los tienen, los habitantes quedan aislados a causa de las inclemencias del tiempo. Es cierto que viven en la misma ciudad, pero de hecho están alejados los unos de los otros y tienen escasas posibilidades de encontrarse, como si vivieran en localidades distintas. Por decirlo de algún modo, quedan aprisionados en sus casas cuando hace mal tiempo.

¡Qué diferencia —señala Libanio— con los habitantes de Antioquía, donde la vida social no queda interrumpida, y donde incluso quienes viven en las pequeñas calles exteriores tienen el frente de sus casas protegido por algún saledizo! Es la vida colectiva al aire libre, al abrigo de la intemperie.

Se ha especulado mucho sobre la animación de un centro como este. En el siglo IV d.C. su población se estimaba en 200.000 almas, sin contar los esclavos y los niños, como tampoco la población de los arrabales. Un historiador del arte, Emile Bréhier, ha escrito que, tanto en Bizancio como en Occidente, la influencia de Antioquía parece haber sido decisiva, y añade:

Desgraciadamente, mientras no se realicen excavaciones sistemáticas en el emplazamiento de la ciudad que fue, en su época, una de las metrópolis del mundo, será imposible precisar el carácter de esta influencia.

Nos gustaría poder captar a la vez el cuerpo y el alma de este ser colectivo que, con anterioridad a la dominación romana, parece haber alcanzado su mayor desarrollo físico y moral durante el siglo II a.C. Podemos pensar lógicamente que el declive de Alejandría, durante la segunda mitad de ese mismo siglo, favoreció a Antioquía. Su población estaba formada sobre todo por griegos y sirios. También incluía a numerosos judíos, que habían obtenido importantes privilegios. Los griegos estaban repartidos en demos, en número de dieciocho en tiempos de Libanio. Como afirma Plinio el Viejo, era una ciudad libre.

Antioquía no lejos del mar, a orillas de su caudaloso río, cerca del cual se ramifican las rutas de caravanas por el interior de Asia; Antioquía, en su fértil llanura donde las colinas ponen en el horizonte su pintoresco acento; Antioquía, mezcla de hombres y de ideas, bajo la magnificencia de su cielo y en el seno de una naturaleza generosa, se presenta, bajo la capa dorada de Oriente, con el esplendor y el abigarramiento de una gran ciudad, donde se fraguan los negocios, donde el intercambio de ideas lanza destellos en la noche del porvenir, donde el lujo y la lujuria entrelazan sus reflejos salvajes, donde florece el arte y la miseria es como la mancha de sombra móvil que el árbol proyecta sobre la hierba iluminada

por el sol. Cicerón habla de ella como de una ciudad «que en otros tiempos fue célebre, opulenta y donde aflúan los hombres más instruidos y el saber más noble». Pero Juvenal explica su perniciosa influencia sobre Roma:

No puedo soportar, romanos, vuestra ciudad a la griega, por muy pequeña que sea la parte que haya en ella de vasija aquea. Desde hace mucho tiempo el sirio Orontes ha venido deslizándose en el Tíber sus costumbres, su lengua, al mismo tiempo que su flauta y sus instrumentos de cuerdas oblicuas; a lo largo de su curso también nos ha traído sus tambores nacionales y sus cortesanas a las cuales se les ha asignado los alrededores del Circo para librarse a la prostitución. Id tras ellas, vosotros, a quienes os resulta agradable la mitra pintada con que se las puede reconocer.

Es Antioquía en Roma, Antioquía, «ciudad muy ingeniosa y que sobre todo tiene la danza que la honra», escribe Luciano en el siglo II d.C. Es la gran ciudad que se expande hacia el exterior, hacia el bosque umbrío de Dafne, lugar de culto, de paseos y placeres.

Seleucia de Pieria, que toma su nombre de Seleuco I Nicátor, es una creación de este soberano estrechamente vinculada a Antioquía, puesto que es su puerto marítimo, próximo a la desembocadura del Orontes; más propiamente, se trata del puerto militar, de una fortaleza que domina la cuenca oriental del Mediterráneo. Su emplazamiento es montañoso, la ciudad se despliega en terrazas sobre la pendiente occidental de un promontorio que se destaca al sur del monte Coryphaeon del cual está separado –según explica Polibio en el siglo II a.C.– por un valle profundo y escarpado. Este autor añade que las olas, al oeste, van a morir al pie del Coryphaeon que, del lado opuesto, alza su cabeza altanera por encima del territorio de Antioquía. Seleucia, prosigue Polibio:

[...] llega hasta el mar a través de una región accidentada, casi siempre rodeada de precipicios y zonas escarpadas.

Sin duda, habría que imaginar en este terreno, como también en el lugar donde surgió Antioquía, un asentamiento humano anterior a su fundación por parte de Seleuco.

Sea como sea, una parte de Seleucia se escalona por el promontorio y la otra se extiende al pie, en la llanura que bordea el mar. Polibio informa que

[...] por el lado por donde se inclina hacia el mar se extiende una llanura ocupada por el mercado y los arrabales, defendidos por unas gruesas murallas.

También la ciudad alta tiene su propia muralla. Ambos núcleos son distintos y se pasa de uno a otro por «un único acceso a modo de escalera con pendientes variables y continuos giros». El mismo autor nos enseña Seleucia decorada «con templos y otros monumentos magníficos». Una de sus puertas conduce a Antioquía y al *Nicatoreion* o tumba de Seleuco I. La población, con base greco-macedonia como es habitual, tenía hacia finales del siglo III a.C. unas 6.000 personas libres, sin contar los soldados. Es una ciudad libre, informa Plinio el Viejo.

Más al sur y también a orillas del Mediterráneo, encontramos Laodicea, llamada así por el nombre de la madre de su fundador Seleuco I. Se trata de un excelente puerto y de una ciudad muy bien construida, señala Estrabón, quien nos dice además que su suelo es muy fértil, especialmente en viñedos que alimentan un importante comercio de vino hacia Alejandría. Laodicea está dominada por una montaña que se eleva en suave pendiente y que está cubierta de viñas casi hasta la cima. Si creemos a Pausanias Damasceno, un asentamiento precedió en este lugar a la ciudad creada por Seleuco. Según el mismo escritor, el emplazamiento de esta ciudad y de las dos precedentes habrían sido indicados al soberano por un águila, tras un sacrificio ofrecido a Júpiter. Así, la intervención divina, que ya hemos observado a propósito de la fundación de las colonias griegas, se encontraría de nuevo en el origen de la ciudad helenística aunque de un modo distinto.

Un curioso monumento de la antigua Laodicea ha sobrevivido hasta nuestros días: se trata de un cubo ornamental que presenta el aspecto de una especie de arco de triunfo, traspasado de un lado a otro por cuatro aberturas de paso correspondientes a las cuatro caras. Dos de estas aberturas, las que miran al norte y al sur, son más altas, más anchas y están más ricamente decoradas que las demás. Un viajero del siglo XVIII ha señalado la existencia de numerosas columnas que, según él, estaban alineadas con este monumento, junto al cual habrían formado una avenida. Otro autor de la misma época opina que dichas columnas son «los restos de una calle importante que pudo haber sido trazada desde el monumento hasta el puerto». Así, tendríamos ante nuestros ojos un tetrapilo vinculado a una gran vía con columnas o, dicho de otro modo, los restos de un trazado urbano análogo al de Antioquía, que data probablemente del Imperio Romano. Pero se puede tratar simplemente de un arco de triunfo sobre una vía urbana romana, ya que en el dibujo que nos ha dejado del monumento este mismo autor figuran algunos ornamentos, tales como escudos y cascos esculpidos en la parte superior. Pero en este caso deberíamos sorprendernos de la profundidad del arco que, por el contrario, queda explicada lógicamente en la hipótesis del tetrapilo. Podría tratarse de un tetrapilo que presentase al mismo tiempo el carácter de un arco de triunfo.

La montaña que se eleva gradualmente por encima de Laodicea domina verticalmente por el lado opuesto, es decir, por el este, el valle del Orontes, que discurre al pie de otra ciudad fundada por Seleuco I Nicátor, quien le dio el nombre de su mujer: Apamea. Escribe Estrabón:

Debemos imaginar una colina abrupta que se eleva en medio de una llanura muy baja y que, ceñida por unas murallas muy gruesas y bellas, queda protegida y transformada en una auténtica península por el curso del Orontes y por un inmenso lago rodeado de marismas y prados hasta donde se pierde la vista y donde pacen los caballos y los bueyes en grandes cantidades. Podemos imaginar la gran seguridad que ofrece una ubicación como esta. Ahora bien, esta no es la única ventaja de Apamea: esta ciudad, que a veces también es denominada Quersoneso (península) debido a su propia configuración, posee un territorio muy extenso y muy fértil irrigado por el Orontes, y en el que se encuentran esparcidas numerosas aldeas, que en cierto modo forman su suburbio. Cabe añadir que Seleuco I Nicátor y todos los reyes que le sucedieron la habían elegido



93

para albergar en ella a sus 500 elefantes y a la mayor parte de su ejército [...], y que en Apamea estaban las oficinas del censo del ejército, las caballerizas reales, es decir, más de 30.000 yeguas, con 300 sementales como mínimo, y toda una pléyade de domadores de caballos, maestros de armas e instructores militares.

Así se nos presenta, con sus características propias, esta ciudad, plaza fuerte, centro de recursos militares para el reino de los Seléucidas y sede de las caballerizas del soberano, cuyos caballos encontraban su medio de subsistencia en las vastas praderas de las cercanías. Una posición defensiva de este género, con suelo adecuado para los pastos y el cultivo, a orillas de un río, no lejos del Mediterráneo y además situada en el lugar de paso de vías naturales de comunicación, especialmente hacia el Éufrates, debió estar ocupada por el hombre en épocas anteriores a la fundación de Apamea. De hecho, según Pausanias Damasceno, el lugar ya estaba habitado antes de que el águila de turno viniese a designarlo como elección de Seleuco. Estrabón nos explica que, al comienzo de la ocupación macedonia, estaba habitado por veteranos de esta nación, de la que había recibido el nombre de Pella, capital de Macedonia y ciudad natal de Alejandro.

La prosperidad de Apamea se mantuvo bajo la dominación romana. Un censo realizado el año 6 d.C. le atribuye, comprendido el territorio adyacente, 117.000 ciudadanos. Los vestigios que han subsistido dejan entrever la regularidad de su trazado: una vía recta se extendía en el sentido de la dimensión mayor de la ciudad, que medía unos 1.500 metros de longitud y entre 800 y 1.000 metros de anchura. Al parecer, esta vía principal estaba flanqueada por columnas y, en algunos tramos, por importantes edificios. Dichos vestigios han sido fechados, en su conjunto, en tiempos del Imperio Romano. Estrabón ha señalado la concordia que reinaba entre las cuatro ciudades de la tetrapolis siria. Aunque cada una de ellas tenía su carácter propio, compartían las funciones orgánicas de la Seléucida, en vez de mantener una competencia recíproca, como suele suceder con las ciudades vecinas.

Ciertamente, el rey Seleuco I Nicátor fue un gran fundador de ciudades. Según el historiador griego Apiano, que vivió en el siglo II d.C., Seleuco habría fundado, en toda la extensión de su reino, dieciséis Antioquías, cinco Laodiceas, nueve Seleucias, tres Apameas y una Estratonicea (a partir del nombre de una de sus mujeres). A otras ciudades les dio los nombres de ciudades griegas o macedonias y también nombres conmemorativos de victorias. Dicho brevemente, Apiano enumera unas sesenta ciudades que habrían debido su fundación a este monarca. Y los sucesores siguieron sus pasos. Los demás soberanos helenísticos hicieron lo mismo, en Europa y en Asia, aunque durante estos siglos y desde los tiempos de Alejandro surge una pléyade de ciudades que se desarrollan con una cierta apariencia de novedad. En efecto, no debemos equivocarnos e imaginar que estamos ante unas fundaciones hechas de un plumazo. Cierta número de estas ciudades existían con anterioridad, y simplemente fueron bautizadas con un nombre nuevo dejando así la huella greco-macedónica en un territorio sometido. Así, Susa pasó a llamarse Seleucia del Euleo, Karke-mish adoptó el nombre de Europos, la localidad de Macedonia donde había nacido Seleuco I Nicátor. En la mayoría de los casos el lugar ya estaba habitado y el fundador se limitaba

a introducir un complemento de población macedonia o griega y a realizar una especie de sinecismo o cohabitación con algunas localidades vecinas.

No por ello dejan de ser fundaciones, en el sentido literal de la palabra, fundaciones de un conquistador y de un monarca. En este hecho reside esencialmente el carácter de las ciudades helenísticas. Así es como surgieron las colonias militares: en base a la concesión de tierras a los soldados. Esta modalidad de aglomeración se distingue de las ciudades griegas, como Alejandría, Antioquía o Seleucia del Tigris, las cuales son grandes centros de civilización, hogares de comercio y de ideas, lugares que mantienen bajo su dominio económico todo un territorio, hacia donde confluyen las riquezas de un vasto territorio; son, finalmente, bases por excelencia de la penetración helénica en Oriente. Las ciudades griegas establecidas por los soberanos conquistadores recuerdan la *polis* griega: en principio disponen de su *boulé* o senado, de su *eclesia* o asamblea de los ciudadanos y de sus *pritanes*, como ocurre en Antioquía de Persia, que toma su nombre de Antíoco I Sóter (280-261 a.C.) y que, en el 205 a.C., se nos muestra con el ordenamiento propio de la vida civil griega.

Haría falta realizar un seguimiento del auge de estas ciudades de Asia que, en su conjunto, perduró hasta mediados del siglo II a.C., y que luego resurgió bajo el Imperio Romano, especialmente en el siglo II d.C., y poder mostrar, en este marco, la alteración del espíritu helénico originario en contacto con el elemento oriental, en una palabra, recortar así la silueta, a la vez física y moral, de la ciudad greco-oriental que Roma heredó. Concretamente, Estrabón nos permitiría entrever aquí y allá algún rasgo de la fisonomía urbana: Apamea —situada cerca de la confluencia de los ríos Marsias y Meandro, fundada por Antíoco I Sóter, quien le dio el nombre de su madre y trasladó allí a los habitantes de la ciudad de Celaenae (Celene), y construida en el pasado sobre una colina en los alrededores de la fuente del Meandro— es una de las grandes plazas comerciales de la provincia de Asia, como escribe Estrabón:

[...] la segunda en importancia después de Éfeso, que es, como sabe todo el mundo, el almacén general de las mercancías de Italia y de Grecia.

Laodicea del Lycos, que, junto con la citada Apamea, es la ciudad más importante de toda Frigia, Estrabón nos la presenta como una ciudad que en su época experimentó un notable crecimiento y era remarcable por la fertilidad de su suelo, por su preciada raza de carneros y por los monumentos con los que la embelleció uno de sus ciudadanos, Hieron. Y al igual que Apamea, Laodicea contribuye a vivificar la gran ruta que va de Éfeso a la India. Y luego está Estratonicea, colonia macedonia que «los reyes pugnarón por decorar con suntuosos edificios», que a sus puertas tiene el templo de Zeus, común entre los pueblos de Caria, y, en su territorio, un templo de Hécate donde se celebran cada año grandes panegíricos. Nysa, en la gran ruta que lleva de Éfeso hasta la India, y que pasa por Magnesia del Meandro y por Tralles; Nysa, construida en una ladera al pie del monte Mesogis y dividida por el lecho de un torrente en dos partes unidas por un puente, mientras que, en otro punto, se construyó un magnífico anfiteatro cuyas bóve-

das cubren el torrente y cuyos extremos fueron edificados sobre dos escarpados, dominando, uno de ellos, el gimnasio de los efebos y, el otro, el ágora y el *geronticon*. Nysa, no lejos de la cual se encuentra, en la misma gran ruta, la pequeña ciudad de Acaraca, con su bosque sagrado, muy bello, y el célebre lugar de culto a Plutón y Coré, que atrae a numerosos enfermos que van allí en busca de curación. Por último, Nysa, donde Estrabón recibió en su juventud las lecciones de un reputado retórico; Seleucia, otra fundación seléucida, a orillas del Calicadnos, en Cilicia, que fue poblada por los habitantes de Holmi; Seleucia, floreciente en tiempos de Estrabón, pero cuya población se aparta, por la forma de vida, de las costumbres de silicios y panfilios.

Esta última ciudad no se encuentra muy lejos de la vieja ciudad de Tarso, situada en una llanura y por la que fluye el río Cidno. Escribe Estrabón:

Tarso tiene, al igual que Alejandría, escuelas para todas las ramas de las artes liberales.

Se trata de un centro intelectual, que Estrabón compara con Atenas y Alejandría y que, a diferencia de las otras ciudades estudiadas, se alimenta de su propia población que, por lo demás, es muy numerosa. Muchos de sus ciudadanos viajaban para perfeccionar su instrucción y cuando la completaban se establecían la mayoría de ellos en el extranjero. Prosigue Estrabón:

Sobre todo Roma es quien mejor puede rendir cuentas de la gran cantidad de hombres de letras que ha generado Tarso, puesto que Roma abunda en nativos de esta ciudad y de Alejandría.

Y Estrabón hace una justa observación cuando revela la preponderancia numérica del elemento extranjero en los centros intelectuales en general, y añade que los extranjeros se establecieron por su propia voluntad en la ciudad donde han sido instruidos, aunque con la condición –cabría añadir– de que esta les ofrezca recursos suficientes para poder hacerlo. Estrabón enumera los filósofos que ilustraron Tarso y señala sus vínculos respectivos con los personajes romanos a quienes educaron. De ese modo podemos comprender la influencia del Asia griega sobre Roma, una influencia que encontramos tanto en los recursos urbanos como en el arte, las letras y las ciencias en general.

En el suelo asiático, ya repleto de un largo pasado de historia, surgen ciudades helénicas por todas partes. En Bitinia surge una Antigonía que Lisímaco, convertido en jefe después de Antígono, funda de nuevo denominándola Nicea, por el nombre de su esposa. Construida a orillas de un lago, en medio de una vasta llanura muy fértil, Nicea tiene una muralla en forma de cuadrado con un perímetro de tres kilómetros atravesado por cuatro puertas; internamente, presenta unas calles rectas que se cruzan en ángulo recto. Estrabón, a quien debemos estas explicaciones, precisa:

Las calles están dispuestas de tal modo que se puede divisar desde una piedra colocada en el centro del gimnasio las cuatro puertas de la muralla.

Se trata de una regularidad perfecta, con el cruce perpendicular de las dos grandes vías, a la que se presta de forma excelente la horizontalidad del emplazamiento. En la misma región encontramos también Nicomedia, al fondo del golfo de Ástaco, en la Propóntida o mar de Mármara. Esta ciudad toma su nombre de Nicomedes I, rey de Bitinia (279-250 a.C.), y acogió a los habitantes de la ciudad de Ástaco, destruida por Lisímaco, según nos cuenta Estrabón. En el siglo IV a.C. Libanio elogia el esplendor de Nicomedia, de la que afirma que solo existen cuatro ciudades más grandes que ella, pero ninguna más bella.

Encontramos también las ciudades fundadas por los Atálidas, soberanos de Pérgamo: las Eumenias, las Atalias, como la Atalia de Panfilia, a la que está vinculado el nombre de Atalo II Filadelfo (159-138 a.C.), y cuyas vías fueron restauradas por el emperador Claudio en el año 50 d.C., a la espera de que en el siglo siguiente se construyera un arco de triunfo en honor de Adriano. La huella romana se añadió a la huella de Pérgamo, cuyos cultos habían sido establecidos por su fundador una vez que hubo agrupado a todos los habitantes tras la muralla protectora de la nueva ciudad.

Una nueva Éfeso, debida a Lisímaco, añade otro anillo a la cadena de los avatares de esta ciudad, cuya evolución se vio accidentada por los desplazamientos sucesivos y que, sin embargo, nos da testimonio de una significativa continuidad vital. Plinio el Viejo escribe:

Éfeso, fundada por las amazonas, tuvo muchos nombres antes que este: Alope, en tiempos de la guerra de Troya, luego Ortigia y Morgia, y también Esmirna, llamada comúnmente Trachea, Samornion y Ptelia.

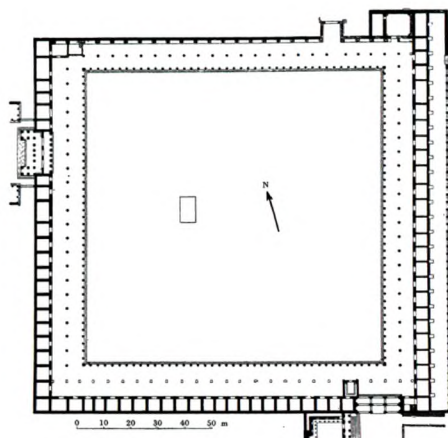
Su destino está vinculado al río Caistro, que baña sus muros, y que

[...] recibe el agua de diversos riachuelos y del estanque de Pegaso, por lo que arrastra gran cantidad de limo que va extendiendo por la superficie de la tierra, uniendo a tierra firme la isla de Syrié [...]

situada frente al promontorio de Ayasoluk, donde habían desembarcado los emigrantes griegos en el siglo XI a.C. La tierra y los habitantes cambian; en el marco de este emplazamiento se produce una transformación constante de los seres y las cosas.

Estrabón nos muestra la vieja Éfeso oponiéndola a los aspectos sucesivos de la ciudad: estaba situada en los alrededores del *Athenaeum* —que, en tiempos de este autor, se encontraba fuera de la ciudad—, y junto al *Hypelaum*. El barrio o arrabal al que estaba vinculado el nombre de Esmirna se extendía entre un lugar llamado Trachea, una ladera que bordeaba el Coreso, y el promontorio de Lepre Acte (Pion), que en tiempos del geógrafo dominaba la ciudad y sostenía una parte de la muralla. Estrabón subraya:

Todavía hoy a los descendientes de Androclos se les denomina con nombres de reyes y gozan de ciertas prerrogativas: ocupan, por ejemplo, el lugar de honor en los juegos públicos y llevan ropas de color púrpura, enseña de su real origen, y un bastón, a modo de cetro. Asisten además de pleno derecho a los misterios de Ceres Eleusina.



94

No conozco nada más típico que un hecho como este, que tiene un origen milenario, para señalar la continuidad vital de una ciudad, que es el principio fundamental para el estudio de la misma desde el punto de vista del urbanismo.

Del mismo modo, no hay nada más característico que la tendencia del hombre a permanecer vinculado a su localidad originaria —otro factor importante del urbanismo— que este otro hecho, relatado por el mismo autor: Lisímaco, al darse cuenta de la escasa celeridad con la que los efesios tomaban posesión de la nueva ciudad construida para ellos, aprovechó la primera gran tormenta para cerrar todos los desagües de la vieja ciudad, que de este modo quedó inundada, lo que obligó a sus habitantes a abandonarla. Prosigue Estrabón:

A la nueva ciudad la había llamado Arsinoe, por el nombre de su esposa aunque el viejo nombre prevaleció.

Se hicieron algunos cambios en la administración de la ciudad. Sin embargo, el Caistro proseguía depositando aluviones, que causaban graves problemas a la ciudad. Atalo II Filadelfo, pensando en aumentar la profundidad del puerto para hacerlo accesible a los barcos mercantes más grandes —nos sigue relatando Estrabón—, hizo retroceder la entrada por medio de un dique. Pero el resultado fue contrario a las previsiones: retenidos a partir de entonces en el interior del dique, los limos depositados por el río crecieron tan rápidamente que incluso llegaron hasta la entrada del puerto.

De todos modos, observa Estrabón, la ciudad le debe a su situación muchas otras ventajas, de modo que creció día tras día, y debemos considerarla el punto de intercambio comercial más importante entre Grecia y Roma, por una parte, y Asia Menor, por otra. En el origen de esta fortuna está la gran ruta terrestre de la India que Éfeso encabeza. Estrabón nos informa en particular que el mercado de esta ciudad había extendido su radio de acción hasta Capadocia. La ruta a la que nos hemos referido alcanza esta última región por Magnesia del Meandro, Tralles, Nysa, Antioquía de Caria, Laodicea, Apamea y Metrópolis —todas ellas en Frigia—, Holmi, situada en la frontera entre Frigia y Paroreia y luego Licaonia. Desde Mazaca, en Capadocia, se dirige luego hacia el Éufrates, al que alcanza por el lado de Samosata, en Commagene y, desde allí, llega finalmente a la India.

La persistente importancia de Éfeso —que Plinio el Viejo nos presenta «elevada sobre el monte Pion», con la fuente Callipia y el templo de Diana «abrazando con sus aguas las dos Selinuntres»— se pone de manifiesto en el aspecto que revistió la ciudad bajo el Imperio Romano, en el que han persistido los rasgos fisonómicos de la época helenística, e incluso de la época griega propiamente dicha. Sabemos que esta ciudad, cabeza de la provincia romana de Asia, fue embellecida en el siglo II d.C., y que en ella se levantaron construcciones importantes, debidas en buena parte a la familia de los Vedii, quienes se habían establecido dentro de sus muros. Adriano nos es presentado como fundador y salvador de Éfeso, a la que prodigó todo tipo de donativos y favores. Adriano dio a Artemisa, tal como reza una inscripción:

[...] sus justos privilegios y sus leyes, suministró a sus habitantes provisiones traídas de Egipto, consiguió que su puerto fuese accesible a los barcos y desvió el curso del Caistro, que lo encenagaba.

La ciudad que encontramos en tiempos del Imperio Romano presenta una gran magnificencia. Desde el puerto de Coresos, al oeste, hasta el promontorio de Pion, al este, se extienden majestuosos edificios y discurren tres vías imponentes, paralelas, flanqueadas por columnas, uniendo los anchos muelles de mármol y el pie del promontorio. La vía más meridional conduce hasta el ágora, testimonio superviviente de su pasado griego. La vía más septentrional, que es la más importante, lleva hasta el teatro, construido al pie del Pion. Junto al ágora griega volvemos a encontrar la vía con columnas y el teatro, con sus connotaciones helenísticas. Frente a la fachada de este, se alza una puerta ornamental con una triple arcada, mientras que en el extremo opuesto de la vía, en su llegada al muelle, se encuentra otra puerta análoga que se remonta tal vez a los tiempos de Lisímaco con el trazado de la vía. La calzada pavimentada de esta vía mide 11,40 metros de anchura. Los paseos laterales para peatones, bajo la columnata, tienen una anchura de cinco metros y están pavimentados con mosaico. Se trata de la Vía Arcadiana, que toma el nombre del emperador romano de Oriente Arcadio (395-408 d.C.), y una inscripción nos informa de que durante la noche los pórticos estaban iluminadas.

En el siglo IV d.C. Libanio comenta la iluminación nocturna de Antioquía, donde algunos habitantes, durante el día prolongado de ese modo, siguen trabajando, mientras otros gozan de la alegría de vivir. Vemos aquí unos efectos sociales que llaman nuestra atención del mismo modo que aquellos otros efectos producidos por las vías porticadas, que he señalado más arriba. En virtud del principio según el cual debemos relacionarlo todo con todo, el urbanista, situado frente a estos dispositivos urbanos, jamás deberá observarlos en sí mismos, sino siempre en relación con la población a la que satisfacen, pudiendo hacer que surjan nuevas necesidades.

Aproximadamente de mediados del siglo VI d.C. se puede datar un *tetrakionion* que se alza en la calzada de la Vía Arcadiana, frente a la salida en la columnata de esta de una calle en dirección norte-sur de una anchura de nueve metros. Se trata de cuatro pedestales, cuadrados en la base, de tres metros de lado entre los cuales se abre, en el centro, un paso de una anchura de 5,37 metros; están separados de la columnata a la cual están adosados por un intervalo de 5,44 metros. Cada una de las bases está formada por tres peldaños encima de las cuales se alza un bloque decorativo octogonal que sostiene el fuste de una columna coronada por un capitel corintio, sin duda soporte él mismo de una estatua. Una inscripción nos informa de que este grupo de cuatro columnas fue erigido por un personaje llamado Frontino.

Un poco más al norte de Éfeso, en la costa, Esmirna, fundada por una amazona —según Plinio el Viejo— «quien se complacía a orillas del río Meles», nos presenta igualmente la fase helenística de su evolución. Estrabón explica que los efesios y los esmirnios vivían originariamente unos al lado de otros, y que posteriormente se separaron, de modo que los esmirnios construyeron la vieja Esmirna a veinte estadios (3.700 metros) de la ciudad de su época. Por su parte, Pausanias escribe que, en otro tiempo, Esmirna había estado situada en un lugar que todavía entonces se llamaba, mientras él vivió, «la ciudad vieja».

Fue destruida en el siglo VII a.C. por los lidios y en aquel lugar solo quedaron un puñado de aldeas. Ahora bien, según explica Estrabón, Antígono y, después de él, Lisímaco reconstruyeron Esmirna, y en toda Jonia no hubo ciudad más bella. Plinio el Viejo y Pausanias afirman que fue el propio Alejandro quien fundó la nueva ciudad, la Esmirna de su tiempo. Pausanias escribe que el conquistador habría tenido un sueño en el que le habría sido ordenado por la divinidad que construyera una ciudad en el lugar donde se había quedado dormido, y que obligara a los esmirnios a abandonar el emplazamiento de su antigua ciudad para ir a establecerse en la nueva.

Sea como sea, hacia finales del siglo IV a.C. surge la Esmirna helenística, que luego será romana. Una parte de la ciudad se extiende sobre el monte Pagos, pero según Estrabón la ciudad se asentó sobre todo en la llanura, en las proximidades del puerto, cerca del *Metroon* (templo de la Madre de los dioses) y del gimnasio.

Las calles han sido notablemente trazadas formando ángulos rectos siempre que ha sido posible. Todas ellas están pavimentadas. Hay unos grandes pórticos cuadrados, con una planta baja y un piso superior. La ciudad tiene también una biblioteca y el *Homerium*, es decir, un pórtico cuadrado que contiene el templo y la estatua de Homero [...]

a quien los esmirnios reivindican como uno de los suyos. Siempre según Estrabón, Esmirna ofrece también la ventaja de poseer un puerto, que puede ser cerrado. En cambio, los arquitectos —señala Estrabón— cometieron el error de no disponer bajantes bajo el pavimento de las calles, de modo que está siempre cubierto de inmundicias, sobre todo cuando llueve, puesto que la lluvia esparce los montones de basura. La ciudad estaba protegida por una muralla a lo largo de la cual se alzaban torres: de dos de ellas conocemos sus nombres gracias a una inscripción de época helenística: la torre de la Buena Fortuna y la torre del Año Feliz; la inscripción es una ordenanza que prescribe a los hombres de un barrio concreto de Esmirna que se reúnan entre esas dos torres.

¿Debemos fechar en la época helenística la ciudad de Mitilene, en la isla de Lesbos, tal como hace entrever Vitruvio, en el siglo I d.C.? Vitruvio elogia sus edificios, pero señala que fueron dispuestos con escasa previsión, puesto que el viento de mediodía hace que los habitantes caigan enfermos, el viento del noroeste los hace toser, y el viento del norte, que les devuelve la salud, es, por el contrario, tan frío que les impide salir a la calle. Así pues, en esta ciudad había calles orientadas en estas tres direcciones. Ello nos lleva a suponer que la ciudad tenía un trazado radial, de modo que el abanico de calles se abría hacia el oeste, de norte a sur. De todos modos, Estrabón no dice nada al respecto. Solo dice que Mitilene tiene dos puertos: uno al sur y el otro al norte, este más importante y protegido por un malecón, ante los cuales surgía una pequeña isla que formaba un barrio bastante populoso de la ciudad. Estrabón añade que esta isla está provista de todo tipo de cosas, y que Pompeyo y el historiador Teofanio —este último oriundo de la isla y muy amigo del primero—, realizaron en ella importantes obras de embellecimiento.

El mar Egeo es en todo momento la gran vía por excelencia, cuyas orillas están salpicadas de ciudades. Es el caso de Casandria, fundada por Casandro, rey de Macedonia

(306-297 a.C.), situada en esta región, en el istmo de la península de Palene, en sustitución de una antigua colonia de Corinto, Potidea, cuyos habitantes —según cuenta Pausanias en el siglo II d.C.— habían sido expulsados de su ciudad en dos ocasiones, primero por los atenienses y luego por Filipo, padre de Alejandro. Diodoro de Sicilia precisa que

Filipo trasladó a Casandria algunos habitantes procedentes de las ciudades del Quersoneso, de Potidea y de diversos lugares vecinos. También la pobló con quienes habían sobrevivido a la ruina de Olinto [...]. Finalmente, distribuyó entre los habitantes de Casandria muchas tierras fértiles: la nueva ciudad, favorecida de ese modo, creció rápidamente y se convirtió en una de las primeras de Macedonia.

También es el caso de Tesalónica (actualmente Salónica), la antigua Terma, fundada por Casandro hacia finales del siglo IV a.C., a orillas del golfo Termaico y a la que dio el nombre de su mujer, hija del rey Filipo y hermana de Alejandro. Estrabón explica que

Casandro la pobló con los habitantes de veintiséis localidades de la Cruside y de las orillas del golfo Termaico, que él mismo había destruido y que de ese modo quedaron fusionadas en una sola ciudad.

Esta especie de concentración urbana, análoga a la concentración industrial de nuestros días, es lo que hace nacer a la gran ciudad. En tiempos de Estrabón, Tesalónica era la más poblada de las ciudades de Macedonia, la capital de esta región. Su trazado está formado principalmente por dos calles en dirección este-oeste, que se cortan en ángulos rectos con una calle norte-sur que lleva hasta el mar.

En Tesalia, en una posición estratégica y a poca distancia de Yolcos, de donde partió la legendaria expedición de los Argonautas, se encuentra Demetrias —antño llamada Pagasos, según Plinio el Viejo—, fundada por Demetrio Poliorcetes, hijo de Antígono, que reinó en Macedonia desde el 294 hasta el 287 a.C. Según Estrabón, esta nueva ciudad fue construida entre Nelea y Pagasos, a orillas del mar, por Demetrio, «quien le anexionó sucesivamente todas las localidades de los alrededores, en primer lugar Nelea, luego Pagasos», y algunas otras, incluida Yolcos, que formaban, todavía en tiempos de este autor, otros tantos *demos* de Demetrias. Estrabón añade:

Engrandecida de ese modo, esta ciudad se convirtió durante mucho tiempo en el arsenal marítimo y el lugar de residencia de los reyes de Macedonia [...]. Actualmente, aunque está en plena decadencia, sigue muy por delante de las demás ciudades de esta parte de Tesalia.

En el centro del istmo que une la península del Quersoneso de Tracia al continente, se encuentra la ciudad de Lisimaquia, llamada así por el nombre de su fundador, Lisímaco, que se convirtió en el dueño de Tracia tras la muerte de Alejandro. La ciudad fue capital de la región. En los dos extremos del istmo se encontraban Cardia, en el golfo de Melas, y Pactia, en la Propóntida, «ambas ciudades absorbidas más tarde por Lisimaquia»,

según escribe Plinio el Viejo, quien añade que, en la época en que él vivió, esta última estaba abandonada. De este modo se pone de manifiesto la curva ascendente y descendente de una ciudad. Por otra parte, cabe señalar la forma de sinecismo que acompaña a la fundación de estas ciudades. Si Antígono funda Antigonía de Tróade, lo hace reuniendo en ella a los habitantes de distintas localidades: Estrabón menciona a los habitantes de Cebrene y de Scepsis. A la nueva ciudad se le cambió el nombre, y fue bautizada, en honor de Alejandro, con el de Alejandría, por parte de Lisímaco, vencedor de Antígono. Sobrevivió y creció bajo este nombre, añade Estrabón, y, tras convertirse en una colonia romana, pasó a ser una de las principales ciudades del imperio. Es un ejemplo más de un destino urbano en el que confluyen elementos asiáticos, greco-macedonios y romanos, y en el que los designios del soberano fundador tienen particular relevancia.

Guerras, desplazamientos de población, la acción creadora y al mismo tiempo destructora, de un conquistador: son las ciudades que nacen en sustitución de otras, o bien se desplazan, como es el caso de Sicione, situada al oeste, a poca distancia de Corinto. Esta antigua ciudad estaba formada por las dos partes habituales: la acrópolis y la ciudad baja, que llegaba hasta el puerto. Según cuenta Diodoro de Sicilia, a finales del siglo IV a.C. Demetrio Poliorcetes atacó Sicione y logró entrar en la ciudad baja, a pesar de la muralla que la protegía. La guarnición se refugió en la acrópolis y el vencedor ocupó el espacio comprendido entre esta última y la ciudad de la que se había apoderado, con el fin de doblegar, por medio de un asedio, aquel reducto defensivo. Finalmente, los sitiados se rindieron. Demetrio, dueño de la totalidad de Sicione, obligó a los habitantes a habitar la acrópolis,

[...] e hizo derribar la parte de la ciudad contigua al puerto, que tenía unos cimientos muy sólidos. Suministró a sus habitantes los medios para construir nuevas viviendas, les otorgó un gobierno libre y recibió honores divinos por haber aportado estos beneficios. La población denominó a su ciudad Demetrias, e instituyeron sacrificios y juegos anuales en honor del Poliorcetes, a quien dispensaron el trato de fundador de la ciudad.

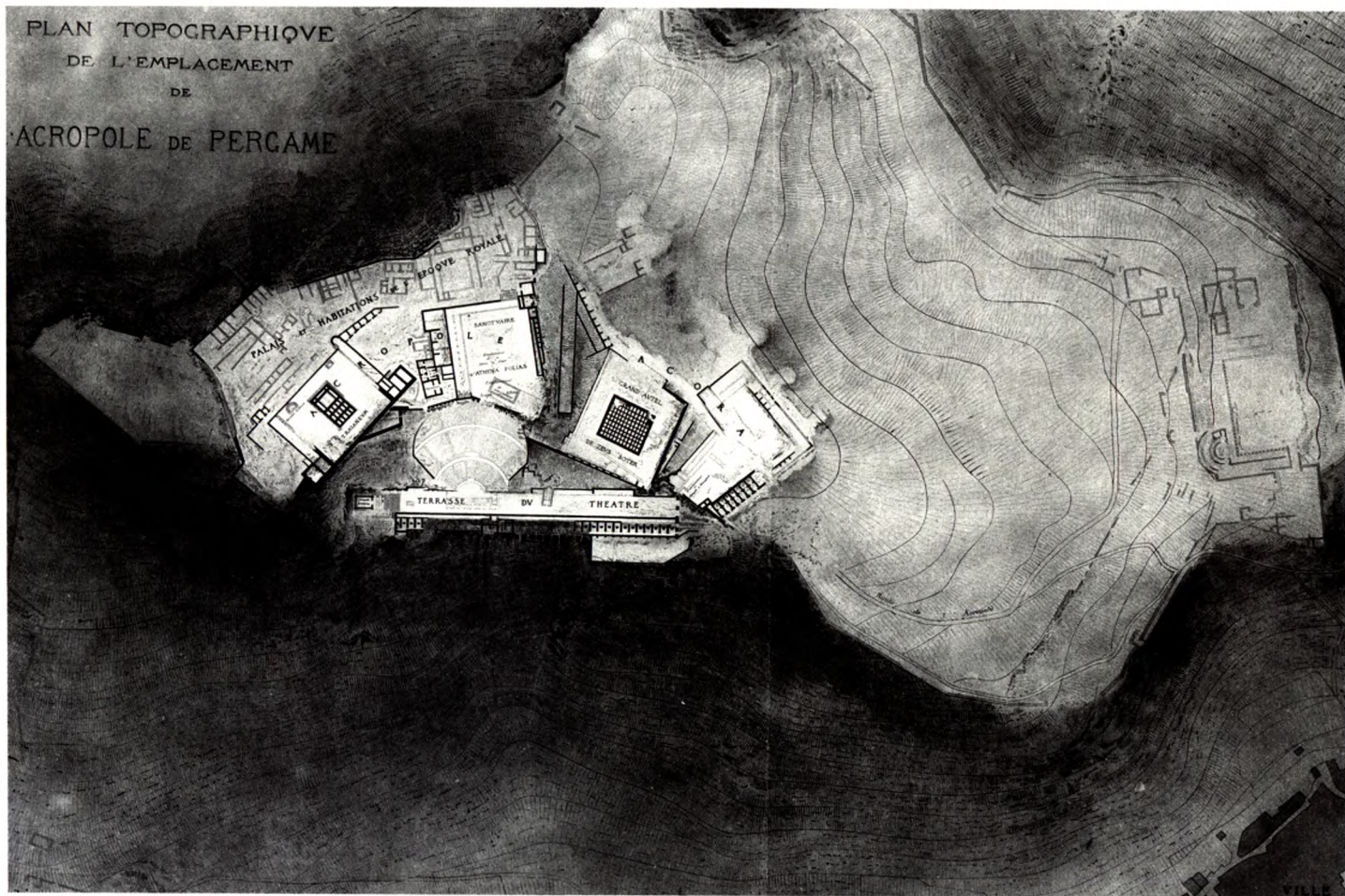
Diodoro añade que jamás dejaron de ocupar el emplazamiento que se les había asignado. Un promontorio que domina dicho emplazamiento se convirtió en la acrópolis, de la que Diodoro nos dice que era muy sólida, extensa y rodeada por todas partes de precipicios inaccesibles y, además, estaba provista de gran cantidad de agua, lo que permitía regar numerosos jardines. Así, Sicione se desplazó en sentido ascendente, la antigua ciudad ocupó el lugar de la acrópolis originaria que, a su vez, se trasladó más arriba. Al pie de la nueva acrópolis se encontraba el teatro, cuyas ruinas todavía permanecen y junto al cual se extendía el estadio, mientras más abajo encontramos la huella del ágora. En la nueva ciudad se han encontrado algunos vestigios de un trazado regular. En cuanto a la ciudad antigua, el lugar que ocupaba solo servía, en la época en que escribió Estrabón, como puerto y arsenal.

PÉRGAMO. LAS CIUDADES DE PANFILIA Y PISIDIA

Podemos afirmar que los tiempos helenísticos representan el reinado de la ciudad. En todas partes vemos su predominio con, sobre un fondo común, ciertas características especiales que nos impiden confundir, por ejemplo, una fundación de Alejandro con otra realizada por Seleuco. En esta última el elemento helénico parece haber tenido un carácter más específicamente conquistador, mientras que en la precedente, el espíritu de fusión greco-persa, que estaba en la base de la política de Alejandro, parece verse más favorecido. Alejandría, capital del Egipto de los Lágidas, pertenece sin duda a la misma categoría de ciudades que Antioquía, capital del imperio seléucida. Y, a pesar de ello, no se parece demasiado a esta última. Del mismo modo, aunque hay que considerar a Pérgamo, la capital de los soberanos Atálidas, próxima a las dos ciudades precedentes, se nos presenta con unos rasgos propios. Existen géneros urbanos, con sus especies. Y la filiación que debemos establecer entre la ciudad griega propiamente dicha y la ciudad helenística sitúa a Pérgamo, tanto real como geográficamente, más cerca de la primera que Alejandría o Antioquía. Por el contrario, en estas dos últimas ciudades nos sentimos más cerca de la Roma de los césares o de las ciudades renacentistas que de Pérgamo.

En un paisaje accidentado, sobre una colina que se alarga de norte a sur, al pie del cual serpentean, al este, el río Ketios y, al oeste, el río Selinus, ambos afluentes del Caicos, que domina el fértil valle, una acumulación de edificios públicos agrupados en la cima en forma de media luna, situados a distintos niveles, o en la parte más elevada de la vertiente occidental: esto es Pérgamo que, a 335 metros de altitud, surge ante los admirados ojos del viajero, en la parte de Asia Menor situada frente a la isla de Lesbos. Al norte, en el punto más elevado del promontorio, se encuentra el palacio del soberano, que acabará siendo transformado en un templo en honor de Trajano, el Trajaneum, en época romana. Luego, hacia el sur, siguen: la biblioteca, el santuario de la divinidad poliada, Atenea, y, a un nivel un poco más bajo, el grandioso altar de Zeus Sóter, engalanado con magníficas esculturas, y el ágora, situada a un nivel inferior respecto al monumento precedente. Inmediatamente por debajo de esta hilera de edificios, curvada hacia el oeste, el teatro introduce, en la ladera occidental, la cavidad de una concha girada boca arriba, y está acompañado, por detrás de la escena y paralelamente a esta última, por una larga terraza, construida sobre la cresta rocosa que se extiende hasta los pies del Trajaneum, al norte, y del ágora, al sur.

Esta disposición general nos permite discernir las distintas etapas de la formación de Pérgamo, que significa «ciudadela». En el punto más elevado, una especie de fortaleza,



95

95 Plano topográfico del emplazamiento de la Acrópolis de Pérgamo.

96 Vista panorámica del Trajaneum de Pérgamo (restitución).

97 Sección norte-sur del Trajaneum de Pérgamo (restitución).

98 Planimetría general del Trajaneum de Pérgamo (restitución).

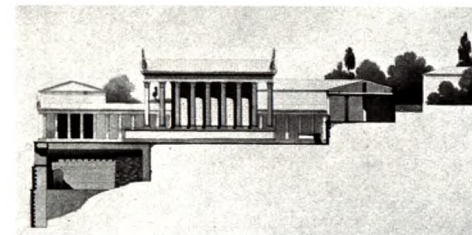
la residencia de un jefe, da origen a ambos lados a una agrupación de viviendas, formada bajo la doble égida de dicho jefe y de la divinidad poliada, Atenea. Se trata de una agrupación que adopta el aspecto de una acrópolis. Por debajo de la misma, el ágora indica que dicha agrupación ha evolucionado: se ha desarrollado como un anexo de su punto de origen. En el promontorio, la diferencia de nivel entre la acrópolis y lo que está por debajo de la misma se corresponde con una división orgánica que también queda revelada en la aglomeración por la localización del ágora.

La historia nos permite verificar todas estas hipótesis. Nos enseña que, en su origen, Lisímaco había convertido esta cima escarpada en un *gazophylacium*, es decir, en un refugio para tesoros, cuya vigilancia había confiado a un personaje llamado Filetero. Este se las arregló para independizarse y, tras haber poseído este enclave durante veinte años, en el año 263 a.C. lo transfirió a su sobrino Eumenes. Pérgamo se desarrolló al mismo tiempo que fue ascendiendo esta familia, que logró crear un importante reino en Asia Menor. El nido de águilas, apropiado para servir de caja fuerte, se transformó en un admirable centro de civilización cuya biblioteca rivalizó con la de Alejandría. Ciertamente, Pérgamo está muy por debajo de esta última ciudad o de Antioquía, tanto en superficie como en número de habitantes. Pero, por otro lado, no está tan teñida de elementos orientales. Presenta un tipo griego más puro. ¿No es cierto, además, que se encuentra en los lindes del viejo mundo griego de la orilla asiática del mar Egeo, y que el Estado del que es la capital comprende las viejas ciudades de dicha orilla o de las islas costeras, a las que tanto debe la civilización griega? Se trata de una ciudad del monarca, dominada por el palacio del soberano, en cuyas cercanías tiene su lugar de honor la biblioteca, que es una institución real. Estrabón señala el celo con que los Atálidas se dedicaban a buscar toda clase de libros para formar la Biblioteca de Pérgamo.

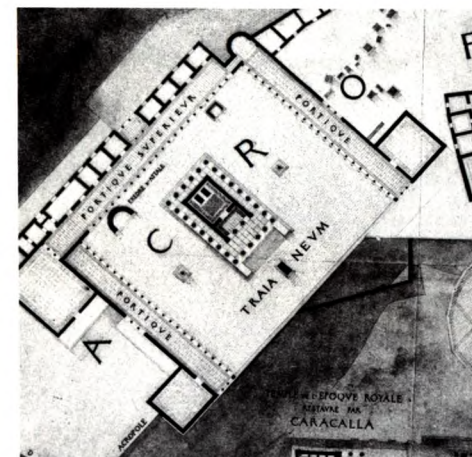
La curva de la ciudad dibuja su línea ascendente a partir del reinado de Eumenes I (263-241 a.C.), quien inaugura la era de las conquistas. Se remonta a esta época y a la sucesiva en la que reinó Atalo I (241-197 a.C.) —otro sobrino de Filetero y el primer miembro de la familia que obtuvo el título de rey— la formación de la aglomeración al pie de la acrópolis donde el ágora —como ya hemos dicho— es el elemento característico. Tenía su muralla, distinta sin duda, como es habitual, de la que rodea la acrópolis. Si no hubiese actuado la voluntad del soberano sobre la fisonomía urbana, habríamos asistido a la evolución pura y simple de cualquier ciudad griega. Los rasgos del poder regio se acentúan con Atalo I, vencedor de los gálatas, y sobre todo con su hijo y sucesor Eumenes II (197-159 a.C.). En tiempos de la guerra que libró el primero de estos reyes contra Filipo de Macedonia, podemos entrever Pérgamo hacia el año 200 a.C. a través de los relatos de Polibio y de Diodoro de Sicilia. Más allá de los muros, que el rey de Macedonia no logró derribar, se encuentran los templos con sus altares, y un bosque sagrado, el *Nicephorium*, rodeado por una cerca, donde algunos santuarios y otros monumentos se van desgranando entre la vegetación. Esta especie de periferia urbana, en la que los mismos autores revelan también la existencia, hacia mediados del siglo II a.C., de un templo de Esculapio, denota la importancia que ha alcanzado la ciudad y el elevado grado de civilización. El reinado de Atalo I marca el inicio



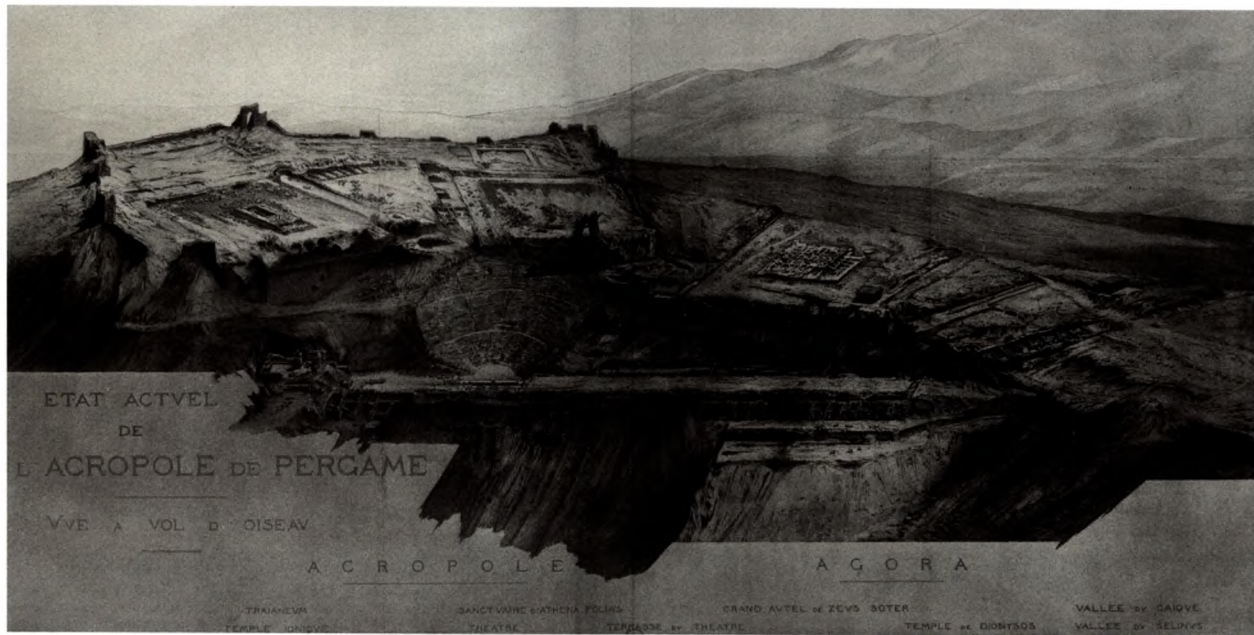
96



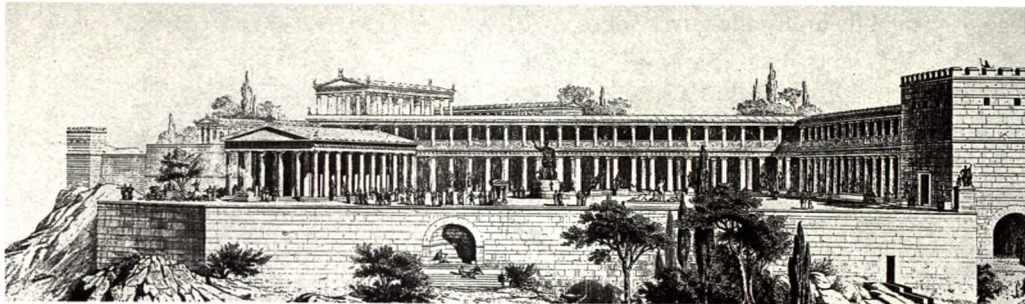
97



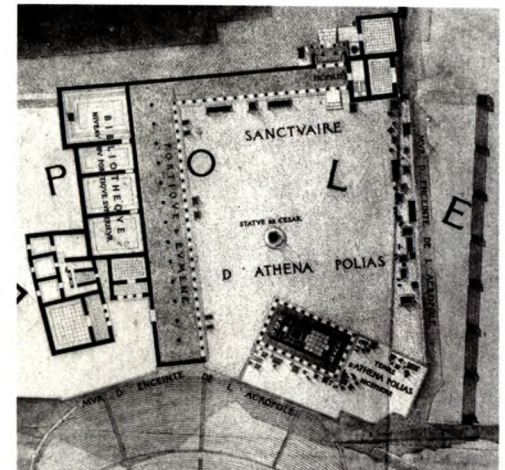
98



99



100



101

99 Parte alta de Pérgamo. De derecha a izquierda, en la cima: el palacio, la biblioteca, el templo de Atenea Poliade; y, a una cota más baja, el altar de Zeus Sóter y el ágora. Abajo: el teatro y su terraza. (Tomada de Pontremoli y Collignon, *Pérgame*, Société française d'éditeurs d'art.)

100 Vista meridional del santuario de Atenea Poliada en Pérgamo (restitución).

101 Planimetría general del santuario de Atenea Poliada en Pérgamo.

102 Vista principal del altar de Zeus en Pérgamo (restitución).

103 Planimetría del ágora superior de Pérgamo.

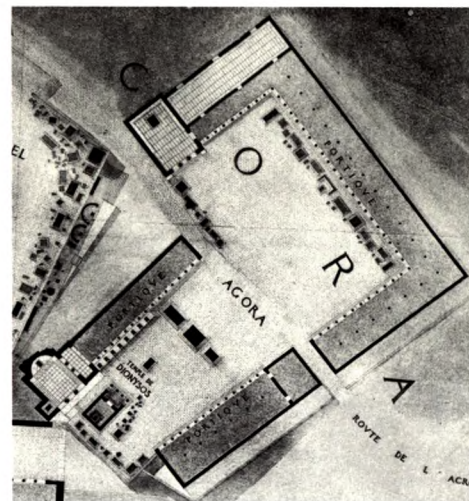
de la alianza entre los Atálidas y Roma, que tuvo el momento álgido en las legaciones que Atalo III (138-133 a.C.) mandó a Roma. Estos vínculos contribuyeron al desarrollo del helenismo en esta última ciudad.

Durante el reinado de Eumenes II, la curva de Pérgamo alcanzó su punto más alto, que se corresponde con la expansión del reino de los Atálidas. Como escribe Estrabón, este soberano engrandeció Pérgamo y plantó el bosque del *Nicephorium* (que Filipo de Macedonia había mandado talar). También se deben a Eumenes II, añade Estrabón, los lugares de culto, las bibliotecas y toda la magnificencia que resplandece en la ciudad actual. La ciudad se extendió por toda la colina y una nueva muralla la abrazaba aproximadamente por la parte baja de la misma. Si cruzamos la muralla por la puerta situada al sur, llegamos a un ágora debajo de la cual se encuentra el gimnasio, órgano esencial de la ciudad helénica. En efecto, en él se imparte la educación griega. En Pérgamo, este lugar tiene tres niveles superpuestos, de modo que cada nivel cumple una función específica. El nivel inferior está destinado a los niños, y el nivel siguiente, situado en el mejor emplazamiento, está destinado a los efebos. Luego, siempre ascendiendo por la ciudad, se llega a la ciudad vieja, a la antigua ágora, desde donde se eleva la medialuna de edificios hasta llegar a la residencia real. Desde la terraza del teatro, donde acude presurosa la población, se extiende la vista sobre el valle del Selinus y, más allá, las montañas forman un dorado lienzo. En la parte superior, las columnas, las estatuas y el altar de Zeus, con su maravillosa apariencia, parecen cantar, bajo el cielo luminoso, un himno a la belleza, mientras que de la biblioteca alienta a lo lejos el espíritu creador.

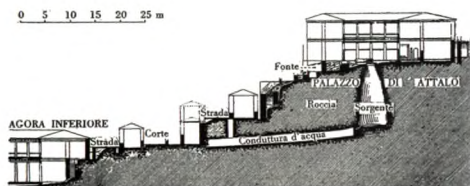
Esto es Pérgamo, a una jornada del mar griego, la capital de un Estado cuyos soberanos ostentan poder y riqueza, un centro de arte, de saber y de industriosa actividad, una ciudad griega y al mismo tiempo monárquica, donde el soberano, a la manera oriental, recibe un culto divino. Ciudad griega, Pérgamo goza de una vida política o, mejor dicho, municipal, que normalmente se desarrolla en el ágora; sus ciudadanos están repartidos en tribus y *demos*, y disponen de su asamblea popular, su senado y sus pritanes, además de los magistrados inferiores, como los agoránomos y los astínomos. Pérgamo, ciudad monárquica, sede de la corte y centro de la administración real, sus derechos cívicos están, sin embargo, limitados por la intervención del poder central, representado por los estrategas y por el gobernador, nombrado por el rey. En una ciudad como esta, el palacio, donde el soberano está rodeado de todo el lujo de Oriente, predomina sobre el ágora. Ahora bien, no hay nada que pueda facilitar la existencia que haya sido desdeñado. Las fuentes, captadas directamente en las montañas, servían para abastecer de agua a la ciudad. Se ha conservado una ordenanza que nos da testimonio de las precauciones que se tomaban para garantizar el correcto orden urbano. Las casas que amenazaban con derrumbarse sobre la vía pública tenían que ser restauradas por sus propietarios y, a falta de ello, se encargaban de hacerlo, a su costa, los astínomos, que eran directamente controlados por los estrategas; también dependía de ellos la limpieza de las calles. Estaba prohibido instalar fábricas de ladrillos en el interior de la ciudad; estaba fijada la anchura de las vías situadas fuera de la ciudad y los propietarios de los terrenos de sus bordes eran responsables de su manteni-



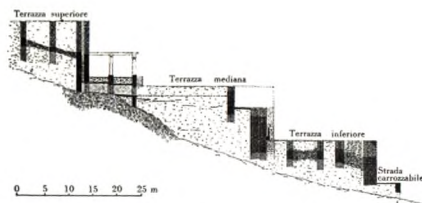
102



103



104



105

104 Sección desde el ágora inferior al palacio de Átalo.

105 Sección del gimnasio de Pérgamo con las tres terrazas (reconstrucción).

miento. Existía también una reglamentación para los muros medianeros y para impedir que dos casas contiguas situadas en niveles distintos tuvieran humedades.

Plinio el Viejo asegura que en la época romana Pérgamo era, con mucho, la ciudad más célebre de Asia y no parecía haber sufrido ningún cambio de régimen. El antiguo reino atálida se convirtió en la provincia romana de Asia, y Pérgamo creció e incluso rebasó por el sudoeste la muralla de Eumeno II. A mediados del siglo II d.C. Pérgamo debía de contar con unos 120.000 habitantes. Algunos edificios públicos romanos se despliegan en la parte baja del promontorio, en cuya cima el Trajaneum, situado en el lugar donde se alzaba el palacio de los Atálidas, parece reinar sobre Pérgamo, convertida en ciudad romana. La ciudad ha evolucionado manteniendo su carácter esencial.

Tal como la hemos observado, Pérgamo requiere algunas puntualizaciones. Su emplazamiento defensivo, muy indicado en su origen para servir de protección al tesoro de Lisímaco, la convirtió en una fortaleza ante la cual fracasaron los ataques de Filipo, rey de Macedonia, y de Prusias, rey de Bitinia. Al mismo tiempo, dicho emplazamiento determinó la fisonomía urbanística de Pérgamo. Aquí no era posible trazar, como se hizo en el terreno llano de Alejandría o en la orilla izquierda del Orontes, en Antioquía, majestuosas vías rectilíneas con su cortejo de columnas; la configuración escarpada requería una adaptación especial que la elasticidad del genio griego supo encontrar muy hábilmente: los desniveles sucesivos, el terreno accidentado o sus aristas diversas se dispusieron en forma de terrazas que zigzagueaban unas encima de las otras, de modo que cada una de ellas tenía su propio uso. La áspera configuración de la naturaleza sirvió para modelar armoniosamente la ciudad. Bajo el aparente desorden impuesto por el emplazamiento hay un arte refinado. La residencia del soberano y la divinidad poliada están situadas en lo más alto, como debe ser; el teatro está excavado en la ladera de la montaña, frente a un inmenso horizonte, abrazado tanto desde las graderías como desde el magnífico paseo en terraza, creado para el placer de la vista, en un detalle propio de los tiempos helenísticos. El gimnasio, en la parte superior del núcleo urbano propiamente dicho —a media altura— se encuentra igualmente en el lugar que le conviene. Cada elemento, comprendida la ornamentada periferia, está dispuesto de la mejor manera posible con el fin de obtener una armonía perfecta y acompaña a esa música divina que, desde la montaña, huella del genio del hombre, asciende hacia el cielo resplandeciente de luz. Este emplazamiento griego de una ciudad, próximo a las orillas del Egeo, parece haber inspirado esta creación urbana, en la que podemos observar un respeto al terreno y una adaptación a las líneas naturales que están entre los rasgos característicos del urbanismo griego. Por otra parte, debemos mantener el recuerdo del bosque sagrado del *Nicephorium*, así como del de Dafne, cerca de Antioquía, los cuales parecen preludiar los vastos y magníficos jardines que Roma ofrece ante nuestros ojos al final de la República y bajo el mandato de los césares.

Si del norte de Asia Menor pasamos al sur, a Panfilia, llamará nuestra atención también el auge de las ciudades. A unos diez kilómetros de la desembocadura del río Cestro se encuentra Perge, cuyo emplazamiento, junto a las condiciones de su formación, dividió en acrópolis y ciudad baja; la primera con su propia fortificación y la segunda provista de muralla tan solo en los lados no adosados a la montaña. Podemos ir de una parte a la otra

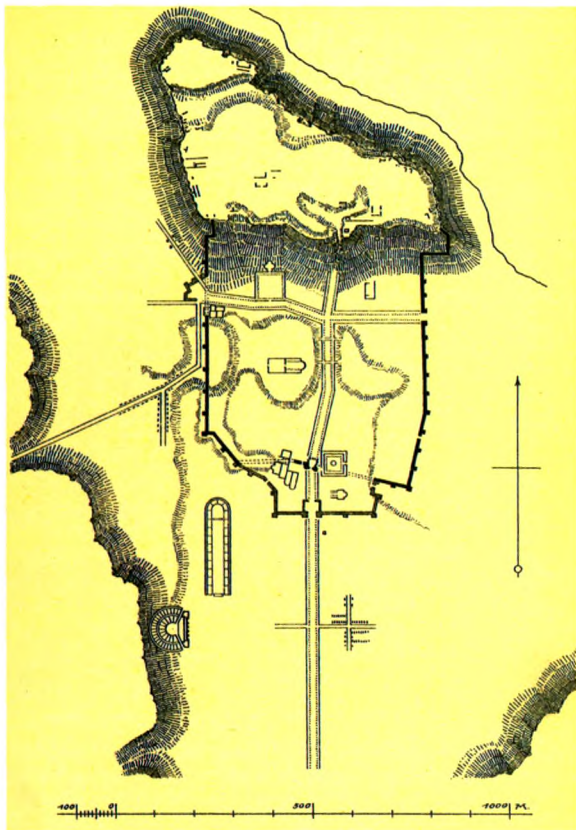
a través de un camino sinuoso en forma de escalera que, desde el centro del recinto fortificado de la acrópolis, va a desembocar a la gran calle norte-sur de la ciudad baja. Dicha calle, recta, de una anchura aproximada de 30 metros, flanqueada por columnas y por cuyo eje discurre un canal que puede ser cruzado mediante pasarelas, cruza otra calle, de este a oeste, formando ángulos rectos. De ese modo, la ciudad baja se subdivide en cuatro barrios: el barrio de la parte noroeste contiene la palestra de Julio Cornuto; el de la parte sudoeste, una basílica y unas termas; el de sudeste, un mercado constituido por una pequeña plaza rodeada de pórticos bajo los cuales se alojaban las tiendas. El teatro, con una capacidad para 12.000 espectadores y el estadio, se encuentran en el exterior de la muralla, al pie de la colina que hacia el mediodía domina la estrecha llanura a través de la cual el Cestro llega hasta el mar. La ciudad se abastecía de agua por medio de canalizaciones. Estrabón señala:

[...] a un lado, en una posición muy visible, el santuario de Artemisa Pergea, que es la gran divinidad local, y en cuyo recinto se celebra cada año una asamblea general de la población.

Paralelamente al Cestro, y como él, se precipita por el este desde lo alto de las montañas hasta el mar de Panfilia otro torrente, el Eurimedon, que discurre muy cerca de Aspendos, una ciudad panfílica que se alza sobre un promontorio y que, antigua colonia argiva situada a sesenta estadios (once kilómetros) de la desembocadura del Eurimedon, contaba con un buen número de habitantes en tiempos de Estrabón, como él mismo nos informa. Pero el verdadero inicio de su desarrollo urbano —como del resto de las otras ciudades de la Panfilia e incluso, podemos afirmar, del Asia romana en general— tuvo lugar en tiempos posteriores. En el caso de las ciudades panfílicas, este ascenso comienza a partir del mandato de Claudio y se acentuó en el siglo II d.C., especialmente en tiempos de Adriano y Antonino. De esa última época data el aspecto fastuoso de la ciudad, con las grandes vías columnatas, las termas suntuosas, las ágoras monumentales, los teatros, los estadios y los odeones, construidos para una población a la que le gustan las comodidades y el lujo o, dicho brevemente, las manifestaciones del fasto y la riqueza; esta última es exclusiva de los propietarios particulares que por vanidad o por ambición secundan el patriotismo local y con su fortuna benefician a la ciudad construyendo edificios o con donaciones de distintas clases. Si en Perge una palestra o un arco de triunfo mantienen el recuerdo del emperador Claudio, en Aspendos un acueducto se remonta a la misma época, mientras que el teatro, con una capacidad para 7.500 espectadores y una magnificencia sorprendente para una ciudad como esta, es contemporáneo de Antonino.

No debemos olvidar que nos encontramos en una región que en el fondo se mantuvo en estado salvaje, la región montañosa de Taurus, habitada por tribus de guerreros y saqueadores. Escribe Estrabón:

En general, los pisidianos ocupan las cimas mismas de los montes Tauro; sin embargo, algunos de ellos habitan en simples colinas cubiertas de olivos, que se alzan sobre las ciudades panfílicas de Sidé y Aspendos.



106

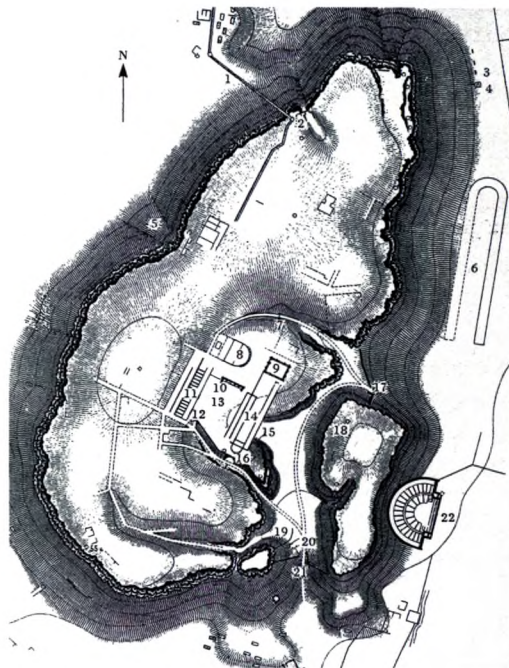
106 Planimetría general de las excavaciones de Perge.

107 Planimetría de las excavaciones de Aspendos:

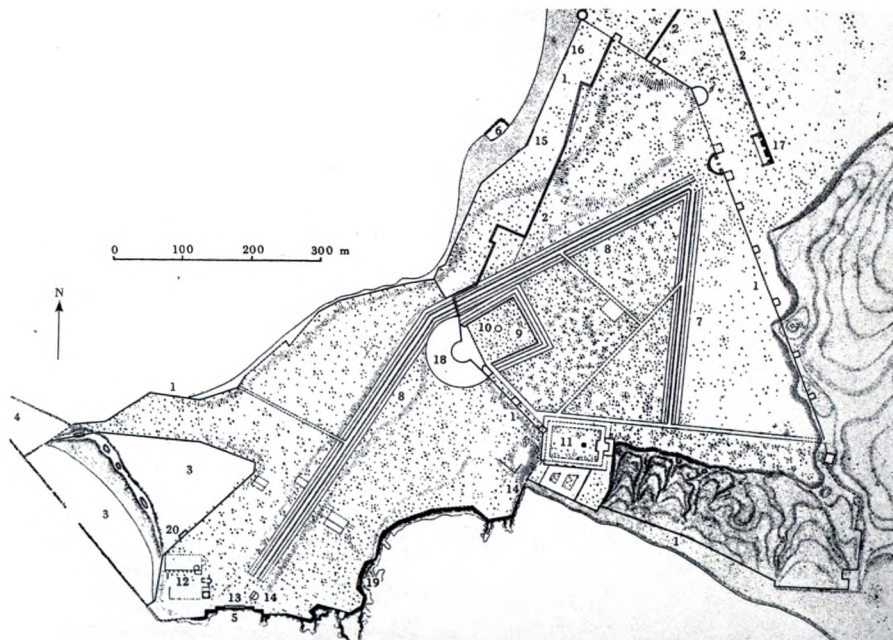
1) Acueducto; 2) Puerta septentrional; 3,4) Sepulcros; 5) Acceso occidental; 6) Estadio; 7 y 20) Bases de los templos; 8) Teatro cubierto; 9) Atrio; 10) Ninfeo; 11) Pórtico; 12) Entrada del mercado; 13) Mercado; 14) Basílica; 15) Construcciones; 16) Exedra; 17) Puerta monumental; 18) Restos de pavimento musivario; 19) Terraza; 21) Puerta meridional; 22) Teatro.

108 Planimetría de las excavaciones de Sidé:

1) Murallas; 2) Acueducto; 3) Puerto principal; 4) Puerto secundario; 5 y 6) Muelles portuarios; 7 y 8) Calle porticada; 9) Estoa; 10) Horologio; 11) Gimnasio; 12, 13 y 14) Templos; 15 y 16) Columnatas; 17) Ninfeo; 18) Teatro; 19) Manantial; 20) Cisterna.



107



108

El mismo autor nos explica que las poblaciones de Panfilia, al igual que las de sus hermanos, los cilicios, conservaron casi todas las costumbres de los antiguos piratas. Y resulta sorprendente la oposición entre este despliegue urbano y el fondo sobre el que se destaca. En mi opinión, nada podría explicar mejor la función civilizadora que es intrínseca a la ciudad.

Detrás del Eurimedon —sigue relatando Estrabón—, al este, hay un curso de agua que va a desembocar al mar, frente a un nutrido grupo de islotes y, más allá, encontramos, a orillas del mar, Sidé, con un templo en honor de Atenea. Estrabón señala el carácter original de esta localidad en los términos siguientes:

Los panfilios y los cilicios de Trachea habían convertido todos sus puertos en otras tantas guaridas destinadas a servir de refugio para sus propios piratas, o bien para facilitar a los piratas extranjeros la venta de los botines y la reparación de sus barcos. Por ejemplo, en Sidé, una ciudad panfilia en la que los cilicios tenían sus astilleros, cualquier individuo capturado por los piratas, aunque fuese reconocido como un hombre libre, se vendía en subasta.

Podríamos decir que se trata de una localidad surgida siguiendo la modalidad griega, en un emplazamiento elevado.

En la época romana Sidé comprendía dos partes: una sobre la península y la otra sobre el continente, ambas encerradas en un mismo recinto fortificado aunque separadas por una muralla construida sobre el istmo que unía la península al continente. Al norte se abría, en la muralla, una gran puerta precedida en la parte exterior por un ninfeo, y en el interior de una plaza circular, de la que parten dos calles porticadas de una anchura aproximada de nueve metros: una de estas calles se dirige en línea recta hacia el sur, mientras que la otra se dirige primero hacia el sudoeste y luego, una vez llega hasta la muralla que atraviesa el istmo, se desvía hacia el sur, corta en diagonal la península y va a desembocar en una plaza debajo de la cual se abre una ensenada. En torno a dicha plaza se encuentran los lugares de culto, una basílica y las termas. En el lugar donde la segunda calle llega al istmo hay un gimnasio y también un teatro, con capacidad para 13.000 espectadores; junto a él y detrás de la escena, hay un patio enmarcado con pórticos, en cuyo centro se eleva una especie de torre que pudo haber servido de reloj de sol. El istmo representa un punto vital de la aglomeración, puesto que es el elemento de unión entre lo que podemos llamar la ciudad marítima de la península y la ciudad propiamente continental. En cuanto al ninfeo o templo de las ninfas, debemos representárnoslo bajo el aspecto de un muro de cincuenta metros de longitud, en el que se han dispuesto tres hornacinas desde las que el agua cae a un estanque. Algunos ornamentos completan este acogedor monumento, que parece ofrecer el refrescante líquido a quienes llegan a la ciudad, de la que forma una especie de fachada ornamental. Un acueducto soportado por arcos alimentaba esta fuente. Se ha señalado con justicia que este monumento recuerda otra fachada ornamental de acceso a una ciudad: el *Septizonium* de Septimio Severo, en Roma. Resulta curioso constatar la evolución sufrida por Sidé, que siendo en su origen una guarida de piratas se convirtió en un centro consumado de civilización, brillando con el resplandor de la paz romana.



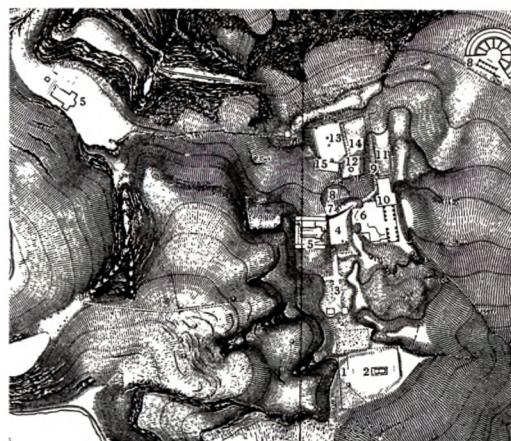
109

109 Planimetría de las excavaciones de Cremna:

1) Vía de acceso; 2 y 3) Murallas; 4) Arcadas; 5) Puertas; 6) Terraza porticada; 7) Casas; 8) Escalinata y estatua; 9) Ninfeo; 10) Cisterna; 11) Templo; 12) Foro; 13) Basílica; 14) Exedra; 15) Murallón; 16) Pórtico; 17) Teatro; 18) Gimnasio; 19) Basílicas cristianas; 20) Explanada; 22) Peña; 23) Tumbas.

110 Planimetría de las excavaciones de Sagalassos.

1) Propileos; 2) Templo de Antonino; 3) Calle principal; 4) Ágora inferior; 5) Basílica cristiana; 6) Murallón; 7) Ninfeo; 8) Teatro; 9) Calle; 10) Puerta principal; 11) Pórtico; 12) Monumento circular; 13) Ágora superior.



110

Podemos vislumbrar las ciudades de Panfilia y Pisidia —a las que Radet dedicó un importante estudio publicado en dos partes en la *Revue Archéologique* (1890 y 1893)— en los tiempos de la expedición de Alejandro. Aunque pertenecen al imperio persa, gozan de una independencia de hecho, de modo que se establece entre ellas una rivalidad recíproca de las que el conquistador no dejará de sacar provecho. Tiene que contar con ellas, puesto que son plazas fuertes que han seguido desempeñando un papel a este respecto. Explica Estrabón que en el siglo I a.C., Amintas

[...] había intentado acabar con las constantes incursiones que los cilicianos y los pisidianos realizaban, desde lo alto de los montes Tauro, en tierras de los licaonios y los frigios. También había conseguido arrebatarles muchas posiciones reputadas y que hasta entonces habían sido inaccesibles, como Cremna [...]

donde Antígono en otro tiempo estableció una colonia militar de cretenses. Y añade:

En la actualidad, Cremna ha acogido dentro de sus muros a una colonia romana.

Así, este emplazamiento montañoso fue así revitalizado por segunda vez por el elemento extranjero. Durante el Imperio Romano, esta ciudad pisidiana aparece en el interior de un recinto fortificado, con la peculiaridad de una calle porticada que conducía de la puerta oeste hasta una gran plaza central.

También en Pisidia se encuentra Sagalassos, situada no lejos de la fuente del Cestro, y de la que Alejandro se apoderó a viva fuerza en su marcha hacia el este. Estrabón nos muestra esta fortaleza, que dista una jornada de marcha de Apamea de Frigia, y que está bajo la jurisdicción de un prefecto romano que administra el antiguo reino de Amintas. Los sagalasios, añade Estrabón, ocupan, en la vertiente interior de los montes Taurus, una posición que los sitúa en las proximidades de lo que se da en llamar Myliade, es decir, la región montañosa comprendida entre el paso o desfiladero de Termesse, al sudoeste, y los territorios de Sagalassos y Apamea, al nordeste. Imaginemos una meseta aislada por todos los lados excepto por el norte, por donde está adosada a unos promontorios escarpados: este es el emplazamiento de Sagalassos. En dicha meseta, la ciudad propiamente dicha se perfila según una línea a lo largo de la cresta rocosa de este a oeste; hacia la mitad aproximadamente, parte una línea descendente hacia el sur que va a parar al pie de una especie de obstáculo montañoso que se alza frente a la ciudad. A esta última línea se adosan, al sur, a 1.633 metros de altitud, un templo construido en honor de Antonino; más arriba, el ágora; al oeste, un templo consagrado a Apolo Clariano, y, al este, el gimnasio. Entre estos dos puntos, situados a distintos niveles, una inclinada calle porticada conduce directamente a un ninfeo adosado al odeón, a 1.660 metros de altitud. Desde allí, dicha calle gira bruscamente, retoma su dirección anterior y llega hasta la parte septentrional de la ciudad, donde encontramos, a 1.682 metros de altitud, un mercado de planta cuadrada que tiene en el centro un pequeño edificio circular con columnas. En la otra línea, que va de este a oeste,

destaca, en la primera de estas direcciones, un teatro situado a 1.723 metros de altitud, y en la segunda dirección, una basílica.

Así era Sagalassos bajo el Imperio Romano. El ropaje de arte urbano propio de las ciudades orientales de dicho imperio embelleció esta aglomeración, agarrada como un águila a este escarpado del Tauro. Esto demuestra hasta qué extremo se expandió la utilización de tal ropaje, que no debemos considerar pura y simplemente romano, puesto que sus elementos, de origen típicamente helenístico, llevan la impronta del gusto griego asociado al oriental, o, dicho de otro modo, las necesidades de la vida griega mezclada con la vida oriental. Este arte urbano es el fruto de las conquistas de Alejandro. Un gran hecho histórico tuvo sus consecuencias en el campo del urbanismo: se crearon numerosas ciudades; otras encontrarían así marcada una etapa en su destino. Nace un nuevo arte urbano del que Roma, también conquistadora, se apropia y en el que dejó la huella de su propio genio; este arte, convertido en romano, se nos presenta como un modelo en el Renacimiento e, incorporado a nuestro fondo nacional, ha brillado de nuevo, bajo la forma del arte urbano clásico, desde el siglo XVII hasta nuestros días. Es el mismo arte que volvemos a encontrar especialmente en el París de Luis XIV, de Napoleón I y de Napoleón III. El origen de todo esto se halla en las profundidades del tiempo, en el vuelo audaz de un joven conquistador macedonio bajo el cielo radiante de Oriente.

Termesse es otra de las ciudades de Pisidia. Escribe Estrabón:

Algunas ciudades de esta región están situadas en medio de la montaña, pero otras se escalonan por las dos vertientes del Tauro, tanto por la vertiente de Panfilia como por la vertiente de Myliade, que es limítrofe con Frigia, al norte, y con Lidia y Caria, al oeste, todas ellas regiones cuyas poblaciones son pacíficas.

Al igual que Sagalassos, Termesse se encuentra en el lado de Myliade. Estrabón añade que es una ciudad cuya acrópolis está dominada por el monte Solime,

[...] desde donde se controla el desfiladero que da acceso a Myliade, aunque Alejandro, que quería que este paso quedara abierto, debió destruirla.

En cualquier caso, Termesse, surgida en un punto de paso obligado en una región montañosa y, por consiguiente guardián del país, representaba, en todo caso, para el conquistador un adversario con el que había que contar.

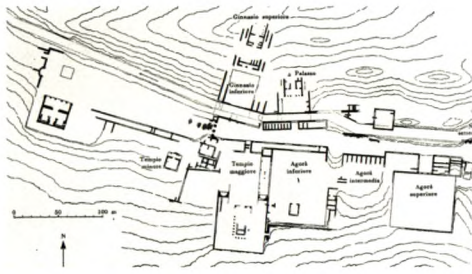
Se trata de una localidad de montaña que una depresión del suelo, dispuesta como una calle, divide en dos partes: al norte, el barrio donde se encuentran las viviendas y se ejerce el comercio local, formado, por lo tanto, por casas y comercios dispuestos a lo largo de calles porticadas; al sur, el barrio donde están localizados preferentemente los edificios públicos: los templos, el gimnasio, el teatro, el odeón y el ágora, esta a 1.043 metros sobre el nivel del mar. En la parte más elevada de este último barrio se ha dispuesto una explanada

cuyo lado norte está flanqueado por el pórtico llamado «de Osbaras», de 100 metros de longitud, mientras que otro pórtico, llamado «de Atalo», flanquea el lado oeste; una construcción alargada cierra el lado este. Desde el lado norte hasta el lado sur de dicha explanada se extiende un muro que la divide en dos partes desiguales: en la parte mayor, que se encuentra al este, está el gimnasio, mientras que en la parte menor, que se encuentra al oeste, está el ágora. Al sur, el terreno que forma la explanada no ha sido nivelado por completo. Aquí se eleva, aproximadamente en el centro, una roca que era utilizada para establecer una especie de *heroon*, acompañado al oeste de dos templos, y al este por el odeón. En la esquina nordeste de la explanada, es decir, en el extremo oriental del pórtico de Osbaras, se abre el teatro, mientras que en la esquina sudeste, detrás del odeón, una terraza colgada sobre unos barrancos soporta tres templos, uno de ellos consagrado a Artemisa. En el ángulo que recorta el muro occidental del odeón con el extremo este del lado sur de la explanada, otra terraza acoge principalmente un templo de Zeus y un oráculo de Apolo, mientras que el extremo opuesto sirve de soporte para un palacio. Desde el ágora, dos calles, una de las cuales está flanqueada por un templo de Ares y la otra por diversos monumentos y estatuas, descienden hacia la depresión que forma el límite natural entre ambas partes de la ciudad. Al oeste del barrio norte hay un monumento funerario que, al parecer, es la sepultura de un adversario de Antígono, Alcetas, muerto en el año 319 a.C. Sea como sea, en los promontorios del sudoeste se escalona, en un lugar aparte, la necrópolis de Termesse. Esta ciudad, desprovista de fuentes, solo disponía del agua de la lluvia y de la nieve, almacenada en unos depósitos por medio de unos conductos instalados en la montaña. Los soberanos de Pérgamo extendieron su autoridad hasta Panfilia, donde Sidé y Aspendos formaban parte de las ciudades libres de su reino, con el mismo estatuto, por ejemplo, que Esmirna, Priene, Mileto o Halicarnaso.

SISTEMAS DE RUTAS Y DESTINOS URBANOS. DURA-EUROPOS Y PALMIRA

Si desde Panfilia y Pisidia llegamos hasta el interior de Asia, veremos como se perfilan ante nuestra mirada, en el árido horizonte del desierto, desde el Éufrates, al este, hasta el Jordán, al oeste, una serie de ciudades que debemos relacionar con grandes arterias viarias, para hacerse idea de su creación y de la importancia que llegaron a adquirir. El valle del Éufrates representa el tránsito natural entre el golfo Pérsico y el Mediterráneo. Es la vía por excelencia de las relaciones comerciales entre este mar y la India, a través de Seleucia del Tigris, donde los barcos procedentes del golfo Pérsico dejan en tierra las mercancías, y desde donde irradian las rutas de las caravanas. Los barcos, en la vía de agua, y los camellos, con sus pesados cargamentos, punteando con su larga y alta silueta la vía arenosa del desierto: he aquí las causas de la prodigiosa fortuna de una ciudad como esta, y también de la fortuna posterior de Ctesifonte y Bagdad, situadas en las mismas orillas del Tigris. Gracias a un geógrafo de finales del siglo I d.C., sabemos que, desde Ctesifonte y Seleucia y tras haber alcanzado el Éufrates, lo que se daba en llamar la «ruta real» de los partos llegaba hasta la orilla derecha del río pasando por Dura-Europos, hasta Circesio, punto de confluencia del río Khabur. A partir de allí, la ruta, que sigue remontando el Éufrates, costea la orilla izquierda hasta Niceforio. Luego remonta el curso del Balikh y llega hasta Zeugma, en el punto en que el Éufrates, que se ha acercado a la costa de Siria y discurre paralelamente a ella, empieza a separarse de la misma y se desvía hacia el este. También se podía llegar a este punto desde Seleucia del Tigris, directamente a través de Mesopotamia. De todos modos, desde Dura-Europos una vía natural lleva a través del desierto hasta Palmira, situada en mitad del camino entre el Éufrates y el Mediterráneo, que se nos descubrirá como la ciudad que controla el comercio de la India y de Asia oriental a través del valle del Éufrates y como el gran centro de distribución comercial entre el golfo Pérsico y la cuenca mediterránea. Desde Palmira, las pistas de las caravanas irradian hacia Niceforio al nordeste, hacia Antioquía al noroeste, hacia el puerto de Arados al oeste, hacia Damasco, y también hacia Bosra y Petra, al sur. Así se explica otro destino urbano extraordinario: el de Palmira.

Puesto que la gran vía trazada por la naturaleza entre la India y el Mediterráneo, que pasa por el valle del Éufrates, por algún motivo resultaba difícil para los comerciantes, en las relaciones comerciales entre estas dos regiones serán las vías del océano Índico y del mar Rojo, y también la del desierto árabe —ambas más dificultosas y peligrosas— las que prevalecerán, en beneficio de ciudades como Alejandría y Petra. Esta última ciudad, cuyas ruinas revelan su antigua prosperidad, alcanzó su mayor auge bajo el Imperio Romano,



111

gracias a las relaciones directas con el golfo Pérsico a través del desierto árabe, a la explotación de los recursos comerciales de Arabia y a las comunicaciones viarias con Palmira a través de Bosra, así como con el puerto palestino de Gaza y con Egipto. Al igual que Palmira en el norte, era un nudo de pistas de caravanas situado al sur. También aquí, en el origen de la fortuna de una ciudad, se perfila una larga hilera de camellos que con sus sombras festonean la ardiente arena del desierto.

Estrabón nos describe la capital de los nabateos:

[...] que toma el nombre de la peculiar circunstancia de que, construida en un terreno llano casi en su totalidad, tiene a su alrededor una especie de muralla de roca que, escarpada por el lado exterior, contiene en su interior copiosas fuentes, muy valiosas ya que suministran el agua necesaria no solo para beber sino también para el riego de los jardines. Más allá de este recinto, la región es poco más que un desierto [...].

Por su parte, Plinio el Viejo describe una ciudad

[...] encerrada dentro de un valle, que mide poco menos de dos mil pasos, y está rodeada de montañas inaccesibles entre las cuales transcurre un curso de agua.

Un emplazamiento tal explica el origen de Petra. Estrabón sitúa al rey nabateo en esta ciudad y menciona la presencia, entre los indígenas, que al parecer eran un pueblo pacífico, a emigrantes extranjeros entre los que hay numerosos romanos. Se trata de una ciudad-encrucijada con características propias.

La importancia de las relaciones comerciales de Petra se desprende de otro pasaje de Estrabón, quien describe las caravanas que realizan

[...] sin cesar, entre Petra y Leuke Kome [un puerto de Arabia en el mar Rojo, calificado por Estrabón «como el gran mercado de los nabateos»] el viaje de ida y vuelta, sin accidentes y con una total seguridad, y ello con un número de hombres y de camellos que no difiere en absoluto de un auténtico ejército.

Prosigue Estrabón:

[...] Normalmente las mercancías eran transportadas desde Leuke Kome hasta Petra, desde donde se enviaban a Rinocolura, una ciudad fenicia próxima a la frontera con Egipto para ser expedidas desde allí en todas direcciones; en la actualidad la mayor parte de las mercancías llegan a Alejandría por el Nilo: llegan de Arabia y de la India, a Myos Hormos [puerto egipcio en el mar Rojo], y luego son transportadas a través del desierto, a lomos de los camellos, hasta una ciudad de la Tebaida, Coptos, situada en un canal del Nilo, y desde allí las envían a Alejandría.

Escribe Estrabón en otra parte:

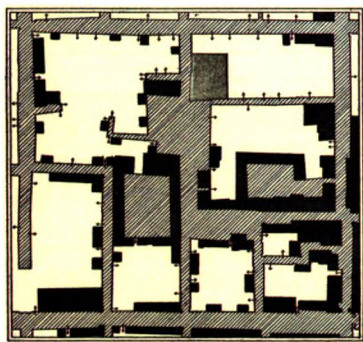
Actualmente las mercancías procedentes de la India y de Arabia, además de las que llegan desde Etiopía a través del golfo Árábigo [el mar Rojo], son enviadas a Coptos, que se ha convertido en el depósito principal.

Luego Estrabón explica que la totalidad del comercio pasa por esta ciudad y por Myos Hormos, que «son las más célebres». Tras remontar el Nilo hasta la frontera con Etiopía, Estrabón tuvo conocimiento de que, en aquella época, partían 120 naves desde Myos Hormos hacia la India, mientras que en épocas anteriores, bajo el mandato de los ptolemaicos, solo unos pocos comerciantes se atrevían a emprender esta travesía y a mantener relaciones comerciales entre Egipto y aquella lejana región. Los comerciantes de Alejandría «empiezan a enviar a la India, por la ruta del Nilo y del golfo Árábigo, auténticas flotas», en beneficio del desarrollo de esta poderosa ciudad. Precisamente en tiempos de Estrabón la ruta del valle del Éufrates era difícilmente transitable, debido a las tribus independientes y de trato poco recomendable que ocupaban las orillas de este río.

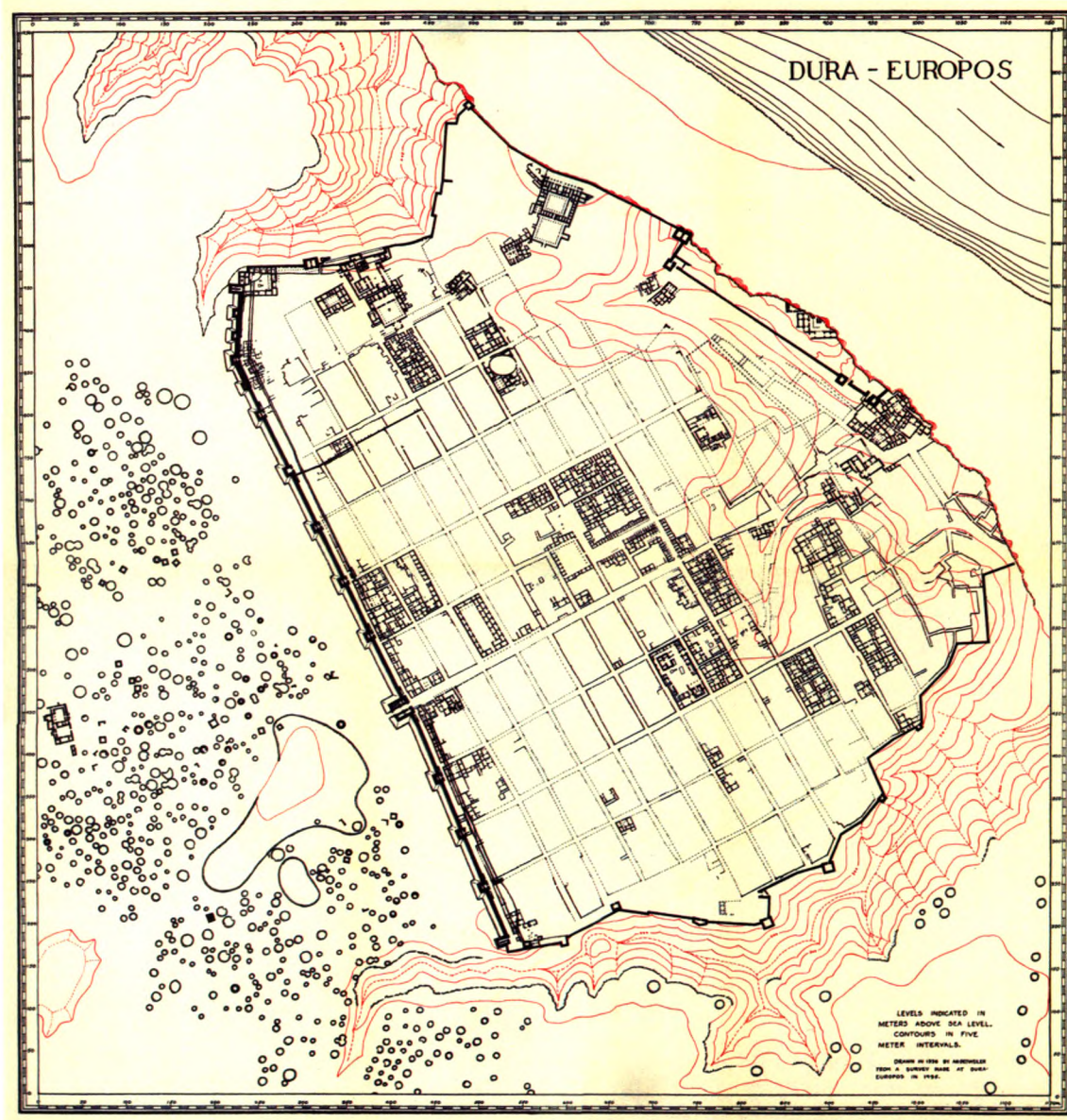
Las vías comerciales y los destinos urbanos están relacionados. En el marco de estas relaciones surge Petra, donde los mineanos, los guerreanos y otras tribus vecinas llevan para vender, en palabras de este autor, sus cosechas de plantas aromáticas. Plinio el Viejo precisa: «Allí está la encrucijada donde el camino de quienes se dirigen a Palmira por Siria se encuentra con el camino de quienes vienen de Gaza». Para completar la indicación de las redes viarias de Petra, el mismo escritor menciona la fortaleza de Forath (Chatt-el-Arab), a orillas del río Pasitigris, «donde se encuentran los que vienen de Petra».

Plinio el Viejo menciona un árbol aromático cuya mejor especie, con mucha diferencia, es la de Petra, y también unas piedras preciosas que se pueden encontrar «en la parte de Arabia vecina de Siria, llamada Petrea». ¿Quién señalará, en el curso de los siglos, el reguero de vías y de ciudades por las cuales ha pasado el transporte de las mercancías exóticas, reclamadas desde países lejanos por el progreso de la civilización y el gusto por el lujo?

Dura (del asirio *dour* o *dourou*, que significa «castillo»), denominada por los griegos Europos, se remonta, por lo menos con este último nombre, que es el mismo que el de la localidad de Macedonia donde nació Seleuco I Nicátor, al reinado de este soberano (312-280 a.C.). Un autor de finales del siglo I d.C. aproximadamente, escribe que la ciudad de Nicanor es una fundación de los macedonios. Se trata, sin duda, de veteranos del ejército, establecidos allí y dotados de parcelas de tierras asignadas por un estratega de Seleuco. El lugar era muy adecuado para una colonia, ya que se trataba de un alto acantilado situado en la orilla derecha del Éufrates, que lo bañaba, y excavado a norte y sur por dos barrancos perpendiculares al río. No era posible encontrar otro puesto avanzado de este género ni hacia el norte ni hacia el sur a lo largo de un gran trecho del Éufrates: era una fortificación natural, un observatorio adecuado para acoger una ciudadela. A este hecho debemos añadir que una vía natural se extendía al oeste, a través del desierto y, finalmente, que en los alrededores de Dura el suelo del valle, fecundado por la irrigación, era muy fértil. Todos estos factores explican la construcción de una ciudad en este lugar que controlaba el paso del Éufrates, y que podía servir de vínculo entre el este y el oeste del



112



113

112 Distribución de las tiendas del bazar de Dura-Europos.

113 Planimetría general de las excavaciones de Dura-Europos, según Rostovtzeff.

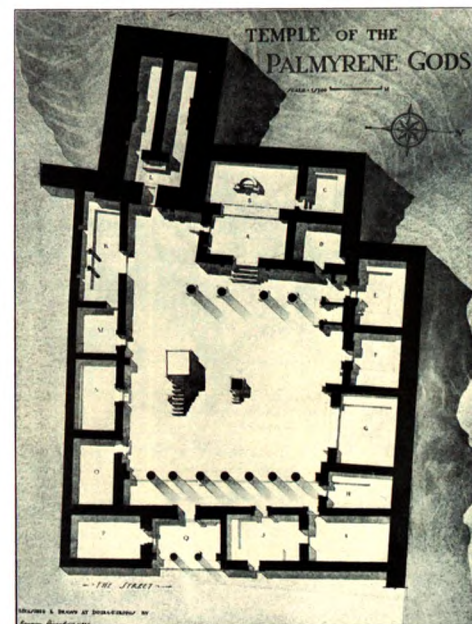
114 Planta del templo de los dioses de Palmira (dibujo de R. Deigert).

imperio seléucida. Dicha ciudad presenta un trazado en damero, especialmente típico en los establecimientos de colonización.

La ciudad se asienta entre los dos barrancos situados al norte y al sur, y al oeste de una depresión existente en el acantilado, un poco antes de que este alcance el río. Adopta la forma de un rectángulo, en cuyo interior las calles, rectilíneas, se cortan en ángulo recto, dibujando unas manzanas que miden unos 100 metros de longitud por 40 metros de anchura. Las calles tienen una anchura de 4,50 metros, a excepción de una vía principal este-oeste, que tiene una anchura doble. Se entiende fácilmente que una vía como esta se oriente necesariamente en esta dirección, que es la del camino natural que lleva al desierto sirio, mientras que la otra dirección, norte-sur, se corresponde con los dos barrancos que he señalado anteriormente. La cuadrícula solo presenta dos irregularidades, al oeste y al sur, debidas, sin duda, al trazado de la muralla. Las excavaciones, que dieron lugar a una publicación de Franz Cumont (1926), han sacado a la luz el templo de Artemisa Nanaia, consagrado a la principal divinidad de Dura-Europos, y que ocupa una manzana de la parte sudeste de la ciudad, además de algunas casas. En el interior de la muralla, al noroeste, aunque apartado de la aglomeración urbana, también se han encontrado los restos del templo de los dioses de Palmira.

En cierto modo, el sistema defensivo ha sido dictado por la naturaleza. Consiste en una larga muralla rectilínea que cierra la parte occidental, abierta al desierto, además de otra que corona, al norte y al sur, la cresta dentada de los barrancos y, por último, en una ciudadela que domina directamente el Éufrates más allá de la depresión excavada en el acantilado, al este. Unas torres, cuadradas o rectangulares, situadas a distancias iguales, se intercalaban en la muralla, donde al oeste se abría una puerta frente a la vía principal. La ciudad no abarcaba, ni mucho menos, todo el espacio encerrado por la muralla. El camino que remontaba la orilla derecha del Éufrates rodeaba la ciudad por el oeste, donde se juntaba con el camino del desierto occidental. También podía atravesar la extensión encerrada dentro de la muralla, a través de una puerta secundaria situada en la parte sudeste de la misma, para luego salir, bordeando el pie de un reducto interior, bien por la gran calle, bien por el extremo noroeste de la muralla. Probablemente también existían poternas en el lado de los barrancos, que permitían alcanzar más rápidamente el campo y el Éufrates, adonde había que acudir para aprovisionarse de agua.

Por lo que se puede apreciar, las casas, siguiendo la costumbre griega, recibían la luz desde un patio interior en torno al cual se agrupaban las estancias. Estas comunicaban con el exterior por una puerta que un pasillo ligaba al patio. Las casas desplegaban sus fachadas a lo largo de la calle, y, aparte de unas pocas ventanas, solo estaban perforadas por puertas. La parte inferior del muro era de piedra y el resto de adobe, según la costumbre de la región. La necrópolis se extendía al oeste de la muralla, en la meseta desde donde empezaba el desierto, y se prolongaba hacia el norte, más allá del barranco. Estaba formada por unas cuevas excavadas en la roca de yeso de la meseta, y encima de cada cueva había una construcción o bien, al igual que en Palmira, unas torres que servían a la vez de tumbas para la élite y de puestos militares en caso de emergencia. Dichas torres recortaban peculiarmente el paisaje rojizo que señalaba el inicio del desierto, y para el viajero que venía de lejos se



presentaba como un peculiar marco a la puerta de arco de medio punto de la ciudad. La ciudad se administraba por sí misma. Los miembros de la boulé (Consejo) son mencionados en algunas inscripciones. Pero como ya hemos observado en el caso de las ciudades griegas de Oriente, dicha administración local estaba sujeta al control de la autoridad real.

Situada desde el siglo I d.C. en la órbita de Palmira, Dura-Europos había alcanzado una notable prosperidad por su posición en la gran ruta comercial entre la India y el Mediterráneo, de la que Palmira había sabido recabar grandes beneficios. Dura-Europos era una de las etapas de dicha ruta; no solo era un lugar de tránsito, sino una parada obligada porque en aquella localidad la ruta de las caravanas se apartaba de la orilla siempre fértil de río para adentrarse en el desierto sirio. Un cambio brusco en la dirección seguida y en la naturaleza misma del recorrido: vemos ahí un doble fenómeno viario, que ejerce una eficaz acción sobre la ciudad situada en el lugar donde se produce. Dura-Europos lleva la marca de la riqueza aportada por la práctica del comercio y por la influencia que Palmira ejerce sobre ella. En el siglo I d.C., el templo de Artemisa Nanaia fue embellecido y se construyó el templo de los dioses palmirianos. Surge algo parecido a un reflejo de Palmira en el arte, en las costumbres y en la religión. La acción de la vía de paso queda reflejada en los nombres de las personas conservados en las inscripciones, que revelan algunos orígenes extranjeros: palmirianos, nabateos, babilonios, iraníes. La lengua griega se corrompe. La Europos de Nicanor se ha convertido en una ciudad mestiza.

En el siglo III d.C. las influencias romanas se manifiestan también en Dura-Europos; pero en 272 Palmira cae golpeada por el emperador Aureliano, y las ciudades que habían sido revitalizadas por la gran ruta comercial del Éufrates se resienten gravemente de las consecuencias: ni siquiera Dura-Europos resiste el golpe. Bajo la dinastía de los Sasánidas, los persas retomaron, sin embargo, por su cuenta el comercio con la India transportando sobre el Éufrates hacia Sura, más arriba de Dura, los productos de la India y de Asia Oriental. Debemos representarnos a Sura en aquella época como la marca del límite de la ocupación militar romana en Siria y también como la sede del «comercio de los bárbaros». De esta decadencia comercial del valle del Éufrates se aprovechó Arabia, pues vemos como las caravanas provenientes de esta región llegan a Gaza y también a Bosra, situada aproximadamente a medio camino entre Petra, al sur, y Palmira, al norte. En el siglo IV d.C., donde antaño estuvo Dura-Europos (Salihyeh) se extiende el desierto, un desierto que es refugio de los eremitas y donde merodean los leones que hacen huir hacia el Éufrates las manadas de gacelas. Ninguna otra aglomeración ocupó el lugar de la ciudad muerta, un emplazamiento repleto de animación en otro tiempo pero donde la vida acabó por desaparecer.

Más impresionantes todavía son las ruinas de Palmira, cuyo gran cuerpo mutilado yace en medio de este mismo desierto que, al este, acababa en Dura, a la orilla del Éufrates. Palmira se formó en torno a una fuente, un punto de vida en medio de la soledad inmensa donde el sol y la tierra parecían fundirse en un abrazo sin fin. Un punto de agua entre las «soledades palmirianas de Siria», evocadas por Plinio el Viejo, que nos muestra como se extienden, al sur, «hasta la ciudad de Petra y aquella región de Arabia a la que llaman “feliz”». En «las soledades de Palmira» Plinio el Viejo sitúa, al norte, la fortaleza

elevada de Calcis, donde Estrabón ubica al filarca Ptolomeo, y también las localidades de Beroea y Hierápolis, esta última denominada también, en palabras de Estrabón, Bambice, o también Edessa, y que los mercaderes que se dirigían desde Siria hacia Seleucia y Babilonia dejaban a sus espaldas en las proximidades del Éufrates. Tras cruzar este río a la altura de Antemusia, prosigue Estrabón, «atraviesan todo el desierto en dirección a la frontera babilonia para llegar a Scene, una importante ciudad construida a orillas de un canal», y situada a unos tres kilómetros de Seleucia. Desde el punto donde cruzan el Éufrates hasta Scene hay veinticinco jornadas de camino, y a lo largo del trayecto pueden encontrarse hosterías regentadas por camelleros y siempre bien provistas de agua, ya sea de cisterna, que es lo más frecuente, o bien suministrada a través de conductos. Los scenitas no inquietan a estos mercaderes, incluso moderan el tributo sobre sus mercancías. Así pues, los comerciantes, tras haber cruzado el Éufrates, entran audazmente en el desierto de Mesopotamia, en vez de seguir la ribera izquierda del río, donde serían el blanco de los jefes de las tribus establecidas a ambas orillas, donde poseen unos terrenos un poco menos áridos que el desierto, aunque bastante pobres. Puesto que los filarcas son independientes unos de otros, cada uno de ellos aplica de manera arbitraria un impuesto a los mercaderes que, por este motivo, se cuidan de mantenerse alejados de la orilla del río, a una distancia media de tres jornadas de camino. Ciertamente, este desvío por el norte y este alejamiento de las orillas del Éufrates van en detrimento de otra vía que lleva a Seleucia por Palmira, Dura y la orilla derecha de dicho río, una vía que pueden seguir hasta Vologesia y, una vez pasada la confluencia del Tigris con el Éufrates, hasta Forath y Charax, en las proximidades del golfo Pérsico.

Un punto de aprovisionamiento de agua y, por consiguiente, una encrucijada de rutas de caravanas en el desierto: esto es Palmira. Es la misma encrucijada que he señalado más arriba. En cuanto al agua, un reglamento fiscal de Palmira, del año 137 d.C., menciona «las dos fuentes que hay en la ciudad», una de las cuales era objeto de un culto que nos revelan algunas inscripciones posteriores. Una de ellas nos informa de la erección de un altar al genio de la fuente por parte de un ciudadano que estaba a su cuidado. La fuente benefactora, y a la que se honra, está en el origen de la ciudad. Se trataba de agua sulfurosa que había que dejar reposar para que fuese potable. Las dos fuentes eran el origen de dos cursos de agua que zigzagueaban entre la arena, que acababa por absorberlas. Un oasis en el desierto: esta es la cuna de Palmira. Basta con añadir que la ciudad y su territorio producían sal, tal como nos enseña el reglamento fiscal del año 137 d.C.

Un origen humilde. Un elevado destino, debido a una explotación sagaz de las ventajas del emplazamiento y del marco geográfico, estrechamente vinculados uno al otro. Un punto natural de etapa, una meta que alcanzar, en el inmenso desierto, para las caravanas en camino: este es el germen del cual surgió un maravilloso centro urbano, basado esencialmente en el factor comercial. El oasis originario se convirtió en un lugar de tránsito mundial que, favorecido por las circunstancias y por los hombres, alcanzó, durante un determinado período, el rango de capital de un vasto imperio.

Posteriormente, lo que había habido de ficticio en esta ascensión se reveló en la brusquedad de la repentina caída.

La función de etapa en el largo trayecto a través del desierto queda desvelada ante nuestros ojos gracias a dos inscripciones de finales del siglo XII a.C., que nos informan de que Teglathfalasar I, en su avance contra los arameos, llegó a Tadmor (este es el nombre semítico de Palmira). En la época helenística, el lugar ya estaba habitado. Hacia mediados del siglo I a.C. la ciudad aparece, a través de los relatos del historiador Apiano, que escribió en el siglo II d.C., como un centro de comercio y de riquezas. Los palmyrenos disponen de camellos y son lo bastante fuertes como para controlar el Éufrates, con la ayuda de sus arqueros. Una inscripción fechada en el año 83 d.C., relacionada con la familia de un importante palmyrenio, permite remontarse a un ancestro que vivió aproximadamente en el año 100 a.C. El edificio religioso más imponente de Palmira, el gran templo de Baal, se remonta a los inicios de nuestra era. Sin embargo, en el 64 a.C. Siria se había convertido en una provincia romana. De todos modos, hasta el mandato del emperador Claudio (41-54 d.C.) no encontramos en una inscripción la primera huella de Roma en Palmira.

Durante este siglo la importancia de Palmira es realzada por Plinio el Viejo, que escribe:

Los campos de Palmira, ciudad célebre por su situación, por la riqueza de su suelo y por sus agradables aguas, están rodeados por todas partes por una vasta extensión de arena. Emplazada, por decirlo así, fuera de la tierra habitada por la naturaleza, Palmira tiene un destino propio entre los dos grandes imperios de los romanos y los partos, y es la primera preocupación de ambos cuando entran en discordia.

Lo que el autor latino desvela de forma excelente en este párrafo es, por una parte, el carácter intrínseco del oasis en el desierto y, por otra, la independencia que dicho oasis, una isla de vegetación en un mar de arena, debe a su aislamiento y, al mismo tiempo, la importancia que adquiere gracias a su situación en una gran vía que une entre sí dos grandes imperios. Este último aspecto o, en otras palabras, la ciudad en el camino, indica con precisión la clave del destino de Palmira, que durante los tres primeros siglos de nuestra era alcanza un auge extraordinario.

De este auge es posible darse cuenta por el reglamento fiscal del año 137 d.C., además de por diversas inscripciones que el abate Chabot ha descifrado y comentado en su *Choix d'inscriptions de Palmyre* (1922). El comercio a larga distancia fue el que lo provocó. Observemos las estatuas que poblaban Palmira. Vemos la estatua de Nesa, jefe de una caravana, que fue erigida en 142 d.C. por los comerciantes que regresaban con él de Forath y Volagesia, remontando el valle del Éufrates. Otras dos estatuas se dedicaron a Marco Ulpio Iarhai, de las cuales la primera (155 d.C.) testimonia la gratitud de una caravana de regreso de Charax Hispasina, a la que había salvado; la otra fue erigida dos años más tarde por los mercaderes de otra caravana proveniente de Chumana. Taimarsú es un jefe de caravana a quien los comerciantes que viajaron con él desde Charax erigieron, en el 193 d.C. una estatua para recordar los trescientos denarios que se gastó en ellos. Análoga muestra de reconocimiento obtuvo Iaddai, su hijo, que demostró la misma generosidad con unos comercian-

tes procedentes de Vologesia en una circunstancia similar (210–211 d.C.) En el año 247 d.C. erigieron una estatua a Julio Aurelio Zebida los comerciantes de la caravana que descendieron con él el valle del Éufrates para ir a Vologesia, mientras que entre los años 257-258 d.C. el Senado y el pueblo otorgaron el mismo honor a Julio Aurelio Salamallat, jefe de caravana, por el hecho de haber costado los gastos de la expedición.

De forma similar, en el 266 d.C. los comerciantes honran a un poderoso personaje de origen iraní, como indica su nombre, Septimio Vorod, que tomó su nombre de pila del emperador Septimio Severo (193-211 d.C.). La inscripción nos enseña que era procurador ducenario (es decir, con un sueldo de 200.000 sesteracios) del emperador romano, y juez supremo de Palmira. La inscripción añade:

Condujo las caravanas costeando los gastos. Los jefes de los comerciantes daban buenas referencias de él. Ejerció brillantemente las funciones de estratega. Fue agorónimo de Palmira. Gastó mucho dinero para el beneficio público. Complació al Senado y al pueblo, y ahora es el ilustre simposiarca (jefe de la cofradía) de los sacerdotes de Zeus Belos.

Siete estatuas de este personaje, fechadas del 262 al 267, estaban colocadas una detrás de otra en la misma parte de la ciudad. Nada nos permitiría comprender mejor la importancia del gran comercio palmiriano que sus vínculos, demostrados aquí, con los personajes más notables de Palmira.

Las inscripciones mencionadas nos ayudan a comprender mejor esta ciudad, situándola en las grandes rutas del mundo. En los siglos II y III d.C., las relaciones comerciales de Palmira con la India se realizaban a través de Vologesia, Forath o Charax, pasando por el valle del Éufrates. Podemos suponer que los palmirianos tenían lugares de culto en estos puntos extremos de sus viajes, puesto que tenemos constancia de que en el año 108 d.C. se erigió una estatua en el recinto del gran templo de Baal en Palmira, dedicada a un personaje llamado Aqqiah, que había construido en Vologesia un pequeño santuario. Esta última localidad, situada a orillas del Éufrates, tomó el nombre de su fundador Vologeso I, rey de los partos en tiempos de Nerón. Forath, a orillas del Pasitigris (Chatt-el-Arab) —explica Plinio el Viejo— era una plaza fuerte que pertenecía al rey de Charax. Desde Petra iban a reunirse en Vologesia, y desde allí se llegaba a Charax, situada a 12.000 pasos, gracias a una navegación favorable. Plinio el Viejo destaca, entre los comerciantes de estos parajes, a los romanos. Como podemos ver, es un punto de confluencia comercial. Se trata de una región donde el agua y la tierra se entremezclan, y donde poco a poco esta última va extendiendo su propio dominio. Plinio el Viejo nos describe las lagunas a través de las cuales el Éufrates comunica con el Tigris, y las extensiones de agua que frenaban las incursiones de los partos.

En ninguna otra parte, explica Plinio, los aluviones fluviales se generaban de forma tan rápida ni en cantidades tan grandes. Charax puede servir para ilustrar este hecho, puesto que Plinio el Viejo señala que esta ciudad se encontraba, al principio, a diez estadios de la costa (unos dos kilómetros), e incluso tenía un puerto marítimo, pero más tarde, en los tiempos en que escribió Juba, es decir, bajo el mandato de Augusto, estaba alejada 50.000 pasos



115

115 El templo de Baal-Shamin y el recinto que delimita el área sacra de Palmira.

de la costa y, finalmente, bajo el mandato de Vespasiano, se encontraba a una distancia de la costa de 120.000 pasos, según el testimonio de los mensajeros de los pueblos árabes limítrofes y de los comerciantes romanos que regresaban de Charax. Plinio queda muy sorprendido por el hecho de que la marea, que llega hasta mucho más allá de Charax, no hubiese arrastrado estos aluviones. Es preciso tener presente este suelo, que el agua y la tierra se disputan hasta los confines de la India, y que es el lugar de encuentro de los comerciantes de todo el mundo, para poder entender el destino de una ciudad como Palmira. Charax, capital del reino de Characena, es, según escribe Plinio, una plaza fuerte situada al fondo del golfo Pérsico, donde empieza la «Arabia feliz». Está situada sobre una colina artificial, entre el Tigris, a la derecha, y el Euleo, a la izquierda, que confluyen en este punto. Según Plinio el Viejo fue fundada por Alejandro, pero destruida por las inundaciones; reconstruida por Antíoco de Siria hacia finales del siglo III a.C., fue nuevamente devastada por las aguas hasta que Espasinés, hijo de Sogdonaco y rey de los pueblos árabes limítrofes, le devolvió la vida gracias a la construcción de diques y protegiendo de las aguas el terreno de los alrededores, en una longitud de 3.000 pasos y una anchura un poco menor. Sobre el suelo así protegido las lejanas caravanas pudieron avanzar y, en este confín de tierra comprendido entre el mar de la India y los grandes valles fluviales de Mesopotamia, pudieron comulgar dos mundos. Río arriba, el Euleo seguía hasta Susa, donde dicho curso de agua era objeto de culto.

Como podemos ver, en este sistema de relaciones entre Palmira y el golfo Pérsico queda al margen Seleucia del Tigris, la metrópoli comercial que dependía de los partos. Palmira está dentro de la órbita de Roma, cuyo imperio se enfrenta al de los partos, tal como señalaba más arriba Plinio el Viejo. Trajano, que en el año 116 realizó una expedición contra los partos, debió sin duda anexionarse la región Palmirena en esta ocasión. En cualquier caso, en este mismo siglo el historiador Apiano menciona la Palmirena entre las regiones sometidas a Roma. Aplastados por Trajano, los partos recuperaron Mesopotamia durante el mandato de su sucesor Adriano (año 117). Este último emperador llegó a Palmira en el 129. A este respecto, se conserva una curiosa inscripción en el basamento de una estatua, sobre el fuste de una de las columnas del pórtico del templo de Baal-Shamin, situado en la parte septentrional de la ciudad y todavía existente. Esta estatua había sido erigida en el año 131 «por petición del Senado y del pueblo», a Male, llamado también Agripa,

[...] que fue elegido magistrado por dos veces y que, cuando llegó aquí el divino Adriano, distribuyó aceite a los ciudadanos, a las tropas y a los extranjeros que llegaron con él. Suministró todo tipo de cosas a los campesinos. También construyó el templo [...] en honor de Baal-Shamin.

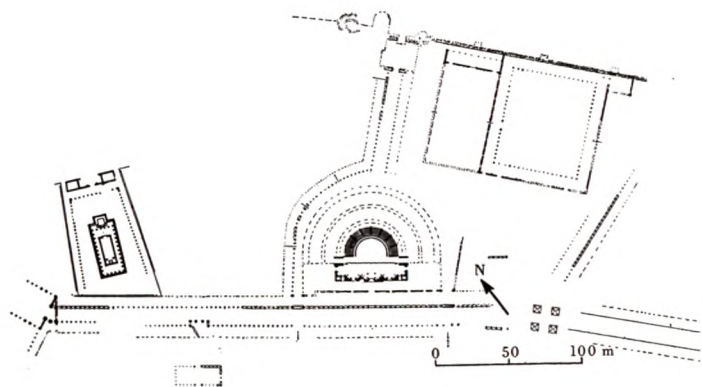
Estos fueron los vínculos que la ciudad estableció con este emperador, por lo que a la ciudad le pusieron el nombre de Adriana. La «ley fiscal del depósito de Adriana-Tadmor» (año 137) se ha conservado hasta nuestros días. A las fuentes se las denominaba «fuentes del César».

Así pues, Palmira desarrolla prodigiosamente su comercio con el apoyo de Roma. Su influencia llega hasta el mar Rojo y el Nilo, como lo atestigua el descubrimiento en

Coptos, situada a orillas de este río, de la sede de una corporación adriana de navegantes palmirianos. El barco, que explota otra ruta hacia la India distinta de la de los desiertos, sustituye en este caso al camello. Además, este pueblo semita, que posee un gran sentido del comercio, avanza hasta Dacia y llega hasta Roma; la destrucción de Seleucia del Tigris por los romanos, como consecuencia del ataque dirigido contra estos por los partos hacia mediados del siglo II d.C., resulta útil a los intereses comerciales de Palmira.

Posteriormente los persas, bajo la dinastía emergente de los Sasánidas, implantaron hacia el año 226, tras la caída de los reyes partos, su dominio sobre la encrucijada mundial del bajo Éufrates y del Pasitigris. Palmira tuvo que verse necesariamente perjudicada por la situación creada por estos nuevos adversarios de Roma. A partir de entonces decae la autoridad de Roma. Los persas acaban de invadir Siria. Pero ven como se alza contra ellos Septimio Odeinat, calificado por una inscripción palmiriana del año 258 como «cónsul ilustre» y «soberano» de Palmira. En esta misma fecha le fue erigida una estatua en esta ciudad por «la clase de los obreros que trabajan el oro y la plata». Es el segundo personaje que lleva este nombre. Un Septimio Odeinat, que toma su nombre de pila del emperador romano Septimio Severo (193-211 d.C.), es calificado de «senador» en una inscripción que no lleva fecha. Tuvo un hijo, Septimio Hairan, «ilustre senador y príncipe de Palmira», a quien un soldado de la legión de Bosra levantó una estatua en Palmira en el año 251 d.C. Este es el padre de Odeinat II, quien al mando de las tropas romanas, tal como indica su título de «cónsul», repelió hasta más allá del Éufrates a los persas invasores. Sería interesante conocer el origen de esta familia y los motivos por los que sus miembros obtuvieron, en aquella república de comerciantes, los títulos de «príncipe» o «soberano» de Palmira. Incluso una inscripción del año 271 d.C., posterior a la muerte de Odeinat II, que le sobrevino hacia el 266 o el 267, califica a este último de «rey de reyes» y «corrector totius Orientis», asociando de ese modo la aureola de la autoridad romana a la majestad del déspota oriental. Este hecho explica el papel de este personaje que, actuando en nombre de Roma, repelió a los persas. Su viuda, la «ilustre y piadosa reina» Zenobia, madre e institutriz del joven rey de reyes Septimio Vahballat, heredó su poder e incluso lo ensanchó, hasta el momento en que Palmira, que había entrado en rivalidad con Roma en el mundo oriental, sucumbió en el año 272 d.C. bajo los golpes del emperador Aureliano.

El sueño imperialista de la ciudad comerciante se desvaneció como un espejismo en el desierto. El sol tan solo iluminaba la desolación de las ruinas. No obstante, la mancha de vegetación que, en la inmensidad de las soledades desérticas, enmarcaba las nobles formas de una ciudad poderosa, fue durante mucho tiempo la última etapa del viaje de las audaces caravanas que, desde el fondo del horizonte, desplegaban sobre la arena su sinuoso perfil. Tras vencer numerosos peligros, tras tantas fatigas y privaciones, la llegada está cerca. A lo lejos, se vislumbra el verde que sosiega el ánimo y los edificios que resplandecen a la luz del sol. Cargamentos de camellos, de asnos, de carros de todas clases, son tasados por el reglamento fiscal del año 137 d.C. Vemos los perfumes dentro de unos odres de piel de cabra, o bien dentro de los *alabastra*, es decir, los frascos de alabastro. Vemos los esclavos que han conducido hasta allí para venderlos en la ciudad o para llevarlos todavía más lejos. La lana teñida de color púrpura por los fenicios también está ahí, preparada para llegar pronto a Persia. Las



116



117



118

116 Planimetría de las excavaciones de la zona central de Palmira.

117 Pórtico de entrada de la gran columnata de Palmira, al este. Al fondo, sobre el promontorio, el castillo árabe. (Tomada de J. B. Chabot, *Choix d'inscriptions de Palmyre*.)

118 La gran columnata de Palmira. En primer plano, una arcada que marca la boca de una calle. (Tomada de J. B. Chabot, *Choix d'inscriptions de Palmyre*.)

distintas vías de la encrucijada palmiriana ejercen su propio papel, y cada una de ellas, al igual que una fuente que mana generosamente, aporta su grano de arena al enriquecimiento de Palmira. El aceite de oliva y la grasa, transportados en odres de piel de cabra, el pescado salado, los frutos secos, se alternan con las estatuas de bronce, con los mulos que sirven de montura, con las pieles. Uno se da cuenta de que se encuentra en una región de vida nómada cuyos habitantes, que ocupan aquí y allá el suelo con sus tiendas, se desplazan con su ganado. Las ovejas y las cabras ponen la impronta de la costumbre ancestral de la cría de ganado en las tierras de Palmira, donde el camello destaca calmosamente sobre el fondo animado de la vida urbana su larga y alta silueta disforme. Los comerciantes ambulantes que venden, por ejemplo, ropa, circulan por la ciudad. «En la plaza pública, en el lugar donde se reúne la gente», se vende sal. El mercado tiene un jefe, denominado «agorónomo».

Palmira es un centro de actividad comercial, de riqueza y de fáciles placeres, donde el publicano (recaudador de impuestos) percibe de forma regular, entre otras, las tasas de las cortesanas. En las esculturas funerarias las mujeres aparecen cargadas de joyas. La riqueza privada se manifiesta por medio de una generosidad de la que la ciudad se beneficia. Jedibel, de la tribu de los mantabolanos, realizó importantes donaciones para el templo de Baal, y fue recompensado con una estatua que le erigieron en este lugar los palmirianos y los griegos, en el año 19. Moqimu, de la tribu de los zabdibolanos, ofreció a dicho templo valiosos objetos, especialmente vasijas de oro. De forma similar, recibió como homenaje una estatua que le erigió en el año 71 la asamblea de todos los ciudadanos. En este mismo recinto sagrado, si levantamos la vista, veremos dos estatuas más. Según figura en la inscripción, el Senado y el pueblo las erigieron para dos miembros de una familia palmiriana que «destacaron por su gran generosidad», y a quienes se deben especialmente las puertas de bronce del «gran pórtico del templo» (175 d.C.).

En el año 67 de nuestra era, un palmiriano construyó un pórtico en honor del dios Baal-Shamin. En el 110, otro hizo donación de dos columnas, «con su entablamento y su cubierta», de una columnata de la que otras seis, «con su entablamento y su cubierta, en honor de Samas, Allat y Raham, las divinidades buenas», fueron ofrecidas en el año 129 por dos hermanos; y siete columnas, «con toda la ornamentación», fueron un regalo de un miembro de la tribu de los zabdibolanos (año 179). Vemos también la estatua erigida entre los años 242 y 243 por el Senado y el pueblo, a Julio Aurelio Zabdila, según reza el texto de la inscripción:

[...] que era estrategia de la colonia (título del cual gozaba Palmira en la época romana) en los tiempos del divino Alejandro César (el emperador Alejandro Severo, llegado a Palmira en el 229, en los tiempos de su expedición contra los persas); Zabdila ostentaba este cargo en los tiempos en que el prefecto Crispino (jefe del ejército romano que luchaba contra los persas) se encontraba en la ciudad, y cuando fueron llegando las legiones una tras otra. También fue jefe del mercado y realizó grandes gastos.

Tal como reza la inscripción, alimentó a su patria, a la que amaba. En este mismo siglo, Septimio Vorod, por su parte —ya lo hemos visto—, «gastó mucho dinero por el bien

público», mientras que en el siglo anterior el magistrado Male aparece como otro importante benefactor puesto que, entre otras dádivas, construyó el templo de Baal-Shamin. También las caravanas se beneficiaban de favores parecidos.

Debido a la influencia que ejercen, estas fortunas elevan a quienes las poseen al primer rango de la ciudad. A este respecto, Palmira no fue distinta del conjunto de ciudades de Asia occidental durante la misma época, que debían una parte importante de su prosperidad y embellecimiento al liberalismo de los grandes propietarios. El ciudadano representado en la estatua sobre la columna ofrecida por él, recuerda la imagen del donante que en la Edad Media era colocada sobre la puerta del edificio construido a costa suya o en una de las hojas del retablo que él mismo mandó pintar. Las estatuas de Palmira son las precursoras de aquellas con las que se honran a los benefactores de una institución pública, o de las placas de mármol donde, en esos mismos edificios, lucen los nombres de los donantes.

Un centro de riqueza generada por la práctica del comercio a larga distancia: esto es Palmira, que gracias a este hecho domina un desierto en el que se despliegan las rutas de las caravanas que convergen en ella. Su auténtico imperio, su imperio natural, son las «soleidades palmirianas» evocadas por Plinio el Viejo, a las que Palmira supo asociar —como hábil ciudad comerciante, a través de los vínculos económicos— las tribus nómadas. Por lo demás, ¿no es cierto que Palmira mantiene algunas afinidades raciales con estas tribus con las que sabe a la vez combatir y reconciliarse? Supo convertir, para su propio provecho, el desierto circundante en una especie de Estado cuyas ciudades constituyen campamentos en continuo movimiento, y cuyo recurso es el ganado que, en los pastos, siembra con humildes puntos de vida el inmenso horizonte o que, en marcha, levantan al cielo nubes de polvo dorado. Palmira tiene su suburbio, y el territorio adyacente está ocupado por algunos pueblos en aquellos lugares donde el suelo se muestra hospitalario.

Como punto de convergencia de rutas, Palmira ha sufrido naturalmente la penetración extranjera. El estudio de su escultura ornamental ha permitido a A. Gabriel, encargado de una misión arqueológica reciente, llegar a la conclusión de que la influencia romana es secundaria en oposición a la prevalente de Mesopotamia y Persia, y que es perceptible incluso en el tipo de vivienda, cuyo esquema helenístico ha sufrido, a veces, ciertas alteraciones.

La ciudad, que desprende el reflejo del carácter que acabo de esbozar, mide más de doce kilómetros de perímetro. La parte central, como mínimo, está trazada siguiendo el tipo del damero y tiene como eje una vía orientada de nordeste a noroeste, de una longitud de 1.100 o 1.200 metros, flanqueada de columnas en todo su recorrido. Lo que he afirmado más arriba respecto a la erección de columnas, «con el entablamento y la cubierta», indica el aspecto que tenían dichas columnatas, cuyas cubiertas llegaban al borde de las casas, delante de las cuales se encontraba así una galería cubierta. Cada una de las hileras de dicha vía tenía, como mínimo, trescientas setenta y cinco columnas. Estas, rematadas con capiteles corintios, se elevaban hasta una altura de diecisiete metros, y estaban provistas, en su fuste, en el lado que daba a la calzada central, de unas ménsulas muy salientes, situadas todas ellas al mismo nivel, a unos dos tercios aproximadamente de la altura del fuste: sobre ellas se colocaban las estatuas de los ciudadanos a los que se quería honrar. En

el extremo oriental, esta gran vía se abría mediante una triple arcada con arcos de medio punto, cuya abertura central, más alta que las dos laterales, cubría la calzada central, mientras que las otras dos describían una curva en la entrada de las galerías de circulación. Una ornamentación muy cuidada decoraba esta majestuosa entrada. A poca distancia de allí, a lo largo de la gran vía columnata, un *tetrakionion* alzaba sus cuatro columnas monolíticas de granito azul moteado, que procedían probablemente de Egipto y que medían 8,80 metros de altura y más de un metro de diámetro en la base. Luego la misma vía se prolongaba hacia el oeste hasta una encrucijada central acompañada, al sur, por el foro, en cuyo pórtico también había estatuas. La misma vía se abría, a través de unas aberturas con arcos de medio punto, ornamentadas con esculturas, a las calles laterales, de las que dos, al sur, han mantenido algunos vestigios de las columnatas. Las columnas que se conservan en una de estas calles, precisamente la que partía del extremo occidental de la calle mayor, presentan cada una dos ménsulas, una del lado de la calzada y otra del lado de la galería. Gracias a una inscripción sabemos que esta vía lateral con columnas se remonta, como mínimo, al año 110 d.C. La gran vía nordeste-noroeste, de la que solo quedan ciento cincuenta columnas aproximadamente, que corresponden a la hilera meridional, no sigue una directriz completamente rectilínea. Ahora bien, ha sido tratada de tal modo que, en el punto de inflexión de la directriz, un arco situado en la vía interrumpe la visión y, por consiguiente, disimula el cambio realizado en el trazado de la línea.

En la ciudad hay diversos templos. El más importante es el gran templo de Baal, que se remonta a los tiempos de Tiberio, y se alza a una distancia de 200 metros al este de la triple arcada que da acceso a la vía principal con columnas. Dicho templo se presenta con unas connotaciones imponentes: un espacio libre, de forma cuadrada, que mide 235 metros de lado y está rodeado por un muro a lo largo del cual, por la parte interior, se despliega un pórtico que le sirve de marco. Las columnas de dicho pórtico tienen un diámetro muy grande y están rematadas con capiteles profusamente decorados. Además, tienen las habituales ménsulas destinadas a las estatuas. En el lado de la gran vía columnata se encuentra la entrada a este espacio, en el que se penetra a través de una majestuosa escalera que mide, como mínimo, 37,50 metros de anchura, y que conduce a un vestíbulo donde unas columnas corintias se elevan hasta una altura de 13,70 metros y donde se abre una puerta ricamente decorada con tres aberturas con portones de bronce, donación de ciudadanos privados, como he señalado más arriba. En el centro del espacio al que llegamos de este modo, el templo, de una longitud de 60 metros y una anchura de 31,50 metros, destaca en un marco de columnas acanaladas, cuyos capiteles y entablamento ofrecen a la mirada una noble apariencia artística. El pórtico, de unos diez metros de altura, destaca de igual modo por el brillo de los ornamentos.

El ángulo noroeste del recinto que encierra el templo puede percibirse a través de la abertura central de la triple arcada con la que se abre, al este, la gran vía de columnas. Esta última incluye en su campo visual, en el extremo occidental, la fachada de una tumba monumental. Así pues, los dos extremos opuestos del templo son tratados prestando mucha atención al punto de vista: por un lado, el templo aparece en escorzo, y, por el otro, aparece

frontalmente un monumento funerario. Esta preocupación por fijar la mirada, por conducirla por medio de la alineación de las columnas a derecha e izquierda hasta un punto final, es digna de mención. Ya había aparecido a lo largo de la gran vía columnata, donde, con una forma análoga y también debido al juego de las arcadas que se abren a las calles laterales, se pone de manifiesto una preocupación constante por enmarcar la vista, por encerrarla, por crear algo así como unos cuadros sucesivos, como si se quisiera oponer la intimidad del espacio cerrado al aislamiento infinito del desierto. Así, la sensación de oasis en la soledad desértica parece haberse logrado de forma completa. Solo la multitud de estatuas, alguna de las cuales, desgraciadamente, no ha llegado intacta hasta nuestros días, erguidas sobre sus ménsulas, sin duda a una escala mayor que la natural, a unos diez metros del suelo, lograban acentuar la alineación rígida de la vía y contribuían, de este modo, a dar una expresión humana a este punto natural de parada que se ofrecía a los hombres en marcha a través de la inmensidad del desierto.

Ciertamente, no es la pureza de su cualidad artística lo que nos sorprende de este lugar imponente y rico. Hay cierta solemnidad en estas columnatas, sobre las cuales los camellos destacaban su masa plácida y hacían evocar las lontananzas infinitas del desierto; pero es una grandiosidad que no hace brotar de nuestros labios una plegaria como aquella que eleva el alma hasta lo más alto al contemplar la Acrópolis. El fermento helénico también está presente, pero ¡cuán lejos de la pureza originaria! Entre este último y Palmira se intercala la profundidad del Asia de los bárbaros, la extensión del desierto sirio, las civilizaciones orientales moldeadas por los siglos, cuyo reflejo tiñe de oro, con un arte decorativo muy lejano del de Grecia, las aberturas de los arcos bajo los que pasan los camelleros, o las puertas del gran templo dedicado al dios semítico Baal. Estos vínculos entre la forma y el fondo de la ciudad, entre su fisonomía y su naturaleza intrínseca, son una de las mejores lecciones que el urbanista puede recibir de la Antigüedad.

El aspecto imponente y lujoso que hemos observado en la ciudad propiamente dicha también se observa en la «morada eterna» de los ricos comerciantes. Las sepulturas se desgranaban en los alrededores de la ciudad pero, sobre todo, al sudoeste, en lo que se ha dado en llamar, por este motivo, el «Valle de las Tumbas». En esta parte destacan dos tipos de tumbas: unas en forma de torre y otras excavadas en la vertiente de una colina. Entre las primeras, la más antigua está datada en el año 9 a.C. Según explica la inscripción, se trata de la tumba de un personaje llamado Atenatan que construyeron para él sus hijos, los cuales pertenecían a la tribu de maita. No hay nada más curioso que estos pequeños palacios de la muerte que accidentan con sus altas siluetas el pie de los promontorios desde donde se domina la ciudad, destacando su amasijo de construcciones sobre un fondo de vegetación, al sudeste y al este. Hay una torre cuadrada de 9,50 metros de lado en su base. La torre llamada «de Jamblique», por el nombre del ciudadano que la mandó construir, en el 83 d.C., «para él, para sus hijos y para sus nietos, por su honor, a perpetuidad», tiene cinco pisos y unos treinta metros de altura. Las moradas funerarias subterráneas están decoradas con el mismo lujo. Una de ellas está engalanada con el resplandor del arte griego, tal como se practicaba en Siria a principios del siglo III d.C., antes de que llegasen las influencias

bizantinas. Y este hecho no debe pasar desapercibido desde el punto de vista del carácter de Palmira. Volvemos a encontrar estas torres funerarias en el valle del Éufrates, especialmente en Dura-Europos y en Zenobia, que era una colonia de Palmira.

En la actualidad, la muerte ha extendido su imperio sobre la ciudad de los vivos. Del golpe que Roma le asestó en el año 272 d.C., Palmira no se recuperó. Sabemos que ocho vanos de la gran columnata fueron restaurados en el 328 d.C. por el «*curator civitatis*». También sabemos que el emperador Diocleciano mandó construir en Palmira un cuartel, que el obispo de Palmira estuvo presente en el Concilio de Nicea en el 325 d.C. y, finalmente, que en el 528 d.C. Justiniano dotó a Palmira de una nueva muralla de protección. Pero se trata de la lenta agonía de una ciudad herida de muerte: la gran encrucijada en el desierto deja de desempeñar su papel, las caravanas se dirigen a otros lugares; el camino, que da vida a la ciudad y crea la ciudad, deja de cumplir su función. Una sombra fúnebre se extiende sobre este suelo, en otros tiempos cubierto con la animación y riqueza que genera el gran comercio.

CIUDADES HELENÍSTICO-ROMANAS. LOS CARACTERES EMERGENTES DE LA CIUDAD MODERNA

Situada en la ruta que lleva de Palmira a Petra, Bosra, al igual que estas dos ciudades, es una encrucijada y, por lo tanto, un centro urbano vivificado por el comercio que se realiza por medio de las caravanas. Nos encontramos entre los pueblos árabes, a quienes Plinio el Viejo considera los más ricos del mundo, ya que, vendiendo a los romanos y a los partos los productos de sus mares y de sus bosques sin comprarles nada a cambio, acumulaban riquezas muy fácilmente. Bosra fue incorporada al Imperio Romano por el emperador Trajano en el 106 d.C., y vio como su importancia aumentaba tanto en este siglo como en el siguiente. Al parecer, la ciudad que nos revelan las ruinas pertenece a ese período: la parte central de Bosra parece haber sido reformada en esa época, tal como puede adivinarse en la actualidad. En su origen era un modesto asentamiento nabateo del cual han sobrevivido algunos elementos, para asumir al final de su desarrollo una definitiva fisonomía greco-romana. El aspecto exterior refleja el destino de la ciudad, destino vinculado al comercio de Arabia con el mundo romano.

El trazado de Bosra no presenta una regularidad perfecta. Hay una gran vía columnata este-oeste, que no cruza en ángulo recto todas las calles que desembocan en ella. En su extremo oriental destaca un arco que data en torno al año 100 d.C., parece que anterior a la gran vía, la cual se alinearán con él posteriormente. Hay otro arco más lejos, al oeste, a lo largo de la vía, en el punto de cruce con otra calle que se dirige hacia el sur, probablemente coetáneo de estas dos vías. En Bosra el tipo de la vía columnata se ha generalizado, por lo menos en la parte central de la ciudad, la única hasta ahora excavada, mientras que en otras ciudades se limita a las dos vías principales. El teatro, al sur, es de grandes dimensiones y contiguo a él, un poco más al sur, está el hipódromo. Algunas fuentes y cisternas servían para el aprovisionamiento de agua. El auténtico centro urbano, donde se encontraba el mercado, estaba situado al norte de la parte de la gran vía este-oeste comprendida entre los dos arcos señalados más arriba; esta vía tenía una calzada de 7,80 a 8,70 metros de ancho; la galería cubierta que la flanqueaba era de 5,40 metros de anchura. El perímetro del recinto fortificado no ha sido todavía identificado. Las construcciones son de basalto y por lo tanto no resplandecen bajo la luz, como los magníficos restos de Palmira, que fue construida con piedra blanca. Bosra se convirtió en un importante centro cristiano. En tiempos de los musulmanes se benefició de su situación en el camino que lleva a la Meca. La fisonomía de la ciudad refleja estas distintas transformaciones.

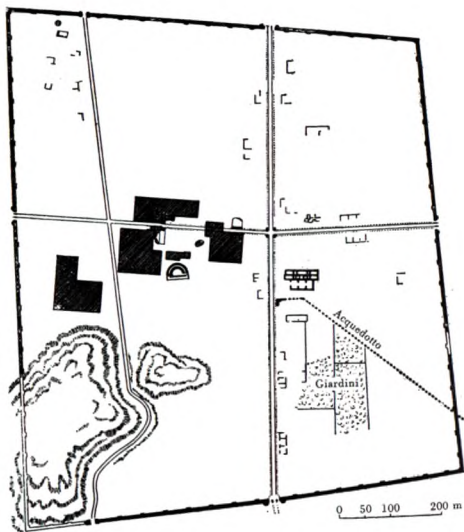
A unos sesenta kilómetros al norte de Bosra, Filipópolis evoca, con su nombre, el recuerdo de su fundador, un astuto beduino que se convirtió en oficial romano y que, tras



119



120



121

haber acabado con la vida, en el año 244, a orillas del Éufrates, del emperador Gordiano III, se proclamó emperador con el nombre de Filipo, llamado “el árabe”. Este soberano, nacido en Shahba, en el Hauran, donde fundó, en un emplazamiento accidentado, Filipópolis, murió en el 249. Entre ambas fechas surgió la ciudad de nueva planta la cual, por lo tanto, no presenta las señales de transformación que observamos en Bosra. Se trata de un cuadrilátero sólidamente fortificado, en cuyo interior las vías siguen una dirección rectilínea, a excepción de una, que el emplazamiento obliga a pasar entre dos elevaciones, rodeando sus pies. Dos calles principales norte-sur y este-oeste, que se cruzan y que conducen a cuatro puertas de la muralla, están flanqueadas por columnas, y sus calzadas están pavimentadas con basalto, con una anchura, al parecer, de unos nueve metros aproximadamente. En el punto de cruce, cuatro columnas que se han conservado hacen pensar en un tetrápilo o un *tetrakionion*. De estas calles, la que va de este a oeste está bordeada, en esta última dirección desde el punto de cruce, por un templo, y más allá por un importante edificio que se extiende a ambos lados y que la calle atraviesa bajo una bóveda. Al sur de este edificio hay otro templo, construido en honor del padre del emperador Filipo, y al lado de este, a mediodía, un odeón. Se han excavado al sudeste un acueducto y unas termas.

A sesenta y cinco kilómetros aproximadamente al sudoeste de Bosra, Gerasa (Djerash) ofrece a las caricias de la luz los restos de piedra blanca, testimonio de su antiguo esplendor. Esta ciudad está situada a cincuenta y seis kilómetros aproximadamente al este del Jordán, y a 570 metros sobre el nivel del mar. Ocupa un emplazamiento muy accidentado, a orillas de un afluente del Jabbok, que también va a desembocar al Jordán. Su muralla, de forma circular aunque irregular, encierra una superficie de cerca de setenta hectáreas. La parte más importante de la ciudad se encuentra en la orilla oeste del curso de agua, que discurre de norte a sur. Se han elegido dos promontorios desde los que se domina el río para emplazar en ellos los principales templos: en el más alto, el templo de la divinidad protectora de Gerasa, Artemisa, y en el otro un templo menor, situado en el extremo meridional de la ciudad. Desde dicho extremo hasta la puerta norte de la muralla, una gran vía recta, flanqueada por columnas, corintias hacia el sur y jónicas en sentido opuesto, corre paralelamente al río. Esta vía, cuya calzada central mide 12,30 metros de anchura, queda cortada en ángulo recto por otras dos calles rectilíneas, un poco menos anchas, también columnatas y trazadas de oeste a este, de modo que van a parar al río. La más septentrional de estas dos calles bordea un teatro cubierto u odeón, y luego discurre bajo los arcos del tetrápilo situado en el cruce con la gran vía norte-sur; finalmente, pasa tangente a unas termas antes de llegar al curso de agua donde, sin duda, existía un puente, como en la otra vía. El punto de cruce de esta última con la gran vía norte-sur está decorado con un *tetrakionion*.

Entre estas dos calles, y al oeste de la anterior, se encuentra el templo de Artemisa, situado en el centro de un vasto patio rectangular, enmarcado por un pórtico de doscientas sesenta columnas y unido a la gran vía norte-sur por medio de una rampa escalonada de una longitud de 77,35 metros y una anchura de 4,80 metros, precedida por una majestuosa entrada ornamental. Al este de esta vía, en la prolongación de la rampa, una calle llega hasta una pequeña plaza y se prolonga más allá de la misma, hasta un puente que salva el curso

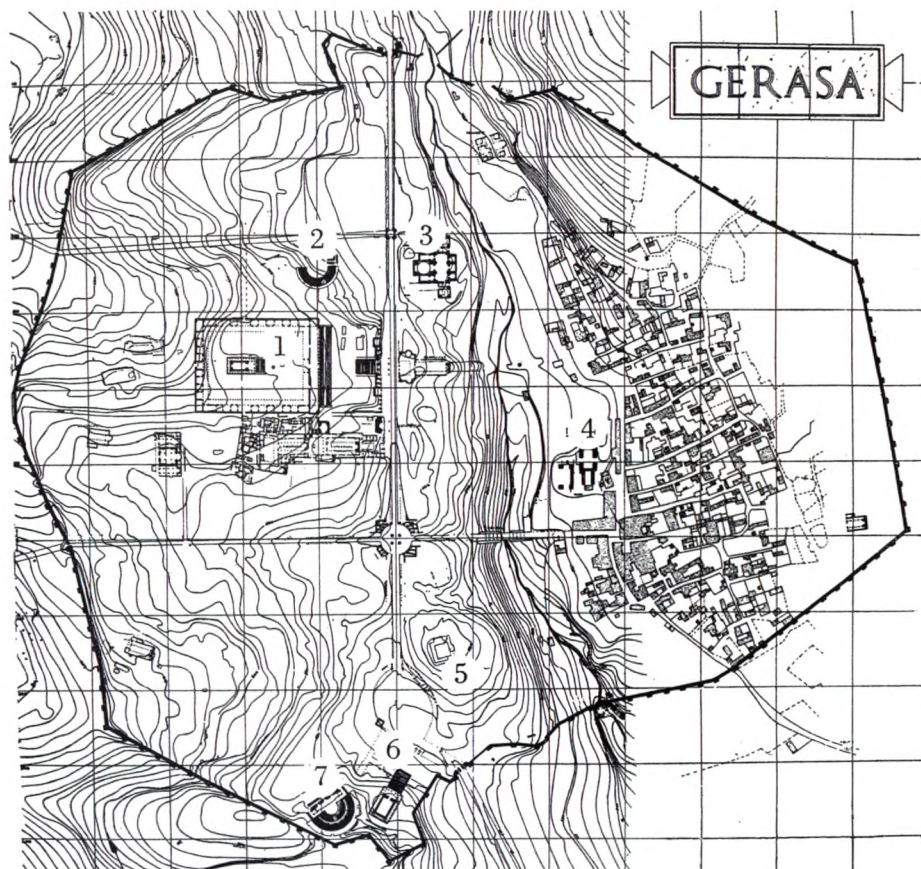
Página anterior:
119 y 120 El arco de triunfo y la puerta oriental de Bosra.

121 Planimetría general de las excavaciones de Filipópolis.

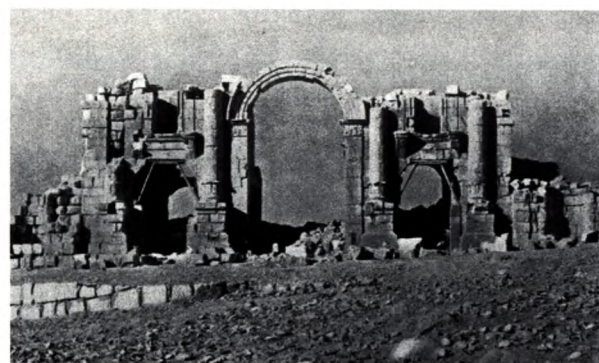
de agua. La gran vía longitudinal norte-sur flanquea un ninfeo y en su extremo meridional termina en una plaza oval rodeada de columnas jónicas, desde donde se domina un templo construido en el año 162 de nuestra era. Al lado del mismo se encuentra, al oeste, el gran teatro y al este, la puerta sur de la muralla, lugares ambos a los que se llegaba por las cortas calles que partían de la plaza oval. La puerta meridional de la muralla presenta una triple arcada que la asemeja al majestuoso arco triunfal que se encuentra a 455 metros de distancia, sobre la vía de acceso a la ciudad, y está flanqueada al oeste por un estadio y unas cisternas. Se ha interpretado este arco como un arco comunal romano levantado en el límite del pomerio de la ciudad romana. La cisterna se alimentaba, mediante un acueducto, de la fuente situada en la parte septentrional de Gerasa, sobre la orilla este del río. Igualmente al norte, fuera de la zona habitada, hay un pequeño teatro, que solo tiene diecinueve metros de diámetro. Delante de este hay una terraza que se apoya sobre arcadas, y, bajo las cuales se extienden dos grandes estanques rectangulares cuya agua proviene de esta misma parte del suelo. Allí se celebraba lo que se daba en llamar «maïumas», una ceremonia religiosa que se había convertido en una licenciosa fiesta profana: este pequeño teatro aparece por tanto, en su origen, como un edificio consagrado al culto.

Si se analiza el conjunto de este trazado desde el punto de vista de la estética urbana, se observará que la gran vía norte-sur incluye en su campo de visión el templo situado en su extremo meridional, de modo que se presenta en escorzo en la perspectiva de la vía, de forma idéntica al modo como, en Palmira, el templo de Baal se inscribe visualmente en el arco central de la triple arcada que señala el inicio de la gran columnata. Otro dato significativo viene sugerido por el cuidado compositivo con que se ha dispuesto, en el promontorio más alto, el templo de la principal divinidad, y como se ha realzado a este último mediante un marco imponente y una entrada escenográfica, al igual que en el templo de Baal en Palmira. Además, cabe observar la búsqueda de efecto estético que se ha perseguido en la realización de la gran vía norte-sur, por donde se establece precisamente la principal circulación de la ciudad. Dicha vía traza una curva en uno de sus extremos, donde llega a una plaza oval que es una mera decoración, y que concluye con una perspectiva; está decorada en su recorrido con un tetrápilo y un *tetrakionion*, y ofrece a la mirada, en uno de sus lados, un ninfeo que rompe la monotonía de la columnata. Dicho brevemente, se ha realizado una composición de la ciudad según los caracteres topográficos, es decir, relacionada con el curso de agua y con las líneas del suelo. ¿En qué época fue realizada, bajo la forma en que hoy se presenta? Podemos contestar datándola en el Imperio Romano y, para ser más precisos, en el segundo siglo de nuestra era en último término. Cronología que es válida especialmente para datar la construcción del templo situado en el extremo de la gran vía norte-sur, la construcción del ninfeo, acabado poco después, en el año 184, y también la construcción de los pórticos del templo de Artemisa y la entrada ornamental de la rampa de acceso, terminados en el 150. Al igual que en Bosra, el cristianismo intervino más tarde y dejó su impronta. En 1928 se han descubierto en Gerasa diversas iglesias, una de las cuales está fechada, según una inscripción, en el año 492.

Antioe, en el Egipto Medio, pertenece al mismo tipo de ciudad. Bajo el mandato del emperador Adriano, esta nueva ciudad griega se añadió hacia el año 130 d.C. a las otras



123



124



125

122 Planimetría general de las excavaciones de Gerasa:
1) Templo de Artemisa; 2) Teatro cubierto; 3) Termas principales; 4) Termas; 5) Acrópolis; 6) Templo de Zeus; 7) Gran teatro.

123 Tetrápilo meridional y edificio circular de Gerasa; a la izquierda, un tramo de la gran vía porticada.

124 El arco de triunfo de Gerasa en su estado actual.

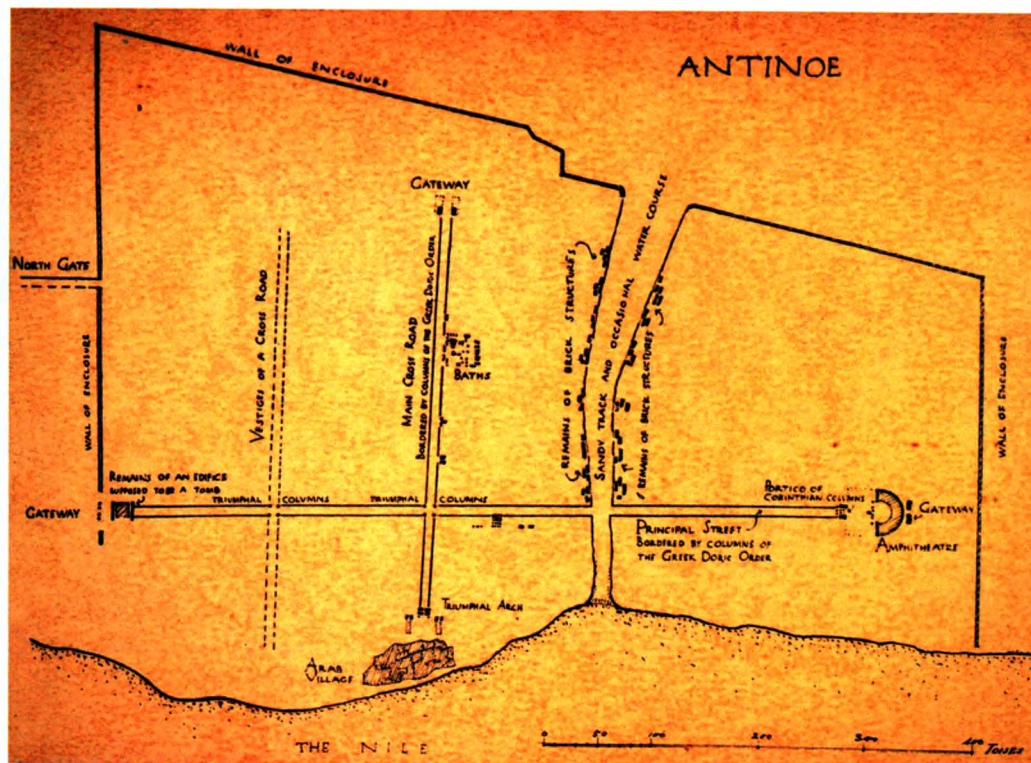
125 Las paredes de la *cella* del templo de Zeus en Gerasa.

122

tres ciudades que ya existían en el valle del Nilo: Alejandría, Ptolemaida y Naucratis, de la cual derivan sus instituciones. Su nombre proviene del favorito del emperador, Antinoo, que encontró la muerte en el Nilo, y fue fundada por el soberano para honrar a este personaje convertido en héroe en la orilla derecha del río, aunque también para responder a ciertos intereses políticos. Probablemente este lugar estaba ya habitado cuando fue revestido con el manto de púrpura del trazado urbano helenístico-romano. Dicho trazado se inscribe dentro de un recinto cuya forma general es rectangular. Dos vías rectilíneas que se cruzan, flanqueadas por columnatas dóricas, constituyen su parte esencial. La más larga de estas vías corre paralelamente al río, en una distancia de 1.275 metros, y llega hasta el eje de dos edificios que la culminan: al norte, una construcción que, según se supone, era un monumento funerario; al sur, el teatro precedido, por el lado de la calle, por una pequeña plaza a la que se accede por un pórtico corintio de tres arcos. El volumen del teatro se escalona por la parte trasera. Volveremos a encontrar esta disposición en Éfeso. Estos extremos de las calles, que tal vez ofrecían la ventaja de formar una barrera contra la fuerza del viento, hacen suponer, en cualquier caso, que la circulación en la calzada era poco intensa. Algunos vestigios de una vía este-oeste, paralela a la vía ya señalada, han sido registrados entre esta última y la parte septentrional del recinto. También pudo existir otra calle este-oeste entre la parte meridional del recinto y el lecho de un torrente que discurre perpendicularmente al río, al sur de la vía principal este-oeste. El doble cruce de esta última y de la calle paralela a ella, al norte, con la gran vía norte-sur, queda marcado con un *tetrakionion* cuyas altas columnas interrumpían con una nota vertical la monotonía de los pórticos. Finalmente, la vía principal este-oeste, que sin duda llevaba al puerto sobre el Nilo, quedaba enmarcada, en sus dos extremos, por una especie de arco de triunfo. Su cruce con la gran vía norte-sur dividía la ciudad en cuatro barrios, designados con las cuatro primeras letras del alfabeto griego, y cada uno de ellos contenía diversas manzanas, o *plintheia*, numeradas. Unas calles secundarias acababan de formar el damero.

Al igual que Gerasa, Antinoo presenta un tipo de composición urbana ligada a un curso de agua. Las vías se ordenan con relación a este último, es decir, en el doble sentido paralelo y perpendicular al río. En efecto, podemos ver ahí las dos direcciones determinantes para el trazado de las calles y, por consiguiente, para la planta de la ciudad. En cuanto a los caracteres propios del arte urbano, los encontramos aplicados con gran lógica en las dos vías principales, que se corresponden con estas dos direcciones. Estos caracteres son los mismos que hemos encontrado tantas veces, en la misma época, en Asia Menor, en Siria o al este del Jordán. Consisten en las hileras de columnas ya señaladas, sobre esa antigua tierra de los grandes templos faraónicos, en Alejandría. Comprenden además la decoración monumental de las encrucijadas de las vías principales, el arco al final de la calle y el trazado de las calles en el eje de un monumento o un edificio. Todos estos elementos sirven para caracterizar, en la estética urbana, la ciudad helenística, esta ciudad que, bajo el Imperio Romano, se presenta con tanta frecuencia ante nuestros ojos, precisamente en ese siglo II d.C. que ha visto surgir Antinoo.

En el campo del urbanismo el mundo helenístico marca, efectivamente, una etapa capital. En relación al pasado es un final, y en relación al porvenir es un inicio. Representa



una fusión de elementos tomados de las épocas anteriores y de distintas civilizaciones. Por decirlo de algún modo, ha digerido y ha asimilado unos elementos que había absorbido. Si ha realizado una obra creativa, lo ha hecho menos inventando otras que combinando las que ya existían y obteniendo con ellas unos efectos nuevos. De ese modo, se ha realizado un nuevo esfuerzo para organizar, en el marco urbano, la vida colectiva. Al mismo tiempo ha tendido a unificarla, si no en lo que atañe a la población, al menos en lo que respecta a las disposiciones materiales. La calle flanqueada por comercios y por edificios diversos, constituye el ancestro de la calle de nuestro tiempo. Por primera vez experimentamos lo que es una auténtica ciudad, con su vasta extensión construida, su acelerado ritmo de vida, sus monumentos y edificios imponentes, sus comodidades para la vida material y espiritual, su lujo fastuoso y su negra miseria, sus distracciones y sus vicios, su prolongación en un suburbio más o menos extenso. Un viento de modernidad parece llegar hasta nosotros desde este mundo lejano. Nos da la sensación de que no nos sentiríamos demasiado desplazados en una ciudad como Alejandría o Antioquía, del mismo modo que en ciertos momentos nos sentimos más cercanos a Roma que a una ciudad medieval. Si hacemos abstracción de los progresos de la ciencia, ¿tendríamos muchas más ideas para intercambiar con los alejandrinos bajo los pórticos de la vía Canópica o en los lugares donde se complacía la sociedad cultivada que en los tiempos en que discutían entre ellos?

Ha sido la ciencia lo que nos ha hecho distintos, a nosotros y a nuestras ciudades, y esto es algo relativamente reciente. El progreso de los medios de transporte fue, y sigue siendo, el gran motor de la transformación urbana. Como ha demostrado Lefebvre des Noëttes, hasta el siglo X no se inventó el sistema de tracción de los caballos, consistente en la sustitución del collar de lomo por el collar de cuello, en la adopción de la herradura con clavos y la disposición de los animales en fila en el tiro múltiple. Hasta entonces solo se había podido aprovechar una pequeña parte de la fuerza motriz del animal. De todos modos, hasta el siglo XII el nuevo tipo de enganche no fue de uso corriente, y esta época se corresponde precisamente con un ascenso en la curva del diagrama de la ciudad. El ensanchamiento más antiguo que conocemos de una calle de París se remonta a mediados del siglo XII, y esta operación de vialidad afecta al brazo norte-sur de la encrucijada de París. Ahora bien, conviene observar que, al menos hasta el siglo XVI, las rutas eran poco practicables, y ello impedía utilizar plenamente el tiro moderno, obligando a recurrir a las bestias de carga tal vez más a menudo que a los vehículos; en cuanto a los viajeros, utilizaban monturas. Las carrozas provistas de muelles de suspensión y de un juego delantero giratorio están fechadas en el siglo XVI. La primera mitad del siglo XVII acusa un extraordinario desarrollo de la circulación con carrozas en una ciudad como París. Luego vinieron más perfeccionamientos, hasta el momento en que se produjo la revolución causada por la tracción a vapor.

Por lo general, las ciudades helenísticas son ciudades nuevas o, al menos, de nueva fundación. Han sido creadas en todas sus partes o han recibido alguna impronta de una autoridad soberana. Por ello el trazado regular estuvo particularmente en uso en este tiempo. El damero prevaleció en la subdivisión del suelo urbano, gracias, sobre todo al comienzo, a verse favorecido por la colonización militar que está en la base de bastantes ciudades.

Aunque esta disposición fue utilizada anteriormente, se debe al mundo helenístico el mérito de haberla desarrollado acentuando, por así decirlo, los ejes urbanos mediante las alineaciones de columnas y la erección, en el punto central, de un tetrápilo o un *tetrakionion*. La ciudad adquirió un aspecto majestuoso que armonizaba con su carácter de residencia real. También la higiene y la comodidad habían hecho progresos; los pórticos, situados en los flancos de las vías más importantes, permitían circular al abrigo de la intemperie y, por otra parte, corregían los inconvenientes de un ancho trazado rectilíneo en una región soleada. Tal como recomienda en el siglo IV d.C. Oribasio, quien se inspira en unos preceptos que se remontan sin duda a los tiempos helenísticos, conviene trazar unas calles de este a oeste y las otras de norte a sur, con el fin de que los vientos puedan limpiar las impurezas y el sol pueda proporcionar los beneficios de la luz, porque es agradable estar protegido del viento y caminar por la sombra.

Ciertamente, los pórticos no eran desconocidos con anterioridad; ya se habían logrado efectos de conjunto en las ágoras del tipo jonio cuando apareció por primera vez en Alejandría, según parece, una nueva adaptación, característica de los tiempos helenísticos, bajo la forma de la vía porticada. Se trata de un auténtico elemento de fusión urbana, puesto que está flanqueada a la vez por viviendas, comercios y edificios públicos, y así se forma un centro natural de vida colectiva análogo al que constituía orgánicamente el ágora en épocas anteriores. Surgen así ciudades que ya no se caracterizan por la oposición entre el ágora y la acrópolis, y que de ese modo toman sus caracteres fisonómicos del mundo oriental. Volvemos a encontrar la vía porticada en Alejandría, Antioquía, Apamea y Laodicea de Siria, Perge, Sidé, Cremna, Sagalassos, Éfeso, Nicomedia, Palmira, Damasco, Bosra, Gadara, Gerasa, Filipópolis, Samaria, Antioe, etcétera. El ágora desaparece, o por lo menos pierde su importancia característica. Ahora bien, hay que tener en cuenta los casos especiales. En Mileto la vía principal se extiende a lo largo de un kilómetro, en línea recta y sin columnata, desde la puerta sur hasta los muelles, y la anchura de la calzada es de cerca de tres metros con un paso suplementario de una anchura de 0,60 metros a cada lado; existen dos plazas para el mercado, una de las cuales es muy grande y está rodeada de pórticos y comercios. En Éfeso, que fue objeto de importantes trabajos durante el Imperio Romano, la vía porticada y el ágora coexisten.

La plaza con carácter esencialmente monumental es uno de los rasgos fisonómicos de las ciudades helenístico-romanas: tiene forma circular en Gerasa, y cuadrada en Apamea. Otro tipo de plaza propio de estas ciudades es la representada por un espacio libre, rodeado de pórticos y a veces muy extenso, que sirve de marco para un templo: lo podemos ver en Gerasa y en Damasco, donde, además, una especie de avenida con columnas, precedida de unos imponentes propileos, da acceso a este espacio. Como podemos ver, hay ahí una composición de un elevado nivel escenográfico, y que en cierto modo sirve para presentar el templo, enmarcado por una plaza porticada destinada únicamente a esta función monumental. Vemos aquí en estado germinal el mismo tipo de plaza que, tras la forma más evolucionada de los foros imperiales de Roma, encontrará su plena expresión en París, en la Place des Victoires y en la Place Vendôme. En el origen de esta disposición se encuentran,

parece ser, las influencias ejercidas por los templos egipcios de la época faraónica, y puede que también debamos buscar en las avenidas de esfinges o de carneros sedentes que esta misma civilización nos ha legado, un prototipo de la vía con columnas, aunque despojadas de connotaciones religiosas, no siendo más que un reflejo de la majestad del soberano sobre la ciudad que lleva su impronta. Hasta el arco decorativo, o el pórtico monumental, que en la ciudad helenístico-romana acentúa la conclusión de la vía columnata, recuerda el monumento con el que se iniciaba la avenida de acceso a la pirámide o al templo solar, o la majestuosa entrada a los templos del Reino Medio y del Reino Nuevo egipcios.

En efecto, una de las características del arte urbano helenístico-romano es esta especie de puntos finales que se colocan en las vías y que detienen la mirada a lo largo de la perspectiva fugada. La vía porticada, que es la vía construida por excelencia, reclama, por decirlo de algún modo, este final que la completa, enfatizando el carácter de lugar cerrado que posee ya de forma natural. Observamos el pórtico monumental, utilizado de ese modo, en Antinoe y en Éfeso, mientras que el arco fue utilizado en Palmira. En otras ciudades, un edificio, por ejemplo un templo, cumple esta función, como ocurre en Gerasa. El fondo de perspectiva es un elemento de arte urbano del que sabrá sacarse un excelente provecho. En algunos aspectos debemos relacionarlo con el sentido de la vista, que ya hemos observado en esta misma época, y que se manifiesta, por ejemplo, en la búsqueda de efectos panorámicos para quienes están sentados en las gradas de un teatro o circulan por el lugar de paseo adyacente. No debemos olvidar que, en el arte helenístico, el gusto por la naturaleza constituye una connotación nueva, que se debe, sin duda, a las influencias orientales. Se complacían en los paisajes modificados por la mano del hombre: la naturaleza parecía así resonar más sutilmente en el alma. La disposición de los jardines a orillas del Orontes, en Antioquía, la apropiación de Dafne, próxima a esta misma ciudad, o la del *Nicephorium*, cerca de Pérgamo, indican una preocupación por ordenar la naturaleza, que se corresponde con los refinamientos de la vida. Existe un arte urbano que se expresa en la ordenación general de una ciudad en relación con un curso de agua: son los casos de Antioquía, Gerasa, Filadelfia, Petra o Antinoe, donde las vías con columnatas están trazadas en el mismo sentido que la línea de agua.

El carácter de vía esencialmente construida, que la calle adquiere gracias a sus columnas, queda más acentuado todavía por el monumento (tetrápilo o *tetrakionion*) que señala el punto de cruce de las dos vías principales. ¿Debemos ver, en el tetrápilo y en el arco del final de la vía, unas formas que hay que asociar a las del arco de triunfo romano, y en el *tetrakionion* una forma de la columna triunfal romana? Estas influencias de los antiguos lugares de culto egipcios, ¿existen desde los orígenes, por lo menos en la puerta monumental? Son preguntas que podemos hacernos, pero a las que resulta difícil dar respuesta de forma afirmativa. En cualquier caso, el arco de triunfo romano parece tener un origen propiamente romano. En cuanto al homenaje a ciertos personajes asociados a la columna, se manifiesta a gran escala en Palmira, donde podemos decir que ha sido realmente sistematizado. La gran columnata de esta ciudad adopta una expresión que no tiene parangón en la Antigüedad, y se parece, en la lejanía del tiempo, a la Siegesallee de Berlín. A todos los efectos, la regularidad tiende a imponerse.

Se ha señalado el uso que se hacía del agua, bajo la forma de ninfeos, en estas regiones soleadas. Dicho uso, junto al empleo de la vegetación tal como lo hemos observado en Alejandría, es un rasgo realmente oriental de la fisonomía de las ciudades helenístico-romanas. En Gerasa, el ninfeo se curva en una vía columnata; en Bosra, tal vez ha configurado el ángulo entre dos calles análogas; en Antioquía, remata el final de una vía porticada; finalmente, sirve de fachada monumental en la parte septentrional de la ciudad de Sidé. Su importancia se va acrecentando en estos casos tan diversos.

Hay algo de imponente en las vías con columnas: el tratamiento del punto de cruce, los arcos que pasan por encima de la calle, el fondo de perspectiva, el marco que circunda el templo, la fuente monumental. Hay algo así como la búsqueda de un efecto escenográfico. La calle no se presenta por sí misma, sino que es presentada dentro de un marco, se le da un acento especial, se la obliga a crear unos efectos. Lo mismo ocurre con el templo y el agua: a este respecto, un ninfeo como el de Sidé es muy característico. Hay una recreación en la decoración, y esto es un hecho nuevo en el arte urbano. El tetrápilo, el *tetrakionion*, el fondo de la calle, tan solo son escenografías. Igualmente, ciertas plazas no han sido creadas para responder a necesidades sino como mero ornamento. Existe una escenografía del agua en el ninfeo, una escenografía de la vegetación en los jardines, una escenografía de la ribera fluvial. La decoración se aplica a todo y, podemos decir, a nada, puesto que se trata de la decoración por la decoración.

¡Qué lejos estamos de la ciudad griega de antaño, donde, al igual que en la ciudad de la Edad Media, la lógica regulaba todas las cosas, la calle era un rasgo natural de la circulación, la plaza estaba pensada para la reunión de los habitantes, el edificio religioso introducía una nota apropiada de belleza y unificaba las almas! Es otra ciudad la que los tiempos helenísticos presentan ante nuestros ojos: una ciudad donde, sin duda, la lengua griega sigue floreciendo en los labios y donde la música de las ideas, fruto de una antigua civilización, expande en los espíritus su armonía, pero donde la mezcla de los hombres produce el abigarramiento de las razas, donde la Biblioteca sustituye a aquellos lugares al aire libre donde Sócrates, Platón y Aristóteles sembraban sus sentencias divinas, donde el vacío penetra en el alma, donde la comunidad de otros tiempos es sustituida por una mera concentración humana, donde la unidad cívica, basada en el culto de la divinidad de la *polis*, ha dejado paso a unos vínculos más generales, establecidos por el culto al monarca divinizado. Es la ciudad imponente, majestuosa, escenográfica, la ciudad del monarca oriental. Su espíritu es más diverso. Ha adquirido su gusto por la grandiosidad y por lo sorprendente, del medio en el que ha surgido, de las civilizaciones egipcia, asirio-babilónica y persa, donde el déspota se eleva como un coloso hacia el cielo. ¿Es un retroceso o un progreso?, podemos preguntarnos. Es simplemente algo distinto, es una fusión entre diversas culturas o, dicho brevemente, es el inicio del porvenir.

Roma, que se convirtió en la dueña de estas regiones, supuso un ferviente soporte y una continuación del helenismo. No fue Roma la que creó la expresión de arte urbano que acabamos de examinar. Vio que ya existía y se apropió de ella; se trata de un producto del suelo de Oriente, fecundado por el genio griego con la ayuda del genio romano. En una serie de estudios publicados en la *Town Planning Review* de 1915, Bosanquet ha presen-

tado esta ciudad como un producto más propiamente sirio. Sin lugar a dudas, Siria desempeñó un gran papel a este respecto, pero Egipto también, y Jonia, donde aparece ese uso sistemático del pórtico que llamamos “ágora jónica”, además de algunas soluciones grandiosas en la faz urbana. Al parecer, este tipo de ciudad, que en el estado actual de nuestros conocimientos se revela de forma completa solamente en tiempos del Imperio Romano, se manifestó por primera vez en Alejandría. De todos modos, no podemos afirmar que sea más específicamente alejandrino o egipcio que sirio o asiático. Es la expresión de una civilización, la civilización helenística, que cabalgaba sobre dos partes del mundo, y que, al mismo tiempo, reinaba en la cuenca oriental del Mediterráneo. Encontró en la hegemonía romana una fuerza de expansión que ha hecho que llegue hasta nosotros a través del Renacimiento. Puede reconocerse fácilmente en la ciudad clásica, surgida de este último. A lo largo de su camino recibió la impronta de Roma, porque era el tipo urbano que más convenía a esta organización de la vida colectiva de la que el mundo helenístico había tenido la intuición y que los romanos llevaron hasta la perfección.

Si, de regreso de nuestro viaje a Oriente, echamos un vistazo sobre París, encontramos un tema de reflexión en los aspectos que, a tanta distancia en el tiempo y en el espacio, nos recuerdan algunos elementos de la fisonomía urbana que habíamos observado en aquellas lejanas ciudades surgidas en la arena dorada del desierto sirio o arábigo, en el valle fecundo del Nilo, en la llanura por donde transcurre la cinta plateada del Orontes, en las escarpadas laderas de Tauro o en esa franja de tierra agreste en Asia Menor que bordea el azul tapiz del mar Egeo. ¿No es cierto que la Rue de Rivoli, en la parte occidental conectada al palacio del soberano, se parece a las grandes vías con columnas de la Antigüedad? La propia columna Vendôme no es más que una imitación de la Trajana, obra del sirio Apolodoro de Damasco, y el primero de este tipo de monumentos, al parecer de origen oriental, que se erigió en Roma. En Siria existen numerosos ejemplos de columnas análogas, con las cuales se expresaba sin duda la idea de que el monarca estaba por encima de los simples mortales y próximo al cielo. En Antioquía, por ejemplo, había unas columnas con estatuas de los emperadores Valentiniano y Teodosio encima de ellas.

La fuente de los Inocentes, que embelleció, a partir de 1549, la esquina entre la Rue Saint-Denis y la Rue aux Fers, antes de ser trasladada, hacia finales del siglo XVIII, al lugar que ocupa actualmente, no es más que un ninfeo de tipo helenístico. Es similar al ninfeo que encontramos, durante el reinado de Luis XV, en la fuente del escultor Bouchardon, en la Rue de Grenelle y, en tiempos de Napoleón III, en la fuente de Saint-Michel, que decora la esquina entre el bulevar y la plaza homónimos frente a la entrada desde el puente sobre el Sena, en un tema que recuerda lo que hemos observado en Antioquía y en Sidé.

La idea de disponer un edificio importante como fondo de una calle, como por ejemplo la Gare de l'Est, en los bulevares de Strasbourg y de Sébastopol, la Ópera, en la avenida del mismo nombre, o la Madeleine, en la Rue Royale, se corresponde con otro de los caracteres del urbanismo helenístico. La torre de Saint-Jacques, con la que Haussmann subraya el centro de la encrucijada del nuevo París, recuerda el «ombligo» de Antioquía. El encuadre urbano de las galerías del Palais Royal, aunque se deba a Luis XVI, también tiene

como primer origen el greco-oriental. La sistematización de la orilla izquierda del Sena, frente al Louvre y las Tullerías, tal como fueron concebidas desde Luis XIV hasta Napoleón I, es decir, con la vegetación dispuesta en terrazas o jardines, está tratada a la manera de las riberas fluviales de las ciudades del Oriente helenístico y romano.

En efecto, es la influencia de Roma, al igual que la más lejana del helenismo oriental, la que revelan estos diversos aspectos en la fisonomía de París. Y vienen ganas de dejarse llevar por la deriva de las ideas, para reconocer la huella original de Roma en dos lugares, Notre-Dame y el Palais, en el emplazamiento respectivo de un templo y de la sede de la autoridad romana; luego, asistiremos a la introducción del cristianismo llegado de Oriente y al asentamiento de la colonia siria, que era tan potente en el siglo VI como para ocupar por un tiempo la silla episcopal. Si descendemos en el curso de los tiempos y, después de un largo período de estancamiento, vamos tras los pasos de los cruzados y peregrinos, o junto a la marea humana que acoge piadosamente la reliquia traída de Oriente, ¿son realidad o sueño los capiteles de Saint-Martin-des-Champs (actualmente Conservatoire des arts et métiers), de Saint-Germain-des-Prés, de Notre-Dame o de Saint-Julien-le-Pauvre, cuya ornamentación está inspirada en Oriente? ¿Son sueño o realidad los dibujos orientales de las alfombras de seda y oro que se han encontrado en algunas tumbas en Saint-Germain-des-Prés?

El río del tiempo sigue fluyendo; llegamos al Renacimiento, arrastrados de nuevo hasta las orillas doradas de un mundo lejano. La impronta greco-romana se deja sentir más profundamente hasta penetrar con ella el espíritu de esta época. El soberano está ahora iluminado por un reflejo de la aureola divina de los Seleúcidas, de los Lágidas o de los emperadores romanos. Está ahí, sobre los pedestales del Pont Neuf, de la Place Royale (o Place des Vosges), de la Place des Victoires y la Place des Conquêtes (o Place Vendôme) y de la Place Louis XV (o Place de la Concorde), preparado para recibir el homenaje de sus súbditos. La gloria a la antigua usanza inflama y exalta las almas que hacen la Revolución y el París imperial. Un nuevo Alejandro se apodera de esta ciudad y quiere alzar, en la plaza de la Bastilla, un elefante monumental para que haga de fuente y, en el lugar donde están reconstruyendo la iglesia de la Madeleine de la Ville-l'Évêque, un templo dedicado a la Gloria. Su expedición a Egipto introduce las palmas y las cabezas de esfinge en la decoración urbana e instala, en la Rue de Sèvres, la extraña fuente en la que una escultura representa un personaje que parece surgido de las antiguas edades egipcias para verter agua a los parisinos. Podemos sentir la repercusión de las cosas y nos admiramos de que, por estas cuatro vías —la Rue Saint-Jacques, la Rue de la Montagne-Sainte-Geneviève, el Sena río arriba y la Rue Saint-Antoine—, las lecciones de un pasado remoto y de unas tierras que parecen sumergidas en una lejanía irreal hayan llegado hasta esta ciudad y hayan dejado su huella en su espíritu y en su fisonomía. Más allá de los tiempos y los lugares, los hombres se vuelven a encontrar, y una ciudad como París ha podido experimentar de ese modo las influencias de Roma, de Grecia y del Oriente helenístico.

El urbanista no debe olvidar, y tampoco desdeñar, las enseñanzas de las cosas muertas, no para copiar, sino para crear él mismo. Los egipcios, los babilonios, los asirios, los griegos, los habitantes de nuestras ciudades medievales le podrán impartir una lección de lógica rigurosa, mostrándole de qué modo la forma de una ciudad debe reflejar su fondo.

En el Egipto de los faraones, en el mundo asirio-babilónico o en el helenístico podrá adquirir el sentido de los grandes complejos ornamentales, de los efectos de masa; Grecia le impartirá la lección del emplazamiento, enseñándole a adaptar armoniosamente la ciudad a la configuración del terreno, a ligarse a las líneas del suelo y a obtener de ello la belleza urbana. El urbanista ganará con ello ductilidad de espíritu. Por lo demás, la ciudad griega, al igual que la ciudad medieval, le enseñará que el orden urbano no se identifica necesariamente con la regularidad del trazado y le inculcará el carácter de la ubicación en la ciudad. Los romanos fueron maravillosos organizadores y sus ciudades son modelos a este respecto. Dificilmente podríamos encontrar sistematización más metódica y racional en el complejo juego de funciones del organismo urbano ni aportar un mayor cuidado al bienestar colectivo. Este pueblo ha tenido ante todo un alto sentido de la colectividad organizada, y proporcionó al urbanista un gran ejemplo para reflexionar.

A lo largo de la historia se van desgranando los ejemplos de composición urbana: no hay escuela mejor que esta para aprender cómo se debe componer una ciudad de montaña, una ciudad de llanura, una ciudad a orillas de un río; cómo se deben establecer los ejes urbanos, trazar una red coordinada de calles, disponer en el cuerpo de la ciudad los órganos vitales; cómo pueden señalarse en dicho cuerpo los elementos fundamentales del espíritu colectivo; cómo se puede conferir una apropiada expresión artística a la vía, implicar en ella al edificio o al monumento y obtener efectos de conjunto. Por lo demás, ¿no es importante saber observar en qué consisten, en cuerpo y alma, la ciudad divina, la ciudad monárquica, la ciudad popular, aquella donde el pueblo reina directamente o por mediación de un tirano? ¡Y cuántas otras lecciones, además de las aprendidas, se pueden extraer del papel de las relaciones viarias o del elemento extranjero en una ciudad, bien sea de los efectos propios del factor económico, bien sea de la influencia que ejerce el factor moral o intelectual! ¡Cuánto provecho sacaremos al comparar, en su evolución, las ciudades de distintas épocas y distintas civilizaciones, al constatar la concordancia del trazado de las curvas en algunas de ellas, al observar los efectos siempre similares de unos determinados fenómenos! De todo ello podremos deducir ciertas leyes generales de la evolución urbana, que pueden alumbrar especialmente el destino de las ciudades actuales.

De ese modo el espíritu estará en condiciones de resolver los distintos problemas que plantea el urbanismo contemporáneo. El urbanista no concebirá la ciudad social de nuestros días con los mismos rasgos que la ciudad monárquica de Luis XIV. Imaginará algo distinto de los clichés académicos que se remontan a aquella época. Pensará en primer lugar en las masas populares de la ciudad. Su plan no se limitará a unos trazados lujosos en medio de los barrios ricos. Ante todo intentará satisfacer las necesidades del alojamiento sano, de la higiene, de las obras sociales de todas clases, de la circulación viaria, de la producción industrial. No rechazará ninguno de los logros que los incesantes progresos de la ciencia y de la técnica permiten alcanzar. Sabrá romper con la tradición cuando su cadena se convierta en una cadena de esclavitud. Se encontrará frente a frente con la belleza, más allá de los caminos trillados. Será lógico, sincero, profundamente humano. Habrá sacado provecho de la experiencia acumulada por los hombres a lo largo de las épocas transcurridas.

CRÉDITOS DE LAS ILUSTRACIONES

Las imágenes 1, 2, 3, 5, 8, 4, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 21, 22, 23, 30, 48, 49, 76, 81, 85, 86, 99, 113, 117, 118, 122 y 126 corresponden a las 32 que figuran en la edición original de 1929, *Introduction à l'Urbanisme. L'évolution des villes, la leçon de l'antiquité*. De estas, las figuras 3, 5, 8, 10, 14, 17, 18, 22, 23, 48, 76, 99, 113 y 122 están actualizadas. Además, la edición se ha enriquecido con imágenes adicionales procedentes de diversas fuentes.

BRAUN, Georg, y Franz HOGENBERG: *Civitates orbis terrarum*, 1574: 3, 5, 10, 17, 18

DIEULAFOY, Marcel: *L'art antique de la Perse*, París: Fossez&Cie, 1884: 45, 46, 47

DÖRPFELD, Wilhelm: *Troja und Ilion: Ergebnisse der Ausgrabungen in den Vorhistorischen und Historischen Schichten von Ilion 1870-1894*, Osnabrück: Otto Zeller, 1968: 66, 67, 68, 69

FLINDERS Petrie, W.M.: *Illahun, Kahun and Gurob, 1889-90*, Londres: David Nutt, 1891: 25

GERKAN, Armin von: *Griechische Städteanlagen*, Berlin y Leipzig: Walter de Gruyter & Co., 1924: 106

HULOT, Jean, y Gustave FOUGÈRES: *Sélinonte la ville, l'acropole et les temples*, París: Massin, 1910: portada, 76, 77, 78, 79

KOLDEWEY, Robert: *Das Wieder erstehende Babylon: die bisherigen Ergebnisse der deutschen Ausgrabungen*, Leipzig: J. C. Hinrichs, 1925: 37, 38, 39, 40, 41, 42

PÉROUSE DE MONTCLOS, Jean Marie: *Histoire de l'architecture française. De la Renaissance à la Revolution*, París: Mengès, 1989: 22

PERROT, Georges, y Charles CHIEPIEZ: *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, t. IV: *La Grèce primitive*, París: Librairie Hachette et Cie, 1894: 48

PILLET, Maurice: *Thèbes*, París: H. Laurens, 1930: 28

PINON, Pierre: *Les plans de Paris. Histoire d'une capitale*, París: Le Passage, 2004: 23

POËTE, Marcel: *Introduction à l'Urbanisme. L'évolution des villes, la leçon de l'antiquité*, París: Boivin & Cie., 1929: 1, 2, 4, 9, 11, 12, 13, 15, 16, 21, 30, 49, 81, 85, 86, 117, 118, 126

POËTE, Marcel: *La città antica. Introduzione all'urbanistica*, Turin: Giulio Einaudi, 1958: 6, 7, 19, 20, 24, 26, 27, 29, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 43, 44, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 58, 59, 60, 61, 65, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 80, 82, 91, 92, 93, 94, 96, 97, 100, 102, 104, 105, 107, 108, 109, 110, 111, 115, 116, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125

PONTREMOLI, Emmanuel, y Maxime COLLIGNON: *Pergame, restauration et description des monuments de l'acropole*, París: L. Henry May, 1900: 95, 98, 99, 101, 103

REPS, John W.: *The making of Urban America*, Princeton: Princeton University Press, 1965: 14

ROSTOVITZ, M.I.: *The Excavations at Dura-Europos*, New Haven: Yale University Press, 1929-1949: 112, 113, 114

SCHLIEMANN, Henry: *Tiryns: the prehistoric palace of the Kings of Tiryns : the results of the latest excavations*, Londres: John Murray, 1886: 62, 63, 64

SHEAR, Leslie, T.: «The American Excavations in the Athenian Agora: Eighteenth Report. The Campaign of 1939», *Hesperia*, vol. 9, núm. 3 (1940): 57

Tabula Peutingeriana, ca. 250 d.C. (Ed. facsímil: Graz, 1976): 8

WIEGAND, Theodor, y Hans SCHRADER: *Priene: Ergebnisse der Ausgrabungen und Untersuchungen in den Jahren 1895-1898*, Berlin: G. Reimer, 1904: 83, 84, 87, 88, 89, 90

ARQUIA/TEMAS

La Fundación Caja de Arquitectos se constituye en 1990 con el objeto de promover y fomentar actividades de carácter cultural en el campo de la arquitectura.

Desde su creación, la Fundación se ha interesado en el desarrollo de actividades propias que se han traducido principalmente en la edición de libros relacionados con temas de interés para la cultura arquitectónica.

La colección arquia/temas se origina en trabajos de investigación de difícil encaje comercial pero de indudable interés, que habitualmente quedan fuera del mundo de las publicaciones y, por lo tanto, resultan difícilmente accesibles. Arquia/temas pretende cubrir ese espacio vacante, concentrando obras dispares, de carácter no necesariamente académico, y estableciendo un lugar abierto a la reflexión arquitectónica.

TÍTULOS PUBLICADOS

- tm 13 *Le Corbusier: visiones de la técnica en cinco tiempos*, Jorge Torres Cueco
- tm 14 *Los orígenes del ensanche Cortázar de San Sebastián*, Ángel Martín Ramos
- tm 15 *AC Publicación del GATEPAC*
- tm 16 *Fernando Moreno Barberá. Modernidad y arquitectura*, Juan Blat Pizarro
- tm 17 *Sólo con naturaleza*, AA.VV.
- tm 18 *Arquitectura de tierra en el sur de Marruecos*, Vicent Soriano Alfaro
- tm 19 *La casa y la vida japonesas*, Bruno Taut
- tm 20 *Peso y levedad*, Juan Carlos Arnuncio
- tm 21 *La arquitectura del humo*, Yago Bonet Correa
- tm 22 *Forma y consistencia*, Joaquim Español
- tm 23 *La conservación del patrimonio español durante la II República (1931–1939)*,
Julián Esteban Chaparría
- tm 24 *La arquitectura del cine*, Manuel García Roig y Carles Martí Arís
- tm 25 *Paisaje: producto / producción*, AA.VV.
- tm 26 *Una ciudad eterna*, Ludovico Quaroni
- tm 27 *La vivienda moderna. Registro Docomomo Ibérico 1925–1965*, AA.VV.
- tm 28 *Alejandro de la Sota*, Iñaki Ábalos, Josep Llinàs, Moisés Puente
- tm 29 *Tormenta e ímpetu/Storm & stress*, AA.VV.
- tm 30 *Equipamientos I. Registro Docomomo Ibérico 1925–1965*, AA.VV.
- tm 31 *Londres, ciudad única*, Steen Eiler Rasmussen
- tm 32 *Equipamientos II. Registro Docomomo Ibérico 1925–1965*, AA.VV.
- tm 33 *Enric Miralles 1972–2000*, AA.VV.

La urbanística, para Marcel Poëte (1866-1950), es a la vez ciencia y arte que maneja, junto a datos estadísticos, conocimientos archivísticos variados para la *ciudad antigua* y muchos otros documentos para la *ciudad moderna*, en una tarea en la que es necesario recurrir a crónicas, vistas, historias locales, descripciones... y hasta a obras literarias, con el fin de alcanzar el conocimiento del organismo urbano para intervenir sobre él.

La apreciación de que las exigencias del hombre no son solo de orden material, y la existencia de la ciudad antigua como categoría interpretativa, actuaron, junto al estímulo que obtenía de la profundización de sus estudios en las fuentes más diversas, para que fuera en esta obra donde el autor se planteara la búsqueda de un método de análisis de la estructura urbana, una «ciencia de la observación», que permitiera reconocer las trazas originarias de un asentamiento y reconstruir las fases sucesivas de su desarrollo como forma de orientarse con seguridad a la hora de proporcionar una proyección de futuro.

Su logro fue reconocido, al ser considerado uno de los referentes significativos para la construcción de una teoría racional de la arquitectura cimentada en el estudio de las relaciones existentes entre el análisis urbano y el proyecto arquitectónico. Todo ello según pone de manifiesto la mano de Donatella Calabi en su prefacio a esta edición.

